This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

RECUERDOS DE ITALIA.

RECUERDOS

DE ITALIA

POR

EMILIO CASTELAR. y Ripoll

Segunda edicion.

MADRID.
A. DE CÁRLOS É HIJO, EDITORES.
CALLE DE CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXIV.

DG
427
.C35
1874
V.1

Esta obra es propiedad de los Editores.

Imprenta de Aribau y Compañía (sucesores de Rivadeneyra),
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

63-13227

AL QUE LEYERE.

Este libro reune las emociones más vivas despertadas en mi ánimo por los maravillosos espectáculos de Italia. No es en realidad un libro de viajes. Yo no he intentado añadir una obra más á las excelentes que tenemos en castellano sobre la nacion artística, y que andan entre las manos de todos. Cuando un pueblo, un monumento, un paisaje, han producido honda impresion en mi ánimo, he tomado la pluma y he puesto empeño en comunicar á mis lectores con toda fidelidad esta impresion. No sigo, pues, órden alguno ni itinerario regular en mi libro. Pongo mis cuadros donde mejor me parece, por lo mismo que no tienen unos relacion con otros. Vuelvo á ciudades de donde parecia haber salido; y creo que cada capítulo forma un librito aparte.

Poco se encontrará en estas páginas de la vida

corriente y de las costumbres actuales de Italia. En esta nacion, más que se vive, se recuerda. Es necesario mirarla histórica y estéticamente. Es necesario relacionar sus grandes monumentos con el tiempo en que nacieron, con las generaciones que los levantaron. Es necesario, delante de cada paisaje ó de cada ruina, evocar las sombras augustas que los realzan y recoger las ideas vivas que de su fecundo seno destilan. De otra manera, no se viaja, no, por Italia.

En su historia hay crísis que no son crísis nacionales, sino crísis humanas, como el paso del mundo antiguo al mundo moderno, como el paso de la Edad Media al Renacimiento. Por aquellos edificios tan vistosos, por aquellas estátuas tan serenas, han pasado todas las tempestades del espíritu humano. Las ideas les han abierto hondas heridas. Y al verlos, se siente en el corazon y en el cerebro el esfuerzo inmenso que ha costado á los siglos crear el espíritu moderno, en que nosotros respiramos y vivimos. Por eso un viaje á Italia es un viaje á todos los tiempos de la historia. Por eso un escrito sobre Italia, más que descripcion, debe ser, en mi concepto, resurreccion. Yo he intentado colocarme siempre en la idea so-

bre que estas grandes obras de arte, de arqueología, de historia se alzan. Feliz, completamente feliz, si alguna vez lográra sentir á una con mis lectores los pensamientos que, digámoslo así, evaporan las obras artísticas y los recuerdos históricos de la inmortal Italia.

EMILIO CASTELAR.

LLEGADA Á ROMA.

Estamos en Civita-Vecchia. Cuando el bote se aproxima rápidamente á tierra, el corazon os salta en el pecho de entusiasmo. Los edificios que os rodean os hablan de la antigüedad. Por poco aficionados á los estudios clásicos que seais, sentís tentaciones de recitar los versos que Virgilio puso en boca de los compañeros de Enéas. La vista de Italia deja en vuestro pensamiento una estela más profunda que la quilla de la barca en el mar. Cuando atracais, os falta tiempo para saltar en tierra. Si nuestro siglo no estuviera reñido con la manifestacion aparatosa de los grandes sentimientos, postraríame de hinojos sobre el suelo para besarlo. *Italiam, Italiam; primus conclamat Achates.* Pero habíame olvidado en mi entusiasmo de que esta Italia es la Italia pontificia. Un aduanero os detiene y os pide el precio de la entrada como en vil teatro. Una nube de mendigos, en cuyos rostros estatuarios ha impreso la miseria sus tristes huellas, se reparten á gritos

vuestro equipaje como rico botin. La policía sale á reclamaros los pasaportes, en toda Europa civilizada ya abolidos. Allí os los visan exigiéndoos otra gabela, á pesar de venir visados con gabela de la nunciatura de París ó del consulado de Marsella. En seguida el equipaje entra en sórdido almacen, oscuro ademas como un calabozo de la Inquisicion; oscuridad incomprensible en esta tierra del cielo espléndido y de la luz deslumbradora, que dan á los ojos con un festin de colores una embriaguez de poesía. Por efectos usados ó adscritos á vuestro uso, os exigen derechos de aduana.

Cuando, pagados estos derechos, ya os contais libres, veis todos los bultos arrojados á un carreton, del cual tiran varios jóvenes haraposos, sin camisa, que os gritan: A la aduana. ¿Pero otra vez? La tasa, el arancel prohibitivo, la incomunicacion con el mundo, ¿serán tambien de derecho divino? ¿El Papa necesitará, para ejercer su autoridad sobre las conciencias, apoyarse fuertemente en los errores económicos de la prohibicion y en los errores políticos del absolutismo?

Yo comparaba esta entrada en los Estados Pontificios con mi entrada en los Cantones Suizos. Sentimientos no ménos sublimes ciertamente os poseen al contemplar aquellos montes por pirámides de eternas nieves terminados; aquellos bos-

ques verde-oscuros, á cuyos piés se extienden praderas de un verde-claro, tachonadas por toda suerte de flores; aquellos lagos azules perezosamente dormidos al pié de colinas graciosísimas, puestas en sus bordes como para contrastar con los nevados picos hundidos en la profundidad de los cielos; aquellos rios impetuosos, cuyas claras aguas se despeñan con solemne rumor; aquellas blancas aldeas habitadas por una fortísima raza, que ha logrado realizar el mayor bien posible en las sociedades humanas: la alianza de la democracia con la libertad. Nadie os perturba en la contemplacion de estas grandezas. Ningun aduanero os registra el equipaje; ningun esbirro os pregunta vuestro nombre. La libertad ha abierto al universo aquellas montañas que parecen muros impenetrables. Pero en las playas romanas, en estas playas que os llaman como sirenas, el absolutisuo ha puesto una nube de alcabaleros y de espías para cerrarlas, cuando las ha abierto naturaleza, como á todos los vientos, á todas las razas.

Nada más incómodo que el registro de los equipajes, nada más minucioso. Caen los aduaneros sobre los libros con recelo inquisitorial. Y despues que lo han removido todo y lo han ojeado todo, entregan cada bulto á un empleado que lo conduce á la estacion, pidiéndoos de nuevo de-

rechos, cuyo importe monta tanto como la primera contribucion de la primera aduana. ¿Hay paciencia para sufrir una administracion como ésta? ¿Es posible que, en medio de Europa, exista un territorio privilegiado y en él una porcion, la más augusta por sus glorias de la familia humana, en perpétua ruinosa tutela? El Espíritu Santo, que derrama sobre la cátedra de San Pedro torrentes de verdades religiosas, ¿no querrá por misericordia concederle ni un átomo siquiera de las verdades políticas y económicas que son la honra y la riqueza de los pueblos modernos? Así es que el ánimo se aparta del lado económico y administrativo de aquella tierra, para fijarse en el lado pintoresco. El cielo es de espléndido azul-claro; el mar como el cielo; el aire tibio y arómático; las piedras de la costa parecen doradas y bruñidas por la luz; en los árboles asoman las tiernas hojas que Abril hace brotar con sus primaverales besos; y entre corros de alegres chiquillos medio desnudos, pasan de vez en cuando algunos frailes, los cuales, con su túnica blanca y su manto de parda estameña, me parecen evocaciones de otras edades, ruinas vivientes, paseándose, como los fuegos fátuos por los cementerios, sobre las ruinas de piedra.

Suena la hora de partir á Roma. El tren silba. Civita-Vecchia es el puerto de los Estados Roma-

nos. Pero ni un carro, ni un fardo, ni un trabajador, ni un barril; nada que indique la existencia del comercio, como no sea el aduanero puesto allí para impedirlo. Mucho habia oido hablar de la tristeza del campo romano, pero nunca creí que llegase á tanto. Es la desolacion de las desolaciones. Parece que la muerte se ha tragado hasta las ruinas. Los buitres y los cuervos se han comido hasta los huesos de este gran cadáver. Once estaciones hay entre el mar y la Ciudad Eterna. En ninguna de ellas se ve un pueblo. Los empleados pronuncian nombres sonoros como Rio Fiume ó Magliana; nombres que se pierden, vanos ecos, en la inmensidad del desierto. Extraña mucho, muchísimo, ver que un tren se para en la soledad, sin que nadie baje ni suba, sin que nadie mire, sin que se cargue ni se descargue un fardo. A veces alguna cabaña circular, terminada por una cruz de palo, es todo cuanto se decora con el pomposo nombre de estacion. Diríais que son tumbas de salvajes. El tren marcha proporcionalmente como una carreta. Esta lentitud os permite descubrir el inmenso horizonte; el campo desolado, pantanoso; algunas yeguadas que corren, ó búfalos que se paran como para contemplaros; ó rarísimos pastores á caballo en jacos matalones; ó un carro sobre el cual anda tendida alguna familia devorada por la fiebre, y que pa-

rece resto de razas nómadas, muriendo sobre aquel desierto, donde yacen tantas antiguas majestades caidas y enterradas.

Los errores económicos trascienden á muchos siglos, á muchas civilizaciones. Los campos romanos, en los primeros tiempos de la República, cuando los cultivaba Cincinato, podian llamarse los Campos Elíseos en el mundo; un semillero de riquezas, un lugar de felicidad y de abundancia. El vino, el trigo, el aceite, la miel, la leche, eran por el trabajo agrícola producidos de tal manera, que Roma se bastaba á sí misma. Pero, poco á poco, las grandes familias se fueron apoderando de aquellos campos ántes repartidos entre muchos y por muchos trabajados. A fin de evitarse jornales, convirtieron las tierras de labor en tierras de pasto. Un esclavo les bastaba para guardar el ganado. Los riegos se suspendieron. Los canales se cegaron. Perdiéronse las acequias. Las aguas se estancaron en los lugares bajos. Aquellas aguas, que cuando corrian para el riego llevaban en sus corrientes la vida, comenzaron con emanaciones pútridas á esparcir la muerte. Conquistado el mundo conocido, el pueblo romano ya no tenía la ocupacion de la guerra, y habia olvidado la ocupacion del trabajo. De aquí el cesarismo para que lo alimentára y lo divirtiera. Del cesarismo, la muerte moral que está en

la tiranía, como la muerte material en las lagunas pontinas. Con razon decia Plinio: *Latifundia Italiam perdidere.*

Por fin, al caer la tarde, cuando las sombras se desprendian sobre Roma, llegamos á la Ciudad Eterna; á la que nos ha dado la jurisprudencia con sus pretores, los municipios con sus procónsules, la libertad con sus tribunos, la autoridad con sus césares, la religion con sus pontífices; piedra miliaria donde están escritos los anales del género humano; tumba de la antigüedad; arco de triunfo por el cual entraron las edades modernas en la vida; templo á que han venido por espacio de quince siglos las generaciones católicas á recibir la luz de su espíritu; academia en que todavía aprenden los artistas, delante de cincuenta mil estátuas y de millones de columnas, los secretos de la forma plástica; campo de batalla donde yacen enterrados los dioses todos de las teogonías antiguas, al panteon traidos en los carros de triunfo; desde cualquier lado que se la mire, la ciudad más augusta y más colosal de cuantas han vivido sobre la tierra; la que todavía dirige la conciencia de una parte del género humano con el prestigio de sus recuerdos, con los misterios que se levantan de sus gigantescas ruinas.

Yo no puedo preservarme de un gran senti-

miento de veneracion hácia esta ciudad, única en el mundo. Babilonia, Tiro, Jerusalen, Aténas, Alejandría, han reinado en la historia antigua, en cierto período de tiempo y en limitado espacio, realizando cada una su idea, despues de lo cual han desaparecido en el polvo de sus ruinas, sin dejar más que los recuerdos de su vida en la historia, ó los huesos de sus cadáveres en la tierra. París, Lóndres, Nueva-York, reinarán en la historia moderna. Pero esta Roma, que los antiguos llamaron la Ciudad Eterna, abraza los dos hemisferios del tiempo, el mundo antiguo y el mundo cristiano.

¡Qué serie de emociones reserva Roma al viajero! Por muy católico que seais, por muy vivas que en vuestra alma estén las ideas aprendidas en la primera educacion; á la vista de las estátuas del mundo antiguo, de estos faunos que sonrien con una sonrisa inmortal, de estas diosas por cuyas carnes de mármol parece que circula el calor de la vida y la sangre de una eterna juventud; delante del coro de las divinidades griegas en su inmóvil reposo, en su olímpica serenidad, en su armonía perfecta entre la forma y la idea resplandeciente de hermosura que irradian sus ojos, que se desprende de sus labios casi vibrantes aún con el himno de la poesía clásica; delante de estos muertos de piedra, más vivos y

más inteligentes que los hombres de carne que hoy los guardan, sentís dolor infinito por la muerte de la religion del arte, y os dan tentaciones de pedir que se levanten de nuevo los antiguos templos y continúen los interrumpidos sacrificios para oir los cánticos de los coros, las páginas elocuentísimas de Platon ó los acentos de libertad de Demóstenes, en medio de aquel mundo y bajo el númen de aquellos genios, que derramaron de sus copas de ámbar sobre la tierra, el licor de una eterna alegría. Goëthe sintió esta profunda emocion clásica en el Museo del Vaticano, residencia de los pontífices católicos, por un milagro del arte convertida en olimpo de los dioses paganos.

Así os sucede con el mundo cristiano. Las grandes basílicas, á pesar de su colosal majestad, os dejan frios. Aquellos monumentos de mármol, de bronce, relucientes de oro y de pedrería, inundados de luz, riquísimos de mosáicos y de bajos relieves, os deslumbran, pero no os conmueven. La frialdad del mármol llega hasta el alma. Pero cuando entrais, por ejemplo, en las catacumbas de San Clemente; cuando veis la tierra húmeda donde estuvo guardada cuatro siglos la semilla de la idea cristiana; cuando, al resplandor de una antorcha, descubrís en el subterráneo la inscripcion trazada por

el mártir, la pintura al fresco que parece, todavía teñida de sangre, los símbolos de la esperanza en medio de los terrores de la persecucion; creeis oir el himno de los catecúmenos entonado bajo los festines mismos de los césares, á la puerta del circo donde rugian las fieras que iban á devorarlos; y el sentimiento de amor inspirado por todos los grandes sacrificios viene á sobrecogeros con su misticismo sublime, inspirándoos deseos de quedaros allí á contemplar de rodillas los misterios de la eternidad y á dormir el sueño de la muerte en el sepulcro de los primeros cristianos, sepulcro iluminado por la fe.

¡Pero cómo se borran estas emociones así que veis la córte pontificia! No puedo resistir á la tentacion de recordar un cuento del más gracioso de los escritores italianos, de Boccacio.

«Érase un cristiano viejo, florentino, muy dado á ganar almas para el cielo, mérito á que libraba su eterna bienandanza, cuando dió con un, no recuerdo si moro, si judío, y puso empeño en abrir los ojos de su alma á la eterna luz; pero con tal traza, que en breves dias habia logrado tenerle ya punto ménos que convertido; cuando se le ocurrió al infiel, llevado de su naciente celo, la idea de ir á Roma; idea que desconcertó á su misionero, porque temió que las liviandades de aquella córte serian bastantes á reducir á ce-

nizas la portentosa obra; mas ¡cuál no fué su extrañeza, cuando vió volver al catecúmeno hecho de hieles contra su antigua religion y de miel para la nueva, exclamando: ¡Padre mio! me convierto; porque si á pesar de las liviandades del clero de este siglo la Iglesia existe, crece y se fortifica, es sin duda porque, depositaria de la verdad, merece la directa proteccion del Cielo.»

Yo no acusaré á la córte que rodea á Pío IX de liviana. Jamas acostumbro á acusar sin pruebas, y siempre me inclino á creer el bien y á no injuriar á la naturaleza humana. Yo creo á Pío IX un respetable anciano perfectamente moral. Yo supongo que el ejemplo de su moralidad trasciende á toda su córte. Pero yo digo que ni él ni cuantos le rodean comprenden el espíritu de este siglo razonador, independiente, libre, quizá demasiado positivista, que desea un culto espiritual y desinteresado para oponerlo al desenfreno del mercantilismo, y que no encontrará nunca la satisfaccion de este deseo en el pomposo y vano lujo con que la córte de Roma adorna las ceremonias religiosas convirtiéndolas en el culto de los sentidos. ¿Por qué lado peca nuestro siglo? Por el lado industrial, por el lado mercantil. Las maravillas de la industria le han hecho olvidar las maravillas de las ideas que se ocultan en el cielo del alma. Esta tendencia sobrado exclusiva

de su carácter puede traer una de esas reacciones idealistas que equilibran la naturaleza humana, como la accion demasiado sensual del imperio romano sobre la conciencia trajo la reaccion demasiado espiritualista del cristianismo, que convirtió un mundo de epicúreos en otro mundo de monjes. Podia muy bien la antigua religion del espíritu aprovechar un momento de crísis en la conciencia para reivindicar alguna parte del influjo moral que ha perdido. Pero con ese sistema de lujo desenfrenado, de comparsas churriguerescas, de cortesanos vestidos caprichosamente, de pajes cargados de oro, de cardenales con púrpura y armiño, de obispos con mitras orientales, de suizos arlequinados, de guardias nobles que llevan el manto de terciopelo negro sobre los hombros y la espada de plata sobre el vientre, de domésticos cubiertos con túnicas de todos los colores del íris, de lacayos cuyos plumajes desafian á todos los pintados loros del trópico, de soldados con uniformes como el célebre del general Boom en la *Gran Duquesa de Gerolstein;* con todo ese lujo oriental, la córte de Roma se aparta de Cristo y se acerca á Heliogábalo.

Es el Domingo de Ramos. La gran Basílica de San Pedro va á presenciar la bendicion de las palmas. Dentro de ella el pueblo está relegado al término último, como si no hubiese recibido con

el bautismo el sello de la igualdad cristiana. Del altar mayor á la gran puerta se extienden dos filas de soldados para impedir á la muchedumbre que se acerque al Papa. Aunque la concurrencia es numerosísima, apénas se advierte en aquellos dilatados espacios. Baste decir que en San Pedro caben sesenta mil almas. Las voces de mando militar resuenan fuertemente en el templo, donde sólo deberia resonar la voz de la oracion. Los fusiles, al descansar, producen grande estrépito en el pavimento de mármol. Los asistentes son extranjeros. El ciudadano romano casi ha desaparecido en la inundacion de extrañas gentes llamadas por el Papa en su socorro. A la hora prefijada, la procesion que trae á Pío IX comienza. Es imposible que nadie pueda dar una idea de las diversas gentes que le acompañan, y de los diversos trajes que estas gentes visten. Se necesitaria una endiablada nomenclatura, como las nomenclaturas de Bizancio. Por fin, despues de un ejército de cortesanos, aparece el Papa llevado en andas como los santos de nuestras procesiones, sentado en silla dorada, con manto de terciopelo carmesí y mitra blanca, el báculo de oro en la mano izquierda, y la derecha ocupada en lanzar bendiciones á los que las piden de rodillas. San Pedro parece un teatro. Las tribunas, alzadas en gradería bajo los grandes arcos que

sostienen la maravillosa rotonda de Miguel Angel, se hallan ocupadas por las damas. La disposicion de estas tribunas religiosas me parece idéntica á la disposicion de la platea central en la Grande Ópera de París. Los caballeros vestidos de rigorosa etiqueta ocupan el pié de las tribunas.

Durante la misa, unos hablan, otros pasean, y todos dirigen alternativamente sus anteojos de teatro, ya á las damas que ocupan las tribunas, ya á los cardenales que ocupan el ábside de San Pedro. Los guardias nobles, vestidos como nuestros caballeros de la córte de Felipe IV, con calzon corto, media de seda, ropilla de terciopelo, las mangas acuchilladas y adornadas por grandes elipses de raso, la capa á la espalda, el espadin con puño de acero delante, la gorra negra bajo el brazo y la golilla blanca al cuello, se mezclan á la conversacion general y al general paseo. Solamente los suizos se hallan allí inmóviles. Me dan compasion al considerar que han sido bastante enfermos del alma para dejar sus montañas y su libertad por servir ¡pobres mercenarios! á un soberano extranjero. El traje que llevan fué dibujado por Rafael. El gran pintor no se mostró en este traje gran colorista. Es una mezcla de retazos de paño negro, encarnado y amarillo; un casco adornado con plumero blanco

les cubre la cabeza, y una elegante alabarda es su arma. Parecen maniquíes vestidos de arlequin.

Despues que se ha concluido la funcion, es de ver la plaza de San Pedro. Inmensa multitud la ocupa; coches lujosísimos la atraviesan en todas direcciones; las músicas militares entonan marciales marchas; la decoracion es maravillosa: en el centro el obelisco, mudo trofeo de las victorias del pueblo romano sobre el Egipto; á su lado dos fuentes que lanzan á los aires dos rios en grandes surtidores; á derecha é izquierda los intercolumnios abiertos en colosales semicírculos, dejando entrever la graciosa vegetacion meridional de los próximos jardines, y rematados por magnífica diadema de estátuas; sobre una altura el Vaticano, palacio donde guardan testimonio de su genio los primeros artistas del mundo; y en el fondo, al terminarse elegante gradería, la iglesia de San Pedro, coronada por la rotonda de Miguel Angel, que se dibuja admirablemente, como un templo aéreo ascendiendo á lo infinito, entre los arreboles de este cielo arrebatador, que extiende sobre todo, como una mágica gasa de incomparable hermosura, su áureo manto de luz.

Pero no olvidaré hacer una observacion que me inspiró la fiesta. Esta ciudad no puede, á pesar de tantos esplendores, permanecer encantada siempre con el filtro del misticismo, ni

presa siempre en las redes del arte. Cuando la religion tenía en sus manos la ciencia, el arte, la política, era natural una sociedad como ésta, dirigida por castas sacerdotales. Pero desde que todas las funciones sociales se han convertido en laicas, el gobierno teocrático es imposible. Noté, pues, que los coros de la Capilla Sixtina han decaido mucho. Las sublimes inspiraciones de Palestrina á duras penas encuentran dignos intérpretes. Tal decadencia se explica por la dificultad que hay en nuestro siglo de encontrar cantores con las condiciones exigidas por la córte romana. Es sabido que no permitiendo el ritual coro de mujeres en San Pedro, se apela para tener tiples á reducir á ciertos varones desde su infancia á la condicion de aquellos infelices que guardan los serrallos de Oriente. Alejandro Dumas refiere con mucha gracia en sus viajes, que vió á la puerta de una barbería romana este rótulo ó anuncio: «Aquí se perfeccionan muchachos.» Yo no he visto cosa semejante. Pero sé que los coros de tiples decaen, porque ya no hay familias tan despiadadas que por lucro se atrevan á inmolar á sus hijos. Pues bien; no podeis exigir tampoco que para existir una autoridad religiosa y moral en el mundo, haya una ciudad sin prensa, sin tribuna, sin los derechos primordiales constitutivos de la virilidad de los pueblos.

Con sólo entrar en Roma se observa que su estado es un estado violento. A tres mil suben los emigrados en una ciudad de doscientas mil almas. Cuatrocientos son hoy los presos por causas políticas. Y un sacerdote muy ilustrado, muy amigo del Papa, y hasta entuaiasta por su poder temporal, me ha asegurado que hay más de setenta mil garibaldinos en Roma. Todo indica un gran terror. Así, las puertas de la ciudad se hallan defendidas por barricadas. A las nueve de la noche quedais encerrados dentro de sus muros, hoy que las ciudades derriban sus puertas para dejar entrar con la luz y el aire las ideas de todas las ciencias, los productos de todas las zonas, los representantes de todas las razas.

Desde el anochecer, en cada esquina encontrais dos guardas armados de fusiles, como si estuviérais en una plaza sitiada. Los pasaportes se registran con una minuciosidad indecible. Un Estado que apénas tiene seiscientas mil almas, sostiene veinte mil hombres de ejército.

Estos veinte mil hombres son de diversas naciones y hablan diversas lenguas. La mayor parte no entienden el italiano. Así, no hay entre ellos los lazos de la sangre y del habla, aunque haya los lazos de la religion y de las ideas políticas. Esto es un gravísimo inconveniente para mandar las maniobras. Aunque se haya conveni-

do usar el frances, como lengua más universalmente conocida, los soldados en su mayor parte no lo entienden. Luégo, para vivir en Roma bien (no habiendo en ella nacido), se necesita una grande elevacion de espíritu, capaz de comprender todo cuanto dicen sus monumentos, sus artes, sus ruinas. Los que no saben oir esa voz elocuentísima que despierta tantas inspiraciones, se fastidian en esta ciudad académica y monástica. Y no digo esto á humo de pajas. He notado una alta elegancia, una distincion de maneras en el ejército pontificio, que inútilmente buscariais en los demás ejércitos de Europa. Se conoce bien que si una gran parte es ejército mercenario, atento á las pagas, ligado por su enganche, la mayor parte se compone de jóvenes exaltados por un culto caballeresco á las viejas instituciones, románticos en su fantasía y en su vida, caidos muchos de sus ilusiones, desengañados otros, extraños todos, pidiendo al ejercicio de las armas y al ruido de los campos el alimento á su misticismo, que otra generacion más religiosa y más tranquila pediria al silencio del claustro y á las maceraciones de la penitencia. Estos soldados han venido de los cuatro puntos del horizonte, pues á todas las razas cristianas pertenecen y hablan todas las lenguas, en demostracion de que Roma guarda bajo los pontífices el carácter de uni-

versalidad que le dieron los césares. Pero esta ventaja moral es la desventaja material de su ejército. Como la idea del individualismo, que los germanos trajeron á la historia moderna, se halla tan arraigada, las diferencias de raza, de nacionalidad, de carácter, brotan por todas las filas y ocasionan innumerables conflictos. Como los oficiales hablan una lengua y los soldados otra, apénas pueden establecerse entre ellos esas relaciones del corazon, más necesarias que las relaciones de la disciplina en los momentos de peligro. Como los mismos soldados no se entienden materialmente entre sí, no hay unidad en este cuerpo. Y saltan con mayor rapidez tales inconvenientes, cuando se ven los obstáculos con que luchan los jefes para mandar las maniobras. La Roma católica tomó el latin pagano para que todos sus miembros tuvieran con un solo espíritu una sola lengua. La diversidad de pronunciacion ocasionó que, áun hablando todos latin, no se entendieran los monjes de las várias naciones entre sí, como en demostracion de cuán superior es siempre la naturaleza á la ley. La Roma política de nuestro tiempo, en su angustia, ha escogido la elegante y flexible lengua de Voltaire para hablar á sus soldados, esa lengua mortal á todos los ídolos, á todas las idolatrías. La aristocracia del ejército la entiende, pero no la entiende la muchedumbre.

Así los soldados se hallan disgustadísimos ; primero por los largos ejercicios á que les obliga la dificultad de las maniobras, y despues por las contínuas guardias á que les obliga el terror creciente de la córte.

En proporcion, aquellas naciones que por su historia debieran dar más soldados, dan ménos. España se suicidó por salvar el catolicismo. Los huesos de sus hijos blanquean desde el siglo décimoquinto en todos los campos de batalla donde ha sido necesario defender esta religion. Dimos por ella toda la sangre de nuestras venas y todo el aire vital de nuestro espíritu. Pues bien ; sólo hay treinta y ocho soldados españoles en el ejército pontificio. En cambio Holanda, que salvó con sus Oranges la reforma y que inició la libertad de pensar en el mundo moderno, ha enviado gran número de voluntarios. Esto prueba que miéntras la libertad de cultos ha mantenido viva la fe en los católicos de los países protestantes, la intolerancia ha extinguido la fe en los países donde parecia más viva y más exaltada.

Pero, dejando aparte estas reflexiones y viniendo á otras más políticas, yo no comprendo qué se propone el Papa con este ejército numerosísimo, tan desproporcionado á sus medios, á sus recursos, á sus Estados. La sombra del imperio frances le protege. El dia que esta sombra se des-

vaneciera, por muy valiente que el ejército pontificio fuese, no podria resistir á cien mil soldados italianos. Miéntras la proteccion de Francia dure, el ejército pontificio es inútil; y el dia que falte la proteccion de Francia, el ejército pontificio es insuficiente. Sólo sirve para una cosa este ejército; para consumir los recursos que pródigamente, á manos llenas, envian todas las naciones católicas al Pontífice. Pero estos recursos provienen hoy de una exaltacion de los ánimos que no puede ser duradera. El dia que Italia, convencida de su impotencia para luchar con Napoleon, ó para promover el conflicto franco-prusiano con motivo de la cuestion de Roma, la rodee de un profundo olvido, el celo de los fieles disminuirá, con el celo disminuirán los recursos, con los recursos disminuirá el ejército, y una sublevacion interior no sólo será posible, sino tambien fácil, porque hay aquí guardado mucho amor á la libertad.

Estoy maravilladísimo de los rasgos de inteligencia y de fuerza que guarda en su fisonomía esta raza romana, y que revelan toda la indómita fiereza de aquel antiguo carácter conquistador del mundo. Las mujeres, altas, majestuosas, de anchos hombros, de torneados brazos; el color moreno mate, los labios gruesos, la nariz aguileña, negros y brillantes los ojos, en cuyo torno se di-

bujan largas pestañas y artísticas cejas; ancha la frente como sus estátuas, abovedada la cabeza como las Madonas del divino Rafael; oscuro y rizado el cabello, que cae en largos bucles sobre las escultóricas espaldas; tienen tal aire de matronas romanas, que áun pueden ciertamente mandar á Coriolano morir por la patria, y á Cayo Graco morir por el pueblo. Los jóvenes romanos han heredado la hermosura de sus madres combinada con todos los rasgos de la fuerza varonil. Se ve que el silencio impuesto por la Inquisicion y la obediencia impuesta por el despotismo, no han sido bastantes á extinguir el espíritu de este gran pueblo. Todavía parece que cae de sus labios la fórmula del derecho antiguo: *civis romanus sum.*

Y cuenta que para descubrir esto se necesita quitar la capa de inmundicia bajo la cual fallece Roma. Junto al lujo oriental de los cardenales, los harapos de un pueblo hambriento; junto á las carrozas doradas, nubes de mendigos descalzos; en torno de los soberbios palacios de mármol, una horrible greca donde están confundidos toda suerte de mal olientes excrementos. Y sin embargo, esta ciudad es la capital de Italia. Cuando al caer la tarde, en las horas sagradas de la poesía, bajo un cielo clarísimo, iluminado por los últimos rayos del sol poniente, que da á los edificios algo de fantástico, mirais desde las alturas

del Pincio esta ciudad con sus once obeliscos egipcios, sus trescientas cúpulas, sus bosques de columnas, sus miriadas de estátuas, y descubrís las Siete Colinas donde han nacido los senadores, los cónsules, los tribunos, el derecho político y civil de la antigüedad, que todavía es la base de vuestro derecho; y contemplais al frente San Pedro, y sobre las majestuosas líneas de la gran Basílica la rotonda adivinada por Bramante y concluida por Miguel Angel; no léjos de San Pedro, el titánico mausoleo de Adriano, sobre el cual abre sus alas el serafin de bronce; allá, á la izquierda, el mundo de la historia, los muros donde se grabaron mil victorias; la Via Sacra por do entraban los triunfadores; el Foro en que se congregaba el pueblo; los arcos bajo los cuales han pasado veinte siglos sin desgastarlos, las termas regaladas en cuyos dibujos todavía se han ceñido su corona las artes modernas; el Coliseo que es una montaña esculpida por gigantescos cinceles; el Quirinal, donde se alzan las mayores estátuas salvadas de las catástrofes de Grecia; el Capitolio, cabeza, cerebro de la tierra; y á la vista de tantas maravillas, al recuerdo de tantas grandezas, á la contemplacion de tantos monumentos engarzados en bosques de cipreses que parecen una corona fúnebre sobre la ciudad colocada por un genio invisible; cuando las campanas que tocan á

la oracion os envian sus tañidos melancólicos que os parecen la voz de los mártires saliendo de las catacumbas; y las sombras de la noche, colgándose tristemente de las ruinas, como que dibujan las almas de los héroes, el corazon, por tantas emociones henchido, proclama á Roma, no solamente la capital de Italia, sino la eterna capital del mundo.

Se necesita ser de Italia, sentir la sangre meridional en las venas, haberse educado en el recuerdo de esta gloriosa historia, bajo las pintadas alas de la poesía clásica, para comprender todo el prestigio que Roma ejerce sobre los italianos. Los que han querido constituir Italia en monarquía y luégo le han negado á Italia su capitalidad natural, han hecho un cuerpo sin cabeza. Se concibe que si Italia fuera una federacion republicana, la cuestion de capital pasára á la categoría de una cuestion secundaria. Se concibe más; se concibe que siendo un Estado junto á otros Estados republicanos, aunque las leyes fueran análogas á las del resto de Italia, conservára Roma, por respeto á sus pontífices, costumbres monásticas, religiosas, como las conserva Friburgo, á pesar de hallarse enclavada entre dos cantones tan protestantes y tan liberales como el canton de Vaud y el canton de Berna. Pero constituida Italia en monarquía por el temor natural de to-

dos los potentados europeos á la república, Roma es de Italia é Italia de Roma, que se hallan tan ligadas como los satélites á sus planetas y los planetas al sol. Y en esta ciudad, hoy compuesta de iglesias, de conventos, donde no se ve ni una huella de la vida política y civil, donde por toda autoridad láica se descubren unos cuantos senadores en carrozas pintarrachadas, seguidos por unos cuantos lacayos colorados, inmunda parodia de los antiguos senadores; en esta Roma teocrática, monástica, de rodillas eternamente sobre sus ruinas de mármol, se ha de levantar la tribuna en el Foro, ha de hablar la prensa, ha de resonar la antigua elocuencia, se han de discutir todos los problemas, han de brotar todas las escuelas, porque no podeis arrojar el espíritu político de las sagradas regiones donde el espíritu político tuvo su nacimiento.

Miéntras no suceda esto, Roma es una ciudad muerta. Yo he seguido con cierta curiosidad arqueológica las ceremonias de Semana Santa. Unas me han parecido, por lo lujosas, orientales; otras me han parecido, por lo refinadas, bizantinas; otras, por lo baladíes, pueriles; todas absolutamente extrañas á nuestro siglo, y bajo el aspecto religioso, inferiores á la majestuosa solemnidad del culto en España. Ningun español ó americano, acostumbrado á la severidad de nues-

tras ciudades en Semana Santa, á esa severidad que no consiente ni una puerta abierta en las tiendas, ni un coche en las calles, comprenderá que el Juéves y Viérnes Santo se trabaje en esta ciudad como todos los dias, se hallen abiertos todos los establecimientos, y se vea más gente en las salchicherías contemplando los jamones adornados de flores y de laureles, que en las iglesias visitando los sagrarios. Nadie comprenderá que los doce pobres á quienes el Papa sirve la comida en conmemoracion de la cena del Salvador, se rian como si estuvieran en el teatro, y se arrojen á la cara anises y confites como si estuvieran reunidos para una francachela ó una comida de campo. Nadie creerá que el Juéves por la tarde, á las cinco, éntre un cardenal penitenciario en la Gran Basílica, se siente á la izquierda del sepulcro de San Pedro, y perdone los pecados con sólo manejar una caña y tocar con ella la cabeza de los penitentes como si estuviera pescando en seco. Yo he visto damas muy piadosas reirse de todas estas puerilidades.

Pero hay una ceremonia y un momento sublime; el Miserere en San Pedro. La música es de una inspiracion inagotable, de un efecto sorprendente. Roma vió en el siglo XVI que el protestantismo la aventajaba en música, cuando tanto aventajaba ella al protestantismo en pintura, en

escultura y en arquitectura. Naturalmente, buscó un músico para contrastar esta inferioridad, y le encontró sublime, encontró á Palestrina, ese Miguel Angel del arte lírico. El Papa prohibió que su Miserere fuera copiado, para que sólo resonase en la iglesia cuyas bóvedas gigantes se hallan completamente en armonía con las sublimes notas. Un dia escuchaba fuera de sí el Miserere un niño sublime. Este niño, que debia ser el Rafael de la música, lo aprendió de memoria y lo divulgó por el mundo. Llamábase el niño Mozart. El genio germánico vino, como siempre, á robar sus secretos al genio latino en la guerra eterna de ambas razas. No hay pluma capaz de describir la solemnidad del Miserere. La noche avanza. La Basílica está á oscuras, sus altares desnudos. Por las ventanas de las bóvedas que frisan con el cielo, penetra la incierta y pálida luz del crepúsculo, como si viniese á aumentar las sombras. La última vela del tenebrario se ha ocultado tras del altar. Os creeríais dentro de un túmulo inmenso, á traves de cuyas tablas entrára el resplandor lejano de lámparas funerarias. La música del Miserere no tiene instrumentacion. Es un coro sublime combinado de una manera admirable. Ya se oye como el rumor lejano de una tempestad ó como la vibracion del viento sobre las ruinas y en los cipreses de las tumbas; ya co-

mo un lamento que se levantára del fondo de la tierra ó como un plañido que enviáran los ángeles del cielo, todo envuelto en sollozos, en una lluvia de lágrimas. Como las estátuas de blanco mármol son de tal manera gigantescas y brillan tanto que las primeras sombras no pueden completamente ocultarlas, parecen evocaciones de otras edades que, al levantarse de su sepulcro y desceñirse su negro sudario, entonan ese cántico de dolor y de horrible desesperacion. La Basílica toda se conmueve, vibra cual si los acentos de terror salieran de cada una de sus piedras. Esta lamentacion, larga, sublime; esta ola de hiel evaporada en los giros del aire, os hiere profundamente el corazon, porque es su tristeza infinita, es la voz de Roma quejándose á los cielos desde su lecho de cenizas, como si bajo sus cilicios se retorciera agonizante. Llorar así, lamentarse como los antiguos profetas bajo los sauces del Eufrates ó sobre las piedras esparcidas del templo; llorar en cadencias sublimes conviene á una ciudad como esta, cuyo eterno dolor no ha ofendido todavía á su eterna hermosura. Así es la ciudad esclava. David sólo podria ser poeta. Lo sublime es la nota de su cántico. Roma, Roma; eres grande, eres inmortal hasta en tu desesperacion y en tu abandono. Tendrás eternamente en el corazon humano un altar, aunque se pierda la

fe, que ha sido tu prestigio, como se perdieron las conquistas que habian sido tu fuerza. Nadie podrá robarte el dón de la inmortalidad que te confiáran tus dioses, que te han sostenido tus pontífices, y que te confirmarán eternamente tus artistas.

Abril 12 de 1868.

LA GRAN RUINA.

Ver la Ciudad Eterna fué uno de los ensueños de mi existencia; uno de los deseos de mi corazon. Niño, la religion romana me habla de Dios, de la inmortalidad, de la redencion, de todas las ideas que ensanchan hasta lo infinito los horizontes del alma. Adulto, la lengua del Lacio fué mi estudio exclusivo, estudio que á una imaginacion de suyo plástica le presentaba como en relieve, entre los dulces versos de Virgilio, los concisos períodos de Tácito, y los rotundos de Tito Livio, aquellos héroes antiguos, que sólo habian vivido para la libertad y para la patria. Ya en la juventud, al penetrar por la puerta de las Universidades, la literatura romana y el derecho romano habian acabado de inspirar al ánimo un anhelo vivísimo por ver las colinas de donde tantas ideas descendieron sobre la conciencia humana; los sepulcros que guardan tantos huesos ilustres, los cuales han servido como de abono á la planta de

la civilizacion sobre la faz del planeta; las piedras bruñidas por el sol y por el tiempo, donde el cónsul y el tribuno han esculpido sus nombres, y el apóstol y el mártir su cruz, verdaderos fragmentos, no de la tierra, sino del espíritu universal, en su trabajo constante por adquirir la conciencia plena de sí mismo, y por realizar ese ideal que le desasosiega y le atormenta, pero que tambien le eleva y le transfigura, obligándole á ser, si soldado de una lucha sin tregua, agente y sacerdote de un progreso sin término.

Yo, que cansado un poco de la política en Madrid, de la industria en Lóndres, de la vida en París, hasta de la naturaleza en Ginebra; disgustado un tanto de las tendencias positivistas que en nuestro tiempo á cada minuto, y en nuestra sociedad á cada paso descubro; me refugiaba en Roma para consumir algunos momentos en éxtasis ante la historia, ante el arte, ante la religion, ante todo lo ideal, no pude cierto dia desasirme de un republicano, muy mi amigo, que, seguro de la complicidad de mi alma con sus ideas, y de mi alejamiento naturalísimo del Santo Oficio, desahogaba su conciencia pecadora y su forzoso silencio de veinte años, pasados bajo la férula pontificia, en mi amistad, pintándome los abusos del absolutismo romano, que yo de oidas conocia y de corazon detestaba; pero cuyo

relato en aquella hora no se compadecia bien con mis deseos de peregrinar entre las ruinas, ajeno á todo trabajo político, entregado al curso libre de mis ensueños y de mis pensamientos.

—A buena ciudad venís en busca de idealismo, decíame, frio por costumbre, en presencia de las maravillas que yo, transeunte, admiraba en Roma. Aquí todo el mundo se interesa por un número de la fatal lotería; nadie por una idea del humano cerebro. La conmemoracion del aniversario de Shakespeare se ha prohibido en esta ciudad del arte. Su censura es tan sábia, que como cierto escritor publicára un libro sobre el voltaismo, lanzólo al purgatorio del Indice, creyendo que se trataba del volterianismo, filosofía que no deja ni descansar ni digerir á nuestros monseñores. En cambio, un libro de cábalas y astrologías para adivinar los caprichos del bombo lotérico ha sido impreso y publicado con el *placet* pontificio, por no contener nada contrario á la religion, ni á la moral, ni á los derechos de la soberanía.

—Sé todo eso, decíale yo. Lo he leido cien veces en Dumesnil, en Kauffman, en Sthendal, en Edmundo About.

—Pues sabiéndolo, ¿buscais aquí ideas? Rabelais conocia esta ciudad, Rabelais. Al llegar, en vez de escribir una disertacion sobre sus dog-

mas, la escribió sobre sus lechugas, única cosa que hay buena y fresca en este maldito calabozo. Y cura y todo como era, cura del siglo décimosexto, más religioso que el nuestro, tenía una correspondencia larga y tendida con el piadoso obispo de Maillerais, sobre los hijos del Papa; porque el reverendo le habia encargado muy especialmente averiguar si el caballero Pedro Luis Farnesio era hijo legítimo ó bastardo de su Santidad. Creedme; Rabelais conocia á Roma.

En esto dimos vuelta á una encrucijada, y nos encontramos en modestísima plazuela. Un balcon de la casa que más descollaba en aquel sitio, aparecia colgado con rico tapiz de damasco carmesí. Fuertemente ajustado al balcon brillaba un globo de cristal con filetes dorados, á uno de cuyos extremos veíase áureo manubrio. Frente á la casa, inmensa multitud desarrapada, miserable, se apiñaba. En todos los ojos, convertidos al balcon, veíase algo de extraño; en las manos papeles, santos, escapularios; un silencio sepulcral reinaba, silencio incomprensible en los locuaces pueblos del Mediodía; silencio, del que deduje haber topado con una ceremonia religiosa. Mi deduccion se confirmó cuando un monago salió al balcon, y tras el monago algunos eclesiásticos de rubicunda cara y obesa respetable figura; y tras los eclesiásticos todo un príncipe de la Sacra Ro-

mana Iglesia, vestido de crujiente seda morada, adornado con su roquete de blanco encaje, y cubierto con un solideo morado tambien, sobre el cual flotaba al cefirillo, como roja flor de granado, lustrosísima borla. Rompióse el silencio de la multitud en espantoso alarido. Unos de aquellos campesinos, que todavía conservan reflejos de la antigua belleza escultórica en su frente despejada, en su nariz aguileña, en sus labios gruesos, se postraban de hinojos, plegadas las manos, extática la mirada, profiriendo oraciones que parecian conjuros. Otros sacaban las estampas de sus santos protectores, casi todas mugrientas, y las besuqueaban con verdaderos trasportes. Algunos daban saltos, tendian los brazos, pronunciaban frases incoherentes. Era sábado, sábado de sortilegios. El mediodía se acercaba. Un cañonazo suena en el punto que las campanas dan las doce. Al cañonazo sigue en la multitud otro alarido increible. El cardenal coge el manubrio y da vueltas al globo cristalino. El monago mete la mano y saca un número. Era la lotería oficial, la lotería pontificia. Huyamos. Tenía razon el garibaldino. ¿Esta es la ciudad del espíritu?

Sumerjámonos en los antiguos tiempos, como un buzo en el mar. Nuestra vida es tan corta, nuestro sér tan pequeño, que para tocar esa idea de lo infinito, á la cual estamos como unidos por

lazos invisibles, para entrar en esta inmortalidad con que soñamos siempre, tenemos necesidad de poner, como tras el limitado horizonte sensible, el ilimitado horizonte racional, tras cada momento de la vida, perspectivas inacabables, léjos inmensos, celajes que matizan de belleza las notas escapadas de unas cuerdas vibrantes, los colores descompuestos en mágicas paletas, las inspiraciones desprendidas de la celeste poesía, los recuerdos por nuestra evocacion alzados del polvo de los siglos y de los abismos de la historia.

¿Es verdad que tenemos aquí en la frente una luz pálida, trémula, casi imperceptible, como la luz de la luciérnaga, una luz que se llama la idea? ¿Es verdad que en esta luz podemos abrasar el mundo material, disiparlo, ofrecérselo al espíritu como el humo de un sacrificio? Indudable. La naturaleza aparece á nuestro ojos mil veces, cual una imágen multiforme de la conciencia. La luz no es más que el velo de oro tras el cual se oculta el pensamiento infinito que agrupa en escalas de música armoniosa los planetas y sus soles. El universo, ese universo que nos abruma con su grandeza, es el poema de nuestras ideas, el apocalípsis misterioso que hemos escrito con palabras de estrellas, con líneas de constelaciones en esa inmensidad, de cuya

existencia real no estamos seguros, en esa inmensidad sin orillas y sin fondo que se llama espacio. Dejadme, dejadme, pues, soñar; que así como á los piés del hombre han caido muertos los dioses paganos, los dioses inmortales, creados y destruidos por el espíritu, los dioses inmortales, cuyos esqueletos amontonados descubro en esta inmensa necrópolis de la campiña romana, así pueden caer en ruinas los mundos, y quedar entre sus cenizas frias, como un rescoldo, el calor de nuestro espíritu.

Cuando protestaba yo con estas orgullosas reflexiones contra las miserias humanas, sin darme de ello casi cuenta, habia llegado solo, absorto, frente á frente del Coliseo Romano. La primera impresion que me produjo fué de asombro. Si yo no naciera á las orillas del mar, y no me connaturalizára con su infinita superficie desde niño, tal impresion me hubiera causado, viéndolo por vez primera en edad madura. Mi memoria un tanto viva y cambiante me trasladó súbita á mi cátedra de latin, donde traducíamos los epigramas de Marcial, y me trajo á los labios estos dos versos, que suelen repetir los eruditos itinerarios publicados por los arqueólogos romanos:

Barbara Piramidum sileant miracula Memphis

. . . . . .

Omnis Cæsareo cedat labor Amphitheatro.

Eran estos los jardines de Neron. Por aquí andaba vestido de púrpura, calzado de borceguíes celestes, la sien coronada de laureles, los ojos fijos en el cielo, las manos en la cítara, henchidos los labios de antiguos versos griegos, y el corazon de pasiones contrarias, como un demonio que se esforzára por ser Dios, y se acogiera momentáneamente al cielo del arte, para tornar á caer en los abismos. Él era cónsul, tribuno, dictador, césar, pontífice máximo; todos le bendecian, todos le adoraban; y no le estimaba ¡oh dolor! su propia conciencia. La posteridad no ha sido para él tan despiadada como para los demás césares, porque Neron fué siempre un tirano con remordimiento. ¡Ha habido tantos en quienes se borró por completo la conciencia! ¡Ha habido tantos que, al matar, al quemar, al destruir ciudades enteras, han creido obrar meritoriamente á los ojos de Dios! Hoy mismo un césar del Norte, por coger entre sus garras el cetro de Alemania, se ha cebado en la infeliz Francia, y al eco de las bombas, al estridor de las ruinas y del incendio, al gemido de los moribundos, ha invocado el nombre de Dios como cómplice de sus crímenes. ¡Ah! Neron mataba á su madre; pero sentia en las orillas del mar los dolores de Orestes y los ronquidos de las Euménides. Neron oprimia al género humano; pero en su última hora

proclamaba muy alto que debia haber sido artista y no césar. ¡La religion pagana conservará más viva la conciencia y su jurisdiccion sobre la vida que el pietismo protestante!

He mentado á Neron, porque su nombre está unido al nombre del Coliseo. En el sitio que hoy ocupa, se extendia el estanque de los jardines neronianos; y al frente del estanque elevábase una estátua colosal, magnífica, del divino emperador, con los atributos de Apolo, el dios de la armonía y de la luz, que llevaba en sus manos la cítara, á cuyos acordes danzaban las musas, y en sus sienes el verde laurel de Dafne. La familia de Vespásiano, en ódio al hijo de Agripina, habia soterrado su áurea casa, llena de obras inmortales; arrancado tambien el Coloso, y construido en su lugar el Anfiteatro; pero no pudo arrancar, ni el nombre ni el recuerdo de la apolina estátua de Neron; y ese nombre degenerado, corrompido, Coliseo, lleva todavía este colosal monumento.

No parece, á la verdad, obra de los hombres, sino obra de la naturaleza. Esas gigantescas proporciones, esas moles inmensas no han podido ser creadas por nuestras fuerzas, sino por las fuerzas del gran arquitecto, del grande artista que ha levantado las eternas pirámides de los Alpes, y que ha cincelado el maravilloso cono del Vesubio, por las fuerzas del fuego creador, cuyas

reverberaciones guarda todavía en sus cristales el granito. Sólo cuando se ven las armonías de sus arcos, la igualdad de sus columnas, el ritmo de aquella arquitectura que asciende á los cielos como un cántico, nótase que el pensamiento humano ha distribuido las enormes moles del Anfiteatro, y las ha sellado con el sello divino de sus leyes.

Hoy es en parte una ruina. Cuando estaba todo de pié, dos gradas lo sostenian como fuertes zócalos. Cuatro cuerpos sobrepuestos lo formaban. Ochenta airosos arcos, que eran otras ochenta puertas, circundaban todo el primer cuerpo. Á los lados de los arcos alzábanse medias columnas empotradas en la pared y pertenecientes al severo órden dórico. Sobre este primer cuerpo se extendia una cornisa, y sobre la cornisa otros ochenta arcos, á cuyos lados se elevaban medias columnas del más gracioso y más ligero órden jónico. Otra cornisa, idéntica á la anterior, remataba este segundo cuerpo y servia de base al tercero, cortado en arcos tambien, ornado tambien de columnas, pero del florido y rico órden corintio. Remataba todo el monumento un airoso atrio, semejante á cincelada diadema, ligero, ornado de pilastras y abierto por ventanas, á través de las cuales parece que brilla con más esplendor el cielo. Este inmenso edificio tiene cin-

cuenta y dos metros de altura. Para definirlo en pocas palabras, yo le llamaria una montaña circular, levantada, esculpida, cincelada por el trabajo del hombre. El lado que mira al Nordeste es el que mejor se conserva. Sólo en sus muros puede estudiarse la sucesion de los arcos, la armoniosa escala formada por las columnas, el órden y la gracia de las cornisas, la severa majestad del primer cuerpo y la ligereza del ático que lo corona todo y que da á mole tan grandiosa el primor y la ligereza de una joya.

En estos monumentos resplandecen las ideas y los caractéres de la arquitectura romana. La gracia, la belleza griega, se han reemplazado con la grandeza, y con la grandeza colosal. Es el Coliseo monumento digno de un pueblo-rey, de un pueblo conquistador, de un pueblo titánico, de un pueblo que cuenta ejércitos de esclavos, ejércitos de trabajadores, sobre cuyas espaldas solamente hubieran podido ascender las inmensas moles á tan vertiginosas alturas. El pueblo que ha fabricado el Coliseo acaba de ver el Oriente y sus monstruosos edificios, sobre los cuales ha querido tender los órdenes del arte griego como una guirnalda. La arquitectura romana ya no es aquella hermosa arquitectura de Aténas y de Corintio, que ha tomado por tipo el bellísimo organismo de la mujer griega, de esa diosa, de esa musa de todas

las artes. Flota sobre los monumentos romanos algo ménos bello, pero más grandioso, el océano invisible de un espíritu universal, asimilador, que tiene de Grecia la armonía, de Asia la magnitud, rebosando realmente en la tierra y en la historia, sin tocar á un ideal, que irá más tarde á perderse entre los misterios y los arreboles del cielo, medio luz, medio sombra. Luégo los edificios romanos, informados en ese espíritu colosal, tenderán necesariamente á fines útiles, prácticos, inmediatos, como toda su cultura. El dios Eros, el dios del amor griego, ha sido reemplazado en Roma con el dios Sterquilinius, con el dios del estiércol, de esa sustancia que abriga y fecunda los campos, como la metafísica helénica ha sido reemplazada con la moral y el derecho, con principios y ciencias que tocan más inmediatamente á la sociedad y á la vida.

El Coliseo tiene todos los caractéres de la arquitectura romana. Podeis aprenderla mejor en ese grande ejemplar perdonado milagrosamente por la inundacion de los siglos, que en las páginas de Vitrubio, quizás rehechas é interpoladas por los eruditos del Renacimiento. Mirad esa argamasa que parece forjada como la materia granítica en las incandescentes entrañas del planeta. Mirad las bóvedas desconocidas de los griegos y admirablemente edificadas en esta tierra del im-

perio y de la fuerza. Mirad los arcos que el mundo helénico nunca construyó, y que parecen á mis ojos las puertas triunfales por donde penetra en la historia con un nuevo espíritu una nueva vida. Mirad cómo el romano ha puesto un plinto para que descanse la columna dórica que el griego arrancaba del seno mismo de la tierra como el tronco de un árbol. Mirad esos tres órdenes separados siempre en la arquitectura griega y reunidos aquí en escala ascendente, primero el más sencillo y más sóbrio, el dórico, en la base; despues el más elegante y más ligero, el jónico, en el medio; y luégo el más florido, el más ornado, el corintio, coronando la cima, como la diadema de todo el monumento. El espíritu del pueblo constructor brilla por todas partes en esa fábrica. Ha reunido el romano los tres órdenes de arquitectura en sus edificios, como ha reunido los dioses griegos en el panteon. Su cultura es el gran epílogo de la cultura antigua. Roma tomó á Grecia su metafísica y su religion, á la Sabinia sus mujeres, á España sus espadas, al Oriente sus bóvedas y á Etruria sus arcos. Así puede decirse que Grecia es la flor y Roma el fruto de toda la antigua historia. Monumentos como el Coliseo no son más en el fondo que huesos milagrosamente conservados del inmenso organismo que componia la Ciudad Eterna.

¡Y pensar que este edificio, capaz de vencer á veinte siglos con todas sus catástrofes, se fabricó en tres años escasos! Levantáronlo, como ya hemos dicho, aquellos emperadores de la familia flavia, bajo cuya dominacion pudo consagrarse Tácito á maldecir el despotismo y llorar la república. Tito, á quien la adulacion universal llamára delicia del género humano, incendió Jerusalen; sobre las piedras calcinadas inmoló millon y medio de judíos, destinando el resto á degollarse entre sí como gladiadores en las ciudades de Siria, á ser trofeos de la entrada triunfal del vencedor por la Via Sacra, y á levantar en las espaldas amoratadas por el látigo las moles de este Anfiteatro, para morir entre las quijadas y las garras de las fieras hambrientas.

Tito, despues de haber amado á Berenice como Antonio á Cleopatra; despues de haberse oido llamar Mesías por sus propias víctimas, y Dios por aquellos egipcios á quienes les nacian dioses en las huertas; despues de haber consagrado á la sombra de las pirámides nuevos bueyes al dios Apis; despues de haberse formado una córte de sátrapas en Oriente y corrido un dia entero los molestos honores del triunfo bajo los arcos de la Ciudad Eterna, demolió la áurea casa de Neron; trocó en estátua de Sol la estátua del César adorado por la plebe; desecó el lago que se extendia

entre el monte Celio y el monte Esquilino; arrancó los bosques y taló las praderas de las poéticas orillas, y en el fondo levantó el anfiteatro mayor que han visto los siglos, consagrando su inauguracion en cien dias de increibles fiestas, en que hubo combates de gamos, de elefantes, de tigres, de leones, de hombres, combates gigantescos que salpicaron con sangre hirviente el rostro del césar y el rostro de su pueblo. Nueve mil alimañas murieron durante aquella orgía de sangre sobre la arena. La historia, que ha conservado el número de fieras muertas, no ha conservado el número de personas, sin duda porque á los césares les interesaban ménos los esclavos que las bestias.

Tito buscó en el trono algo con que apagar la sed insaciable de su ambicion, y no pudo encontrarlo. Ya no era dado desear más despues de tener bajo su mano el mundo; sobre sus espaldas el manto de los césares; en torno de su autoridad, sumisas, como rebaños, las razas; silencioso y subyugado el planeta. Mas en el punto de llegar al logro de sus ambiciones, el corazon de Tito se quebró en pedazos, ó por no tener cosa alguna que desear, ó por deseos vagos, infinitos, que en nubes de ensueños fantásticos se disipaban, disipando con ellos toda su existencia. Lo cierto es que, al pisar el trono, una inmensa tristeza se apoderó de él; una especie de tísis interior le en-

flaqueció el ánimo; su aliento estaba cargado de suspiros, su corazon de dolores, sus ojos de lágrimas, su vida de ilusiones, su sueño de pesadillas, su pasado de remordimientos, su porvenir de miedo, hasta que un dia, errante por la envenenada campiña de Roma, en pos de un sitio donde adormecer su hastío, espiró, mirando el cielo con los ojos enardecidos por la fiebre de infinitos y no satisfechos deseos. Cuando yo recordaba la vida y la muerte de Tito, parecíame el Circo la aglomeracion de montañas sobrepuestas por las ambiciones desapoderadas de un césar para poseer el cielo como poseia la tierra, sin lograr otra cosa que tener bajo sus plantas el hervidero de todos los crímenes, y sobre sus sienes las maldiciones de todos los hombres.

Embargado por estos recuerdos y estas ideas, habia yo recorrido todo el monumento. Lo registré, lo estudié como puede estudiar el naturalista una montaña; entré por todos los vomitorios, las puertas que abrian paso al pueblo con tal desahogo que, sin atropellarse, entraban y salian rápidamente cien mil espectadores. Subí á sus gradas más altas, desde las cuales pude contemplar el campo romano, y á mi frente las lejanas lagunas; á mi derecha los arcos de Tito y Constantino, la pirámide de Sextio y la basílica de San Pablo; á mi izquierda las catacumbas de San Se-

bastian, la Via Apia con sus dos hileras de sepulcros; á mi espalda el Palatino, el Foro, la Via Sacra, el arco de Septimio Severo, el Capitolio; por do quier los lugares en que circulan como rica sávia las ideas, los lugares llenos de recuerdos, los lugares, verdadero ocaso del espíritu antiguo, verdadero oriente del espíritu moderno.

Estaba tan absorto, que la noche vino sobre mí como si hubiera venido de improviso. Las campanas de Roma tocaban á la oracion; los buhos y otras aves nocturnas ensayaban sus primeros gritos; oíase el agudo y monótono cántico del sapo y la rana en las apartadas lagunas, al par que el Miserere de una procesion al entrar en la próxima iglesia; mezcla de voces del espíritu con voces de la naturaleza, que sumergian aún mi conciencia en meditaciones más silenciosas y más vagas, como si el alma se escapára de mi sér para implantarse, á la manera de las plantas parietarias, en el polvo de las inmortales ruinas.

La luna llena se levantó en el horizonte sereno, tranquilo, y vino á dar con su melancólica luz nuevos toques de poesía á los arcos, á las columnas, á las bóvedas, á las piedras esparcidas, á la desolacion de aquel lugar, á la cruz erigida en su centro como una eterna venganza que han tomado los gladiadores, obligando al pueblo romano á bendecir, á adorar lo más abyecto, el infame pa-

tíbulo de los esclavos, transformado en el lábaro de la civilizacion moderna.

Al resplandor de la luna que surgia, al eco de las campanas que espiraba entre las dudosas sombras, parecíame ver despertarse del polvo las almas de las generaciones muertas, y venir en vuelo tan callado como el vuelo de los murciélagos, á recorrer, á visitar aquellos sitios consagrados por sus recuerdos, y queridos hasta en las regiones de las tumbas. Yo hubiera deseado detener las sombras y contarles ¡ay! lo que pasa en nuestro mundo. Si sois almas de tribunos, de senadores, de césares, sabed que todo cuanto vosotros adorabais ha muerto, y que ya los siglos han gastado hasta las gradas de los altares, herederos de vuestros altares, á fuerza de besarlas. Todos aquellos dioses que vosotros creiais inmortales, han muerto, y las ideas que los animaban ruedan por los abismos de la historia como hojas secas desprendidas de las renovaciones contínuas del humano espíritu. Ya las nereidas no palpitan suavemente en la espuma de las ondas; ya las ninfas de marmórea blancura no suspiran, no, en el susurrante arroyuelo. El dios Pan ha dejado caer su caramillo, que llenaba de melodías los bosques. A la embriaguez de las bacantes han sucedido la maceracion, la penitencia, el horror á la naturaleza. Un nazareno, un hijo de los judíos, de los esclavos, de

aquella raza que levantó con la cadena al pié y el látigo en el rostro las moles del Coliseo, ha vencido y ha enterrado los dioses que inspiraron á Horacio y á Virgilio, que sostuvieron á Escipion en las llanuras de Cartago, y á Mario en los campos pútridos, que engendraron el arte y sometieron á su poder la victoria. En vano Tácito miró con menosprecio á los sectarios de ese jóven oscuro, pobre carpintero de Judea; en vano Apuleyo lo ridiculizó en sus apólogos y sus fábulas. Ni siquiera la inmortal risa de Luciano pudo cosa alguna contra el aliento que exhalaban aquellos labios, contra las ideas que exhalaba aquella conciencia. Los dioses han muerto, y sobre sus cadáveres ha caido muerta Roma. El Foro es un campo en que las vacas se apacientan. El Coliseo es un monton de ruinas donde adoran los romanos el patíbulo de sus antiguos esclavos. La Via Sacra se ha hundido. En el Capitolio celebran sus ceremonias los nazarenos. Éstos, que vosotros creiais perturbadores de la paz pública, tienen altares y sacrificios donde ántes los tenian los dioses de Camilo y de Caton. Pueblos bárbaros venidos del Norte ahogaron los oráculos, interrumpieron las ceremonias sagradas, entregando, como si fuera su despojo, la conciencia humana á turbas de cenobitas que salian de las cloacas y de las catacumbas. Y cuando la nueva creencia se

habia apoderado de todas las almas, cuando habia puesto sus altares en lugar de los antiguos altares, como si el espíritu humano estuviera condenado á tejer y destejer perpétuamente la misma trama de ideas, nuevos combatientes, nuevos tribunos, nuevos apóstoles, nuevos mártires, surgieron á matar la fe que sus predecesores engendráran. Y pasa por nuevas fases la conciencia humana, por nuevas angustias nuestro corazon, por nuevos estremecimientos de dolor esta ensangrentada tierra.

Yo creí oir agudos gemidos sin número á medida que mis labios murmuraban estas incoherentes ideas sin forma. Sería el eco del viento en los cipreses y en los pinos. Sería el rumor último de la campiña al entregarse en brazos de la noche. Sería el eco de la gran ciudad, de su oracion, de sus lamentaciones. Pero asemejóse á un quejido de profundísimos dolores.

Sunt lacrimæ rerum.....

Yo, para distraerme, empecé á fingirme allá en la mente una fiesta del Anfiteatro. No era la inmensa mole este inmenso cadáver. Aquí se levantaba una estátua, allá un trofeo, acullá un monolito traido del Asia ó de Egipto. El pueblo rey entraba por los vomitorios despues de haber-

se bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. A un lado se veia la puerta sanitaria por donde vienen los combatientes; á otro la puerta mortuoria por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas se mezclan con el aullar y el rugir de las fieras. Miéntras llegan los senadores y el césar, algunos empleados de baja esfera municipal reparten entre el pueblo garbanzos tostados, que llevan como nuestros feriantes en esportillas. El suelo reluce con polvos de oro, de carmin, de minio, para disimular el color de la sangre, miéntras templan la luz grandes toldos de oriental púrpura que entonan todo el espectáculo con sus encendidos reflejos.

Los senadores van ocupando las gradas más bajas. Tras de ellos colócanse los caballeros. Más arriba los padres de familia que han dado al Imperio cierto número de hijos. En las gradas superiores el pueblo. Y por último, coronándolo todo, las matronas romanas, vestidas de ligeras gasas, cargadas de riquísimas joyas, embalsamando los aires con esencias que vierten de pomos de oro, y enardeciendo los corazones con sus palabras de amor y sus voluptuosas miradas.

Miéntras los espectadores aguardan al césar,

que debe dar la señal del comienzo de la fiesta; entréganse á toda suerte de murmuraciones. Mira aquel gloton. Ayer se le quemaron los jardines de Pompeyo, y es tan rico, que no sabía fuesen suyos. Lolia Paulina lleva sobre el cuerpo en esmeraldas sesenta millones de sextercios, pequeña suma en comparacion de las infinitas robadas por su abuelo á las opresas provincias. Aquel que acompaña siempre al césar, hurtó en cierta cena de Claudio una copa de oro. Estos calaveras saludan al orador Régulo, porque temen el veneno destilado de su viperina lengua. Él tiene honores, miéntras generales que han vencido á los bárbaros y han muerto en defensa de Roma, están hace diez años insepultos. El médico Eudemio llega; no tardarán ciertamente en aparecer sus pupilas de corrupcion y de amancebamientos. Mira aquella niña; tiene ocho años y no es vírgen. Su ilustre madre, con pertenecer á una de las familias romanas más nobles, se ha borrado de la lista de las matronas y se ha inscrito en la lista de las prostitutas.

Pero viene el césar y el pueblo lo aclama, siempre agradecido á las fiestas, y sobre todo á las matanzas. Los sacerdotes y las vestales consagran sacrificios á los dioses protectores de Roma. La sangre corre, las entrañas de las víctimas se consumen y se disipan prontamente en el fuego

sagrado, suenan los coros y la música, vocifera nuevamente la muchedumbre, á una seña imperiosa aparecen los gladiadores, que saludan á todos con la sonrisa en los labios, como si les aguardára festin sabrosísimo, en vez de la implacable muerte.

Divídense estos infelices en várias categorías. Los esedarios guian carros pintados de verde. Los mirmillones se ocultan tras redondos escudos de hierro, por uno de cuyos lados muestran afiladísimos cuchillos. Los requiarios tiran al aire y recogen con grande habilidad sus tridentes. El traje de éstos vistosísimo es: túnica roja, borceguíes celestes, casco dorado que remata un luciente pez. Los ecuestres recorren con gran agilidad en sus caballos el circo. La luz se refleja en los petos de acero y en los collares y en los brazaletes. Sus túnicas son multicolores y recuerdan los trajes orientales. Los bestiarios vienen los últimos, todos escogidos entre los más hermosos, todos desnudos, todos imitando en sus actitudes artísticas posiciones de clásicas estátuas, todos saludados con mayor frenesí por el pueblo, porque son los más fuertes y los más expuestos y los más valientes.

Han nacido en las montañas, en los desiertos, entre las caricias de la naturaleza, respirando el aire puro de los campos y la sagrada libertad. La

guerra, y solamente la guerra, ha podido arrancarlos á su patria. Ya en Roma, los han cebado para que tuvieran sangre, sí, sangre que ofrecer en holocausto á la majestad del pueblo romano. Allá en la ergástula, quizá muchos de los que ahora van á herirse ó matarse entre sí, han contraido estrechísimas amistades. Quizá muchos son hermanos por la naturaleza, hermanos por el sentimiento, y habrán de herirse, habrán de inmolarse, cuando unidos en los mismos afectos, podrian hundir las espadas en las entrañas del césar, y vengar á su gente y á su raza.

Pero ya se acechan, ya se buscan, ya se amenazan, ya se enredan y se empeñan bárbaramente en cruentísima pelea. Si alguno, movido de miedo por sí, ó de compasion por su contrario, retrocede, el maestro del circo le clava un boton de hierro candente en las desnudas carnes. La roja sangre cae y humea por todas partes. Uno se ha resbalado en ella. El pueblo grita creyéndole muerto, y le silba cuando se levanta vivo. Éste se desmaya despues de esfuerzos gigantescos para sostenerse de pié. Aquél cae desplomado de una sola herida sobre su escudo. El otro se retuerce en dolores infinitos, y tiene el estertor de una agonía epiléptica. Dos se han herido mortalmente entre sí; pero al caer, soltando sus espadas, se han abrazado para sostenerse y auxi-

liarse en la muerte. Miembros mutilados, tripas rotas, sollozos de agonía, estertores de moribundos, rostros contraidos de muertos, últimos suspiros mezclados con quejidos, gritos de rabia y desesperacion; todo esto es grandioso espectáculo para el pueblo romano, que grita, palmotea se embriaga, se enfurece, sigue con nerviosa atencion el combate, saltándole los ojos de las órbitas como para ver más la matanza, abriendo las narices y el pecho para recoger los vapores de la sangre.

La cólera, sí, la cólera flotaba como única pasion sobre toda aquella carnicería. La escultura antigua, generalmente de una severidad tan olímpica, nos ha dejado la imágen viva de esta cólera en la escultura del gladiador combatiendo. Dilátanse sus ojos, sobre los cuales como que extienden tempestuosa nube las fruncidas cejas. Sus miembros robustísimos adquieren una infinita tension. La cabeza se avanza hácia adelante inclinada sobre el pecho, á fin de parar los golpes. Su cuerpo está en actitud de lanzarse á la pelea sostenido sólo por el pié derecho. El brazo izquierdo amenaza; en tanto que el puño derecho, fuertemente contraido, se apercibe á dar un golpe mortal. Aquella estátua es la imágen viva del ódio. Y el ódio contínuo ha engendrado en torno de Roma espesísima nube de cólera, de maldiciones que

tuvieron su satisfaccion terrible en la noche apocalíptica de las venganzas eternas, en la noche de las victorias de Alarico, y de las orgías de los bárbaros, los hijos de los esclavos y de los gladiadores.

¿Quién, quién puede extrañar los castigos de Roma? Toda su fuerza, toda su majestad, toda su grandeza han sido destruidas por una idea. Allá en las catacumbas se ocultan oscuros sectarios que quieren oponer al sensualismo antiguo el espíritu, á la religion pagana y al Imperio dogmas que Roma no podia admitir sin perecer. Esos sectarios huyen de la luz del dia y se encierran temerosos en las catacumbas. Allí pintan el Buen Pastor que les guia á la eternidad, la paloma que les anuncia el término del gran diluvio de lágrimas en que se ahoga nuestra vida. Allí entonan himnos á un tribuno oscuro, pobre, débil, que no ha sabido matar como los conquistadores, sino morir humildemente en ignominiosa cruz. De allí han salido estos confesores de la nueva fe, para sellarla con su sangre sobre las arenas de este mismo circo. El anciano, el jóven, la tierna doncella han oido sin estremecerse el maullar del tigre asiático, el rugir del leon africano. Las fieras hambrientas han salido de las grandes jaulas que todavía en los cimientos del circo se ven, y han clavado sus garras y sus dientes sobre los cuer-

pos indefensos de los mártires. Miéntras se repartian las panteras, las hienas, los tigres, los leones sus restos palpitantes; miéntras bebian con furor insaciable la sangre, los romanos aclamaban al césar creyendo que con aquellos miembros devoraban las fieras una supersticion, y con aquella sangre se bebian las fieras una idea. Y los césares han muerto, y los pretorianos se han dispersado, y las piedras del Coliseo han caido, y una nueva idea ha reemplazado á las antiguas ideas, que, convirtiéndose de perseguida en perseguidora, ha intentado á su vez destruir nuevas sectas, ahogar nuevas creencias, no pudiendo llegar con sus excomuniones, ni con su inquisicion, ni con sus tormentos, al disco inmortal del espíritu humano, que brilla eternamente entre las ruinas y entre los dioses, entre los pueblos que mueren y los pueblos que empiezan, entre las creencias y los dogmas, como el sol perenne entre los coros de los mundos.

LOS SUBTERRÁNEOS DE ROMA.

En Roma suspende y maravilla la ciudad que sobre la tierra se eleva; pero suspende y maravilla tambien la ciudad que en las entrañas de la tierra se esconde. Sobre aquellos muros mece el viento la hiedra y el jaramago; descubre la conciencia el ideal y la fe de otros siglos. Bajo aquellos muros, donde las sombras se espesan, donde la frialdad y la humedad de la noche se eternizan; por las cuevas y las grutas abiertas en las profundidades del suelo, podrán correr ahora solamente los fuegos fátuos, producto de tantos huesos como allí amontonaron las tiempos; mas han corrido en otros dias, solemnes para el espíritu humano, las ideas que vivificaron la conciencia de la humanidad y que esclarecieron y realzaron sus altares. Yo me dirigia con religioso respeto á los sitios consagrados por la veneracion de tantas generaciones; yo me dirigia con el espíritu henchido por multitud de ideas. Las campiñas romanas invitan á meditar sobre la fragili-

lidad de los poderes más fuertes y sobre la inania de las mayores y más respetadas majestades terrestres.

De aquel pueblo, que llenaba el mundo, no se encuentra ni la sombra. De aquellas instituciones, que sostuvieron sobre sí el peso de tantos siglos, no se ven ni los restos. Algunos muros, algunos arcos, algunas columnas, inscripciones borrosas, sepulcros destrozados, mutiladas estátuas semejan los restos de un gran naufragio, los despojos de una inmensa tempestad. Yo comprendo allí, entre tantos destrozos, el misticismo que de algunas almas se apodera; el desprecio de este frágil mundo en que todo se pierde, y se gasta, y se consume; la aspiracion al descanso de la muerte; la impaciencia generosa por la posesion de lo infinito en otro mundo ménos incierto y más duradero.

Yo mismo, que tengo las ideas de mi tiempo, que creo en la perennidad del Universo, que miro la muerte, no como el aniquilamiento, sino como la renovacion, yo mismo sentíame inclinado á ciertas melancólicas reflexiones, y me imaginaba oir, ya la trompeta del juicio sonando sobre los orbes desquiciados, ya las lamentaciones de los profetas gimiendo sobre las destrozadas ciudades.

Yo veia en los montes Apeninos sembrados de ruinas, en las cordilleras de sepulcros disemina-

dos por todas partes, en los arcos interrumpidos de los gigantescos acueductos, en las torres medio destrozadas como si las hubiera un rayo profundamente herido y desquiciado, en todos aquellos fragmentos de obras medio pulverizadas, algo de las grandes visiones apocalípticas, los restos de planetas esparcidos por las espadas de los ángeles exterminadores en la soledad del espacio. La figura del tierno ápóstol, que las artes plásticas han idealizado en las edades modernas; eternamente jóven como los dioses antiguos ; elocuentísimo como los oradores helenos; semita que hablaba el lenguaje de Platon, y ponia el Verbo engendrado á la sombra del Pireo, entre los dogmas fundamentales del cristianismo; esta figura, que el Renacimiento ha realzado en sus cuadros y en sus estátuas, yo la veia allá, en Pátmos, entre el coro de las islas griegas, cuyos horizontes sonrien como la mirada de las sirenas; á la vista del azul Mediterráneo, henchido siempre de espíritu pagano y entonando en sus ondas, sembradas de corales, el antiguo himno clásico; yo la veia esa figura ideal, mística como la oracion, dulce como la esperanza; yo la veia en el momento de recoger todas las iras de su raza proscripta, y trazar en el último apocalipsis el castigo de la prostituta Babilonia, miéntras los ángeles buenos y los ángeles malos combatian ru-

damente en los aires, y las piedras chocaban con las piedras en los planetas, y los muertos andaban buscando, roto el sudario y entreabierta la sepultura, sus carnes en las ruinas amontonadas, en el barro amasado con lágrimas y sangre, para presentarse al último juicio que ha de escuchar en el momento supremo de la boca de su Eterno Juez todo el Universo.

Íbamos á las Catacumbas, é íbamos entre montones de ruinas. La desolacion del paisaje no era, sin embargo, tan grande como la tristeza del alma. Desterrados, errantes, sin patria, nuestro pensamiento y nuestro corazon tenian tambien, guardaban tambien ruinas como aquel inmenso y volcánico suelo de las grandes desolaciones. Todo recordaba la muerte. Hubiéramos creido hallarnos en esferas más que terrestres, infernales, si la naturaleza, con el rocío matinal que descendiera de los aires, con la verde hierba que se levantaba entre las junturas de las piedras, con las flores primaverales que coronaban la hierba, con las mariposas que se mecian sobre las flores, con las hojas tiernas recien brotadas de las yemas, con los nidos cincelados ya entre el follaje, no hubiera querido recordarnos en tibia mañana de Abril la perennidad de la vida y la eterna alegría de sus espléndidos festines.

¡Oh naturaleza! Inmóvil en medio del movi-

miento, una en medio de la variedad; empapada en el éter que la penetra por todos sus poros, y que forma como su atmósfera, como su espíritu; bajo la sucesion contínua de seres orgánicos que cambian y se trasforman, permanente é inmodificable; sujeta á la muerte y eterna; sujeta al límite é infinita; difundida en la inmensidad del espacio y concretada en seres orgánicos; desde los astros que irradian su luz por las esferas, á las flores que empapan con sus aromas los aires; desde los gases impalpables que se desvanecen, á las sólidas cordilleras que mezclan con sus ventisqueros, donde la nieve blanquea, sus volcanes, donde reluce el fuego central; desde la nebulosa que lleva en gérmen orbes infinitos, á los grandes y gigantescos mundos, ya cansados de bogar por los espacios; desde el grano de arena que la onda remueve, á las últimas estrellas de la Via Láctea, cuya luz tarda veinte mil siglos en llegar hasta nosotros, pobres desterrados adheridos á este pequeño planeta; en todo ese círculo, cuyo centro se halla, como dice la sabiduría moderna, en todas partes, y cuya circunferencia en ninguna, ¡ah! no sucede el aniquilamiento total ni de una sola molécula; no existe, no, la nada; sombra de nuestro pensamiento, aprension de nuestra poquedad, fantasma de nuestros sentidos, idea sin realidad, que las tristes limitaciones de nuestra

lógica y la incurable imperfeccion de nuestro lenguaje nos ha obligado á poner en el eterno océano de la vida. Es verdad que algunos astros se han apagado en nuestro sistema solar, como faunas y flores enteras han desaparecido en nuestra corteza terrestre; pero ni se ha extinguido el calor de la vida universal, ni ha cesado el crecimiento y el progreso de más perfectos organismos. Entremos, pues, en estas cavernas de ruinas, con el pensamiento puesto en la idea de lo infinito y el corazon puesto en la esperanza de la inmortalidad.

La más visitada de las catacumbas es la catacumba de San Sebastian; y la más digna de estudio detenido es la catacumba de San Calixto. A unas cuatro millas hácia el Oriente de Roma, entre la Via Apia y la Via Ardeatina, bajo montones de escombros donde se encuentran toda clase de restos despedazados, junto á bosquecillos de cipreses que aumentan la tristeza y la solemnidad del paisaje, enciérrase la más vasta y la más bella de las necrópolis cristianas, refugio de los perseguidos, vivero de los mártires, descanso de los muertos, templo de los vivos, asamblea de aquellos audaces innovadores, que traian una nueva luz á la historia y un nuevo ideal á la vida. Yo aconsejo á todos cuantos me leyeren que no vayan á contemplar estos sitios, sagrados por

tantos conceptos, sin llevarse los libros, y sobre todo los planos, del célebre arqueólogo católico Rossi. Así como el explorador de los bosques de América, de la tierra del porvenir, penetra, de su cortante hacha armado, en aquellas selvas inexploradas, y derriba los árboles, y ahuyenta los reptiles, y arranca las enredaderas, y crea habitacion á la familia, espacio al trabajo, este arqueólogo, explorador de un mundo subterráneo, se sumerge en las sombras, en el asilo de las aves nocturnas, bajo vacilantes bóvedas, entre laberintos de grutas, expuesto á ser aplastado por un desplome de las frágiles paredes, á perderse para siempre en cualquier recodo de aquellas ciudades de tumbas, en aquel infierno de palpables tinieblas, confundiendo su esqueleto con los muertos que ha intentado arrancar al silencio de triste é ingratísimo olvido.

¡Cuántas veces la esponjosa toba llovia su menuda lluvia de arena sobre la frente de aquel hombre! ¡Cuántas veces un alud de piedras, de ladrillos, rodaba hasta sus plantas y le envolvia en espesas nubes del polvo que embargaban toda respiracion á sus fatigados pulmones! ¡Cuántas veces perdia el derrotero en aquel inmenso laberinto, el norte en aquel océano de tinieblas, y se imaginaba haber perdido tambien toda salida, y haber topado con segura muerte por sed, por

hambre! Pero á la incierta luz de mortecina lámpara, minero audaz del espíritu humano, buzo de los abismos del tiempo, leia la inscripcion trazada quince siglos ántes por uno de aquellos sectarios, que acababan de recoger en el Circo Máximo los despojos humanos, y confiarlos á la tierra, entre oraciones, cuyos ecos áun se oyen allí; entre lágrimas, cuyos vapores todavía no se han desvanecido en aquella atmósfera bendita.

Lo primero que pasma, cuando á los subterráneos se desciende, es el gigantesco trabajo empleado por los que abrieron, sin tener los medios mecánicos y químicos de nuestra civilizacion, aquellas ciudades subterráneas. Aunque se haya dicho que las catacumbas fueron abiertas en las canteras, su carácter especial, sus galerías sobrepuestas, pues hay hasta cinco pisos de tumbas; su disposicion, que tiene cierta regularidad, revelan un plan, perfectamente concebido y madurado, al cual se sometia y subordinaba la edificacion de estas celdillas, donde los grandes elaboradores del nuevo dogma depositaban la miel de sus ideas, que habia de alimentar á tantas generaciones. Hasta la naturaleza del suelo se estudiaba con detenimiento y con verdadera ciencia. Evitábanse las arcillas y gredas, las marismas, todo terreno que conservára fácilmente las aguas, y se cavaban los templos y los sepulcros en la

toba granular, volcánica, más fuerte, más consistente, ménos accesible á la humedad, forjada por el fuego creador, y apta á todo género de construcciones duraderas. Mas era necesario preservar aquellos asilos, no solamente de los ataques de la naturaleza, sino tambien de las cóleras de los hombres.

Para conseguir este fin, buscaban los cristianos la sombra de las leyes. Y la ley romana protegia sobre todo y ántes que todo en el mundo los lugares consagrados á las sepulturas. El suelo, que era propiedad de la muerte, no tenía el movimiento de la vida. Vendida, legada, donada una propiedad, una finca, ni venta, ni testamento, ni donacion alcanzaban al sepulcro, siempre exceptuado, siempre en poder de las familias que allí guardaban las cenizas de sus deudos. Así podian abrir fosas profundísimas en el suelo, elevar monumentos á las alturas, y con el nombre de áreas adyacentes, unir muchos terrenos anejos al sepulcro, y como el sepulcro, sagrados. Los cristianos aprovechábanse para sus cementerios de estas garantías de las leyes, y señalaban un terreno cualquiera, y abrian galerías subterráneas, y depositaban allí los vasos de su culto, los muertos de su secta y de su familia. Una série de áreas romanas constituia el núcleo verdadero de las catacumbas. Así, por el respeto supersticioso de las

leyes á la propiedad, infiltrábase la oracion libre y el culto á los muertos. Los mismos emperadores que perseguian á los cristianos como creyentes, respetaban á los cristianos como propietarios. La propiedad colectiva, que era la propiedad cristiana de los primeros tiempos, tenía existencia legal en los códigos y amparo eficaz en los tribunales. Si hay confiscaciones como en los reinados de Valeriano y de Diocleciano, son confiscaciones pasajeras, excepcionales, interrumpidas, borradas pronto por una restitucion que prueba la perennidad del derecho, como la restitucion de Galieno y de Magencio. Y sin embargo, el Imperio persigue las asociaciones ilícitas, y declara asociaciones ilícitas las asociaciones religiosas, que amenazan á la integridad de su vida amenazando á la integridad de sus dogmas. Y Roma, que reconociéndose epílogo y síntesis del mundo antiguo, admite en sus templos todas las divinidades, nacidas en el seno de los pueblos asiáticos, Roma rechaza el Dios de los judíos, el Dios de los cristianos, sin duda porque los demas dioses son, como los suyos, dioses de la naturaleza, en tanto que el Dios cristiano y judío es el Dios del espíritu, que viene á sustituir á la verdadera y poderosísima Diosa de la tierra, á la Diosa Roma. No obstante este ódio, comprobado por tantas persecuciones, respetábase toda asociacion

benéfica que tuviese por objeto enterrar á los muertos, orar por los muertos; no se le preguntaba por su dogma religioso cuando se la veia reunirse para prestar culto á la inmortalidad. Bajo tal respeto á la muerte se anidaban los cementerios y los templos.

Y cuenta que el cementerio cristiano exigia verdadera amplitud. Los romanos quemaban sus muertos, y recogian las cenizas en vasos de mármol ó de pórfido; miéntras los cristianos, que creian, no sólo en la inmortalidad del alma, sino en la resurreccion de la carne tambien, guardaban los cadáveres íntegros en el fondo de las sepulturas. Así las ciudades de los muertos alcanzaban proporciones tan colosales como las ciudades de los vivos. Así bajo los arcos de triunfo, bajo los circos llenos de magnificencia, bajo los templos donde se congregaban los dioses que se creian eternos, bajo los palacios donde reinaban los césares que se creian omnipotentes; á las cuatro puntos del horizonte, extendíanse verdaderas ciudades de sepulcros, con sus calles, con sus encrucijadas, con sus plazas; ciudades de la muerte, que, sin embargo, avivaban en sus sepulturas un nuevo espíritu, el cual habia de matar á la antigua Roma, y animar sobre sus restos otra civilizacion.

Nótase una diferencia entre las catacumbas

del siglo I y las catacumbas de los otros siglos; del siglo III por ejemplo. Aquellas eran más hermosas y estaban más ornamentadas. Empleábanse en el siglo I los mármoles con frecuencia; los estucos brillantes, los colores vivos, los relieves artísticos, los frescos dignos de figurar juntos á los frescos de Pompeya, las inscripciones clásicas con retumbantes y nobiliarios nombres de familias aristocráticas, los sarcófagos monumentales, todo construido, todo hermoseado por aquellos artistas, un poco paganos, es verdad, que llevaban todavía en sus pinceles y en su cincel artísticos todos los jugos de las inspiraciones clásicas; pero que representaban el tránsito de un término á otro término de las ideas, y de una época á otra época de la historia. Así es la vida. Las revoluciones más trascendentales se apartan tímidamente de su orígen y se agarran á las instituciones mismas que van á destruir. La Iglesia, aunque nace bajo la maldicion de la sinagoga, recoge y consagra los libros, usa y difunde el lenguaje de la sinagoga. El cristianismo, aunque crece entre las persecuciones de los paganos, copia sus símbolos y santifica sus artes. La filosofía, aunque huye y se aparta de las ciencias teológicas, consagra muchos de sus apotegmas y encierra las fórmulas racionalistas en la terminología de las antiguas escuelas. Los pintores místicos de

la Edad Media tienen su progenie en los pintores de las catacumbas. Aquí está la brillantísima genealogía de Cimabué y de Fra Angellico. Aquí la paloma, que servia en la antigua pintura para acompañar á Vénus, sirve para anunciar con su ramo de olivo en el pico la promesa de la resurreccion. Quizá no esté tan bien dibujada, tan bien cincelada como la serena paloma griega que ha construido su nido entre los mirtos, los lentiscos, y que ha acompañado con sus arrullos los himnos de los templos helenos; pero en cambio ha pasado bajo las blancas alas de la paloma cristiana, por todo su cuerpo demacrado, el relampaguear sublime de nuevo espiritualismo. Así es el alma humana. Cree el sentido comun que se ha transformado, que ha crecido por súbitas y milagrosas revelaciones, cuando se ha transformado, cuando ha crecido por un trabajo interior, perseverante, eterno, que ha elaborado lentamente las nuevas creencias, los nuevos dogmas; alimento de tantas generaciones, atribuido en los arrebatos del corazon y de la fantasía á milagros de los profetas, de los ángeles, de los reveladores, no de otra suerte que el artista, el poeta, atribuye á la sonrisa de la casta Musa, escondida en los pliegues del aire, en los arreboles del cielo, la inspiracion que á raudales brota de su propia alma.

Pero, como las catacumbas de los tiempos apostólicos son más bellas y más ricas que las catacumbas de los tiempos posteriores, cuando ya se habia difundido el cristianismo, yo no puedo atribuirlo á lo que lo atribuye el conde de Richemont en su erudito libro sobre la primitiva arqueología cristiana; yo no lo atribuyo á que las clases más nobles pertenecieran á la religion más nueva. No. La historia desmiente este aserto. La fuerza misma de la asociacion cristiana obró las maravillas de las primeras catacumbas. Los artistas, que pertenecen siempre á lo pasado por la poesía de los recuerdos, á lo porvenir por la poesía de las esperanzas, fueron tocados en el corazon por la nueva fe, y expresaron sus sentimientos en la soledad de las catacumbas. La misma insignificancia de la secta perseguida sirvióle de incontrastable escudo contra los perseguidores. Los primeros césares temian á los estóicos, cuyo sentido humanitario contrastaba la idea fundamental romana, la idea de la superioridad incontestable de la gran ciudad; pero no temian á los cristianos confundidos con aquellos judíos que trajeran cautivos de la toma de Jerusalen, y que arrojaban con menosprecio á las fiestas del Circo, para que sus combates, sus agonías, sus estertores, su muerte, sirviesen de solaz al hastiado pueblo.

Cuando el cristianismo creció, como en el siglo III; cuando el número de sus iglesias aterró á los que veian arruinarse en la soledad y en el abandono los paganos templos; cuando coincidieron con estas tendencias de los espíritus á separarse de la antigua fe, tendencias de los pueblos á separarse tambien del antiguo imperio; cuando entre tantas ruinas morales y materiales se dibujaban como bandadas de cuervos, viniendo á lanzarse hambrientos sobre un cadáver insepulto, las irrupciones de los bárbaros, que ponian espanto con los aullidos de sus gargantas, y la vibracion de sus armas, y la ferocidad de sus instintos; los últimos romanos atribuyeron sus desgracias á los primeros cristianos, los cuales, perseguidos, acosados, como una nueva fuerza más que como una nueva idea, se refugiaron en catacumbas abiertas de prisa, enlazadas con las viejas canteras, sin pinturas ni relieves, porque no eran, no, templos de religiosos, sino madrigueras de fugitivos.

Habíamos ido desde las catacumbas de San Sebastian á las catacumbas de San Calixto. En las primeras nos condujo rápidamente un fraile, guiándonos, vela en mano y largo recitado en labio, por aquellas cavernas. En las segundas nos acompañó un guía láico, mucho más instruido y mucho ménos presuroso, cuyas noticias parecian

más bien aprendidas en experiencia propia que en ajenas recitaciones. La oscuridad era grande, completo el silencio. Parecíamos descendidos de las tempestades superiores de la vida á las espesas sombras de la muerte. Nos internábamos, y nos internábamos mucho. Si la luz que nos guiaba se hubiera extinguido, ¡cómo saliéramos nosotros del abismo! Y sin embargo, ¡qué reposo! ¡Qué especie de tranquilidad en aquella region de la muerte! Los fugitivos que allí se escondieron dominaron al mundo. Las ideas que allí se plantáran cubrieron con su benéfica sombra, por espacio de muchos siglos, los altares, los templos; alimentaron con su calor las conciencias; sostuvieron el corazon humano con sus esperanzas.

¡Quién, al ver las dos sociedades, no hubiera dicho que la subterránea estaba destinada á desaparecer, y la superior, la que al aire y á la luz se esperezaba en el placer y en el vicio, destinada, por su falso brillo, por su poder aparente, por la fuerza que fingia, por los cortesanos que la cercaban, á durar siglos de siglos! Arriba los césares, el Senado ceñido de laureles, el ejército, en cuyas armaduras relumbraba el sol de las batallas, los sacerdotes, que eran oráculos de lo pasado y nuncios de lo porvenir, los cortesanos en legiones innumerables, los esclavos en la ergástu-

la, los gladiadores en el circo, los arcos de triunfo, los monumentos colosales, los obeliscos, testigos de tantos siglos y despojos de tantas batallas; miéntras que abajo sólo habia sectarios oscuros, débiles, soñando con una redencion moral en medio del envenenamiento de las costumbres, teniendo por toda fuerza sus oraciones, por toda victoria sus martirios. Arriba los templos eran magníficos, rodeados de prados y jardines, donde cantaban en pajareras várias aves innumerables; precedidos de vestíbulos de mármol; ornados de maravillosas estátuas, debidas al cincel que trasmitiera á las inertes frias piedras todo el calor, toda la vida del alma; convertidos en museos de antigüedades por la conservacion de las espadas que esgrimieran los primeros héroes, y de los trofeos que encontráran, así en las ciudades como en los campos, los primeros conquistadores; miéntras que abajo, en las sombras, junto á estos milagros del arte, junto á estas maravillas de la historia, el sombrío templo cristiano, abierto como las madrigueras de las alimañas salvajes, ornado sólo por algunas humildes figuras que simbolizan el dolor, amenazado por la crueldad del despotismo, avivada y recrudecida en las embriagueces de la orgía.

¡Quién hubiera dicho que habian de triunfar estos humildes sectarios! Asombra ver cómo se

burlaban de ellos los más aplaudidos escritores de la antigüedad. Luciano ha dejado entre sus inmortales escritos la carta burlesca sobre un mártir cristiano llamado Peregrino. Este desdichado se figuraba que era inmortal, y que, por ende, habia de vivir perpétuamente. Despreciaba, en consecuencia de esta fe, los tormentos, y pedia la muerte. Como el sofista crucificado habia persuadido á los suyos de que todos los hombres deben tenerse por hermanos, ponian sus bienes en comun, y, víctimas de la ignorancia, caian en manos de los más codiciosos, ó de los más hábiles. Coronaban todas sus insensateces con la magna insensatez de morir en las llamas. De tan acerba manera juzgaba á los renovadores del mundo un escritor de talento, un filósofo de elevadas ideas, un satírico de primer órden. Y eso que sentia el hielo de la muerte discurrir por las venas de la antigüedad. Y eso que los dioses del pagano culto y los filósofos de la griega ciencia merecian todas sus despiadadas burlas. Y eso que debia sentir en el fondo de su alma conturbada la necesidad de la renovacion.

Pues aquellos fanáticos en creencias, supersticiosos por temperamento, recluidos en tinieblas, creyentes en el sofista crucificado; los predicadores insensatos, los sectarios apasionados, los débiles, los pobres, los ignorantes, eran, despues

de todo, los llamados á despertar, esparciendo la llama viva del espiritualismo sobre su frente, al mundo ébrio y corrupto, que emponzoñaba con sus orgías y con sus vicios, no solamente la conciencia humana, sino la misma naturaleza material.

¿Qué fuerza tenian, qué fuerza? ¿Armas? Su palabra. ¿Riquezas? Su fe. ¿Poder? El de su resignacion al sufrimiento. ¿Legiones? Las legiones de los mártires. ¿Propiedad? La de sus tumbas. Lo que tenian realmente, era una fuerza que es incontrastable, un arma que no se mella nunca, una riqueza que no se pierde, una propiedad que no se acaba; la misteriosa luz sin noche y sin ocaso, el vívido fuego que vivifica y no quema, el alma inmortal de la naturaleza, el motor de la sociedad, el aire en que perpetuamente respiran las almas, la idea, uniendo á ella el sentimiento, que ha recibido de los cielos el dón de los milagros, la fe viva, profunda, en esa idea. Los vencidos vencieron, los proscriptos reinaron, los muertos fueron dispensadores de la vida, los débiles domaron con sus manos traspasadas por los clavos de la cruz la salvaje fiereza de los bárbaros, y su ideal maldecido se transformó en el sagrado lábaro de una nueva vida.

Imposible que estas reflexiones no asalten y no posean con fuerza á cuantos vayan por aquel in-

menso laberinto de calles subterráneas. Son los surcos donde se plantaron los gérmenes de las ideas cristianas. Allí estuvieron largo tiempo guardados de la persecucion, como la semilla del trigo bajo los hielos del invierno. Allí brotaron á la luz. Los mártires de una idea progresiva resucitan siempre. La obra que construyen, no se interrumpe, aunque lo parezca á nuestra mezquina vista, incapaz de abrazar en su conjunto, como el Universo material, el Universo moral. Nosotros, ajenos á toda enemiga contra ninguna de las ideas que han contribuido á la educacion de la humanidad, hijos de este siglo eminentemente sintético, mirábamos y admirábamos enternecidos el lugar donde se fraguó la gran revolucion moral, contra los excesos del sensualismo antiguo. Los signos epigráficos, las figuras medio borradas, los jeroglíficos esculpidos en las piedras tumulares, las imágenes sagradas de aquellos tiempos nos trasportaban á su tempestuoso seno. Parecíanos oir la salmodia religiosa medio reprimida por el terror; ver la llegada de los que traian los restos de los mártires recien cogidos en el espoliario del Circo, para depositarlos en las urnas y alzar al pié de estas urnas el pequeño altar donde ardia la mística lámpara. Ya pintados al fresco, ya esculpidos en las piedras, veíamos el pescado milagroso que representaba al

Salvador; las áncoras, símbolos de la esperanza; el cayado y el odre del buen pastor; el cordero resignado al holocausto; la nave de la Iglesia desafiando todas las tempestades; la viña mística, cuyos racimos y cuyos sarmientos llenaban la tierra; la mujer divina deslizándose sobre las aguas del mar con su niño entre los brazos y la estrella sobre la frente; la cena en que se repartia el pan eucarístico entre los primitivos cristianos, cena frugal, alimento del alma, protesta viva contra las orgías del Imperio; la resurreccion de Lázaro, saliendo rejuvenecido, hermoseado, de su sepulcro, merced al Verbo divino que cayera sobre sus huesos y lo despertára á la nueva vida, como la doctrina evangélica al Viejo Mundo.

No puedo yo entrar en las controversias artísticas que han suscitado los eruditos fundadores de la arqueología cristiana. No puedo decir si, como quiere M. Raul Rochette, estas pinturas se han inspirado en el arte antiguo, ó si han espontáneamente nacido de la nueva fe, como quieren el caballero Rossi y su erudito comentador frances, que en otro lugar he citado. Hame sucedido como á éste; no he visto el cielo que veia Ozanan en los ojos de las orantes. No he visto ni siquiera la expresion espiritual de las tablas de la Edad Media en los frescos de las catacumbas. He visto que los rostros tienen algo de la impasibilidad

inconmovible de la pintura antigua. Pero se observa que el arte no está en la serenidad clásica, en aquella compenetracion de la forma y del fondo, que le daba un carácter olímpico. Algunas gotas de plomo derretido han abrasado aquellas carnes. Algunos relámpagos de un ideal infinito han pasado por aquellos ojos. Las formas se retuercen de dolor, y los labios suspiran de nostalgia. Son las larvas misteriosas de donde saldrán en la sucesion de los siglos, los ángeles de Fiessole, los mártires de Fra Bartolomeo, las Concepciones de Murillo, las Vírgenes de Rafael. Así el pintor, que contempla estas figuras simbólicas, puede ver en ellas extasiado los primeros blasones de la genealogía del arte moderno, de ese arte pictórico en que hemos superado á los antiguos.

Pero ¡ah! cristianos ó filósofos, adictos á lo pasado ó adictos á lo porvenir, hombres de fe ó de ciencia, cuando penetrais en aquellos abismos, cuando caeis en aquellas tinieblas, cuando columbrais los borrosos frescos, ó palpais los sacros relieves, sentís discurrir por vuestras venas un estremecimiento de terror, como el que produce siempre la contemplacion de lo sublime. En mí confieso que todos los sentimientos y todos los recuerdos de la infancia se levantaban como en tropel y me poseian, como si la primera fe áun estuviese viva. Recordaba yo la humilde iglesia de

mi lugar con sus fiestas religiosas; la Vírgen-Madre entre nubes de incienso y acentos del órgano; las procesiones que salian á bendecir los campos en las mañanas de Mayo, cuando las amapolas alzaban sus corolas entre los trigos, y las zarzas se cubrian de rosillas; el cántico de las letanías, repetido por innumerables voces; los acentos de la campana, difundidos en los aires, llamando á la oracion, miéntras los últimos resplandores del dia espiraban sobre las crestas de los montes, y las primeras estrellas de la tarde nacian en la inmensidad de los desiertos cielos.

Mas cuando estos sentimientos del corazon dejaban espacio á las ideas, yo veia el poder de una nueva creencia, que aparece en momentos propicios, en el momento de una muerte irremisible de la antigua fe. Este sentimiento no os deja ni un momento cuando vagais por aquellos subterráneos, cuando á vuestros mismos ojos pareceis cadáveres ambulantes en aquellos inmensos panteones. La oscuridad, la lobreguez, el silencio, si por mucho tiempo se prolongan, os fatigan, os hielan, os petrifican. Necesitais el aire tibio, la luz, la luz sobre todo. Así cuando salimos de las catacumbas, y respiramos en la atmófera de la campiña latina, y contemplamos el sol centelleando en las nieves del Apenino, y olimos el aroma de las hierbas humedecidas, de las flores

recien brotadas, y escuchamos el piar de los pajarillos que abrian sus gargantas en los nidos al alimento y á las caricias maternales, miéntras las golondrinas subian á los cielos y el ruiseñor gorjeaba en las vecinas enramadas, no pudimos ménos de bendecir á la Naturaleza, que ofrece un teatro eterno á todas las tragedias, y páginas infinitas á todas las epopeyas de la historia.

LA CAPILLA SIXTINA.

Roma es la ciudad de las tristezas eternas. Sus cipreses murmuran una elegía. Sus fuentes lloran la muerte de algun dios. La luna, al reflejarse en sus mármoles, evoca legiones de blancas sombras. Por do quier muestra amontonadas las ruinas con sus coronas de ortigas. Un ejército de Titanes ha sido precipitado en el polvo de esta ciudad, asentada sobre urnas funerarias. Las piedras gigantescas, los muros ciclópeos, las columnas colosales son los huesos de esa raza vencida por los rayos del cielo, aniquilada por las maldiciones de Dios. Jamas un volcan extinguido por el frio de los siglos fué tan majestuoso en la estéril soledad de su cráter, como esta Roma muerta. Jamas los huesos de los fósiles, incrustados en las montañas por el diluvio, enseñaron tanto como estos ladrillos diseminados en las cenizas, como estas piedras con sus inscripciones borrosas.

Todo es desolacion. Vagais entre sepulcros va-

cíos. La muerte no ha perdonado ni las cenizas de los muertos. La naturaleza, en su voracidad insaciable, ha metamorfoseado los huesos caidos sobre sus profundos senos. Y los átomos de César, de Sila, de Cincinato, de Camilo, quizá ruedan en el polvo barrido por el aire, quizá matizan ténuamente las frágiles alas de una mariposa, ó se dilatan por las fibras de la hierba que siega con su afilado diente la salvaje cabra.

Y sin embargo, cuando estaban agrupados sobre un esqueleto, cuando la sangre hirviente los regaba, cuando las entrañas, como otros tantos hornillos, mantenian el calor de la vida, esos átomos soportaban el peso del cielo, regulaban á su placer el mundo, y dirigian la humanidad con una frágil espada, hoy enmohecida, al cumplimiento de sus destinos.

Pero, ¿qué resta de todo esto? Unas cuantas capas de polvo amontonadas sobre otras capas de polvo, donde se han perdido y se han borrado los césares y los tribunos, los vencedores y los vencidos, los romanos y los bárbaros, los señores y los esclavos, sin que pesen más en la balanza del Universo y en la gravitacion del globo unas que otras cenizas.

Despues de haber andado largo tiempo entre tantas ruinas, echais de ménos los habitantes, pero habitantes á la altura del coloso. Nada im-

porta el ave nocturna que se esconde en el hueco de un sepulcro; nada el murciélago que sale de una catacumba; nada el buho ó el cuclillo que cantan en la soledad de la noche sobre las piedras del Coliseo. Quereis, repito, ver habitantes á la altura del coloso. Inútil buscarlos en una raza degenerada y sierva. Los dignos habitantes de Roma son los hombres de mármol tallados por el cincel en piedras inmortales. Son las figuras dibujadas en los muros por el genio. Y entre estas figuras, las que tienen todavía el fuego sagrado en la frente; las que guardan la fuerza del heroismo en los músculos y en los nervios crispados por las chispas del pensamiento; las que respiran la tempestad en la ancha fragua de sus colosales pulmones; las que pueden sostener el cielo con su frente, y dejar bajo sus piés una huella indeleble en la tierra, son las figuras de Miguel Angel.

Parece que despues de haber estado caido en el polvo mil años el genio del Capitolio, arrullado por los Misereres de la Edad Media, ha sacudido su pesado sueño un dia, se ha levantado arrojando las montañas de ruinas amontonadas sobre sus espaldas, y ha ido á buscar ese Titan del arte, ese Miguel Angel siniestro, solitario, tétrico, sublime, para comunicarle el soplo de su espíritu, y pedirle en cambio que dejára grabadas so-

bre los muros de la Roma católica las sombras colosales de la Roma antigua. Así debian ser de fuertes, de fornidos, de hercúleos, los héroes romanos; ese pecho fortísimo necesitaban para infundir con su aliento un espíritu á la humanidad; esos brazos nervudos para manejar el caballo de guerra y llevarlo vencedor desde las orillas del Tígris á las orillas del Bétis; sobre esos anchos hombros descansaba la tierra como sobre otras tantas cariátides; esa actitud forzada y casi imposible debian tener cuando asaltaban Jerusalen y Alejandría; sus manos parecen vibrar aquella lanza, con la cual abrieron las venas de los pueblos y los ingertaron fuertemente en su derecho; y las espaldas gigantescas se encorvan un poco, cual si trajeran todavía al *pomerium* la enorme carga de los dioses vencidos en toda la tierra.

Esta fué la idea que en mi despertó la Capilla Sixtina, cuando la visité de vuelta de la Vía Apia, de la Vía de los Sepulcros. Al pronto, en aquel templo del arte, ahumado por los cirios y por el incienso, no descubrís más que las figuras colosales, y no os dais cuenta ni de la idea ni de los personajes que representan. Yo de mí sé decir que fuertemente conmovido por la larga carrera entre dos ó tres leguas de sepulcros, imaginaba ver en los Alcides de la bóveda y en los varios

grupos del Juicio final, las almas escondidas en las ruinas; esas almas que flotan sobre las piedras, sobre los arcos ruinosos; esas almas errantes por la tierra del Foro, revistiendo formas humanas, colosales, violentas, como si el huracan del último dia del mundo las sacudiera, pero formas en debida proporcion y armonía con su histórica grandeza. Las figuras de Miguel Ange son los héroes antiguos que han crecido en su sepulcro.

La Capilla Sixtina toma su nombre de Sixto IV. El pontificado de éste fué agitadísimo. Maquiavelo aprendió parte de su política en la conducta de Sixto. Fué el primero que mostró cuán grande era el poder político de los Papas, y armando guerras contra los magnates de Italia, mereció ser atendido de todos y alabado por el autor del *Príncipe*. En su tiempo, y á sus instigaciones, murió asesinado Julian de Médicis en Santa María dei Fiori de Florencia, á la hora misma de alzar á Dios en la misa Mayor. Los Médicis, en cambio, colgaron de una ventana al Obispo nombrado por el Pontífice para Pisa. Las riquezas de Sixto IV montaban mucho, porque provenian de la venta de beneficios. Pedro Riario era cardenal á los veintiseis años, Patriarca de Constantinopla, Arzobispo de Florencia, y murió exhausto de oro, de sangre, á manos del placer,

como Baltasar ó Sardanápalo. Las facciones combatian á la puerta del Vaticano y manchaban de sangre hasta las gradas de los altares de San Pedro. Pero la córte romana se enriquecia, y con estas riquezas levantaba capillas. Era este el tiempo en que por dinero se concedian permisos de robar á los bandidos, y en que un camarero decia á Inocencio VIII, que habia comprado la silla pontificia con simonías, y que habia vendido salvoconductos á los ladrones: «Procede bien V. S., porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que pague y viva.»

Pero si la Capilla debe su nombre á Sixto IV, debe la maravillosa decoracion de la bóveda á Julio II. Este tiempo es el tiempo clásico de los horrores de Italia. Si, como dice Alfieri, la planta-hombre nace más robusta en la Península italiana que en el resto del mundo, y se conoce su robustez en sus crímines, jamas ningun país los presenció tan grandes. Pisa espiraba en sus lagunas, despues de una resistencia que tenía algo de la furiosa locura del suicidio. Un Dux de Génova, alzado desde el movible seno de las clases plebeyas á la suprema dignidad, era asesinado, descuartizado; sus miembros, repartidos entre los enemigos, puestos como trofeos en los muros. Tres mil ciudadanos caian degollados sobre el suelo de Prato, al par que eran violadas las in-

numerables monjas de sus conventos. La nobleza veneciana moria tostada en una cueva de Verona, cuyos bosques ardian horriblemente. Ni siquiera fueron perdonados los niños de pecho. Era tan espantoso aquel tiempo, que hasta las mujeres se volvian crueles. Una campesina toscana descabezaba al soldado español que la habia robado á su hogar, y huia para presentarle á su marido, en desagravio de su honra, la lívida cabeza. Los suizos talaban el Milanesado, los alemanes Venecia, los franceses Ravéna, los españoles el resto de Italia. Allí Gaston de Foix se complacia en mostrar su camisa, roja de sangre italiana. Allí Bayardo ejercia las crueldades caballerescas de los tiempos feudales. Allí saltaban las minas inventadas por Pedro Navarro. Allí el Gran Capitan ganaba sus victorias á costa de cruentísimas luchas. Italia era un campo de matanzas. Hileras de insepultos cadáveres la cubrian desde los desfiladeros de los Abruzos hasta los desfiladeros de los Alpes. Pero en medio de todas estas catástrofes, el genio que truena, la voz que impera, es el genio y la voz de Julio II, austero en su vida, italiano en el fondo de su corazon, forjado para las batallas en el bronce del heroismo; hábil hasta añadir ó sustraer á sus cálculos, como cifras aritméticas, los reyes y los emperadores y los pueblos; pagado de su autoridad re-

ligiosa, porque le sirve para afirmar su autoridad política, implacable en sus castigos como un sacerdote del antiguo Testamento, veloz como un condottiero para emprender correrías y asaltar ciudades hasta en los rigores del invierno; en la una mano los rayos espirituales para vibrarlos fuertemente y expulsar los herejes de la Iglesia; en la otra mano la mecha para encender los cañones y expulsar los bárbaros de Italia.

Indudablemente hay una relacion de temperamento entre el papa Julio II y el artista Miguel Angel. Aquél quiere extraer del fondo de las invasiones una raza de héroes que sirvan para sostener la patria, y éste del seno de las canteras otra raza de titanes que sirvan para excitar á la gloria. Así le propone á Julio II su sepulcro: una montaña de bronces y mármoles; ancha la base y elevada la cúspide; una gradería entre ellas de cornisas caprichosamente cinceladas; diversos genios en esas actitudes viriles, violentas, pero armónicas, cuyo secreto sólo él poseia, teniendo sobre su cerebro mantenidas las cornisas y bajo sus piés encadenadas las naciones: las Virtudes y las Artes, por hermosísimas mujeres representadas, llorando y retorciéndose de dolor; sobre las cuatro esquinas de la primera cornisa, la Vida activa y la Vida contemplativa, San Pablo, cuya palabra es una espada, y ese Moisés que todavía nos

aterra con su mirar, relampagueante como el Sinaí; arriba, sobre trofeos, tributos de la naturaleza y recuerdos de la historia, Cibéles, la tierra, sosteniendo una mortaja con la actitud de una Madre Dolorosa que abraza al Crucificado exánime en su amante seno, y mirando á Urano, el cielo, que todo lo remata sonriente, y que engarza el genio del Papa, como una estrella más, en el coro de sus bienaventuradas almas. Era aquella tumba un poema cíclico.

Miguel Angel corria á las montañas á buscar el mejor mármol. Llenaba de grandes piedras Roma. Luégo cogia su martillo, su cincel, y comenzaba á romper, á desbastar el mármol, buscando anhelante, sudoroso, con esfuerzos supremos, entre una nube de piedras que saltaban á sus golpes, la imágen tal como la descubria en su propia conciencia. Pero cuando estaba en el hercúleo trabajo empeñado, la envidia le mordió en el talon. Bramante, uno de los genios de aquella edad sobrenatural, quiso perderlo. Arquitecto principalmente el uno, escultor principalmente el otro, léjos de excluirse, debian completarse.

Las grandiosas estátuas de Miguel Angel parecen hechas para lucir bajo los atrevidos arcos de Bramante. Allí, entre aquellas largas líneas, bajo aquellas curvas prodigiosas, teniendo por decoracion uno de esos patios ó uno de esos tem-

plos cuyas perspectivas nunca se acaban, podian las estátuas de Miguel Angel desplegar sus trágicas actitudes, sus titánicos miembros, que parecen sacudidos por los rayos de las ideas, y violentados por el esfuerzo supremo para subir desde la tierra al cielo. Se aborrecian Bramante y Miguel Angel; pero se completaban. Así es la naturaleza humana. Aquellos dos hombres no sabian que eran los trabajadores de una misma obra. Por eso la historia no empieza á tener conciencia de sí misma, sino cuando la muerte ha pasado sobre sus héroes. Tales ejércitos que se han combatido hasta aniquilarse sobre un campo de batalla; tales hombres que se han odiado hasta herirse con la calumnia; tales genios que se han perseguido mútuamente hasta querer borrarse de la tierra, como si no hubiera aire para todos, no saben, cegados por sus pasiones ú oscurecidos por el polvo de los hechos diarios, que mañana han de confundirse en una misma gloria, han de representar á los ojos de la posteridad una misma idea, han de tener en las hondas huellas dejadas por las obras de arte sobre el mundo los mismos adoradores y los mismos enemigos: que toda grande personalidad es un trabajador empleado en levantar esa serie inmensa de arcos triunfales llamados siglos, y todo espíritu individual es una faceta del prisma llamado espíritu humano, que

descompone en mil matices la luz divina en la cual va bogando el Universo.

La sociedad es como la naturaleza. El mal está en lo particular, en lo contingente, en los límites de las cosas; pero el mal desaparece en el conjunto, en lo universal, en lo eterno. Así os sucede que en ciertos siglos todos los individuos parecen perversos, todos los pueblos ciegos, todas las acciones malas; aquí un mónstruo, allá una matanza, acullá una supersticion; y luégo, cuando la idea del siglo se desprende de aquel todo, resulta como benéfica nube henchida de consolador rocío que refresca los aires y empapa en vida nueva la tierra. En el Universo acontece lo mismo. El veneno, el rayo, la peste, las catástrofes, son accidentes que jamas llegan á perturbar la serenidad del conjunto, la vida que se desprende como una mansa cascada de los pechos de la naturaleza, la eterna luz del Cosmos. La víbora pica al hombre; pero no puede picar á la humanidad. La muerte siega al individuo; pero no siega á la especie. Me he sublevado siempre contra la idea maldita de la eternidad del mal. Por eso he combatido la otra idea, no ménos maldita, de la muerte completa y del completo aniquilamiento de la conciencia. Resolvemos todas las antinomias, todas las contradicciones por medio de la muerte. Mirad cómo Bramante y Miguel An-

gel, que se han combatido en la vida, se han reconciliado en la inmortalidad.

Pero prosigamos la historia de la Capilla Sixtina. Bramante inspira á Julio II la idea de encargar á Miguel Angel los frescos de la bóveda. Pero el grande escultor ni siquiera conoce los procedimientos de la pintura al fresco, y así lo dice al Papa. Éste no admitia contradiccion, no toleraba que se le diera á la desobediencia ni siquiera la razon de las razones, la imposibilidad.

El golpe iba asestado al corazon de Miguel Angel, porque pintaba entónces á cuatro pasos de la Capilla Sixtina, en su inmortal serenidad y con toda suerte de prodigiosas venturas, Rafael las estancias. El primer escultor de su siglo corria el peligro de quedar siendo el segundo pintor. Esta idea atormentaba su orgullo, pero no le descorazonaba. Viendo la imposibilidad de resistirse sin perderse, llama de Florencia á los pintores más hábiles en trazar frescos, aprende de ellos la parte de oficio que hay en todo arte, los despide. Y se encierra solo en la Capilla, contemplando aquella inmensa bóveda, alta, oscura, desnuda, vacía, semejante al espacio desierto ántes de la Creacion. Pero él va á poblarlo. Cuando mirais con atencion aquellas figuras, un extraño espejismo os hace creer que han sido pintadas en un relámpago. Se ve que han salido de los rayos de una

tempestad y de las cóleras de un gigante. Sus labios están dibujados para exhalar una lamentacion de Jeremías, un terceto del Dante, una de las maldiciones del Prometeo de Esquilo. El alma de Rafael ha producido sus figuras, como diz que parió la Vírgen, sin dolor. Cada una de ellas parece nacida como Citerea, de las espumas del mar, en la concha de nácar, con la sonrisa en los labios, los rayos de la aurora en la frente y el cielo en los ojos. Una ola de aquella alma serena las ha depositado en las áridas riberas de la realidad. La figuras de Miguel Angel luchan, padecen, se retuercen, van montadas en las ráfagas de un huracan, tienen por luz un incendio, expresan la virilidad y la potencia del dolor, son los hijos gigantes de los estremecimientos desesperados de su genio en delirio, ansioso de marcar la realidad con el sello de lo infinito. Por eso parece que todas llevan en las carnes el hierro candente de la idea de aquel hombre, y gritan desesperadas desde la realidad por otro mundo infinito, como el náufrago por la tierra.

Es necesario comprender todos los dolores que atenaceaban el corazon de Miguel Angel cuando componia su obra. Rafael está siempre sostenido por su amada que le idolatra; por sus discípulos que le obedecen; rodeado de un coro de ángeles: el gran escultor está solo, separado del mundo,

reducido á un coloquio perpétuo con sus ideas, sin amor y sin amistad, aislado como las grandes eminencias del globo, con la tempestad sobre su frente. Despues de haber aprendido los primeros procedimientos, ensaya el comienzo de su gigantesco poema. Sus colores se descomponen, las pinturas se caen á pedazos. Inmediatamente corre á ver á Julio II para pedirle que le libre de su compromiso. El Papa insiste: San Gallo, pintor, le da un medio sencillo de evitar la dificultad. Luégo el tablado que le ha construido Bramante se halla suspenso del techo por medio de cuerdas. A cada estremecimiento de su pincel, que parece un manojo de rayos, el tablado se balancea. Miguel Angel construye otro completamente fijo y completamente seguro. Por fin traza el cielo que contendrá sus figuras. Pero inmediatamente que tiene el espacio, le asalta la desesperacion, nacida del temor de no llenarlo. Cierra la capilla con llave, y se lanza á todo correr solo, como un loco, por la campiña romana. Los arcos destrozados, los acueductos parecidos á gigantes esqueletos, las ruinas sobre cuya mole se asienta el pastor y por cuyos costados sube la cabra; los Apeninos tachonados de nieve en su cima y de cadáveres de pueblos en sus faldas; los cipreses, los sauces, los pinos, que dan á todo el paisaje aspectos del más vasto cementerio que han visto los hombres;

las lagunas cubiertas de juncos y atravesadas por los salvajes búfalos y por tristes barcos donde van acostados seres semejantes á muertos reaparecidos en la tierra; los sepulcros dorados por el sol como fragmentos de planetas destruidos sobre aquella desolacion; las nubes fantásticas que parecen evaporaciones de las cenizas, volcánes flotantes entre los espejismos del desierto más poblado de ideas que hay en el globo; todo aquel espectáculo debia fortalecer el alma del titan y obligarle á producir lo que es superior á las fuerzas humanas: una obra sublime.

Pero necesitaba hallarse abandonado á su soledad y á su inspiracion. El tiempo es el grande auxiliar de las obras de arte. Contra su inspiracion, contra su soledad, contra su tiempo, se habia conjurado la impaciencia del Papa. Era viejo y deseaba ver la obra ántes de su muerte. Tres maravillas debia hacer ó inventar Miguel Angel para Julio II: su sepulcro, su estátua, la bóveda de la Sixtina. El sepulcro se interrumpió por difícil y costoso. La estátua de bronce, levantada en una plaza de Bolonia, fué convertida por los boloneses en pieza de artillería. Llamábanla Juliana, y la disparaban contra el Papa. Solamente le quedaba para su gloria la Capilla Sixtina. Apoyado en su báculo, el Papa entraba á interrumpir, impacientar, apresurar al artista. Miguel Angel de-

jaba caer un tablon á sus piés.—«¿Sabes que si llega á darme en la cabeza me mata?»—gritó el Pontífice.—«Todo lo evitára Vuestra Santidad con no venir á distraerme»,—le contestaba el pintor. Julio II aprende la leccion y se va. Pero á los pocos dias, cuando más entregado está Miguel Angel á sü furia creadora, aparece el Papa. —«¿Cuándo acabarás?»—le pregunta.—«Cuando podré»,—contesta Miguel Angel, encubriendo sus figuras con espeso velo negro que envolvia toda la bóveda.

Otra vez se empeña Julio II en ver las figuras, agitado de impaciencia. Miguel Angel se opone. Sube el Papa á duras penas la escala del tablado. Miguel Angel se coloca entre las pinturas y el Papa. Hay algunos autores que dicen haber en tal ocasion y con tal motivo dejado caer su baculo sobre las costillas del pintor. Indudable es que un dia apaleó á su camarero por haber dicho que Miguel Angel era, como todos los artistas, medio loco. En este conflicto descendió el pintor de su tablado, arrojó los pinceles, fuése á su casa, ensilló su caballo y partióse de Roma. Pero enamorado perdidamente de su obra, que comenzaba á salir del caos, se volvió para concluirla. Bien es verdad que el Papa lo hubiera preso en el camino, ó hubiera declarado la guerra á la ciudad que lo retuviera sin su consentimiento soberano, co-

mo en otro tiempo estuvo á punto de declarársela á Florencia, en la cual, huyendo de su cólera, se habia el artista refugiado.

Por fin apareció, sí, apareció aquella obra-siglo, aquella obra-humanidad. El Renacimiento habia encontrado su símbolo. Es la Edad del gran crecimiento del hombre. Por la brújula ha crecido en el mar, por la imprenta ha crecido en el tiempo, por el descubrimiento de América ha crecido en el planeta, por la filosofía ha crecido en el espíritu, por la reaparicion de las artes clásicas ha crecido en la historia, por el telescopio va á crecer en el cielo, por todo en el seno de Dios. ¿Quereis ver cuánto ha crecido? ¿Quereis tener la medida de su nueva estatura? Pues comparad las figuras tétricas, rígidas, estrechas de pecho, flacas, desmayadas, que ha dejado Fra Angélico en Florencia como el testamento de la Edad Media, con las figuras atrevidas, atléticas, gigantescas, hercúleas, que ha dejado Miguel Angel en la Capilla Sixtima, glorificacion del Renacimiento.

Imaginaos un grande trecho plano, iluminado por doce ventanas, y dividido de las paredes colaterales por una cornisa. El tiempo, la humareda del incienso, de los cirios, le han dado un tono crepuscular que aumenta sus misterios. No parecen pinturas: segun la fuerza de encarnacion, se-

gun lo saliente del dibujo, segun el relieve de las formas, parecen esculturas. Es la apoteosis del cuerpo humano regenerado. Por los frisos de la cornisa, y sobre las ventanas, ya tendidos, ya de pié, ya en actitudes y en posiciones inverosímiles, aquellos atletas vigorosos, desnudos, de nervios vibrantes como las cuerdas de una arpa, y de fibras endurecidas por los ejercicios de la gimnasia; jóvenes hermosísimos, que han combatido por Roma en los campos de batalla ó que han dado la vuelta al circo guiando la cuadriga en los juegos olímpicos de Grecia; renacidos al calor de esta nueva primavera del espíritu, á la evocacion de este genio extraordinario de Miguel Angel, que convierte las piedras en hombres; y escalando audaces las cimas de la Roma católica, cual si fuera su antiguo Olimpo, á fin de celebrar, con la embriaguez de su nueva y no esperada vida, la propia resurreccion y la resurreccion de sus dioses, de sus filósofos, de sus poetas, de su patria en los cielos del arte.

Pero aquí se acaban las reminiscencias clásicas. El resto de aquel techo no ha tenido precedente, no ha tenido consiguiente. Queda ahí como los primeros versículos de la Biblia, en la conciencia humana; como las aisladas cimas del Sinaí, del Calvario, del Capitolio, en las llanuras de la Historia. Son las sibilas y los profetas. Ve-

nidas las sibilas de Délfos, de Cúmas, de Eritrea, de Libia, despues de haber recogido en las encinas de Dodona, en las orillas del Egeo y del Tirreno, por las grutas del Pausílipo, ó por los golfos de Corinto y de Bayas, las profecías, las esperanzas, las promesas de redencion que los poetas han dejado caer de sus versos, y de sus discursos los filósofos; venidos los profetas del desierto, del Carmelo, de las grutas de Jerusalen, de los bosques primitivos del Líbano, despues de haber recogido las esperanzas consoladoras de aquella raza de sacerdotes; se juntan en la Capilla Sixtina como dos coros titánicos, para con sus fuerzas sostener el techo donde resaltan maravillosamente en cuadros únicos por su grandeza todas las alegorías y todas las tragedias de la Biblia; el caos sumergido en sus sombras; la primera luz amaneciendo pura sobre las aguas serenas; Adan dormido aún completamente en el sueño de la materia; Ava recien creada, despertándose ya en el éxtasis del amor, encantada por el florecimiento de la vida que respira y absorbe delirante de alegría; el primer pecado que se desliza en la tierra, desposeida del paraíso, y el primer dolor que se desliza en el pecho desposeido de la inocencia; el diluvio, arremolinando sus verdosas aguas de hiel atravesadas por el relámpago y henchidas por el huracan sobre las cimas

donde los últimos hombres se agarran para salvarse en el estertor de la desesperacion; el sacrificio de Noé sobre las montañas, en señal de la perpetuidad de la naturaleza y de la salvacion de la especie; todo agrupado, todo reunido, titanes, sibilas, profetas, tempestades, huracanes, diluvios, en torno de aquella gigantesca, sublime figura del Eterno, que irradia el pensamiento de su frente, la accion de sus manos, dominando aquellas criaturas con su mirada centelleante, en señal de que las anima y las vivifica á todas con su creador aliento.

Pero despues de examinado el conjunto, descended á las particularidades. ¡Qué sobrenaturales son cada una de aquellas figuras! No se comprende cómo las frágiles fuerzas del hombre han llegado á tanto. He visto en muda contemplacion á muchos artistas, dejar caer los brazos con desaliento, menear la cabeza con desesperacion, como diciendo: jamas repetirémos esto. Las ideas madres que Gœthe veia en las cavernas tejiendo las fibras de la vida, y las vestiduras de las formas para todos los seres, no son tan sublimes como esas sibilas. Los gigantes de la Biblia y de la poesía clásica no son tan altos como esos profetas. Isaías está leyendo el libro de los destinos del mundo. Su cerebro parece la curva de una esfera celeste, una urna de ideas, como las cimas

de las altas montañas son las urnas de cristal de donde bajan los grandes rios. El Angel lo llama y vuelve lentamente la cabeza al cielo sin abandonar el libro, como suspenso entre dos infinitos. Jeremías viste el sayal del penitente, cual conviene al profeta perdido en las cercanías de Jerusalen. Sus labios vibran á la manera que la trompeta de los conquistadores. Su barba desciende enroscada sobre el pecho como una tromba. La cabeza está inclinada como la copa de un cedro herido por el rayo. En sus ojos entornados braman océanos de lágrimas. Las manos aparecen fuertes, pero hinchadas de sostener las piedras vacilantes del santuario. Se ve que le rodean las quejas y las elegías de los hijos de Israel, cautivos á la orilla de extranjero rio, el lamento prolongadísimo de la señora de las naciones, solitaria y desolada como viuda. Ezequiel está furioso. Su espíritu lo posee. Habla con sus visiones como si fuera presa de un delirio divino. Mónstruos invisibles deben agitar las potentes alas en su oido, y producir, segun escucha, un bramar tempestuoso como el ruido del oleaje oceánico. El viento marino hincha su manto como si fuera una vela. Daniel está completa, absolutamente absorbido en escribir, como que tiene que contar al mundo los castigos de los tiranos y las esperanzas de los buenos; los castigos de Nabucodonosor conver-

tido de dios en bestia; los castigos de Baltasar, asaltado por la muerte en medio del festin donde ofrece á sus concubinas el vino orgiástico en las copas robadas al santo templo; los castigos de los cortesanos de Darío devorados en la fosa por los hambrientos leones; tras cuyos castigos pasarán setenta semanas de años, al cabo de las cuales, segun anuncio de Gabriel, vendrá un humilde varon, vestido de blanco lino, el cual despertará con su palabra los muertos acostados en el polvo de los siglos, y hará brillar con nuevos resplandores el firmamento. Jonás está espantado, como salido del seno del mar para ir al seno del desierto, á ver morir la grande ciudad de Nínive. Zacarías es el más viejo de todos. Parece que se cae, como si bajo sus piés se desgajára el suelo al sacudimiento del terremoto anunciado en la última de sus profecías.

Lo más admirable de aquellas figuras colosales que nunca os cansais de admirar, es que no solamente son decoraciones de una sala, adornos de una capilla, sino hombres, sí, hombres que han padecido nuestros dolores; que se han clavado las espinas de la tierra; que tienen la frente surcada por las arrugas de la duda y el corazon traspasado por el frio del desengaño; que han asistido á los combátes donde mueren los pueblos y á las tragedias donde se consumen tantas generaciones; que ven caer sobre sus cabezas la niebla

de la muerte y quisieran preparar con sus manos una nueva sociedad; que tienen los ojos gastados, casi ciegos, de mirar contínuamente el movible y cambiante espejismo de los tiempos y las carnes quemadas por el fuego de las ideas; que llevan sobre sus crispados nervios el peso de sus almas grandiosas, y sobre sus almas el peso todavía más grave de sus aspiraciones irrealizables, de sus ensueños imposibles, de sus luchas sin victorias, de sus deseos por lo infinito sin ninguna satisfaccion sobre la tierra.

Yo quisiera definir estas figuras. Por lo que más en ellas se acerca á la humánidad, por la forma, por el organismo, son verdaderamente sobrehumanas. Todos esos seres gigantescos y extraordinarios que las várias cosmogonías han creido ver salir de la primera feracidad del planeta recien creado en la expansion de su vida, habian de tener esa colosal estatura. Pero por lo que hay en ellas de espiritual, de permanente, todas son humanas, todas hijas de esos dos elementos de nuestra vida, que tantas grandezas han producido: la aspiracion á lo infinito y el dolor de la realidad, contra la cual se estrella el alma, al querer esparciarse en lo invisible, en lo inmenso, en lo misterioso, volviendo á caer sobre su reducido lecho de barro con un horrible estremecimiento y un prolongado gemido.

Pero donde veo el espíritu humanitario, reconciliador, universal, del siglo décimosexto, es en esas sibilas del paganismo alzadas al nivel de los profetas, puestas ahí á su lado, repitiendo la misma idea, anunciando la misma verdad, como dos coros apartados, cuyas voces y cuyos cánticos se encuentran confundidos en el cielo.

No de otra suerte en el laboratorio de los aires, se confunden la electricidad venida de diferentes montañas, los vapores exhalados por lejanos mares.

¡Cuán apartados nos hallamos de aquellos primeros iconoclastas, que destrozaban las bellas estátuas de los dioses, creyéndolas efigies del demonio! ¡Cuán léjos de aquel espíritu estrecho que condenaba la antigua historia, por creerla podrida! Las sibilas son los oráculos del paganismo. Cuando el dia espira, cuando las pléyades salen del mar, cuando las olas recamadas de fosforescentes resplandores mueren tranquilas en la arena; bajo el árbol lleno de misterios, sobre la piedra dorada por los siglos; vestidas con una túnica tan blanca como las nubes benéficas, coronadas de verbena; el ara encendida delante, el ídolo alzado á su espalda, el pueblo inmóvil á su alrededor, las cítaras de las vírgenes sonando en sus oidos, los ojos en el cielo y la mano en el corazon, delirante el alma, agitados los nervios; las sibilas dicen sus oráculos secretos en versos misteriosos,

recogidos sobre hojas fugaces, confiados á veces á merced del viento, y descubren así los misterios del porvenir, y arrancan así por fuerza el feto del hecho venidero á las entrañas de las edades futuras, todavía dormidas en el abismo de la eternidad.

San Agustin ha leido los libros misteriosos de estas mujeres. En su entusiasmo, hace lo que Miguel Angel ha hecho; las coloca en la ciudad de Dios. Ellas han predicho la venida de Cristo. *Pertinent ad civitatem Dei*, exclama. Son aquellas mismas que delante del César, segun una leyenda piadosa, se arrancaron la corona de la frente y descendieron mudas del mármóreo altar, porque habia nacido el esperado por las naciones y se habian cumplido las promesas de los siglos. Virgilio mereció que San Jerónimo, despues de haber saludado la cuna de Cristo en Belen, saludára su sepulcro en el Pausilipo.

Mereció más; mereció que San Agustin lo citára entre los testigos de mayor excepcion á favor del Cristianismo, entre los genios que han ahuyentado sus dudas y han fortalecido su fe. «No creeria tan fácilmente esto, si ántes no lo hubiera anunciado un poeta nobilísimo en lengua romana.» Mereció más; que el mayor poeta de la Edad Media exclamára, invocándolo:

Per te poeta fuí, per te cristiano.

Y todo por haber repetido Virgilio el oráculo de la sibila de Cumas: la venida de un niño misterioso, por cuya presencia se cambiaria el órden de los siglos y perderia la naturaleza sus males, el leon su fiereza, la serpiente su veneno, los campos sus espinas, el trabajo su fatiga; y sin necesidad de ser por el sudor regados, henchiríanse de vida los campos, producirian las vides sus racimos, los trigos sus espigas, los árboles sus frutas, coronándose de lirios las colinas, tiñéndose de los matices del íris los vellones de los corderos, embotándose el aguijon de las abejas, que depositarian espontáneamente su miel en los labios, como las vacas destilarian su leche en los odres; y el Universo, á manera de un árbol mecido por una brisa celeste, entonaria un cántico sublime que pusiera en olvido la música de Lino, la flauta de Pan y las melodías de Orfeo, por ser el himno incomunicable de la nueva edad de justicia.

La verdad es que la historia, en su moderna universalidad, ha destruido muchos odios. Los romanos y bárbaros, que peleaban como enemigos eternos, con furor, en el fin de las edades antiguas, eran hermanos, hijos de una misma raza. Y esos profetas de Jerusalen, esos incansables lectores del porvenir, esos invencibles enemigos de los tiranos, lo mismo que esas sibilas miste-

riosas, vagando por las arenas de la Libia, por las ruinas de Persia, por los mares de Jonia, por las grutas de Cúmas, apareciendo en las cimas del Archipiélago griego y en el cabo Miseno como almas sin cuerpo para decir ideas sin forma; los filósofos que desde la gran Grecia han pasado el Pireo y desde el Pireo han corrido á Alejandría, sembrando entre el Oriente y el Occidente una estela de ideas que ha sido un semillero de mundos, lo mismo que los sublimes y oscuros misioneros no comprendidos de la Roma imperial, que han pasado de las catacumbas á los circos, dejando con la sangre de sus venas el reguero inmortal que ha fecundado la fe; todos, durante muchos siglos enemigos, todos mútuamente desconocidos, todos apartados por abismos y por odios, todos se han unido en lo infinito y han formado nuestro espíritu, y encendido nuestra conciencia religiosa.

¡Qué sublimes son esas sibilas de la Sixtina! El pensamiento y la mirada vuelan de una en otra sin acertar á fijarse. Paréceme que son las madres de las ideas, las formas de las cosas eternas. Cualquiera diria que tienen atravesado entre sus dedos el hilo de la vida universal, y que están tejiendo la trama de la naturaleza. Son la Pérsica, la Eritrea, la Délfica, la Líbica, la de Cúmas. Si buscais sus genealogías, encontraréis el Dante,

encontraréis Platon, encontraréis Isaías, encontraréis Esquilo; son de esa raza. Si buscais sus parientes por el mundo moderno, los tendréis en algunos personajes de Shakspeare, en algunos pensamientos de Calderon, en algunas escenas de Corneille. Son de ese temple.

Leed todos los tratados de lo sublime, y á duras penas acertaréis á comprender ese concepto. Es difícil de explicar un escalofrío que sólo se siente dos ó tres veces en la vida; una idea que sólo tiene media docena de ejemplos en la historia. Pero levantad los ojos á la bóveda de la Sixtina: ahí está lo sublime, ahí la desproporcion entre nuestro débil sér y las fuerzas infinitas de una idea que nos agobia, que nos anonada bajo su inconmensurable grandeza. Eso es lo sublime; un goce en una pena.

Tú, Pérsica, en la vejez que te agobia, se conoce cómo el mundo en su cuna te ha confiado sus secretos y te ha dicho sus vagidos, y cómo ántes de morir te inclinas, abrumada por el trabajo y por los años á escribir un poema cíclico en las hojas de tu libro de bronce. Tú, Líbica, vienes corriendo, como si la arena del desierto encendido te quemára los piés, á traernos una idea recogida en el espacio donde todas las ideas se han transformado como larvas misteriosas. Tú, Eritrea, eres jóven como Grecia, bella como una

de las sirenas de tu archipiélago, cantora como la tierra de los poetas, ondulante como los mares de que nacieron los dioses, y amiga de la luz, atizas la inmortal lámpara que está á tu lado, y á cuyo resplandor vendrá como una mariposa la conciencia humana. Tú, Délfica, eres vírgen como Ifigenia inmolada por los reyes; tú llevas el beso de Apolo en los labios, la sombra del laurel en la frente, la inmortalidad del genio en el pecho alzado, como para entonar un cántico armonioso, que se oirá hasta el fin de los siglos. Tú, Sibila de Cúmas, dejas tu caverna, y allí donde las montañas se cincelan más escultóricamente, donde los aires se cargan de aroma, donde el mar Tirreno más se embellece, en el golfo de Bayas, mirando la griega Parténope hermosísima y ébria como una bacante reclinada sobre su mullido cojin de pámpanos, modulas dulcemente la melodía de la esperanza. ¿Sois de carne, sois mujeres, habeis sentido la voluptuosidad, el amor, ó sois los arquetipos de las cosas, las ideales del arte, las sombras de esas musas que todos los poetas invocan y que ninguno ha visto sino á través de sueños irrealizables, las formas várias de la eterna Eva, que ya se llama Safo, ya Beatrice, ya Laura, ya Victoria Colonna, ya Eloisa, y que está de pié en la cuna y en el sepulcro de todas las edades, sonriéndonos con la esperanza, despertándonos al

deseo, y huyendo á nuestros brazos como una ilusion que se desvanece en lo infinito?

Este techo de la Capilla Sixtina inspirará eternamente ensueños poéticos. Uno de los mayores literatos de Europa dice que ha empleado treinta años en estudiarlo. Cuando Miguel Angel acababa de pintarlo, no podia mirar hácia abajo sin que inmediatamente se le oscurecieran los ojos. Tenía necesidad de llevar alzada la cabeza siempre y mirar hácia arriba. El objeto de su vista se encontraba en el cielo. Hácia allá, hácia el cielo tambien se dirigia su alma, henchida de inspiraciones infinitas, y por lo mismo de infinitos dolores.

Y este hombre, con una sensibilidad tan viva, con un carácter tan áspero, con un pensamiento tan extraordinario y tempestuoso, ha vivido en el tiempo de los cambios más bruscos, de los contrastes más fuertes, en que el espíritu humano pasa de tristes desmayos á vida exhuberante, de sombríos eclipses á súbitas iluminaciones, de la penitencia á la orgía, del sensualismo á la fe; inclinándose ya de un lado ya de otro, como si estuviera ébrio.

Imaginaos un cuerpo trasladado súbitamente de la zona tórrida al polo, del abismo al cielo, de la cima de una montaña al abismo, de la mar tempestuosa á un lecho mullido; y quizás no ten-

dréis idea de los saltos que ha dado el alma de Miguel Angel por las contradicciones de su tiempo. El Luzbel de la Biblia, pasando de la naturaleza angélica á la naturaleza diabólica, y el Luzbel de Orígenes, volviendo de la naturaleza diabólica á la naturaleza angélica, podrian dar una idea lejana de las transformaciones súbitas por que pasaron aquel siglo y aquel hombre empapado en los torrentes de su siglo.

No es una division arbitraria esta de las edades. La historia es como el calendario del espíritu; en cien años varian las ideas radicalmente, cambian de esencia y de aspecto las sociedades. En cien años se renuevan los átomos de un pueblo con la renovacion de las generaciones. Cada siglo es una grande personalidad cincelada por los siglos anteriores. La espada es muchas veces un cincel que obedece á una conciencia, á un espíritu desconocido. Todos los siglos tienen una fisonomía y una idea. Pero el siglo que llena Miguel Angel con su larga vida es el más contradictorio de todos los siglos. Si á cada minuto amaneciera y anocheciera, acaso tendríamos en la naturaleza una imágen del tiempo de Miguel Angel, es decir, del tiempo en que acaba la Edad Media y empieza la Edad Moderna.

Cae Constantinopla, pero la hereda Venecia engrandecida y en todo su apogeo, nave empa-

vesada que arroja un cable en el Adriático para tener unida Europa al Oriente. Renacen los antiguos dioses, revelando en sus cuerpos de mármol todos los secretos del arte, y arden las obras de los artistas en hogueras atizadas por un pueblo de monjes en la plaza de Florencia. El Perugino conserva todavía los penitentes macerados en los cláustros, y el Hércules Farnesio se eleva en el suelo romano para mostrar toda la pujanza de la vida antigua. Escribe su sensual obra Ariosto, en que los héroes danzan como en brillante carnaval, y sueñan los platónicos de Florencia con las ideas puras, con las esencias misteriosas, con el cielo oculto tras del sepulcro, y el Dios oculto tras del mundo. Invoca Savonarola, ese Francisco de Asís de la política, los santos y los ángeles, recomienda el ayuno y la penitencia, restaura la imitacion de Jesucristo; é invoca Maquiavelo el demonio, llama á los traidores, recomienda el dolo, el crímen, el asesinato, restaura la imitacion de los césares. Toma el pueblo florentino por jefe al Crucificado, miéntras el pueblo romano toma á César Borgia, hermoso como el vicio, pero infame, traidor, manchado con la sangre de su hermano y de su cuñado, que salta á su frente y á la frente del Papa, perdido en neronianas cenas, reproduciendo los delitos eróticos de Heliogábalo unidos á las matanzas y á los envenena-

mientos de Tiberio. Parece que los partidos se van como sombras, y vienen los franceses por el Norte á sostener á los güelfos, y los españoles por el Mediodía á sostener á los gibelinos. Parece que el poder político de los papas y el poder político de los emperadores se acaba, y el Pontificado renace más fuerte con Julio II, y el Imperio renace más brillante con Cárlos V. Vuelve á restaurarse la autoridad espiritual de la Edad Media por las artes y los artistas, que sostienen sobre sus alas el Vaticano, convertido por Leon X en Olimpo, cuando se oye la voz de Lutero, que hiela súbitamente la sangre en las venas de Roma. Por todas partes se sublevan los plebeyos para salvar las repúblicas ó renovarlas, y por todas partes se restauran las monarquías. Las artes que Miguel Angel queria unir á la libertad son el anillo funesto, el brillante talisman con que los tiranos adormecen á los pueblos. Los patriotas buscan un Bruto, y encuentran apénas un Lorencino.

Por eso Miguel Angel no ha querido concluir su busto del defensor de la república romana en la indigna Florencia, entregada á los Médicis. Es aquella edad el Filipos de los municipios que van cayendo en el polvo con su propio puñal en el pecho. La desgracia de Queronea se repite cien veces, y mueren cien Aténas sobre la tierra ita-

liana empapada de sangre. Ancona entrega sus fortalezas para que la liberten de las amenazas de los turcos, y cae bajo la tiranía de los frailes. Los Papas se convierten todos en gibelinos, desmintiendo su historia. La España, que ha arrojado á los judíos y á los moriscos por servir á Roma, saquea á Roma. Las siete mil revoluciones que ha habido en Italia desde el siglo décimo al décimosexto; los catorce millones de cadáveres caidos en los campos de batalla, producen el cáos.—¿Comprendeis ahora por qué el Moisés de Miguel Angel mira su tiempo con tanto desden?—¿Comprendeis por qué en la Sixtina se queja con tan desgarradores lamentos su colosal Jeremías?

La catástrofe de las catástrofes se aproximaba despues que Miguel Angel habia concluido la bóveda de la Capilla; se aproximaba el saco de Roma por los españoles y los alemanes al mando del condestable Borbon. El hambre se cebaba en los españoles, desposeidos de sus pagas. La furia religiosa en los alemanes, enemigos del Papa. El general de éstos llevaba al cuello una cadena para colgar la cabeza del Sumo Sacerdote católico el dia que entrára en la ciudad que él llamaba sacrílega Babilonia. El Condestable deseaba dar una terrible leccion á Clemente VII, enemigo de su nuevo amo el emperador Cárlos V. Roma, restaurada por ochenta años de trabajos artísticos,

revestida de mármoles, pintada por Rafael y sus discípulos, cubierta de estátuas que surgian como por encanto de las ruinas, enriquecida por Leon X con todas las preseas del Renacimiento, henchida de riquezas por los pueblos que iban como peregrinos á besar sus sandalias de bronce, á orar en sus religiosos sepulcros, en sus admirables templos; llena de palacios construidos por una aristocracia poderosa, reconquistaba su antigua grandeza y brillaba entre los tributos del espíritu con la misma gloria con que brilló en otro tiempo entre los despojos del mundo. Esta riqueza tentaba así á los españoles como á los alemanes, todos guerreros de profesion, y por consiguiente amigos todos del saqueo, que era entónces la gran cosecha de la espada.

Así en vano se pactó una tregua. Aquellos veinticinco mil hombres, italianos aventureros, españoles por profesion soldados, alemanes protestantes, se dirigian á Roma como el hambre voraz de las legiones de Atila, de esos cuervos lanzados por el polo sobre el cadáver de la Roma antigua. Era una mañana de Mayo de 1527. El Condestable pide paso para Nápoles; el Papa lo niega. A esta negativa sucede el asalto. Los españoles vacilan, pero su generalísimo el Condestable arrima con sus propias manos la escala al muro de la Ciudad Santa. Un arcabuzazo lo mata. Él,

en la agonía, se cubre el cuerpo con una capa española para que no lo conozcan sus soldados y no desmayen un punto en la empresa. Los españoles entran por los muros que avecinan á San Pedro, los alemanes por la Puerta del Santo Espíritu, los italianos por la puerta de San Pancracio, como tres torrentes que van á confundirse en el mismo lecho. El Papa apénas tiene tiempo de ir del Vaticano á San Angelo entre una lluvia de balas, y Pablo Jovio le arroja su muceta violácea para que las blancas vestiduras pontificales no sirvan de blanco á los arcabuces enemigos. Parecia que se levantaban sobre la ciudad Genserico y Alarico, los godos y los vándalos. Aquí la pelea cuerpo á cuerpo; allá el incendio; en todas partes la matanza y el saqueo. Los unos cortaban los dedos de los vencidos para arrancarles los anillos; los otros violaban sobre el altar las vírgenes consagradas al Señor. Algunos abrian heridas en los vientres de las romanas para saciar de aquella original y sangrienta manera sus inmundos apetitos. Muchas doncellas se arrojaban avergonzadas en brazos de sus padres y de sus hermanos, pidiéndoles á gritos la muerte para libertarse de tanta vergüenza. La noche exacerbaba la sangrienta bacanal. Al resplandor de las antorchas los saqueadores descolgaban los cuadros; arrojaban en los sacos las alhajas; profanaban los san-

tuarios buscando sus ricas pedrerías; celebraban la victoria bebiendo vino en los cálices; abofeteaban y escupian á los cardenales; remataban sus cascos guerreros con las mitras; envolvian á sus cantineras en el manto de las Vírgenes; pronunciaban sermones ridículos, alzándose erguidos sobre montañas de muertos y heridos, muchos de los cuales áun palpitaban; hacian procesiones fantásticas, colgando cabezas al cuello y poniendo orejas cortadas á los burros en las caras acribilladas de los sacerdotes, y echando á los piés de las imágenes corazones y entrañas humeantes; carnaval espantoso, cuyo horror aumentaban la granizada de los mosquetes, el crujido de las ruinas, el chisporroteo del incendio, el furioso suspiro de los voluptuosos, la carcajada de los ébrios, las maldiciones de los vencedores, las súplicas de los vencidos, el siniestro alentar de los fugitivos, el estertor de los moribundos y el silencio de los muertos, desnudos sobre las piedras ahumadas y sangrientas, como si aquella noche fuera la última noche de Roma, como si aquellas negras horas fueran las siniestras horas de los ángeles exterminadores del mundo.

La desolacion de Roma no tiene igual. Clemente VII comió en su prision carne de caballo y de asno. Los cadáveres se vengaron de sus inmoladores sembrando la peste. Cuando todavía no es-

taba Roma repuesta de este siniestro terror, que llenó casi toda la segunda mitad del siglo, entraba por sus puertas Miguel Angel á concluir su trabajo, á llenar con otra obra maestra la Capilla Sixtina, á dejar sobre el muro del centro el *Juicio Universal.* Todo le inspiraba esta gran tragedia; la muerte de la libertad en su patria, la nueva ruina de Roma, los triunfos de la reforma sobre una parte del género humano, los triunfos del tiempo sobre su vida, de la vejez sobre sus fuerzas, del dolor sobre su alma. Cuando estaba trazando su gigante obra, mil veces creyó morir. Como cayera del andamio, abriéndose una herida en la pierna, se encerró en su casa resuelto á no salir sino para el sepulcro. Uno de sus amigos, médico, fué á verle; llamó, y como no le contestára, asaltó la casa como un ladron y logró arrancarlo á su melancolía.

La suerte de Italia es una de las heridas que lleva en el corazon, y por consiguiente una de las inspiraciones de su conciencia. La lectura del Dante le anima y le sostiene, esa lectura apocalíptica. Posee un ejemplar de ancho márgen, y en él dibuja las visiones esculturales inspiradas por las visiones poéticas. Al través de tres siglos el poema del Dante aviva el Juicio Universal de Miguel Angel, como el poema de Homero avivó las tragedias de Esquilo. El cuerpo humano, el

organismo, ántes de él desconocido y poco estudiado, es el principal elemento de sus inspiraciones plásticas. No ve en el Universo sino el hombre. Su antropomorfismo no es armonioso como el griego; es un antropomorfismo gigantesco. Sus hombres han crecido tanto como las ideas. De aquí cierto menosprecio por la hermosura en su serenidad inmortal, y cierto desenfreno por lo sublime. Cuando jóven, cambiaba sus figuras por cadáveres. Doce años vivió estudiando, analizando los muertos. Una vez se inficionó de la podredumbre, y estuvo á punto de morir en este trabajo de arrancar lo sublime al esqueleto arrojado como cosa inútil en el mundo.

Sus profundos estudios en la forma humana se ven ahí, en ese cuadro, en ese poema. Todos los dolores han sacudido esos cuerpos crispados, agitadísimos. Y todos los cuerpos están desnudos. Miguel Angel se atreve á tanto en la Capilla Sixtina, cuando comenzaba la reaccion contra el Renacimiento, cuando la hipocresía iba á recoger el sudario de la Edad Media para amortajar de nuevo á la naturaleza. No puede imaginarse el escándalo que este atrevimiento produjo en aquel mundo ya alejado de los semi-paganos dias de Leon X. El Aretino, que no vacilaba en mostrar al desnudo todas las inmundicias morales, se indigna contra aquella casta desnudez del arte.

Biagio, maestro de ceremonias de Paulo III, conjura al pintor de parte del Pontífice para que encubra sus figuras y no muestre tan real y tan completamente la naturaleza humana. — Decidle al Papa, le responde Miguel Angel, que en cuanto corrija Su Santidad el mundo, será asunto de pocos minutos corregir las pinturas. Y en castigo pinta á su interlocutor con orejas de asno en lo más profundo del Infierno. Biagio corre á quejarse á Paulo III de la afrenta infligida á su respetable persona. — Me ha puesto en el cuadro, dice llorando como un niño y trémulo como un viejo. Pido á Vuestra Santidad que me saque de allí.—Pero ¿dónde te ha puesto?—En el Infierno, Señor, en el Infierno, exclama compungido. — Si estuvieras en el Purgatorio, le contesta el Papa, te sacára; pero yo no tengo poder alguno en el Infierno.

Es imposible resumir cuanto se ha dicho sobre este fresco. La escuela académica reinante en el siglo pasado, y tan parecida al clasicismo híbrido y enojoso de muchos críticos literarios que se asustan de toda grandeza porque aplasta su irremediable pequeñez, lo ha tratado como un mamarracho. Escritor hay que llama á esta grande obra una coleccion de ranas. Trescientas figuras desnudas, medio vestidas algunas más tarde por Volterra, á quien le valió esa profanacion artís-

tica el nombre de Braghetone; trescientas figuras desnudas se elevan en un cuadro mural de cincuenta piés de alto y cuarenta de ancho. Al pronto cuesta un poco de trabajo comprenderlo. Se necesita mirarlo con la misma atencion con que se necesita oir una sinfonía de Beethoven. El profano al arte concluirá al cabo de algun tiempo indudablemente por sentir y admirar, y absorberse en la contemplacion profunda de aquella maravilla del genio. El artista no debe imitarlo, porque hay ciertas personalidades en la historia, hay ciertos estilos en la literatura y en el arte, cuya individualidad es tan poderosa, cuya estatura es tan alta, cuyo centro de gravedad tan lejano de la esfera de gravitacion general, que seguirlos produce vértigos, é imitarlos expone á peligrosas caidas. Entrad en San Pedro despues de haber visitado las figuras de Miguel Angel, y encontraréis en la estatuaria colosal, violenta, hinchada, de mal gusto, los estragos que en las medianías ha hecho la imitacion del genio único y cuasi sobrehumano de Miguel Angel, que debe permanecer para asombro de los siglos como el Dante, como Shakspeare, como Calderon, allá en su inaccesible soledad.

La naturaleza no entra para nada en el cuadro; Miguel Angel solamente la ha tomado el aire y la luz. No se ven los mundos rodando como pa-

vesas por los espacios, ni el sol tiñéndose de color sanguíneo, ni los montes desgajándose, ni el mar airado evaporándose en las trompas de una tempestad infinita, no; en el aire azul, en el aire pasa la terrible escena ocupada sólo por cuerpos humanos y por nubes celestes, y sobre unas y sobre otros la cólera de Dios.

Sí, todo parece airado, todo espantoso en aquel cuadro, como si nadie se salvára: de tal manera domina el terror á los demas sentimientos. En primer término la barca de Caronte sobre un rio plomizo, y á la izquierda el resplandor siniestro del Purgatorio. Encima los muertos que se despiertan al són de la trompeta, levantan las losas de sus tumbas, rasgan sus sudarios, sacuden el polvo de sus esqueletos casi desnudos, y el sueño de sus ojos casi vacíos. De la esfera de los muertos se levantan muchos que ya han cobrado el movimiento, y que lo ejercen con violencia para dirigirse, agitados por la incertidumbre, á escuchar el fallo inapelable, llevando sobre las espaldas el peso más ó ménos grave de sus obras. Entre aquellos veloces caminantes hay unos que ya se desesperan, hay otros que ruegan, hay algunos que confian, hay varios que mútuamente se sostienen y se socorren. A la derecha de Cristo brilla un grupo de mujeres ya salvas, que todas entonan un coro, y entre las cuales hay una sublime, una

madre que acaba de oir la sentencia de su hija, y la estrecha estática en sus brazos, deteniéndola, asegurándola en la salud eterna, cual si no diera crédito á su dicha. Junto á las mujeres pasan grupos de ángeles que parecen recibir, segun lo tristes, en sus caras una lluvia de lágrimas, arrastrada por el viento. Bajo los ángeles, los bienaventurados, muchos de los cuales se reconocen, despues de tantos siglos, y se abrazan sobre las cimas de la ciudad eterna. En el centro, Jesus irritado, que maldice, que condena, que castiga, sin escuchar los ruegos de su madre, separándose de los condenados, y sin querer ni siquiera mirarlos, por no iluminar con sus ojos el eterno suplicio. Adan está á su lado en su vejez sublime para resumir la humanidad como Cristo resume el cielo. Pero donde se muestra el genio de Miguel Angel en toda su grandeza, es en aquella inmensa catarata de condenados, que caen heridos por la terrible sentencia, tristes unos como hojas secas, desesperados otros y retorciéndose cual si contra su eterna suerte pudieran rebelarse, ya mordiéndose los puños, ya arrancándose el cabello, ya aterrados á la vista de las llamas que los aguardan, ya presa de un delirio; todos en los más atroces dolores físicos y morales; titanes llenos de vida y de carne y de sangre, como para ofrecer abundante pasto á los tormentos; titanes

que roncan y maldicen y denuestan y escupen horrores de sus bocas, y luchan con las serpientes enroscadas en sus cuerpos, y buscan en el aire una nube donde reposar, y caen produciendo un escalofrío terrible, como si oyerais el primer contacto de sus carnes con el plomo derretido en las llamas eternas.

No se puede sostener mucho tiempo la atencion concentrada en lo sublime. Cuando se siente de véras una idea grande, os sacude los nervios y os surca el cerebro como una chispa eléctrica. Yo sentia latir fuertemente las sienes, como si fueran á reventar las venas hinchadas por el torrente de pensamientos gigantescos desprendidos de aquella Capilla que abraza desde la Creacion hasta el Juicio Universal toda la vida humana. Necesitaba aire, y salí á respirarlo al campo romano, sobre cuyas ruinas tendia á la sazon admirablemente Abril su verdor alegre como una esperanza. Pero cuando volví la cabeza, en el azul de los cielos se dibujaba todavía una obra magnífica, sobre la cual extiende tambien sus alas el alma de Miguel Angel; se dibujaba la rotonda de San Pedro, que parecia, dorada por los últimos rayos del sol poniente, un templo elevándose lentamente á lo infinito, para decir á Dios que la eternidad prometida á Roma por los dioses antiguos habia sido realizada en la Edad Antigua por sus tribunos y

por sus héroes, fortalecida en la Edad Media por sus pontífices y sus doctores, y salvada en la Edad Moderna por el genio, que levantó allí aquella cúpula como la cima de la historia, como la corona del espíritu, como la tiara del mundo.

EL CEMENTERIO DE PISA.

Jamás creí que hubiera en el mundo una ciudad tan muerta como Toledo. Pero no habia visto á Pisa. La diferencia entre estas dos magníficas poblaciones, sin embargo, es grande. En Toledo, junto á edificios maravillosamente conservados, como la Catedral, hay edificios casi destruidos, como San Juan de los Reyes y el Palacio de Cárlos V. Las ruinas, en su desolacion, justifican la soledad. Pero en Pisa todos los monumentas se hallan de pié, todos cuidadosamente conservados, algunos enlucidos y resucitados por restauraciones modernas, los más pintados de vivísimos colores. Y sin embargo, la soledad es indescriptible. Diríais que aquellos palacios aguardan sus habitantes y se hallan preparados á recibirlos; pero que los habitantes no vienen. Yo me paré el dia mismo de mi llegada, por el mes de Mayo, en el puente central del Lungarno, á las dos de la tarde; y puedo asegurar que estaba solo, completamente solo, casi tentado á creer la inmensa

ciudad destinada únicamente á mi persona. Magnífico sitio para un egoista. Era triste, tristísimo, ver aquellas dos largas hileras de edificios preciosos, de casas elegantísimas; aquellos varios puentes, aquellas magníficas aceras, aquella limpieza exquisita; el rio en el fondo, el cielo sonriente; por uno de los extremos copudos árboles mecidos al soplo de las frescas brisas marinas; y nadie, absolutamente nadie, más que yo, en aquella hora y en aquel delicioso sitio, para contemplar tanta hermosura. Tentado estuve á gritar, seguro de que solamente me responderia el eco. Un extranjero apostó á que dando la vuelta á caballo por los muros de Pisa no encontraria un alma, y ganó la apuesta. Los rusos y los ingleses, á quienes el frio del Norte ha roto los pulmones, se refugian, para vivir algunos dias, en Pisa, donde se hallan abrigados por las montañas de los vientos del Norte, y por la soledad de las grandes emociones. Así, de vez en cuando, encontrais jóvenes muy bellas, con ese color arrebatado y ese brillo en los ojos propios de la tísis, acompañadas de algunas personas de su familia, tristes, sombrías, que parecen seguir un duelo y llorar ya el golpe irremediable de la muerte. Todas estas particularidades conspiran de contínuo á la tristeza general de la ciudad llamada con razon *Pisa morta.*

Y sin embargo, hubo un tiempo en que sus libertades asombraron á Italia, su comercio al mundo; un tiempo en que el mar llevaba hasta sus puertas los tributos de Córcega y Cerdeña; en que sus naves trasportaban los cruzados al Asia y traian de Asia el oro, la púrpura, el marfil; un tiempo en que sus guerreros auxiliaban á los emperadores de Alemania contra los papas de Roma, y á los condes de Barcelona contra los moros de Mallorca; en que los piratas temian su poder, los sarracenos temblaban hasta en las costas de África al brillo de sus lanzas, y en que las columnas y los mármoles aportados por Pisa de lejanas expediciones formaban como el trofeo de la primer victoria de las artes. Entónces los últimos maestros mosaitas de Constantinopla llenaban con piedras brillantísimas de mosáicos los arcos de sus monumentos; entónces los primeros pintores que adivinaron las artes del dibujo, animaban sus muros y sus claustros con místicas figuras; entónces los judíos la colmaban de riquezas, guarecidos á la sombra de sus tolerantes leyes; entónces Nicolas y Juan de Pisa, inspirados genios de la Edad Media, desbastaban el mármol y producian esas blancas figuras que parecen los primeros ensueños de una nueva edad de inspiraciones; y despertábanse los penitentes místicos al resplandor de la nueva idea ántes que apa-

reciese, como esas aves que anuncian desde el fondo de las tinieblas la venida del dia. Su libertad engendró su comercio, el comercio su riqueza, la riqueza el arte y la ciencia. Las máquinas de Buschetto levantaban en el siglo undécimo pesos enormes, cuya gravedad sólo podria vencer la mecánica moderna. Las ligeras naves, con sus graciosas velas latinas, traian en el siglo décimo las telas de seda crujientes, que podrian llamarse, por su color, por su brillo y por su orígen, radiosas apariciones de la antigua India, en medio de las tinieblas de la Edad Media. Las serpientes de bronce del Egipto se enroscaban á sus columnas de granito, y los hipógrifos de Grecia tendian sus alas junto á las rotondas bizantinas. Miles de trabajadores llenaban sus muelles, cuando los principios de libertad llenaban sus códigos. La República murió. Y Pisa es un cadáver. Por eso sin duda su primer monumento es un Cementerio. En el zénit de su esplendor, Pisa presintió su porvenir y se fabricó el edificio que más debia convenir á su triste futura historia; se fabricó el Campo Santo. Con el alma entristecida por las sombras de la muerte, en medio de aquella ciudad solitaria, donde sólo se oia la vibracion de las brisas marinas, dirigíme á visitar este magnífico monumento, que me tenía reservadas tantas emociones y tantas enseñanzas. El sitio

donde se halla el Campo Santo es el sitio más desierto de esta ciudad. En vano los altos montes de Pisa levantan sus cúspides azules en el éter de un espléndido horizonte; en vano la vegetacion de la primavera, cargada de flores, de mariposas, de nidos, cubre con su lujo hasta las desnudas piedras de los altos torreones de las murallas; en vano ese magnífico baptisterio, al Campo Santo muy próximo, y que parece la alta rotonda de un templo subterráneo, dibuja sus calados botareles; en vano la blanca torre inclinada, semejante á una columna gigantesca, lanza allí cerca los agudos sonidos de sus campanas; y la Catedral, ornada de infinitas joyas, entona las salmodias de sus cánticos; todo en vano quiere despertar la idea de la vida: las ortigas, que brotan por doquier en aquel inmenso desierto, os recuerdan y os inspiran la triste idea de la muerte.

El Campo Santo es un edificio grande, severo, de altos muros, de estrechas puertas; un ataud de mármol para todo un pueblo. Los faraones de Egipto, los césares de Roma, los sátrapas de Oriente, han levantado pirámides, fortalezas, montañas, para enterrarse, para ocultar los gusanos que roian su púrpura y sus huesos; pero ninguno de esos monumentos soberbios, donde los déspotas perpetúan eternamente en la muerte el soberbio aislamiento de su vida, puede compa-

rarse en gracia y en hermosura con este cementerio de ciudadanos que se abrazan y se confunden allá en la eternidad, y cuyos huesos frios y mondados por la afilada guadaña, irradian el mismo calor, el mismo entusiasmo, que en vida irradiaban sus libres corazones. El exterior es sencillísimo. Parece un ataud inmenso tallado en una sola piedra. Las perspectivas de la muerte dan extraordinaria solemnidad á todos los objetos de la vida. Siempre que el hombre ha querido expresar la muerte, ha expresado la inmortalidad. En vano ha pintado su último trance como el dolor de los dolores; en vano su último asilo como la sombra de las sombras; allá, en el fondo del sepulcro vacío, en el seno del abismo insondable, se extiende siempre la luz misteriosa de una nueva vida. Sabemos todos que el hombre, este resúmen de la creacion, este mineral sujeto á las leyes de la gravedad y á los límites de la extension; este vegetal que necesita del aire y del agua y de la luz; este animal que nace y se nutre á la manera de los demas mamíferos; este microcosmo, cuya cabeza esférica reproduce la esfera de los cielos, y cuyos ojos centellantes reflejan la luz de las estrellas; este ángel que se levanta más allá de los tiempos y de los espacios á contemplar en su pureza las ideas arquetípicas, de las cuales son sombras las cosas; el gran músico de los mundos, el

gran sacerdote y el gran poeta entre todos los seres; el que saca de los hechos particulares las leyes universales, y de la tosca materia la esencia impalpable del espíritu; el que anota en su mente el cántico universal de las esferas; el que logra dar con su pensamiento como la conciencia de sí misma á la naturaleza, no podria enterrarse todo entero bajo unas cuantas paletadas de arcilla, sin enterrar consigo al mismo tiempo toda la creacion.

Y sin embargo, no hay monumento que exprese la nada como este paralelógramo, irregular á la manera del eterno contrasentido de la muerte. Todos llevamos un oscuro abismo bajo nuestras plantas que absorbe, como el desierto las gotas de la lluvia, los instantes de nuestra vida. Todos habitamos un cementerio. Esa desnudez del exterior del Campo Santo, esa monotonía, esa uniformidad, son la desnudez, la monotonía, la uniformidad de la muerte. Cuando la puerta se abre, creeis que se abre la puerta de la eternidad. El frio de aquellas bóvedas como que os petrifica; el silencio de aquel lugar como que os priva del habla. Yo estaba enteramente solo como un muerto abandonado á su ataud.

Yo, errante, sin patria, sin hogar, me preguntaba si aquel viaje no era el símbolo de mi último viaje; si aquella entrada de un momento en

el Cementerio no era la pintura anticipada del dia en que los hombres tendrán á bien recogerme y lanzarme á un hoyo para que no envenene con mis pútridos miasmas el aire que ellos respiren. El sepulturero, de pié á la puerta, me invitaba á entrar. Las ideas más tristes batallaban en mi cerebro, y se dejaban caer como gotas corrosivas sobre mi corazon. El ruido de un azadon que cavaba las huecas sepulturas, y el ruido de las llaves que el sepulturero agitaba, se mezclaron siniestramente en mi oido. Pero entré, entré pensando que la muerte es tan natural como la vida, que el ataud es la cuna de la eternidad. Y la gran puerta se cerró á mis espaldas.

Si como yo creo y como yo espero, al pasar de la vida á la muerte pasamos de este á otro mundo mejor, dificulto mucho que pueda ofrecerme tanta novedad el brusco cambio como el interior del Cementerio de Pisa. Yo contemplaba extasiado las altas bóvedas cubiertas de maderas preciosas; los largos muros realzados por todas las combinaciones posibles del color; las ventanas ojivales de una desmesurada altura, con sus ligeras columnillas y los elegantes rosetones del remate; los cipreses, los rosales, la hiedra, la madreselva, que á través de las ojivas mecian blandamente en el patio central sus ramajes poblados de vida y de poéticos rumores; los toscos sepul-

cros de los tiempos monásticos guarecidos por la cruz, junto á los bellos sepulcros de los tiempos clásicos poblados de ninfas y de faunos; el vaso báquico de mármol de Páros, donde brillan los sacerdotes de la embriaguez de la vida, al lado de la Madre Dolorosa con su Hijo entre los brazos, embriagándose con las lágrimas de la agonía y con la contemplacion de la muerte; los trofeos de las cruzadas unidos á los exvotos de los romanos; los frisos de los templos de la gran Grecia mezclados con los arquitrabes de los altares del siglo décimo; los bustos de los tribunos de Roma, como Bruto, bajo las blancas alas de los ángeles de mármol nacidos del cincel cristiano; las estátuas yacentes que se extienden sobre las losas como rindiéndose al eterno sueño, y las estátuas erguidas que sobre su pedestal de huesos humanos se lanzan, coronadas por una idea, como á entrar vencedoras en la inmortalidad; las vírgenes, los santos, los patriarcas, los doctores, los serafines, los querubines, los coros de bienaventurados, los demonios, los gnomos, los vestiglos, nadando en la atmósfera multicolor de los gigantescos frescos que cubren todas las paredes; cáos indescifrable en aquellas cuatro galerías góticas; cáos sobre el cual se deslizaba en aquel momento el sonido de la campana, que parecia la trompeta del ángel; y el ruido del azadon, que parecia la

respuesta de los muertos, abriendo al llamamiento sus tumbas; cáos donde todos los siglos, todas las civilizaciones, todas las artes se hallan en desórden sobre los fragmentos de un mundo en ruinas; imágen del Valle de Josafat á la hora suprema del Juicio Universal.

Y sin embargo, nada más regular que aquel cáos en cuanto volveis de vuestra primera sensacion. Cuatro muros, cuatro galerías, cuatro series de ventanas ojivales; un patio en el centro; al frente de la puerta principal una capilla, y al medio de la pequeña galería de la derecha una iglesia; en la tierra del gran patio, la vegetacion que brota hojas y flores con prodigiosa fecundidad; á los extremos cuatro grandes, copudos y verdinegros cipreses, que parecen alzarse allí para elevar al cielo las oraciones de sus hermanas, las plantas agradecidas á la Providencia por el nutritivo alimento que les procuran los muertos. Hay pocos edificios góticos en Italia, muy pocos. Esta arquitectura de la Edad Media no ha podido desarraigar el eterno paganismo encerrado en la tierra de las artes. Parece que cuando los arquitectos se proponian levantar la católica ojiva, que concluye en punta como el Universo en la unidad de Dios, las diosas gemian desde el fondo de los arroyos ó desde la corteza de los árboles para obligarles á continuar las antiguas columnas

coronadas de guirnalda como sus sienes inmortales. Parece que esta arquitectura gótica es la arquitectura del pensamiento y no la arquitectura de la imaginacion; es el espíritu interior más que el génio plástico. Por consiguiente, no puede ser la arquitectura de Italia. El Cementerio de Pisa es gótico. Pero ¡cómo se han hermanado todas las artes en su seno! Importábales poco á los italianos que un sepulcro representase las fábulas paganas combatidas por el cristianismo. Con tal que fuese hermoso, lo ponian en su Cementerio y lo llenaban de huesos cristianos. La madre de la condesa Matilde, de esta mujer católica por excelencia, de esta amiga de los Papas, de esta heroína ortodoxa, descansa en su sarcófago, donde se halla esculpida Fedra. Diana besa la frente de Endimion dormido en uno de los mármoles del Cementerio. Los bustos paganos se elevan junto á las imágenes de los santos. Las lámparas que la religion atiza iluminan el rostro de Bruto. Junto al sarcófago donde el caballero de la Edad Media pliega sus manos y dobla sus rodillas, se elevan Augusto, Agripa, el fundador de aquel Panteon donde se refugiaron por última vez los antiguos dioses. Una bacante duerme el sueño de la embriaguez con la copa vacía al lado, bajo el fresco que representa las maceraciones del cenobita, junto al sepulcro en que pende la corona de

rosas blancas consagradas á la inocencia y en que abre sus alas, como para ocultar un nido, el Ángel de la Guarda. El Buen Pastor, encerrado en las catacumbas de los mártires y esculpido sobre un sepulcro que los primeros cristianos han regado con sus lágrimas, conduce sus ovejas al redil de la Iglesia; y á pocos pasos hay bajo-relieve, cuyos tritones fueron del cortejo de Neptuno en las profundidades del Océano, cuando la naturaleza no habia sido despojada de sus dioses. Meleagro caza no léjos del altar donde Enrique VII ora. Sobre un chapitel María, llena de misticismo, y casi á sus piés las figuras etruscas empapadas en la realidad de la vida. El escultor Della Robia tiene allí una madonna en tierra cocida que se asemeja á las vírgenes bizantinas; y sobre una columna en piedra de Egipto brilla á su lado una cabeza de Aquíles. Andrea de Pisa ha esculpido los Evangelistas y los Profetas con toda la rigidez católica, en medio de las bacanales, por otros bajo-relieves representadas, con toda la voluptuosidad griega. Aquí un emperador de Alemania sentado en su silla sagrada; allá un hipógrifo árabe; acullá una Vénus simbolizando el amor en los dominios de la muerte. ¡Oh! Estos hombres sabian por intuicion artística, sobrenatural, que todas las generaciones, todas las edades se reconcilian en el seno de la muerte. Estos

hombres sabian que los combatientes caidos á la luz del sol, odiándose y maldiciéndose bajo banderas enemigas en los campos de batalla, se unen allá en las regiones de las sombras. Estos hombres sabian que pueden los míseros humanos expulsarse de la vida, pero no pueden expulsarse de la muerte. Aunque aniquileis á un enemigo, aunque le quemeis dando al viento las cenizas, ¡oh! sus átomos están ahí en el laboratorio de la vida universal, en el inmenso seno de la naturaleza; y tal vez mañana los absorberán vuestros hijos y los llevarán sobre su corazon. Mas los odios de los hombres son tales que no quieren ni la paz de la muerte. Y sin embargo, contemplando el Cementerio de Pisa, yo pensaba, ante aquellos muertos de todas las generaciones y aquellos monumentos de todas las edades, que así como tenemos en nuestro cuerpo breves partículas de todos los seres, y en nuestra conciencia ideas de todas las generaciones, tenemos en nuestra vida parte de todos los siglos; y que nada hay tan estúpido y antihumano como separarnos de los demas hombres por sus creencias, cuando hijos de todos los tiempos, individuos de toda la humanidad, por esos altares que nos parecen más llenos de supersticiones, por el dólmen celta, por el ara de los dioses lares, por las pirámides egipcias, por las esfinges babilónicas, ha pasado el espíritu de

la humanidad ántes de llegar á su presente plenitud, como pasan los grandes rios por lechos de hielo, y de piedra, y de fango, ántes de espaciarse en la inmensidad del Océano.

Este es el verdadero Cementerio de un pueblo, este es el verdadero panteon de la Edad Media. En aquellos dias preocupaba más la muerte que la vida. El Campo Santo era la ciudad eterna; el infierno y el purgatorio la epopeya; el jubileo la grande asociacion de las razas, y la cruzada la grande guerra. La Edad Media gravita entera al rededor de un sepulcro. Los más fuertes ó los más ricos entre los paisanos han tallado su barca, han tejido su vela, y se han marchado por los mares de Oriente á Constantinopla y á Siria, para desde allí partirse á Jerusalen; y despues de mil combates, despues de peligrosísimas correrías, cargados con el peso de la enorme armadura y la cruz al pecho, descubrir entre los espejismos del desierto, bajo el cielo reverberante, sobre colinas caldeadas, envuelto en las ráfagas de un viento que parece como voraz incendio, el sepulcro de Cristo; y morir á su lado, y envolverse eternamente en la tierra santificada por las lágrimas del Huerto y por la sangre del Calvario. Los ciudadanos que se quedaban en las riberas de Italia querian tambien participar de este bien, dormir en el seno de la tierra prometida, mezclar sus ce-

nizas con las cenizas de los profetas. Y la igualdad republicana no podia consentir privilegios en la muerte. El gran comercio de la ciudad cumplió el deseo de los ciudadanos. Las escuadras vinieron hasta el puerto cargadas de tierra de Jerusalen. En esta tierra se envuelven todavía los huesos de los pisanos. Esta tierra era voracísima. En veinticuatro horas consumia los restos confiados á su seno como si fuera una tierra de fuego. La mayor parte de las sales que obraban este prodigio se han evaporado en alas de los siglos; pero áun consume, segun el erudito Valery, en cuarenta y ocho horas un cadáver. Yo la contemplaba extasiado. Un manto de aterciopelada verdura, sobre el cual parecia haber caido una lluvia de rosas, la ornaba; la zarzamora extendia sus espinosas ramas por todas partes; y nubes de mariposas blancas y puras fingian á mis ojos las almas de los niños, bañándose en aquellos aromas y bebiendo el dulce jugo de aquellas plantas que extendian los festones y las guirnaldas de la vida sobre la morada de los muertos. ¡Tierra, tierra santísima de Jerusalen, que mis piés huellan, tú has brotado la idea de Dios y la has tenido guardada largo tiempo en tu seno, para que la edad moderna reposára á su sombra; tú has recogido los huesos de aquellos profetas que encendieron la fe en la conciencia humana; de tu barro se ha-

lla amasada la cuna inmortal de nuestra civilizacion; y aquel Mártir divino que se sacrificó en tus montañas por salvar al mundo de la servidumbre y del yugo infame del destino, te ha hecho tan fecunda y tan sagrada como las semillas del martirio. Tierra de Jerusalen; filósofo ó cristiano, judío ó católico, hombre de lo pasado ú hombre de lo por venir, cualquiera que te huelle ha de sentirse profundamente conmovido, porque tú entras, tierra inmortal, por grandes cantidades, en la levadura de nuestra vida.

Pero salgamos del patio y vamos á ver la galería de nuevo, contemplando, no las tumbas, las pinturas. Los italianos son esencialmente artistas, y no comprenden que un arte pueda vivir solitario y aislado. Emplean para sus monumentos la escultura, la pintura; los llenan de versos y de inscripciones para que tengan pensamiento, y luégo de música para que tengan voz. El Cementerio de Pisa ha sido fabricado en el siglo décimotercio, no lo olvidemos. Para comprenderlo bien, precisa comprender el siglo de su nacimiento, porque la arquitectura no pierde nunca, y ménos en los monumentos religiosos, su carácter simbólico.

El siglo décimotercio comienza siendo el siglo del catolicismo y concluye siendo el siglo de la herejía. El espíritu humano se exalta con la fe

en los comienzos y abraza la razon en las postrimerías de este siglo. Lo abre Inocencio III, que mira la conciencia humana extendida á sus plantas, Europa postrada de hinojos en sus altares; y lo cierra Bonifacio VIII, que siente sobre su mejilla el bofeton de los laicos, y muere de rabia en su impotencia. Lo abre Fernando III en Castilla, que merece ser contado en el número de los santos; y lo cierra Alfonso X, que merece ser contado en el número de los filósofos. Pedro II de Aragon nace bajo la advocacion de la Iglesia, crece en su seno, vive para dar la batalla de las Navas contra los infieles, y muere en la batalla de Muret por los herejes. Y estos cambios bruscos son una ley general del siglo. Jaime I de Aragon en la primera mitad del siglo recaba tierras y tierras para la Iglesia, y Pedro II arranca feudos al Papa. Los santos que dirigian las cruzadas y sus ejércitos obran luégo milagros ante los muros de Gerona contra los soldados del Papa. Las guerras por el sepulcro de Cristo se suspenden. La ciencia árabe domina á las ciencias teológicas. La duda se desliza en la razon, la ironía en la literatura, el sentimiento de la naturaleza en el arte. La conciencia humana ha pasado del período de la fe al período de la razon.

¿Comprendeis ahora por qué el Cementerio de Pisa ha sido tan tolerante? En cuanto se miran

sus galerías y sus pinturas, se ven como dos hemisferios del tiempo. Los arcos han sido animados por una idea; los muros por otra. Allí está el gótico, y aquí el anuncio lejano del Renacimiento. No podrá nunca escribirse la historia de las artes sin saludar como uno de los sitios de su nacimiento este Cementerio. No se podrá entrar en el Cementerio sin evocar las edades en que se construyó. Y no se podrán evocar estas edades sin traer á la memoria el nombre de Nicolas de Pisa. Nacido en el seno de los tiempos místicos, muere en el seno de los nuevos tiempos. Entre su cuna y su sepultura hay dos mundos. El espíritu humano ha cambiado de fase miéntras ha vivido ese hombre, que contó setenta y un años. Pero él ha sentido ese cambio, él ha anunciado el ocaso del misticismo. Sus padres, sus maestros, le han hecho arrodillarse, plegar las manos ante las estátuas bizantinas, encorvadas bajo los terrores del Juicio Universal; y él, más tarde, ha ido á postrarse ante las figuras griegas, radiantes de hermosura, erguidas como aquella civilizacion esencialmente humana, amamantadas á los fecundos pechos de la Libertad. Nicolas nació el año siete del siglo décimotercio, y murió el año setenta y ocho. Si yo quisiera expresar en un sólo símbolo esta edad, escogeria una de sus figuras, y veríase en ella que el pensamiento místico áun

corre por sus frentes, pero que las formas griegas se extienden por su cuerpo como una nueva planta brotando en tierra empapada por rocío reciente. Juan de Pisa, el arquitecto del Cementerio, escultor tambien, mira con los ojos de Nicolas de Pisa. Comparad las obras de estos dos genios con los gigantescos mosaicos y con las extrañas pinturas que á dos pasos se encuentran, en el seno de la Catedral, obras traidas de Bizancio, ó hechas por bizantinos artistas. Las vírgenes, los santos, los ángeles de Bizancio tienen una expresion de terror sublime, pero tambien la frialdad, la rigidez de la muerte; las vírgenes, los santos, las estátuas de Nicolas y de Juan de Pisa, ya aspiran á la serenidad y á la perfeccion griegas. Es el mundo de la naturaleza, que se abre al soplo del nuevo espíritu. Es la belleza humana, que deja el sudario de la belleza monástica en el fondo oscuro de los cláustros. Esas piedras son trofeos de las batallas del espíritu, ó mejor dicho, trofeos de sus victorias.

Miéntras Nicolas y Juan modelaban las piedras para tallar estátuas, para construir cementerios, un pastorcillo, guardador de escaso ganado, dibujaba en el barro, en el polvo ó en la arena, èxtrañas figuras. Este pastor toscano debia ser el padre de la pintura, debia ser el Giotto. Su gloria llena todo el siglo décimocuarto. Este hombre

extraordinario es, respecto á la pintura, lo que Nicolas de Pisa respecto á la escultura. En su genio estaban ya los primeros delineamientos del genio de Rafael. Son los brazos de sus santos áun rígidos, los cuerpos angulosos y puntiagudos, los piés deformes, como si no pudieran todavía fijarse en la tierra; pero las cabezas están llenas de benevolencia, las caras llenas de gracia, de esa gracia á que jamas llegaron los artistas bizantinos en su desesperacion; de esa gracia hija de la serenidad del espíritu y hermana gemela de la esperanza. Vese allí que si los cuerpos dibujados por el Giotto pertenecen aún á la tierra de su tiempo, las cabezas tocan ya en el cielo de los tiempos nuevos. Aquellos rostros están acariciados por la brisa matinal, inundados por la luz de la aurora. El artista se ha sumergido en el seno de la naturaleza, encontrando en ella la inspiracion inmortal. Su pincel es una nueva eflorescencia del espíritu humano. Mirad en ese muro de la izquierda su Job. Se está borrando como el recuerdo de aquéllos dias, se está deshaciendo como la fe que lo animó; descúbrese al través de una niebla, lejano, muy lejano, herido por la humedad y el viento marítimo, que lo arrancan á pedazos de la pared, afeada, manchada por las restauraciones posteriores; podeis verlo á la manera que se ven figuras fantásticas, en las nubes re-

camadas por el sol del ocaso; todavía podeis verlo como un penitente que se queja de Dios, sin atreverse á maldecirlo, rodeado de sus amigos infieles, entre el diablo, terrorífico, dantesco, y el ángel de la derecha, dulce y bello, nadando ya en luminosos horizontes. No sé por qué, mas aquel fresco desgastado me pareció el símbolo que sin pensarlo y sin quererlo habia trazado el Giotto ó cualquier otro contemporáneo suyo del estado crítico y extraordinario en que se encontraba su siglo, entre el demonio del feudalismo, que pugnaba por vivir, y el ángel del Renacimiento, que salia entónces de su larva.

No sé por qué este Cementerio me parece por todas partes el Cementerio de la Edad Media. Un discípulo de Fra Angellico, de aquel místico en cuya retina se pintaban los ángeles y los querubines, de cuyas manos jamas una Vírgen ni un Cristo salió sino entre oraciones y lágrimas; un discípulo de ese fraile sublime, que pintaba de rodillas, ha dejado una graciosa figura en los inmensos frescos arrojados por su mano sobre casi toda la galería occidental del Cementerio; una figura que sólo podria nacer en tiempos más sensuales, y que representa la curiosidad infinita por los secretos de la naturaleza. Noé está desnudo y embriagado en el suelo. Una muchacha se cubre el rostro con las manos; pero á través de los dedos

entreabiertos se goza en contemplar la desnudez. Fra Angellico hubiera maldecido á su discípulo Gozzolli. Pero esa es la nueva edad, la edad del renacimiento de la naturaleza, maldecida hasta entónces; la edad del despertar de los sentidos, hasta entónces embotados; la edad en que el fauno va á hollar de nuevo con su pié hendido los campos, y á coronarse de nuevo con guirnaldas de hiedra los cuernos; la edad en que las ninfas van á entregarse desnudas sobre un lecho de rosas á toda la orgiástica alegría de vivir; la edad en que los arroyos van á entonar un himno de nuevas églogas; y entre el delirio priapesco de todos los goces y el despertamiento de todas las antiguas divinidades, va á salir un nuevo Prometeo, pero sin cadenas, que con su mano rasgue los mares y descubra un nuevo mundo, con su pié impulse la tierra y la obligue á rodar por los espacios infinitos, y coja las estrellas con su telescopio, como el cazador las aves con su trampa, y las fuerce á dejarse pesar en su mano, y á murmurar en su oido los secretos del cielo.

Sí, aquel Cementerio es el testamento de la Edad Media. Creo ver en sus muros la despedida última y el adios último de estos tiempos que precedieron á los nuestros, como el cáos á la luz. La Edad Media, al morir, en todas las literaturas reproduce la Danza de los Muertos. Ese té-

trico poema no podia faltar en el Cementerio de Pisa y en el cielo inmortal de sus pinturas del siglo décimocuarto y el siglo décimoquinto. Orcagna, el grande Orcagna, lo ha pintado ahí. Miradlo y acordaos de los otros monumentos que acabais de ver, y encontraréis toda la geología del arte. La tumba donde reposa la princesa Beatriz casi es la cuna del pensamiento nuevo. En ella ha estudiado Nicolas de Pisa. En las obras de Nicolas de Pisa ha estudiado su hijo Juan de Pisa, arquitecto y escultor del Cementerio. En las obras de Juan ha estudiado Andres de Pisa, en las obras de Andres ha estudiado Orcagna. En pos de Orcagna vendrá Guiberthi, que esculpirá las puertas del baptisterio de Florencia, las puertas triunfales del Renacimiento, llamadas por Miguel Angel las puertas del Paraíso. Y en esas puertas se detendrán los grandes artistas á estudiar el dibujo. Y el arte será despues de esta larga y gloriosísima creacion, y tendrá esta sublime genealogía: los mosaitas de Venecia, los mosaitas de Pisa, Cimabue, Nicolas de Pisa, el Giotto, Juan de Pisa, Orcagna, Guiberthi, Massacio, Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael. Inmortal espíritu del hombre, nunca fuiste tan grande como despues de haber encontrado nuevamente la forma humana, la hermosura plástica, á costa de extraordinarios esfuerzos, tras ocho siglos de mace-

racion, de ayuno, de penitencia. El fresco de Orcagna es el fresco de la muerte. El dibujo es todavía incorrecto, los cuerpos de las figuras todavía desproporcionado; la perspectiva todavía está ausente; pero los rostros tienen expresion sublime, y un alma que irradia pensamientos se asoma por los ojos é ilumina las frentes. A la izquierda una cabalgata de caballeros y señoras en trajes de gala se detiene ante tres reyes; recien muertos é hinchado el uno, descompuesto y comido por gusanos el otro, esqueleto ya descarnado el tercero. No puede manifestarse bien el escalofrío que da ver aquellos tres despojos de la muerte en medio de la turba de caballeros vestidos ricamente con terciopelo y armiño, de las damas con su lujoso tocado, de los perros y los halcones de caza, de todos los signos de la vida entregada al combate y al placer. En el centro los viejos, los enfermos, los moribundos, llaman á gritos la muerte con versos que el pintor ha trazado para aumentar la expresion: *¡O morte! medicina d'ogni pena.* Pero la muerte no los escucha; se aparta de los que la desean para herir á los que la olvidan; para entrar con su tajante guadaña en ameno bosque, á cuya sombra reposan dos amantes, contemplándose extasiados y oyendo la guzla del trovador que canta las delicias de la pasion, rodeados de flores y de amor-

cillos. Allá, en una alta montaña, los penitentes ruegan por todos; pero abajo, en enorme confusion, reyes, nobles, pajes, obispos, espiran: y sus almas son, ya recogidas por los ángeles, ya por los demonios de horrible rostro y alas de murciélago. Se nota que concluyen las edades monásticas. Las almas escogidas principalmente por los demonios son las almas de los frailes. Y junto á este fresco se hallan, como completándolo, el Juicio Final y el Infierno.

Áun despues de haber visto la Capilla Sixtina conmueve la cólera de Jesus, la tierna piedad de María intercesora, el dolor de los réprobos, el éxtasis de los bienaventurados; Salomon, que al salir de su tumba y sacudir el polvo secular de sus párpados, no sabe si le tocan en suerte las alturas celestes ó los abismos infernales; el genio vengador que arrastra por los cabellos hácia las tinieblas eternas un fraile, el cual se habia escondido entre los bienaventurados, y el genio misericordioso que lleva hácia la bienaventuranza un jóven mundano, ya perdido entre los malditos; la mujer que se retuerce los brazos de desesperacion á la boca de la insondable eternidad, y el viejo que se arroja hácia Jesus para recordar sus propias obras y pedir la divina gracia; el Angel de la Guarda en el centro del cuadro, triste, herido por un dolor infinito, mirando con sus

grandes y profundos ojos, llenos de una tempestad de ideas, caer como una catarata de hiel en los infiernos, en los mares de plomo derretido, las almas que habia querido vanamente proteger en el mundo contra el vicio con sus alas, y que vanamente habia querido salvar de la justa cólera divina con sus oraciones en la hora suprema del juicio: terrible epopeya de horrores y desolacion, que parece, en verdad, sobre aquellas tumbas, en aquel asilo de la muerte, representado por aquellas figuras demacradas, rígidas, frias, el dia último del Universo.

Y sin embargo, en las figuras de todos estos cuadros descúbrese que los tiempos místicos han pasado y que los tiempos del Renacimiento no han venido todavía. En ninguno de ellos, en ninguno de los infinitos personajes pintados en esas paredes, hay ni el idealismo de Fra Angellico ni el naturalismo de Buonarroti. La historia humana es una lucha entre el pensamiento y la realidad. En esos cuadros vemos que la idea se evapora, mas la naturaleza no viene todavía. El espíritu místico se apaga, pero no le sustituye aquella adoracion del organismo humano que hizo tan grandes pintores y tan grandes escultores á los artistas del Renacimiento. Miguel Angel se alzaba sobre un cadáver con el apetito de la hiena, y lo recogia y lo estudiaba hasta grabar

en la mente cada uno de sus huesos. El estudio del desnudo era su estudio preferente, como si quisiese volver al hombre á la inocencia del Eden. Pero la anatomía se hallaba prohibida en la Edad Media. Esos pobres artistas de los siglos décimocuarto y décimoquinto no han podido estudiar nuestro cuerpo. Sus figuras están encerradas dentro de sus vestidos como dentro de un saco ó como dentro de un sudario. El hombre tiene todavía demasiado presente su culpa y se asusta de su propio cuerpo, de esa eterna sombra del pecado. Mas á pesar de hallarse en tal desfallecimiento, descúbrese bien que aguarda una nueva idea. Las figuras del Cementerio de Pisa son figuras de crepúsculo, seres que se levantan inciertos en los límites de dos épocas. Despues de todo, si miramos la historia humana, verémos así á todos los hombres; todos condenados á enterrar la mitad de las ideas aprendidas y la mitad de las caras aspiraciones de la existencia; todos arrastrados por la corriente interminable de los hechos, sin saber adónde; todos forzados al trabajo de la renovacion, sin saber por qué; todos dejando las vestiduras del alma, la inocencia de la niñez, la pasion de la juventud, la fe de la cuna, en las encrucijadas del camino; todos cayendo rendidos de cansancio y de fatiga sobre un monton de secas ilusiones, para que sus herederos los aparten con el

pié, los arrojen á un hoyo y continúen repitiendo los mismos hercúleos trabajos sin fin, y representando la misma tragedia sin desenlace.

¿Creeis que la muerte es un desenlace? Yo no lo he creido nunca. Entónces el Universo ha sido creado para la destruccion. Dios es un niño que ha levantado los mundos, como un castillo de cartas, por el placer de derribarlos. El vegetal se come la tierra, el buey y la oveja al vegetal, nosotros al buey y á la oveja; seres invisibles, que llamamos la muerte ó la nada, se nos comen á nosotros; en la escala de la vida unas criaturas no sirven más que para roer á las otras criaturas; y el Universo es un inmenso pólipo con un estómago inmenso, ó si quereis una imágen más clásica, un catafalco sobre el cual arde el sol como una antorcha funeraria, y está levantada, como una estátua eterna, la fatalidad. Nacen unos pacientes porque tienen mucha linfa, otros héroes porque tienen mucha sangre, otros pensadores porque tienen mucha bílis, otros poetas porque tienen muy agitados los nervios; pero todos mueren de sus propias cualidades, y todos viven lo que duran sus entrañas, su corazon, su cerebro, su espinal dorsal, para recostarse definitivamente todos en la nada. Lo que creemos virtudes ó vicios son tendencias del organismo; lo que creemos fe, algunas gotas de sangre ménos

en las venas ó algunas cóleras más en el hígado, ó algunos átomos de fósforo en los huesos; y lo que creemos inmortalidad, una ilusion; sólo hay de real, de seguro, la muerte; y la historia humana es una procesion de sombras que pasan como los murciélagos entre el dia y la noche, para caer todas, unas tras otras, en ese abismo oscuro, vacío, insondable, que se llama la nada, atmósfera única del Universo.

¡Oh! No, no. Yo no puedo creer esto. Las maldades humanas jamas lograrán oscurecer en mi alma las verdades divinas. Yo, como distingo el bien del mal, distingo la muerte de la inmortalidad. Yo creo en Dios y en una vision de Dios sobre otro mundo mejor. Yo me dejo aquí mi cuerpo, como una armadura que me fatiga, para continuar mi infinita ascension á las altas cimas bañadas por la luz eterna. Es verdad que hay muerte, pero tambien es verdad que hay alma; contra la realidad, que me quiere envolver en su capa de plomo, tengo el fuego del pensamiento; y contra el fatalismo, que quiere apresarme en sus cadenas, tengo la potencia de la libertad. La historia es una résurreccion. Los bárbaros habian enterrado las antiguas estátuas griegas, y hélas ahí vivas en un Cementerio, engendrando generaciones inmortales de artistas con besos de sus frios labios de mármol. Italia estaba muerta

como Julietta; cada generacion arrojaba una paletada de tierra sobre su cadáver y ponia una flor sobre su corona mortuoria, é Italia ha resucitado. Hoy los tiranos cantan el *Dies iræ* sobre los campos donde están separados los miembros de Polonia. Pero ya veréis la humanidad venir, recoger los huesos que mondan con sus acerados picos buitres del Neva, y renacer Polonia como una estátua de la fe, con la cruz en los brazos, sobre sus antiguos altares. Yo he sentido siempre la inmortalidad en los cementerios. Yo la siento más todavía en este Cementerio de Pisa, henchido de tanta vida, poblado de tantos seres inmortales que destilan inspiracion, y por consecuencia inmortalidad, como los troncos de las seculares encinas, cuando los pueblan las abejas, destilan miel.

Insensiblemente la noche caia sobre nosotros. El sepulturero acabó su trabajo y cesó en sus golpes. El guardian vino á rogarme que saliera. Pero yo me dí traza para conseguir que me dejára allí una hora más en el seno de la noche y de las sombras. Yo esperaba sumergirme en la tristeza de la nada, anticiparme en aquel lugar de silencio el descanso eterno por una contemplacion de la tierra mortuoria, donde duermen olvidadas tantas generaciones. Allí me quedé apoyado en una tumba, reposando la frente agobiada sobre el mármol de una ojiva, los ojos fijos en el

cuadro de la muerte y en los vestiglos del Juicio Universal, iluminados por los últimos resplandores del crepúsculo, aguardando las tristezas mayores que debia traerme la oscuridad de la noche. Pero no; fresca brisa vino como á despertarme de mis sombríos ensueños; las flores de Mayo levantaron sus corolas, ántes agobiadas por el calor del dia; un aroma penetrante, embriagador, llenò de vida se esparció por los aires; las luciérnagas voladoras comenzaron á discurrir entre las sombras del claustro y las líneas de las tumbas como estrellas errantes, miéntras la luna llena salia por el horizonte nadando majestuosa en el éter, cubriendo con sus gasas la frente de las estátuas funerarias; y un ruiseñor, oculto en el espeso ramaje de los altos cipreses, entonaba su cancion de amor, como una serenata á los muertos y una plegaria á los cielos.

VENECIA.

La noche avanzaba sobre nosotros en el momento en que atrevesábamos la campiña de Pádua dirigiéndonos á Venecia. El cielo estaba nublado, y á intervalos, entre los nubarrones, lucian algunos pedazos serenos, de extraordinaria limpidez, en los cuales nadaban las primeras estrellas de la tarde. Pero en el borde del horizonte, hácia la extremidad Norte, del lado de las montañas, las nubes relampagueaban, miéntras en el otro borde, hácia la extremidad Sur, del lado del mar, franjas de púrpura formadas por los vapores del lago y los últimos destellos del dia daban tinte cobrizo á los objetos, fantásticas apariencias á la naturaleza, como si la region que íbamos á visitar quisiese satisfacer todos nuestros deseos y premiar todos nuestros amores por ella, revelándose entre los misterios del más sublime de los crepúsculos. Sin embargo, mi impaciencia era infinita. Observaba que la vegetacion se extinguia, que comenzaban canales desecados, lle-

nos de lodo, sobre cuyos bordes crecian tristemente algunas plantas marinas; pero por más que sacaba de mi wagon la cabeza para mirar al punto final de nuestra carrera, no veia ni la soñada laguna ni la querida ciudad, como si huyeran á mi anhelo y se esquiváran á mi deseo. Tengo tal idea de la fragilidad de esa hermosa Venecia, combatida de contínuo por los vientos y las aguas, que temia pudiera desaparecer ántes de serme permitido verla, y se encerrára en la concha marina en que nació, como un milagro vivo de la historia humana.

Siempre recordaré el dia en que por vez primera vi la Alhambra. Corrí á buscarla , sin guía, sin ningun compañero, deseando un coloquio á solas, como todos los coloquios de amor, con la maga del Oriente perdida en nuestras montañas. Yo atravesé una puerta que no recuerdo, porque apénas la advertí. Yo vi á la izquierda una magnífica fuente del Renacimiento, que no respondia en nada ni á mi deseo ni á mi idea. Yo me perdí en las soberbias alamedas mecidas por el viento matinal, iluminadas por el espléndido sol de Granada, que deslizando á duras penas sus rayos entre el follaje, formaba en el suelo como un arabesco de luz y de sombras. Yo vi aquella magnífica puerta judiciaria, inclinada sobre una cuesta, y en cuya arquitectura el árabe, sin perder

su gracia, ha tomado toda la solemnidad del gótico. Yo entré creyendo encontrar en pos de aquella puerta el palacio. No estaba; sólo vi una plaza de armas y un altar de la Edad Media ante el cual ardia una lámpara. En torno mio se desplegaba larga fila de torreones; en medio de la gran plaza un palacio del siglo XVI, bellísimo, pero en pugna con todo cuanto yo soñaba; y á lo léjos, sobre una colina sembrada de laureles, dibujaba sus miradores, semejantes á blancos minaretes, el oriental Generalife. Yo buscaba la Alhambra, el palacio, la mágica gruta de estalactitas empapada en los fuertes colores asiáticos, donde se extinguieron, como odaliscas, en el placer, á fines del siglo décimoquinto, los que vinieron como leones á la conquista á principios del siglo octavo. Pero ninguna de las numerosas puertas á que llamé era la puerta de la Alhambra. Temia que un genio, una hechicera, de las que la magia de la Edad Media ha dejado en los bosques, bien diferentes por cierto de las hermosísimas diosas con que los pobló la clásica antigüedad, hubiera robado en aquella misma noche la Alhambra, continuamente amenazada de muerte, para burlarse de mi anhelo. Nacemos y vivimos tan desgraciados, que nos parece mentira el cumplimiento de un deseo, mentira la realizacion de una esperanza, como si triste experiencia nos

hubiera enseñado que solamente es en el mundo verdad el dolor.

Así, en aquel momento, yo dudaba de la proximidad de Venecia, ó temia que Venecia hubiera desaparecido para mí. Al fin nos paramos en Mestres, á las puertas de la gran laguna veneciana. El aire nos trasmitia el eco de sus campanas, que tocaban el Angellus, y que nos recordaban la emocion sublime de Byron, cuando una tarde creyó ver al conjuro de esos mismos ecos, por los bordes del horizonte, deslizándose sobre las aguas, como las estrellas del cielo, á la Madre del Verbo, calzada por la luna, y con la misteriosa blanca paloma batiendo las alas sobre su frente en aquella hora sublime de la oracion y del amor. Era verdad que iba á ver á Venecia. ¡Cuántas veces, en las largas horas de las noches de invierno, para pasar la uniforme velada de los pueblos, mi madre, que amaba mucho las letras, me habia contado misteriosas historias venecianas á la usanza de principios del siglo: la decapitacion de Marino Faliero, el destierro del jóven Foscari, el heroismo inmortal de Dandolo, la salvaje pasion de Otelo, el esplendor de sus banquetes inmortalizados por Pablo Veronés, los desposorios del Dux con las aguas de los mares en la góndola recamada de brocados y movida por remos de oro, la tristeza infinita del último de sus

magistrados, cuando se desmayó al firmar el protocolo que entregaba su patria al austriaco, por un criminal error de Napoleon; todas estas sencillas narraciones, medio históricas, medio legendarias, en que siempre se dibujaban algunos espías ó algunos calabozos para inspirar el terror trágico; algunas sesiones del Consejo de los Diez para sostener el interés dramático, y alguna enseñanza moral para fortificar estas dos ideas á cuyo culto no renunciaré nunca: la libertad y la patria.

Despues, levantándome por una de esas transiciones tan naturales á otros recuerdos, veia en mi mente la Venecia histórica; aquellos nobles hijos de la antigua civilizacion, sacerdotes de sus últimos lares, cortejo fúnebre de sus últimos dias, que vencieron á la fatalidad, salvándose en las inhabitables lagunas de las irrupciones de Atila y sus feroces hunnos, para conservar en una ciudad misteriosa, única, anclada como hermosa nave á las puertas de Grecia, sus libertades clásicas, que los llevaron á luchar con las olas cuando la sociedad se perdia en los claustros; á extender el trabajo y el comercio como una redencion cuando en los terrores del siglo décimo los brazos más fuertes caian desmayados aguardando el fin del mundo como una necesidad y el juicio universal como un castigo; y por último, á re-

unir y atesorar en sus muelles, en sus canales, en sus palacios cincelados por todos los prodigios de la escultura; en sus monumentos públicos, singulares por la majestad y por la belleza, decorados por una fiesta contínua de colores y de matices; en sus trofeos de mármoles y bronces, los restos de tres civilizaciones perdidas en una serie de infinitos naufragios; siendo así Venecia asiática y griega, romana y bizantina, nunca germánica, la síntesis de tres edades mayores de la historia, la piedra preciosa del anillo nupcial con que se desposaron el Oriente, el mundo de los misterios, y Europa, la tierra de la nueva vida, de la nueva civilizacion.

Y como no es posible renunciar ni á la nacion ni á la raza á que pertenecemos, yo, español, sentia en aquel momento agolparse á mi memoria los recuerdos históricos de los servicios prestados á la civilizacion por Venecia y España, unidas en memorable cruzada marítima. Un dia la media luna llegó hasta Constantinopla. Los bizantinos, los griegos, cayeron unos en pos de otros bajo la cimitarra de los turcos, cuyo filo brillaba siniestramente sobre Venecia. Las islas iban á ser cautivas, sus hijos remeros en las galeras del turco, el Mediterráneo, el mar de la civilizacion, un lago de los serrallos orientales. Pero las naves de Barcelona, de Valencia, de Cá-

diz, de las ciudades españolas, se unieron con las naves de Génova y de Venecia, y marcharon á detener el turco, y consiguieron aquella insigne victoria de Lepanto, en que las olas se ensangrentaron hasta enrojecerse, é hirvieron bajo el fuego de los cañones; pero en que el fatalismo retrocedió en su carrera devastadora ante la fuerza y la civilizacion de Occidente.

Pero sobre todo, iba á ver la ciudad, por la cual hemos tenido tantos dolores, tantas tristezas en su largo cautiverio de este siglo. ¡Cuántas veces se nos ha aparecido en sueños, rodeada de sus islas, como Niobe de sus hijas heridas, maldiciendo á los hombres que no la socorrian, y desesperando de la justicia de Dios que toleraba su opresion! ¡Cuántas veces hemos creido oir en los misteriosos ecos con que la resonancia de las playas repite el rumor de las olas del Mediterráneo, un largo lamento de Venecia! ¡Cuántas hemos creido que era posible verla en su dolor un dia arrojarse, como Ofelia, á sus lagunas, y desaparecer entre las aguas con su doble corona de mármol y de algas en la frente, y su melancólico último cántico en los labios! Venecia era para nosotros una Ciudad-Cristo suspendida á su infame suplicio por los cuatro grandes clavos del Cuadrilátero. Venecia habia perdido aquellas coronas de perlas, aquellas túnicas de terciopelo, aquellas

naves de oro, aquellos leones de bronce con ojos de diamante, aquellos cocodrilos de esmeraldas y rubíes, aquellas infinitas preseas con que la ornaron los genios privilegiados de sus pintores, y sólo mostraba sus fragmentos ruinosos de mármol ennegrecido por la lluvia de sus lágrimas, como un mendigo enseña sus huesos cubiertos de rugosa piel al través de los harapos. La historia de este martirio, el lamento de su pasada servidumbre, las infinitas elegías lloradas por tantos poetas, por tantos oradores ilustres sobre el calabozo de Venecia; todos estos recuerdos se entrechocaban en mi mente, aumentando la emocion producida en mi alma á la vista de aquellos misteriosos parajes ilustrados por el heroismo y por el genio.

Miéntras rodaban todas estas ideas por mi cabeza, penetraba el tren en la laguna de San Márcos. El cielo, como he dicho, de un lado claro, brillantísimo; de otro oscuro, si bien relampagueante; á intervalos cubierto de nubes ú ornado de estrellas, tenía un aspecto de tal manera singular, que no me cansaba de contemplarlo, pidiéndole su luz para embeberme en aquel espectáculo, objeto de tantos deseos, asunto de tantos ensueños. La inmensa laguna que áun conservaba algo en su tranquila superficie de la claridad del dia, brillaba en toda la extension del vastí-

simo horizonte como un inmenso espejo atravesado por fajas, ya de ópalos allí donde se reflejaban las estrellas, ó ya de amatistas allí donde se reflejaban las nubes, encendiéndose de vez en cuando por siniestra manera al latigazo del relámpago. La humareda de la locomotora, el aliento de los lagos, las nubes sobre nuestras cabezas, las aguas bajo nuestros piés y en toda la inmensa extension descubierta por la vista, nos hacian creer que nos hallábamos fuera de la tierra, ó cruzando en el lomo de algun mónstruo regiones ignotas de la atmósfera. Entre los dudosos resplandores, entre las inciertas sombras, como dibujados fantásticamente en oscuro espejismo, descubríanse los edificios de Venecia, aquí y allá iluminados por pálidas luces. Si no hubiera sabido que era Venecia, creyéralos, al verlos surgir como por encanto de las aguas, sostenerse entre la superficie líquida y el fluido del aire sin tocar visiblemente por ningun lado á la tierra, una ciudad flotante, una nómada caravana marítima, presidida por algun dios de las olas, y por aquel momento refugiada en el tranquilo seno de la celeste laguna adriática ¡Qué armonía de colores á pesar de la noche! Ya tiemblan las estrellas en la ligera ondulacion; ya las plantas marinas dan algunos toques sombríos; ya un faro finge en su reflejo serpientes de topacios; ya el remo de una

barca despide gotas de luz, produce como llamaradas de fósforo, deja estelas blanquísimas semejantes á la Vía Láctea; ya de un lado las sombras de los edificios, espesando la oscuridad, extienden festones de azabache, miéntras de otro lado alguna nube, perdida por el ocaso y que áun absorbe, como una esponja aerea, los últimos matices del sol ausente, los destila sobre raros puntos como una llovizna de púrpura; todo realzado por las gasas misteriosas y por los espléndidos reflejos que los vapores del aire y los cambiantes del lago dan por doquier á este mundo casi ideal de no soñados encantos.

Por fin el tren se detiene. Las formalidades de entregar los billetes y recoger los equipajes molestan de una manera indecible en la natural impaciencia. Quisierais ser pez ó ave para llegar al agua y al aire de Venecia sin esas cargas de baules y sombrereras á que os obliga la nativa debilidad humana. Pisais aquellos muelles besados eternamente por las aguas. Larga fila de negras góndolas, ligeras, esbeltas, os aguardan. Escogeis maquinalmente la primera, sin curaros ni de la forma ni del precio de aquel viaje, como si todas las condiciones de la vida económica hubieran de perturbarse allí donde cambian casi todas las condiciones de la vida vulgar de las ciudades antiguas y modernas. Dais la direccion

de vuestro proyectado albergue, y sentís por un movimiento casi imperceptible que os deslizais sobre las aguas. Apodérase del alma un gran sentimiento de tristeza. La góndola, mal iluminada por un pequeño farolito puesto en el fondo, y conducida por dos hombres, cada cual de pié á cada uno de sus extremos, parece ya un ataud, ya un cetáceo, ya un cisne negro, ya una luciérnaga fantástica, ya el cadáver de una de las antiguas sirenas del Adriático en sombra convertido, que os arrastra á las cavernas profundas de los profundos senos del Océano. Como venís deslumbrado por la claridad de la resplandeciente laguna, creeis entrar en una region de tinieblas. Las aguas tienen una oscuridad indefinible por lo espesas. Parecen realmente bituminosas. Los fuertes muros de los altos monumentos acrecientan la noche. Los faroles, colocados á largas distancias, sólo sirven como de ligero contraste para conocer mejor la negra y general oscuridad. Venecia tiene calles de tierra y calles de agua. Las calles de agua no están iluminadas. Solamente la blanquecina fosforescencia de la estela, ó el débil resplandor de una ventana, ó el mustio farolito de una muda góndola que pasa á vuestro lado, ó el reverbero de una esquina apartada, alumbran aquel tortuoso laberinto de piedras y de rejas y de puentes y de palos destinados á atar

las góndolas; especie de grandes árboles acuáticos, pero sin ramas, sin hojas, tristes y secos. La ciudad parece inhabitada. De vez en cuando pasan sobre los arcos de los puentes algunos viandantes como sombras de las sombras. El silencio es sepulcral. Sólo oís el grito del gondolero que avisa á sus camaradas para que las góndolas no choquen. Este grito, por todas partes repetido, es ágrio y agudo como el grito de las aves marítimas. El verde limo que sale á la superficie de los canales flota á intervalos y lo tomais por un cadáver. La puerta de un palacio gira sobre sus goznes, algunas personas bajan silenciosas por sus escaleras de mármol y se instalan en sus góndolas. ¡Oh! Las tomaríais por habitantes de un panteon que van á dormir sobre un ataud. De pronto salís al gran canal, respirais brisa más fresca y más libre, veis á la luz de las estrellas fustes de estriadas columnas, plintos y bases que salen del agua, rosetones góticos, ajimeces árabes, ventanas bizantinas, arcos del Renacimiento; pero la góndola corre de nuevo á perderse en el laberinto de los estrechos callejones, y aquella decoracion mágica desaparece en la realidad, como las horas rápidas del placer en las tristezas eternas de la vida.

El camino desde la estacion á nuestro albergue era larguísimo. Los gondoleros continuaban de

pié á cada lado de la góndola impulsándola con sus sendos largos remos y repitiendo sus agudos gritos. A cada paso una esquina, sobre cada esquina un puente, al pié del puente y á las puertas de la casa las escaleras de mármol, sobre el último blanco escalon el agua verdinegra, y bajo los arcos del puente y junto á las graderías blancas, las góndolas negras cubiertas con sus largos paños pardos semejantes á los paños de un catafalco. El objeto más necesario á la vida veneciana es la góndola, y la góndola es tambien el objeto más triste. Imaginaos una elipse de madera negra con varios relieves; á uno de los extremos grande alabarda dentada, cuyo acero brilla siniestramente, y al otro extremo una especie de pequeña cola retorcida; en el centro, como antigua tartana de Valencia, el sitio de reposo, forrado por dentro de terciopelo negro, por fuera de paño negro con borlas de seda, lleno de mullidos cojines de tafilete, cerrado por cuatro ventanas, con cuyos cristales, con cuyas cortinas, con cuyas persianas podeis comunicaros ó incomunicaros á voluntad; todo oscuro, todo triste, todo misterioso, todo romántico, invitando la vida á las aventuras, la imaginacion á las leyendas, pues unas y otras se desprenden como consecuencia natural de todo cuanto os rodea, y sobre todo, de vuestra inseparable compañera, la silenciosa

góndola. Así Roma es la ciudad sublime, Nápoles la ciudad placentera, Florencia la ciudad académica, Liorna la ciudad mercantil, Pisa la ciudad muerta, Bolonia la ciudad música, Milan la ciudad civil, y Venecia la ciudad romántica. El Moro y el Mercader de Shakspeare, el Angello de Víctor Hugo, los dramas de Byron, han sido inspirados por estas sombras, y tienen aquí, en estas góndolas, sus misteriosas cunas.

Hoy Venecia reune á la poesía de sus artes la poesía de sus recuerdos, y á la poesía de sus recuerdos la poesía de sus tristezas. Los palacios se caen, las estátuas bajan á pedazos de sus pedestales, las rientes figuras de sus cuadros se van como las mariposas al soplo del invierno. La herida que le causó el cambio del movimiento humano hácia otras regiones, por la aparicion de América en el mundo y el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, esa herida que mató su comercio, no ha podido ser curada por su reciente libertad, porque la libertad no puede destruir las fatalidades geográficas. Venecia se muere. Sólo que en vez de morir como una prostituta en los calabozos austriacos, muere como una matrona en el seno de su hogar y rodeada de sus hijos. Venecia cayó al pié de la cuna de América, como Ifigenia al pié de la cuna de Grecia. Los caminos de la humanidad están sembrados de víc-

timas, y el progreso no se exceptúa de esta ley necesaria. La vida se alimenta de la muerte. Pero no es por eso ménos triste ver morir una ciudad cuyos Dux tuvieron la corona imperial de Bizancio tantas veces en las manos, y la rechazaron por el gorro frigio de la vieja república; ver morir una ciudad cuya bandera ahuyentó á los turcos y despertó las fuerzas del comercio y del trabajo; ver morir una ciudad cuyas libertades son las más antiguas en la era cristiana, y que ella sola ha sido la Inglaterra de la Edad Media; ver morir á una ciudad que en sus copas de cristal, en sus banquetes báquicos, en sus voluptuosas serenatas, en sus sensuales cánticos, en sus guirnaldas de coral y algas trajo disuelto á nuestra vida el aroma inmortal del Renacimiento. ¡Cómo sentia en aquel viaje por las calles de Venecia no ser poeta, orador ni escritor de algun mérito para lamentar con elocuencia la muerte de esta ciudad única en el mundo! Ideas de luto y desolacion solamente me habian inspirado los ataudes flotantes, los palacios sombríos, las magníficas ventanas medio destrozadas, los monumentos medio ruinosos, el tortuosísimo laberinto de calles estrechas y de canales oscuros, las sombras que se dibujaban en los altos puentes, las separadas piedras de mármol lamidas por las olas, el ruido del agua, que parecia una lágrima cayendo sobre

otra lágrima, y los gritos de los gondoleros que parecian un lamento repetido por otro lamento.

Pero en esto llegamos al gran canal, frente á la iglesia de la Salud, donde íbamos á alojarnos, muy cerca de la piazzetta de San Márcos. Su anchura es allí la anchura de un brazo de mar. Sus aguas son claras como si lleváran disuelta la luz del dia. La fosforescencia que dejan los remos y la quilla dibujan por doquier largas cintas blanquecinas como rayos de luna. Al desembocar nosotros de los pequeños canales en aquella grande extension, várias góndolas se dirigian al Rialto iluminadas por faroles venecianos, sólo comparables á guirnaldas de luminosas flores. Esta mágica iluminacion resaltaba en la oscuridad de la noche y se repetia en la trasparencia de las aguas. De las góndolas salia un coro armoniosísimo, solemne, acompañado por excelente música; acordes misteriosamente engrandecidos y dulcificados por la sonoridad del aire y de las lagunas. Despues de haber pasado aquella travesía, despues de haber hecho por la red infinita de canales aquel viaje, en que Venecia semejaba una de esas místicas ciudades pintadas por los artistas de la Edad Media en las paredes de los cementerios para representar el Infierno, al verme en el gran canal, en aquella larga serie de monumentos sobre el agua trasparente, bajo el cielo clarísimo,

descubriendo las iglesias de blanco mármol iluminadas como grandes montañas de nieve por los rayos de los astros, contemplando las góndolas que se deslizaban rápidamente, festin flotante consagrado al arte, oyendo aquella música, aquella armonía deliciosa en alas de los vientos de la misteriosa laguna, creíme en la antigua Venecia, en la que traia la riqueza y los colores de Oriente, en la que escuchaba las serenatas de Leonardo de Vinci, en la que prestaba los matices del íris á la paleta de Ticiano, en la que se reia con la carcajada de Aretino, en la que llevaba, como un esclavo, el imperio de Constantino á sus piés, y como una compañera á su lado, Grecia, la tierra de los poetas. Pero la serenata pasó, las luces se perdieron pronto en los recodos del canal, sumergióse la laguna en su profundo silencio, y las torres de las iglesias vecinas dieron el toque de Animas con elegíaco lamento.

Al dia siguiente faltábame el tiempo para ver Venecia. Confieso que una de las artes á mis ojos más maravillosa y expresiva, es la arquitectura. Sus piedras, reguladas por las ideas, como las notas de un cántico ó como los miembros de un discurso, me inspiran siempre, cuando aciertan con sus armonías á expresar la belleza, un placer purísimo, intelectual. Las grandes líneas, los dilatados espacios, los ambiciosos arcos, las aéreas

rotondas, las columnas con sus adornos, las galerías con sus léjos, los patios y los claustros, sumergen á la mente en profundas meditaciones y expresan siempre el genio del siglo con su carácter simbólico. Yo gusto mucho de la arquitectura griega, de su sobriedad, de su austera sencillez, de su gracia infinita, de la facilidad con que expresa grandes ideas con pocos medios y llega á la hermosura sin violentar sus formas, poniendo un ligero friso, cuadrado, sobre cuatro frentes de intercolumnios, cuyas armonías son tales, que puede decirse cantan como un coro. Yo admiro tambien á los romanos, que sobrepusieron los tres géneros de la arquitectura en sus monumentos, como sobrepusieron las tres edades de la historia en su civilizacion y en sus códigos. Yo no olvidaré nunca la rotonda del panteon donde espiró el paganismo; ni los arcos triunfales, puertas magníficas de la nueva edad del mundo. Sobre todo, lo que el arte antiguo me inspira siempre es un culto infinito á la sencillez de las formas y á la naturalidad de la expresion. Pero este entusiasmo por el arte antiguo no excluye la admiracion por todos los géneros bellos de arquitectura. No hay cosa peor que el exclusivismo en las artes. Los arquitectos del pasado siglo, en su ódio por el gótico, llegaron, áun los de más gusto, á construir unos edificios grandes, pero mudos; más

que severos, rígidos, con toda la rigidez de la muerte. Hay arquitecturas que se distinguen por su sabiduría, por su perfecta sujecion á las leyes de la estática. Tales son la griega y la romana. Han pasado sobre ellas los siglos y ese otro elemento más devastador todavía que los siglos, las cóleras de los hombres; pero se han estrellado contra su imperturbable firmeza. Hay, sin embargo, arquitecturas que se distinguen por su expresion. Tales son la oriental y la gótica. Venecia se parece á Granada, en que Venecia tiene una arquitectura propia, exclusiva, nacida de sus particulares circunstancias históricas y del ministerio único representado por ella entre el Oriente y el Occidente. Así como los granadinos, conservando siempre aquel carácter árabe que llegó á su perfeccion en la aljama de Córdoba, se acercaban al gótico; los venecianos, conservando el carácter bizantino y gótico, general en la Edad Media, le arrojaban encima como un velo de oro las ricas preseas del Oriente. Así ha creado Venecia esa serie de monumentos que son el prodigio de los prodigios, por su variedad y por su riqueza. Si vais á examinarlos con el Vitrubio en la mano, con las reglas de Vignola en la mente, llevando la escuadra y el compás, sometiéndolos á un exámen matemático, demandándoles obediencia ciega á las leyes de la estática, pronto á in-

dignaros si veis que una galería está sostenida por un armazon de hierro, que una columna gruesa está sobrepuesta á una columna ligera como riéndose de los principios generales de la gravedad física, que una mole de mármol pesa, siendo como una montaña, sobre el encaje de una galería aérea y ligerísima; si ante todo y sobre todo poneis las matemáticas, no os pareis delante de esos edificios de la Edad Media, que ante todo y sobre todo ponen la riqueza de la expresion, riqueza grande, inverosímil, como son inverosímiles todas las hipérboles, pero en realidad muy bella. ¡Cómo influye en las artes el medio en que se desarrollan! Venecia es una maga que obliga á los artistas á seguirla y les imprime su beso de fuego en la frente. Los arquitectos del siglo décimoquinto construyen edificios severos en Roma, al mismo tiempo que el gótico florido abre sus calados rosetones en toda Europa como las primeras flores del Abril del Renacimiento. Y los arquitectos de Venecia, á fines del siglo décimosexto y principios del siglo décimoséptimo, cuando el arte clásico todo lo ha avasallado, sin dejar de seguir su influjo, coronan los frisos de sus monumentos, las cúspides de sus torres, las azoteas de sus palacios con joyas y cinceladuras, esmaltadas siempre por el oriental carácter veneciano.

Salgamos, pues, á contemplar á Venecia. Nues-

tra góndola se desliza por el gran canal. Las aguas tienen un verde-esmeralda, el cielo un azul-turquesa, los bancos de arena un brillo de oro, las casas de las cercanas islas un esmalte de coral-rosa, y las iglesias de mármol una trasparencia tan extraordinaria que parecen iglesias de cristal: bruñe el sol todos los objetos con sus rayos, esos pinceles de la naturaleza, y la brisa cargada con los aromas de la primavera, con las salinas exhalaciones del mar, perfumada y picante, os convida con sus voluptuosos besos á la infinita alegría de vivir. No tenemos tiempo de mirar ese gran canal que los pintores venecianos, reproduciéndolo de todas maneras, desde los albores de la escuela con Carpacio hasta su extincion con Canalletto, han impreso indeleblemente en las retinas de los amadores del arte. Sólo es dado ver con una rápida ojeada que desde los edificios pesados bizantinos, hasta los edificios elegantes del siglo décimosexto; y desde los elegantes del siglo décimosexto hasta los abigarrados de la decadencia, unidos á monumentos góticos de todo género, ornados con guirnaldas sirias y árabes, la historia del arte se apiña en dos largos muros de mármol á uno y otro lado del canal, realzada por los reflejos del agua y por las tintas del cielo. En cada ciudad buscais primero un monumento, un punto. En Sevilla la catedral, en Granada la Al-

hambra, en Córdoba la mezquita, en Roma el Coliseo, en Nápoles el Vesubio, en Pisa el Cementerio, en Florencia la plaza de la Señoría, y en Venecia la plaza de San Márcos. Llegamos al pié de su magnífica escalera. Nos detenemos extasiados. No es posible pintar á Venecia. La palabra humana carece de bastantes matices para tan rico cuadro. Yo no lo intento siquiera. Se necesita ver, y sentir, y admirar, y empapar en aquellos colores los ojos, y absorber por todos los poros aquella vida, y luégo callarse.

Nunca he deplorado tanto el compromiso contraido con mis lectores, á cuya inagotable bondad voy á faltar, encontrándome con este soberbio paisaje ante los ojos y esta humilde pluma en las manos. En primer término, el lago, espléndidamente iluminado por el cielo y el sol, que lo borda con sus rayos; al Norte la desembocadura del gran canal con sus varios y ricos edificios; al extremo derecho de la desembocadura la marmórea iglesia de la Salud, cuyas blancas rotondas se dibujan maravillosamente en la nitidez del aire; ante esta iglesia, levantada en torre graciosa una grande esfera de bronce dorado y en su polo un ángel de bronce oscuro; á la desembocadura izquierda, una terraza de jaspe sobre la cual ostenta sus flores primaverales, ameno, aunque estrecho jardin, poblado de mariposas; en el centro

la piazzetta, el palacio de Sansovino, cincelado como un escudo de Cellini y rematado por un coro de estátuas; el palacio de los Dux, al otro lado, descansando su mole de mármol rojo y blanco sobre una doble galería de arcos góticos entrelazados por un juego de caprichosos rosetones, y recamados en el chapitel de sus columnas con esculturas bizantinas, que se armonizan y se enlazan de una manera admirable con la diadema de agudos triángulos y los airosos campanarios de la cima; ante estos dos monumentos, las dos columnas de granito oriental, dos monolitos colosales, y encima el cocodrilo de San Teodoro y el leon de San Márcos, que parecen exhalar el huracan de sus abiertas fauces; en el fondo, al lado izquierdo, el Campanile, alto y airoso como nuestra Giralda, calzado por una tribuna maravillosamente esculpida, y coronado por un ángel que alza sobre su aguda aguja las alas de oro á lo infinito; al mismo fondo, en el lado derecho, la Basílica, oriental, gótica, griega, bizantina, árabe, mezcla de todas las arquitecturas, resúmen de todas las épocas, con sus arcos azules sembrados de estrellas, sus columnas de todos los jaspes, sus estátuas y sus bizarros campanarios, los cuatro caballos de corinto sobre la puerta, los mosáicos de cristales venecianos en los huecos, de cuyo áureo cielo se destacan maravillosas figuras de

todos colores, las rotondas en la cima, breves copias de las rotondas de Santa Sofía como una aparicion del Asia; y en las vastas proporciones de aquel paisaje, el muelle de los esclavones lleno de navíos, realzado por los pintorescos trajes de los turcos y de los griegos, por la gran multitud veneciana que en aquella vastísima calle desemboca; más léjos todavía las islas de San Jorge Mayor con su iglesia de color de rosa y blanco; la Giudecca, con sus edificios empapados en todos los matices del íris; San Lázaro con su convento armenio, cuya torre oriental parece la vela rizada de un gran navío, el Lido poblado de bosques, que tocan las aguas con sus ramas y llenan los ruiseñores con sus cantares; los jardines como islas flotantes, como canastillos gigantescos de flores confiados al agua; todo atravesado por las gasas celestes de los canales, todo variadísimo, por el color ya dorado, ya argentado de los bancos de arena, todo animado por el contraste de las blancas velas latinas que entran y salen con las negras góndolas venecianas que por do quier se deslizan, todo arrullado por las ondas del Adriático; al lejano Occidente los Alpes, que bajan como un ejército de gigantes pirámides celestes, y en el lejano Oriente, como una música eterna, el viento que viene desde las playas de Grecia. No hay nada igual en el mundo.

¡Cuántas hermosas ciudades hemos recorrido en Italia! Cada una tiene su maravilla, y cada maravilla su carácter. Cuando vais de Roma á Nápoles, no os parece hallaros en otra tierra, sino en otro planeta. El cementerio de Pisa y el cementerio de Bolonia son magníficos; pero hay entre ellos tanta distancia como entre el panteon de Agripa y la catedral de Milan. De Florencia á Pisa vais en dos horas, de Pisa á Liorna en media; y cada una tiene abismos de diferencia en sus calles, en sus monumentos. La magnífica torre inclinada de Pisa parece hecha á millares de leguas del lugar donde se alza la divina rotonda de Santa María dei Fiori de Florencia. Cada una de estas ciudades ostenta su escuela especial de pintura y su especialísimo carácter de arquitectura. Cada una de ellas engendra un genio que le devuelve, en cambio del regalo de la vida, el regalo de la inmortalidad. Pisa tiene á Nicolas, que ha adornado con dos siglos de anticipacion el Renacimiento, haciendo florecer bajo su cincel los mármoles; Bolonia tiene á Juan, que detiene un momento la decadencia de la escultura; Fiezzolli tiene á Fra Angellico, que pinta los ángeles con la misma facilidad con que Platon describe las ideas puras, y de rodillas ante las Vírgenes salidas de su pincel, entre los límites de

dos siglos, como el décimocuarto y el décimoquinto, que son los límites de dos mundos, simboliza el fin de las edades místicas; Venecia es la madre del Ticiano, Verona de Pablo Cagriari, Florencia de Miguel Angel, y Roma puede llamarse, por las loggias, las estancias, la transfiguracion, las sibilas, la Galatea de la Farnesina, la Madona de Foligno y el Isaias, la capital de Rafael.—¿De dónde proviene esta grandeza?—De la descentralizacion de sus gobiernos, de la libertad de sus repúblicas, de la independencia municipal. Sólo hay en la historia una época superior á su época, un pueblo más ilustre que sus pueblos, Grecia. Pero el secreto de su grandeza está en la misma causa que el secreto de la grandeza de Italia. Miguel Angel es uno de esos titanes que llevan en sus piés las heridas de las moles calcinadas, puestas unas sobre otras para escalar al cielo, y en sus frentes las heridas de las tempestades que han atravesado, buscando solitarios por las regiones superiores de la atmósfera lo infinito. Pues bien; Miguel Angel, cuando vió morir la libertad en su patria, cinceló una figura hermosísima pero triste, le puso la perfeccion griega en las formas, el dolor cristiano en la frente, le cerró los ojos, le extendió sobre un sepulcro y le llamó la noche. La ausencia de la libertad

fué la muerte de Venecia, la muerte de Milan, la muerte de Pisa, la noche de Italia. Por todas partes se encuentra en la geología de la sociedad á la libertad, como en la geología del planeta á Dios.

EN LAS LAGUNAS.....

Al fin tenemos luz, ese flúido sólo comparable al pensamiento, en que esclarece y vivifica. Aquí me baño en el éter desprendido de un cielo sin nubes y reflejado por un lago sin sombras. Yo quisiera ver mi interior, mi espíritu, con el plástico relieve que toman á esta luz oriental todas las cosas. Nosotros mismos somos lo más oscuro y lo más incomprensible que existe en la creacion. ¿Por qué no habia de ser mi razon tan clara como el sol? Despues de todo, la luz del gran astro se perderia, como música no oida, si no iluminase la humana frente. ¿Por qué no habia de ser mi espíritu tan diáfano como estas aguas celestes, en cuyos espejos se repiten con todas sus asiáticas cresterías, con todos sus adornos ó todas sus grecas los edificios de Venecia? Despues de todo, el Universo sería como un libro cerrado y en blanco, si no llenase sus páginas de ideas el humano espíritu. ¿Por qué los horizontes de mi pensamiento no habian de tener el mismo esplen-

dor de estos horizontes? Sombras de sombras serian todas las cosas si no las animasen de un alma las ideas. Quitad el espíritu del planeta, y decidme despues para quién cantarian las aves que ahora gorjean en los árboles cuyas ramas tocan las aguas, y para quién exhalarian su incienso esas flores que ahora beben la savia embriagadora de la primavera. Las cosas serian, sin las ideas, jeroglíficos sin lectores ni intérpretes. El Universo sin espíritu sería, cuando ménos, un teatro sin actores. Pero el espíritu, ¿qué luz interior tiene?

Yo no conozco en la historia ninguna época de tanta angustia moral como nuestra época. Las creencias que cinco siglos de fe y de martirio habian levantado, se han caido en tres siglos de análisis. El antiguo dia de las almas se avecina á su ocaso, y no estamos seguros de que amanezca otro nuevo dia. La campana que ahora toca la oracion, el órgano que ahora acompaña el cántico de los monjes, la imágen que ahora veneran los marineros del Adriático, van pasando á ser como los himnos griegos, como los bajo-relieves del Parthenon, objetos de culto artístico, pero no objetos de culto religioso. Aquí tambien se oye alzarse de las aguas un lamento elegiaco, sólo comparable al lamento lanzado por las antiguas sirenas cuando oyeron de labios de los nazarenos que

el mundo era llamado á una nueva fe en la maceracion y la penitencia. El Dios espíritu ve condensarse contra su poder y contra su Verbo nubes de ideas tan amenazadoras como las que destronaron y destruyeron al Dios-naturaleza. ¿Qué luz interior tiene el espíritu en esta suprema crísis?

Tales ideas me asaltaban una tarde de Mayo de 1868, al borde espléndido de la maravillosa laguna de San Márcos, y enfrente de la desembocadura del gran canal de Venecia, sobre la isla de San Lázaro, á la puerta del convento de los armenios. El sol, que se habia ocultado tras la Giudecca, doraba con sus últimos rayos las cúpulas de las iglesias y las rotondas orientales de la gran Basílica; las góndolas negras, que resaltaban sobre las aguas azules, corrian rápidas en todas direcciones como fantásticos seres; al frente agrupábanse los maravillosos palacios venecianos esmaltados por todas las artes; á la espalda se dibujaba el Lido, como un jardin flotante lleno de vegetacion, de flores, de gorjeos; y en todas direcciones surgian las islas, en que los árboles se balanceaban cual si tuvieran sus raíces en las aguas, y entre los árboles resplandecian maravillosos edificios, como anclados en aquel mar de indelebles recuerdos y de eterna poesía. Se necesita para comprender la hermosura sentir desde

allí cómo espira el dia en las lagunas; cómo se iluminan de estelas fosforescentes las aguas; cómo brotan las primeras estrellas en el cielo y las primeras luces en las ventanas y en las calles de la ciudad; cómo estas luces tiemblan al reflejarse en los canales; cómo suenan los últimos toques de la campana de la oracion mezclados con los cantares voluptuosos de los gondoleros y las salmodias de los conventos; cómo se encuentran unísonas en el cielo voces del espíritu con voces del Universo.

Espectáculo tan maravilloso no distraia mi alma del pensamiento, ni el pensamiento de la contemplacion de esta crísis suprema del humano espíritu. Cuando más absorto estaba, dirigióse á mi un monje para decirme oficiosamente la hora en que el convento cerraba á los curiosos sus puertas. Aunque aquel aviso pareciera urbana despedida, sentia yo deseo invencible de permanecer allí, puesto que la hora de clausura no era todavía; y mi góndola estaba pronta á conducirme á la ciudad, que dista de la isla de San Lázaro tres kilómetros. Los monjes armenios venden maravillosas obras orientales; yo no soy ajeno al estudio de las lenguas semíticas, y valíme de la treta de una conversacion sobre tema tan socorrido para prolongar mi visita á sitio tan delicioso.

Inmediatamente se olvidó el monje de su consigna, y comenzó á departir conmigo de estudios y letras. Poco á poco la conversacion llegó á la esfera religiosa. Yo he sentido siempre incontrastable ímpetu á difundir mis ideas entre las muchedumbres; pero jamas caigo en la tentacion de convencer ni persuadir en conversaciones particulares á mis interlocutores. Así como trazo una línea divisoria entre el lenguaje vulgar y el lenguaje oratorio, trazo otra línea divisoria entre los oyentes numerosos, y el oyente singular con quien trabo ó mantengo un diálogo. He notado que si yo nunca me decido á convencer ni persuadir en la vida ordinaria, muchos de mis interlocutores caen no sé por qué en la manía de convencerme y persuadirme á mí.

El sacerdote con quien yo departia á la sazon, era un jóven, turco de nacimiento, católico de religion, armenio de rito, monje de entusiasmo, oriental en su lenguaje sembrado de imágenes, veneciano por su finura y su hospitalidad; en el fondo de la conciencia místico, cual un sectario asiático, pero en el comercio con sus semejantes, de una tolerancia en perfecta armonía con el carácter de nuestro siglo. Estaba enfermo, muy enfermo, y tenía seguridad de muerte próxima. Esta melancólica evidencia daba á sus ideas, severas como la moral, solemnes como el culto,

poéticas como la tierra donde habia nacido y la tierra donde iba á morir, las infinitas perspectivas de la eternidad. Hoy, pasados cuatro años, todavía recuerdo con viveza aquella conversacion de la cual quiero transmitiros un fragmento, porque muchas de sus ideas me fortalecen todavía en mis combates interiores, y todavía me alientan en mi esperanza de una renovacian moral análoga á las renovaciones sociales. La contradiccion que entre nosotros surgió vino á desvanecer muchas de las dudas que, relámpagos de sombras, pasaban por mi alma.

—¿Creeis, me decia, que nuestro estado moral ha de continuar? ¿Creeis que podemos llevar tanto tiempo una fe muerta en la conciencia? Toda idea muerta mata el espíritu que en sí la lleva, como el feto muerto gangrena las entrañas que lo encierran.

—Os lo he repetido ya várias veces en el curso de nuestra conversacion, le dije. Yo no creo que pueda mantenerse viva la conciencia en el seno de una fe completamente muerta. El espíritu tiene analogías con la naturaleza. Y la naturaleza no aniquila, transforma; no mata, renueva. Es necesario renovar el espíritu en la renovacion de la sociedad.

—¡Renovarlo! me dijo. ¿Y cómo vais á crear una religion nueva? ¿De dónde sacaréis los após-

toles que prediquen, los mártires que mueran, las ideas necesarias, los sacrificios indispensables á una transformacion religiosa? El árbol de la fe se riega con sangre. La humanidad en nuestro tiempo tiene vocacion al trabajo; no tiene vocacion al martirio, como la tenía en la época del Redentor. Derramará hasta extenuarse todo el sudor que pueda destilar sobre las máquinas del trabajo; no derramará ¡ay! ni una gota de sangre ante las aras de la fe. Los pueblos me parecen hoy atletas llenos de energía física, pero faltos de alma.

—No obráran las maravillas que obran si no sintieran dentro de sí el vapor de grandes ideas. Han subido á los cielos y les han arrancado el rayo, porque tenian estatura moral bastante á tocar con su frente en las nubes. Las épocas de decadencia ni crean, ni inventan, ni trabajan. El desaliento y la decrepitud se sienten á una en todas las esferas de la actividad y en todas las manifestaciones de la vida.

—Pero creo haberos oido decir que los pueblos no creen si no tienen ideal.

—Es verdad. Mas creo que el ideal no debe brotar sólo del sentimiento, sólo de la fantasía, sino de la razon. Vuestro ideal es todo entero para la imaginacion. Y en las épocas reflexivas, los ideales que sólo son hijos de la fantasía y sólo á

la fantasía se enderezan, mueren como en la estacion de los frutos mueren las flores.

—Vosotros no creeis en el milagro.

—No hablemos de nuestras opiniones individuales, porque entónces nuestros debates serán disputas, contestéle yo. Hablemos de algo más alto, hablemos de la crísis que atraviesa el espíritu humano en nuestro tiempo. Vuestras ideas propias valen ménos en comparacion del alma infinita de la humanidad, que las gotas destiladas de ese remo en comparacion de los caudales del mar.

—Pues bien; me rectifico, y digo: nuestro siglo no cree en el milagro.

—Teneis razon. Su conocimiento de las leyes naturales hale llevado á proclamar que estas leyes no se interrumpen ni por un minuto. Mas hé aquí la base de mi tésis: no forjeis, ni mantengais un ideal religioso en oposicion absoluta con la ciencia. Las más inferiores de nuestras facultades, la sensibilidad, la fantasía, se conmoverán al tañido de las campanas, á la vista de las sagradas imágenes, al eco del órgano que eleva un himno á los cielos, á la aparicion de esas basílicas milagrosas, como la basílica de San Márcos, tachonada de mosáicos, donde el color agota sus matices, y poblada de obras donde el arte agota sus inspiraciones, monumentos en cuyas bóvedas

se ven vagar las plegarias de diez siglos, y en cuyos pavimentos dormir los huesos de innumerables generaciones; pero por poeta que seais, por conmovido que esteis, en cuanto la razon penetre en tantas armonías y ensueños, los desvanecerá con sus glaciales pero incontestables afirmaciones, dejándoos en lucha perpétua entre la sensibilidad y el entendimiento, lucha que conviene terminar, si hemos de ser soberanos de la naturaleza, sólo sometida á la verdad y á la ciencia.

—Esa lucha ¡oh! esa lucha será terminada por la fe.

—Pero la fe no puede contrariar verdades probadas ó evidentes. Los dioses antiguos sonreian en la cima de las colinas sembradas de mirtos y de templos, á las orillas de mares que parecian dormirse bajo su amparo, entre coros de poetas que divulgaban sus nombres, sobre pueblos artistas y creyentes; pero un dia la ciencia demostró que aquellas divinidades repugnaban á la razon, y á pesar de tener en su defensa pueblos heróicos, invencibles, como el pueblo romano, murieron todas juntas al soplo de una idea.

—Pero con aquellas divinidades murieron las sociedades que personificaban.

—No murieron, se trasformaron. ¿Murió el derecho romano? ¿Murió aquella literatura clásica, modelo todavía en nuestras escuelas? ¿Mu-

rieron aquellas artes plásticas que copiamos y repetimos? ¿Murieron ni siquiera aquellas lenguas á cuyas sábias combinaciones debemos toda nuestra nomenclatura científica? Lo único que pereció fué lo único que se creia imperecedero, el Dios ó los dioses de aquel mundo.

—¡Y cuántas lágrimas, cuánta sangre costó fundar la nueva creencia! me contestó el sacerdote. El mundo se encenagó en las orgías. Aquella Roma tan fuerte dejó caer la espada del combate para empuñar la copa del festin. Las venas de la humanidad se hincharon con el canceroso vino de todas las concupiscencias. Fué preciso para curar tanto mal, nada ménos que la irrupcion de los bárbaros y el destronamiento de Roma.

—Ved adónde os lleva la implacable lógica de vuestras deducciones; á llorar la muerte del paganismo, vos, sacerdote católico. Seguramente en ningun lugar de la tierra se apena tanto el ánimo del artista, al sentir la desaparicion de aquellos hermosos seres, imaginados por los poetas, y en el mármol encarnados por los escultores, como aquí, en su patria, al rumor de las olas del Adriático, bajo este cielo que todavía refleja sus miradas. Pero si al estado químico-físico del planeta corresponden los organismos, al estado moral del espíritu corresponden las religiones. El mundo sigue su vida independiente de nues-

tras concepciones abstractas de esa vida. Y Dios existe independientemente de la relacion que con su sér incomunicable establezca nuestro espíritu. Hoy no comprendemos el mundo como lo comprendian nuestros padres. Para ellos estaba inmóvil, para nosotros se mueve. Para ellos el sol rodaba en torno de nuestra tierra, para nosotros la tierra rueda en torno del sol. ¿Ha cambiado la naturaleza porque cambie nuestra concepcion de la naturaleza? Pues tampoco cambia Dios porque cambie nuestra concepcion de Dios. Lo bueno, lo verdadero, lo hermoso, existen por sí, é independientemente de todos los juicios que acerca de ellos se formen. Para acercarnos al ideal, no hay sino aprender la verdad en la ciencia como en la conciencia, y realizar con desinteres absoluto en toda la vida el bien. Las religiones han servido para educar progresivamente á la humanidad. Sus esperanzas infinitas, sus terrores saludables, despertaron al hombre del seno de la naturaleza en que dormia para alzarle á una vida interior mucho más pura y mucho más elevada. El frágil espíritu humano obtuvo así la idea de lo infinito, y sintió así el soplo de lo divino como creándole de nuevo y en cierto sentido redimiéndole. Pero no hay que dudarlo; si la religion de la naturaleza fué un progreso respecto al fetichismo, y la religion del espíritu un progreso respecto á la re-

ligion de la naturaleza, ¿por qué, por qué imaginar, por qué creer que se ha parado ó que ha retrocedido esta permanente revelacion?

—¿Imaginais que puede llegar más allá alguna revelacion? Dios, por un acto de su voluntad, por un soplo de su aliento, crea el mundo sin mal, y sobre el mundo al hombre sin pecado; la culpa cae del espíritu hecho libre sobre la naturaleza hecha su esclava, deslustra la creacion y rebaja á la humanidad; nacen los hijos de los hombres sujetos al pecado, y el pecado al castigo que crea generaciones de generaciones enfermas, cuyos cuerpos se pierden tristemente en el placer, cuyas almas se desvanecen como sombras de sombras en los abismos; hasta que el mismo Dios, conocido sólo de un pueblo, desciende así á rescatar las culpas de todos los hombres, como á revelarse á todos los hombres; y desde entónces los aires están llenos de ángeles custodios, los altares de santos próvidos, la naturaleza regenerada por la pureza de la Vírgen Madre, el espíritu iluminado por el Verbo divino, y las esperanzas de la inmortalidad resplandeciendo más allá del sepulcro, para fortalecernos con la energía de una vida llamada á dilatarse en la eternidad.

—Líbreme Dios de contradecir ningun dogma. Los respeto profundamente todos. Mas yo niego que pueda sostenerlos una autoridad externa,

fuerte, coercitiva en estos tiempos de razon y de libertad. Es necesario que la fe brote espontáneamente de las almas. Es necesario que impulse á la conciencia, y la conciencia á la voluntad. Así la idea se encarnará en el espíritu, y el espíritu se encarnará en la vida, y la vida será verdaderamente religiosa, y la religion norma é ideal viviente.

—¿Y no veis realizado esto en ninguna parte?

—No. Veo, al contrario, que miéntras la civilizacion más se inclina á la libertad, se inclinan más las sectas religiosas á la autoridad. Veo que miéntras las ideas de igualdad democrática más profundamente se arraigan en la esfera social, más en la esfera dogmática se pretende divinizar absurdos privilegios, opuestos á cuanto hay de fundamental en nuestra naturaleza. Veo, bien al reves de los tiempos cristianos en que Dios se humillaba hasta revestir la naturaleza del hombre, los hombres, llamándose infalibles, que aspiran á exaltarse hasta revestir la naturaleza de Dios. Lo veo invadido todo por el egoismo y el sentido utilitario, cuando tanto necesitamos de que el lado ideal de nuestra naturaleza, el que á los cielos mira, se despierte y se avivé. Las ideas religiosas, que debian ser puramente espirituales, van volviéndose fuerzas mecánicas; y los sacerdotes, que debian tener en sus manos y reflejar

sobre nuestras frentes la luz de lo ideal, simples funcionarios del Estado. Veo todo esto con dolor, porque yo quisiera que en la aridez y desolacion de nuestra vida pudiéramos libar algunas gotas de rocío celeste que refrigerase la sequedad de nuestros labios, abrasados de sed por lo infinito.

—Mas la creencia necesita una definicion que la contenga y la formule; la definicion una autoridad que la imponga y la divulgue; la autoridad una personificacion que la represente. La fe no sería sino el dogma; el dogma no se mantendria sin la definicion; la definicion sin la Iglesia; la Iglesia sin el Papa; el Papa sin el Espíritu divino, que debe comunicarle su propia infalibilidad.

—¿Creeis que Dios ha escogido una persona aparte, privilegiada, para comunicarle la verdad? Yo soy más creyente. Yo creo que así como ha extendido la luz por todos los orbes, ha extendido la razon por todos los espíritus. Yo creo que así como nos ha dado la propia vista para el mundo externo, y la propia vista no puede ser por ninguna autoridad, ni reemplazada ni sustituida; nos ha dado la conciencia para comunicarnos con el mundo interior, y la conciencia no puede ser tampoco por ninguna autoridad sustituida ni reemplazada. Yo creo que todos vemos

la luz, que todos la confesamos; y los tenebrosos de alma son tan raros y tan excepcionales, como los ciegos de nacimiento. Los seres se bañan en la vida universal, los planetas y los soles en el éter, las almas en Dios. Creo más; creo que la revelacion es eterna, inmanente, progresiva, de todos los siglos; teniendo por sus órganos á los filósofos, á los poetas, que han revelado una verdad, y á los mártires, que por la verdad han muerto. Sólo así la historia se ilumina, la vida se eleva á lo infinito, la conciencia se enrojece en la absoluta verdad, como el hierro en el fuego. Sólo así nos sentimos unos en todas las generaciones y nos elevamos á la comprehension de todas las ideas; sólo así traemos á nuestra alma el espíritu humano, y en el espíritu humano diluimos nuestra alma. Sólo así nos elevamos á Dios, y Dios se comunica íntimamente con nosotros. Sólo así podemos ser habitantes verdaderos del Universo, verdaderos hijos de Dios, y unos é idénticos en toda la sucesion de los siglos con el desarrollo progresivo del humano espíritu.

—Yo de ninguna suerte puedo conformarme con vuestras ideas. Parécenme contrarias á todas las verdades y justificativas de todos los errores. Yo creo que un solo pueblo ha conocido á Dios en el mundo antiguo, el pueblo judío; y que una sola sociedad conserva y difunde esta vida en el

mundo moderno, la Iglesia católica. Fuera de estas dos grandes ráfagas de luz tendidas por el tiempo como la Via Láctea por el espacio, sólo descubro tinieblas y tinieblas, que ciegan y asfixian.

—¿Y el resto del trabajo humano se ha perdido? ¿Y del resto de la conciencia humana se ha Dios ausentado? ¿Qué creeríais de mi razon si yo os dijese: este jilguero ó esta rosa deben su vida al Creador; pero no se la deben ni este helecho ni ese murciélago? Si dividimos las cosas en divinas y no divinas, entregamos el mundo al maniqueismo; y el diablo disputa con derecho á Dios una parte en la creacion.—Si dividimos los pueblos en elegidos y réprobos, entregamos la sociedad á un poder arbitrario más temible que el destino antiguo. El ázoe, el oxígeno, el carbono, que separados matan, forman juntos el aire vital. No separeis tampoco las várias revelaciones de la verdad y del bien, porque todas juntas forman la atmósfera del humano espíritu. Los profetas no han escrito solamente en Judea, no han bebido solamente las aguas del Jordan y del Eufrates; han escrito en la India tambien, y han bebido las aguas del Gánges. A formar las ideas judías ha contribuido tanto el sacerdote egipcio como el mago de Babilonia y el dualista de Persia. La idea es como la savia, como la sangre,

como la luz, como la electricidad, como los jugos de la tierra, como los gases de la atmósfera, como los fluidos del planeta. La idea no reconoce ni naciones, ni sectas, ni iglesias; pasa de la Pagoda á la Pirámide, y de la Pirámide á la Sinagoga, y de la Sinagoga á la Basílica, y de la Basílica á la Catedral, y de la Catedral á la Universidad, y de la Universidad al Parlamento, con la celeridad del rayo que truena, ilumina, quema y purifica. El cristianismo ha sido preparado lo mismo en las estancias de Isaías que en los diálogos de Platon. A la revelacion universal ha llevado cada raza humana su contigente. El pueblo griego creia su vida completamente original, aparte de toda otra vida humana, sus dioses puramente nacionales y domésticos, y su casta Diana habia tenido templos en el Asia menor, y su Baco, que representa la exaltacion, el delirio de la vida en el Universo, venía ébrio del néctar destilado por los bosques indios. Cuando el judío se aislaba al pié de sus altares y allí creia conservar su Dios alejado de todas las tentaciones paganas, iba Alejandro á perturbar aquel monólogo triste de un pueblo, y á llevar tras su carro de guerra las divinidades griegas, tocando el címbalo y la flauta frigia, despertadores de la alegría helénica en el seno de la triste, inmóvil y panteista Asia. El mesianismo no era una esperanza hebráica, era

una esperanza universal. La sibila de Cúmas lo concebia en su gruta, á las orillas del sensual Tirreno, en los mismos dias en que Daniel contaba con los dedos las semanas de años que faltaban para su cumplimiento. Y en el Pausilipo, á la sombra de los altos olmos festoneados por las vides, á la vista de las ondas recamadas de espumas, en que cantaban las sirenas griegas, entre las danzas báquicas, oyendo el caramillo del dios Pan y los coros de las vírgenes que trenzaban guirnaldas de flores sobre las aras humeantes de mirra, Virgilio anunciaba la redencion universal casi al mismo tiempo que el Bautista la pedia, vestido de sayal, macerado por el cilicio, en el desolado seno del desierto. Aténas con sus artes, Roma con su derecho, Alejandría con su ciencia, han contribuido tanto á la revelacion cristiana, como Jerusalen con su Dios. No olvideis, no, estas verdades evidentes, confirmadas por toda la historia. No seais como el judío que se encierra en las oraciones de su Biblia, y cree que despues el género humano ni una sola verdad religiosa ha podido añadir á las ideas judáicas. El cristianismo, más humano y más divino al mismo tiempo, ha tomado toda la Biblia y le ha añadido el Evangelio. ¿Porqué nosotros no añadirémos al Evangelio el Renacimiento, la Filosofía, la Revolucion, que ha llevado á la esfera social estas tres palabras

cristianas: Libertad, Igualdad, Fraternidad? Leonardo de Vinci trazó Baco y trazó el Bautista en sus cuadros, que representan la primavera del espíritu moderno. Rafael encerró en las líneas de las diosas griegas el alma efusiva y santa de las Vírgenes cristianas. Miguel Angel puso los dos coros de las sibilas y de los profetas en las bóvedas de la Sixtina. El espíritu humano es uno como el Universo, uno como Dios; y Dios, la naturaleza, el espíritu, son la eterna trinidad que ilumina las páginas de la historia. No nos separemos, ni del espíritu, ni de la naturaleza, ni de Dios.

Estas palabras, si no arrastraron, conmovieron á mi interlocutor. Yo mismo habíame exaltado extraordinariamente al calor de mis propias palabras. Así es que cogí la mano que el jóven sacerdote me tendia, la apreté, y dejéle entregado á sus pensamientos. La noche era serena, tranquila; brillaban las estrellas en el cielo y el fósforo en las aguas; un aliento primaveral refrescaba el ambiente y traia los ecos de la ciudad y del campo á los espacios celestes de la laguna, que convidaba á meditar sobre esta verdad evidente: ¿cómo permanece inmóvil, serena, luminosa la naturaleza sobre las disputas y las discordias de los hombres?

EL DIOS DEL VATICANO.

¿Creeis que en realidad ha sido roto y deshecho el paganismo en esta tierra de Roma? Cerca de mi alojamiento se eleva el panteon de todos los dioses. El genio católico no se ha contentado con alzarlo á las alturas y ceñirlo, como diadema, á la Basílica madre de todas las Basílicas cristianas, sino que lo ha convertido en el templo de todos los santos. La oracion se apaga allí en los labios. Entra demasiada luz por el círculo que corona la Rotonda para que pueda entregarse el ánimo á la meditacion y al recogimiento. Bautizado, lleno de altares, convertido en iglesia como la gran aljama de Córdoba, protesta contra los innovadores, y suspira calladamente por su antiguo culto.

Así es todo en Roma. El paganismo se ha transformado, no se ha destruido. Los meses del año y los dias de la semana llevan los nombres de las antiguas divinidades, de los antiguos césares, de la antigua numeracion romana, y no hemos osa-

do tomar el calendario de la República francesa que parece concebido en las entrañas de la creacion. Los dos solsticios de invierno y de verano, todavía los celebramos con fiestas análogas á las fiestas clásicas. Adónis nace, muere, resucita, cuando el trigo se siembra y brota y espiga. Las fiestas de la Candelaria, como las fiestas lupercales, hállanse consagradas á la luz. El romano agita las antorchas bajo el dominio de los papas, como las agitaba ántes bajo el dominio de los césares, y entona á la luz himnos que han cambiado en su forma, pero que no han cambiado en su esencia. Cuando el Papa aparece conducido en hombros, puesto sobre altísima silla, envuelto el cuerpo en crujientes brocados, coronada la cabeza por áurea tiara que reluce, en las manos el preciado báculo, á los piés aquellas legiones de mitrados con sus capas de mil colores, cree el ánimo hallarse en los dias en que el lujo oriental y las costumbres orientales invadieron con los césares venidos de Syria la Ciudad Eterna.

No trato yo ciertamente con esto de combatir ni negar las virtudes del espíritu católico. De lo que trato es de negar esa originalidad que le atribuyen todos cuantos desconocen cómo obró el espíritu antiguo en el cristianismo, que fué al cabo su continuacion y hasta cierto punto su purificacion. El verbo es un concepto platónico-alejan-

drino, y es el concepto fundamental de la fe cristiana. La apoteósis de los héroes se ha reemplazado con la canonizacion de los santos. Cualquiera creeria oir un poeta católico cuando oye á Lucano decir ante la tumba de Pompeyo, cómo irán á orar sobre su losa los fieles que rehusan ofrecer incienso á los dioses del Capitolio. Es el infierno creacion pagana, como son los demonios creacion mágica. Satanás ha pasado por el mazdeismo ántes de pasar por el cristianismo. Las esperanzas mesiánicas no son exclusivas de la raza judía en el siglo del advenimiento de Cristo; son esperanzas universales. Cuando San Juan escribia el Apocalípsis, lo escribian tambien los estóicos, y palabras de desesperacion se pronunciaban por dos coros á un tiempo mismo, y se unian en los cielos paganos como en los cielos cristianos, el espanto religioso por la próxima conclusion del mundo. Nos extrañamos del número de dioses que tenian los antiguos. Los dioses hanse convertido en ángeles, dice el mismo San Agustin: *deos quos nos familiarius angeles dicimus.* ¿Por qué, pues, tanto ódio al mundo antiguo, á las ideas que vienen á ser como el blason de nuestra nobleza y la genealogía de nuestras propias ideas?

Pues qué, ¿no recibimos tambien el agua lustral? ¿No colgamos de las capillas los ex-votos? ¿No tenemos procesiones como tenian los griegos

teorías? ¿No encendemos la noche de San Juan hogueras como las encendian los rhodios, los corinthios, los grandes fundadores de las colonias helénicas? Nuestra personalidad no ha venido de súbito á la creacion; es, como el planeta que habitamos, obra lenta de los siglos, obra á su vez de las generaciones. Así, cuando yo veia pasar bajo los arcos triunfales de mármol, cuya sucesion compone el Vaticano, la figura majestuosísima del Papa, entre tantas aclamaciones, entre tanto lujo, no podia ménos de decir para mis adentros que aquella autoridad tan universal, tan grande, es una autoridad que no proviene tanto del espíritu cristiano, democrático, sobre todo en los primeros tiempos, como de la superioridad que tuvo Roma por sus derechos y por sus conquistas sobre todas las ciudades del mundo.

¿Qué Imperio habrá como el Imperio de Pío IX? Ya no se extiende sobre la tierra; la revolucion le ha quitado sus dominios, y lo ha reducido primero á Roma, despues al Vaticano. Pero nadie puede quitarle, nadie, que en la exaltacion de su propia fe pueda creerse con dominio eminente sobre la conciencia humana, y autoridad bastante á interpretar sobre la tierra el pensamiento y la voluntad de los cielos.

Ningun Papa ha sido osado, ninguno, á prescindir de la Iglesia universal, del concilio ecu-

ménico solemnemente convocado, para proclamar un dogma de fe y un dogma de tanta trascendencia como el dogma de la Purísima Concepcion de María, que, ademas de exceptuar á una criatura de las leyes generales humanas, sobrepone al cristianismo, que veló un tanto la pura idea deista de la Biblia, otra religion en la que se exalta á una criatura hasta las alturas donde sólo puede brillar el Creador.

Pío IX ha reinado mucho tiempo. Su predecesor, el viejo Gregorio XVI, á pesar de todo su poder divino sobre las conciencias, no tenía igual poder sobre la naturaleza, y en una fiesta de la Ascension cogió agudo constipado que rápidamente le llevó al sepulcro. Rossi creyó definir á este Papa en tres palabras, diciendo: es un Patriarca austriaco. Para la eleccion de un Pontífice parece natural que se muevan los labios á murmurar oraciones, que se rodeen los altares de nubes de incienso y se pida á Dios de todas maneras su luz divina, indispensable á una acertada eleccion; y sin embargo, moviéronse para la eleccion de Pío IX regimientos de artillería en las Marcas, y naves de la imperial marina austriaca por las aguas de Ancona. Si los ejércitos marítimos y terrestres se movieron como si fueran los ángeles de la córte celestial, no se movieron ménos los embajadores, cuyo carácter de doblez y disi-

mulo, si les dá grande aptitud para entenderse con los reyes, no debe darles grande aptitud para entenderse con los cielos. Entre los embajadores, eran de excepcional influjo el embajador de la córte de Francia y el embajador de la córte de Austria; éste demasiado tímido, aquél demasiado atrevido. El conde Broglia hablaba en los siguientes términos al gobierno sardo del representante de Luis Felipe en los dias del cónclave: «Emplea el conde Rossi una actividad febril, y se adjudica á sí mismo casi casi el poder del Espíritu Santo.» El embajador frances oponia su veto á todos los cardenales tachados de apego á los jesuitas y al Austria, en tanto que el embajador austriaco oponia su veto á todos los cardenales tildados de apego á Francia y al espíritu moderno. En el número de los que Austria ponia en verdadero entredicho, contábase al entónces cardenal Mastai, hoy Pío IX. Si el príncipe de la Iglesia, encargado de formular este veto, llega al cónclave á tiempo, no hubiera sido, no, Mastai Papa.

El 14 de Junio de 1846 dirigíanse los cardenales al Quirinal. Gregorio XVI habia sido enterrado pocos dias ántes, y su cadáver insultado, y su memoria denostada por el pueblo. El cónclave prefirió los salones del Quirinal á los salones del Vaticano, porque si esperaba las inspiraciones del Espíritu Santo en todas partes, temia

que en el palacio por excelencia pontificio no bastáran estas inspiraciones divinas á contrastar los efluvios de la fiebre.

En la procesion, desde la iglesia, donde el cónclave se reunió, al Quirinal, donde el cónclave se encerró, faltaron los cardenales á todo el respeto que se debian á sí mismos; y como cayeran cuatro gotas, entraron en el palacio, sin órden y sin ninguna compostura. Por fin, la hora de la votacion llegó. El cónclave estaba dividido. Fueron varios escrutinios indispensables. En ninguno de ellos resultaba el número de treinta y siete votantes que un Papa necesita para subir al sólio, y desde allí interpretar la voluntad del cielo. El escrutinio último fué impuesto despues de largas dilaciones. Pío IX era escrutador, y debia leer en voz alta los nombres de los votados. Conforme sacaba papeletas y las desdoblaba y leia, sus fuerzas flaqueaban, su voz balbuceaba, lágrimas amarguísimas caian de sus ojos, sollozos profundos anudaban su garganta, hasta que, al fin, temeroso de desmayarse, entregó á otro cardenal el escrutinio, y yéndose á un sitio apartado, cubrióse con ambas manos el rostro. Al término obtuvo los treinta y siete votos indispensables á su proclamacion. Antes de que oficialmente se viera proclamado, dirigióse uno á uno á los cardenales, y les pidió, les rogó, les instó á que aparta-

sen de sus labios aquel cáliz. Parecia anunciarle secreto presentimiento que él habia de ser último rey en el trono temporal de San Pedro. El cónclave no quiso oirlé, y le confirmó en su altísima dignidad. Pío IX aceptó, y despues de haber aceptado, postróse de hinojos ante un altar, y salmodió entre dientes várias fervorosas oraciones por espacio de media hora, despues se volvió al Sacro Colegio, y el Espíritu Santo vino á posarse sobre aquella cabeza como su nido en la tierra.

Busca el poder siempre en épocas de decadencia á los caractéres de escaso temple, á los indecisos, y sobre todo á los que han pasado su vida en una especie de crepúsculo, sin determinarse por ninguna de las ideas en guerra. Inocencio III en época favorable al Pontificado, á su poder y á su autoridad, dominará con imperio sobre el mundo; pero en época desfavorable á este mismo poder, la fuerza, el carácter de Inocencio, reproducido en Bonifacio VIII, solamente servirá para atraer sobre la mejilla del Pontificado el ruidoso bofeton de Nogaret. Débil, oscuro, su debilidad, su oscuridad sirvieron á Mastai como su apartamiento de los grandes combates que habian dividido en mil ocasiones el Sacro-Colegio y el cónclave. Su vida habia sido muy vária. De la milicia armada pasó á la milicia espiritual. Su estancia en Chile fué digna de un profeta, digna de un már-

tir. Pero sus ideas habian quedado siempre en la incertidumbre del crepúsculo. Si se examinaba su conducta en Espoleto, Pío IX era un jesuita; pero si se examinaba su conducta en Imola, Pío IX era un liberal. Esta contradiccion de ideas y de carácter le sirvió admirablemente para obtener los sufragios de sus colegas y elevarse á la más alta autoridad religiosa que puede en nuestro tiempo ejercerse, y que, á pesar de tanta decadencia, todavía conserva señales de su antiquísimo esplendor.

El cardenal Mastai, si deseó la tiara, no la pidió á sus colegas. Ni una súplica que no fuera para eximirse, ni una palabra que no fuera de renuncia y de alejamiento. Así no es mucho que algunos hayan comparado á Pío IX con Sixto V. Relaciones hay entre los predecesores de ambos Papas; rivalidades en Roma, y rivalidades temibles del embajador de Francia con el embajador de España; emulacion dentro del Sacro Colegio, y emulacion casi guerrera entre la familia Médicis y la familia Farnesio; inquietud é inquietud pavorosa en toda Italia; particularidades que, si tienen coincidencias y analogías con las particularidades de la eleccion del Papa reinante, no llegarán nunca á confundir dos caractéres verdaderamente contradictorios y opuestos, porque es el uno imperioso hasta constituir un cesarismo pon-

tificio, y el otro humilde hasta ser dócil instrumento, quizá contra su voluntad, de todos modos contra su conciencia, del siniestro jesuiticismo.

Sixto V subió al trono cuando espiraba el Renacimiento y venía la gran reaccion católica; Pío IX cuando espiraba la reaccion de la Santa Alianza y volvia el mundo á las ideas revolucionarias. En la eleccion de Pío IX, como en la eleccion de Sixto V, triunfó el cardenal que ménos probabilidades tenía de triunfar. Ninguno de sus colegas habia pensado en ellos al entrar; y aunque Pío fué elegido por simple mayoría y Sixto por unanimidad y adoracion, ambos vinieron á pacificar guerras del cónclave romano y rivalidades de la política europea. Pero aquí concluyen las analogías.

Sixto V se habia educado en las montañas y Pío IX en la córte; Sixto era hijo de un jardinero y Pío hijo de un noble; Sixto habia tomado en su mocedad, casi al salir de la infancia, el hábito de monje, y Pío el uniforme de soldado; la juventud del uno corrió en el retiro y en el claustro, la juventud del otro en la sociedad y en el mundo; era el antiguo Papa de una familia puramente eslava, que se refugió en las costas del Adriático huyendo de los turcos; es el Papa actual de una familia puramente italiana, que desde el modesto oficio del comercio al por menor se

elevó hasta la dignidad nobiliaria, por enlaces, por ardides políticos y hasta por empresas guerreras; predicador Sixto V, su elocuencia tenía el temple de su carácter, abundante pero viril y ruda; predicador Pío IX, su elocuencia es tambien abundante, pero melodiosa y melíflua; la idea de autoridad embargó el ánimo del gran Papa antiguo, y el hábito de la servidumbre es el carácter esencialísimo del Papa reinante, implacable ante todos los poderes, intransigente con todos los reyes cuando á sus ideas se oponen, y sometido por completo hoy, despues de algunas veleidades liberales, á las camarillas de los reaccionarios y de los jesuitas.

Su madre dió una educacion distinguida al jóven Mastai. Pero enfermedad terrible, la epilepsia, impidió que esta educacion rindiera todos sus frutos. Eran los tiempos de las guerras de Napoleon y de sus victorias, cuando Mastai entraba en la adolescencia, y abrazó la carrera militar. Pero en la carrera militar gustó más de las aventuras que de las batallas, y curó más del color de su uniforme que del brillo de su hoja de servicios. La poesía le gustaba hasta el punto de tomarle todo su tiempo, y en poesía es seguro, dado su carácter, que prefirió Metastasio al Dante. Por fin entró en la Iglesia y se dió al oficio de predicador. Su atractiva figura, su majestuoso

aire, sus facciones prominentes, dulcificadas por sonrisa de pura bondad, su complexion impresionable y nerviosa, la sensibilidad un poco enfermiza del temperamento, la viveza de la imaginacion poética, el timbre de voz, la más sonora y la más pastosa que he oido, así cuando entona la misa en San Pedro como la bendicion en el Vaticano; todas estas cualidades le dieron privilegios indudables para orador escuchado y querido de las muchedumbres. Algunos recuerdan todavía sus sermones nocturnos en la plaza pública, medio iluminada por las antorchas, con gran crucifijo á la espalda; sucia calavera sobre la cual se consumia amarilla vela, delante; en las manos, ya las bendiciones, ya la maldicion de la Iglesia, con ademanes verdaderamente trágicos; y en los labios una elocuencia, arrebatadora para el pueblo italiano por su sentimiento y su poesía. Con estas dotes debió brillar extraordinariamente en Chile, donde fué agregado á una legacion apostólica. Pero en Chile no podia su palabra mover los ánimos como en Italia, á causa de faltarle el conocimiento profundo de nuestra lengua y la armonía de nuestro acento. Sin embargo, áun habla el español, y á los oidos españoles suena su acento como si fuera puro acento americano. Yo solamente le he oido hablar en latin. Dos grandes diócesis regentó, y en las dos observó diversa

conducta. En la primera diócesis desenterró el cadáver de un liberal, con lo que se atrajo el ódio de aquellas comarcas, y tuvo que huir á la primera revolucion que estallára por el año 30 ó 31; pero en la segunda diócesis, tal vez cediendo al influjo de su familia, toda liberal, fué con los liberales tolerante y benévolo. Tales son los rasgos principales de la vida del Pontífice ántes de subir al Pontificado.

Pío IX conserva aún la vaga poesía de sus primeros años. Le gusta el arte como á casi todos los príncipes que se han sentado en el trono de San Pedro. Hay en su conversacion mucha gracia, en su fisonomía mucha dulzura, en su carácter mucha bondad, en su voz mucha música. Pero son de temer sus arrebatos, que le arrastran á resoluciones rápidas, irreflexivas, como la fuga, en 1848, del Vaticano. Algunas veces reconoce que su impetuosidad le ha perdido; pero no se arrepiente, creyendo, con razon, que á nada conducen los arrepentimientos tardíos. En tal trance castígase á sí mismo con dardos de amarga ironía que caen de sus labios sobre su corazon apenado. La ironía, la burla, sobresalen extraordinariamente en la conversacion de Pío, y llegan finamente hasta los objetos religiosos. Un embajador español pretendia en cierta ocasion que le canonizase un santo de su tierra; y para persua-

dirle, hablábale de los muchos milagros que habia el santo obrado. El Papa, por toda respuesta, le dirigió una pregunta: ¿Puso la cabeza sobre los hombros de algun descabezado y le forzó á hablar y á andar de nuevo?—No, Santo Padre, no llegó á tanto.—Pues hé ahí el único milagro que me parece á mí verdaderamente grande, y debo deciros que todavía no he podido verlo.

Como todos los artistas, Pío IX gusta de las grandes emociones. La popularidad y sus triunfos le enajenan. Yo lo he visto radiante de satisfaccion y alegría recoger los homenajes de los católicos enviados por todas las naciones con el extraordinario anhelo con que recogen los pulmones, salidos de atmósfera asfixiante, el aire oxigenado y fresco. Tambien la pompa, el lujo, las tiaras sembradas de brillantes, las capas pluviales llovidas de perlas, las cruces riquísimas, todas estas preseas de su altísimo ministerio le encantan, como á una dama de la alta sociedad sus joyas y sus vestidos. No exageraré yo esta cualidad como la ha exagerado Petruccelli en su retrato de Pío IX; pero sí diré que le he notado feliz cuando las muchedumbres se agolpan á su paso, y las preseas del Pontificado lucen sobre su majestuosa persona. Bien es verdad que las cabezas más firmes se desvanecerian al sentir tantas nubes de incienso, tantas serviles humillaciones, las

legiones de obispos que le rodean, la córte oriental que le realza, los coros que cantan sus alabanzas, las infinitas músicas que llenan los aires en su loor de armonías, los pereginos venidos de las más apartadas regiones para recibir el eco de una palabra, el gesto de una bendicion, el dibujo fugaz de una sonrisa, los infinitos homenajes que hacen del solitario viejo del Vaticano, más que un mortal privilegiado y aparte, un Dios vivo sobre la faz de la tierra.

Herir al mundo con grandes atrevimientos en la esfera religiosa y política, fué siempre su anhelo; dejar un nombre ilustre entre los nombres ilustres del Pontificado, su ambicion. Mayor empresa que reconciliar el Evangelio con la libertad no la habia, no. Tornaba á ser Cristo el tribuno de los pueblos, el consuelo y la esperanza de los oprimidos. Los clavos de su cruz, las espinas de su corona, la hiel de su cáliz, dejaban de ser blason de los poderosos para convertirse en verdadera enseña de los humildes. La democracia recibia en su frente el bautismo cristiano, y el cristianismo tomaba el carácter de gran proemio al movimiento democrático de este siglo. Estremecimientos de alegría pasaron á un tiempo, así por el corazon de las gentes piadosas, como por el corazon de las gentes liberales. Para aquéllas, imposible dudar de la perennidad de una creen-

cia compatible con todas las transformaciones de las ideas y con todo el desarrollo del espíritu moderno. Para éstas, la libertad, que necesita frenos morales ántes que frenos materiales, tenía un seguro rigorosísimo en el espíritu evangélico, un contrapeso espiritual á los peligros que podrian engendrar sus excesos. El pensamiento de reconciliar el Evangelio con la libertad era un gran pensamiento. Mas si Pío IX concibe los grandes pensamientos con facilidad, tambien los abandona al primer obstáculo; y en cuanto encontró á la libertad obstáculos, cedió en sus trabajos por la libertad; ¡grande errror! Renunciar á la libertad porque la libertad puede engendrar excesos, ¡ah! sería como renunciar al aire, porque el aire engendra vientos y huracanes.

Los obstáculos que tenía Pío IX eran principalmente los obstáculos que pudieran levantarse en su córte y en sus cortesanos. Así es que para sus ensayos liberales no halló á su alrededor nada más que dificultades, y para sus ensayos de reaccion religiosa, facilidad y auxilio. Los jesuitas, que le juráran guerra á muerte, se pusieron á sus órdenes y rodearon su trono. La reaccion europea, que no le perdonó la gran política de 1847 y 1848, le entregó la direccion de su pensamiento y de su conciencia. El Papa se elevó á ser el capellan mayor de la Santa Alianza. Pero sus am-

biciones eran mayores. Sus ambiciones eran fundar nuevos dogmas, traer mayor suma de ideas divinas á la Iglesia, y de piedad exaltada á los fieles; contrastar con negaciones rotundas el espíritu democrático y progresivo; reunir concilios ecuménicos á manera de los tiempos piadosos; crear una autoridad en la cima de la Iglesia, y un absolutismo sobre las conciencias que no haya tenido precedente en los siglos pasados, ni tenga igual en los siglos futuros. Hé ahí el pensamiento de Pío IX.

Se comprende que intentára compensar la derrota sufrida en la esfera política con una victoria alcanzada en la esfera religiosa. Mas para alcanzar esta victoria necesitaba reforzar las ideas religiosas en el espíritu del siglo, porque fuera del espíritu de este nuestro siglo, no pueden vivir, no, las ideas. Una ilustre escuela teológica habia existido en Italia, que trataba de armonizar la religion con la razon, la providencia con la libertad, la democracia moderna con el antiguo pontificado, la ley natural con la ley revelada, en una palabra, el catolicismo con el progreso. Un sacerdote ilustre, de talento quizá tan profundo como Santo Tomás y de igual entusiasmo por una sociedad teocrática, en que la direccion del mundo estuviera confiada á fuerzas morales y á ideas teológicas, contó con lágrimas en los ojos y sollozos

en la voz todas las llagas de la Iglesia. Esa separacion entre el pueblo y el clero, á causa de la lengua muerta que el clero habla; ese aislamiento de la sociedad religiosa, que florecia cuando el sufragio popular y la libre asociacion la sustentaban; esa servidumbre á los poderes civiles que han convertido el puro espíritu cristiano en dócil instrumento de tiranía arriba, de vasallaje abajo; esa tenacidad de los clérigos en cerrar su conciencia á la luz de las nuevas ideas y su ánimo á la consideracion de las nuevas transformaciones sociales; todo este profundo malestar de la Iglesia fué admirablemente concebido, dicho; y llegó hasta la córte pontificia, siempre cerrada á la voz del espíritu moderno.

Otro sacerdote, no ménos grande, aunque más político, habia querido sacar á la Iglesia del estado de secta para elevarla al ideal verdadero de la humanidad. Segun este sacerdote, la razon y la revelacion vienen á ser idénticas; el catolicismo universal, no sólo por lo que tiene de divino, mas tambien por lo que tiene de humano; la palabra evangélica y la idea moderna unas en esencia; la causa del divorcio entre la Iglesia y el siglo, la mala inteligencia traida ántes por la conducta del clero que por las trastornadoras ideas de la revolucion. Para este sacerdote elocuentísimo habia que oponer á los males de la Iglesia enér-

gicos remedios: al poder temporal la separacion de la vida civil y la vida eclesiástica; á la educacion reaccionaria del clero una educacion científica; al jesuitismo, que tiene larga serie de resortes mecánicos y utilitarios para mover al hombre, la pura conciencia moral que le dirige hácia la perfeccion absoluta; á la predicacion por los principios antiguos, la predicacion verdaderamente evangélica, en los oidos de la muchedumbre y en el seno de la naturaleza, tomando las ideas en la fuente viva de la conciencia moral, y esparciéndolas como rocío vivificador sobre todos los espíritus, para llevarlos á una transformacion religiosa, análoga á la que produjo en el mundo la primera aparicion del cristianismo.

Como algunos hombres imbuidos de racionalismo contestáran que la reconciliacion era imposible, á causa de la incompatibilidad entre la ciencia moderna y el milagro de la Edad Media, entre la razon y la revelacion sobrenatural, respondia el filósofo que tal sentir dimanaba de una falsa concepcion del milagro y la profecía, de considerarlos como hechos reales, sucedidos, históricos, cuando vienen á ser símbolos de sistemas por venir, de períodos paligennésicos en la vida sucesiva del espíritu y del planeta. Y lo que en realidad quieren decir los milagros y las profecías, es la llegada de una época, en que la reve-

lacion natural y la revelacion religiosa se confundan, como se confundirán la rápida y casi milagrosa intuicion con la madura y profunda reflexion; como se confundirán lo sensible con lo inteligible, siendo cada una de nuestras sensaciones un pensamiento; como se confundirán por lo perfecto del lenguaje la idea con la palabra, á la manera que en el Verbo, por su encarnacion en nuestro sér, se confundió la naturaleza divina con la humana naturaleza.

Cuando una religion se divorcia de su tiempo y de los progresos de su tiempo ¡ay! perece. Es imposible que se armonicen siglo liberal y religion autoritaria; siglo democrático y religion absolutista; siglo que se inspira en la conciencia viva y religion que se inspira en las tradiciones muertas; siglo de derechos y religion de jerarquías; siglo que se abre á todas las ciencias y religion que se cierra á cuanto nó sea teológico: en tal estado, en crísis tan pavorosa y suprema, ó los pueblos se petrifican como se ha petrificado el pueblo árabe, por no modificar su fatalismo, ó las religiones desaparecen, como desapareció la religion pagana cuando no pudo extinguir, á causa de su carácter sensual, la sed espiritualista despertada en el alma humana, ya por tristes desgracias y desengaños, ya por las ideas sublimes de su inmortal filosofía.

[illegible] astros, componían todo el ajuar.

En una de las dos camas dormía con sueño febril y agitado una mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, pero mucho más vieja en apariencia, á causa de las largas mechas de cabellos grises que la caían alrededor de su semblante cobrizo. Bruscos sobresaltos sacudían por accesos su descarnado cuerpo, y sus labios murmuraban palabras ininteligibles. Se llamaba Gilona.

La forma humana que se hallaba de pie en la ventana, con los ojos fijos en el cielo resplandeciente de estrellas, era su hija.

Esta joven, esta niña, pues apenas representaba dieciséis años, se absorbió durante algunos minutos aún en la contemplación muda y profunda de los innumerables astros, cuyas irradiaciones parecían fascinarla. Luego, abandonó de pronto su observatorio, y volviendo su lámpara, puso el libro sobre sus rodillas, y lo mismo que momentos antes había estado absorbida en la contemplación de los radiantes astros, se abismó en la lectura, ó más bien en el estudio del misterioso y venerable libraco.

La extraña criatura que á hora tan avanzada de la noche se entregaba á ocupaciones, cuando menos originales, era una de esas esplendentes maravillas que la Naturaleza se complace en producir de tiempo en tiempo, á fin, sin duda, de dar un irrecusable mentís á los incrédulos, cuyo escepticismo afirma que la perfección absoluta no es de este mundo.

De estatura regular, perfectamente proporcionada, la joven amiga de las ciencias ocultas ofrecía el tipo oriental en lo que tiene de más original y más completo. Grandes ojos, de azul obscuro y de un brillo casi insostenible, da-

ciente de hermosura, que [illegible]

fecto como su cara. Sus menores movimientos acusaban una gracia de gata y de culebra. Debía encantar á la primera mirada, aunque tenía algo de terrible en el brillo metálico de sus pupilas chispeando debajo de sus largas y arqueadas cejas, y algo de duro también en su sonrisa, cuando sus labios, rojos como de sangre, se entreabrían para enseñar sus dientes de perro joven.

La admirable criatura, apoyada la cabeza en una de sus manos, leía y releía sin cesar las dos páginas que no había dejado un instante sino para ir á contemplar el cielo. Evidentemente forzaba su inteligencia á comprender las obscuras fórmulas del libro cabalístico. La línea pura de sus cejas se contraía por instantes, un pliegue se formaba en su frente; sus dientes mordían el labio inferior. Luego esta contracción pasajera desaparecía, y su fisonomía se inmortal filosofía.

has acostado ya?

—Estudio... Leo...

—¿Siempre el mismo libro?

—Siempre.

La mujer acostada hizo un imperceptible movimiento de hombros, y preguntó de nuevo:

—¿No ha pasado nada extraordinario después que me he dormido?

—Nada en absoluto. ¿Qué quería usted que pasara aquí? ¿Por qué me pregunta usted eso, madre mía?

—Porque he tenido un mal sueño, un sueño espantoso, horrible, y estoy tan perturbada y llena de terror que me parecen reales y positivas las cosas que he soñado.

La joven se levantó de su asiento, dejó el libro encima de la mesa, y se aproximó al lecho.

—¡Ah!—dijo,—¿estaba usted soñando? ¿Qué soñaba usted?

ban vida á su pálida fisonomía, parecida á la de Balkis, la deslumbradora Reina de Saba yendo á ofrecer sus tesoros y su amor al Rey Salomón. Una cabellera sedosa, de un negro afelpado, daba tres vueltas en espesas trenzas en torno de su hermosa cabeza, no dejando ver más que el extremo inferior de sus nacaradas orejas.

Un obscuro vestido de lana, raído por el uso, pero de limpieza irreprochable, dibujaba los contornos esbeltos á la vez que redondeados de un busto esculpido en mármol de Paros.

Manos finas, verdaderas manos de gran señora, de dedos delgados y uñas sonrosadas, terminaban los brazos, no muy gruesos, pero de una gran pureza de forma.

—Habremos acabado el retrato, ó mejor

mía no expresaba más que una profunda meditación. La lectora, á fuerza de poner en tensión su espíritu, acababa de resolver alguna dificultad, insoluble en el primer momento.

Estaba así hacía media hora, y nada turbaba el profundo silencio de la boardilla, cuando la mujer acostada y dormida empezó á agitarse como presa de una pesadilla, lanzando al mismo tiempo gemidos inarticulados. De pronto se despertó anhelante, se incorporó en la cama con aire espantado y murmuró con voz gutural y conmovida:

—Hilda ¿estás ahí, no es cierto? ¿Eres tú á quien veo, hija mía?

La joven levantó la cabeza, y con tono perfectamente tranquilo contestó:

—Sí, madre mía, soy yo.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana han dado en

...gas vestido de blanco y resplande-
ciente de hermosura, que las santas mujeres vie-

cesorios en una boardilla de barrio tan populoso.

Al lado de esta ventana había otra abierta de par en par. En su sombrío hueco, y en el fondo débilmente iluminado del interior, se distinguía vagamente una forma humana, de pie é inmóvil.

Entremos en la casa de las dos boardillas, subamos los tramos de una escalera fétida, que no tenía por pasamano más que una cuerda pegajosa, detengámonos en el piso más alto, allí donde concluye la escalera, y donde se encuentran, una enfrente de otra, dos puertas carcomidas.

Una de estas puertas va á abrirse delante de nosotros, permitiéndonos entrar en una habitación baja y estrecha, mal alumbrada por una lámpara de cobre, colocada sobre una

al interior de la habitación, sin cerrar la ventana, se dirigió hacia la pequeña mesa donde estaba la lámpara de cobre.

Al lado de la lámpara se veía abierto un gran volumen de canto rojo, sólidamente encuadernado en badana obscura, y guarnecido con abrazaderas de cobre. Varios grabados en madera, sencillos de dibujo y de ejecución, representando figuras caprichosas, incomprensibles en apariencia, llamaban la atención en la vitela amarilla.

Era un tratado de astrología, sabia recopilación de un maestro en ciencias ocultas, que resumía las teorías de Naibod, Maginus, Origenes, y Argol, sobre el gran arte de consultar las constelaciones celestes, y de resolver según las reglas el problema de la

¡Qué grande hubiera sido Pío IX, si al sentir que su ministerio religioso era incompatible con toda autoridad política, con todo poder político, abdica esta autoridad, abdica este poder, cambia la púrpura de los césares por la toga de los tribunos; renueva en el más exaltado idealismo la fe de su tiempo; organiza evangélicamente la Iglesia de Cristo; reune los pueblos en asambleas religiosas; vibra sus rayos sobre el poder de los déspotas y el orgullo de los aristócratas y la avaricia de los ricos; llama el esclavo al derecho, el oprimido á la libertad, el desheredado á la vida; evoca la resurreccion de Italia, la resurreccion de Polonia; envia los misioneros del espíritu contra la nueva sensualidad pagana, contra el empedernido egoismo de las clases gobernantes; y sostiene con profunda conviccion que la libertad, la igualdad, la fraternidad, no han de ser solamente fórmulas evangélicas, sino tambien verdades sociales, capaces de engendrar una nueva tierra y extender sobre ella nuevos cielos de luz bendita y perenne! Entónces sí que hubiera podido celebrar la pascua del espíritu moderno; entónces sí que hubiera podido levantar su voz con acento de himno triunfal; entónces sí que hubiera podido ver á las puertas de las Iglesias de la Edad Media, el ángel vestido de blanco y resplandeciente de hermosura, que las santas mujeres vie-

ron al borde del sepulcro, anunciando que Cristo no estaba allí, que Cristo habia verdaderamente resucitado: *Resurrexit, non est hic.*

La prueba de cuanto hubiera podido hacer con estos grandes medios se encuentra en lo que hizo con medios pobres, con reformas tímidas, con ligeros, ligerísimos paliativos. Una amnistía que reclamaba la fórmula servil de prévio juramento; una comision nombrada para estudiar las reformas indispensables; una cámara consultiva que se componia de un representante por cada provincia, á propuesta en terna del legado y eleccion del Pontífice; un consejo de cien miembros que deberian dar un senado de nueve; todos estos tímidos anuncios de renovacion social, despiertan á Italia; imponen códigos liberales á príncipes reaccionarios como el de Módena y el de Parma; abren á Silicia las puertas de su calabozo; derraman aliento de libertad por los emponzoñados aires de Nápoles; obligan á los extranjeros á retirarse de Ferrara ante una protesta pontificia; arman el brazo de Cárlos Alberto por la causa de la independencia; derriban á Guizot en París y á Metternich en Viena; producen los cinco dias de Milan, que son cinco dias de redentor martirio; levantan entre los espejismos de las deslumbradoras lagunas el alma muerta de Venecia; transforman con la nueva fe los corazones más cerra-

dos á todo sentimiento religioso; infunden su antiguo valor á los italianos, y en pocos dias, de los cien mil austriacos enviados á oprimir su patria, cuatro mil son cadáveres, veintisiete mil heridos ó inútiles, los demás dispersos: que vagas palabras de libertad proferidas desde las alturas del Vaticano habian como derramado nueva sangre por las venas, nueva idea por la conciencia de la ántes aletargada Europa. Las campanas que tocáran á la oracion, sabian tambien tocar á rebato contra la tiranía.

Pero en este momento supremo, Pío IX se acordó de que era Papa, y Papa á la antigua usanza. En una guerra entre los austriacos y los italianos, aunque todo el derecho estaba de parte de éstos y toda la sinrazon de parte de aquéllos, el Papa sintió que unos y otros eran católicos. Al mismo tiempo que el rey de Nápoles abandonaba la causa italiana por tristes competencias territoriales, por el logro de un botin pendiente aún del empeño de las armas, Pío IX helaba la sangre en las venas de su nacion, negándose á mandar refuerzos y á bendecir los combatientes por la más santa de las causas, por la causa de Italia. Y luégo convocó las potencias católicas, les pidió su auxilio, les señaló el camino de Roma, las vió impasible destruir los grandes monumentos, inmolar los piadosos católicos; y entre ruinas y cadáveres volvió á sentarse en el trono

terrenal, mantenido por las bayonetas de las legiones extranjeras.

Desde el dia en que volviera Pío IX de la proscripcion á Roma, en hombros de extranjeras legiones, no podia representar el espíritu evangélico de los primeros cristianos, sino el espíritu teocrático de los antiguos pontífices asiáticos. Y todavía no saben los que profesan con fe y sinceridad la religion cristiana, cuánto podrian conmover al mundo aliándola con la libertad. En la historia moderna ha sucedido que los católicos puros detestáran la libertad, miéntras los llamados liberales católicos cayeran en la herejía, sin haber logrado ni unos ni otros reconciliar el espíritu de nuestro siglo con la religion de nuestros padres. Y el antiguo y el nuevo Testamento guardan tradiciones republicanas.

Sabido es que en la organizacion de la tribu ilustre de Judá representaban los reyes la confusion de las tradiciones mosáicas con las ideas y los ritos de los demás pueblos, en tanto que el profeta representaba con el austero vigor republicano, la idea pura de Israel. Lo repito; puede la moderna elocuencia tribunicia sacar acentos republicanos de las Sagradas Escrituras, como los sacaron aquellos fundadores de la democracia americana, cuyo renombre, á manera de todas las glorias sólidas, se aumenta con los siglos.

El pueblo de Israel pidió rey, y Dios quiso negárselo. Una y otra advertencia les dirigió á los suyos el Dios de Abraham por boca de Samuel. Un rey sólo servirá para oprimiros y para deshonraros; para haceros sus soldados, sus palafreneros y sus lacayos; para escupir su saliva á vuestra frente y mezclar su hiel en la levadura de vuestro pan; para convertir los hijos de Israel en sus bestias de carga, á fin de que le forjen así los instrumentos de guerra, como los instrumentos de labranza, y cultiven sin descanso en provecho regio, con sudor los campos de trigo, con sangre los campos de batalla. Él se llevará vuestras hijas para que le diviertan, y le perfumen, y le embriaguen con sus besos y le hechicen con sus cánticos; vosotros sembraréis, y él segará; vosotros plantaréis, y él cosechará; vosotros trabajaréis, y él gozará; vuestros campos le servirán para granjearse á sus cortesanos, y vuestras vendimias para emborrachar á sus eunucos. Vuestros ganados le pertenecerán, y vosotros mismos no pasaréis jamas de ser, bajo su cetro, un rebaño de siervos.

La emocion que una voluntariedad liberal de Pío IX ha producido en el mundo, prueba hasta qué punto las ideas progresivas descenderian sobre las conciencias de las muchedumbres si las difundiese la Iglesia. Pero ¡ah! el corazon se entristece cuando siente que si el Papa elevára su

voz contra los reyes, la elevaria en nombre de principios más reaccionarios que los principios monárquicos, en nombre de aquella teocracia, cuya tutela rompió Europa en cuanto comenzára á dibujarse la vida civil y á madurar la razon humana. Esas monarquías son hoy odiosas, porque no corresponden al estado de nuestra civilizacion y cultura, á la esencia misteriosa del espíritu moderno; pero una de las causas de la supervivencia de esas instituciones, una de las causas primeras, es el ataque tremendo que dieran á la teocracia, al predominio político del elemento sacerdotal sobre las sociedades humanas. Miéntras la monarquía creaba estos principios civiles, parapetábase la teocracia tras sus privilegios religiosos, y persistia en tener esclavizada la inteligencia. Por eso los reyes viven, porque lucharon con los Papas, porque disolvieron los templarios, porque expulsaron los jesuitas, porque opusieron á la vida teocrática la vida civil. La voz del Pontífice cuando combate la libertad de los pueblos modernos, la independencia de Italia, la secularizacion de las sociedades europeas, ¡ah! es una voz de las tumbas, que se pierde en el espíritu independiente del siglo décimonono, cuya conciencia jamas, jamas transigirá con la teocracia, con ese espectro de la Edad Media.

El hombre, capaz de soñar con restauracion

pontificia, así en contra de los reyes como en contra de los pueblos, ¡ah! es el cardenal Antonelli, á quien yo por vez primera ví el Domingo de Ramos de 1866 en la Basílica de San Pedro. A un guardia noble, que á mi lado se encontraba, preguntéle por el cardenal, y le dije que me lo mostrára al pasar. Trasladóme con amabilidad, cuyo recuerdo áun obliga mi gratitud, de un lado á otro, para colocarme entre la fila de soldados, delante de la cual forzosamente habia de detenerse el vicario del vicario de Cristo. Cierto frances, que cerca de mí estaba, acompañado de finísima é inteligente señora, asocióse á mi deseo de escudriñar la fisonomía del cardenal, desde aquel sitio, adonde le llevára ó la casualidad ó el instinto. Era muy comunicativo el frances, y hacia sobre todo miles de observaciones, graciosas unas, impertinentes otras, excesivas todas, que moderaba la señora, su compañera, con grande oportunidad. Aquel charlatan tenia un ídolo en literatura, Enrique Heine, y un ódio en política, el cardenal Antonelli.

El dia era caluroso, á pesar de ser uno de los primeros de Abril, y mi interlocutor, que acababa de atravesar jadeante la gran plaza de San Pedro, decia limpiándose el sudor: «¡Qué calor fuera, y qué fresco dentro de la Basílica! Tiene razon Heine; cuando en dias estivales y sofocantes como éste acertais á entrar en una catedral, no

podeis ménos de decir: ¡qué bella religion de verano es el Catolicismo! Al venir hácia aquí, me encontré un campesino apaleando á bíblico asno, y le dije al pobre animal, acordándome de Heine: padece, padece, que por eso comieron tus padres cebada prohibida en el paraíso. Y eso que Roma no puede compararse con el paraíso descrito por el gran poeta, donde los girasoles dan pasteles, y las aves van á buscaros ya asadas y aderezadas con la salsera en el pico.»

Yo, al oir toda aquella garrulería, dicha con los ojos puestos en mí, contrastada sólo por los tirones de manga que la señora propinaba al impío, traté de mudar la conversacion, y le dije:

—¿Conoceis personalmente al cardenal Antonelli!

—No lo conozco personalmente, pero me lo figuro. Moralmente lo sé de memoria, por haber leido á Liverani.

—No conozco ese autor.

—Es un canónigo de Santa María la Mayor, verdadero sacerdote; por su conciencia todo un hombre piadoso; por su vida todo un austero anacoreta; por su orígen un campesino convertido al sacerdocio. La agricultura es propicia á los prelados y dignatarios de la Iglesia. Sixto V no sólo fué pastor, sino hijo de jardinero. Y la escuela católica es de tal suerte pueril, que ha elevado á

cuestion de primer órden probar que guardó cabras, en vez de guardar cerdos, y que los animales puestos bajo su cayado eran, no de ajeno dueño, sino de su padre.

—¡Qué empeño tienes, Enrique, dijo la señora, en denigrar el Catolicismo en su misma capipital y en su gran Basílica!

Yo, por apoyar á la señora en sus observaciones, le dije:

—Es necesario ver estos grandes monumentos con la inteligencia llena de las ideas que despiden de cada una de sus piedras. Para ver la aljama de Córdoba, hay que inspirarse en el espíritu semítico; y para ver el Parthenon de Aténas, en el espíritu pagano.

Comprendió el frances toda la trascendencia de mi observacion, y se amostazó un tanto.

—Si algo me demuestra con demostracion irrefragable la decadencia del Catolicismo, es la nimiedad con que suele darse carácter anti-católico á toda observacion más ó ménos justa sobre el pontificado y su córte. ¿Tendrá algo que ver con los dogmas la naturaleza del ganado que guardára Sixto V? ¿Será más ortodoxo y eclesiástico el ganado de lana que el ganado de cerda?

Yo, conviniendo en la justicia y hasta en la gracia de semejante afirmacion, volví la hoja y pregunté por el libro de Liverani.

—Está dedicado al señor conde de Montalembert, que quiere la restauracion, es decir, Milan, Venecia bajo las espuelas de los croatas; el cuadrilátero puesto como una herradura austriaca sobre las armas de Italia; y todos los patriotas dispersos y errantes por el mundo.

—No estarémos mucho tiempo en Roma, dijo la señora; tus imprudencias nos expulsarán pronto.

—No temas. Hablamos en frances y no nos entienden. Un amigo que acaba de departir con el cardenal Antonelli me ha dicho que habla detestablemente el frances. Y si el cardenal Antonelli habla detestablemente el frances, figuraos cómo lo hablará y cómo lo entenderá la gente menuda.

—Hablad, hablad, le dije yo.

—Nada de extraño tiene que así Antonelli se exprese en el idioma de la revolucion, cuando se expresa igualmente mal en el idioma de la teología. En los maitines de Navidad, por 1859, cuenta el Padre Liverani haberle oido cantar *erútus de potestate tenebrarum*, poniendo el acento en la segunda sílaba, cuando debió cantar *érutus de potestate tenebrarum*, poniendo el acento en la primera sílaba.

El latin pronunciado por los franceses resulta á nuestros oidos una lengua casi ininteligible; y así es que no pude ménos de reirme al oir criticar

en tan pésima pronunciacion aquella falta de gramática.

—Lo que Antonelli sabe profundamente es economía doméstica. Sonnino, su villa natal, se ha convertido en la metrópoli burocrática de los Estados Romanos. Aquello es un plantel de empleados. Giacomo Antonelli, secretario de Estado y prefecto de los santos palacios apostólicos, natural de Sonnino; el conde Fillippo Antonelli, consejero de Hacienda, natural de Sonnino; el conde Luigi Antonelli, conservador de Roma, natural de Sonnino. Podia escribirse una letanía de Antonellis. Como Diocleciano era césar, Diocleciano pontífice, Diocleciano tribuno, Diocleciano cónsul; Antonelli es administrador, Antonelli hacendista, Antonelli diplomático, Antonelli militar, Antonelli cardenal, Antonelli enemigo de la civilizacion moderna, Antonelli monopolizador del Espíritu Santo, Antonelli Papa del Papa.

Yo comprendí que la gárrula conversacion del frances me comprometia, y como empujado por grande oleada de gentes, apartéme de aquel sitio, cuando un rumor me advirtió que venía el Santo Padre. Pasó á mi lado, deteniéndose por algunos minutos ante mí el cardenal Antonelli, juntamente con la procesion de cardenales y obispos, que en parte precede al Papa, y en parte rodea sus andas. Parecióme Antonelli alto, fuerte,

cazador y no cardenal, montañes y no cortesano. Los ojos de ave nocturna, la nariz prominente, los labios gruesos, el color cetrino, la fisonomía ruda, el carácter atrevido, la complexion vigorosa, y los ademanes y el gesto, quizá por aprension mia, acusando el hombre acostumbrado de antiguo á mandar con imperio y á ser obedecido sin resistencia. Pero debo tambien decirlo; parecióme un hombre de gran vulgaridad.

Yo recordaba mis lecturas históricas, recordaba la serie de aquellos cardenales ilustres, de aquellos ministros pontificios, descritos en la admirable historia de los Papas durante los siglos décimosexto y décimoséptimo, por Ranke, obra que tantos elogios ha merecido á los católicos más ardientes. Recordaba Gallio de Como, que dirigiera con habilidad la política en dos pontificados consecutivos; Rusticucci, tan severo en su conciencia como en su vida; Santorio, tenaz en las ideas, puro en las costumbres, enérgico para sus parientes, inflexible con los extraños, superior en su elevada soledad á todas las pasiones humanas; Madruzzi, el Caton del Sacro Colegio; Sirlet, tan sabio en todas las ciencias, y especialmente en las ciencias filológicas, que departia con los doctores y con los niños, que compraba á los pastorcitos sus haces de leña, con la condicion de enseñarles la doctrina cristiana; Cárlos Borromeo, un

santo, cuya memoria jamas se borrará del Milanesado y de las montañas que avecinan al Lago Mayor; Torres, que concluyó la Liga contra los turcos, cuya victoria se llama la victoria de Lepanto; Belarmino, el primero de los controversistas y de los gramáticos; Maffei, el historiador de la conquista de las Indias portuguesas por el Cristianismo; Felipe de Neri, el fundador de la Orden de los preclaros oradores, que parecian llamados á restaurar la religion en la conciencia de Europa, cuando el gran constructor Sixto V regaba con el agua *felice* las colinas romanas, y las hacia florecer á un tiempo con bellos jardines y grandes monumentos; cuando Fontana erigia el obelisco ante San Pedro y lo remataba con la cruz de Cristo; cuando Patrizi armonizaba la teología católica con las tradiciones filosóficas, y Moisés con Hermes; cuando Torcuato Tasso emitia los últimos acentos de la Musa católica, y el Dominiquino y Guido Reni destellaban los últimos resplandores de la pintura; y al eco de la sublime música de Palestrina, el espíritu eclesiástico se reanimaba y revivia, como llamarada próxima á extinguirse.

Grün compara el cardenal Antonelli á los prelados de Benevento, que Montesquieu juzgó con extrema dureza, y que, miéntras el papa Benedicto XIII rezaba ante la efigie de San Vicente Ferrer, corria de monasterio en monasterio, be-

saba las manos de los frailes, hácia extremas penitencias, despreciando todos los placeres y todas las pompas terrestres, dábanse á las ambiciones, á los lucros y á las locuras del mundo. El carácter del Papa es la contradiccion radical, radicalísima, con el carácter del cardenal de Sonnino, como el carácter de Benedicto XIII era la contradiccion radicalísima con el carácter del cardenal de Benevento.

Pío IX, á quien eligiera un milagro, juzgóse llamado por Dios á hechos milagrosos, extraordinarios; y desde el primer dia de su pontificado, tuvo la ambicion del bien. Extremadamente sensible de alma, epiléptico de cuerpo, incapaz de exaltados ódios, inocente en sus pasiones, puro en sus costumbres, de fantasía pronta, de lenguaje abundoso, de voz clarísima y sonora, fácil y hasta elocuente en sus improvisaciones, plácido en sus gestos, dulce y bondadoso en su mirada, místico hasta el éxtasis en sus oraciones y plegarias, majestuoso sobre el trono, artista al pié del ara, minuciosísimo en las ceremonias religiosas, amador de las humanas pompas, devoto á sus destinos históricos y á su elevado ministerio; cree, en sus más grandes equivocaciones y errores, que Dios le inspira, que le guia Dios, y que interpreta su pensamiento, y expresa su voluntad sobre la faz de la tierra.

Él no enriquece á sus parientes, no atesora dinero, no pone tasa á la limosna, no se niega á ninguna audiencia por importuna que sea, no echa ningun cerrojo á su corazon siempre abierto, ni mordaza ninguna á sus labios, vibrando siempre, en toda ocasion, la idea que vaga por los espacios más recónditos de su conciencia. Conoce de los hombres más las apariencias que la naturaleza; de las ideas más la forma que el fondo; de su poder más el aparato que el prestigio; de su autoridad más el brillo que la fuerza, y acostumbrado á vivir en regiones donde parece un Dios, gústale oirse llamar todos los dias: santo, santo, santo, y aspirar el humo del incienso. Pero en esas alturas, cuando declara dogmas de fe, cuando reune concilios ecuménicos, cuando la Iglesia entera le llama superior á los errores humanos, cuando su pensamiento es divino como el Verbo, y sus labios sagrados como los oráculos; ¡ah! la nube que pasa, la electricidad de la atmósfera, los cambios bruscos de la temperatura en Roma, frecuentísimos, influyen sobre sus nervios, sus nervios sobre su carácter, y su carácter le arrastra á ímpetus de mal humor, á genialidades bruscas, que desdicen de su bondad, y que prueban cómo ese demiurgos, ese sér sobrenatural, se halla sujeto, cual todos los mortales, á los errores y á las debilidades que nacen de los límites de nues-

tra naturaleza, y á las leyes que rigen todo el Universo.

Y bajo el dominio de este Papa que aspiraba á evangelizar el mundo, á cristianizar la democracia, hase convertido la autoridad pontificia á un absolutismo que fuera imposible bajo el imperio de los monarcas absolutos. Se estremece el ánimo considerando cómo ha caminado nuestra Iglesia á la inversa de nuestra civilizacion. Una institucion de la altísima jerarquía que ha pretendido, del ministerio altísimo que ha desempeñado la Iglesia, debia ser la luz y el calor de las almas, como es el sol la luz y el calor de los cuerpos.

Y para ser la luz y el calor de las almas debia desplegar sobre la frente del hombre, sellada con el sello de eleccion divina, las etéreas alas de un ideal espiritualista, celeste, verdaderamente sobrehumano. De esta misteriosa suerte venció al mundo latino y sojuzgó á los bárbaros. De esta misteriosa suerte, por sus tendencias á lo ideal, congregó aquellos concilios, como el Concilio de Jerusalen, donde se reconciliaron los judíos y los paganos, separados por toda la historia, y donde el Cristianismo se dilató hasta ser la conciencia de la humanidad. Por esta misteriosísima manera formuló aquella primera teología griega que difundiera el soplo creador de lo divino en la mente humana. Por esta misteriosa manera alzó los es-

clavos á la dignidad de seres religiosos, y puso los césares á servicio de los nazarenos. Elevar al hombre, educarlo en puro idealismo, hacer de su conciencia como una hostia consagrada á la divinidad en los altares del Universo, ministerio era digno, dignísimo de una religion que triunfára por su radical oposicion al sensualismo pagano y á su cancerosa podredumbre. La Iglesia en los tres primeros siglos fué una federacion democrática. La Iglesia desde el pacto de Carlo-Magno ha sido un imperio, sí, un imperio á la manera romana, miéntras comenzaba Europa á ser una federacion por el individualismo de los bárbaros. Los obispos de Roma quisieron ser césares más que pontífices; quisieron continuar bajo el amparo de la Cruz en la dominacion del Universo. Al pié de los nuevos altares como al pié de los antiguos, Roma sólo de su propia autoridad se acordaba y de encerrar los nuevos bárbaros en sus Basílicas, como habia encerrado los bárbaros antiguos en su Capitolio. Para este fin hubo ejércitos que en vez de armas llevaban plegarias, y en vez de escudos sayales; tuvo á los monjes. Tuvo sus jurisconsultos, los canonistas. Tuvo su código, las falsas decretales. Tuvo hasta un título cesarista, la donacion de Constantino. Y tuvo su emperador, el Papa. Mas no siempre el Papa ostentó este carácter; durante algunos siglos sirvió á las democracias.

Los movimientos religiosos de Roma se explican siempre por sus intereses políticos. Roma es entre las ciudades antiguas la más fiel á la religion pagana, por creer que la religion pagana es la más propicia á su poder y á su gradeza. Roma, en el diluvio de la invasion, donde mueren ahogados sus dioses, abrázase fuertemente al Catolicismo, no por ser la religion más verdadera, sino por ser la religion más opuesta á la religion de sus conquistadores, que es el arrianismo. Así Roma subleva á los italianos y al mundo contra el imperio bárbaro, apoyándose en dos ideas capitalísimas, en el catolicismo y en la república. A la unidad longobarda se opone la democracia romana. La ciudad no sólo entrega su alma á los papas, sino que pide á voces el auxilio de Bizancio; y por medio de la virtud divina de las ideas, por medio de la fatalidad geográfica de la península, reune en las islas del Tirreno, en las lagunas del Adriático, tras los Apeninos, en los desfiladeros de los Abruzos, todos los náufragos que han conservado el antiguo ideal y la antigua cultura itálica.

Imposible comprender cómo los papas se han apoderado del mundo sin comprender cómo se encuentra Italia en los siglos sexto y sétimo. La unidad bizantina, que es una sombra, en Ravenna; la unidad longobarda, que es un cetro y una

espada, en Pavía; la unidad federal, que es una religion y una democracia, en Roma. La ciudad Eterna no se defiende, no defiende la República, encontrada despues de quinientos años de imperio y de cinco invasiones bárbaras entre las ruinas de sus templos y las pavesas de sus ideas; no la defiende por los dictadores, por los cónsules, por los césares, por los magistrados antiguos, sino por los obispos, á causa de que los obispos son los defensores de las ciudades, los jefes de la plebe, los nuevos tribunos de la democracia, los únicos que tienen palabras de entusiasmo y de fe, bastantes á crear ejércitos de plebeyos, y mover estos ejércitos de plebeyos, donde se reclutan las legiones de los mártires, al combate y á la muerte. Pero se engañaria quien atribuyera la fuerza de los papas en esta crísis suprema solamente á milagros de la fe. Son fuertes porque tienen á su devocion el pueblo guerrero por excelencia, el pueblo franco. Los francos vienen á ser los soldados del Catolicismo. Cuando nosotros hicimos por el Catolicismo en su edad de vejez y decadencia, hiciéronlo tambien los francos en la edad en que el Catolicismo tenia juventud y robustez. No hay como servir una idea progresiva. Ellos, los francos, crecieron, y nosotros menguamos sirviendo el mismo principio. Pero ellos lo sirvieron cuando la Iglesia educaba á la humanidad, cuando la

Iglesia era un ideal religioso y una federacion republicana, miéntras lo servimos en Europa, despues que acabamos nuestras guerras con los árabes, nosotros que desde el siglo décimotercio representáramos por la casa de Aragon el principio civil opuesto al principio teocrático; lo servimos en Europa cuando la Iglesia se oponia en Alemania, en Holanda, en Inglaterra á la educacion de la humanidad. Los patriarcas de Constantinopla aspiraban á ser por los exarcas de Rávena los directores de la cruzada contra los longobardos. Pero los obispos de Roma mostraban la federacion de obispos á cuyo frente ellos se veian; las muchedumbres agitadas y encrespadas por las ideas católicas, y las lanzas milagrosas vibrando en manos de los francos, invencibles por su valor, dispuestos á pasar los Alpes y los Pirineos, el Rhin y el Ebro, para defender la nueva religion y sus pontífices. Hé aquí el camino verdaderamente misterioso por donde llegó el pontificado á ser el centro y la cabeza del mundo.

Luégo las crísis de la sociedad, los movimientos del espíritu humano conspiran en los primeros siglos de la Edad Media á reforzar esta primacía. Los longobardos se convierten al catolicismo, abrazan la religion de los vencidos en Italia, un siglo despues de que los godos abrazáran la misma religion en nuestra España. Desde este

momento el Papa, que ya no ha menester de los emperadores de Bizancio, se vuelve contra Bizancio, combate su monoteismo, sus iconoclastas, sus exarcas, sus legados que quieren prenderle; niégase á recibir toda sancion de la autoridad pontificia, todo cesarismo sobre su poder religioso, y subleva la conciencia católica contra el sentido heterodoxo de Constantinopla; y el patriotismo italiano, y la federacion italiana contra las reapariciones del antiguo imperio, asentado en una ciudad rival y enemiga de la ciudad eterna.

Pero en cuanto se ha separado de Bizancio, y ha alcanzado la independencia moral, tiene que destruir á Pavía y alcanzar la independencia material. No importa que los longobardos se hayan hecho católicos; no se han hecho republicanos, y el Papa es á un tiempo el pontífice del catolicismo y el jefe de la federacion. Los pueblos de Italia en esta edad, en el siglo octavo, aborrecen la monarquía, y prefieren á la monarquía la teocracia. Todas las ciudades marítimas piden al Papa que las liberte en lo civil de la tutela del rey, como las ha libertado en lo moral y religioso de la tutela del emperador. El Papa no puede por sí solo alcanzar tan grande fin; pero puede, si cuenta con su pueblo fiel y escogido, con el pueblo franco. San Leon no detuviera la cólera

de Atila, si ántes no desarmáran al gran exterminador los francos en los campos cataláunicos. Para desarmar á los longobardos se necesita la repeticion monótona, uniforme de la misma historia; que los francos hieran, maten, y el Papa entierre. En vano los mayores patriotas italianos maldicen este momento de la historia en que cae la unidad civil y monárquica de su patria para ser sustituida por la unidad teocrática del mundo. Tal vez si el reino longobardo vence y domina, fuera Italia pueblo más guerrero, nacionalidad más una y más fuerte; pero no sería, no, la nacion de la teocracia, que nutrió y educó por tantos siglos á Europa; no sería la nacion primera en la cultura moderna; no sería la patria de tantos municipios libres y de tantas ciudades republicanas; no sería, no, aquella escuela universal de música, de pintura, de escultura, donde el espíritu ha educado su sentido estético, para guarecerse en la adversidad, consolarse en el dolor, tener siempre un ideal vivo y luminoso; y como el aroma de las flores, como el cántico de las aves, como el rumor de las selvas, como el incienso de los campos, espaciarse en la celeste inmensidad, mereciendo á la Europa cristiana el nombre ilustre que llevára y el envidiable ministerio que ejerciera la inmortal Grecia en la antigua Europa.

En el año 800, Europa se levanta sobre la idea primera del Pontificado, sobre el pacto con Carlo-Magno. El Papa entrega á los francos el viejo reino longobardo, y los francos entregan al Papa el nuevo patrimonio de San Pedro. Alzado en esta tierra feudal, puede ya el Papa, despues de haber concluido con sus enemigos, despues de haber separado su ciudad de Constantinopla, de Pavía, de Rávena, que la eclipsaban, entregarse á toda su ambicion espiritual, á toda su soberanía en las almas: ser demiurgos, casi Dios; dictar sus leyes morales superiores á todas las leyes escritas; extender su autoridad sobre un dominio que no conoce límites, sobre el dominio de la conciencia humana; poner su código moral más alto que todos los códigos, su Iglesia más elevada que todas las sociedades, su voz donde no osaron los antiguos oráculos, su persona donde no estuvieron los antiguos dioses; destruir las castas por el sacerdocio concedido á cuantos lo demandan, é imposibilitar al sacerdocio por el celibato para erigirse en dignidad hereditaria; oponer fuerza moral á tantas fuerzas materiales, la unidad religiosa al fraccionamiento del feudalismo, la democracia educada en los monasterios y en las Universidades, á la aristocracia militar, que anidaba en los castillos; transformar el mundo, la tierra, como se transforma siempre la rea-

lidad, por una anterior y superior transfiguracion de las ideas.

Importará poco, muy poco, que los Papas, ora caigan en el cieno del vicio, ora se alcen á la demencia de la soberbia y pasen de la tutela de los cortesanos á los brazos de la Marozias, su fuerza no está en sus costumbres, sino en sus ideas; y hechizarán al mundo por el bebedizo de su doctrina, por el sortilegio de sus reliquias, por los milagros de sus leyendas, por la muchedumbre de sus peregrinos, por el poder de sus obispos, casi todos afincados en territorios feudales, por los comentarios de sus jurisconsultos, que inventarán miles de leyes y falsearán miles de códices, por la necesidad, sobre todo, que tiene el mundo en su niñez, el espíritu en su inocencia, de una teocracia su nodriza, su maestra, la cual le aterra con fábulas como la próxima destruccion del mundo en el año 1000, y le tiene por estas fábulas sometido y sujeto. Lo esencial de la Edad Media subsistirá: el pacto de Cárlo-Magno, un Papa sancionado por el emperador en el centro de Italia, un emperador coronado por el Papa en el centro de Alemania, y legiones de obispos feudatarios en torno de los dos grandes astros de la Edad Media, en torno del Pontificado y del Imperio.

Los obispos, influyendo tan soberanamente, gozarán una supremacía que papas y emperado-

res querrán someter á su respectiva dominacion. De aquí una lucha entre el elemento italiano y el elemento aleman dentro de la Iglesia; de aquí el célebre litigio de las Investiduras. Los emperadores de Alemania llegarán á tener papas alemanes en Roma; y los papas alemanes llegarán á ser casi todos en Roma inmolados. Por fin sube al trono el César de los Papas, Gregorio VII. Él aspirará á la libre eleccion de los pontífices, á la independencia de los obispos, á reunir y administrar todos los bienes eclesiásticos, á hacer de la Iglesia una sociedad superior al mundo y aparte del mundo, á recabar por todos los medios el sepulcro de Cristo en una guerra, cuyo símbolo sea la cruz, con un ejército cuyo general sea el Papa; y para emanciparse completamente del germanismo imperial, inventará la fábula de que el patrimonio de San Pedro es donacion de Constantino, y obligará á los emperadores, vestidos de sayal y de cilicio, á que aguarden de rodillas, temblando, una palabra de aquellos labios pontificales, que sublevan ó domeñan á los pueblos, una bendicion de aquellas manos que apaciguan ó irritan á los cielos.

Si el Papa hubiera desaparecido, Europa no se educa para la civilizacion en la Edad Media. Si el espíritu se hubiera sometido por completo al Papa, Europa sería hoy un imperio inmóvil, un im-

perio asiático, religioso, con su gran Lama en la Ciudad Eterna. Afortunadamente el principio de contradiccion está ahí para evitar estas tristes absorciones de toda la naturaleza humana por uno solo de sus elementos. Grande oposicion se abrió contra el Papa, recordándole su dependencia de la tutela civil, y el orígen reciente de la donacion que sólo debia á los emperadores occidentales. Ni la guerra, ni la paz de las investiduras aclaran nada; á pesar de las humillaciones de Enrique IV y de los proyectos de Pascual II, la naturaleza quiere que este combate se prolongue, que esta incertidumbre continúe, para que ninguno de los dos principios en lucha predomine y se sobreponga á su contrario. Así la Iglesia conserva su carácter moral, su carácter teológico, avivando el elemento idealista en el alma; y el imperio conserva su carácter político, civil, impidiendo que la autoridad teocrática esclavice todo nuestro sér. Por esta lucha el mundo occidental constituye la unidad en la variedad; la quietud en medio de la guerra; el equilibrio entre fuerzas discordes y contrarias. Todas las armonías de la Edad Media provienen de esta enemiga entre el Pontificado y el Imperio. Sin aquél hubiera sido Europa un campamento, sin éste Europa hubiera sido un monasterio. Su mutua oposicion salvó por completo la cultura humana.

Y el espíritu rebosa en Europa, y el Oriente surge cual mágico encanto para contenerlo, y los monjes predican, y los pueblos se agitan, sintiendo nueva vida despertarse en su seno, y se llenan de cruzados los caminos, y las muchedumbres no saben ni de dónde vienen ni adónde van; pero saben que algun misterio las envuelve y las sostiene, y creen que cada ciudad es Jerusalen, que cada monumento es el sepulcro, que cada estepa es el desierto; hasta que una gran parte de la ignorancia antigua se desvanece, y una gran parte de la igualdad moderna viene por la comun lucha y las penas comunes, reveladoras de la identidad y de la unidad de la naturaleza en cada hombre y en todos los hombres, que se van siervos de la teocracia, del feudalismo, y vuelven apercibidos á penetrar libres en los municipios; se van de Europa creyentes, y vuelven del desierto con la duda de Job en el alma, dispuestos á entrar en otra fase más progresiva y más humana de la civilizacion. El Papa ha creido conservar la fe agitando á Europa, y al agitarla ha despertado en Europa la razon.

El comercio es una fuerza nueva de civilizacion y cultura. Como toda fuerza social, engendra organismos políticos. Al comercio se une el trabajo. Al comercio y al trabajo, el comienzo de emancipacion en los pecheros. Nacen los consula-

dos en Italia, los municipios en España, los comunes en Francia. El Papa siente que esta evocacion de la naturaleza desvanecerá el hechizo de la fe religiosa; que estas invasiones de la democracia destruirán las aristocracias teocráticas. Como el Universo, deja de ser fuente de mal para convertirse en fuente de vida; el trabajo deja de ser maldito para convertirse en continuador de la creacion; el comercio acaba con el aislamiento de cada hombre, de cada pueblo, que engendraba la penitencia, la oracion, y comunica entre sí á católicos é infieles; el sayal, el cilicio, el saco, se truecan en gasas, en brocados, en crujientes sedas; esta aparicion de la naturaleza con todos sus hechizos en medio del mundo, presa de todos los terrores religiosos, parécele á la Iglesia obra del Antecristo, y lanza sus rayos contra la transfiguracion de la conciencia y de la vida.

Pero Abelardo ha pensado. Y el pensamiento se hace verbo en la historia. Y el verbo se hace hombre. Y el hombre donde se encarnó el pensamiento de Abelardo fué Arnaldo de Brescia, monje y soldado, tribuno y asceta, filósofo y místico, predicador elocuentísimo y consumado político, radiosa aparicion de la democracia ante los altares teocráticos, capaz de suspender por un momento la autoridad política de los Papas en Roma, como para demostrar que nada podrán las excomunio-

nes contra la razon que se emancipa, contra la herejía que toma carta de naturaleza, contra el trabajo que redime, contra el comercio que liga á los pueblos y aisla á la Iglesia. El Papa triunfa en definitiva, pero la idea de Arnaldo queda en el suelo de Europa. Ella retoñará.

La herida está abierta en el corazon de la Iglesia. Piérdese el prestigio de las cruzadas; luchan entre sí los ejércitos cristianos, miéntras la cimitarra cautiva de nuevo el Santo Sepulcro y la verdadera cruz; van los cruzados á Jerusalen, y se detienen en el camino para depredar, saquear las ciudades cristianas como Palermo y Constantinopla; quiere Federico II renovar las hazañas del rey Godofredo, y en Tierra Santa, léjos de recibir las bendiciones, recibe los anatemas del Papa: la herejía domina los territorios en donde brotára la cultura moderna, el Langüedoc, la Provenza, y engendra una guerra nacional; pelean los reyes de Aragon, que poco ántes dejaban sus dominios á la Iglesia, en favor de los albigenses; una democracia desenfrenada, semi-demagógica, compuesta de mendigos que se declaran enemigos de toda jerarquía y de toda propiedad, entra con los franciscanos en la Iglesia que, cercada de dolores, en aquella insurreccion de los reyes contra su poder, en aquellas invasiones contínuas de la herejía, apela á la inquisicion y enciende las hogueras

para difundir, como con los franciscanos, el terror sobre los aristócratas y sobre los reyes, con los dominicanos el terror sobre los herejes y sobre los pueblos.

De todos estos movimientos del espíritu humano, ¿cómo ha salido el Papa? Era jefe de la cristiandad, y es jefe de un partido, jefe de los güelfos. Era legislador por sus cánones, y tiene que ver mezclada la legislacion eclesiástica con la legislacion imperial y romana. Era maestro por los conventos, y compartirá el magisterio con los reyes. Las Universidades se llamarán pontificias y reales para educar una clase, la clase de los jurisconsultos, que trasladará la diadema del derecho divino de la frente de los Pontífices á la frente de los reyes. Transigirá la Iglesia con la escolástica; pero en la escolástica habrá más de Aristóteles, más de Averroes, más de los filósofos griegos y de los comentadores árabes, que de los padres y los apologistas cristianos.

Al acabar el siglo décimotercio comienza realmente la decadencia del Pontificado. Y no consiste esa decadencia, como escritores superficiales han supuesto, en el carácter de los Papas; consiste en el cambio de las ideas y de los sentimientos. Inocencio III, que representa la mayor pujanza de la Iglesia, es ántes de los Papas de decadencia, como Marco Aurelio ántes de Commo-

do, un gran carácter que sostiene y eleva por su propia fuerza altísima institucion, herida de muerte. Ni valor, ni inteligencia, ni virtud bastan á robustecer instituciones que se debilitan, á salvar instituciones que perecen. ¿Pudo Probo sostener con sus virtudes el Imperio Romano, ya en la agonía? Pocos hombres habrá en la historia de la elevacion de miras y de la fuerza de carácter que ostenta Bonifacio VIII. No le gana en valor San Leon, en actividad San Gregorio, en ideas atrevidas Hildebrando, en carácter Inocencio III. Él asedia en Roma la familia feudal y gibelina de los Colonnas, que durante siglos se opone al Pontificado y sirve á todos los enemigos del Pontificado; la persigue á sangre y fuego por los campos y por los montes; la acorrala en Palestrina; y allí la castiga con castigos cruentos, sin dejar una piedra en su madriguera, en la ciudad que guardaba recuerdos más preciosos de lo antiguo y obras de arte más bellas del genio moderno, ciudad, cuya destruccion llorarán eternamente de consuno las musas latinas y las cristianas musas. Pero Bonifacio VIII no se detiene ante ningun respeto humano. Reivindica Polonia, Hungría; manda sobre Italia sin curarse ni del Emperador ni del Imperio; promulga jubileos que enriquecen con legiones innumerables de peregrinos la Ciudad Eterna; excomulga y depone magistratu-

ras civiles, como si el cesarismo hubiera renacido bajo la tiara; desafía á Francia, conspira contra Alemania; pero sus enemigos se congregan en bandas armadas, lo buscan, lo encuentran, violan su ciudad, asaltan su palacio, matan sus servidores, se acercan á él, que los aguarda en el trono, con la serenidad y la inmovilidad de un Dios fiado en su omnipotencia, la tiara en la cabeza, el manto en los hombros, el báculo en las manos; y le imprimen, con el feudal guantelete de hierro, horrible bofeton en la mejilla, despues de cuya afrenta réstale sólo al Papa huir, esconderse, entregarse á otra familia señorial, á los Orsinos; y entre epilépticos sacudimientos y feroces maldiciones, morir siniestra muerte, al frenético dolor que le causáran su rabia y su impotencia. La vida y la muerte de Bonifacio VIII corroboran el dicho agudísimo y exacto del pueblo romano: «alcanzó la tiara como un zorro, dominó como un leon, murió como un perro.»

Pero su pontificado señalará eternamente la decadencia de la teocracia, que fué tutora de Europa. Divídense los partidarios del Papa, los güelfos, en blancos y negros; los teólogos, en escotistas y thomistas, en nominalistas y realistas; los Papas mismos en Papas de Avignon y Papas de Roma; las naciones católicas en naciones cismáticas; las ciencias en sectas y herejías;

los concilios en asambleas revolucionarias; los poetas en satíricos que turban la paz del alma con sus dudas y persiguen la fe con su finísima ironía, obligando á la conciencia humana á buscar en otras ideas más vivas que las ideas católicas su indispensable alimento. La Orden de los templarios, que naciera en los tiempos felices del Pontificado, que luchára por la Iglesia en Oriente sin descanso, soberana de Chypre, defensora de Jerusalen, sumisa á los Papas, es disuelta por el gran esclavo de Avignon, por el Pontífice frances, sometido á los reyes de Francia, y sus bienes confiscados, y sus fortalezas derruidas ú ocupadas por tropas reales, y sus caballeros quemados á fuego lento en los claustros y en los campos, testigos del poder y de la gloria de tan ilustre ejército. Hasta el gran poema inspirado en la teología, templo viviente del espíritu católico, consagrado, no á los combates pasajeros de los héroes, sino al viaje de las almas á la eternidad, al reino insondable de los muertos, allá en sus últimos círculos de fuego inextinguible y de perdurables penas, en lo más profundo de su infierno, casi en la boca de Satanás, pone á los Papas por enemigos de la grandeza y de la independencia de Italia.

¡Qué espectáculos! El hijo de pobre lavandera y oscuro tabernero, Rienzi, por interpretar las inscripciones romanas, por traer á la memoria

con verdadera elocuencia los recuerdos antiguos, se ve aclamado y divinizado entre muchedumbres que le llevan homenajes de patricios, de cardenales, de reyes, de emperadores, de Papas, y personifica por algunos dias el genio de la Ciudad Eterna, hasta que su cabeza, llena de vértigos, cae rodando desde las cimas del Capitolio al mostrador de un carnicero. Y el mundo ve que mascaradas de tribunos llenan los palacios pontificios; que sangrientos cismas desgarran las naciones; que genios como Petrarca se vuelven con dolor á la antigüedad pagana para pedirle su inspiracion y su valor; que hay un Pontífice en Francia, otro en Italia, otro en Aragon sobre la triste Peñíscola; que el emperador Segismundo se arroga la facultad eclesiástica de convocar la Iglesia universal; que la jefatura del mundo católico pasa de un Papa simoniaco á un pirata, de un pirata á un loco, de un loco á un epicúreo, cual sucede en la decadencia de los Imperios; que los Concilios sólo aciertan á encender los ánimos, á subvertir los pueblos, á desencadenar las guerras; que las hogueras consumen á genios henchidos de fe como Juan Hus y Jerónimo de Praga; que se desentierra á Wiclef para arrojarlo á un rio por haber pedido la pureza del cristianismo; que los soldados de la igualdad, precedidos primero de un general ciego, llamados al redoble de tambo-

res hechos de pieles humanas, derraman el incendio, la matanza, tan sólo por comulgar como los sacerdotes en las dos especies de pan y de vino; que la reconciliacion de la Iglesia latina y la Iglesia griega, obra de un momento, se rompe en otro momento; que los reyes se sobreponen á los Obispos, y la Iglesia se declara superior al Papa; que el diablo huye de las leyendas, y la naturaleza recobra sus derechos, y la antigüedad su prestigio, y la conciencia su voz, miéntras el mundo pierde la antigua fe, y los césares-pontífices su dominacion sobre la humana conciencia.

Por fin, este movimiento del espíritu humano llega á tener su idea concreta en la reforma. Así como el cristianismo no ha sido aparicion súbita y milagrosa, obra de un momento, idea de un hombre, singular inspiracion, sino resultado de toda la antigüedad, tampoco ha sido la reforma el ímpetu ó la corazonada de un fraile; el grito de un rebelde alzado en armas espirituales contra la Iglesia; la intuicion de una sola alma en parte movida por pasiones de su pecho, y en parte por odios históricos de su raza, sino el corolario preciso de las dudas sembradas por los poetas, de las ideas esparcidas por los filósofos, de la política impuesta por los reyes, de las pretensiones aducidas en los Concilios, de todo el impulso que al

espíritu humano habian dado las fuerzas vivas de la sociedad y los progresos incontrastables que á cada paso nos testifica la historia.

Cada hombre aspira á ser sacerdote de sí mismo; cada generacion á interpretar como idea que se mueve y se trasforma el dogma tenido ántes por definitivo é inmóvil; la revelacion pasa á iluminar todas las frentes, á ser el patrimonio de todas las almas; el libro cae en las manos del pueblo; desaparece la casta sacerdotal é invaden las democracias el santuario; las órdenes monásticas dedicadas á la maceracion, las reliquias, el exorcismo y la indulgencia dejan paso al dogma severo que apaga el purgatorio, exalta el infierno, y atribuye la salud del hombre á la Divina gracia. Desde este dia, el predominio del pontificado en Eûropa ha verdaderamente desaparecido, ese predominio que tanto contribuyó á nuestra educacion y á nuestra cultura. Es verdad que el protestantismo será repulsivo á la naturaleza de nuestra raza y al carácter de nuestra historia; que si pierde el Papa la mitad de Europa, nace á sus plantas para recibir su bautismo y dilatar su nombre toda la América, descubierta y conquistada por los héroes, eternamente católicos, que acababan en España su cruzada contra los moros y emprendian allende el Atlántico su cruzada contra los indios, yéndose en esquifes para volver, tra-

yendo inmensos continentes, arrojándolos como un holocausto ante las aras de la Iglesia.

Verdad tambien que la Iglesia obra sus mayores milagros, hace sus mayores maravillas cuando se ve circuida de mayores asechanzas y peligros. Nadie se cansará jamas de admirarla durante el siglo XVI. En la persona de Julio II restaura los Papas autoritarios y guerreros de la Edad Media, tan dispuestos á someter las almas con su palabra como las fortalezas con su espada. En el pontificado de Leon X despierta la antigüedad; dobla la historia; enseña la genealogía clásica de las ideas cristianas; sorprende el secreto de la belleza plástica en los monumentos antiguos; evoca las estátuas que vibran el cántico heleno en sus labios; resucita el alma de Platon sobre el sensualismo aristotélico; restaura la divina lengua hablada en los rostros; anima los bronces y los mármoles con sus inspiraciones: abre los cielos del arte; engendra en su seno los titanes de Miguel Angel, y las vírgenes de Rafael que vienen á hermosear el planeta; devuelve á la naturaleza exhausta y macerada su vida y alegría; funda el renacimiento, que compite con las edades más bellas de la humanidad, é inspira esas legiones de artistas, que quitan sus espinas á la realidad y reconcilian al hombre por la magia del genio, con la cual arrojan áurea gasa de ilusiones sobre el

Universo, hasta con los acerbos dolores y las amargas tristezas de la vida.

Católico era el mago maravilloso que volvió á llenar de seres fantásticos y hermosísimos, como en los dias de los dioses, la naturaleza y el espíritu, animados por los cánticos de su poema; católico el pensador eminente que trazó las leyes de las revoluciones y de las reacciones, que mostró el abismo insondable de odios y de crímenes encerrado en la perversion del sentimiento humano; católico el dulce poeta español que devolviera su voz á los bosques, su melodía á las auras y á los arroyos, su incienso á las flores, sus églogas vivientes á los campos; católico el jóven pintor, único en los anales humanos, que supo evocar la hermosura griega y redimir de la penitencia y de la flagelacion en sus cuadros, trasfigurándolo y embelleciéndolo, el organismo humano; católico el arquitecto, el escultor, el dibujante milagroso que coronó con la rotonda de San Pedro las sienes del Renacimiento: católica la música inmortal, que parecia haber encontrado en los abismos de las edades pasadas los acentos de David, los trenos de Jeremías; católico todo cuanto hay en el siglo décimosexto de verdaderamente bello y artístico.

Y la fuerza del catolicismo es tan grande que produce en el siglo décimoséptimo una verdadera reaccion. Los jesuitas se disciplinan como ejérci-

to, y se entregan á someter almas al pontificado; los soldados católicos inundan toda Alemania, pidiendo, como dice un grande escritor, las tierras de los vivos para los muertos; Guillermo de Orange cae al plomo de exaltado católico por el crímen de haber fundado la república holandesa; Cárlos Borromeo establece piadosa liga en los cantones de la Suiza católica para contrastar la Suiza protestante; Cárlos y Jacobo de Estuardo creen haber llegado á desterrar el protestantismo de Inglaterra; la revocacion del Edicto de Nantes lleva á Francia la larga serie de reacciones contra el humanitario tratado de Westfalia; al imperio español se le caen de las manos los pinceles de Velazquez y de la mente los sueños fantásticos de Calderon hundiéndose en abismos más profundos y más oscuros que sus tumbas del Escorial, cayendo en los hechizos de Cárlos II; Roma se sobrepone á todas las ciudades europeas con sus construcciones religiosas, con sus epopeyas como las epopeyas del Tasso, que celebran un sepulcro, y un sepulcro en manos de los infieles; y cualquiera diria que vuelve el mundo, que vuelve el espíritu á los templos y á los altares de la Edad Media.

Pero ninguna de estas reacciones pudo restaurar el pontificado. Tras de aquella reaccion vino el espíritu filosófico del siglo XVIII, que negó

hasta las excelencias del cristianismo, que se ensañó hasta en los grandes cadáveres de la historia. Y el espíritu de este siglo produjo la Enciclopedia que llevó las ideas filosóficas al sentido comun del género humano. Y estas ideas filosóficas no sólo descendieron al sentido de las muchedumbres, sino que se elevaron á los tronos de los reyes. Los jesuitas, que habian sido, como los templarios, soldados de la Iglesia, ejército permanente del catolicismo, fueron disueltos por los reyes de Europa y por los pontífices de Roma. La nueva filosofía se apoderó de Austria, que habia sido como el eje de toda la reaccion europea; y de España, que habia sostenido el catolicismo en todas las crísis humanas, y le habia dado un Nuevo Mundo en compensacion del antiguo. ¿Qué más? La idea filosófica sube hasta el trono de San Pedro, se extiende por él como nueva savia por viejo tronco. Las ideas filosóficas llenan las conciencias, las conciencias engendran nuevas instituciones, las instituciones cambian la sociedad; el derecho, que parecia vincularse en familias aparte, en castas privilegiadas, se difunde entre todos los hombres; las democracias reemplazan á las aristocracias, la revolucion á la inmovilidad; y los Papas, que en vano habian suplicado de rodillas á los emperadores de Alemania detuvieran la revolucion regalista, huyen

de Roma, y pactan concordatos con la revolucion francesa y ungen la frente del soldado de fortuna erigido en césar. El pontificado se representa, pues, en el mundo como una de esas instituciones, ántes grandiosas, despues desorganizadas por las fuerzas vivas de la sociedad. Y cuando uno de estos organismos se descompone y deshace, no puede recomponerlo ningun nuevo elemento social, ninguno. Lo han destruido las fuerzas mismas que lo engendráran. Lo ha devorado el espíritu mismo que lo produjera. El mundo pierde en él su confianza y su fe por una de esas íntimas convicciones que ni se combaten ni se contrastan; como que vienen á ser trabajo del pensamiento reflexionando sobre sí mismo. Cuatro siglos, desde la muerte de Marco Aurelio, empleó el espíritu humano en descomponer el mundo antiguo. ¿Quién lo ha recompuesto? Cuando vinieron los bárbaros, se encontraron solamente con el gran cadáver. El alma habia huido á otra institucion. Y la institucion, heredera del antiguo espíritu, es en el mundo moderno el pontificado. Al pontificado se debe la altísima autoridad, primera fuerza de cohesion empleada en reunir las sociedades modernas. Al pontificado toda nuestra más antigua disciplina social. Mas desde el siglo décimotercio el pontificado cae en la triste irremediable decadencia, que lo han trai-

do á los extremos presentes. Hoy el pacto de Carlo-Magno se ha roto. La donacion de Pipino se ha desvanecido. El dogma de la infalibilidad ha aumentado los enemigos de Roma. Interna lucha desgarra la Iglesia, que no produce cismas por faltarle fuerzas hasta para sostenerlos. Y Europa aprende en tan grande descomposicion cómo mueren y por qué mueren las instituciones más arraigadas, más poderosas, cuando cumplen el ministerio para que los engendrára la sociedad, la cual vive de contínuo produciendo y devorando organismos.

Mas Pío IX ha creido que le tocaba á él restaurarlo, restaurar el pontificado. Pues qué, ¿no le han dado vida nueva, sangre nueva muchos papas? ¿No lo han restaurado, hasta cierto punto, Julio II por la fuerza, Leon X por el arte, Sixto V por la tradicion y la disciplina? ¿Y no podria él restaurarlo tambien ¡él! elegido y exaltado por un milagro? Pero ¿qué camino escoger? Habia dos igualmente abiertos á su pensamiento, á su vista. O bien tomaba el uno, ó bien el otro; ambos sembrados de escollos. El uno iba á la idea predicada por Rosmini, á la reanimacion del antiguo espíritu evangélico en la Iglesia; y al resultado presentido por Gioberti, á la primacía intelectual y moral de Italia por medio del pontificado sobre todas las naciones. El otro camino

iba al jesuitismo. El Papa creyó, y creyó con razon, que el primer camino se le habia cerrado despues de sus desgracias de 1848. El Papa creyó que solamente le quedaba el camino de oposicion radical á las sociedades modernas y de restablecimiento inmediato de las ideas antiguas. Por eso comenzó elevando á símbolo de la fe en nuestro tiempo todo aquello que nuestro tiempo ha desechado y destruido. Por eso continuó proclamando un dogma de fe sin asistencia del Concilio. Por eso acabó arrojando en medio de la Iglesia atribulada el principio de su propia infalibilidad, es decir, el gérmen de cuasi-divinidad para él, y de eterna servidumbre para los creyentes.

Así, negar á Dios, desconocer su ley, desoir su voz en la conciencia, desacatar su moral en el mundo, ponerlo fuera del Universo y fuera de la historia, es error tan grande para nuestra corte romana como negar al Papa, como desconocer su infalibilidad, como desoir la voz de los oráculos eclesiásticos, hasta en aquellos puntos que no tocan á la fe. Aquellas apoteosis, aquellas divinizaciones, á que los antiguos elevaban sus césares henchidos de orgullo, parécense mucho á las blasfemias dichas por un escritor católico que ha sostenido la siguiente tésis: tres seres hay adorables para el verdadero creyente, Dios en el cielo, Cristo en la hostia, y el Papa en el Vati-

cano. A estos extremos lleva el dogma de la infalibilidad.

Jamas nos cansarémos de repetir que los dogmas, en nuestro tiempo promulgados, y el espíritu, que á ellos ha presidido, convierte al catolicismo de religion en secta; y al Papa, por consiguiente, en jefe de sectarios. Aquel antiguo sentido humano, por cuya virtud se asimilaba toda la filosofía y toda la historia, halo perdido últimamente. En presencia de nuestra filosofía, en presencia de nuestra revolucion, sólo ha sabido, ó retroceder, ó maldecir. Y es propiedad de las ideas casi extintas, de los sistemas en decadencia, cerrarse á todas las emanaciones del espíritu humano, á todos los progresos de la sociedad; á ideas, á progresos, que en tiempos mejores los nutrieran y los acrecentáran. El catolicismo se asimiló á filósofos paganos como Aristóteles, y á filósofos musulmanes como Averroes. En esta fuerza de asimilacion estribaba su progreso. Y el mahometismo, que no tuvo fuerza para esas asimilaciones, que tradujo á Aristóteles y engendró Averroes, sin poder apropiarlos á sus dogmas fatalistas y monoteistas, poco á poco quedó siendo el credo de una sola familia humana, la religion de una raza, el alma de imperios militares, tan rápidamente engendrados como muertos. No protegerá Dios aquellas religiones, aquellas

doctrinas, capaces de perder en su madurez el sentido humano, el sentido universal que tuvieran en su juventud. Cada movimiento del tiempo se creerá á sí mismo divino; cada revelacion de la conciencia se creerá á sí misma sobrenatural. Y no levantándose á mirar espíritu y naturaleza en su conjunto, perderá con el conocimiento de la vida el sentido de la historia. Cada secta se encierra en sí, y hace más que ignorar la historia de sus opuestas; hace más que esto, las calumnia, las deshonra, las maldice, creyendo realizar un bien, y bien eterno. Imaginad lo que será la historia del cristianismo contada por un judío. Imaginad la historia del judaismo moderno qué será contada por un feroz inquisidor. El católico apénas comprende el desarrollo de los pueblos protestantes. El protestante llama Antecristo al Papa. Leed á un griego ortodòxo, y él os demostrará que ese bizantinismo, tenido por nosotros como el extremo de la decadencia moral, hubiera salvado al mundo con su metafísica, si el mundo no cayera en poder de los leguleyos, es decir de los canonistas romanos. ¡Cómo ciega el espíritu de secta! Nosotros nos detenemos extasiados ante la Vénus de Milo. Su hermosura severísima; su majestuoso continente; la pureza y armonía de aquellas líneas, la gracia y la serenidad de aquel rostro; la perfecta posesion de sí mismo, que indica

aquel espíritu, asomado á los inmóviles ojos, dueños por completo de todos sus pensamientos y de todas sus pasiones; la serenidad de aquel perfecto tipo, bello ideal de las artes plásticas, nos extasían hasta el punto de absorbernos en misteriosa adoracion, miéntras que á un cristiano de los primeros tiempos, exaltado por su recien nacida fe, parecíale fealdad tanta belleza, y vislumbraba en ella la siniestra y deforme efigie del demonio. No hay cosa en el mundo que ilumine como el sol, que vivifique como el aire, que perfume como las flores, que regale como los frutos, que recree como los rumores y los aromas del campo, que absorba como las olas del mar, que eleve como las estrellas del cielo; y sin embargo, el misticismo ha llegado hasta engendrar en el hombre desamor, ódio al Universo.

¿Qué mucho, si encerrado cada individuo en su egoismo, cada secta en su tradicion, cada tradicion en su dogma, cada dogma en su Iglesia, cada Iglesia en su intolerancia y cada género de intolerancia en su crueldad, no llega jamas á comprenderse cómo el espíritu humano rebosa en todas las obras humanas, vário, multiforme, contradictorio á veces, sin perder nunca su fundamental unidad? Y los que miran la vida por un lado, el tiempo por una edad, la ciencia por un solo sistema, el arte por una sola escuela, el ideal

en una religion, la sociedad por un partido, la historia por una fase, la humanidad por un pueblo, jamas comprenderán el espíritu humano, que como no puede separarse aquí, en este planeta, de su primer organismo, del cuerpo en que se encarna, tampoco puede separarse, ni del hogar, ni del templo, ni del arte, ni de la ciencia, ni de la sociedad, que serán momentos de su vida, organismos de su sér, revelaciones inmanentes y perpétuas de su esencia, grados de su desarrollo, lo que se quiera; pero en cuya totalidad estamos virtualmente cada uno de nosotros, y en cuyo desarrollo está el desarrollo de nuestra propia vida. Hemos sido con los que fueron; serémos en los que vendrán. No creamos, pues, á una sola Iglesia depositaria de la verdad absoluta, ni á un solo pueblo representante del espíritu humano.

Ved por qué yo arguyo de sectarios á los católicos, porque no comprenden sino una parte de la vida, nuestra vida histórica. Cuentan solamente con lo que fuimos, no cuentan con lo que somos, no cuentan con lo que serémos. Cuando la fisiología revela cada dia un secreto de este organismo humano, abreviado Universo; cuando la química llega á tener la fuerza de descomposicion y recomposicion de la naturaleza; cuando la astronomía nos comunica directamente con lo infinito; cuando prodigiosos descubrimientos nos entregan

el rayo para que lo vibremos en nuestras manos, cual lo vibraban los antiguos dioses; cuando la tierra en que vivimos nos ha contado su ancianidad por medio de sus evoluciones geológicas, y el cielo que nos envuelve ha revelado en el espectro solar la fundamental unidad del Cósmos: en este crecimiento de la naturaleza humana y del espíritu humano, junto á un derecho que nos dice á todas horas la igualdad fundamental de los hombres en la sociedad, y junto á una ciencia que nos dice la igualdad fundamental de los seres en el Cósmos, ¿creeis puede satisfacernos una religion cuyos dos últimos dogmas, en vez de espiritualizar la vida, de idealizar la fe, nos enseña el privilegio y la excepcion de dos criaturas humanas; privilegio y excepcion incomprensibles para la inteligencia, é inverosímiles en la universalidad de la naturaleza?

Así la sociedad, la ciencia, la vida andan por un camino; y por otro completamente opuesto el catolicismo. La córte pontificia sólo se alimenta de la tradicion. La ciencia católica es la arqueología. En Roma, en la Roma pontificia, se oye por todas partes un rumor elegiaco. Sobre las ruinas materiales álzanse la ortiga, el jaramago; sobre el jaramago y la ortiga las ruinas morales. El Viérnes Santo parece el dia eterno de esta ciudad singular, el dia en que el corazon está desolado,

el santuario desierto, los cirios extintos, las aras desnudas, los altares velados, y el cántico de Jeremías resonando á la contínua por aquellos templos henchidos de evaporaciones de lágrimas. Yo recuerdo que aquel dia, despues de haber asistido por la mañana á la Capilla Sixtina, fuí por la tarde á la Via Apia, á la via de los antiguos sepulcros. Un momento me detuve á contemplar la entrada de las catacumbas y á recoger las benditas inspiraciones de sus cenizas. Parecíame que las almas de los mártires renacian al conjuro de mi evocacion y me acompañaban por aquel camino de tristezas y desolaciones. Alguna vez involuntariamente volvíanse los ojos á la ciudad, donde se dibujaban sobre las formidables ruinas paganas las aéreas rotondas católicas. Roma á la espalda, la cordillera sabina al frente, el desierto en derredor, los acueductos interrumpidos por todas direcciones, el camino de los siglos bajo las plantas, el cielo de las contínuas plegarias sobre la cabeza, cuatro leguas de sepulcros abiertos á la contemplacion; el pastor ó el fraile interrumpiendo con su pintoresca presencia ó su religioso saludo el viaje, os hacen creer que descendeis realmente á la region de las sombras, á los abismos de la historia. Esperais el dantesco guía que ha de conduciros. A la derecha las catacumbas de San Sebastian, donde duermen los mártires, y

á la izquierda el Circo Máximo, donde los mártires fueron inmolados. Unos pasos más adelante el sepulcro de Cecilia Metella, que recuerda los últimos dias de la República, sepulcro formidable, especie de fortaleza sobre la cual han levantado nuevas fortalezas otros tiempos, como nuevas leyes se han erigido sobre aquellas leyes y nuevas instituciones sobre aquellas instituciones. Las piedras agrupadas en ese monumento, bruñidas por el ardiente sol del Lacio, han resistido á la corriente de los siglos, á las pasiones de los hombres, como la República á todos los movimientos políticos de la historia. A un lado y á otro piedras desprendidas de grandiosos monumentos, bajos relieves hermosísimos, restos de templos, restos de tumbas, cadáveres de pasadas civilizaciones, como si aquel campo fuera el campo de batalla, donde en lejanos tiempos peleáran, no ejércitos de hombres, sino ejércitos de mundos y planetas. Andais un tanto y veis el sepulcro de Séneca. La tiranía no quiso oir las quejas de su víctima, y el arte se ha burlado de la tiranía dejando en el bajorelieve una protesta que los siglos repiten, contra la crueldad de los tiranos. Yo, que acababa de hollar el polvo de las catacumbas, no pude ménos de poner mi mano sobre las piedras de aquel sepulcro. ¿Cuántas ideas de los antiguos estóicos y cuántas ideas de los primitivos cristianos

formarán la urdimbre de nuestra fé, de nuestra moral? ¿Qué arma habrá engendrado la ley á cuyo imperio me hallo sometido? ¿Qué apóstol ó qué mártir habrá levantado el altar de mis creencias? Inútil empeño. No le pregunteis á la nube de dónde se ha evaporado, ni al rayo de dónde se ha encendido, ni á las moléculas que recorren vuestro organismo dónde se han formado; el Universo es el laboratorio de la vida, y la conciencia universal es el laboratorio de la idea. Así, unos las engendran, otras las expresan, éstos las predican, aquéllos mueren por ellas; y los mismos que las contrarían y las combaten, las sirven sin quererlo, hasta que pasan á ser el sentido comun de la sociedad.

Los sepùlcros, sobre todo aquellos sepulcros de edades apartadísimas, podrán guardar huesos frios; pero guardan tambien ideas vivas. En la milla quinta de la Via Apia, *regina varium*, no léjos de antiguo túmulo circular, rematado por torrecilla de la Edad Media, se extienden las fosas de Cluilio, donde la tradicion, despues confirmada por Dionisio de Halicarnaso, pone el campo de batalla entre Alba y Roma, la tumba, por consiguiente, de los Horacios y de los Curiacios. Pueblos primitivos del Lacio, al ver tantas ruinas, que parecen como vuestros esqueletos, no puedo ménos de recordar los bellísimos

dias de las ferias latinas, cuando os congregabais sobre las montañas de Albano para ofrecer sacrificios, y de allí ibais á la selva albanea para escuchar los cantares de los faunos; y de la selva á la gruta de Tívoli, para interrogar á la fatídica Sibila; y miéntras vuestras mujêres celebraban en primavera, cuando el cielo sonrie y la naturaleza resucita, las fiestas palilias en honor al Dios de los apriscos, ceñidas de follajes, coronadas de guirnaldas, bebiendo entre cánticos religiosos la leche áun caliente en copas recien talladas de las seculares encinas; vosotros sólo os acordabais de la naturaleza que os rodeaba, como si más allá de la naturaleza no hubiera otra vida ni otros seres.

Mas acaso las creencias que han sustituido á vuestras creencias no se acuerdan bastante de que existe la naturaleza vívida, inmortal. Hoy la nave griega, trayendo mercancías é ideas, no ancla en vuestros puertos; los dioses rientes y cantores no corren por vuestras campiñas; el desierto se ha tragado hogares y templos; las batallas han esparcido hasta los mudos é inmóviles habitantes de las tumbas.

El Viérnes Santo, consagrado á la muerte; la Via Apia, camino de sepulcros; Roma, la gran necrópolis; todo, todo me habla contínuamente de los muertos, y todo me convida á pensar en este gran misterio. Nos imaginamos en la natu-

raleza monarcas absolutos, y vivimos bajo leyes que no conocemos apénas. ¿Por qué esta interrupcion de la muerte? ¿Por qué esta oscura piedra del sepulcro rodada de abismos insondables al borde oscuro de otros insondables abismos? Consolémonos. La dinámica natural no se interrumpe. Cuando nosotros dejamos el cadáver en la tumba y nos volvemos doloridos á pensar en la muerte de aquel sér, la corrupcion del cadáver es nueva forma de existencia, nueva funcion de vida, nuevo gérmen de seres. ¿Falta de jugos nutritivos en el estómago, falta de sangre en las venas, falta de oxígeno destruirán al hombre que se proclama dueño de la inmortalidad? Cada organismo humano es un pequeño universo en medio de la totalidad del universo material y moral. Por la nutricion, por la respiracion, por el cambio contínuo de moléculas, absorbemos la vida de la naturaleza; como por la síntesis, por la generalizacion, dilatamos nuestra alma concreta é individual en el espíritu humano. Como la luz y el calor se identifican en el universo; como el tono grave y el tono agudo se combinan en la armonía; como las exhalaciones carbónicas de la respiracion animal y las exhalaciones oxígenas de la respiracion vegetal en la atmósfera, combínanse la vida y la muerte en nuestro sér. De estos contrasentidos resultan los mayores goces de la vida. El

deseo no satisfecho es una pena. El amor es deseo no satisfecho, deseo inextinguible, y el amor es una felicidad. En el momento en que el deseo se acabára, acabárase tambien el amor. Y el deseo satisfecho deja de ser deseo. Hay, pues, que conservar el deseo para conservar el amor; hay que conservar la pena para conservar la felicidad. Hay que conservar la muerte para conservar la vida. La muerte es una resurreccion.

Comprendo cuán sublime es el simbolismo de la Iglesia al celebrar la Pascua de Resurreccion. Dia de universal regocijo este dia. Cae en la estacion de las resurrecciones. El calor vivificante renace y abriga á la aterida tierra. Las nieves se derriten y envian sus claras aguas á los rios. El campo se cubre de verdura, la verdura de flores, las flores de mariposas. Los almendros, los manzanos, los limoneros y naranjos semejan otros tantos ramilletes. Las aves se entregan á sus cánticos y á sus amores. Hínchanse las yemas de savia, y las larvas se trasforman en pintados insectos. Sale de su agujero la hormiga, y la abeja de su panal. Las torres, que durante tres dias estuvieron mudas, echan al vuelo sus campanas. Vístense los campesinos de fiesta. La Vírgen-madre, ántes llorosísima, se ciñe de guirnaldas para salir al encuentro del hijo de sus entrañas. En la procesion de la mañana de Pascua, por nuestros

campos y nuestras aldeas todos á una entonábamos el cántico de la resurreccion: *aleluya*, *aleluya*. Parecíanos ver el Crucificado erguirse sobre su lecho de mármol, rasgar el sudario, quebrar la losa, volver á la vida, resplandeciendo de alegría. Las amapolas eran más rojas, las flores del almendro más sonrosadas, el aroma del azahar más penetrante, el cántico de las aves más sonoro en este dia á nuestros sentidos perfumados por la miel de santo misticismo. Yo declaro que veia la naturaleza más hermosa. No me extraña esta interior vision del mundo externo. Me han asegurado piadosos viajeros haber oido, atravesando las cordilleras de los Andes, palabras místicas á esas aves, que remedan las articulaciones de la voz humana. Convertimos el universo en verbo de nuestro pensamiento, y sus rumores en eco de las palabras murmuradas por la conciencia á nuestro oido. ¡Santa alegría de la mañana de Pascua, bendita, bendita seas!

Comprendo que el doctor de la epopeya alemana, despues de haber sentido todos los dolores y miserias de la humanidad; despues de haber tocado todos los desengaños de la ciencia; al ver su frente coronada de dudas y su corazon coronado de espinas, pensase en apurar el tósigo, y sólo apartára la funesta copa de los labios al eco de las campanas que anunciaban la resurreccion; de las

aleluyas que anunciaban la Pascua; de los cánticos sagrados cuya virtud puede reconciliar á la desesperacion con la naturaleza y con la vida.

El dia de Pascua en Roma seguí yo todas las ceremonias religiosas. Escuché al amanecer el alegre repique de sus innumerables campanas; fuí á la basílica de San Pedro; atravesé la gran columnata del Bernino; oí el rumor de las dos fuentes que envian á las alturas sus aguas en surtidores, verdaderos arroyos; contemplé el obelisco de Calígula traido á Italia por la mayor nave de toda la antigüedad; subí la majestuosa escalinata que conduce al templo, y penetré en su interior con el espíritu regocijado por el recuerdo de mis antiguos afectos é ilusiones en el dia de Pascua. No me asaltó la comezon de crítica que suele asaltar á todos los visitantes de la basílica Vaticana. Como en ella se han empleado tan fabulosas riquezas, como han contribuido á ella los primeros arquitectos del mundo, no hay quien resista la tentacion de criticarla. Irrealizable idea, dicen unos, la idea de Bramante, que propuso una cúpula mayor aún que esta cúpula. Grande lástima, exclaman otros, no se realizára el pensamiento de Rafael, la cruz griega, que permitiera ver la rotonda desde la entrada en el templo. Variedad, riqueza le quitó Miguel Angel, observan algunos, oponiéndose al plan de San Galo, por-

que tendia en sus pirámides y sus cúpulas al gótico, abominado en la pagana Roma; miéntras todos observan que la ilusion óptica contraría el efecto de la iglesia; que su grandeza no puede comprenderse á la primera ojeada; que la inmensidad de sus dimensiones daña á la hermosura artística; que el fondo se ve desde la puerta envuelto en una especie de engañoso vapor; que se necesita andar los doscientos pasos en torno de las colosales pilastras, sustentáculos de la inmensa linterna, para conocer en virtud del análisis toda la magnitud de esta iglesia única; que la riqueza de mármoles y bronces pasma, pero no extasía; que las violentas estátuas señalan época ya de triste decadencia, y época de triste decadencia tambien señala el altar mayor con sus columnas salomónicas, y la Santa Sede romana con los colosos en bronce dorado, representando cuatro Padres de la Iglesia, cuyos mantos henchidos deben estar por huracanes, segun se agitan, y el Espíritu Santo resaltando en trasparentes cristales de color amarillo, que parece paloma caida en gigantesca fuente de bien batidos huevos.

No busquemos en la iglesia Vaticana el misticismo que se exhala de nuestras catedrales góticas: la piedad retratada en el rostro de las estátuas y de las efigies que nacieran de espíritus puramente católicos; el misterio de aquellos rayos

de luz cernidos por los vidrios de colores y quebrados en las agudas ojivas, no; el genio clásico, el espíritu clásico alzó el templo romano en ideas apartadas del ferviente espíritu católico, en ideas paganas; y la grandeza de los arcos semejantes á los antiguos arcos triunfales; y la elevacion de las áureas bóvedas; y las dimensiones de la maravillosa rotonda; y la riqueza de los mármoles cuyos matices tiran desde el blanco perla al ópalo, desde el ópalo al rosa, desde el rosa al lila, desde el lila al amatista; y el relumbrar de los bronces brillantes como el oro nativo; y la riqueza de los mosáicos que en piedra representan con vivísimos colores los más preciados cuadros; y los altares en su lujo, y las estátuas en sus gigantes nichos, y los ángeles abriendo por do quier las alas, y los Papas tendidos sobre sepulcros de tan diversas formas y de tan contrarios siglos, forman realmente, si no un templo católico, uno de los monumentos mayores que sobrelleva la tierra.

El Papa bajó á la Basílica. El aparato que le rodeaba el Domingo de Ramos habíase agrandado en el Domingo de Pascua. El número de obispos y arzobispos era mucho mayor. Llevaba Pío IX una capa blanca, recamada de riquísima pedrería, y coronaba su cabeza con la tiara de oro, en la cual iban sobrepuestas tres coronas de brillantes. Conducido á su sede, entonó la misa mayor con voz

melodiosa; y despues de la misa, adoró las santas reliquias con extraordinario arrobamiento. Cumplida esta práctica, subiéronle á la ventana mayor de San Pedro, mostráronle á la gran plaza, henchida de gentes. Sus brazos se abrieron como si quisiera abrazarnos á todos, su voz tomó extraordinaria intensidad, y Roma y el orbe entero fueron bendecidos por su palabra y por sus manos. Yo, en medio de las exclamaciones de aquella muchedumbre, del sonoro repique de las campanas, del estampido de los cañones, del himno exhalado por tantas músicas, de la alegría pintada en tantos semblantes, pensaba cómo realmente aquella bendicion podia dirigirse al orbe entero; cómo alcanzaba desde las regiones boreales hasta las regiones del trópico; y cómo entraba en todos los pueblos, hasta en aquellos que más emancipados se creen de la Iglesia católica: en Inglaterra, por los irlandeses; en Rusia, por los polacos; en la América sajona, por los Estados del Sur; en Alemania, por los bávaros; en todo el mundo por las antiguas colonias portuguesas y españolas, que han sembrado de iglesias el África, el Asia, la América, y han enseñado el símbolo de Nicea, así á los indios del viejo como á los indios del nuevo continente.

Si con todas estas ceremonias quieren mostrar que Roma conserva su predominio antiguo sobre

el mundo, á maravilla lo consiguen. Ninguna ciudad tiene este poder. Ninguna envia sus bendiciones desde los palacios de París hasta las cabañas de Patagonia. Ninguna muestra su primer magistrado bendecido en todas las lenguas, adorado en todas las regiones, puesto á la altura de verdadero Dios. Ninguna puede decir que sus leyes son el código moral de una parte considerable del mundo; que su rey reina en las conciencias de pueblos diseminados por todo el orbe. Los obispos son verdaderos prefectos encargados de sostener la superioridad moral de Roma sobre todas las naciones. Tributarios somos, tributarios como las antiguas provincias romanas, tributarios del césar espiritual que nos bendice ó nos maldice á su grado, desde su inmenso santuario del Vaticano. Ántes oponíanle las várias Iglesias, las várias nacionalidades, sosteniendo la rica variedad de la vida bajo la unidad pontificia, algun freno. Hoy no tiene freno alguno. Hoy, declarada la infalibilidad, el Papa es toda la Iglesia. En vano los obispos reunidos en Fulda advirtieron el enorme riesgo que corria la unidad del catolicismo; en vano el prelado de Orleans, tan entusiasta del Papa, calificó de peligrosa novedad los nuevos dogmas; en vano el elocuentísimo Strossmayer, que tan enérgicamente protestára contra la ruptura del concordato austriaco, hizo vibrar su gran

palabra en los oidos del episcopado para separarle de vergonzosa abdicacion; en vano Döellinger apeló á toda su ciencia en demostracion de que diez y ocho siglos no vieron apuntar tamaña monstruosidad, sino por los concilios de Letran, verdaderas antecámaras del rey de Roma; en vano el Padre Gratry probó que el Papa Honorio habia sido condenado en el sexto concilio ecuménico por tender á la herejía de los que negaban las dos naturalezas en la persona de Cristo; en vano el Cardenal Schwarzenbeg recordó que tras las pretensiones de Bonifacio VIII, al dominio absoluto de la conciencia y del mundo, vinieron disentimientos, guerras religiosas, cismas, servidumbre para el Pontificado, todo en vano: una Asamblea cohibida por servil reglamento, impulsada por contínuas proclamas del Papa, puesta bajo el influjo de invasor jesuitismo, incapacitada de tener la unanimidad moral indispensable en la proclamacion de los dogmas, pues ciento cuarenta obispos, los más elocuentes, los más autorizados, los de mejores diócesis se oponian; una Asamblea en tales condiciones llegó, entre grandes protestas, despues del retraimiento de los conciliares más célebres y más ilustres, en tarde tempestuosa, que semejaba prematura noche, á la divinizacion de Pío IX, superior desde entónces ¡él sólo en la tierra! como Dios extraviado

por nuestras bajas regiones, superior á los errores y á las debilidades propias de nuestra limitada y fragilísima naturaleza.

La antigüedad tenía tambien sus apoteosis. El hombre, que habia llegado á césar, no se contentaba con ser césar, y aspiraba á Dios. El Senado se reunia y decretaba la divinidad á sus tiranos. Cónsules, sacerdotes, vestales, corrian en torno del césar, le coronaban, le ponian sobre un altar, le trenzaban guirnaldas, le degollaban víctimas, le ofrecian cánticos sagrados y olorosa mirra, celebraban su nacimiento y su inmortalidad con innumerables fiestas. Pero la igualdad de la vida, la igualdad de la muerte, la implacable igualdad que nos muestra á todos, hijos de la tierra, sujetos á idénticas leyes, decian que esas apoteosis, léjos de elevar á un hombre sobre el nivel de los demas hombres, le empequeñecian hasta ponerlo muy por bajo de nuestra naturaleza. El dolor y el esfuerzo, la pena y el error, están en la condicionalidad, en las limitaciones humanas. Y por consiguiente, los hombres-dioses caen pronto, muy pronto, como cayeron los Faraones y los Nabucodonosores. Casualmente las edades de las apoteosis fueron las edades mortales al paganismo. Despues de haber entrado los hombres en el cielo, salieron los dioses. Los pueblos dejaron de ir al templo de Délfos, donde se veian las cimas

del Parnaso, donde se escuchaban los rumores de la fuente Castalia, donde hablaba la Pitonisa en versos que contenian los secretos del porvenir, donde se celebraban los juegos píthicos y las asambleas anfictiónicas, donde Apolo derramaba luz sobre la frente, é inspiracion sobre el alma de la madre Grecia. Inútilmente un sabio, filósofo, orador, poeta, guerrero, héroe y artista, Juliano, quiso restaurarlo, idealizarlo, rejuveneciendo el viejo dogma con la nueva metafísica; los sacrificios se interrumpieron, las aras se destrozaron, el paganismo se extinguió, porque habiendo comenzado por la divinizacion de las fuerzas naturales que rigen el Universo, concluyó por la divinizacion de los césares y de los pontífices.

¡Dia de Pascua en Roma! Despues de haber asistido á la misa católica, á las bendiciones pontificias, preguntéme á mí mismo si en realidad algo ha resucitado en estos últimos tiempos sobre aquella tierra, sobre la tierra de la resurreccion en el siglo décimosexto, sobre la tierra del Renacimiento. Aquí está Galatea, allá Psíquis, acullá las musas danzando en torno del antiguo Parnaso; en una parte las escuelas de Aténas, más vivientes y más bellas que lo fueran jamas en la misma realidad; en otra parte las sibilas alzadas á las cimas de lo sublime para promulgar

los oráculos; en un museo Diana, con la media luna sobre la frente, el arco entre las manos, seguido de sus ninfas, y saludada por las selvas; en otro museo la aurora abriendo las puertas eternales al dia; por doquier, en los arcos triunfales y en las serenas estátuas, renaciente, resucitada la plástica antigüedad en toda su serena perfeccion.

Pero la Edad Media no ha resucitado. Por más que se haya sostenido la supremacía política de la Santa Sede; el predominio del clero sobre las demas clases sociales; la direccion de la política europea en los papas; el carácter religioso y feudal del antiguo patrimonio de San Pedro; la inquisicion para la conciencia, la censura para el pensamiento, la mezcla de la autoridad temporal y la autoridad espiritual en una sola persona; el anatema inapelable sobre el Estado independiente, sobre la escuela láica, sobre el matrimonio civil, sobre la libertad religiosa y de imprenta; la Edad Media no ha resucitado, no ha podido resucitar en Roma ¡Oh pontífices! Los dioses que quisisteis aniquilar se han levantado, si no en el cielo de la religion, en otro cielo hermosísimo, en el cielo del arte; miéntras el espíritu de la Edad Media, que intentais resucitar, se hunde cada dia más en lo pasado. Renace todo cuanto maldecisteis, muere todo cuanto vivificasteis.

¿No dice esto nada al Papa infalible, al Dios del Vaticano?

Mas no seré yo quien peque de exclusivo é intolerante. El siglo décimoctavo, en su obra de destruccion, pudo, mirando la vida por uno solo de sus aspectos, creer en la necesidad de destruir toda la Edad Media. El siglo décimonono, en su trabajo de reconstruccion, de reconciliacion, no puede, no, decir que diez siglos, mil años, han sido inútiles al progreso humano, y no han dejado nada en el fondo de nuestra civilizacion y cultura. Aquella tendencia espiritualista, aquella tendencia idealista de los siglos medios debe renacer en nuestro siglo, sin su carácter exclusivo, reconciliándose con la naturaleza y con la ciencia. Necesitamos, para que esta nuestra civilizacion sea perfecta, encender en su cima la clara luz y el fuego purificador de verdadero idealismo. Los milagros se repiten todos los dias en las ciencias naturales, en las ciencias exactas, en las ciencias físicas, en todo aquello que tiene por objeto lo material y lo sensible. Sabemos observar, sabemos calcular como ningun otro siglo. ¿Pero sabemos con igual perfeccion sentir, sabemos pensar? Conocemos el sol, estamos seguros de que su volúmen es un millon cuatrocientas mil veces mayor que el volúmen de la tierra; y que andando sesenta kilómetros por hora, tardaríamos dos-

cientos setenta años en llegar á su ardiente superficie; y que puesto el grande astro en el platillo de una balanza, habria necesidad de poner para su equilibrio trescientos cincuenta mil globos terráqueos en el otro platillo; sabemos todo esto del sol, que á tan larga distancia se halla de nosotros; y apénas sabemos nada de la conciencia, de ese sol interior, que en nosotròs mismos llevamos y tenemos eternamente.

Estas maravillas de las ciencias físicas no se interrumpen. Ora descubrimos en la Via Láctea fenómenos que casi escapan al dominio de nuestra dinámica; ora sabemos los cambios que en veinte años ha tenido la nebulosa de Orion. Conocemos el curso de las edades en el planeta; la aparicion de las primeras especies; el despertamiento de los infusorios en los bancos marinos formados durante la época oceánica; las causas de la milagrosa vegetacion, reveladas por los terrenos carboníferos. Miéntras la astronomía nos relaciona con el Universo y la geología evoca recuerdos del mundo histórico, la química revela secretos de la vida. Priestley descubre el oxígeno. Lavoissier descompone el aire y halla en su seno el gas que favorece y el gas que contraría nuestra existencia. El encuentro de virtudes, ocultas ántes, en los minerales impulsa la agricultura, como el encuentro de un gran número

de alcalóides, ántes desconocidos, da nuevos recursos á la medicina. La electricidad viene á colaborar en estos prodigios. Desde los misterios de Cagliostro vamos á las claras experiencias de Galvani, que presta movimiento con sus centellas eléctricas á miembros de animales muertos; desde las experiencias rudimentarias de Galvani al conocimiento de la electricidad y de sus leyes, merced á haber puesto Volta maquinalmente un pedazo de periódico humedecido en sus labios entre las planchas de zinc y las planchas de cobre, descubriendo su maravillosa pila, hasta que, perfeccionados todos estos descubrimientos, encontrada la gran fuente de electricidad por los progresos conseguidos en la pila de Volta, Morse, un hombre perteneciente á la raza de Franklin, el primero á quien la naturaleza creyera digno de recibir en sus manos el rayo, ántes reservado á los dioses; Morse inventa el telégrafo, y pone el fluido electro-magnético, alma de las pavorosas tempestades, bajo la mano del hombre.

Al pensamiento humano, á pesar de su infinita intensidad, le faltan fuerzas para seguir todos los adelantos seguidos por el vapor, y el magnetismo, y la electricidad, y el descubrimiento de nuevos gases, y la composicion de sustancias químicas, y las exploraciones de los telescopios en el cielo, y las exploraciones de los viajeros en la tierra, y la

ascencion á la atmósfera, y el descenso, así á los abismos de las minas como á los abismos de los mares, y las clasificaciones de las especies muertas como de las especies vivientes, y el progreso de la fisiología que estudia nuestro cuerpo, y el progreso de la cosmología que estudia el universo.

Pero ¿puede gloriarse de igual grandeza moral, de igual grandeza espiritual? ¿No peca, sin duda alguna, por exceso de materialismo como el antiguo mundo clásico? ¿No peca por olvidarse del alma que lleva dentro de sí mismo y del Dios que anima el Universo? Es necesario, indispensable, elevar á los ojos de esta civilizacion materialista un grande ideal. Yo conozco cuánto se oponen á ello las vocaciones exclusivas. Así como hay oidos que no perciben las armonías de la música, ojos que no ven las bellezas de los cuadros, hay almas que no sienten necesidad de la religion. Pero las sociedades humanas ¡ah! no pueden ser exclusivas; las sociedades humanas contendrán siempre como el derecho, como el arte, como la ciencia, como el trabajo, ese otro término de la misteriosa serie de su vida, la religion. Pero á medida que los progresos materiales son mayores, el espíritu religioso, como la inspiracion artística, deben tender más vivamente al idealismo. Y el Dios del Vaticano, especie de ídolo material, vestido de brocados, coronado de diamantes, en-

vuelto en nubes de incienso, embriagado por palabras que saben á las antiguas apoteosis cesaristas, no responde á las necesidades de nuestra época, ni apaga con sus ideas teocráticas la sed inextinguible de nuestro espíritu. En Roma, á la sombra de tantos templos, entre aquel laberinto de altares, á la vista de las innumerables cúpulas por donde han subido como por su escala misteriosa innumerables oraciones al cielo; sobre las ruinas amontonadas en aquellos campos sacratísimos por los devastadores siglos; el pensamiento deja rodar en desórden al viento de todas las ideas los dioses muertos, y se eleva á considerar el Dios vivo, uno, absoluto, eterno; sér, esencia, verdad, bien, hermosura; el Dios de la naturaleza y del espíritu, que se alza sobre todos los cambios, sobre todas las trasformaciones de la historia, y comunica á nuestra alma la esperanza inefable en la inmortalidad.

Esta grande idea crece con el crecimiento de las conciencias, y se purifica con su purificacion. Las revelaciones no han concluido, no, por más que algunos crean agotada su fuente. Los tiempos de la razon ahora comienzan, y no sabemos cuánta luz y cuánto calor la razon tendrá en su seno. El Zeus indio, nacido al pié de aquellas altas montañas, perfumado por el aroma de aquellas espesas selvas, no se detuvo en su cuna de palmas, sino

que yendo de gente en gente, trasfigurándose de nacion en nacion, llegó á la cima del olimpo griego. Y un dia, en los pueblos educados por su sagrado númen, brotó la revelacion de la unidad de la conciencia humana, complemento necesario á la unidad de la naturaleza divina, que se revelára entre los relámpagos del Sinaí. Y estas dos ideas altísimas fueron creciendo, espiritualizándose en los diálogos de la Academia, al influjo mágico de la elocuencia platónica, como una infusion de la divinidad por las venas del hombre. Y cuando el pensamiento, extendiéndose, dilatándose, bajó de la metafísica á la moral, y de la moral pasó al derecho, fué necesario universalizarlo en la mente de las muchedumbres, dárselo en comunion á los pueblos para que tanto trabajo no se perdiera, para que tantas revelaciones no quedáran como ideas sin realidad y sin forma en las vagas abstracciones de las escuelas. ¡Ah! La idea en su generalidad, en su pura abstraccion, parece espíritu sin cuerpo: no agita los ánimos, no alarma los intereses. Pero la idea, predicada al aire libre, dicha en los oidos de los pueblos, rompe con el sentido general de su tiempo y provoca las iras de la supersticion y de la ignorancia. Por eso el Redentor es necesario, el Redentor que ha nacido para divulgar la idea, que la lleva viva en el corazon, que la modula como plegaria incesante en

sus elocuentísimos labios, que la reparte entre el pueblo, que enciende las iras de los viejos ídolos y de las inmóviles castas, que da su vida en afrentoso suplicio por los débiles, por los humildes, por los oprimidos, por los desheredados del mundo. Y la religion del Redentor se encarna en una Iglesia, que al pronto cree ser órgano de un solo pueblo, de una sola casta; pero luégo se abre á la invasion de todas las razas, al influjo de todas las ideas, por medio de un genio, que tiene la virtud de los innovadores, la elevacion de los filósofos, la elocuencia de los apóstoles, el heroismo de los mártires. Y la revelacion nò se interrumpe. Unos le llevan el espíritu judío y semita; otros el espíritu heleno-latino; otros el espíritu alejandrino. Las cuatro misteriosas ciudades, que tenian en sus manos la trama de la civilizacion europea, Jerusalen, Roma, Aténas, Alejandría, hablaron, y sus palabras fueron recogidas, y elevadas al cielo por el divino Verbo. Y nò se interrumpió la serie infinita de las revelaciones; porque vino la revelacion del arte en el renacimiento, la revelacion de la ciencia en la filosofía, la revelacion del derecho en las grandes revoluciones, cuya electricidad ha creado de nuevo al hombre y traído en lenguas de fuego un espíritu divino sobre su conciencia. ¡Ay de las sectas, de las magistraturas, de las iglesias, que creen su espíritu ex-

clusivo, su doctrina estrecha, su sentido egoista, el espíritu y la doctrina y el sentido de la humanidad, de ese sér inmortal, cuya conciencia es como el espacio donde todos los grandes principios se contienen; cuya idea es como la luz que todos los mundos esclarece; cuyo espíritu es como el aire que todo lo vivifica. Las ruinas son esqueletos amontonados por los siglos. La idea se levanta de unos altares, y corre á otros altares sin detenerse, renaciendo á cada instante de sus cenizas, trasformándose en una serie de trasformaciones infinitas, como contínua renovacion de la tierra y contínuo holocausto que envia eterna nube de incienso hácia los cielos.

EL GUETO.

Despues de las altas cimas gusta ver los profundos abismos; despues del Vaticano el Gueto. Denomínase Gueto al barrio que habitan los judíos en Roma. Una poblacion dentro de otra poblacion es cosa para maravillar á otros, no á los españoles. Cerca de cuatrocientos años hace que expulsamos nuestros judíos, reservándonos el derecho de quemar á todos cuantos los imitáran ó siguieran, á los judaizantes; y áun quedan por nuestras ciudades, señalados y distinguidos, los barrios donde no entraba tocino, la judería. Recordad Toledo. Por San Juan de los Reyes, en las colinas que avecinan la puerta del Cambron y el puente de San Martin; así la mudejar iglesia del Tránsito con sus ajimeces, sus alicatados, sus bóvedas de cedro encrustadas en oro y en marfil, sus salmos escritos por las paredes en caractéres hebráicos, sin ningun género de signos mascréticos; como la iglesia de Santa María la Blanca con sus columnas ochavadas, sus chapiteles sirios, sus

arcos de herradura, una y otra antiguas sinagogas, enseñan que allí habitaron los hijos de Israel, los tenaces adoradores del puro Dios semita, los perseguidos de los godos que en Guadalete vengáran sus afrentas, los comerciantes riquísimos, los trabajadores incansables, los que esparcieron las ideas de las escuelas árabes de Córdoba, de Sevilla, de Toledo, por el Mediodía de Francia y por todas las regiones de Italia; los que demostraron á Don Alfonso VI no haber tenido parte alguna en la muerte del Salvador; los que colaboraron en las obras de Don Alonso el Sabio; los acuchillados por la espada de Enrique de Trastamara, los escupidos y abofeteados por la elocuencia de San Vicente Ferrer; los expulsados por la piedad de Doña Isabel la Católica; los judíos toledanos.

Raza verdaderamente extraña esta raza. Nosotros hemos devorado jerarquías innumerables de dioses. Las divinidades de los fenicios, de los griegos, de los romanos, unidas á las divinidades aborígenes, han caido en los abismos de nuestra conciencia, y de nuestra conciencia se han evaporado. Hoy mismo la gran teología católica, que fuera como la esencia de nuestro espíritu, se desvanece y se disipa. Nuestra alma es cambiante por lo mismo que es progresiva. En los pueblos occidentales, aquellos que piensan, ni creen ni

rezan; aquellos que creen y rezan, no piensan. Pasamos la segunda mitad de la vida destruyendo con el raciocinio las creencias inspiradas por la educacion y por la fe de la primera mitad. No somos, no, raza religiosa. Y esos judíos hablan como hablaba Abraham, cantan los mismos salmos que cantaba David, guardan la idea de Dios recogida como el maná de las almas en el desierto, obedecen la ley descendida del Sinaí, resisten al cautiverio de Babilonia, á los halagos inmortales de Alejandro, al cetro incontrastable de Roma, á la dispersion impuesta por Tito, á las maldiciones de los papas, á los rescriptos de los reyes, á la cólera de los pueblos, al fuego de la Inquisicion, á la intolerancia de todas las sectas; y entre las corrientes de las ideas que sin punto de reposo se mueven y trasforman, ellos, cual si estuviesen fuera del tiempo, reedifican en su pensamiento el templo derruido, donde conservan inalterables la antigua fe y sus consoladoras esperanzas.

Guiado de un doble sentimiento de compasion y de curiosidad, fuí á visitar el barrio de los judíos en Roma. La limpieza no es grande en la Ciudad Eterna. Montones de inmundicia os cierran á cada encrucijada el paso. Los claros rios, que en gigantescos acueductos vienen, y por fuentes monumentales se derraman, así en las cimas de

las colinas como en las profundidades de los valles, no limpian, no lavan, como si bajo tierra se perdieran. El Tíber es verdaderamente el rio de las cloacas. Sus amarillentas aguas le dan aspecto de gigantesco vómito de hiel. La Ciudad Eterna es una ciudad sucia. Se necesita, á decir verdad, taparse mucho las narices para aspirar aquellos aromas espirituales que embriagaban el alma piadosísima de Luis Veuillot. Y en esta ciudad pasma, por su inmundicia, el barrio de los judíos. Húndense los piés en aquella mullida alfombra de excrementos, que parecen lechos de cerdos ó de hipopótamos. Niños medio desnudos, devorados por costras de porquería, que semejan costras de cancerosa lepra, juguetean en todas direcciones. Algunas viejas, de tez rugosa y amarilla, pelo cano, ojos vidriosos, aspecto macilento, sonrisa siniestra, guardan las puertas de las viviendas, que parecen sucias ratoneras. Cada uno de aquellos antros exhala insufrible hedor. Con la raza judía se confunden allí familias gitanas caidas de la misma grandeza y encorvadas bajo la misma maldicion. Algunas de sus pobres mujeres, que la Inquisicion hubiera quemado por untarse y volar, sobre todo en sábado, os detienen para convidaros, en dialecto ininteligible, gutural, á ver lo por venir en sus juegos de cartas. Sobre sucias piedras juegan muchos grupos

á juegos que tienen algun parecido con nuestro mús, con nuestra peregila, con todas las combinaciones de cartas usadas en el Mediodía de España. Cuando hallan alguna dificultad, trampas ó trabacuentas, arman algazara que se difunde por todo el barrio. Éste rechina los dientes, aquel crispa los puños, el de más allá profiere palabras amenazadoras, todos manotean como si estuvieran á punto de romper en campal batalla. Los niños se mezclan al ruido y gritan en torno del corro. Las mujeres se asoman por los tragaluces, y participan del ardor general y se mezclan en la general disputa, guiándose, no por la razon y la verdad, sino por el sentimiento, que les dice ser el mejor derecho de sus más próximos parientes. Oidles y guardaos bien de mezclaros en sus contiendas, porque correis peligro de veros asaltados, heridos, magullados por la ira de todos aquellos furiosos. En el Gueto debeis limitaros á observar las sucias piedras, las inmundas calles, las feas madrigueras, los amarillentos y miserables habitadores, los harapos que penden de las ventanas, y la espesa atmósfera de pestilentes vapores que envuelve aquel infierno, donde se purga por los representantes de tenacísima raza la virtud más querida de los papas, la creencia en principios increibles.

Y la condicion de esta tribu ha mejorado mu-

cho en el presente pontificado. Las férreas cadenas que los separaban del resto de la poblacion y los tenian como prisioneros, han caido merced á la generosidad de Pío IX. Ya no tienen necesidad de sepultarse desde el anochecer en sus pocilgas, y pueden andar á su arbitrio toda la ciudad. Aquel tributo de sangre, que repartido entre todos tocaba á cincuenta céntimos anuales por cabeza, no se paga desde 1848. El privilegio mismo de vivir en toda la ciudad es un privilegio que no aprovechan, á causa de serles difícil hallar alojamientos tan baratos como los alojamientos de su barrio, cuyos alquileres han sido tasados misericordiosamente por antiguos rescriptos pontificios.

Pero ¡cuánto han padecido los judíos! Hacíalos ya Tácito objeto de sus aceradas invectivas, y Luciano de sus graciosas burlas. Castigábanlos muchas veces los emperadores echándolos como pasto á las fieras del circo. Confundíanlos en las persecuciones cristianas, á ellos, que abominaban de las novedades traidas por el cristianismo á sus creencias. Cebábanse en sus personas los bárbaros recien convertidos á la fe cristiana. Aislábanlos del mundo los papas..... Y sin embargo, hay naciones donde la persecucion ha sido más implacable aún contra tal raza que en la misma Roma; naciones donde sólo han quedado de ella recuerdos en la historia. Admiremos su fe. Por uno que

de esa fe reniega, innumerables la sostienen. Hasta los más profundos de sus pensadores creen que el género humano se ha extraviado por haber admitido con el cristianismo las ideas de la metafísica griega en el dogma teológico de la unidad de Dios y en el severo y sublime decálogo de Moisés. Ellos creen que el pueblo judío renunciará á su primacía de pueblo sacerdote, de pueblo levita, el dia que sus hermanos, los sectarios del cristianismo, renuncien á las ideas antropomórficas de Grecia. Y la humanidad, unida en el mismo espíritu, del cual se derivará un solo derecho, podrá purificar su conciencia en el humano principio de la unidad divina, y su voluntad en los severos preceptos del Decálogo. Estas ideas no circularán por la mente de aquellos pobres judíos del Gueto, á quienes recelosa autoridad ha sumido en espesísima ignorancia, pero el cimiento de sólida fe queda en sus almas.

No puedo comprender cómo algunos escritores religiosos se extrañan de la inmovilidad judía. Pues qué, ¿en Roma no participa toda la vida de esa misma inmovilidad? ¿Hay region alguna en la tierra donde esté la historia tan viva? Todavía se oye la ninfa Egeria en la caverna de Numa; todavía las sombras de los Tribunos andan errantes por las cimas del Aventino. Cuando descendeis á las catacumbas, os imaginais asistir á las

perseguidas agapas cristianas; y cuando volveis de la Via Appia, despues de haber visitado aquellos sepulcros, creeis volver de un romano entierro. La desolacion que los errores patricios sembráran en las majestuosas campiñas exhala hoy mismo vapores de muerte. Los Césares-Pontífices áun habitan los jardines de Neron. La antigua arquitectura romana áun se impone al espíritu católico. Tiene su aristocracia aquella debilidad contraida en los tiempos del imperio, cuando los dictadores perpétuos que sucedieron á César le quitaron las armas para quitarle con ellas toda dignidad. Su clero cierra los ojos á la voz de la razon, se resiste al progreso, se opone á las reformas, de la misma suerte que los sacerdotes paganos, cuando agitaban su tirso de oro y se ceñian su corona de verbena sobre las legiones invasoras de los godos, y á pesar de la proclamacion del cristianismo como religion del Imperio por el Senado de Teodosio. Y si examinais con detenimiento el bajo pueblo, veréis las señales de lo antiguo, no solamente en su perfil griego y en su musculatura verdaderamente romana, sino en su mezcla de indolencia y de soberbia, como pueblo habituado á que le mantenga el patrono y lo diviertan todos los demas pueblos de la tierra.

La tenacidad de los judíos está en su conciencia, en su religion. Y contra esta tenacidad,

¡cuántos y cuán crueles combates! ¡Qué porfiada enemiga! En Roma hay contra ellos la misma repugnancia que en Mallorca contra los chuetas. En este tiempo de tolerancia religiosa, de instituciones democráticas, hemos visto expulsados de público baile mallorquin dos ciudadanos por pertenecer á la raza de los chuetas, es decir, por descender de los judíos. El catolicismo de estas gentes, llevado á la más extrema exaltacion, no les ha exentado de su culpa original. Hay pueblos en la isla que tienen á gloria no haber consentido jamas en su recinto un chueta. Y algunos de estos chuetas firmaron el año cincuenta y cuatro exposiciones contra la libertad religiosa, cuando todavía está caliente casi el quemadero donde ardieran los huesos de sus padres. ¿Tendrá algo que ver con la raza maldita de Mallorca el rito catalan observado en una de las cuatro sinagogas hoy existentes en el Gueto? No pude de esto enterarme. Yo jamas he visto amor patrio como el amor de los judíos españoles. Tantas injusticias no han sido parte á inspirarles desvío á esta madre España, convertida para ellos en madrastra. Conocí en Florencia un matrimonio judío que viajaba por Europa y venía de Damasco. La mujer era hermosísimo tipo oriental. Su pálida tez, entonada por la lumbre de ojos negros y profundos, circuidos de larguísimas y umbrosas pestañas, resalta-

ba entre los rizos de largos cabellos, como la seda de finos y relucientes. Era su nariz griega, como la nariz de la Vénus de Milo, y sus labios rojos como el encendido carmin de la flor del granado. Llamóme la atencion tanta belleza, como á ella le llamó la atencion el idioma patrio que hablaba yo con varios españoles y americanos. Inmediatamente dirigióse á su marido y le dijo algunas palabras en español. La lengua nacional, hablada en tierra extraña, vibrando en los oidos del emigrado, trasporta, enajena, como la más armoniosa música. No pude contenerme y le dije:—Señora, es usted española? Entónces me refirió que era judía, que naciera en Liorna, que se casára con un griego, que habitaba Damasco, que aprendió el español en su sinagoga patria, y que lo hablaba con sus correligionarios de Oriente, entre los cuales muchos lo han conservado como piadoso recuerdo de su orígen, como glorioso timbre de su estirpe. Los afectos más vivos siempre son los afectos más contrariados. Mi amor patrio, con ser tan intenso, parecióme tibio al compararlo con el amor á España de esa raza, que perseguida como manada de fieras, injuriada por toda clase de afrentas, desarraigada del suelo nacional, en la dispersion, en el destierro de cuatro siglos, áun vuelve los ojos con amor á las tierras donde el sol se pone, y áun habla la lengua de sus per-

seguidores, á la manera que los antiguos israelitas entonaban los cánticos de sus profetas en las orillas del Eufrates, bajo los llorosos sauces de Babilonia.

Al pensar esto, al sentir esto, vi como en vision magnética el movimiento político que habia de romper la cadena de las tradiciones antiguas en mi patria, y juré, si alguna vez obtenia la confianza de mis conciudadanos para el magisterio altísimo de legislador, combatir sin descanso hasta alcanzar que no fuéramos en el mundo moderno monstruosa excepcion por nuestra intolerancia, y abriéramos las puertas de la patria á todas las ideas como á todas las sectas, y consagráramos aquel derecho, sin el cual todos los demas derechos son como si no fueran, el derecho de abrir la conciencia á la luz, y adorar en público como en secreto el Dios que vive en la conciencia.

¡Y cuánto no influyó en el cumplimiento de esta promesa dada por mi corazon y mi inteligencia el recuerdo de aquella pálida y tristísima tribu judía del Gueto, consumida en la ignorancia y en la miseria! Y así como al entrar en los Estados Pontificios no pude ménos de comparar sus prohibitivas aduanas con el libre comercio de la república Suiza, al recorrer el barrio inmundo de los judíos en Roma, no pude ménos de recordar la libertad religiosa de Ginebra, el ámplio derecho

de que allí gozan todos los cultos, las plegarias dirigidas por los hijos de Israel en la lengua republicana de los antiguos profetas para que Dios conserve á Suiza en sus libres instituciones, donde brillan las conciencias como las estrellas en la inmensidad de los cielos.

Verdaderamente es de admirar que la raza judía se haya conservado en la córte de los jefes del catolicismo, cuando las naciones católicas ó han perseguido á los judíos, ó los han atormentado, ó los han proscripto. Pero si esto prueba de un lado la tolerancia de los papas, tambien prueba de otro lado la tenacidad de los judíos. Se han conservado, es verdad; pero se han conservado en la miseria. La prohibicion de adquirir bienes inmuebles los condenaba eternamente al comercio. Y el comercio es infructuoso sin el ahorro; y el ahorro improductivo si no se trasforma en propiedad. Así que el judío romano ha logrado reunir algunas monedas, corre en busca de leyes más suaves que las leyes de su pocilga. Por esto en los abismos del Gueto sólo quedan los judíos miserables, los judíos hambrientos, que comercian con chismes viejos, y que apénas ganan para mantener su incierta vida y encender alguna que otra vez su oscuro y triste hogar.

No es posible negar que Pío IX ha mejorado mucho la condicion de los judíos. Pero los judíos

sienten el peso de las preocupaciones y el látigo de las teocracias. Para comprenderlo así no hay que guiarse exclusivamente por los autores racionalistas y revolucionarios. Es necesario leer á los autores católicos. A primera vista parece difícil deducir la verdad del juicio contradictorio que sobre Roma emiten dos escuelas irreconciliables, la escuela católica y la escuela racionalista. Pasaron los tiempos en que clérigos como el Arcipreste de Hita, católicos como Hurtado de Mendoza flagelaban á Roma. Hoy para muchos el catolicismo no es una religion, es un partido. Y por consecuencia, sus doctrinas no se hallan tanto en estado de dogma que demande apologías, como en estado de polémica, que demanda datos, argumentos. Al revés, para muchos otros, el catolicismo es una dominacion que conviene destruir á todo trance, como conviene al forzado destruir su cadena. Los primeros sólo ven allá en la ciudad del catolicismo virtud; los segundos sólo ven abominaciones. Difícil es deducir la verdad de semejantes antinomias, que imperan hasta en los asuntos más baladíes. Un periódico liberal os dirá que en la Roma pontificia existen 2.000 mujeres consagradas al peligroso oficio de modelos; y un periódico religioso os dirá que en dos ceros se ha equivocado la perfidia de sus enemigos. El *Diario de los Debates* contará la siguiente atrocidad: «Es-

tán de tal suerte embrutecidos los romanos, y son tan sanguinarios, que suelen encerrarse en vasto salon, y allí, despues de haber extinguido todas las luces, sacian su sed de sangre hiriéndose mútuamente al azar y á puñaladas. A esta espantosa carnicería le dan el nombre de *ciccia-ta.*» Un católico, protonotario apostólico, doctor en cánones, pone el hecho en su punto, y lo refiere de la siguiente suerte, que al pié de la letra copio: «El padre Caravita fundó, no un salon, como dice el periódico volteriano, fundó un oratorio. Este padre Caravita era un jesuita de la antigua Compañía. Congregaba, pues, en el oratorio que lleva su nombre, gentes de buena voluntad para pedir en comun al cielo la conversion de los pecadores. Esta sociedad piadosa tomó bien pronto denominaciones diversas, y se extendió por todo el orbe cristiano. Ábrese alternativamente á los hombres durante la noche y á las mujeres de dia. Desde el comienzo de la ceremonia cinco ó seis confesores se instalan en sus confesonarios y reciben la confesion de las faltas cometidas, y perdonan en nombre de Dios. Cuéntanse por año cincuenta mil absoluciones de hijos pródigos que, venciendo los escrúpulos humanos á favor de las tinieblas, van á purificar la conciencia y á encontrar reposo. No pára aquí esto. Miéntras unos se confiesan ó se preparan á la con-

fesion, otros, de rodillas sobre el pavimento, recitan el oficio de la Vírgen y cantan salmos en coro. Concluida la oracion, un cofrade se separa del altar mayor y distribuye á cuantos las piden cuerdas bien flexibles con cabos bien apretados. Despues, extintas todas las luces, y en medio de la mayor oscuridad, un religioso, alzando la voz, exhorta á la penitencia y á la contricion. Su palabra se conmueve, todo el mundo se prosterna, y en cuanto ha concluido de hablar, hiérense las espaldas á disciplinazos redoblados durante todo el tiempo que se canta la letanía y el *Nunc dimittis*, hasta que á la frase *lumen ad revelationem*, reaparecen los cirios.»

De esta suerte, poniendo en parangon unos y otros relatos, puede fácilmente deducirse la verdad perfecta. Yo leí en autor digno del Indice, que los papas imponian á los judíos la obligacion de ir todas las semanas, una vez por lo ménos, á un sermon católico expresamente pronunciado contra ellos y contra sus doctrinas, á fin de tocarles en el corazon y atraerles á la verdadera fe. No creí tal enormidad. ¿Puede darse mayor desacato á la inviolabilidad de la conciencia humana? ¡Cómo! Yo creo que tal templo es sombra en vez de luz; que tal ceremonia es supersticion en vez de sagrado rito; que tal doctrina es error en vez de verdad; y me arrastraréis por fuerza á en-

trar en esos templos, á presenciar esas ceremonias, á oir esas doctrinas, atormentando con tormentos miserables mi alma y sus creencias. Y no sólo haréis esto, que es ya una tiranía insufrible como todas las tiranías impuestas al pensamiento, sino que ofenderéis, sin permitirme ni observaciones ni réplica, con argumentos más ó ménos rebuscados, con injurias más ó ménos ofensivas, aquello que constituye el alma de mi alma, la sangre de mi corazon, la esencia de mis ideas, esa fe íntima bajo cuyo amparo vivo y pienso morir, la fe religiosa, que es mi ley nacional, el lazo que me ata á la vida, mi esperanza para la eternidad. Yo ni siquiera puedo por esfuerzos del pensamiento imaginar lo que hubieran padecido personas piadosísimas, de mí conocidas y estimadas, si las forzáran á ir todas las semanas á un templo donde se maldijera de Cristo y su madre, donde se denigrára esa escritura que renueva sus fuerzas, porque alimenta sus almas. Paréceme tal proceder desconocimiento completo de aquella máxima evangélica que nos obliga á desear para los demas lo mismo que para nosotros deseamos: la paz del hogar como la paz del alma, la inviolabilidad de la conciencia como la honra de la vida.

Imposible comprender que se tiranizase así á los judíos, imposible. Hasta la polémica entre

ellos y el cristianismo es difícil. Nosotros creemos todos los principales dogmas judíos. Su Dios es nuestro Dios, su ley es nuestra ley, su libro nuestro libro. Hémosle añadido á la Biblia el Evangelio, al Dios monetheista del desierto semítico, el Verbo y el Espíritu de la metafísica griega. Esta diferencia proviene de que nosotros creemos el Mesías ya venido, y ellos creen el Mesías áun esperado. Para nosotros la redencion se ha consumado; para ellos todavía no ha venido. Ellos no pueden comprender que se hayan cumplido las profecías cuando las profecías tenian un sentido nacional, é Israel todavía está disperso, y el templo de Dios todavía en ruinas. Id á persuadirles, si no les persuade su propia inspiracion, de que el pobre nazareno, en humilde establo nacido, sin más ejército que sus apóstoles, reclutados en el lago Tiberiades, sin más armas que la palabra confiada á los aires, sin más trono que la cruz, sin más título que su patíbulo y su muerte, es el Mesías poderosísimo venido á rescatar de la servidumbre á su pueblo. Les ofenderéis, pero no les persuadiréis; y saldrán del templo ántes heridos que edificados de vuestra palabra. Y recrudecida su fe, la blasfemia contra nuestra fe será casi una necesidad de su alma.

Y sin embargo, imposible dudar de esta costumbre antigua, cuando el protonotario apostó-

lico Mr. Gaissiat, en su libro de «Roma vengada», no solamente la refiere, sino que la enaltece. Recréase en narrar como el predicador glosaba y comentaba los salmos leidos ó cantados por el rabino durante la semana. Asevera que jamas se oyó en aquellas pláticas palabras malsonantes en labios de los judíos, lo cual, si no prueba temor, prueba prudencia no compartida por sus señores. Y añade que, al concluir la oracion, iban los judíos á dar la enhorabuena al predicador, sin duda maravillados del acerbo ataque á sus más arraigadas creencias. Dicho sea en honor de Pío IX, bajo su pontificado abolióse esta costumbre, que no daria seguramente las conversiones encarecidas por creyentes más realistas que el rey, más papistas que el papa. Y si esta costumbre, tan opuesta al espíritu religioso del Evangelio, ha existido, no podemos dudar de la existencia de otras costumbres, como la de entregar una Biblia al Papa recien exaltado, junto al arco de Tito, que recuerda la destruccion de Jerusalen, como la abolida desde 1848 de entregar el tributo de sangre, el tributo de extranjería, todos los años en vísperas del Carnaval á los senadores romanos, recibiendo en cambio alguna fórmula depresiva é injuriosa.

Digámoslo guiados por verdadera imparcialidad. La prueba de que la legislacion de los papas

todavía tiene incomprensibles crueldades, se encuentra en el ejemplo del célebre niño judío bautizado á hurtadillas por la oficiosidad de fanática criada, arrancado á la autoridad divina, á la tutela natural é irreemplazable de su padre, de su madre; y recluido en convento que no puede jamas sustituir al hogar para recibir educacion que, por contraria á las prescripciones del derecho natural, no puede ser bendecida de Dios. Cuando ese niño llegue á la mayor edad, si tiene madre, si la encuentra, si en su corazon siente hácia ella los afectos naturales de hijo, y la oye referir cuántó ha padecido viéndose apartada del santo objeto de sus amores, del pedazo inseparable de sus entrañas, del ángel de sus consuelos, ¿no temeis oirle maldecir y renegar de una religion que tanto ha hecho llorar á su madre?

Yo, despues de este ejemplo, no tengo escrúpulo en creer otros hechos referidos por los escritores revolucionarios, y que prueban cómo, convirtiéndose al catolicismo los judíos de Roma, á manera de los antiguos moriscos de España, pueden romper á su arbitrio con las autoridades más naturales, como la autoridad del padre, y con los deberes más estrechos, como los deberes de familia, no sólo en la esfera civil, sino en la esfera moral, en aquella esfera donde debia ser escrupulosísimo el ministerio del Pontificado.

Es necesario que acabe toda persecucion contra las ideas. Yo condeno el gobierno de Roma cuando oprime á los judíos, y al gobierno de Prusia cuando proscribe á los jesuitas. Yo proclamo que perseguir ideas es como perseguir luz, aire, electricidad, fluidos magnéticos, porque las ideas se escapan á toda persecucion, se sobreponen á todo poder. Si no puedo concebir que se persigan las ideas, ménos puedo concebir aún que se persigan las asociaciones, cuando tienen por objeto definir, divulgar un principio, un sistema de religion ó de gobierno. Las ideas se organizan por su propia virtud en asociaciones. La idea y su organismo están de tal suerte en perfecta union como alma y cuerpo, como luz y calor. Pero si no concibo que se persigan ideas, ni asociaciones que tengan por objeto definirlas y divulgarlas, concibo mucho ménos que se persiga á razas enteras, á familias humanas, con el pretexto de que un hecho histórico de esas razas las ha condenado, en toda la sucesion de los tiempos, á ser razas malditas. Sé todos los defectos de la raza judía, sé todo su desenfrenado amor al lucro y todo su egoismo. Pero mayores que sus defectos son sus desgracias. Y sobre todo es inmerecida la pena que ha pesado tantos siglos sobre su conciencia y su vida por haber castigado de muerte á un reformador religioso. El Redentor no es uno

solo. En la historia humana los redentores son muchos. Éste ha redimido la conciencia, aquél ha redimido la razon, el otro ha redimido el trabajo. Y casi todos los redentores han muerto al pié de su obra, inmolados legal ó ilegalmente por las castas tiránicas, por las iglesias intolerantes, por las instituciones bárbaras, contra las cuales se han levantado su idea y su palabra. ¿Qué raza no lleva sobre sí algun crímen semejante al crímen de los judíos? ¿Qué grande hombre no ha sido víctima de las leyes ó víctima de las ingratitudes humanas? Los griegos sacrificaron al revelador de la conciencia humana; los romanos al tribuno de la reforma social; los florentinos al precursor de las revoluciones modernas; los britanos al profeta de la tolerancia religiosa; los franceses al gigante de las ideas democráticas; los españoles al descubridor, al creador casi de un Nuevo Mundo en la inmensidad del Océano. Pues bien; los judíos sacrificaron á Cristo. Pero decidme, ¿á cuántos profetas, á cuántos innovadores no han sacrificado los cristianos cuando han predicado contra la Iglesia, como Cristo predicó contra la Sinagoga, cuando han tratado de reformar ó completar la ley de Cristo, como Cristo trató de reformar y completar la ley de Moisés? Por eso el Huerto de las Olivas, donde el Salvador sudó sangre, el falso beso de Júdas, la infa-

me prision, el interrogatorio en los tribunales, las angustias en el pretorio, los bofetones impresos en sus mejillas y las injurias escupidas á su nombre, la larga calle de Amargura donde cayó tres veces, los clavos que hirieron sus manos, las espinas que taladraron sus sienes, la hiel y vinagre que empaparon sus labios, la aguda lanza que traspasó su costado, la agonía en la cruz, las palabras, ora amargas, ora tristes de esta penosa agonía, el clamor de muerte á cuyo eco se partieron de pena hasta las piedras, deben ser la eterna epopeya de la libertad religiosa.

Que no haya más razas malditas en la tierra. Que todas puedan mostrar su conciencia y comunicarse libremente con su Dios. Que el pensamiento no se corrija sino con la contradiccion del pensamiento. Que el error sea una enfermedad y no un crímen. Que convengamos en reconocer cómo las ideas se imponen, con independencia completa de nuestra voluntad, á la mente. Que seamos justos para ver hasta qué punto cada raza ha contribuido á la universal educacion del género humano. Esos judíos, de quienes las legislaciones cristianas han maldecido, son los que nos han dado la idea de la unidad de Dios, los que nos han traido el Decálogo impreso en el corazon de nuestras familias y en el santuario de nuestros hogares; los hijos de los antiguos profe-

tas, los descendientes de David, cuyos salmos cantamos todavía bajo las bóvedas de nuestras iglesias, los súbditos de Salomon, cuyos proverbios constituyen la base de nuestras creencias vulgares, los redimidos de la esclavitud de Egipto por Moisés, á quien nosotros contamos entre nuestros héroes; los educados por Isaías, por Jeremías, que nosotros ponemos entre nuestros profetas; los que más han contribuido á formar la esencia de nuestras ideas y la levadura de nuestra vida. ¡Cuánto no ganaria el catolicismo en esta crísis suprema, decia yo al pisar las inmundicias del Gueto y al ver en el rostro de sus habitantes las señales de su enfermedad religiosa y moral, si la conciencia humana pesase los servicios prestados á la educacion de la humanidad por todas las instituciones y todas las razas!

LA GRAN CIUDAD.

LA GRAN CIUDAD.

Sin duda es Nápoles hoy la primera entre las ciudades de Italia por su numerosa poblacion, por sus grandes dimensiones, y una de las primeras entre las ciudades de Europa. Cuando se la mira desde alguna altura, cuando apénas se advierte el espacio que la separa de los pueblos circunvecinos, la creeis por su extension una ciudad como Lóndres. Los ojos se engañan tanto, que comparado el recuerdo de París mirado desde el Panteon y la vista de Nápoles mirada desde el Pausilipo, Nápoles parecíame mayor, mucho mayor, que París, por una de esas ilusiones ópticas á que tanto contribuyen la luz y el cielo del Mediodía.

Siempre recordaré mi llegada á la hermosísima capital de las antiguas Dos Sicilias. En la emigracion el menor contratiempo os apesadumbra y os irrita. El disgusto se convierte en pena, la pena se acrecienta con la nostalgia. Os parece que todo el género humano debe aborreceros, puesto

que os aborrece vuestra patria; que toda sociedad debe rechazaros, puesto que os rechaza la sociedad donde habeis nacido. Cuando veis un ciudadano que habla de los asuntos de su nacion en medio de los suyos; un padre ó un hijo que entran en el hogar y departen con su familia; os creeis el más desgraciado de los mortales y os imaginais que vuestros huesos van á quedar solitarios y olvidados en extraña tierra. Sobre todo, si el gobierno, si la policía de la nacion, donde esperais asilo, os molestan, lo sentís doblemente y os preguntais á vosotros mismos reconviniéndoos con acritud: «si de todas maneras habia de sér perseguido, ¿por qué, por qué abandoné la patria?»

Yo me encontraba en Roma completamente consagrado á la meditacion y al estudio. Para mí en aquella ciudad sólo eran las ruinas interesantes y las obras de arte que entre las ruinas se levantan. Evité toda sociedad casi por completo, y consumí el tiempo en los museos, en las iglesias, en las catacumbas, en el mundo de lo pasado. Cada dia encontraba algo nuevo de puro viejo, y enlazaba estos descubrimientos con mis leyes históricas, á la manera que el naturalista corrobora sus clásificaciones y sus series con el descubrimiento, ya de nuevos, ya de repetidos ejemplares. Hallábame tranquilo en la ciudad

donde todo gran dolor puede tener refugio por lo mismo que puede tener consuelo. La desolacion de su campiña se armonizaba con la desolacion de mi alma. El olvido que el espectáculo de tantas ruinas procuraba al corazon lacerado, no podia encontrarse, no se encontraba realmente en ninguna otra ciudad del mundo.

Cuántas veces pensé desasirme de los lazos que pudieran atar mi vida á París, el centro de mi destierro, y quedarme allí en muda contemplacion de los monumentos, en comercio con las artes, en estudio incesante de la historia. Es verdad que mis ideas filosóficas y mis ideas políticas no podian ser aceptas al gobierno á la sazon imperante; mas ¿qué podia contra este gobierno un desgraciado, sin patria, sin hogar, sin familia, sin relaciones en aquella sociedad, decidido á oponer á los propios dolores el olvido, y consagrado á estudiar las instituciones muertas, enterradas en la tumba de aquella necrópolis tan triste como mi propio corazon?

Asaltado me hallaba por estos pensamientos una mañana de primavera, cuando entra en mi modesta habitacion, despavorido, un camarero de la fonda de Minerva, y á boca de jarro y sin darme los buenos dias me dirige esta pregunta:

—¿Por qué me ha ocultado usted su valer?

—¿Mi valer? Nada tenía que ocultar, porque nada valgo en el mundo.

—¿Su importancia?

—No importo nada.

—Usted es un hombre célebre.

—¡Yo célebre! ¡Bah! ¿Tiene usted ganas de mofarse de mí? le pregunté.

—He impedido que la policía llegára hasta su cuarto.

—¡La policía!

—Sí, la policía se hubiera ya encarado con usted si yo no le digo que le comunicaria á usted sus órdenes.

—¿Qué órdenes?

—La órden de dejar inmediatamente Roma.

—¿Por qué causa?

—Han dado muchas.

—Pero ¿no puedo saber cuáles?

—Dicen que los libros escritos y publicados por usted se hallan en el Índice.

—Es verdad; pero si todos los autores cuyos libros se hallan en el Índice no pueden habitar esta literaria Roma, en verdad os digo que seréis visitados por pocos literatos contemporáneos.

—Dicen que usted es amigo de Garibaldi, de Mazzini.

—Es verdad.

—Tiene usted mucho valor.

—¿Por qué?

—¿Por venir á Roma con tales antecedentes.

—Pero debo aseguraros que ninguna idea política me ha traido á Roma. Usted pudo observar que ni he recibido ni he hecho ninguna visita.

—Pues áun dicen más.

—¿Qué dicen?

—Que está usted condenado á muerte.

—Y en garrote vil.

—Por revolucionario.

—Por liberal, por demócrata.

—Ya sabe usted, me dijo con misterio, las relaciones cordialísimas que hay entre el gobierno de los cardenales de Roma y el gobierno de los Borbones de España. Es de temer que estando usted condenado á muerte en España, esta policía romana le coja, le aprese, le lleve á Civitta-Vechia, y le entregue á la fragata militar anclada en el puerto. Y lo ahorcarán á usted.

—¡Qué idea tiene usted de este cristiano gobierno! le dije con extrañeza. Es bien imaginario ese peligro.

—Pero el peligro real, efectivo, es el que usted corre de dar con su cuerpo en la cárcel si no sale de Roma por el primer tren.

—¡La cárcel! Todavía la hubiera sufrido con resignacion en mi patria. La idea de que estaba entre los mios, la idea de que la merecia como

conspirador, acaso dulcificáran mis dolores. Pero la cárcel aquí me aterra. ¿A qué hora sale el primer tren?

—A las diez.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿Para dónde sale?

—Para el Mediodía.

—No estoy apercibido ni preparado. Pero no importa.

Llamé á mis compañeros de viaje, un propietario mejicano y dos jóvenes españoles que estudiaban en el colegio de Bolonia, y que recorrian durante las vacaciones de Pascuas Italia, encarguéles mi equipaje, partíme en uno de aquellos cochecillos que no corren, sino vuelan, á la estacion, tomé un billete, y me empaqueté en mi wagon con la guia del viajero en una mano y el periódico de Roma en la otra.

Al partir el tren bordeamos la Via Appia y descubrimos el sepulcro de Cecilia Metella. Estos grandes monumentos me inspiraron tristes reflexiones. Un desterrado, un condenado á muerte por el crímen de profesar ciertas ideas políticas, ¿no es una ruina más entre tantas ruinas, no es una sombra más entre tantas sombras, no es un muerto más entre tantos muertos? Ninguna inquietud debia engendrar en este poder inmenso,

cuyo nombre invocan millones de seres todos los dias al pié de los altares en toda la redondez del planeta. Me arrojan, no sólo de mi patria, sino de aquella ciudad que parece tener el eterno derecho de asilo. A un cadáver no se le niegan en el mundo, no, cuatro pasos de tierra, y se le niegan á un vivo. Para distraerme de estas melancólicas reflexiones convertí los ojos al periódico, y encontré la siguiente noticia: «El Papa ha ofrecido Roma al Rey de Hannover, destronado y proscrito, porque Roma es un asilo, un refugio eterno para todos los desgraciados.» Una sardónica sonrisa corrió por mis labios, y mi saliva tomó toda la amargura de la hiel. Con estos tristes pensamientos dejé la ciudad de las eternas tristezas.

¡Qué contraste entre la campiña de Nápoles y la campiña de Roma! Ésta es la unidad y aquélla la variedad; ésta lo sublime y aquélla lo bello; ésta la majestad y aquélla la gracia; en Roma se oye el cántico unísono de un lamento parecido al uniforme salmo de los profetas bíblicos, y en Nápoles el coro de las antiguas divinidades griegas. Pero si el contraste entre campiña y campiña es grande, es mayor áun el contraste entre ciudad y ciudad. Digan lo que quieran todos los enemigos jurados de la Roma pontificia, parecióme en comparacion de Nápoles una ciudad austera, austerísima. Por lo ménos reinan en Roma la tristeza y

el silencio. Sus habitantes visten colores oscuros. Sus rostros tienen cierta solemne tristeza, como cuadra á una raza reina y destronada. Los innumerables conventos, la muchedumbre de frailes, las capillas que por todas partes se levantan, las imágenes que ornan las esquinas, denotan que el pueblo romano es un pueblo sometido á la teocracia; miéntras que los gritos de las calles de Nápoles, las vociferaciones contínuas, la infinidad de corrillos, la alegría universal, los bailes en un lado, los conciertos al aire libre en otro, la inmensa concurrencia á los aguaduchos y á los cafés, denotan que estais en ciudad civil, donde la vida es como contínua fiesta. Ya no hay la multitud de estampas religiosas que en otro tiempo. A la imágen del Señor han sustituido la imágen de Garibaldi. Adorar es la necesidad de Nápoles, adorar fervientemente, y sea cualquiera el objeto de sus adoraciones; adorar á gritos, á manotadas, en medio de la algazara y del estrépito, con la exaltacion propia de los temperamentos nerviosos, y con el fanatismo que acompaña á las pasiones meridionales encendidas por el calor intensísimo del clima. Hay algo del Vesubio, algo de sus ardores, algo de sus erupciones, algo tambien de sus veleidades en la movible y ardiente naturaleza de los napolitanos, de estos griegos degenerados, que viven con la sonrisa en los la-

bios, al borde siempre de la muerte; amenazados por el volcan de rigores iguales á los rigores que enterraron á Herculano y Pompeya.

Muchas veces, cuando yo discurria por las calles de las grandes poblaciones del Norte y observaba su recogimiento y su silencio, pensaba lo que sería una poblacion como Lóndres, como París, situada en las regiones meridionales de Europa. ¡Qué mar embravecido, tanta gente bajo nuestro cielo! ¡Qué rumor se levantaria de las calles! Una ciudad del Mediodía es una selva del trópico. En su seno late vida tal y tanta, que en vano buscariais entre las brumas de Lóndres y de París. Yo nunca he oido desde las alturas de Montmartre ó del cementerio de Lachaise, al anochecer, los rumores que he oido desde las alturas del Retiro á la misma hora. Cualquiera diria que Madrid es una ciudad mayor que París. Pues en comparacion de Valencia, en comparacion de Sevilla, Madrid es una ciudad silenciosa. ¡Qué noches las noches de Sevilla! ¡Los niños juegan y gritan, los mozos cantan y puntean la guitarra, las familias acomodadas oyen el piano al fresco del patio, entre macetas de aromáticas plantas y surtidores de murmuradoras aguas! ¡Qué dias los dias de fiesta en Valencia, sobre todo por la estacion de verano! ¡Las campanas al vuelo, las músicas discurriendo por las calles, los tambori-

les y las dulzainas dando el compas á las danzas, el morterete que estalla en estruendos semejantes á cañonazos; la *traca*, una hilera interminable de petardos por los suelos, y los cohetes voladores á manojos por los aires!

Pues bien, yo os digo que Sevilla y Valencia son ciudades silenciosas en comparacion de Nápoles. Bien es verdad que Nápoles tiene seiscientos mil habitantes. Mas no consiste la diferencia en la mayor poblacion, no. Nuestro temperamento meridional está refrenado por nuestra gravedad española. Hay hasta en los pueblos más meridionales de España algo del recogimiento y de la silenciosa religiosidad árabe. Ni los andaluces ni los valencianos manotean, accionan, gritan como las gentes de Nápoles. Son nuestros campesinos, en medio de sus fiestas y de sus bromas, graves como españoles; son los napolitanos locuaces como griegos. ¡Qué baraunda de ciudad! Cuánto más se apropiaba al estado de mi ánimo Roma con todas sus grandes sublimidades; el Miserere de Pallestrina; los paseos por la Via Appia bordada de sepulcros; las contemplaciones contínuas de las campiñas desoladas; la meditacion filosófica sobre las piedras desnudas, entre las ruinas del Coliseo, bajo los brazos de la Cruz.

Aquellos que gusten del estruendo, corran, corran á Nápoles. Las aceras están llenas de tras-

tos, de tiendas y de talleres ambulantes, de gentes durmiendo que parecen, por lo inertes, muertas. Mil organillos, arpas, violines, os atruenan los oidos. Nubes de titiriteros, funámbulos, prestidigitadores con sus correspondientes coros de extáticos curiosos, embarazan á cada instante el paso. Los trabajadores cantan ó disputan á voces. Los ociosos, cuando no tienen con quien hablar, hablan solos y á gritos. Los cocheros ó carreteros que pasan, vociferan como energúmenos, chasquean el látigo en todas direcciones, levantan huracanes de polvo y de ruido. Cada mula lleva centenares de cascabeles y de campanillas. Los carruajes crujen como si de intento los construyeran crujientes. Los vendedores de periódicos, y en general todos los vendedores ambulantes, vocean de la más descompasada manera. Cada mercader, á la puerta de su tienda, al frente de su puesto, os hace pomposo programa oral de sus ricas mercancías, y se proponen todos que las tomeis por fuerza. El vendedor de escapularios, sin pararse en vuestra religion ni en vuestro orígen, os arroja su amuleto al cuello, miéntras el limpia-botas, importándole poco que esté vuestro calzado sucio ó luciente, lo embadurna con su betun, bien ó mal de vuestro grado. El ramilletero, que lleva manojos de rosas y de flores de azahar, os adorna el sombrero, los ojales, los bolsillos, sin pediros

ni vénia ni permiso. El horchatero sale con su vaso rebosante á la acera y os lo arrima á los labios. Aun no habeis logrado libertaros de sus importunidades, cuando viene otro importuno con su fruta de sarten calentita y chorreando aceite, á pediros que comais por fuerza. Los niños, acostumbrados á la mendicidad, aunque su gordura y su placidez indiquen el mayor bienestar, se os agarran á las rodillas y no os dejan dar un paso como no les deis una moneda. El pescador se acerca con traje color de alga, descalzo, arremangado el pantalon, cubierta la cabeza de su gorro catalan, la camisa azul desabrochada, abriendo las ostras, los mariscos, y presentándolos cual si le hubierais dado ese encargo. El cicerone se echa á andar delante de vosotros y desplega su elocuencia esmaltada de innumerables palabras de todas las lenguas, y llena de anacronismos y despropósitos históricos y artísticos. Si le rechazais, si le decís que son inútiles sus servicios, apercibios á oir las infinitas sirtes donde correis peligro de perder la bolsa ó la vida por no haber escuchado sus consejos ni atendido á su pasmora ciencia. No creais que os eximís de todos estos importunos yendo en coche. Yo no he visto jamas gente más lista para saltar á los carruajes, colgarse á las portezuelas, seguir como agarrados á la trasera, al pescante, á cualquier parte, por más

que intenteis desviarlos. Pues no digo nada si teneis aire de viajero recien llegado, y se empeñan los cocheros de plaza en que habeis de adoptar su vehículo. En medio segundo os veis rodeados de coches que andan en torno vuestro como culebras, áun á riesgo de aplastaros, y cuyos automedontes, hablando todos á un tiempo en coro desconcertado é infernal, os ofrecen llevaros al Pausilipo, á Bayas, á Puzzoli, á Castellamare, á Sorrento, á Cúmas, al fin del mundo.

Los domingos son dias de verdadero vértigo. Parece que se han vuelto los habitantes de la ciudad, todos sin excepcion alguña, dementes. Yo no he visto andar en ninguna parte tan de prisa. Yo no he oido un campaneo tan ruidoso. Yo no pienso volver á encontrarme en medio de un aquelarre tan continuado. Proporcionalmente, ninguna ciudad de Europa, ninguna, tiene el número de carruajes que Nápoles. Suelen dar las carretelas de lujo una vuelta al pié de las hermosas colinas de las afueras y entrar por el Pausilipo á Chiaja. Imposible concebir mayor riqueza ni mayor número de elegantísimos trenes. A los muchos de la aristocracia napolitana se unen los muchos que gastan los viajeros riquísimos, habituados á visitar la ciudad y á permanecer en ella durante la primavera y el invierno. Pero el carruaje que tiene que ver y áun que oir es el car-

ruaje del pueblo en Domingo. Es la antigua calesa madrileña, todavía más ligera. Los caballos, bastante flacos de suyo, van enjaezados vistosamente. Cintas, lazos, flores, bandera tricolor, campanillas resonantes, cascabeles innumerables, arreos bordados de lanas ó sedas vistosísimas, hasta grandes pañuelos de gasa los envuelven. El cochero no es nunca uno solo. Van dos ó tres haciendo gestos, dando saltos como acróbatas por el circo. En el carruaje, en el pescante, en la trasera, caballeros sobre el jaco matalon, colgados del estribo, tendidos por el respaldo, en equilibrios inverosímiles, en posiciones atrevidas y peligrosas van más de veinte hacinados, y todos gritan, y todos se mueven cual si todos bailáran. Despues de haber visto pasar seguidos unos cuantos, repletos, henchidos, acompañados de aquel ruido infernal, teneis vértigos, de atronados los oidos, de mareada la cabeza, como si hubierais rodado, á manera de peonza, en vals infernal.

Guardaos bien de caer por gusto en aquellos carruajes. Aunque los hayais alquilado para vosotros solos, los que van de un punto á otro con alguna prisa, los cansados y fatigados, los que quieren correr en piés ajenos, como si la calesa fuera propiedad comun, la asaltarán, la poseerán como en pleno derecho, os acompañarán, pasando y repasando en ejercicios gimnásticos á vuestro

lado, sin haceros ningun daño ni inferiros ningun agravio, ántes diciéndoos mil gentilezas, resueltos á ser vuestros compañeros, como si toda la vida os hubieran conocido. La subida al Vesubio es temible por estas gentes. Si no llevais guía, contad con sus dicterios, con sus emboscadas, con sus silbidos é injurias, imposibilitados de hallar quien os señale una senda, quien os saque de un mal paso. Siempre me acordaré del pobre inglés sin guía que encontré cerca del cráter. Parecia un Ecce-Homo. Pero si usais guías, ya podréis creeros un maniquí verdadero. Os entregan un jaco que no podeis ni arrear ni parar á vuestro arbitrio. Llegados á cierto sitio, cuatro ó cinco se apoderan de cada uno de vosotros. Éste os echa una cuerda á la cintura, él otro os coge el brazo derecho, el de más allá el izquierdo; empléanse en fingir que quitan piedras del camino, en tirar de vuestro cuerpo como de un fardo, en desriñonaros con apariencia de sosteneros, hasta que llegados á la cima, despues de haberos consentido escaso reposo, pintándoos los riesgos de morir como Plinio, os arrojan en carrera vertiginosa desde el cráter, por una ladera toda cubierta de cenizas, como alma que se lleva el demonio á los profundísimos infiernos.

Y cuenta que, despues de haberse establecido el régimen constitucional, despues de haber pe-

netrado las ideas y con las ideas las costumbres modernas, han desaparecido aquellos tradicionales *lazzaronis* que vivian casi desnudos sobre la arena, al sol, sustentándose de la corta pesca y de la larga limosna. La idea de que el pueblo no sea trabajador en Nápoles paréceme una idea falsísima. Gritan, cantan, gesticulan, vociferan, disputan, pero trabajan y trabajan con afan. Lo que hay, en medio de tanta luz, al influjo de aquella hechicera naturaleza, educados por la hermosura de los varios paisajes, sostenidos por la atencion de sus conciudadanos, como hijos naturales de la griega Parthenope, muchos poetas sin cultura que improvisan versos espontáneos cual la flora de los bosques y las selvas, muchos oradores que hablan con inimitable elocuencia del sentimiento y de la pasion. Las fuerzas no se agotan en esta eterna primavera. La sensibilidad no se gasta jamas en esta vida de emociones. Son sobrios como los antiguos griegos. Un puñado de higos, unas rebanadas de melon, pepinos, tomates y pimientos crudos, mariscos salados, forman la base de su alimento. Ignoro si serán ciertas las observaciones de un escritor inglés, el cual se queja mucho de que la patata ha disminuido la inteligencia de los pueblos meridionales haciéndolos linfáticos. Yo recuerdo en mi familia una vieja criada que murió hace tiempo en nuestro hogar, á los

noventa años, y que no quiso nunca comer patatas. Nuestro inglés le hubiera dado un premio, pues dice que esa fécula no es como los guisantes, como las habas, alimentos cargados de fósforo y aptos por ende al desarrollo de la vida cerebral, y que debe ser restaurado como en tiempo de Pitágoras, el cual encarecia las habas y las recomendaba como alimento casi religioso. Yo puedo decir que el pueblo de Nápoles tiene una gran sobriedad, y no es dado en ninguna manera ni al vino ni á los licores. Si un dia faltára la nieve ó el agua fresca, habria en Nápoles una verdadera revolucion. Parécense en esto á sus padres los antiguos griegos. Una de las más hermosas odas pindáricas tiene bellísima y lírica introduccion consagrada al agua.

Otra de las analogías que tiene el napolitano con el griego es la vida al aire libre. La perla no está unida á su concha, el espíritu á su organismo, la idea artística á su forma, como el napolitano á su ciudad. Apénas emigra. Necesita para vivir de aquella bahía, de aquellos muelles, de la sonrisa de aquel cielo, de la música de aquellos mares, hasta de las amenazas del Vesubio. El dia que volviese el volcan á encontrarse como se encontraba en tiempos de la República romana, extinto, creeria Nápoles que le faltaba algo para la vida, el sordo mugir en los oidos, la contínua

erupcion en los ojos, la nube blanquecina de humo en los cielos, el reflejo de la gigantesca antorcha en las tranquilas aguas. Así la naturaleza y el hombre se abrazan y en sus abrazos se confunden. Mucha miseria hay en Nápoles y muchos pobres. Pero no causa la miseria en Nápoles el pesar que causa la miseria en Lóndres. Un pobre de Lóndres lleva raídas, remendadas, mugrientas las vestiduras desechadas por las altas clases; un pobre de Nápoles, si apénas lleva vestido, tampoco lo necesita, abrigado por aquel aire tibio, bruñido por aquel sol vivificador. Un pobre de Lóndres necesita bebidas espirituosas, carne abundante, carbon para calentar su vivienda. Un pobre de Nápoles vive de los frutos que da el campo, de los peces que guarda el mar, vida fácil y sóbria. Al uno le están cerrados todos los grandiosos espectáculos de la ciudad, el club aristocrático, el teatro, los saraos de la nobleza, las expansiones contínuas donde se entra por altas cantidades, miéntras que al otro nadie puede quitarle la fiesta por excelencia de su tierra, la vista de los Apeninos, la erupcion contínua del Vesubio, el collar de colinas volcánicas que rodea como un aderezo de diamantes negros su ciudad, la florida y espesísima vegetacion, el mar celeste, el cielo cargado con su rocío de estrellas, la música de la onda en la playa, las islas que sacan su cabeza entre los

esmaltes y los celajes del divino Mediterráneo.

Otra cosa he notado en Lóndres y en Nápoles. No hay pueblo donde la libertad haya echado tantas raíces como en el pueblo inglés, y no hay pueblo donde las clases sociales sean tan diversas y estén por tan profundos abismos separadas. Cuando veis uno de aquellos conductores de ómnibus, asentado con tanta solemnidad sobre su pescante, os parece ver en la majestad del continente, en la gravedad del aire, el primero de los lores sobre su saco de lana, presidiendo aquella cámara alta, que sólo ha tenido su igual ó su semejante en el antiguo Senado Romano. Y sin embargo, si la fisiología, si la naturaleza no señalan diferencias entre los aristócratas y los plebeyos, ¡cuántas, cuán grandes señalan las leyes! En cambio el plebeyo napolitano es plebeyo en toda la extension de la palabra; plebeyo por su orígen, plebeyo por su naturaleza, plebeyo por sus costumbres; y sin embargo, impone su voluntad, su opinion á los aristócratas, con los cuales se confunde por una mezcla felicísima de ligereza, de gracia y de dignidad personal, nacida del sentimiento íntimo de que en aquella naturaleza un hombre, por poco que trabaje, se basta siempre á sí mismo.

¿Conoceis algun pueblo moderno que haya sostenido por sí sólo un teatro? Aquella intuicion

estética de los pueblos en el siglo décimoquinto y décimosexto que creaba por sí misma un teatro y le infundia sus ideas, sus sentimientos, no existe ya en Europa. El teatro español nació, como el teatro griego, en una carreta, que iba de feria en feria, de fiesta en fiesta, seguida del pueblo; carreta sagrada como la de Théspis, sobre la cual flotaba el númen del pueblo. Poco á poco, desde que murió Lope, desde que se apagaron las centellas sobrenaturales del genio de Calderon y del genio de Shakespeare, el teatro dejó de ser el Auto religioso, dejó de ser el drama popular, para pasar á ser engendro de leyes académicas, sabroso pasto de aristocracias literarias. Hasta la guerra de los clásicos y de los románticos, en que éstos fingian representar el espíritu del pueblo, aquel espíritu que engendró los poemas homéricos y el romancero, no conmovió al pueblo, no llegó jamas á pasar de los folletines, de las revistas, de los bastidores y de las butacas. Pero Nápoles tiene su teatro, su teatro donde se ha ejercido en todo tiempo, hasta en los tiempos más nefastos, acre censura sobre las costumbres, y á veces sobre la política.

Es verdad que este teatro no puede tener carácter alguno literario, como escrito y representado en el dialecto local. Dialectos han sido las lenguas neo-latinas, dialectos del latin. Pero un

trabajo de seis siglos llevado á término por genios de primer órden, sin darles la perfeccion absoluta del latin, les ha dado gran sabor literario, las ha convertido en lenguas clásicas. Este pobre dialecto napolitano ¡ah! jamas podrá aspirar á tanto. El protagonista de su teatro será siempre el pobre polichinela, primo hermano del Pasquino de Roma. Pero en su modestia, en su humildad indicará que hay amor á la literatura, amor á la vida y á la accion dramática en el pueblo que lo sostiene, y que gusta de sus salpimentadas alusiones, algunas veces verdaderamente aristofanescas. Cuando yo asistí á sus representaciones criticaban amargamente esos patriotas, que toman á Roma en el café, de silla á silla, entre sorbo y sorbo de granita; pero nada hacen por Roma y por Italia, ni en los comicios electorales ni en los campos de batalla. Aparte la política, sólo sostenida por alusiones, el drama versaba sobre costumbres populares y relacion de estas costumbres con la pasion de las pasiones, con el amor. De todos modos, era de ver cómo aquel pueblo seguia anheloso, extático, su propia imágen reflejada en la escena.

Tanto allí como en el gran teatro de San Cárlos, uno de los mayores y más hermosos del mundo, noté la parte que toma aquel público en los espectáculos. Su temperamento nervioso esta-

lla á cada instante en manifestaciones tumultuosas, así de censura como de aplauso. El público es allí un actor, un verdadero actor. Su voz, y si no su voz su acento, su murmullo, acompaña á los actores como las olas del Pireo acompañaban al coro de la tragedia griega. Al mismo á quien ha aplaudido arriba con delirio, lo silba dos notas ó dos versos más abajo, sin piedad, con verdadero encarnizamiento Una actriz sentiráse allí desairada si no atruenan sus oidos tempestades de aplausos, si no amenazan aplastarla lluvias de flores. Durante la representacion entera, la curiosidad del pueblo está viva y atenta. Con su indiferencia no conteis, no. Es un pueblo que ama ó aborrece. El crepúsculo de la crítica daña á su franca naturaleza de artista. Por eso ha sentido tanto. Y como ha sentido tanto, por eso ha cantado á su vez tanto y tan bien. Creedlo, cuando alguna vez os lleguen hasta el corazon tal romanza de Bellini, tal preludio de Cimarosa, tal aire de Passiello, hay en esas cadencias algun eco de la cancion griega, que el marinero entona en la isla de Capri, en el promontorio de Sorrento, al pié del Vesubio; como en las serenatas de Schubert y de Mozart hay algo de la cancion andaluza, y en la cancion andaluza algo del acento de la sublime cantata árabe, acompañada por el viento del desierto.

Y sin embargo, en mis observaciones de la ciudad que los griegos llamaron sirena, algo hay que me disgusta: el exceso de alegría ruidosa en su conversacion, el exceso de movimiento en sus gestos, el exceso de vértigo en sus bailes, el exceso de acompañamiento de los más discordes instrumentos en sus canciones y en sus tarantelas. Y muchas veces fatigado me subia á la cartuja á ver el cielo y el Mediterráneo, y á pensar en cómo se pierden y se desvanecen necesariamente las variedades de pueblos y de razas en la inmensidad de lo infinito.

PARTHENOPE.

Una ciudad meridional no puede tener para nosotros, españoles, y españoles del Mediodía, la novedad que tiene para franceses, para alemanes, sobre todo para franceses y alemanes del Norte. Nosotros poseemos ciudades que en claridad de cielo, en abundancia de luz, en hermosura de contornos y campiñas, en ingenio de sus ciudadanos, en belleza de sus mujeres, en arte de sus monumentos y en aires aromatizados y bien olientes, compiten con las más hermosas y más ricas ciudades italianas. Quién puede olvidar aquella Valencia, ceñida de torres árabes y góticas; muellemente reclinada á orillas del claro rio que por todos sus alrededores derrama abundancia; circuida de la huerta feracísima que entrelaza con las ramas de sus brillantes moreras las ramas de sus oscuros granados, y que al pié de la gallarda palma, dulcemente mecida por las brisas marinas, ostenta inacabables naranjales, deleitando la vista con los matices de su dorado fruto y el olfato

con los aromas de su blanca flora? ¿Quién dejará de admirar la oriental Córdoba, con su aljama, única en Europa, donde se oyen los ecos de la poesía árabe, al pié de aquella Sierra Morena, esmaltada por selvas de rosales? No hay en la tierra otra Sevilla, cuando la primavera acaricia su abundante suelo. Es de ver la ciudad en Abril, levantando sobre inmenso océano de claro verdor sus agujas, sus botareles, sus ajimeces, sus ojivas, sus cresterías, bajo el cielo resplandeciente de luz, y entre los giros del aire cargado con los ecos de las orientales canciones y las esencias del embriagador azahar. No se cansa la vista de mirar y admirar á Cádiz; sus blancos edificios, esmaltados por verdes balcones y ventanas-perlas y cristalinos cierros, donde flotan cortinas de todos colores; rematados por azoteas llenas de caprichosas torres y de floridas macetas; erigidos entre escollos donde las olas se quiebran en cataratas de espuma; rodeados por bandadas de naves, que ya dejan en los claros aires nubes de vapor, ya se gallardean con sus henchidas velas y sus pintorescas banderolas; asentados dentro de aquella sólida y oscurísima muralla, en torno de la cual aparece á un lado la bahía con sus blancas poblaciones, sus caños, cortados por pirámides de sal resplandecientes á la esplendentísima luz, sus lejanas cordilleras envueltas en

vapores, ya violados, ya rosáceos, segun las horas del dia y los arreboles del ambiente, miéntras del otro lado el mar azul se dilata, retratando en sus claras aguas todos los matices del cielo, y componiendo con sus vientos, su oleaje, sus brisas, sus corrientes, sus tempestades y sus tormentas, contínuo himno á lo infinito.

Yo de mí sé decir que en medio de las ciudades más rientes de Italia he recordado siempre nuestra sin par Granada: la sierra con su cima de cristal; los apagados volcanes con sus pirámides de frias lavas; la ancha vega, toda cubierta de copudos árboles, alfombrada de verde grama, y limitada allá léjos por las celestes montañas de Loja; el blanco Albaicin en lo profundo, rodeado de áloes y de nopales, como si aguardára todavía á los hijos del Asia y del Africa, y todavía repitiera la cancion melancólica inspirada por los desiertos; el monte sacro rematado de pinos; la confluencia del Darro y del Genil, que vienen lamiendo los cármenes entre selvas de almendros, de avellanos y de gigantescos cáctus; en el centro la Alhambra con sus torres doradas por la luz y por los siglos; sobre aquel cerrillo poblado de bosques y de jardines, á cuyos piés duerme Granada, y en cuya cima se dibujan con toda la poesía del Oriente los minaretes y los ajimeces y las bermejas torres, el Generalife, escondido en gru-

tas de sonantes cascadas, de olientes jazmines, de melancólicos cipreses, de graciosas florestas, cuyos susurros, cuyos aromas, convidan de consuno á la vida árabe, toda consagrada, despues de las zambras y las guerras, al sueño, á la poesía y al amor.

Nosotros tenemos adelfas para coronar á los poetas; bosques de mirtos dignos de ser habitados por los antiguos dioses; palmerales bajo cuyas anchas palmas parece vagar el genio del Asia; costas de aureas arenas y de celestes aguas; promontorios y cabos que el sol poniente dora con esmaltes dignos de las riberas de Grecia; el aroma del azahar y del jazmin en los aires; higos tan dulces como los higos de Aténas, en nuestras higueras; pasas tan azucaradas como las pasas de Corinto, en nuestras cepas; dias calurosos henchidos por el cántico unísono del coro de cigarras que ensalzaron los antiguos poetas; noches tranquilas y luminosas como las noches de Oriente; serenatas, en cuyas largas y tristes cadencias se oye resonar aún el acento inmortal de las canciones árabes con todo su intenso amor y toda su profunda melancolía.

A pesar de esto, áun extraña, áun maravilla la campiña de Nápoles. Conoceréis algo más agreste, más abrupto, más sublime en la tierra; no conoceréis nada tan clásico, tan digno de la Égloga

antigua, tan propio para que el ánimo repose y la naturaleza tome los tintes y las inspiraciones de nuestra alma. Así como la escultura es el arte pagano por excelencia, el arte que armoniza la idea y la forma en suave reposo, la Campania es la tierra de las Églogas, la tierra de las Geórgicas, la tierra por excelencia pastoril, donde los montes repiten el eco inmortal de las dulcísimas zampoñas de Virgilio, y los animales y las plantas se trasforman á los ojos del pensamiento con las metamórfosis cantadas por Ovidio.

Dios mio, ¡qué riqueza de colores, de matices, de tonos! ¡Qué gradaciones desde el azul claro de la bahía hasta el violeta y amatista oscuro del Vesubio! Como la cordillera del Oriente, tachonada á intervalos de ventisqueros, que relucen cual diamantes entre turquesas y esmeraldas, contrasta con el matiz rosa claro, tomado al anochecer por los montes del Ocaso, por el cabo Miseno y por los contornos de la isla de Nisida, semejantes á promontorios de bruñidos jaspes. Mirad ese horizonte puro, purísimo, por el cual se desvanecen las columnas de blanco humo que despide el volcan; ese mar tan sensible á los cambios del horizonte, que puede llamarse su repeticion ó su espejo; ese suelo, que donde lo permite la vegetacion, lujuriosa, viciosísima, enseña las lavas negras y lucientes como el azabache. Yo

en ninguna parte he visto la luz quebrarse en refracciones tan várias ni dar á los contrastes apariencias de oposicion tan brusca. Por lo que respecta á la luz, diríase á esta tierra gigantesco prisma de múltiples colores. Por lo que respecta al contraste, enseñadme en ningun otro punto montañas más abruptas descendiendo en playas más suaves, bosques más agrestes junto á jardines más cultivados, ciudades más pobladas y ruinas más solitarias, suelo más amenazado de muerte por las bocas volcánicas, por las solfataras ardientes, por los terremotos repentinos, por las erupciones violentas, ni vida más múltiple, más alegre, que se espacie así en el cántico, en la danza, en los juegos, en los placeres; refinamientos de civilizacion mezclados á delicias del campo; recuerdos antiguos vagando sobre el indolente olvido moderno; la columna de fuego que el volcan agita como gigantesca antorcha frente á los picachos rematados de diamantinas nieves.

Aquí veo las hayas y los robledales virgilianos; las cabras, irguiéndose á clavar el agudo diente en los arbustos; las ovejas con el vellon cargado de lana y las ubres cargadas de leche, rodeadas, seguidas de tiernos y baladores recentales; por las laderas las zarzas, con cuyas moras se teñian las cejas y las mejillas los rabadanes para entonar sus bucólicos versos; en la orilla del torrente las

cañas con que formára el dios Pan sus canoros caramillos; de erguido olmo en erguido olmo los festones de las parras, entre cuyo follaje se posa la paloma y arrulla la tórtola; en el fondo los floridos cantuesos, en las colinas el tomillo y el espliegol; á la entrada de la caverna, por el tronco de la encina que sobre ella se avanza, el panal destilando miel y rodeado de zumbadoras abejas, cuyo aguijon trae los jugos de las flores; dentro de la caverna el Sileno ebrio de vida y de vino, con su guirnalda en las sienes y su ánfora en las manos; por las corrientes de los arroyos la blanca náyade que teje coronas; por las majadas y los oteros el pastorcillo, juntando la amapola con el narciso, y la blanca azucena con la madreselva, para ofrecérselas á su amada; en el ancho mar, rizado por los soplos de la brisa y herido por los cambiantes de la luz, la sirena antigua que palpita de amor en las ondas y canta eternamente con seductora cadencia la inmortal epopeya de la naturaleza.

Junto á tales églogas, ¡qué terribles tragedias ofrece esta atormentada tierra! Hicieron los antiguos bien llamándola sirena que atrae, sirena que mata. Con frecuencia erupciones terribles destruyen, abrasan, entierran aldeas y ciudades enteras. El terremoto sacude con estremecimientos espantosos toda aquella region. Los edificios se

balancean como las naves al oleaje del vendaval, y vienen columnas, trombas de acres vapores, lluvias, diluvios de cenizas, granizadas de brasas, tempestades de lavas. El mar hierve, el cielo reverbera fuego siniestro, como si las benéficas pluviosas nubes hubiéranse tornado ardientes hornos. Respira el volcan como ciclópea titánica fragua, ó relampaguean, truenan sus erupciones como legion de tempestades. Por do quier bancos de lavas candentes, océanos de negras cenizas, torbellinos y espirales de piedras, rocas fundidas, mugidos espantables de la montaña, estremecimientos dolorosísimos del valle, vapores sulfurosos, exhalaciones de ácido carbónico, nubes grises ruidosísimas, atravesadas por reflejos siniestros y henchidas de menudos enrojecidos aerolitos, franjas de escorias por el suelo y manantiales de aguas hirvientes, el infierno confundido con el paraíso en la tierra, como la pena con la alegría en el alma, como el error con la verdad en la mente, copia fiel de las tragedias de nuestra existencia y los contrastes de nuestro sér. La encendida montaña es un gigante laboratorio de donde sale con igual fuerza la muerte y la vida, como la naturaleza es un conjunto de fuerzas que componen, descomponen y recomponen. De sus estremecimientos, de sus convulsiones puede quejarse el antiguo habitante de Pompeya y Estabia,

incrustado en las frias seculares lavas; el moderno campesino de Resina y de Torre de Greco, que en trágica noche ve desaparecer bajo bituminosas encendidas materias sus viñas henchidas del dulce lácrima, tan celebrado en el mundo; pero el químico, el físico, encuentran en sus fecundas exhalaciones, sodas, potasio y diversas sales marinas, testimonio de su comunicacion con el Mediterráneo; depósitos de cloruro de hierro con todos los colores de las piedras preciosas y de las flores silvestres; manantiales de ácido clorhídrico y ácido sulfúrico; sustancias amoniacas y agujas de azufre tendidas en largos manojos sobre las oscuras escorias; depósitos de aguas termales que curan muchas de las enfermedades, y exhalacion contínua del gas ázoe y del carbónico, tan funestos para la vida y tan preciosos para la ciencia.

Imposible forjarse una idea, sin haberlo visto, del contraste profundísimo entre la serenidad riente del campo y el siniestro aspecto del volcan. Cuando los sentidos yerran por aquellas florestas y aquellas playas; cuando pasan de la colina al valle, del valle al bosque, de los bosques donde se entrelazan el olivo con el limonero al mar celeste, donde se rizan tantas velas latinas que parecen bandadas de blancas aves, creen ver y oir en la realidad los pastores de Virgilio, los marineros de Teócrito, cantando los unos entre redes y vergas,

y los otros entre apriscos y praderas, dobles versos que han de repetir las auras y las brisas; pero si luégo se convierten al volcan y le ven relampaguear, llover fuego, y le oyen mugir, tronar, creen que sus cimas dibujan entre nubes de humo las legiones que ya pisaron aquellas altas cimas, las legiones del eterno víctima, del eterno paria, de Espartaco, el tracio defensor de los esclavos, cuya sombra ensangrentada y trágica vaga sobre todas estas églogas como la infame esclavitud sobre todas las bellezas y todas las armonías del antiguo mundo.

¡Qué exceso de cultura en la vida y de originalidad primitiva en la naturaleza! Aquí están sobrepuestas cuatro ó cinco civilizaciones distintas; desde la pelágica hasta la cristiana; y el suelo volcánico en sus estremecimientos, en sus convulsiones, en sus vapores, parece pertenecer á los tiempos en que todavía era el planeta materia incandescente, henchida de intensísimo calor y de tonante electricidad. Yo me figuro estar en las cavernas donde las ideas arquetípicas, las ideas madres, como Goethe las llama, tejen los hilos de la vida, ó donde los gigantes fabulosos en yunques colosales forjan las inconmovibles bases graníticas de la tierra. Esto es eternamente pagano. El agua bendita cayendo quince siglos sobre los campos, no los ha bautizado todavía. Los dioses no

quieren irse. En vano la vieja sibila de Cúmas, con la vista gastada de mirar á lo porvenir, con la túnica rasgada por las tormentas, desde el elevado promontorio donde se consume, ha dicho á los chicuelos de Nápoles cuando la apedrean, y le preguntan: —¿qué quieres?—Quiero morir.— En vano las sirenas se han reunido en torno del Cabo Miseno para quejarse de la muerte del dios Pan. Aquí están todas las divinidades, lo mismo Céres coronada de espigas, y Baco ceñido de pámpanos y Minerva con sus ramas de olivo y Sileno apoyado en su ciprés, que Neptuno arrancando con el agudo tridente el espumoso caballo á la tierra, y Vulcano enrojeciendo el hierro en el fondo caliginoso de sus fraguas eternas. No se han ido, no. Están ahí, en el suelo, en los córtes escultóricos de los cabos, en los intercolumnios de las colinas, en los relieves de las costas, en la luz vivísima que no consiente ningun misterio, que todo lo recama de aureas aristas, para celebrar las nupcias eternas del espíritu con la naturaleza, como en el antiguo paganismo.

Estas tierras tan bellas, tan graciosas, atraen eternamente á todas las razas; son las tierras de la comunicacion perpétua entre todos los hombres. Quédense para los agrestes montañeses conservar tras los desfiladeros de sus cordilleras, en el seno de las cavernas, velados de impenetrables

bosques, sobre picachos sólo accesibles á las águilas, teniendo por defensa el risco, el pedrusco desprendido al menor esfuerzo de la altura al valle; quédense para ellos las guerras por la independencia, el culto fiero á las antiguas leyes y á los antiguos usos: que aquí, entre estas ondas sonoras, donde al reflejarse el sol finge de luz esplendorosa lagos y rios, cada una de cuyas gotas es una estrella; donde el fósforo, de matiz blanquecino como los rayos de la luna, deja en las tranquilas noches fajas lucientes, parecidas á las fajas de la via láctea en el cielo; aquí donde las playas seducen como el seno de casta vírgen; donde cada árbol exhala nubes de aroma, y cada giro del aire repite suspiros de amor; sobre la hierba ó sobre las algas, entre las flores del campo y las conchas de la arena, á la sombra, ya del mirto, ya del olivo, ya de la vela crujiente, vendrán los dioses de todos los templos, los pilotos de todas las razas, los conquistadores de todos los pueblos á vivir, aunque sea un momento, ebrios de orgullo y de placer, en brazos de esta seductora y voluptuosa naturaleza.

Lo mismo sucede entre nosotros. El cántabro verá estrellarse cien veces en su escudo de cuero la invasion romana; el asthur, sin tener la cultura de Bruto ó de Caton, sin aspirar á que Plutarco cuente y Lucano cante sus hazañas, prefe-

rirá la muerte á la servidumbre; el navarro, desde las altas montañas, conjurará todas las conquistas y hará morder el polvo en su constancia á los soldados de Carlo-Magno; el vasco guardará, á través de tantas revoluciones y de tantos siglos, leyes y usos que tienen caractéres patriarcales, antigua lengua que tiene puro carácter primitivo, al paso que las playas del Mediodía, serenas y risueñas, accesibles á todos los pueblos, abordables á todas las naves; con sus ondas celestes y sus espumas argentinas y sus aúreas arenas y sus colinas graciosas y sus olivos y sus mirtos y sus laureles; teñidas por aquella luz deslumbradora, cuyos reflejos dan á las cordilleras toques metálicos, y á los orientes y á los ocasos de su sol arreboles indescriptibles, y á las estrellas y á las estelas de sus noches seductor centelleo; de contínuo embalsamadas por los aromas de flores que embriagan, como otros tantos misteriosos pebeteros; verán venir á su seno gentes de todas las regiones, naves de todos los puertos, y tendrán que abrirse y entregarse de grado ó por fuerza, ya al hierro, ya al halago.

Así es que en la historia de la península ibérica, como en la historia de la península itálica, los pueblos del Norte fundarán la nacionalidad y la ilustrarán los pueblos del Mediodía. Las montañas del Norte serán las regiones históricas, las

regiones, si es permitido hablar así, conservadoras; y las playas del Mediodía serán las regiones comunicativas, las regiones, si es permitido hablar así, humanitarias. Las unas darán al pueblo su carácter peculiar y propio, las otras comunicarán este pueblo autóctono con los demas pueblos de la tierra. El alobrogo se sostendrá en el Norte de Italia, fuerte y rudo, para realizar el sueño de quince siglos, la independencia y la unidad italiana, como el montañés de Covadonga, de San Juan de la Peña, del riscoso Sobrarbe descenderá al llano con el ímpetu de sus rios á formar la nacionalidad ibérica. Y así como por Rosas, por Sagunto, por Dénia, por Tarragona, por Calpe, por Algeciras, por Cádiz, vienen los griegos, los fenicios, los cartagineses, los romanos, los árabes, por las playas meridionales de Italia van casi todos los invasores, desde los que fundaron la Magna Grecia en el estrecho de Mesina y en el golfo de Tarento, hasta los que fundaron la monarquía española en las faldas del Etna y del Vesubio.

Así en Nápoles todo cuanto hay de vida moderna recuerda España, nuestra España, hasta el punto de creeros en Barcelona, en Valencia, en Madrid mismo, cuando veis las celosías y los balcones y las casas pintadas de mil matices y los monumentos al gusto de Alfonso V y de Cár-

los III, en tanto que toda la vida antigua os recuerda más, mucho más que la Italia civilizada por el arma de Roma, la Italia civilizada por la palabra de Grecia. Parthenope es griega, completa, absolutamente griega. Allí jamas se romperá, jamas, la eterna armonía entre el alma del hombre y el Universo que la rodea, verdadero secreto de la excelencia de la vida helénica no repetida en la historia. Parece que nadais en el éter cantado por Eurípides y henchido con los coros de las musas y las melodías de Apolo; que las aguas han llevado sobre su luciente superficie las aureas naves, donde iban las procesiones ó teorías griegas celebradas en el Banquete de Platon; que las islas guardan en sus frentes de mármol, como la antigua Cytheres, el beso de la diosa recien nacida en las blandas espumas de las ondas; que aquellas costas dibujadas como á compas y aquellas montañas en proporciones armónicas con todo cuanto las rodea, tienen el ritmo y la geometría de Euclides y de Pitágoras; que el Mediterráneo se tranquiliza, se adormece allí, no sólo para repetir los matices todos del luminoso cielo, sino para juguetear con las ninfas, con las sirenas, con las divinidades, cuyas sienes coronadas de algas, de perlas, de corales, se ven á cada instante en el culebreo de los rayos del sol por las jaspeadas arenas, dentro de las traspa-

rentes orillas marinas; que el hombre se encuentra sobre aquella tierra, bajo aquel cielo, como el dios antiguo sobre el ara de su altar y bajo la techumbre de su templo; que la naturaleza es clara, trasparente, de relive, como aquella antigua conciencia clásica, como aquella lengua helénica, la más distinta, la más precisa, la más armoniosa y rica de las lenguas humanas; que todo convida allí á entregarse á la vida universal, todo á los cantares en coros, á las danzas por muchedumbres, á las carreras délficas, á los juegos píthicos, á los ejercicios atléticos y gimnásticos, á la vida griega, serena como su arte, regida por la geometría y por la música, consagrada á hacer de cada cuerpo una perfecta escultura, de cada alma un cielo trasparente; vida en paz completa y eterna con la naturaleza, que se cincela, se pule, se esculpe, se pinta á sí misma, para someterse al espíritu y á la idea y á las fuerzas del hombre.

Yo no las he visto, pero he oido alabar y encarecer á cuantos las han visto, las bellezas del trópico. Yo tenía un amigo, viajero incansable, que á la contínua me hablaba de Cuba, de Haiti, del Brasil, y sobro todo de la isla de Java, de ese manojo de volcanes. Debe ser bello, terriblemente bello todo eso. Nuestros árboles parecerán femeniles ramilletes al lado de esos árboles gigantes

que se hunden allá en la inmensidad de los cielos. Nuestros rios deben ser arroyos en comparacion de esos rios de la India y del Perú. Nuestra flora, raquítica, miserable, parangonada con la flora tropical, rebosante de sávia y de aromas. Yo me he fingido mil veces en la mente, leyendo las relaciones de los grandes viajeros, esa isla de Java con sus fundamentos de granito, con sus montañas de basalto, con sus haces de volcanes; cubierto el suelo de madréporas y pólipos; cortado el paso por selvas primitivas é inexplorables; desaguando de las raíces de sus montañas de fuego rios hirvientes en la inmensidad del Océano; los dias todos con tempestades, cuyos relámpagos son incendios, cuyos truenos desquiciamientos del cielo, cuyas lluvias electricidad; las noches iluminadas, no sólo por las estrellas y constelaciones, sino por las grandes aladas luciérnagas que en todas direcciones vuelan como nubes de animados aerolitos; los cocoteros saliendo de las aguas, á veces de las ondas, y elevándose á las alturas cargados de frutos, junto á las palmas resonantes; los bambúes al pié de los plátanos, árboles gigantescos, por cuyos troncos fluye el ámbar líquido; las hojas y las ramas de la vegetación lujuriosísima entrelazándose hasta formar tinieblas perpétuas por donde vagan tigres negros de ojos verdes y murciélagos monstruosos con alas inmensas;

el campo cubierto de plantaciones de tabacos, de té, de café, de especias, que con sus jugos, con sus esencias, con su humo nos embriagan; el aire embalsamado de aromas que perturban; la tierra entera, produciendo y devorando seres en contínua y desordenada exaltacion, como si aquella extraña naturaleza fuese la demencia, el delirio, el frenesí de la vida.

Bella debe ser, bellísima; pero con toda su hermosura vence y anonada al hombre. Qué diferencia de los mares serenos, cuyas olas parece que esculpen las islas; de las costas armoniosísimas que se abren sin recelo á los vientos y á las aguas; de los olmos, graciosas columnas, entre las cuales se mantienen las parras con sus flexibles sarmientos y sus recortados pámpanos; de la flora artística de las orillas del Mediterráneo, flora llena de bálsamos, el jazmin entrelazado con la pasionaria, la verbena al pié del mirto, en el hondo valle el olivo, el granado, la higuera, el limonero, la viña; al borde del torrente la adelfa; en la montaña la salvia, el tomillo, el romero, la manzanilla, el árnica, todas llenas de remedios y de consuelos; sobre las flores las mariposas en su inocente jugueteo, la abeja en su trabajo, y por los aires dulces, suaves, templados al sol en los inviernos, templados á las brisas en los veranos, el coro eterno de nuestras pintadas, nerviosas é

inocentes avecillas. El género humano amará eternamente esta naturaleza graciosa, bellísima, que le sostiene con su calor suave, que le alimenta con sus sabrosos frutos, que le regala con sus aromas, que le refresca con sus brisas, que le bruñe y le sana con su sol, que le recrea con los cambiantes de sus mares, y el tono rosado de sus altas montañas, y los cuadros de sus horizontes, y la arquitectura de sus cordilleras; naturaleza en la cual vive como el fauno en su gruta de hiedra y se baña como el sileno en la linfa de sus fuentes.

Nosotros nos sentimos todos parte integrante del universo. Conocemos el estrecho parentesco que existe entre la naturaleza y el alma. Los minerales nos dan la base de nuestro esqueleto. El hierro penetra en las venas, colora y enciende la sangre. Con sólo mirar al cuerpo humano se ven sus relaciones y sus armonías con las plantas. La relacion es mayor en las esferas superiores de la vida. Todas las especies animadas tienen afinidades físicas, químicas, fisiológicas con este cuerpo humano, que las resume, las corona y las completa. Por todas partes nos sentimos unidos con el universo, y en relacion, así con la estrella lejana, perdida en los abismos del cielo, como con la humilde florecilla hollada por nuestros piés. Somos unos con todos los seres. ¿Y no reconocerémos el estrecho lazo que nos liga á nuestra pro-

pia especie? ¿Será más fácil y más grato sentirse unos con el mineral, con el vegetal, con los animales inferiores que con el resto de los humanos, en cuyas frentes centellea el espíritu? Y si nos reconocemos unidos á los demas hombres por identidad fundamental de la naturaleza, ¿cómo explicarémos, cómo, la guerra y la esclavitud? ¿Cómo la sed de corromper, de esclavizar, de combatir, de exterminar, que aqueja á tantos seres humanos, en detrimento, en ódio á aquellos que son de todo en todo sus iguales? Y en esta sonriente tierra de Nápoles nos recuerda la historia el orgullo de unos, la tiranía engendrada por este orgullo; y de otros la esclavitud, la degradacion, la miseria moral y material. Pues qué, ¿no veo á mi espalda el golfo de Bayas, donde Neron en su crueldad asesinó á su madre, donde Calígula en su demencia llamó á la luna á compartir su lecho, y veo á mi frente el cono del Vesubio, donde Espartaco citó á los gladiadores para que, en vez de volver las espadas contra sus propios corazones, las esgrimieran en el corazon de sus tiranos?

Pero entreguémonos á la contemplacion de este bellísimo cuadro, de la campiña, de la ciudad. Parece que lo estoy viendo ahora mismo. Son los últimos dias del mes de Abril. Las hojas verdes y tiernas cubren las ramas. Los cielos sonrien y

sonrien los mares. En el Este, dibujando sus crestas coronadas de nieve en claro cielo esmaltado de azul, los montes Apeninos, que á los toques del éter se pierden, se desvanecen; adelantándose hácia las playas, al Nordeste, la pirámide truncada que forma el Vesubio, y en cuyas laderas compuestas de lavas, de riscos casi metálicos, de oscuras cristalizaciones, la luz se rompe en matices violáceos, celestes, lilas, que son verdaderamente mágicos; desde el Vesubio al cabo Campanella, sobre colinas bellísimas, al borde del mar, entre bosques de olivos y limoneros, de robles y de higueras, de laureles y mirtos, Castellamare, Sorrento, blancas como palomas; hácia la curva central de este grande anfiteatro, primero las ruinas solitarias de Pompeya, los barrios luégo henchidos de vivientes, como Portici, como Torre del Greco, rodeados todos de maravillosas quintas y de floridos jardines por leguas de leguas; más hácia el Oeste Nápoles, entre aquellos muelles del comercio, donde las naves se agrupan á centenares, las barcas á miles, y este otro muelle de la contemplacion, del arte, llamado Chiaja, y lleno de alamedas, de estátuas maravillosas, de templos marmóreos, bordado de larga fila de palacios grandemente pintorescos por sus azoteas y sus balcones; tras todos estos palacios, quintas, villas, ciudades, un collar de pequeños conos vol-

cánicos, que forman como graciosas ondulaciones, como series de colinas sobre cuya cúspide brillan iglesias, monasterios, castillos, monumentos de diversas clases, y á cuyos piés se extienden florestas contínuas en armoniosa gradería; hácia el Oeste la gruta de Pausilipo remata por la tumba de Virgilio, genio que reposa en aquella region como en su nido; más al Oeste aún el cabo Miseno, cantado por los poetas, eternamente querido de los artistas; todo el conjunto inundado de aquellos arreboles que dan aspecto fantástico, así á las nieves de los Apeninos como á las humaredas del Vesubio, y entonado por aquel mar de un celeste casi indescriptible, segun lo claro y lo bello, en el cual se bañan las islas de córtes verdaderamente arquitectónicos, y que parecen alzarse allí como sirenas para velar, para arrullar, para hermosear á la diosa de las sirenas, á la divina Parthenope.

FIN.

INDICE.

—

	Páginas.
Al que leyere	V
Llegada á Roma	1
La gran ruina	33
Los subterráneos de Roma	63
La capilla Sixtina	89
El Cementerio de Pisa	137
Venecia	171
En las lagunas	201
El Dios del Vaticano	223
El Gueto	317
La gran ciudad	343
Parthenope	369

9-1-16/ 22ms.

AÑO XXXIII.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS,

INDISPENSABLE EN TODA CLASE DE FAMILIAS.

Sale á luz los dias **6, 14, 22 y 30** de cada mes, y cada año forma un hermoso vo-
ámen de unas **1.200** columnas gran fólio, de escogida lectura, conteniendo sobre
1.500 grabados de las más recientes modas y labores propias de señoras; — **48** figu-
ines grabados en acero é iluminados con colores finos; — dibujos de tapicería; — **24**
randes patrones tamaño natural, con más de **600** modelos de vestidos, abrigos y
lemas confecciones. Estos patrones alternarán algunas veces con las grandes hojas
le dibujos para bordados, que tanta aceptacion han tenido en el presente año; —
lgunas piezas de música; — **50** ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caba-
lo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM** digno de ocu-
ar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la
aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es selecta é instructiva, y su contenido excede en el año de **60** tomos en 8.°

PRECIOS DE SUSCRICION.

EDICIONES ECONÓMICAS.

CUARTA EDICION,
propia para colegios de señoritas, con 24 patrones tamaño natural y grandes hojas de dibujos para bordados.

Un mes	1,50	Pesetas.
Tres meses	4,25	»
Seis meses	8,00	»
Un año	15,00	»

TERCERA EDICION,
con 12 figurines iluminados, 24 patrones tamaño natural y grandes hojas de dibujos para bordados.

Un mes	2,00	Pesetas.
Tres meses	5,50	»
Seis meses	10,50	»
Un año	20,00	»

EDICIONES DE LUJO.

SEGUNDA EDICION,
papel superior, con 24 figurines iluminados, 24 patrones tamaño natural y grandes hojas de dibujos para bordados.

Un mes	3,00	Pesetas.
Tres meses	8,50	»
Seis meses	16,00	»
Un año	30,00	»

PRIMERA EDICION,
papel vitela, con 48 figurines iluminados, 24 patrones tamaño natural y grandes hojas de dibujos para bordados.

Un mes	4,00	Pesetas.
Tres meses	11,00	»
Seis meses	20,00	»
Un año	40,00	»

EN PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con el solo aumento de 15 por 100.

Administracion: Carretas, 12, principal, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PERIÓDICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES.

Director : DON ABELARDO DE CÁRLOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino tambien cuantos monumentos artísticos y notables hay en España.

Cada número consta de 16 páginas gran fólio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, grátis para los señores suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edicion tan lujosa como la de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.		PORTUGAL.		EXTRANJERO.	
1 año. .	PESETAS. 35	1 año. .	PESETAS. 40	1 año. . .	REIS 8400	1 año. .	FRANCOS 50
6 meses.	» 18	6 meses.	» 20	6 meses..	» 4300	6 meses.	» 26
3 meses.	» 10	3 meses.	» 11	3 meses..	» 2500	3 meses.	» 14
1 mes. .	» 3,50	1 mes. .	» 4	1 mes.. .	» 800		

Se suscribe en provincias en las principales librerías.

Siendo esta Empresa la que publica hace TREINTA Y TRES AÑOS el periódico de señoras y señoritas, titulado LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, hará una rebaja de 25 por 100 en el precio de la misma á los que se suscriban á ambas publicaciones.

Se remiten números de muestra grátis de ambas publicaciones á quien lo solicite.

RECUERDOS DE ITALIA.

RECUERDOS DE ITALIA.

Esta obra es propiedad de los Editores.
La primera parte de esta obra es propiedad tambien de los mismos editores, que acaban de publicar la tercera edicion de la misma.

Madrid, 1876.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Duque de Osuna, núm. 3.

RECUERDOS

DE ITALIA

POR

EMILIO CASTELAR y Ripoll

SEGUNDA PARTE.

MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVI.

23
427
.035
874
1.2

63-12227

PRÓLOGO.

Publico hoy el segundo volúmen de los *Recuerdos de Italia*, escrito con el mismo método y los mismos procedimientos del primero. Donde quiera que un monumento, una ciudad, una persona ilustre, un territorio célebre han herido mi atencion, y heme parado á contemplarlos y describirlos dando en bosquejo fugaz, no sólo idea concreta de ellos, sino cuenta exacta de la serie de ideas que me han inspirado sus celajes, sus líneas, sus recuerdos, sus ruinas, su destino en la historia, su misterio en la poesía y en el arte. Muchas veces la personalidad histórica que de un paisaje se levanta lo borra con su luz como el sol á las estrellas y lo supera con toda la superioridad que tiene el espíritu sobre la naturaleza. Esta consideracion me ha llevado á unir el nombre de Vir-

gilio á Mántua, el nombre de San Francisco á Asis, el nombre de Tasso á Sorrento. En cambio no me atreví á recordar casi que hay una tiranía horrible unida á la isla de Capri, que hay un nombre abominable ligado con aquellos hermosos promontorios, el nombre de Tiberio; porque, decidido á elevar la conciencia humana como una hostia consagrada hácia lo infinito en pos del ideal, no quiero recordar ni sus desfallecimientos ni sus eclipses, ni sus sombrías noches, sobre todo cuando estudio y describo paisajes, épocas, monumentos á mi arbitrio.

Deseoso de dar á alguno de mis amigos pruebas verdaderas de afecto, les he dedicado en su dia y vuelvo á dedicarles ahora alguno de estos trabajos. Al señor D. Alfredo Adolfo Camús, mi antiguo catedrático en letras clásicas, varon ilustre de extraordinaria ciencia, á quien debemos ya várias generaciones la iniciacion segura en el templo de la antigüedad, le he dedicado un escrito á lo antiguo consagrado, el estudio conocido con el nombre de *Mántua y Virgilio*, pálido reflejo de la multitud de ideas recogidas en su sábia enseñanza, lejano eco de las admirables lecciones de su cátedra, pobre desquite de la ingratitud

con que ha pagado la pública Administracion cuarenta años de no interrumpidos servicios á los grandes ideales literarios y á la ilustracion de la juventud española. Compañero en la visita á los claustros y á las iglesias de Asis, guía ilustre mio en aquel inmortal cenobio que se eleva como la tumba de Cristo en la cima de las edades; gran artista, honra de la Pintura española, el Sr. Casado del Alisal, cuyos consejos, cuyas advertencias, cuyas ideas en mis paseos por Roma y sus alrededores no olvidaré jamas, ha recibido con afecto la dedicatoria del Monasterio franciscano y de sus riquezas artísticas. Lo mismo ha hecho mi fraternal amigo el Sr. D. Buenaventura de Abarzuza respecto á la parte de este trabajo consagrada á referir cómo la vida del Santo se convirtió en leyenda y cómo la leyenda influyó soberanamente en la transformacion de las ideas por aquellos tiempos creadores, por aquel siglo décimotercio, de tanto y tan decisivo influjo en la humanidad y sus destinos. Profundo talento político el talento del Sr. Abarzuza, conocedor como pocos de la misteriosa manera con que los puros ideales penetran en la realidad y la transforman, ha aceptado este pobre recuerdo que yo

debia á quien tanta luz me ha dado en difíciles circunstancias con sus profundas consideraciones y tanta experiencia con sus admirables puntos de vista sobre los movimientos de esta máquina social tan complicada y tan compleja.

He mezclado, como en el primer tomo, á las consideraciones filosóficas, históricas, literarias y artísticas, consideraciones políticas: que al cabo la política no es otra cosa sino la cristalizacion de todas las ideas, y su resultado social. Así es que, no sin intento deliberado, he puesto junto al espectáculo que ofrece y á la enseñanza que da la democracia de los Grisones, el espectáculo que ofrece y la enseñanza que da el despótico reino de Monaco. La libertad ha hecho fecundas las áridas crestas de unas montañas envueltas en el sudario de perdurables inviernos, y la tiranía ha manchado las playas hermosísimas donde la naturaleza y el espíritu brillan con sus más bellos resplandores. É igual idea de libertad me ha llevado á encarecer la democrática ciudad de Florencia, ese faro del espíritu moderno, y á publicar el discurso que pronuncié en el banquete dado en mi obsequio por los representantes de la prensa y de la tribuna progresistas en su Ateneo

de Roma. Eternamente vivirán en mi memoria aquella velada y aquellos obsequios. Los promovió mi amigo, el gran orador Mancini, hoy ministro de Gracia y Justicia, asociándose todos los representantes más ilustres del partido que mantiene la libertad en Italia. Mi gratitud por tantas distinciones será eterna. Y en prueba de ella voy, despues de un año, sin auxilio de ningun apunte, sin consultar ningun periódico, á describirla, y de su descripcion resultará su importancia. De dos cosas prescindiré por completo: primero, de la parte de elogios consagrados á mí, elogios naturales en fiestas de esta clase, que yo omito por razones de delicadeza, pero que no pagaré jamas con la moneda de un olvido ingratísimo; y segundo, de la parte de etiqueta y de ceremonia, propias de todos estos festejos, y á mis lectores poco interesante. Lo que en realidad interesa á todos, el número de ideas principales vertidas en aquella fiesta, queda en estas páginas con su inextinguible resonancia, como queda en mi corazon y en mi memoria. El primero en hablar fué el ilustre repúblico Depretis, que preside actualmente el Consejo de Ministros. Sus palabras tuvieron grande importancia, como inspiradas en

esta idea capital: en la union de Italia y España. Efectivamente, si hay naciones que puedan reunirse en comunidad de ideas son estas dos grandes naciones mediterráneas. Tenemos nombres que son españoles é italianos, como Colon, Doria, Farnesio y Ribera. Los agravios mutuos, como nuestras sendas conquistas, pueden olvidarse y perdonarse fácilmente, que medios de relacion eran al cabo en los duros pasados tiempos. Pero nosotros no podemos olvidar la influencia de Italia en sucesos como las conquistas de Mallorca y Almería, en artistas como Juanes y Velazquez, en escritores como Garcilaso y como Cervántes. Y los italianos jamas olvidarán que nosotros convertimos en verdadero paraíso sus campos partenopeos desecando las lagunas infectas; que nosotros amparamos aquella democrática república de Génova, tan española como cualquiera de nuestras más españolas regiones; que nosotros emprendimos con esa misma Génova y Venecia la inmortal hazaña de Lepanto.

Despues del Sr. Depretis se alzó el Sr. Crispi. Gran conocedor de nuestra historia y de nuestra política; su discurso tuvo un sentido práctico, propio de quien ha defendido tan prácticamente

y con tanto tacto la libertad en Italia. Narró el estado de marasmo en que habia caido Europa ántes de nuestra revolucion de Setiembre. Todo el mundo creia en Italia imposible coronar la obra de la unidad con la reivindicacion de Roma, y en Francia sustituir al Imperio la forma natural de aquella democracia, la República. Y estalló nuestra revolucion, y sembró tantas ideas en las conciencias, que hasta los ánimos más apocados se movieron á la esperanza y hasta los pueblos más oprimidos pensaron en su resurreccion. El Imperio, viéndose perdido, pasó de la libertad á la guerra para evitar un inevitable naufragio. Y el espíritu inmortal de la libertad entregó á Francia su República y á Italia su capital. Atronadores aplausos consagrados á la revolucion de Setiembre y á sus representantes resonaron en aquel salon lleno de ilustres defensores de la libertad italiana.

Un senador, el general Fabrizi, habló despues del Sr. Crispi, y recordó su afecto filial á España y los servicios prestados á la libertad en la penúltima guerra civil por él y otros compañeros cuyos corazones laten todavía como en la juventud al recordar y evocar nuestras gloriosas liber-

tades. Efectivamente, la amistad de ambos pueblos aparece tan estrecha, que la Constitucion de 1812 goza igual renombre en Italia y en España; y los más ilustres generales italianos, como Fabrizi, como Fanti, como Cialdini, han derramado bajo nuestras banderas su sangre por la libertad de la antigua España á la manera que el inmortal Garibaldi la ha derramado tambien por la emancipacion de la jóven América. Despues hablaron los dos diputados, Sres. Nicotera, hoy ministro de la Gobernacion, y Bertani, representante de la democracia más avanzada en el Congreso italiano. El primero pronunció un discurso en que resaltaba el más profundo sentido político sobre la regla y la medida á que deben someterse los pueblos latinos para fundar instituciones libres que resulten duraderas en el suelo de nuestras históricas penínsulas meridionales sembradas de tantas y tan pasmosas ruinas. El segundo antiguo defensor de la más avanzada democracia, al lado de sentimientos generosos y de ideas levantadas, dirigió algunas reconvenciones á la nacion española por lo que él llamaba ingratitud á mis servicios, palabras que explican las protestas de mi discurso; pues agradeciendo la exaltada

amistad que las proferia, ni por un momento era dado tolerar cosa alguna que directa ó indirectamente cediera en desdoro de nuestra amada patria. En todo cuanto se refirió al espíritu de libertad que animó á Italia y á España durante el siglo estuvo el Sr. Bertani en lo cierto y habló con elocuencia inspirada por ideas de justicia.

Dos discursos se pronunciaron despues igualmente notables; uno del jóven príncipe Odescalchi y otro del gran historiador y filósofo Ferrari. Quien conozca á Roma no puede ménos de conocer á Odescalchi, y quien admiré á Italia, no puede ménos de admirar á Ferrari. El primero visita los talleres de todos los artistas; estudia las piedras de aquel suelo donde por todas partes encontrais grandes pensamientos petrificados en maravillosas ruinas; reune y clasifica museos que en pocos años crecen y se abrillantan, merced á la riqueza artística de tan privilegiada tierra, miéntras el segundo, maestro sin rival de la historia en los tiempos modernos, digno sucesor de Maquiavelo y de Vico, poseè la astronomía, digámoslo así, de las sociedades humanas, como Galileo poseyera la astronomía de los cielos. Por desgracia una enfermedad terrible, y en su juventud y

en su robustez bien extraña, ha herido al príncipe, y la implacable muerte nos ha arrebatado al filósofo. Imposible decir aquí cuánto dolor he sentido al saber una y otra nueva, porque tambien es imposible decir el afecto que ambos me profesaban y á que correspondia como correspondo á todos los afectos, con usura. Italia ha perdido en el príncipe un sacerdote entusiasta del culto de la patria, y en el escritor uno de sus más profundos y más grandes pensadores; yo dos fraternales amigos. Odescalchi habló con el calor propio de sus años y con la belleza propia de su lengua; habló largamente del genio artístico de nuestras dos naciones, y Ferrari habló de una manera maravillosa de nuestra historia, del saber de nuestros andaluces, del nacimiento de nuestro idioma; de las obras científicas que dábamos al mundo en el siglo décimotercio, del esmalte oriental que traiamos á la poesía moderna; de la libertad de los municipios castellanos y del sentido popular de nuestro derecho foral; del genio dramático que poseyeron nuestros poetas, y del sentimiento de pundonor que despertaron en la Europa feudal nuestros caballeros; de todas las virtudes y de todas las glorias, en fin, de esta

España á quien la humanidad debe la revelacion y el conocimiento de nuestro hermosísimo planeta.

A tantas muestras de entusiasmo como iban mezcladas con estos profundos pensamientos filosóficos, literarios, políticos é históricos, pude corresponder y correspondí con mi discurso, pálido entre tanta luz, y pobre entre tanta profusion de talento y de ingenio. Pero hablo de todo esto en el prólogo porque el discurso resume la idea práctica que me ha movido á escribir así mis libros sobre Italia como mis libros sobre Francia, reservándome para más tarde publicar, si tengo tiempo y fuerza, alguno tambien sobre Portugal. Y esta idea es la union de los pueblos latinos en espíritu que prepare para mañana, para dias mejores, una confederacion que será ornamento de la humanidad y de su historia. Sembremos con los ojos puestos en este grande ideal; sembremos cuanto podamos. No nos curemos de qué tiempo ni qué generacion recogerán esta siembra. Cómo vivimos en las generaciones pasadas vivirémos en las generaciones futuras participando, dada la inmortalidad del humano espíritu, de sus grandezas y de sus glorias.

LOS GRISONES.

LOS GRISONES.

Ántes de entrar en Italia miremos un instante esta region de la Engadina, suiza por la historia y la geografía y la política, italiana por la lengua, derivada del antiguo latino.

Cuando habitais un pueblo que ha sabido aliar el órden con la libertad, la autoridad social con la democracia individualista, la libertad en el pensamiento con la sensatez en la conducta, la eleccion de las autoridades todas con el respeto y la obediencia, no os canseis de verlo, de estudiarlo, de admirarlo, como no me canso yo de ver, de estudiar, de admirar esta nobilísima Suiza. Lo primero que salta á vuestra vista es la ausencia completa de ese elemento demagógico tan opuesto al órden regular y al desarrollo legítimo de la autoridad como al progreso y al afianzamiento de todas las libertades. En seguida veis que los pueblos libres son pueblos pacientes, que detestan las improvisaciones, que no entienden la palabra revolucion, gratísima á los oidos de nuestros pue-

blos latinos, los cuales en su inexperiencia sacuden la parálisis para moverse en la embriaguez, y despiertan de la embriaguez para caer nuevamente en la parálisis. ¿Sabeis cuánto tiempo le ha costado á Suiza llegar á la reforma de 1848? Diez y siete años. ¿Sabeis cuánto tiempo le ha costado desde que se inició hasta hoy su última reforma constitucional? Diez años. Presentada al pueblo, fué puesta en tela de contradictorio juicio, discutida largamente, desechada várias veces, y despues de maduras reformas y de prudentes pactos, votada por unos, combatida por otros; más en cuanto tuvo la sancion legítima de una mayoría constitucional, obedecida y acatada por todos.

El poder manda, dentro de la órbita de sus facultades legítimas, con grande imperio, y se oculta en el seno de la sociedad, como Dios en el seno de la naturaleza y de la conciencia. El plebiscito es casi continuado, no ese plebiscito impuesto en medio del silencio por un césar omnipotente á un pueblo siervo, sino el plebiscito libre en sus discusiones, lleno de conciencia, que despide y recoge las ideas despues de haberlas hecho pasar sucesivamente por várias esferas y haberlas visto en diversas apelaciones, para que maduren y puedan ser aceptables y aceptadas en la viviente realidad.

Yo me encuentro en el canton de los grisones, el más grande y el ménos poblado de toda Suiza. Estamos á cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Estos pueblos, perdidos en sus montañas inaccesibles, no tienen ni la cultura ni la riqueza que los grandes pueblos, Ginebra y Zurich. Sin embargo, no encontraréis ni un pobre siquiera que os pida limosna. No veréis ningun campesino desnudo, ninguno descalzo, ninguno con el vestido remendado ó á jirones. Hablan aquí, en la parte que se llama la Engadina, donde yo habito, una especie de lengua romana que ellos presentan como la más pura y la más antigua de las lenguas neo-latinas, inmediatamente derivada de *sermo rusticus*, usual en las provincias del antiguo imperio. Y siendo éste su lenguaje nativo, todos hablan aleman, muchos aleman é italiano, algunos aleman, italiano y frances. Si vais á un caserío, encontraréis un maestro de escuela pagado en parte por el común de vecinos y en parte por el presupuesto del Estado. Recorreis estos desfiladeros; las montañas inaccesibles se amontonan sobre vuestras cabezas; las nieves eternas bajan hasta vuestros piés; las selvas inexploradas se tienden á vuestra vista; el oso aulla en vuestros oidos; el águila grita junto á su nido; os envuelven los vapores de las nubes en formacion; os aturden las cataratas derretidas de los grandes ventisque-

ros, despeñadas por los altos riscos; y en medio de soledades donde imaginais encontraros salvajes tribus, el telégrafo tiende su hilo misterioso para llevar en sus chispas los acentos de la humana palabra y unir entre sí con su red, verdadero nervio de la cultura moderna, estos apartados y diversos pueblos.

Hace pocos dias estuvimos en Guarda, una aldea de doscientas ochenta almas, en medio de los desfiladeros, con vistas admirables sobre los picos de las altas nevadas montañas. Tiene un camino general que pasa á corta distancia de sus casas. ¿Creeis que se ha contentado con eso? No; ha abierto un camino vecinal suyo, en zig-zags, sobre la montaña abrupta, con su suelo firme como una roca y cómodo como una sala, con sus contrafuertes semejantes á grandes fortalezas, con sus alcantarillas para el desagüe de las cascadas que bajan de otros montes más altos, con sus puentes, con sus barandas erigidas sobre abismos insondables y en territorios que parecen verdaderamente inaccesibles. Pues no se han contentado con esto. En cada encrucijada de la aldea advertiréis una especie de tapadera ó portezuela de hierro con su correspondiente cerradura, por donde pasa la distribucion de las aguas, acomodada de suerte que pueda subir á todas partes, no sólo para la limpieza, sino tambien para apagar los in-

cendios. El maestro tiene poco sueldo, cuatrocientos francos que le da el humilde Municipio, doscientos que le da el canton por seis meses de trabajo; pero este sueldo precario le basta para enseñar en dos lenguas las nociones primeras de la instruccion indispensable á la vida. La insignificante aldea, perdida como un nido de águilas en el corazon de los Alpes, tiene su correspondiente estacion telegráfica, cuando en España no la tienen pueblos de dos mil vecinos, como por ejemplo, Villajoyosa, en la provincia de Alicante. Son de ver, al toque de la campana, las reuniones de este pueblo, que no sólo nombra sus alcaldes y sus magistrados, no sólo administra sus bienes de propios, no sólo se dirige á sí mismo en su vida municipal, sino que nombra representantes encargados de proponerle leyes, y se reserva el derecho de admitirlas ó rechazarlas, el supremo derecho de sancion.

Esta aldea tiene crédito, y apela á su crédito como cualquier Estado. Necesita una obra de utilidad general, y encuentra inmediatamente á mano los medios de realizarla, pues recurre á un empréstito, cuyos intereses paga con religiosidad, cuyo capital amortiza con presteza. El campesino, que vota los impuestos; que interviene en la direccion, no solamente del municipio, sino tambien del Estado; que discute y examina por sí

los ingresos; que se reserva decidir sobre la admision de las leyes; que vive ocupado en la cosa pública, á la manera de los antiguos ciudadanos de Aténas, acaba de sacudir de su mente toda utopia, por apreciar el valor de las ideas, por conocer las dificultades de la realidad, por adquirir la madurez de los hombres de Estado; y léjos de precipitarse á subvertirlo todo, se refrena, se domina y viene á ser conservador, y conservador cuidadoso de las instituciones que tantas ventajas le reportan. Comparadlo con el ganado de siervos que pide en Bretaña la restauracion de Enrique V; con el guerrillero homicida que desgarra las entrañas de su patria para sostener á Cárlos VII; con el elector ciego que vota al candidato del Imperio nacido en el perjurio del 2 de Diciembre y muerto en la infamia de Metz; con el demagogo de nuestras ciudades que, ébrio de vino y de ódio, vocifera en los clubs pidiendo que se corten trescientas mil cabezas para reformar la sociedad; y luégo decidme si es provechosa ó no la larga educacion que procura la práctica constante de seguras y nunca interrumpidas libertades en el seno de verdadera democracia.

La libertad religiosa es completa, absoluta. Habia penetrado tan poco el catolicismo en sus conciencias, que en el siglo XVI cambiaron los grisones de religion por medio de disposiciones

municipales. Un consejero de Estado me contaba que en uno de estos pueblos pasó escena bien singular y bien dramática. Los aldeanos quisieron adherirse á la reforma y se lo comunicaron así á su cura. El cura era un sacerdote virtuoso, anciano, muy querido universalmente, y dijo que por nada en el mundo cambiaria de religion, resuelto á morir en la que sus padres le habian enseñado y él continuamente habia creido y profesado, bendiciendo á unos, casando á otros, sirviendo en sus dolores y en sus tribulaciones á todos.

Los buenos campesinos, que habian visto al santo varon desligado de todos los lazos terrenales, atento sólo á sus deberes religiosos, caritativo con el pobre, próvido con el enfermo; en la próspera como en la adversa suerte tranquilo y sonriente; sin más móvil que su fe purísima y sin más fin que el cumplimiento de sus deberes sacerdotales, no quisieron amargar sus últimos dias y juraron aguardar á su muerte para convertirse oficialmente al protestantismo. En efecto; continuaron yendo á la misa católica, practicando los deberes de su antiguo culto, como si todavía lo lleváran entero en el alma, decididos á esperar la extincion natural de la vida del anciano, que tocaba en su ocaso. Al morir le enterraron segun los antiguos ritos, le depusieron en la tum-

ba con oraciones y responsos católicos, y cumplido este deber y observado el compromiso, abrazaron unánimes en su concejo municipal, por medio de un voto solemne, la religion protestante.

La intolerancia entró tambien por estas montañas, la intolerancia luterana, que muchas veces llegó á parecerse á la intolerancia católica. El principio absoluto de que el ciudadano está obligado á profesar la religion del Estado, el súbdito la religion del Monarca, fué sostenido con las armas en la mano por los príncipes y por los pueblos de una y otra creencia. Así, en Alemania, por ejemplo, dos docenas de señores cambiaban á su grado, por motivos políticos y personales, de religion, de fe, y obligaban á sus vasallos á orar ante los altares de la Vírgen, ó á decir que el culto á la Vírgen merece el nombre de superstícion; á comulgar sólo con la hostia, ó á comulgar con la hostia y el cáliz; á creer en la virtud de las obras, ó á esperarlo todo de la divina gracia; á recoger y adorar las reliquias, ó á herir y pulverizar las imágenes; como si la inspiracion de lo alto se hubiera agarrado á los tronos cual á las montañas las nubes, y fueran los reyes, al mismo tiempo que jefes del Estado y generales del ejército, sacerdotes reveladores y profetas. Las guerras de religion desencadenaron la intolerancia mutua de unos y otros creyentes. Y los grisones

ciertamente no podian sustraerse á esta ley general de la historia. En la baja Engadina todos los pueblos son protestantes, si se exceptúa la jurisdiccion de Tarasp. Pero la antigua intolerancia ha cedido, y la libertad religiosa se ha arraigado. En medio de estas poblaciones, que tienen por práctica piadosa casi exclusiva la lectura de su Biblia y la asistencia el domingo á los oficios de su iglesia, en que se predican sermones de moral y se cantan salmos de David, pasan los frailes capuchinos con su traje de estameña, sus sandalias clásicas, su rosario al cinto, su libro de devocion en la mano, luenga la barba, calada la capucha, murmurando rezos que en otro tiempo hubieran ahogado los protestantes por fuerza, á título de supersticiones intolerables; y todo el mundo los mira con serena curiosidad y los saluda con religioso respeto. Hace pocos años no hubiera sido posible en Ardetz una iglesia católica; hoy se han reunido varios fieles; la han levantado en verde pradera, con sus ojivas y su torre gótica; han llamado un cura que la dirija, al par de un sacristan que la guarde; y allí se entregan á sus oraciones, doblemente amparados por los derechos que garantiza la Constitucion nacional y por la tolerancia religiosa que penetra cada dia más en las costumbres. Ved cómo las instituciones democráticas, por su flexibilidad maravillo-

sa, por su tendencia á la renovacion y al progreso, por su armonía con la razon humana, sirven, como no puede servir ningun otro género de instituciones, al desarrollo del espíritu moderno y al cumplimiento de las reformas pacíficas.

Y no creais que han desarrollado como un idilio su libertad en estas montañas. Tambien, tambien pasaron por males gravísimos. El látigo del feudalismo azotó sus espaldas. Los hierros pesaron sobre sus piés y sobre sus brazos. En las alturas el más fuerte se instalaba y hacía subir las piedras á lomo á sus víctimas, para construir castillos que fueran palacios de los señores, calabozos de los vasallos. No acabais nunca de oir historias terribles de esos tiempos funestos. Donato, el señor de Vartz, invita un dia á tres campesinos á suculento banquete, les festeja en su espléndido comedor, les regala con la mejor caza de sus bosques, la mejor pesca de sus rios y el vino más antiguo de sus bodegas; manda despues al uno que corte leña, al otro que dé un paseo y al tercero que concilie el sueño; y cuando ya ha pasado algun tiempo, los ata á los tres, los tiende en el suelo, les abre el vientre para ver cuál de ellos ha digerido más pronto la comida. El intendente de Gardovall, paseándose por las cercanías de su castillo, ha visto á la hija del campesino Adan, y

se ha enamorado perdidamente de ella, de sus dulces ojos, de sus rosados labios, de su rubor virginal, de sus trenzas negras y larguísimas, de su talle y de su apostura. Mas un rico-hombre, de estirpe feudal, no puede enlazarse con plebeya vírgen, flor nacida en el estiércol de los campos. Debe la muchacha contentarse con ser la barragana del noble. Y por ende el intendente manda al padre que la lleve á su lecho. El padre se pone sus mejores ropas, viste á su hija con el traje de desposada, y la lleva de la mano al castillo. Cuando la ve entrar tan aderezada y tan ruborosa, el caballero siente hervir brutal deseo en sus venas henchidas de lujuria. «No os acercaréis á mi hija, dice el labrador al caballero, sino despues de haberos casado legítimamente con ella.» El noble lanza una carcajada y tiende sus brazos para estrechar á la gallarda doncella. Pero el padre saca un puñal y se lo clava en el corazon, dejándole muerto á las plantas de la codiciada niña. El Baron de Fardun se pasea por sus campos, recorre los trabajos de sus siervos, entra en las cabañas; y en vez de alentarlos y sostenerlos, se divierte en dirigirles groseros insultos ó jugarles pesadas bromas. El campesino Chaldar está con sus hijos comiendo, á pobre pero limpia mesa, humeante y bien condimentada sopa, cuando entra el gran señor y escupe en el apetitoso plato. Levántase el siervo, se aba-

lanza furioso á él, le agarra por las orejas, le arrastra al plato, le hunde el rostro en el caldo hirviente, diciéndole: «Perro maldito, cómetelo tú, puesto que lo has condimentado», y le degüella como á un cerdo con su tajante cuchillo de cocina.

Aquella lucha no era durable. Debia concluir, ó por el exterminio de los vasallos ó por la derrota de los señores. Hacía ya dos siglos entónces que los cuatro cantones del lago de Lucerna se juntáran en el seno de los bosques umbríos, todavía perfumados por el aliento creador; al borde de las azules aguas que reverberan la luz de los cielos; al pié de las montañas cuyas bases alfombran los prados y cuyas cimas cubren con cúpulas y rotondas de diamantes las eternas nieves, para invocar á Dios en el templo más digno de su esencia incomunicable, ante el altar más propio de su grandeza; y jurarle sobre los huesos de los muertos y sobre la cabeza de los pequeñuelos su resolucion de morir mil veces ántes que tolerar la soberbia de sus dominadores. Y la sombra de Guillermo Tell, cantado por los bateleros á las orillas de los rios, por los pastores en las laderas de los montes al són de las hondas y de las esquilas; esa sombra, que era la personificacion de una idea y de un alma, revestida con todos los atributos de su patria, el arco del cazador á la espalda, el remo del barquero en la mano, su hijo redimi-

do á su lado, el cielo, el torrente, el bosque, el lago á su frente, la flecha libertadora silbando en los aires, y el tirano tendido y yerto á sus vencedoras plantas; esa sombra, corria de cima en cima, de cúspide en cúspide, de desfiladero en desfiladero, llamando los fuertes montañeses á la libertad y prometiéndoles una república inmaculada, la república de Suiza. Los grisones cedieron al cercano ejemplo y fundaron su liga de plebeyos, base de su confederacion republicana. Salieron los montañeses de sus cabañas, como águilas de sus nidos, y escalaron los castillos y vencieron á sus tiranos. Era aquel tiempo en que mil quinientos republicanos suizos morian todos como los griegos en las Termópilas, para contener á treinta mil mercenarios de las funestas bandas anglo-francas, mandadas por un Delfin de Francia; aquel tiempo en que los aristócratas de Basilea, recorriendo los campos de matanza cubiertos de cadáveres traspasados por espesas flechas, exclamaban, como el bárbaro Vitelio en los campos de Betriaco, «¡esta sangre huele á rosas!»; aquellos tiempos en que diez fugitivos escapados entre mil quinientos muertos de la universal inmolacion, aparecen marcados con un hierro candente por la mano de sus propios compatriotas; aquellos tiempos en que arden á la par ciento diez poblaciones arrojadas al fuego por los tiranos, en castigo de

haber querido defender la libertad, la patria y la república; que no concede naturaleza ningun gran progreso sino á los grandes esfuerzos, y no vence ninguna idea sino en virtud de altísimos y redentores sacrificios.

MONTE-CARLO.

Me detengo en Monte-Carlo, y la amenidad del sitio, la pureza del cielo, el aire que baja de las montañas, el rumor que sube de las olas, oblíganme á tomar la pluma y á escribir cuatro rasgos, con el fin de bosquejar un pobre borrador trazado sobre las rodillas en los descansos de largo viaje y en los postres de tenacísimo mareo. Monte-Carlo, como su nombre enseña, es una eminencia; y esta eminencia, como quizá todo el mundo sabe, contiene con otro peñon cercano toda una monarquía, y de las monarquías más duraderas, más permanentes, más seguras de toda Europa. Esta monarquía será como desde las primeras verjas del Botánico al obelisco de la fuente Castellana en todo su largo; y en su ancho como desde la Puerta de Alcalá al café Suizo. No necesitais subiros á ninguna altura para abarcarla en toda su magnitud, de Oriente á Poniente, de Norte á Mediodía. Con una hora de coche y dos pesetas y media teneis bastante para recorrerla en todas sus

direcciones y escudriñar lo más esencial y necesario de su sencilla geografía: Francia la rodea como rodea el Océano las conchas de su seno. Y la proximidad de esa grande Italia muestra que en la política y en las distribuciones geográficas hay desproporcion tan grande como la que existe en las esferas zoológicas entre la pulga y el elefante. Así es que los viajeros no se cansan nunca de preguntar dónde está la aduana, dónde la frontera, dónde los magistrados, dónde las Córtes, dónde el ejército y dónde la marina de este inmenso imperio, parecido á uno de esos teatros de carton que nuestro buen aleman de la calle de la Montera vende para juegos de niños. El problema es más difícil de lo que á primera vista parece y de lo que salta á primera vista. Se concibe que Andorra, que San Marino, que las ciudades anseáticas hayan podido existir, como puntos aislados entre constelaciones inmensas, por la sencillez patriarcal y la baratura primitiva de sus instituciones. Pero no se concibe que mil y doscientos vasallos paguen y mantengan todos los arreos necesarios á una lujosa monarquía. Así es que los alemanes, tan dados á la tradicion histórica, á las instituciones feudales en perfecta consonancia con su carácter y sus instintos individualistas, no han sostenido en este nuestro siglo aquellos sus antiguos monarcas y aquellas

sus antiguas monarquías que contaban como único ejército los pinches de palacio, vistiéndolos por la mañana el blanco uniforme de cocina, y á la tarde el pintado uniforme de cuartel. La crítica acerba y la ironía amarga de todos los escritores germánicos; los inmensos trabajos unitarios de Prusia; los progresos de los tiempos, han por fin soterrado todos esos vestiglos feudales que sacaban á duras penas la frente sobre la inundacion general producida por el diluvio de nuestras revoluciones.

Si Monaco está situada en el centro de cualquier gran monarquía, Monaco desaparece. Pero situada á las orillas del mar, en la encrucijada de Génova y Saboya y Provenza, las rivalidades de sus enemigos han sido poderosas á conmoverla muchas veces, pero jamas á destruirla, apareciendo todavía con su carácter de aislado señorío feudal, como en ciertos terrenos geológicos aparecen fósiles perfectamente conservados, mudos y frios monumentos de los primeros combates sostenidos por la naciente vida en este campo de batalla, en este eterno cementerio que se llama la tierra. Lo cierto es que, ora por una, ora por otra causa, la duracion de Monaco asombra y extraña. El pacto de Carlo-Magno, sobre que estuvo levantada Europa más de diez siglos, se ha roto; el inmenso imperio bizantino, fundado en com-

petencia con el imperio romano, se ha caido, desapareciendo hasta sus ruinas; ya nada queda de aquel sacro régimen germánico, cuya férrea corona llevó por tanto tiempo la poderosa casa austriaca; del dominio inmenso allegado por Cárlos V y Felipe II en las cuatro partes del planeta, sólo se ven aquí ó allá restos de naufragio; la monarquía de los Papas se ha hundido, á pesar de su carácter sagrado, de su importancia religiosa, de su ancianidad venerable; el poema escrito por aquel genio en delirio que se llamaba Napoleon el Grande se ha disipado como el humo de sus cañones; los poderes más fuertes, más queridos de la fortuna, más respetables para la historia, rodaron al abismo; las dinastías más antiguas, como los Estuardos de Inglaterra, corrieron del trono al destierro; y ese reino de Monaco y su Rey imperceptibles permanecen inmóviles sobre su escollo, como el águila real en su nido, desafiando al tiempo y á las revoluciones.

Esta duracion, que á muchos les incita á meditar sobre las catástrofes históricas, incita á la generalidad de las gentes á broma y risa y chacota. Un ciudadano inglés contempla el diminuto reino y sus ejércitos de zarzuela con la misma imperturbable reserva con que contempla las marmóreas rotondas de Roma ó las cristalinas pirámides de los Alpes. Mas los viajeros provenzales, sabo-

yanos y genoveses, que en gran número acuden á esparcir el ánimo en Monaco los dias festivos, bromean á todas horas con el inmenso imperio. Uno dice que la futura guerra continental no estallará hasta que los contendientes sepan adónde se inclina la poderosa alianza de los monaqueses. Otro cuenta que un aleman, despechado por razones que no son para dichas, compró su correspondiente lancha cañonera; y se apercibe á un bombardeo y á un desembarco que no puede ménos de ser terrible, puesto que le acompañan dos ó tres amigos con sus correspondientes criados. Éste recuerda cómo los dos artilleros del reino habian perdido de tal manera los hábitos de su oficio, que, al cargar un cañon para ofrecer los honores de las salvas al Rey en su natalicio, por ignaros y torpes, estallaron al par de la pólvora. El de más acá detiene al primer campesino que encuentra, y le pregunta si es gentil-hombre ó chambelan de la córte. El de más allá saluda con ridícula reverencia á los erguidos y graves centinelas. Grandes grupos se paran á leer un tablero donde campean varios decretos de D. Cárlos III, príncipe reinante, nombrando plenipotenciarios para otras córtes y concediendo una gran cruz nada ménos que al Ministro de Negocios extranjeros en Bélgica.

Yo no olvidaré nunca la conversacion que anu-

daron cierto gárrulo comerciante de Marsella y cierto barbero no ménos gárrulo de San Remo en la peluquería de Monaco. «Pero ¿cuántos soldados tiene este rey? preguntaba el marselles. —Más de ochenta, decia el barbero.—¿Y para qué necesita esos soldados?—Ya lo ve V., replicaba el muchacho, para darse tono.—Todos los mozos hábiles de la nacion estarán metidos en el ejército.—Se aumentó en estos últimos tiempos considerablemente.—¿Considerablemente? Sin duda alguna teme Monaco á Mr. de Bismarck. Estos malditos prusianos obligarán á todo el mundo á gastos que concluyan por arruinarnos.—En Monaco nadie teme á Bismarck, ni de sus ejércitos se acuerda. Pero nuestro Gobierno es piadosísimo, y se ha quedado con algunos de los militares que tuvo necesidad de licenciar el Papa.—Segun eso, los soldados mónaqueses son soldados mercenarios.—Justo. Y con ochenta soldados tiene el ejército un número quizá mayor de oficiales. —Supongo que habrá cabos, sargentos, tenientes, capitanes, comandantes, coroneles, generales y generalísimos.—No se burle V., porque pudiera enterarse la policía y pasarlo V. muy mal.—Me dice V. que Monaco tiene un ejército de pura farsa, y luégo me encarga que no me burle y no murmure, como si no acabára de darme el mal ejemplo. Francamente, no puedo seguir su amis-

toso consejo; paréceme asistir á *Los Dioses del Olimpo* de Offenbach. Creo que me he vuelto loco, ó por lo ménos que estoy soñando. Tamaño reino es bueno para el teatro de los Bufos. ¿Y aquí hay prensa?—Se publica un periódico cada ocho dias.—¿Hay Cámaras?—Ni por pienso.—De suerte que teneis el placer de vivir en este diminuto espacio, de pasar dos ó tres veces la frontera y la aduana cada dia para visitar á un amigo, de contar con un ejército abrumador; y ademas de todas estas lindezas, aguantais muy santamente un monarca absoluto. Pues no envidio vuestra suerte.

Merece, á la verdad, verse este ejército vistosísimo y churrigueresco: sus pantalones galoneados de carmesí ó de oro, sus historiados dormanes, sus relumbrantes chacots, las levitas celestes de los oficiales, los varios multicolores cordones, los ondeantes plumeros. Merecen verse los centinelas que nada guardan, las fortalezas que para nada sirven, los cañones que á nadie amenazan, los armazones de invero símil nacion mandada por increible monarquía. Al examinar todo esto creeis emprender prácticamente los viajes de Culliver y encontraros en las regiones de los imperceptibles enanillos. Se os figura que cuanto á vuestros ojos se despliega es una decoracion arreglada en breves minutos para desarreglarla así que con-

cluya la fiesta, obra de algun redomado chusco. A cada minuto recordais el Micromegas de Voltaire, sólo que, en vez de haber ido desde la tierra á un planeta mayor como Saturno, vais desde un planeta inmenso á cabalgar sobre pequeño y fugacísimo aereolito donde está grabado en miniatura un reino de mentirijillas. Es un cuento de Perrault, una fábula de Lafontaine, un capricho de Goya, una caricatura de Cham, cualquier cosa, ménos una realidad viviente, ménos una institucion verdadera é histórica.

Y desde luégo llama sobre todo vuestra atencion el lado económico de este Gobierno. Cuando veis mil trescientas personas dándose al desmedido lujo de tener rey, heredero de la corona, familia de príncipes é infantes, comparsas de chambelanes y de gentiles-hombres, aristocracia oficial, clero privilegiado, ministerio completo, Supremo Tribunal de Justicia, ejército con su correspondiente estado mayor, cónsules y demas agentes diplomáticos en el exterior, preguntais á todo el mundo: por baratos que sean tales servicios, por mal pagados que estén tales cargos, de dónde salen todas estas misas. En ciertos períodos de la historia es facilísima la explicacion. Los señores de Monaco son piratas que desde su fortísimo peñon caen sobre las mareantes y les exigen á mano armada cuantiosísimos tributos, ó los despojan de

sus ricas mercancías. En otros períodos los vasallos pertenecen en plena propiedad á su príncipe, y trabajan todos para que viva él solo. Ademas, no fué Monaco tan breve y reducido como es hoy. Tenía algunas ricas comarcas, algunos importantes municipios. Pero despues de la guerra franco-austriaca, despues de la anexion de Niza á Francia, el monarca de derecho divino vendió al emperador Napoleon, como si vendiera un predio ó un caballo, la mayor parte de sus súbditos, la jurisdiccion sobre casi todo su territorio, por la suma de tres millones de francos, á bastante ménos precio que los negros. Tres millones de francos dan todavía con sus intereses medios de vivir cómodamente á un propietario ó rentista de las clases medias; y si á estos recursos une otros recursos heredados de sus mayores, hasta á un grande, á un príncipe, á un banquero le cae como miel sobre hojuelas esa suma en que el Rey de Monaco vendió al Emperador de Francia la escasa manada de sus vasallos. Pero, por rico que seais, si caeis en la monomanía de llamaros Rey, de nombrar príncipes, de tener ejército, de revestir á vuestros amigos con dignidades palatinas ó con ministerios políticos ó administrativos, al poco tiempo debeis ir desde vuestra casa, por loco, á Leganés, por pobre, al Pardo.

Uno de los inmediatos antecesores del príncipe

reinante resolvió á maravilla este problema insoluble. Era un príncipe restaurado por gracia del graciosísimo Talleyrand y por obra del reaccionario Congreso de Viena. Habia pasado sus mocedades en París; y apénas erigido de nuevo su trono y en él reinstalado, volvióse del estrecho peñoncillo á la gran ciudad. En veinticinco años de reinado solo fué tres veces, y por pocos dias, á su reino. Vivir en París con la categoría de Rey en activo servicio no es cosa tan hacedera ni tan barata. Para procurarse las rentas necesarias á la empresa, Honorato V, que así nuestro héroe se llamaba, montó una máquina feudal en que prensaba de todas maneras á sus feudatarios y les hacia sudar oro. ¡Cuánto los prensaria cuando soltaron en veinte años seis mil pobres campesinos, veinticinco millones de reales sólo para su príncipe! A este fin se erigió director de colegio, mandando que todos los monaqueses enviáran sus hijos al Instituto de su fundacion, y prohibiendo enseñar hasta la doctrina á maestros que no fueran sus maestros; y se hizo proveedor de harinas, mandando que ningun monaqués ni extranjero, residente en Monaco, pudieran comer otro pan que el pan de su príncipe. Así el propietario no tenía facultad de sembrar sus tierras ni hacer su molienda, y por ende, no podia ni cosechar trigo ni almacenar harinas. Veia el hondo surco abier-

to, de donde en otro tiempo brotáran las ubérrimas espigas, y no le era dado fecundarlo con el sudor del trabajo más próvido que la lluvia del cielo. Ricos y pobres, sanos y enfermos estaban condenados, bajo las más severas penas, á comer el mismo pan, el pan de su alteza real, amasado con harinas de desecho, harinas averiadas, indigestas, que á bajo precio se compraban en Marsella y Génova para empedrar materialmente el estómago de las pobres gentes dotadas por las gracias de Talleyrand y por las obras del Congreso vienense de todo un Honorato V, de un señor que, sin duda, no se merecian. Los jornaleros de los alrededores dejaban, si iban á Monaco, el pan á la puerta. Los caminantes se veian registrados al llegar escrupulosamente, por si llevaban trasconejado algun bocadillo, algun residuo de su merienda. El capitan de barco, que aportaba con galleta, debia pagar unas veces cien duros de multa; y perder otras veces su embarcacion, de Real órden confiscada. Y lo que hacía con los cereales el príncipe hacía tambien con los ganados. No vinculaba en sí la exclusiva de cultivo y venta; pero imponia á cada cabeza un tributo enorme. Y para evitar las ocultaciones exigia que el nacimiento de las reses y su muerte constasen oficialmente en papel sellado por los públicos escribanos. Así carneros, bueyes, cer-

dos tenian como mortales partidas de nacimiento y partidas de defuncion. Hasta los árboles ostentaban su número y su nombre. Los pleitos eran innumerables. Pero todos iban á París donde el Príncipe y su abogado los decidian á su arbitrio. Sentencias dadas con todas estas garantías de acierto se elevaban á definitivas é inapelables. La justicia, el pan del alma, se repartia como el pan del cuerpo poco más ó ménos. Todas estas cosas se le ocurrieron á Honorato V, para explotar á sus súbditos y vivir en París. Pero no se le ocurrió nunca convertir su reino en úna casa de juego. Tal ingeniosísima idea nació en nuestros tiempos. Hoy Monaco es un casino regio donde se ejercen dia y noche la ruleta, el monte, el treinta y cuarenta, y demas juegos prohibidos. Su corona espléndida, su bandera blanca, sus armas y sus escudos, sus magistrados y su ejército, sirven para escudar un garito. ¡Oh, peñon predestinado de antiguo á la infamia! ¿No eras mucho más noble cuando cobijabas un nido de piratas? M. Blanc, empresario del casino, provee á los gastos excesivos que exige el mantenimiento de este inmenso imperio.

Y no cabe escudar la enormidad del hecho con la pequeñez del reino. De breves territorios han brotado grandes hombres y grandes cosas. Todas las ciudades griegas, cunas sagradas de los anti-

guos filósofos, eran ciudadillas que engendraban los dioses del pensamiento porque tenian abierto á su mirada los cielos del espíritu. Y lo mismo sucedia con las modernas ciudades italianas y suizas. Pisa contaba un pequeño territorio; pero la libertad le daba todo el mar, y la lucha con los vientos y las olas sus arranques de heroismo y sus inspiraciones artísticas. Siena, apartada en sus colinas, no podria llamarse vasta; pero en las asambleas tempestuosas de su democracia brotaban los genios que debian embellecerla con sus obras y trasmitir de gente en gente su nombre inmortal á los siglos. Cuanto más pequeña era Florencia tenía más concentrado su calor vital sobre aquel nido de las inspiraciones y de las ideas. Ginebra estaba encerrada entre cuatro muros, y su estrechez no le importó para educar á Calvino y parir á Rousseau. Un barrio, nada más que un barrio de Génova se necesitó para cuna y para escuela de Colon cuyo nombre no habia de caber en el mundo. En todos estos reducidos espacios se agitó una democracia, miéntras que en los peñascos de Monaco se posó el feudalismo. La historia del mundo será siempre la historia de la libertad.

¡Y qué hermoso el territorio de Monaco! Baste decir que se eleva á las orillas del Mediterráneo, de ese mar espléndido semejante á un pe-

dazo de cielo caido sobre la tierra, el cual ya se oscurece en verde profundo como inmensa esmeralda, ya se aclara en blanco perla jaspeado de rosa como gigantesco ópalo; mar, cuyas aguas, sensibles á todos los cambiantes de la luz y á todos los giros del aire, os ofrecen de dia reflejos incomparables del sol; y por la noche ó el rielar de la luna en las ondas, ó las cintas de sus fosfóricas estelas; obligándoos de contínuo á contemplar la brillante inmensidad, á respirar las frescas brisas, á oir los misteriosos rumores, con olvido tan grande del mundo y de vosotros mismos, que llegais hasta el místico éxtasis en aquella vision de lo infinito, capaz de seduciros, como una sirena, con su sonrisa, sin abrumaros, como el Océano, con su grandeza. El aire es purísimo, el cielo espléndido, la luz viva, el clima dulce, la temperatura agradable; del Norte abrigada por altos desfiladeros y de los excesivos calores libre por las contínuas brisas. En el mar engarzado se eleva á setenta metros de altura el pintoresco peñon de Monaco, sobre cuya cima campean, destacándose en el claro horizonte y apiñados como para no caerse en las aguas desde aquella eminencia, palacios, casas, iglesias, baluartes, cuarteles, castillos con sus correspondientes aspilleras y sus muros ceñidos de caprichosa crestería, realzados todos por los juegos de la luz verdaderamente

mágica áun para ojos acostumbrados á la luz de Andalucía, de Madrid y de Valencia. Luégo, por las laderas del peñasco, en jardines difícilmente colgados sobre los abismos, entre ferruginosos riscos que el sol unas veces ha bruñido como si fueran de oro y que otras veces su propia naturaleza mineral ha cubierto de colores violáceos y purpurinos, se elevan las plantas gratas á cuantos en el Mediodía se han criado, consagradas por el arte, pintorescas y várias y multiformes: la adelfa con sus claras hojas y sus encendidas flores; las palmas que vibran y cantan al beso de las brisas; el oloroso mirto, que parece, cuando florido, nevado; los olivos de extraña magnitud casi ceñidos con los limoneros cargados de aureos frutos; el rojo granado junto á la oscura encina; los naranjales y las virgilianas hayas; el áloe con sus gigantescos candeleros y el nopal con sus espinosas pencas; alfombras de geranios; senderos de rosas y azucenas; el terebinto y el sauce; los laureles y los arbustos de la pimienta; toda esa vegetacion meridional con aires del Oriente, que ofrece á la vista el recorte y los festones de sus hojas, al paladar el sabor de sus frutos, al olfato el aroma de sus flores, á todo nuestro sér indescriptibles encantos y hondas impresiones, estrechando fuertemente con sus lazos las relaciones que existen entre la naturaleza y el espíritu, embebido

por la admiracion en aquellos grandes efluvios de vida, como en el agua los peces, como en los aromas y en las esencias y en los colores las mariposas y las abejas, como en la luz y en los aires las canoras alondras.

Pero lo extraño allí es Monte-Carlo, otra eminencia unida á Monaco por la calzada de la Condamina, que tiene de larga un kilómetro. En lo alto se alza rectangular plaza limitada de un lado por olivares que al pié de los Alpes marítimos se pierden, y de otro lado por la inmensa superficie del celeste mar. En este valle, cortado á manera de anfiteatro, y cuyas montañas ofrecen por doquier admirable vegetacion, entre los bosques y las olas, al risueño borde de tranquila ensenada, se descubren fondas, cafés, casinos con grandes perístilos, tiendas preciosas, exposiciones de artes, salones de lectura y recreo, tiros de pistola, teatros, fuentes monumentales, terrazas interminables, pajareras llenas de aves, cascadas deslizándose entre plantas del trópico, surtidores saliendo en cristalinas columnas, escaleras y galerías de mármol que bajan hasta el mismo mar, y que contienen verdaderos jardines del Oriente con sus innumerables flores y sus grupos de gallardas palmas. ¿No es verdad que esta naturaleza convida al bien y á la paz? ¿No es verdad que en su seno sólo quisierais ver algun idilio ó escuchar alguna so-

nata de esas que parecen el aleteo de angélicas almas en los oidos arrobados? Cuando escuchais la sinfonía que Rossini ha puesto, como un pórtico inmortal, á su gloriosa epopeya helvética, sentis el arte recogiendo en sus alas todo cuanto hay de hermoso y divino en la naturaleza, el susurro del viento en los bosques, el choque de la lluvia en el lago, el rodar de la catarata entre las breñas, el cántico del pastor que conduce al establo las vacas, el hossanna á Dios creador y el himno á la creadora libertad.

¿Y cómo en la naturaleza de Monaco se refugió el demonio del juego? ¡Qué cuadro! La desconfianza se dibuja en todos los actos de la vida y en todas las escenas de esta tragicomedia. No espereis que os den cosa alguna á crédito. Aun no habeis acabado de comer, y aunque tengais albergue en la fonda clásica y depositado allí un equipaje, garantía material de vuestro pago, vienen los mozos con su cepillo á pediros ántes de los postres el precio de la comida. Cuanto consumís tanto pagais en el acto. Se ve que todo el mundo teme veros salir sin un cuarto. Los tipos que encontrais á vuestro paso os llaman poderosamente la atencion, por lo preocupados y por lo embebecidos que andan en sus cálculos y en sus cavilaciones. Yo me encuentro de tal manera fuera de mí, que no puedo ver rodar una moneda sin creer que es la

última á que un desgraciado libra su fortuna, ú oir un tiro sin imaginar que es el tiro de algun suicidio. El tren de Niza vomita todos los dias sobre esta playa desgraciadas mujeres que husmean los favorecidos por la fortuna y los circundan de una placentera córte. El vagabundo solitario de seguro ha perdido. Yo me figuro que todos estos jugadores respiran mal, que la involuntaria retencion del aliento entre la puesta y la suerte les destroza el pecho. Muchas tísis del alma y muchas tísis del pulmon se habrán contraido en estos sitios. Lo más terrible que en ellos encuentro es considerar cómo la dicha de unos depende ¡ay! de la desdicha de otros. No se devoran los peces en el fondo de los mares como se devoran entre sí estos infelices en sus combates por la fortuna dentro de los infernales círculos del juego.

El salon está revestido de lujo oriental y, sin embargo, parece tétrico; está iluminado de brillantísima iluminacion y, sin embargo, parece oscuro, como si lo ennegrecieran los pensamientos y las sombras que se escapan de las almas. La próvida direccion ha puesto en grande salon vecino una orquesta para divertir grátis los ócios de aquellos que no juegan; y es casi imposible imaginar cuán terribles son los contrastes entre las cadencias de la orquesta y el girar de la ruleta. El banquero truena al medio de la mesa manejando una

especie de cetro con que distribuye el dinero. A sus espaldas, otro, en silla más elevada, fiscaliza sus operaciones; y frente á frente de estos dos se ven otros dos en análogo sitio y situacion desempeñando idéntico ministerio. Gran número de jugadores se sientan á la mesa; otro gran número se agolpa de pié á sus espaldas. Gruesas cantidades de oro en monedas mayores que la de uso corriente, resmas de billetes franceses, paquetillos lacrados de mil francos se extienden en grandes montones por todas partes. Extraña impresion producen el dinero que allí suena; el siniestro giro de la bola de marfil que entre los números rueda; las exclamaciones várias y los contínuos cuchicheos; las errantes y expresivas miradas revelando afectos diversos; las ganancias de los unos á expensas de la ruina de los otros; el tinte moral, que sobre todos se refleja, semejante á un ocaso de la humana conciencia.

Lo más horrible es ver mujeres hermosas, jóvenes, de aire distinguido, de excelentes maneras, confundidas con todo el deshecho y rebuja de la sociedad, y pendientes de aquella bola y de aquel número fatales como de un casto y correspondido amor. La sombra añadida á la sombra no importa nada, como el cero sumado al cero; mas la sombra sobre el astro priva de luz y entristece así la vista como el ánimo. Sobre la fren-

te de la mujer el mal se ennegrece con más profundas y oscuras tintas que sobre la frente del hombre. Quien cae de más alto se destroza más terriblemente. Adan del Paraíso pasó á la tierra; pero Luzbel pasó de los cielos al infierno. La sociedad humana exige más pureza y más virtud de la mujer que del hombre; y la sociedad humana tiene razon como la tiene siempre en todos esos sentimientos universales cuya duracion se confunde con el orígen y el curso de los siglos. Terrible cosa es ver la pobre mujer de mundo, halagüeña con el afortunado, incitándole á disipar en la orgía el oro allegado en el juego; pero más terrible aún, más repugnante es ver á la esposa casta, á la madre próvida, á la jóven llamada á fundar una familia, ó porque el hastío la sobrecoge, ó porque la necesidad la apremia, ó porque el vicio la seduce, en medio de todos los desórdenes, soltando sobre un tapete el oro que debia reservar para las economías de la casa, para la educacion de los hijos, para las expansiones de la caridad necesarias á la ternura de sus verdaderos sentimientos, á la delicadeza de su buen natural, á la exaltacion de su apasionado carácter. Dígase lo que se quiera, la criatura humana tiene en todos los laberintos y minuciosidades de la vida un medio de orientarse: mirar á la conciencia en cuyo fondo está Dios como en el fondo de los in-

mensos espacios la luz y lo infinito. Pregúntele cada una de esas damas á su conciencia, y veremos si le contesta que la musa del arte, la sacerdotisa del hogar, la diosa del amor, vírgen ó madre, á cuya virtud fia el mundo la legitimidad de la familia y la educacion del género humano, puede rebajarse más en una casa de prostitucion que en una casa de juego. Terrible calamidad la desenfrenada pasion de jugar. Entregándose el hombre á los azares de la suerte, rindiendo culto al implacable destino, suprime la libertad moral; y siempre que suprimais la libertad, habréis suprimido nuestra naturaleza y levantado en su lugar el demonio del mal. ¡Oh! ¡Maldito sea mil veces el juego que sustituye el azar á la libertad y la confianza en la fortuna á la confianza en el trabajo!

LA BELLA FLORENCIA.

Un aleman me decia este verano, con poco respeto en verdad á mi entusiasta amor patrio, que así como sólo hay dos naciones en la historia de la Europa antigua, Grecia y Roma, sólo hay dos naciones en la historia de la Europa moderna, Alemania é Italia; porque ésta ha traido el pontificado y aquélla el Imperio, ésta el arte y aquélla la ciencia.

En vano le mostraba yo el poderío de Inglaterra, su comercio abrazando el orbe, sus naves dominadoras de las olas, el espectáculo de sus libertades en contínuo crecimiento, y el sentido práctico que ha llevado á la vida y á la ciencia; en vano le recordaba que Francia fué el verbo de la civilizacion moderna, que su palabra ha desatado las tempestades pero tambien ha encendido la luz, que la levadura democrática por ella mezclada á nuestro sér ha penetrado hasta en los duros huesos de sus enemigos los alemanes; en vano le hablaba de España, de nuestro suelo

providencialmente destinado á ser el anillo entre el Océano y el Mediterráneo, entre el viejo y el nuevo continente, de nuestra raza sintética que tiene cualidades del semita y del indo-europeo como del germano y del latino á un mismo tiempo, de nuestro cielo que ha engendrado los pintores más realistas como Velazquez y los poetas más idealistas como Calderon, de nuestro pueblo que ha escrito en la fantasía el poema del Romancero y en el espacio el poema de la guerra por la Indépendencia de nuestro genio que como Dios ha creado un mundo. El aleman continuaba diciéndome: desengañaos, no hay más que dos naciones en la historia moderna; Alemania, que nos ha dado la filosofía, é Italia, que nos ha dado el arte.

Dejé con su tema al loco sin recordar ni Averroes, ni Abelardo, ni Santo Tomás, ni Vives, ni Descártes, ni Pereira, ni Raimundo Lulio en demostracion de que tambien tenemos nosotros los latinos filosofía, y me consagré á contemplar algunos dias esta Italia de la cual debo pronto separarme para volver á mi hogar y á mi patria. Su geografía os revela en seguida su grandeza. Colgada de los Alpes que la coronan de nieves diamantinas y de celestes lagos; atravesada por caudalosos rios que siembran en sus venas asombrosa fecundidad, tendida entre el mar Tirreno y el mar Adriático que la refrescan con sus ondas

y con sus brisas y le dan seguros puertos para las naves del Oriente y del Occidente de Europa; estrecha, larga, brillante como una espada cuyo pomo penetra en el corazon de nuestro continente y cuya extrema punta se acerca al continente africano; unida por el coro de sus islas, por Sicilia, á Grecia, al mar de la Jonia, al Asia; y por Cerdeña, al Occidente, á Francia, á las Baleares; cercana á las Galias, cercana á las tribus germánicas, cercana á Viena, y á París, y á Constantinopla, y á Ginebra, no hay duda, esta península habia sido destinada en las leyes de la naturaleza, en los secretos de la Providencia, á civilizar el mundo.

Pero entre todas sus ciudades ocupa lugar preminente Florencia. No busqueis aquí el espacio amplísimo, el carácter moderno, el ruido y la animacion de Milan; no busqueis la voluptuosa hermosura de esa bacante de las ciudades, ebria de goces, tendida sobre su campo de mil colores, ardiente como sus volcanes, de esa ciudad que se llama Nápoles; no busqueis la oriental poesía de Venecia con sus lagunas que reverberan en mil matices la luz, con sus mares que os cantan el himno clásico de las playas helenas, con sus islas sembradas de jardines, con sus edificios de mármoles y de mosaicos que parecen edificios de corales y de cristal de roca, teñidos por el íris del

Asia: Florencia es grave, severísima, austera, como conviene á una ciudad etrusca. Sus piedras de construccion enormes, colosales, sin ningun pulimento, parecen rocas amontonadas; sus largas galerías de columnas oscuras, de bóvedas severas, parecen claustros; sus palacios coronados de almenas, con sus torres y sus castillos fuertes, parecen fortalezas; sus iglesias parecen panteones; sus blancas estatuas, resaltando sobre estos fondos de sombras, parecen muertos revestidos con el albo inmaculado sudario de la inmortalidad y de la gloria.

Y sin embargo, Florencia tiene tambien muchas joyas, muchas preseas de arquitectura armoniosa, muchos monumentos que cantan. Tiene la logia de Orcagna, donde se reunia este pueblo de artistas á departir sobre los hechos políticos, verdadero museo al aire libre, como una plaza de Aténas, con esculturas que han venido de la antigua Grecia, con grupos como el robo de las Sabinas de Juan de Bolonia que acusan todo el furor y todo el ímpetu de una raza de atletas, con estatuas como el Perseo de Cellini que es la efigie verdadera de la victoria del Renacimiento. Tiene el campanile del Giotto, la torre que Cárlos V queria poner bajo un fanal, torre semejante á un juguete de joyería, abierta por sus altas ojivas y sus menudas columnas al aire y á la luz, cin-

celada como un vaso de oro y plata, resaltando con sus mármoles de varios matices, junto á la rotonda de Santa María de las Flores, como incomparable columna que no acabais jamas de mirar y de admirar, por lo ligera, por lo graciosa, por lo aérea. Tiene, finalmente, aquellas puertas de Guiberti, que no podeis comprender cómo se han cincelado en la Edad Media, por el friso de flores y de aves que parecen brotar del seno mismo de la naturaleza, por la perfeccion del dibujo que parece pertenecer á la edad rafaélica, por la amplitud de las perspectivas que creeríais fondos y horizontes de los cuadros venecianos, por la agrupacion de los personajes y de las figuras, que son obras de la madurez del juicio refrenando á la impetuosidad de la inspiracion, por aquellas estatuitas, tan serenas, tan armoniosas, tan bellas, que llevan en su frente la alborada de un nuevo dia del espíritu humano, y en sus labios el vagido anticipadísimo de un nuevo mundo engendrándose en las próvidas entrañas de los futuros tiempos.

Pero, aparte de estos monumentos, Florencia es ciudad de un gusto austerísimo del cual podeis formaros idea con sólo recordar los caractéres capitales de la arquitectura toscana. Sus palacios no tienen pórticos, sus columnas no tienen adornos, sus piedras no tienen aquella blancura de marfil

que tienen las piedras de la catedral de Milan, y mucho ménos aquellos colores de íris que ostentan los edificios de Venecia, con escalinatas de mármol, paredes de ladrillo-rosa, columnas y chapiteles de jaspe, mosaicos de cristales al aire libre, cúpulas y torres coronadas por estatuas de bronce con aureolas de oro. Aquí todo es grave, sencillo, sólido, majestuosísimo, sobrio, y al mismo tiempo elegante. Diríase que ni Roma, ni Grecia, ni los lombardos, ni los godos, ni los franceses, ni los alemanes, ni los españoles, ni todas las irrupciones desatadas sobre su privilegiado suelo han podido arrancar las hondas raíces del antiguo genio etrusco.

Lo que verdaderamente hay de gracioso en Florencia es la campiña. Bajo todos aspectos me parece admirable. No tiene la riqueza vegetal de nuestras vegas de Valencia, de Granada y de Murcia. No veis el nopal gigantesco, ora cargado de amarillas flores, ora de grandes frutos, y siempre erizado de espinas, que mezcla sus pesadas hojarascas con el agudo y bronceado cactus del áloe, sobre el cual se levanta una especie de aureo candelabro de várias ramas terminadas por flores semejantes al girasol puesto hacia arriba, mirando al cielo. No veis mezclados, confundidos, los naranjales con los granados, de blancas y olientes flores los unos, de rojas flores los otros, que dan

una fiesta á los ojos, sobre todo si entre ellos se lanza erguida á lo infinito la palmera del desierto con su sombría y severa corona y sus racimos de ámbar. Aquí la vegetacion es ménos lujosa pero no ménos bella. Junto al oscuro olivo el claro moral; junto al verde pino de gigantesca copa el negro cipres formando melancólicas pirámides; junto al umbroso y esférico castaño cargado de erizos el gallardo álamo de Lombardía soportando el feston de sus parras entrelazadas en caprichosas é interminables guirnaldas; al pié del secular nogal ciruelos, perales, albaricoqueros, melocotoneros; por todas partes verjeles sin término, viñedos sin número, jardines floridos en todo tiempo, una vegetacion que convida con su gracia y con su alegría á la felicidad de respirar y de vivir. Pero esta vegetacion fuera uniforme si estuviese, como la espléndida y viciosa de Lombardía, tendida en espaciosísima llanura. Aquí el terreno es quebrado; las montañas de Umbría, con sus matices de azul óscuro al Este, las cordilleras del Apenino al Oeste, en las cuales predomina el matiz morado; por el fondo los valles del Arno á cuyas dos orillas se elevan como un grandioso intercolumnio, en forma de rotondas y de pirámides, arquitecturales colinas separadas por verdes y floridas cañadas, que riegan varios arroyuelos, pero colinas todas graciosas, rientes, llenos sus costa-

dos de granjas, de quintas, de jardines, de huertos, y sus cimas coronadas por iglèsias, monasterios, palacios, torres, castillos, que medio muestran y medio esconden sus muros entre bosques de cipreses y de pinos, los cuales con sus fuertes contrastes en el color y en el dibujo dan al paisaje indescriptible armonía.

Sobre las bellezas naturales de estos montes y de estas colinas resplandecen las bellezas históricas en Toscana. Ahí está, en montecillo cónico, al Nordeste, sobre verjeles y jardines, la celda del místico pintor que trazaba sus vírgenes de rodillas y que habia visto y oido por un milagro de fe en los arreboles de su inspiracion santísima los ángeles del cielo. Regada por estas fecundas aguas del Arno se levanta la casa paterna de aquel genio extraordinario que fué ingeniero y matemático y pintor y arquitecto y físico y geólogo y escultor y médico y filósofo, como si el espíritu humano, ese mar infinito, se hubiera subido á una sola cabeza. Ahí se descubre, entre colinas umbrosas donde las flores brotan á millares, el delicioso jardin nunca bastante alabado en que el gran satírico, el comentador del Dante, viendo á sus piés Florencia entregada á todos los horrores de la peste, se entregó al placer, á la risa; y fundó entre beso y beso, trago y trago, carcajada y carcajada, acompañado de dos coros

de bellas damas y cumplidos caballeros, en su centon de cuentos inmortales, aunque obscenos, la prosa italiana. En estas arenas trazaba sus figuras, sus bocetos primeros, el niño misterioso, el pastor inspirado, que llamaban de consuno la naturaleza y la historia desde su profunda oscuridad á entrar en el cielo del arte, á ser el padre de la pintura cristiana, á desceñir las Vírgenes y los santos de la angosta túnica bizantina. En la nieve que caia sobre estos jardines amontonada por los muchachuelos florentinos durante sus ruidosos juegos modelaba las colosales figuras que habian de indicar en los caminos del progreso la transfiguracion de la humanidad el escultor del David y del Moises y de la Noche. En las encrucijadas oscuras de esas calles florentinas, en los largos muros de esas pesadas casas, se dibujaba la sombra siniestra de aquel que tenia en su mente todas las promesas del cielo, en su corazon todos los dolores del infierno, en su sér, único y solitario en las edades, sin que le abrumára, el peso colosal de la epopeya católica. El bronce de las puertas de Florencia señala el perfeccionamiento de la escultura; el yeso de sus altares, resplandecientes de colores y matices varios, cielos del espíritu, espacios de la humana creacion, señalan el perfeccionamiento de la pintura. A la sombra de estos pinos, al rumor de estas aguas, al pié de estas co-

linas, el genio de la antigüedad sacudió el sueño de quince siglos y reanudó el hilo interrumpido de la historia y restituyó sus olvidados derechos á la naturaleza convirtiendo en hombres los penitentes de la Edad Media. En sus pórticos, en sus intercolumnios, coronada por sus laureles, reanimada por su luz y por su color, se elevó de nuevo al cielo el alma de Platon destilando la miel del Hibla para contrastar el acíbar que habian mezclado á nuestro pan los horrores del feudalismo y de la teocracia. En su genio flexible, en su agudeza ática, en su finura incomparable, en su historia dramática cual ninguna, encontró aquel escritor, de todos los políticos maldecido y de casi todos aprovechado las profundas observaciones sobre las desgracias y las penas y las calamidades sociales. Sus piedras amontonadas por el genio de la arquitectura sustituyen á la mística ojiva el triunfal arco romano. Sus monumentos ven las agitaciones de una democracia tempestuosa y serena al mismo tiempo, con rasgos de héroe y temperamento de artista, una democracia como la democracia ateniense, capaz de vencer en el gimnasio, en el combate, en el taller y en la escuela. En su seno se juntaron por un momento la Iglesia de Occidente con la Iglesia de Oriente como si hubiera logrado la moderna Florencia resucitar el poder de la antigua Roma y restaurar á lo mé-

nos la unidad moral de la moderna Europa. En sus plazas se oye todavía la voz del fraile que logró fundar una república sin más gobierno que el invisible gobierno de Cristo. En sus altísimas torres se dibuja la colosal figura de aquel genio que reveló al mundo los secretos del cielo, que probó con el péndulo el movimiento del planeta, que escudriñó con el telescopio las estrellas, y que vino á morir bajo el trasparente cielo de Florencia y á tener en el seno de esta ciudad única el sepulcro de sus huesos y el templo de su gloria. Aquí, aquí, el jóven sublime, el Dios inmortal de las formas plásticas, el que revistió á la figura humana con la belleza griega, volviendo de la Umbría, su cuna, de Siena, su segunda escuela, dejó para siempre los terrores místicos que daban rigidez á sus figuras, entró de lleno en el regazo de la humanidad y de la naturaleza, engendrando en su cerúleo pensamiento esas vírgenes, realizacion maravillosa del tipo eterno de la hermosura perfecta.

¿No os habeis detenido algunas veces á contemplar en la historia el destino de las ciudades? La materia cósmica se halla extendida, espaciada, difusa en la inmensidad. Pero algunos puntos, algunos núcleos la reunen, la condensan, y en soles, en mundos, en aerolitos, en cometas, la irradian, la revelan, como diciendo: «Hé ahí la

luz.» Así están las ideas en la conciencia humana, esparcidas, espaciadas, difusas, impalpables y algunas ciudades las recogen, las condensan y hacen con las ideas lo que los astros con la luz, revelarlas, difundirlas, embellecerlas. Babilonia es la ciudad de la astrología y de la magia; Jerusalen es la ciudad de Dios; Aténas es la ciudad de la filosofía y del arte; Tiro es la ciudad del trabajo y del comercio; Roma es la ciudad de la política y del derecho; Alejandría es la ciudad que une la teología judaica con la ciencia griega para llevar el filtro de todas las ideas al seno del cristianismo; Aquisgran es la ciudad del imperio carlovingio; Córdoba es la ciudad que revela en la noche de la teocracia la antigua filosofía y las nuevas verdades, el aristotelismo y la química; Ausburgo es la Nicea del protestantismo germánico; Ginebra la escuela religiosa de los republicanos del Nuevo-Mundo; Washington, nacida ayer, la estrella de la democracia universal; París, á pesar de su ancianidad y de sus viejas tradiciones, la capital de la Revolucion.

Florencia, que ha vivido durante largos años entre tempestades de ideas y combates homéricos en su inquieta democracia; y ha puesto el cincel en las manos de Andres de Pisa y de Guiberti para que esculpieran las puertas del nuevo paraíso; y ha dado á Lúcas de la Robia el dulce crepúsculo de

helenismo y de cristianismo para que en él brilláran sus lucientes figuras de porcelana; y ha revelado la anatomía del cuerpo humano y la fecundidad de la naturaleza á Donatelló; y ha llevado en sus entrañas, sin estallar, al Titan de las artes, al sublime Miguel Angel; y ha cincelado el oro recien traido del Nuevo Mundo con el mágico estilete de Benvenuto; y ha inspirado á Brunelleschi, el cual puso montañas sobre montañas, como los antiguos cíclopes, para crear la severa arquitectura moderna; y ha sido escuela á un tiempo de Cimabué, el último de los bizantinos, y de Giotto, el primero de los pintores, y templo donde Fra Angélico dibujó sus vírgenes y sus ángeles nacidos de una inspiracion sin mancha y dotados de una vida sin pecado, y academia donde tienen altares desde las graciosas figuras del Sarto hasta las colosales de Fra Bartolomeo; y ha prestado al Dante sus terrores, al Bocaccio su risa, al Sansovino su armonía, á Maquiavelo sus cóleras, á Pico de la Mirandola su saber, á Rafael su perfeccion, á Marsilio Ficino su elocuencia platónica, á Savonarola su inspiracion, á Leon X su culto por las artes, á Galileo su luz, bien puede decirse que es y será eternamente la madre de la civilizacion moderna, la ciudad por excelencia del Renacimiento.

Los que estudian superficialmente la historia

atribuyen las grandezas de Florencia á la dinastía de los Médicis. No saben sin duda que los Médicis recogen los frutos de la República como recoge Octubre la cosecha cuyas flores ha pintado Mayo y cuyas frutas han madurado Julio y Agosto. Los genios de las grandes épocas históricas han sido todos forjados al fuego de la libertad en el seno de la República. Augusto ha dado nombre á una época ilustre; pero Ovidio, Propercio, Virgilio, Horacio, Tito Livio habian nacido y se habian criado en las agitaciones de la República romana. La cosecha de Augusto es la literatura de la decadencia latina, la literatura que debe optar entre la abyeccion ó la muerte. Luis XIV da su nombre á otro siglo; pero Corneille y Bossuet y Molière pertenecen á las grandes y republicanas guerras de la Fronda. Perícles habrá podido denominar una centuria; pero nadie duda que la madre fecunda de los genios de aquella centuria fué la República de Grecia. Los mismos hombres extraordinarios de fines del siglo décimoquinto y principios del siglo décimosexto en España, Colon, Hernan-Cortés, Pizarro, El Cano, Cisnéros, Garcilaso de la Vega, Gonzàlo de Córdoba no pertenecen á los tiempos de la monarquía absoluta; pertenecen unos á las repúblicas, otros á los municipios democráticos, otros á las guerras feudales, otros á las tumultuosas córtes, otros

al período revolucionario de las comunidades, todos á la agitacion de la libertad, que es la misma agitacion de la vida. Cuando el absolutismo se ha apoderado bien de las conciencias, vienen los conceptualistas, los barrocos, los churriguerescos, los historiadores de la historia augusta; aquí Gracian, allá Marini, en todas partes la decadencia y la muerte.

Así, cuando Miguel Angel vió que se iba la libertad anunció con su cincel sobre un sepulcro que venia la Noche. Y por todas partes, por todas, se vió, se tocó, se palpó la decadencia. Ya no se alzan los palacios de la Señoría, del Podestá, de Pitti, de Strozzi, palacios maravillosos de comerciantes; son palacios teatrales, grandes, pero destituidos de toda inspiracion, lejanas imitaciones de Versálles. San Gallo es el único arquitecto notable que pueden oponer los siervos á todas las innumerables legiones de arquitectos de la República. Y lo que decimos de la arquitectura decimos de la pintura. En cuanto se funda definitivamente la monarquía absoluta pierde su originalidad, su inspiracion, su brillo y se hace servil, imitadora, rutinaria, vana y amanerada; se deslumbra y muere. Y la escultura tiene que buscar penosamente extranjeros á Italia, como Juan de Bolonia, para sostenerse un momento; pero caen sobre ella las universales tinieblas y desfallece y

muere tambien. La República le dió su inspiracion á Florencia y con la República se extinguió éste númen divino que ha dado alma á la civilizacion moderna.

La historia del arte es tambien la historia de la libertad.

MANTUA Y VIRGILIO.

I.

Yo siempre te amé, siempre, alma Naturaleza, desde que sentí tu eterna vida agolparse á mi corazon y tu calor discurrir en jugos vivificantes por mis venas. Luz esplendente que inundas los espacios; electricidad chispeante que corres por los nervios; aire vital en que respiran desde la violeta hasta el águila; fuego del hogar á que se calientan los orbes; vida, eterna vida, la de varios colores, la de organismos innumerables, jamas te imaginé sombra de mis pensamientos, cuadro de mi fantasía, estatua animada por la antorcha de mi inteligencia, el eco de mi voz en lo infinito, el reflejo de mi solitario sér en el vacío: creí y adoré tu realidad.

En tí, en tu seno, todo me subyuga lo mismo la primera flor del temprano almendro en la henchida yema que el postrer copo de la blanca nie-

ve en la alta montaña; lo mismo el rumor de la lluvia invernal en los vidrios de las ventanas por las eternas noches que el susurro del arroyo libre de sus cadenas de hielo por las campiñas primaverales; lo mismo la tormenta rugiente en truenos, encendida en relámpagos, chasqueando el rayo, que la endecha del ruiseñor enamorado en el tranquilo bosque; lo mismo el deslumbrador mediodía con sus tonos calientes que la pálida luna con sus argentadas gasas; lo mismo el chirrido de la cigarra en las estivales siestas, que el grito del cuclillo en las mudas veladas; lo mismo el zumbar de la abeja sobre los arbustos que el espirar de la ola en las sonoras playas; todo en tí me parece divino, todo, desde el amor hasta la muerte.

II.

Siempre me acordaré de una de las tardes más solemnes de mi existencia. Era el dia de Pascua en que todo resucita, la mariposa abandonando su larva para tomar multicolores alas y Cristo rompiendo su sepulero para llevarse el alma de la humanidad á los cielos. Así toda la creacion repite la alegre aleluya entonada por el órgano

bajo las bóvedas de las iglesias y por las campanas en las altas torres. Descendia el sol hácia su ocaso entre anaranjadas nubes; brillaba el cielo con ese azul de España que no he visto ni en Italia; flameaban las cordilleras purpurinos reflejos que hacian de los ventisqueros volcanes; en los manzanos y en las acacias tendíanse blancas guirnaldas como signos de los desposorios de tantos seres en la estacion de los amores; y miéntras por los pedregales se ataviaban de su primer verdor la zarzarosa, en los trigos, entre las tiernas espigas, alzaban sus corolas encarnadas las sedosas amapolas. De pronto suben dos alondras, una pareja enamorada, á los aires. Mirábanse estáticos aquellos seres del cielo ni más ni ménos que los amantes en la tierra. Volaban alegres con femenil coquetería como si quisieran mostrarse sus sendas perfecciones iluminadas por los rayos del sol poniente. Algunas veces las alas se rozaban y los cuerpos se confundian. La nube de incienso no asciende con tanta majestad en el santuario como ascendian los dos pajarillos en el campo. Veíaseles detener su ascension, quedarse fijos é inmóviles como si miráran algo sobrehumano aquí en el suelo despues de haber mirado la luz allá en el horizonte. Era quizás su nido, eran quizás los hijuelos de sus amores. Ignoro si en aquellos dias podrian ya tener hijuelos pero me pareció que

los contemplaban dormidos, que los oian piar, que atisbaban el lejano peligro para defenderlos y salvarlos ántes de perderse en el cerúleo abismo. Lo cierto es qué en su canto, en sus notas alegres, en sus gorjeos, en su jugueton vuelo, en todos sus movimientos, mostraban á las claras ¡ah! la alegría comunicativa de vivir y de amar. Sus cantares caian sobre mi sér como rocío benéfico y lo impulsaban á participar de tanta felicidad.

III.

Pero en el mundo. no todos tienen este culto mio por la Naturaleza, no todos sienten este dulce arrobamiento por los bellos espectáculos de la vida. Hay muchas armonías pero junto á muchas batallas. Si al levantar los ojos á las esferas y ver el concertado movimiento de los astros puede pareceros el universo un poema, al convertirlos á la tierra y descubrir el ódio de unos seres á otros seres, sus mutuos encarnizados combates, las heridas que se abren, la sangre que se sacan y vierten, la muerte que se infieren, el universo puede pareceros una interminable, infinita, universal guerra.

Si cada sér no tuviera á su lado su contrario, llenaria pronto él solo con su prole toda la creacion. Un elefante, el animal de instintos más castos y de reproduccion más tardía, á la vuelta de cuatro ó cinco siglos, podria tener una descendencia de quince millones de elefantes. Por eso la muerte es tan creadora y tan necesaria y tan fecunda como la vida. Por eso en cada punto del espacio se amontonan las cunas y los sepulcros. Por eso junto á cada planta hay otra que le dispute el aire, la luz, el jugo de la tierra, el rocío de los cielos; junto á cada animal otros animales que se persiguen como ejércitos enemigos y se exterminan crueles en eterno duelo á muerte. La vaca en el Paraguay lucha con un moscon que comienza por zumbar en su oido y concluye por anidar en su ombligo. Y aquel moscon la mata. Los naturalistas dicen que si los moscones no acabáran de esa suerte con las vacas, acabarian las vacas en tiempo relativamente corto con la lujuriosa vegetacion del Paraguay. Y entre nosotros, en la especie humana, así como hay quien considera la Naturaleza un templo y desearia no profanarla ni con una gota de sangre, no oscurecerla ni con una nube de ódio; hay quien siente á la vista de la ligera liebre el instinto del galgo ó del sabueso, al roce de las alas de un pajarillo el impulso del águila ó del milano, y viviria como el feroz

cazador de la leyenda alemana en lucha perpétua, entre montones de despojos, produciendo eternamente la muerte, anegándose en mares de sangre.

Llevábamos aquella tarde en nuestra compañía un cazador. El cántico y el vuelo de las dos inocentes avecillas no conmovieron su empedernido corazon. Donde nosotros veiamos el amor, la familia, un matrimonio, unos hijos, él veia con la crueldad del asesino su presa. De pié, á nuestra espalda, sin que tuviéramos tiempo de evitarlo, apuntó á los pajarillos una escopeta de grande alcance y derribó á uno de ellos herido en el ala por tierra. No os podré decir lo que pasó en mi corazon. El pobre animal arrancado del cielo como una estrella que se desengarzára de su centro de gravedad; herido en los órganos que le dan el dominio de los aires; separado violentamente de su esposa, de la compañera del alma, de todos los encantos y de todos los amores de su vida; imposibilitado de volver al nido en que quizá piaban sus hijuelos, mirábanos con ojos de dulce y por lo mismo desgarradora reconvencion, preguntándonos qué daño nos habia hecho para inferirle tan bárbaro y tan neroniano castigo. Este sér nervioso, movible, pequeño, habia subido y subido en raudo vuelo á las alturas para huir de las sombras, para recoger los rayos del sol, para contem-

plar por más tiempo la luz, esa idea del universo; y el hombre con sus bárbaras máquinas y maquinaciones le precipitaba en la oscuridad, en el dolor, en la muerte. Pocos momentos ántes respiraba hasta por las plumas. Sus alas se tendian suavemente en los aires, su pecho se hinchaba de vivificador oxígeno, lucian sus ojos abrillantados por el éter, y un minuto y un fragmento de plomo habian bastado á destruir su ventura. Pero lo desgarrador de aquella escena era la pobre viuda más herida en el corazon que su compañero en las alas. Bajaba como abatiéndose al dolor. Volvia á subir cual si quisiera mover á volar con su ejemplo. Trazaba espirales en torno del inerte cuerpo. Se detenia sobre el ramo cercano y le llamaba con desgarrador llamamiento. Aquel pío era una escala de sollozos, de plañidos, de quejas. Cada nota, aguda como un grito, llenaba el espacio de torrentes de lágrimas. Oíanse todas las gradaciones del dolor, la pena, la tristeza, la amargura, la desesperacion, el anhelo por la muerte. Cuando Julietta se levanta de su sepulcro y se encuentra á su esposo herido y agonizando á sus plantas no dice cosas tan tristes, tan amargas, tan profundas, como las que decia en sus gorjeos de duelo á los aires la pobre alondra viuda. Todos nos mirábamos y todos sentiamos profundo enternecimiento. Hasta al cazadar endure-

cido le remordia la conciencia por haber roto aquel lazo de dos seres atados por el amor. Yo me acordé confusamente de mi infancia, de las primeros dias de orfandad, de la viudez de mi madre y de su lloro. ¡Oh! el sentimiento y la idea están esparcidos como la luz, como el calor, como la vida, por todo el Universo.

IV.

Si la idea y el sentimiento están esparcidos por la Naturaleza, el amor á la Naturaleza no ha dominado siempre en el arte. Hay épocas enteras en que parece estar ciego el hombre á los esplendores del Universo. Ni la estrella en el cielo, ni la luciérnaga en la tierra, ni el torrente espumoso que baja como una tormenta de las altas cimas, ni la gota de rocío que se suspende como una lágrima á las hojas de las flores, hieren su atencion. Las reacciones místicas contra el delirio y el desenfreno de los sentidos explican satisfactoriamente este hecho. El poeta monástico ó el poeta guerrero se conmueven más á la vista de los altares ó de los campamentos que á la vista del sol naciente, ó del mar en calma; miéntras el poe-

ta antiguo coronado de pámpanos y de hiedra, con la copa de Chipre en las manos y la miel de Chio en los labios, quiere contemplar desde mullido lecho de hojas de rosas el cielo y las ondas, los bosques y los promontorios, las cordilleras ceñidas de nieve y las islas salpicadas de espumas, en el admirable golfo de Parthenope. La poesía está do quier está la hermosura. Puede ser un monasterio hermoso y hermosa una orgía. Pero no me negaréis que el sentimiento de la Naturaleza da mucho vigor y mucho encanto á los poetas. Admirables son el horizonte y el campo reflejándose en las profundidades de nuestra alma. Los cantores de la Naturaleza, pues, nos encantan siempre. Y entre los cantores de la Naturaleza ninguno como Virgilio. En el aula de latinidad, cuando las declinaciones y los diptongos empolvan vuestro pensamiento, Virgilio os trae el aire balsámico de la majada, el olor del tomillo, la sombra de las hayas, el eco de la zampoña, el arrullo de la tórtola, el misterio de la sublime caida de la tarde al bajar la sombra de los altos montes y subir los ganados á los escondidos apriscos. Allí veis y ois las aves que anuncian el tiempo como las Sibilas del aire y como las profetisas del universo apareciendo segun las tempestades ó las bonanzas; la grulla que se levanta de los valles; la golondrina que riza con sus alas

jamas fatigadas el borde espumoso de las ondas; los lúgubres cuervos que hacen estremecer la atmósfera con su vuelo y sus graznidos; los pájaros acuáticos, tanto aquellos que surcan los mares como aquellos que surcan las lagunas, sumergiéndose en las aguas, sacando luégo erguidas sus cabezas, para escapar con sus bandadas léjos de la tormenta; el ronco grito de la corneja que llama á las nubes y á los torrentes del cielo; el triste mochuelo gimiendo en los altos techos durante la callada noche como para contrastar la serenata que da el ruiseñor en la enramada al dulce objeto de sus cánticos y de sus amores. Cuando en las artes descendeis de uno de esos poetas idealistas y soñadores á Virgilio os sucede como al descender de los elevados picos donde el aire se enrarece al hondo valle henchido de oxígeno y embalsamado de esencias.

V.

La idea de mirar y admirar el paisaje donde nació Virgilio me llevó á la ciudad de Mantua. Las expresivas palabras *Mantua me genuit* vagaban por mis labios desde los primeros años de mi existencia. Mantua es gran plaza fuerte, una de

las más poderosas de Europa, integrante parte del cuadrilátero con que el despotismo extranjero tenía como crucificada á la pobre Italia. Parece imposible; pero en tan estrecho recinto, oprimidos por espesos muros, á la sombra de las ceñudas fortalezas; allí donde sólo se oian los pasos del austriaco que celaba con la ardiente mecha aplicada al oido de sus cañones; sin salida ni retirada posible á causa de las lagunas del Mincio, auxiliares de las fortificaciones, los patriotas conspiraban. Frente al palacio ducal brilla un monumento con los bustos de estos mártires inmolados á la independencia de su nacion, á la libertad de sus conciudadanos. Por esta escala de dolores, con tristísimas coronas de agudas espinas á las sienes, amontonando los huesos de sus hijos, las naciones suben desde el abatimiento en la servidumbre á la vida en la libertad. Caminamos al cumplimiento del ideal entre dos hileras de cadalsos. El dolor tiene pasmosa fecundidad.

Estar en una ciudad italiana y no ver algunos ejemplares de sus artes, francamente, es imposible. Así, despues de haber visitado la catedral que no me llamó grandemente la atencion, visité la basílica de San Andres que por sus sólidas pilastras, sus atrevidos arcos, sus largas líneas, sus grandiosas curvas, su alta y atrevida rotonda, me pareció una iglesia imponente, poco austera co-

mo todas las iglesias italianas, sobrecargada quizás de adornos y de objetos artísticos, pero grandiosa.

¡Ah! por todos estos monumentos se descubre que el paganismo quedó vivo allí, y que el Renacimiento comienza en el suelo itálico á la hora misma en que comienza la cultura moderna. En el siglo décimosexto nosotros construimos edificios de gótico florido. No hay sino ver el San Juan de los Reyes en Toledo ó la fachada de la catedral nueva en Salamanca. Pero las gentes de Italia, enamoradas de Roma, á mediados del siglo décimoquinto, elevan muchas de sus iglesias poniendo una sucesion de arcos romanos y echando sobre estos arcos las majestuosas bóvedas. La basílica de San Andres pertenece al número de las iglesias greco-romanas, que abundan tanto en todos los territorios de Italia.

Visitar una ciudad italiana y no conocer en ella algun gran pintor, tambien es imposible. Cada artista tiene su ciudad. Si quereis conocer á Luini id á Milan, si á Corregio id á Parma, si á Andrea del Sarto á Florencia, si á Beccafiume á Siena, si á Signorelli á Orvieto, si á Rafael á Roma, si á los Carachios á Bolonia, si al Giotto á Padua; si á Julio Romano á Mantua. En esta ciudad encontró poderoso príncipe que le protegiera, riquezas que le auxiliáran, libertad para

inspirarse en el recóndito manantial de sus ideas. Julio Romano ha pasado á la posteridad como el discípulo predilecto de Rafael de Urbino y como el heredero de su genio. En una gran parte de los cuadros más admirados por el mundo su lápiz ó su pincel han obedecido las inspiraciones soberanas del inmortal maestro. En las logias, éste sólo pintó de su mano el primero y último cuadro: *La Creacion*, que comienza aquella epopeya religiosa evocando el Universo á la virtud creadora de la palabra divina lanzada por el Eterno; y *La Cena*, que la termina instituyendo el sacramento de la eterna comunicacion del hombre con Dios. En las maravillosas estancias hay paredes enteras debidas al pincel de Julio Romano aunque sean fidelísimos traslados de los cartones rafaelinos. Es uno de los satélites de aquel planeta ó de los planetas de aquel sol.

Su genio, sin embargo, no tiene la tranquila armonía, la calma profunda, la serenidad celeste, la perfeccion clásica del genio de Rafael. Julio Romano gusta de lo exagerado, de lo extravagante, y á veces de lo feo. Bajo este concepto puede y debe llamársele un artista romántico. Así en cuadro de ideal Vírgen, obra de Rafael, ha puesto una gata, como alzando al empíreo la humildad del hogar doméstico; y en la gran batalla de Constantino y Maxencio ha pintado en primer

término un enano grotesco y monstruoso que jamas hubiera permitido el maestro en cuyo genio renacia la majestad de Fídias. Por eso, donde Julio Romano se muestra en toda su ingenuidad, donde aparece tal como lo habia forjado naturaleza, es en Mantua; allí, jefe de escuela, soberano de sí mismo, rodeado de discípulos innumerables, compartiendo la autoridad con los duques del territorio, gozando de córte y de presupuesto, como si constituyera su genio solo un Estado. La sustitucion del ateniense, del florentino, del pagano Papa Leon X, que, no pudiendo conversar con los antiguos dioses, conversa con sus descendientes los artistas; la sustitucion del Papa Leon X por su sombrío sucesor Adriano, teólogo y nada más que teólogo, flamenco incapaz de toda inspiracion, enemigo del arte, le ahuyentó de la Ciudad Eterna, que parece otra vez herida por los bárbaros, asaltada por el glacial genio del Norte, á cuyo helado soplo pierden sus alas y se encierran tristemente en sus larvas las risueñas ideas. Cuando llega á Mantua no tiene Julio Romano caballo, y el Duque le regala su caballo favorito; no tiene hogar, y el Duque le regala un palacio; no tiene ahorros, y el Duque le envia brocados, terciopelos, joyas, que podrian ciertamente envidiar los más poderosos príncipes. Su fortuna llega á tal extremo que merece por las

fiestas dispuestas en su loor y los teatros levantados y los torneos y las danzas y las decoraciones y los saraos ser tratado por Cárlos V, el dueño de Europa, como uno de sus compañeros: que entónces lucia junto á la corona de los reyes la aureola de los pintores.

Hay tanta diferencia entre Rafael y Julio Romano como entre Virgilio y Ovidio, como entre Garcilaso y Góngora. Aquella idealidad que el pintor melodioso por excelencia traia de las catedrales de la Edad Media para unirla con las formas perfectas de la antigüedad clásica resucitada, se pierde, se extingue en sus discípulos, los cuales, en cuanto los ojos del maestro y su sonrisa dulcísima se apagaron, caen precipitados en profunda oscuridad y no vuelven á entrever la conjuncion del espíritu moderno con el espíritu antiguo, verdadero secreto de la grandeza del Renacimiento. Julio es un pagano, pero un pagano por cuyo cuerpo corren las chispas de nuestra electricidad y por cuya alma atraviesan nuestros dolores y nuestras inquietudes. Poco ó nada sabe ya en Mantua de la pintura rafaeliana, de aquella inspiracion religiosa unida á la belleza griega, de aquel espiritualismo encendido sobre las aras de mármol penthélico; su genio fogoso, inarmónico, violento se lanza á los piés de los antiguos dioses griegos y se contagia con su sensualismo acriso-

lado y purificado en la mente platónica y cristiana de Rafael. Evocando los cuadros de la primitiva escuela de Siena y de Umbría para ponerlos junto á los frescos del palacio de Mantua ó de la casa del Té, se nota que el espíritu humano ha andado tanto y se ha trasformado tanto como pudiera andar y trasformarse de las Pirámides de Egipto al Parthenon de Grecia. Julio Romano me parece uno de esos pensadores alejandrinos que, deseando resucitar á los antiguos dioses griegos á fin de conservar la sabiduría de Aténas y la fuerza de Roma sin las cuales no se concibe la existencia del mundo, los hincha, los agranda, los agiganta desmedidamente con ideas orientales, platónicas, hasta cristianas, especie de filtros inútiles bien pronto convertidos en corrosivos venenos, porque merced á ellos pierden los dioses la serenidad celeste, la dulce sonrisa, el tranquilo gozo, la perfecta hermosura con que juntaban en dulces desposorios y entre guirnaldas de flores la tierra con el cielo.

Para conocerlo es necesario estudiarlo en el Palacio del Té, en Mantua, en aquella su obra maestra, que es respecto á Julio Romano como la capilla Sixtina respecto á Miguel Angel, como las estancias del Vaticano respecto á Rafael, como la sacristía de Siena respecto á Pinturrichio. Pocas veces se verá un palacio ideado, deli-

neado, construido, pintado por un solo artista. Es una gran quinta, ó, como nosotros decimos, un sitio real de los duques de Mantua cerca de la ciudad. Los dos principales salones, pintados al fresco por Julio Romano y sus discípulos, vienen á ser el salon de Psíquis y el salon de los Gigantes; aquél por la gracia, y éste por el atrevimiento; aquél por la armonía, y éste por la hipérbole; aquél por la clásica expresion de dulzura, y éste por la exagerada expresion de violencia; como si quisiera representar el lado femenino junto al lado viril del arte.

Nadie puede olvidar á Psíquis, la pobre perseguida de Vénus, la hermosísima doncella que goza en la oscuridad, acostada sobre un lecho de flores, las caricias del amor suspenso á su pensamiento y á sus labios, cuando deseosa de verlo, de contemplarlo, enciende su lámpara y le sorprende en el sueño extasiada, y le admira estática y le ama con más pasion y le desea eternamente á su lado, en su lecho, hasta que una gota de aceite hirviendo cae sobre las espaldas del enamorado despertándole; y al verse conocido, examinado, él, que es un misterio, él, que gusta de las sombras, él, que presta á todos su ceguera, huye y se desvanece en los aires sin dejar más que un resplandor, un aroma, un recuerdo, como para atormentar eternamente á la pobre jóven, fiel imágen del alma humana

enamorada de lo infinito, cuya inmensidad siente dentro y fuera de sí, en su idea y en la naturaleza, pero sin poder jamas ni verla ni alcanzarla.

Mirad esas paredes. Aquí Psíquis está en el baño, y rosados amorcillos derraman sobre el agua y sobre su cuerpo olorosas esencias; allá Mercurio prepara el banquete nupcial, y las Gracias, dignas por su hermosura y por su felicidad del florido y risueño Albano esparcen flores sobre la mesa de los festines, miéntras las bacantes, henchidas de vida y de placer, danzan furiosas, entonando canciones al viejo Sileno, sostenido en su embriaguez por los sátiros; acullá, entre ramajes, guirnaldas, pámpanos, lucen los vasos y los jarros de plata y oro; en un costado se apoya el perezoso Baco, cual si acabára de llegar á Occidente desde la lejana India, con los tachonados tigres asiáticos á sus plantas; y sobre todo resalta la doncella enamorada, la prometida al amor, circuida de ninfas que la acompañan tanto en felicidad como en hermosura, mirando entre el celaje la cuadriga del sol cuyos caballos despiden la luz de sus crines, y respirando el aire renovado por el balsámico soplo del céfiro; cuadros deslumbradores que han visto el cielo de Grecia, los laureles y las encinas de Dodona, las cumbres del Hibla y del Himeto, la ola del mar de la Jonia quebrándose en el coro de las islas

griegas, el sol que ha engendrado las cigarras y las abejas de la Atica, la vida y la alegría de los antiguos dioses.

La última estancia es la estancia de los Gigantes. A no dudarlo, Julio Romano se ha inspirado en genio semejante al suyo, en el genio de Ovidio, grandioso tambien y tambien audaz, pero señalando con el desequilibrio de sus pasiones y la violencia de sus ideas, y los contrastes de su estilo, el comienzo de irremediable decaimiento en las romanas letras, cuya perfeccion representará eternamente otro genio semejante á Rafael de Urbino, el inmortal Virgilio. Pues bien Ovidio en el canto tercero del primer libro de sus Metamorfoseos presenta el cielo inseguro, los dioses recelosos, como amenazados por los gigantes que, para escalar sus alturas y abrirse paso entre el éter, apilan montañas sobre montañas, las cuales ya tocaban con sus cumbres en las divinas moradas cuando Júpiter fulmina sus rayos y abate el Olimpo, y hiere á Osa y á Pelion, y aplasta á los rebeldes, de cuya sangre humeante animó la madre tierra los hombres, despiadada raza, como sus sanguinarios padres, ebria de odios y hambrienta de matanzas. ¡Con qué grandeza colosal y extraña originalidad reproduce Julio Romano estas fábulas! Es la epopeya de las ruinas: restos como de un naufragio y de un incendio al mismo

tiempo; catástrofes del universo como si se abriera la tierra y se desplomáran los cielos; ciudades enteras desarraigadas de sus bases y convirtiéndose en cenizas; columnas rotas en mil pedazos como las armas de un abandonado campo de batalla; rocas que se precipitan por todas partes, semejando las gotas de un diluvio de moles; gigantes de cuerpos colosales, de actitudes increibles, con sus ojos lucientes como hornos, con sus bocas abiertas como abismos, con sus brazos de la robustez de los troncos, y sus piernas de la dureza del hierro, unos todavía de pié, otros huyendo, heridos éstos por el rayo, aplastados aquéllos por los montes, miéntras allá en las alturas todo es terror y ódio, porque el trono de Júpiter relampaguea y el cielo entero se abrasa en imponente tempestad y los grandes dioses huyen á regiones serenas y Neptuno detiene á sus delfines y Apolo á sus caballos para que no los precipiten á la pelea y Vénus pide proteccion á la cólera de Marte y Pomona tiembla como el arbusto sacudido por el viento y las ninfas huyendo de la tormenta se refugian en el seno de Páris y Juno enciende la ira divina y Eolo sopla huracanes y la guerra abrasa así el tiempo como la eternidad y así los cielos como la tierra aterrando á los dioses y á los titanes, todos envueltos en sus torbellinos de destruccion y de muerte.

VI.

Mantua es una ciudad acuática, palúdica. El Mincio, que baja del lago de Garda y desemboca en el Pó, al llegar á estos terrenos se pára, se estanca, se dilata en pesadas y mefíticas lagunas, las cuales carecen ciertamente del colorido mágico y de la helénica alegría que tienen las lagunas de San Márcos en el espléndido Adriático. Yo las recorrí todas, aunque ligeramente, con mis *Geórgicas* en la mano. Es verdad que algunas se han formado muy posteriormente á la época del poeta; pero el rio fluye aún por donde lo vieron sus ojos, y una parte de las aguas duerme donde dormian cuando él estaba en la cuna.

Propter acquam, tardis ingens ubi flexibus erat
Mincius, et tenera prætexit arundine ripas.

Yo vi la laguna de Sopra, laguna de arriba, artificialmente formada; paseé dos ó tres veces por el dique de los molinos que conduce á la ciudadela; me asomé al puente de San Giorgio para contemplar lo mismo la laguna del centro que la de abajo; y no obstante descubrir por do quier

muros y contramuros, fuertes y contrafuertes, lunetas y castillos, fosos y puentes levadizos, convencíme de que Mantua es en nuestro tiempo, como en tiempo de Virgilio, una poblacion esencialmente agrícola. Por todas las lagunas vi barcas de frutos cargadas y por todas las calles carros cargadísimos. Lo que más trajo á mi memoria la edad antigua fué singular espectáculo que hirió mi atencion y cautivó mi ánimo. Trascurria el tiempo de la vendimia. En carreta, verdadero lagar ambulante formado de apretadas tablas, amontonábanse las recien cortadas uvas. Dos ó tres mancebos, arremangadas las mangas de la camisa y arremangados los pantalones, pisaban los racimos como al compas de un baile, produciendo rojo rio de mosto que caia de la carreta en preparada cuba. Al pié, sentada sobre un barril, hermosa jóven de tez morena y ojos negros cantaba cancion melodiosa para acompañar la danza de los pisadores. Varios niños con las manos cargadas de mostosos racimos y las sienes ceñidas de improvisadas guirnaldas danzaban tambien entre las ruedas. Y los tardos bueyes lucian, á guisa de plumeros, en el testuz, manojos de sarmientos, cuyos pámpanos, verdes unos y carmesíes otros, formaban el más bello contraste en aquel viviente bucólico cuadro que no hubiera menospreciado Virgilio.

Toda la region, toda ella, exhala inspiraciones campestres: las lejanas cordilleras de los Alpes, recamadas de celestes reflejos y ceñidas de eternas nieves, inmensas líneas de rotondas y pirámides admirablemente dibujadas en los horizontes; el espacioso lago de Garda, formado por puros manantiales que dan á sus aguas la trasparencia y la claridad del cristal, tendido perezosamente al pié del monte Baldo; las pesadas lagunas de Mantua, que contrastan con el celeste Garda, lagunas compuestas de las corrientes del limoso Mincio; el ancho Pó, de tranquilo curso y de brillante superficie; los verjeles y majadas, el campo entero cubierto de un verdor que recuerda los paisajes de Holanda; los altos olmos en cuyos troncos las vides se enlazan y suspenden; toda aquella naturaleza impregnada de la misma poesía que exhalan de sus exámetros las virgilianas Eglogas.

VII.

La naturalidad es la primera y más sobresaliente entre las cualidades de Virgilio. No és un erudito que rehace la Naturaleza en su biblioteca; es un campesino que ha nacido y se ha criado

en el establo, que ha dirigido con su honda y su cayado las ovejas, que ha tocado la zampoña y el rabel en las pastoriles fiestas, que ha muñido las tetas de las vacas, que ha sesteado á la sombra de los olmos, que ha sembrado el grano por el lluvioso otoño tras la yunta en el hondo surco y con su hoz lo ha segado y en la era lo ha trillado por el caluroso estío, que ha recogido y cortado el panal de cera y miel en las colmenas, que ha podado los sarmientos y vendimiado los racimos y recibido en las cántaras el ardiente mosto y trabajado con todo su sér en las creadoras faenas del campo, vivo en su corazon y en su existencia ántes de ser cantado por su armoniosísima poesía.

Para que el amor á la agricultura tomára en su pecho más intensidad, se vió privado violentamente de sus tierras en edad bien temprana y las lloró y las cantó como las aves lloran y cantan el nido alevemente robado por despiadada mano. Como todos los bienes de la tierra, amados mucho y perdidos pronto, el despojo de su propiedad y la tristeza de su familia han dejado huellas indelebles así en su poesía como en su vida, y han deramado hermosos pensamientos en los cielos del arte. Hay entre el sepulcro de la República Romana y la cuna del Imperio Cesáreo un hombre que personifica el pretorianismo, y que

lleva en su figura y en su vida todas las señales del largo irremediable decaimiento de la antigua civilizacion. Este hombre es Antonio. Educado por el partidario de Catilina, Lentulo; crecido en la amistad de Clodio, el más furioso y más vil de los demagogos romanos, sólo creyó en la fuerza y sólo sirvió á la tiranía, semejante en esto á todos los cortesanos del pueblo que exageran la libertad y la violentan como para hacerla odiosa á las sociedades humanas y arrastrarla por el terror á la mancebía de los déspotas.—General de caballería en edad temprana, vencedor de los judíos, soldado mercenario de los egipcios, tribuno de la plebe, del partido demagógico pasa al partido cesarista y viola torpemente la majestad del Senado con la irreverente lectura de audaces cartas del dictador y enciende la guerra civil presentándose á éste en carruaje de alquiler como lanzado de Roma y de sus derechos. Desde entónces queda constituido Antonio en jefe de los partidos militares sobre cuyas lanzas se levantára César á la tiranía jamas disculpada ni siquiera por la virtud de su genio. Como vestia el traje militar, como llevaba al cinto la espada pretoriana, como se parecia á Hércules en su varonil hermosura, como se emborrachaba en las cantinas y participaba del rancho, como dispendiaba el oro lo mismo que vertia la sangre, pródigamen-

té, los soldados seguian á ciegas las enseñas y las voluntariedades de Antonio, que daba festines y banquetes á todas horas, malversaba los caudales públicos en espectáculos populares, concurria á los garitos acompañado de sus capitanes, se paseaba borracho en los sitios más principales y construia teatros para agazajar á sus bufones; incontinente hasta asaltar las mujeres honradas en medio de las calles; intemperante hasta vomitar sus indigestiones en una Asamblea, como si dijéramos, sobre la cara del pueblo; escandaloso hasta llevar al frente de sus tropas y junto su litera, á un lado el titiritero Sergio y á otro la cortesana Cytheres; fastuosísimo hasta tener leones y fieras entre sus alimañas y vasos de esmeraldas en su equipaje; ataviado de sedas y pedrería como un sátrapa de Oriente; en cenas orgiásticas perpétuas como las prostitutas romanas; personificacion de todos los vicios, que envenenando á los ejércitos y á los pueblos, concluyen por forzarlos á dormir en la triste soñolencia del hartazgo y del hastío bajo la más degradante servidumbre. Antonio repartió las tierras de Mantua, las propiedades de los pueblos entre sus soldados; y esta reparticion fué causa de que Virgilio visitára á Roma y consiguiera una devolucion que le empeñó en eterno agradecimiento á su redentor, al poderoso Augusto. De naturaleza delicada, de temperamento

nervioso, de corazon tierno, de sensibilidad exquisita; enemigo del fausto, del poder y del ruido que en Roma reinaba; amigo del retiro y de la soledad, como todos los genios contemplativos, en la Edad Media fuera Virgilio un monje consagrado á la adoracion mística de Dios dentro del claustro, y en la antigüedad fué un poeta consagrado á la adoracion purísima de la Naturaleza.

VIII.

Existen hoy dos clases de artistas igualmente detestables: unos, menospreciadores del Universo, cuyas armonías no oyen, cuyos colores y matices no ven, cuya admirable totalidad no comprenden, prefiriendo encerrarse en los abismos de su propia inteligencia, en la oscuridad de sus ideas y dar forma sólo á sus ensueños, como si la totalidad del sér estuviera en nosotros, y fuera de nosotros no hubiese hermosura alguna ni inspiracion posible; otros que copian servilmente la Naturaleza, que en sus obras la reproducen como en una fotografía, que á fuerza de repetirla concluyen por disecarla, destruyéndola en la servil miniatura de sus fragmentos, como aquel poe-

ta citado por Richter, que consagró un poema épico entero al momento del parto y al arte dificilísimo de los comadrones y de las parteras. La poesía es un grado de la idea superior á la Naturaleza. El poeta debe recogerla como un ángel, trayendo á su seno los resplandores de otros mundos y animándola con el calor y á la luz de lo ideal. Así era Virgilio; reproducia la Naturaleza embelleciéndola y demostraba que en el sentimiento del poeta, como en la idea del filósofo, crece y se espiritualiza y se acerca la Naturaleza al Eterno.

La obra por excelencia de Virgilio es el poema de las *Geórgicas*. Podríais bien exactamente calificarlo llamándole epopeya del trabajo en oposicion á esa epopeya de la guerra que preside y acompaña á toda la historia. El poeta canta desde la semilla depositada en la tierra, imperceptible, confinando con el no sér y gérmen de nuevos seres, hasta la zumbadora abeja, hija de la luz, elaboradora de la miel, que confina con el mundo superior y cuasi divino de la inteligencia. La ley de la unidad en la variedad reina con imperio en todo el poema. Los seres se esparcen, se diversifican, se irradian por los espacios en várias individualidades que luégo se juntan y se armonizan en reinos, en géneros, en familias, en especies, hasta llegar á confundirse, como en su atmósfera, en el espíri-

tu universal de la creacion. Así se corresponden, desde la cinta de la hierba parásita en los abismos de la tierra, hasta el cometa, esa cinta de materia cósmica perdida en los abismos del cielo. Los seres inertes toman el humano sentimiento y la idea humana, animándose á su vivificador soplo, como los cuerpos opacos y frios se iluminan y se calientan en la luz y en el calor del sol. El laurel conoce y desea la gloria; el ingerto presiente las flores y los frutos que ha de darle pronto la nueva savia recibida en sus fibras; la encina contempla orgullosa y vencedora á las generaciones de hombres y de dioses que arrebatan bajo sus eternas ramas los siglos; la primavera hincha con su amor desde la yema del arbusto hasta la linfa del arroyo; y el éter desciende en copiosas lluvias sobre el seno de su esposa la tierra, para fecundizar los gérmenes innumerables de la vida. ¡Oh religion de la Naturaleza! Virgilio no es aquel avaro cultivador de otros tiempos, que solamente ve en los campos la riqueza y pretende herirlos con su azadon y su arado para explotarlos cual abundosa mina; es el sacerdote que tiene un culto, el poeta que tiene un sentimiento, el sabio que tiene una idea y vierte todos estos elementos de vida en los prados, en los bosques, en los viñedos, en la siembra, como nueva y más fecunda lluvia.

¿Quién no te admirará, alma Naturaleza? Ya tengas la alegría del amanecer ó la tristeza del vespertino crepúsculo; ya muestres la serenidad del lago terso como cristal ó el furor del Océano embravecido por el azote de la tormenta; ahora brames en el huracan ó cantes en el céfiro, ahora amontones opacas nubes ó pintes la rosácea boreal aurora; lo mismo entre los témpanos del polo semejantes á sepulcrales cordilleras y frios como la muerte que entre las selvas del trópico enardecidas por las llamas de ardentísima vida; lo mismo en el insecto microscópico, frágil y fugaz como una aspiracion del no ser al ser que en los eternos é inconmensurables soles de soles; desde las caliginosas sombras del abismo hasta la brillanta fosforescencia de los mares y desde los infusorios hasta la Vía Láctea, así como encierras en sus primeras manifestaciones la vida, revelas en sus primeros resplandores la hermosura.

Repitámoslo mil veces; Virgilio será el eterno modelo de los poetas que deseen cantar la Naturaleza. El libro cuarto de las *Geórgicas* nunca se agota, oloroso como la salvia, tierno como la cera, dulce como la miel. La abeja, la trabajadora abeja ha inspirado desde el primero al postrer hexámetro.

Aerii mellis cœlestia dona exequar.

Allí está el tiempo propicio y el lugar favorable á las abejas, preservado aquél de todos los rigores, así en frio como en calor, preservado éste y sus floridos pastos del diente de la oveja y de la ternerilla, del roce de los tachonados lagartos y de la pezuña de los importunos chivos, para que puedan á su arbitrio dejar la vibrante colmena é ir por los aires embalsamados y luminosos, bajo la sombra de las palmas y el olivo, junto al fugitivo arroyuelo, sobre la hierba abrillantada de rocío, desplegando el aguijon de oro y las cristalinas alas, á libar los jugos de las flores próvidamente apercibidas que deben ser desde el salvaje tomillo hasta la tierna y delicada violeta. Seguidlas y las veréis cómo aglutinan con resinosas sustancias las rústicas paredes de su taller; cómo, así que el aire se entibia y se perfuma, vuelan juntas en cantor enjambre á los rayos del sol y ya rozan las hojillas del arbusto, ya la clara superficie de las aguas; cómo vuelven, despues del goce de esta grata libertad y del juego de estos caprichosos giros, á abrir sus celdillas de blanca cera y depositar sus tesoros de dulce miel; cómo suben luégo, hasta perderse en los cielos, de la misma manera que sus compañeras las estrellas para agruparse más tarde sobre las ramas de frondoso árbol en forma de animados racimos; cómo á veces se enemistan y se combaten desafiándose á

descomunal batalla en que luchan con la ira de los héroes homéricos, hasta caer muertas sobre la tierra cual caen las bellotas de la encina sacudidas por el viento para que se cumpla la ley allí presentida del triunfo de las más fuertes y de las más hermosas; cómo trabajan en comun todas para todas y educan á sus generaciones en sabio ejemplo y adoran sus penates y nos dejan su áureo líquido semejante á condensaciones de la eterna luz.

Despues de haberlo leido amaréis, como Virgilio, los rosales de Pestum que florecen dos veces al año; la pálida achicoria, que se regocija al beso de la lluvia; el narciso, lento en mostrar sus galas; el rizado apio, la viciosa hiedra, el mirto enamorado de las frescas riberas: envidiaréis al viejo labrador de Tarento que tiene por toda propiedad algunas yugadas de tierra, ingrata al trabajo, incapaz de dar así prados como viñas, y que, sin embargo, produce sabrosas legumbres entre festones de blancos lirios y rosadas berbenas para qué su dueño no envidie á los reyes y pueda todas las noches, al tornar del trabajo, cenar manjares no comprados: bendeciréis á Júpiter que dotó á las abejas de sus más seguros instintos en premio de haber oido el címbalo de las Coribantes, y haberlo alimentado en los antros del monte Oríteo; y concluiréis siguiendo en su errante car-

rera por los bosques y en su descenso á las hondas regiones de las aguas al pastor Aristeo, y sacrificaréis con él en desagravio de Eurídice y de las nepeas ninfas novillos jamas sujetos á la coyunda de cuyos abandonados despojos se levantan á las alturas, despues de nueve auroras, nubes de canoros enjambres.

Namque dabunt veniam votis, irasque remittent.

IX.

¡Extraño destino! Este poeta, clásico por excelencia, pertenece á las edades modernas más todavía que á las antiguas edades. El anochecer de un mundo y el alborear de otro se mezclan misteriosamente en sus sienes iluminadas por dos crepúsculos. Tiene de los antiguos la forma perfecta, la sobriedad austera, el gusto depuradísimo, los versos tallados como en mármol de Páros, el arte de materializar las ideas hasta ponerlas ante los ojos en relieve y de eterizar la materia hasta convertirla en espíritu. Por estas cualidades universales de la antigua cultura es un griego como Sófocles ó como Platon. Pero hay en sus versos ya cierta melancolía profunda, cierta ex-

traña tristeza, la nostalgia de lo infinito, la aspiracion á otro ideal, que anuncian como el advenimiento del espíritu divino y absoluto. Él se apresura á escribir su epopeya, la epopeya que cierra, como la Iliada abre, la risueña edad del heroismo. Él tiene impaciencia por asegurar en sus cánticos la religion del derecho y con ella el eterno dominio de Roma, presintiendo el nuevo ideal que contra el arte clásico elabora en los abrasados desiertos de Judea un eterno enemigo de Roma; el Oriente. Parecia que la ciudad reina estaba salvada de las asechanzas de la serpiente asiática cuando Cleopatra muere en el sepulcro de los Faraones y con ella se encierra bajo los arenales africanos aquella Asia que habia seducido un momento á Antonio para devorar en él á Roma, como ántes en Alejandro habia devorado á Grecia. Pero en el fondo mismo de la clara civilizacion clásica tenía de antiguo depositado la oscura esfinge oriental un enigma, los libros sibilinos; y cuando este enigma se descifra, surge de sus oscuros jeroglíficos el Dios-espíritu que matará al Dios-naturaleza, y con él matará así á la Roma de los pretores y de los césares como á la Grecia de los héroes y de los poetas.

Por eso en toda esta edad hay presentimiento universal de que algo muere en la especie humana. Lucano ha visto que los dioses adoptaron la

causa aborrecida por Caton. Horacio y Juvenal han roto en sus sátiras la antigua ecuacion griega entre el ideal y la forma; han revelado el horrible contraste entre las leyes morales y la realidad viviente, anunciando así la agonía de todo un mundo á la historia. Job no hubiera dicho en su estercolero más que dice este verso desesperante:

Pulvis et umbra sumus.

Plutarco ha oido quejarse de muerte al dios Pan allá por los mares de Sicilia. Tácito sólo tiene corazon para aborrecer y lengua para maldecir á su tiempo. Los más alegres buscan á una en la orgía el sueño más largo, el sueño de la muerte. Luciano se rie; pero su risa epiléptica muestra que se han agotado las lágrimas. Los dioses todos se van; pero ¡ay! vienen los nazarenos. La desesperacion es universal en las artes. Y Virgilio se levanta

Sicut inter viburna cupressi,

como el poeta de la esperanza. En la bacante Parthénope, á las orillas de aquel mar y entre el coro de aquellas islas que recuerdan el mar y las islas de la antigua Grecia, ha visitado la gruta de Cumas y ha oido anunciar á la Sibila que desciende de los cielos nueva raza de inmortales y comien-

za un nuevo órden y una nueva ley en el sosegado curso de los siglos.

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo,
Jam nova progenies cœlo demittitur alto.

Por eso en la Edad Media, al impulso de aquella reaccion mística, todos los genios de la antigüedad se apagan y Virgilio brilla sin ocaso. Los padres de la Iglesia le admiten universalmente entre los doctores y los poetas. Podrian escribirse cien volúmenes como los dos eruditísimos que ha publicado el sabio profesor Comparetti sobre las transformaciones del alma de Virgilio en la Edad Media y en el Renacimiento sin que materia tan vasta se agotase. Apénas ha muerto cuando ya la menciona el Evangelio apócrifo de Nicodemus. Su figura tiene cierta semejanza con la figura del apóstol San Juan, cuya teología es griega, copiada casi de los diálogos de Platon. Aquel cristianismo natural, de que habla Orígenes, traido consigo por cada hombre al nacer; sustancia eterna del espíritu humano, se encuentra en la piedad de Eneas y en las esperanzas despertadas por el nacimiento de Polion. Lactancio cuando lee la Egloga cuarta cree leer la epopeya de la segunda venida del Salvador en rosadas nubes resplandecientes de gloria, llamando el Universo entero con sus planetas y sus soles al

supremo último juicio. Constantino el Grande la traduce al griego y en cada uno de sus pensamientos ve confirmado un dogma cristiano. San Agustin, al oir que morirá la serpiente y desaparecerán las espinas y los vellones se teñirán por sí mismos y las vacas llenarán de grado con blanca leche los odres y se vestirán de lirios las colinas, cree oir la profecía sagrada de la redencion universal. Las iglesias de Mantua entonan religiosos cánticos, en que San Pedro llora sobre el sepulcro de Virgilio por no haberle visto en vida y no haberle consigo arrastrado á la predicacion y al martirio. San Jerónimo dice cómo se ha dudado de la autenticidad de los libros sibilinos; pero tambien como al verlos repetidos en las Eglogas se afirma la existencia de Debóras y de Isaías, de profetisas y de profetas en el paganismo. El Papa Inocencio III, en sermon predicado bajo las bóvedas de San Pedro por la fiesta de Navidad, cita el nombre del poeta mantuano para confirmar la venida de Cristo á nuestro bajo mundo.

Desde su cuna de Mantua á su tumba de Parthénope, Virgilio ha pasado entre aplausos y aclamaciones como cumple al vencedor en las más difíciles y más porfiadas guerras, en las guerras del arte. La expoliadora espada de los pretorianos se ha embotado en sus campos; la frente de los Césares se ha inclinado en su presencia; los espacios

del teatro han resonado con los aplausos concedidos á sus versos; las rodillas de la muchedumbre se han doblado á su sombra habiendo tenido que huir mil veces del mundo para huir de la fama y de la gloria. Pero desde su tumba de Parthénope hasta nuestros dias ha pasado su alma por una carrera más larga aún y más gloriosa. Volveos y la veréis por doquier en la liturgia sagrada, en los libros caballerescos, en los romances castellanos, en las sentencias teológicas de Bernardo de Chartres y de Juan de Salisbury, desde el primer vagido de la razon emancipada en Abelardo hasta la plenitud de su elocuencia en Marsilio Ficino, reinando con Platon y Aristóteles sobre la conciencia humana, á la cual abre mágicos horizontes con su áureo ramo, dirigiendo por los círculos del dolor y de la purificacion, como un astro de primera magnitud, al poeta épico del catolicismo, hasta elevarlo trasformado y perfecto á las cumbres del cielo, á la compañía de Beatrice, á la vision mística de lo absoluto en el inmenso seno del Eterno.

Leemos de contínuo á los grandes poetas. Hoy más que nunca debemos templar la fantasía en esos modelos. Terrible desesperacion se apodera del sentimiento y mella la voluntad. El suicidio, el sacrificio, no ya de la vida de un dia, de todo el sér, de toda el alma, se ha elevado en la na-

cion de los ensueños á verdadera ciencia como en la antigua India. Oid la filosofía que va quedando sobre tantas ruinas; oid el filósofo á la moda. Todo bien aparece como una utopia, toda inspiracion como una flor venenosa; el mal corre á manera de sávia por las fibras de los vegetales y á manera de sangre por las venas del animal; cada hombre se asemeja al ciego topo que vive construyendo eternamente una vivienda jamas acabada, y á la hormiga de Australia que nace con incontrastable instinto suicida; el amor solamente merece nuestras maldiciones, el gran culpado, que al conservar y reproducir la vida, conserva y reproduce la pena y la muerte; querer equivale á sufrir y sufrir á sér; la inextinguible sed de lo perfecto tiene toda la intensidad de la sed hidrópica pero jamas tendrá satisfaccion sobre la tierra; la virtud del génio sólo sirve para agravar todas las penas y sólo merece el nombre de enfermedad hipocondriaca; la existencia se llama combate pero combate donde existe esta seguridad únicamente, la seguridad de horrible y definitiva derrota; todo nuestro gran trabajo se reduce á querer sin motivo, á luchar sin objeto, á cazar ó ser cazados en esta cacería infernal de todos los seres unos contra otros, á poner bajo cada paletada de tierra un cementerio de innumerables animales, á nacer y engendrar para morir, hasta

que bajo los horizontes sólo se descubran montones de esqueletos, y la perfeccion estribe en aniquilar este horrible sarcasmo llamado la vida humana, burla que el Eterno ha lanzado exclusivamente sobre nuestro pésimo planeta, sobre este infierno sin esperanza y sin salida.

Para contrastar semejante pesimismo no hay como volver al seno del grande arte, de la eterna poesía, y reconciliarse en sus espléndidos cielos, al calor de su luz benéfica y al arrullo de sus cánticos inmortales, con la Naturaleza, con la Humanidad y con Dios.

SAN FRANCISCO Y SU CONVENTO EN ASIS.

I.

Una de las operaciones más atendidas y más atendibles de la mente humana es la asociacion de ideas. Por ella enlazamos tiempos apartados, unimos pensamientos discordes, traemos al seno de la felicidad recuerdos de la desgracia, como á las tinieblas de la desgracia puntos luminosos de la felicidad; y evocamos en lo presente los lejanos horizontes de lo pasado, pudiendo, ya que no con el cuerpo y sus sentidos, con el alma y sus ideas, á semejanza de Dios, estar á un mismo tiempo en todas partes. Me encuentro en la Montaña de Asis, con la ciudad pontificia y municipal á mis plantas, los restos de algunos castillos señoriales á mis espaldas; el cielo claro y severo, algo semejante al cielo de nuestro Aragon, sobre la frente; en torno, formando un círculo inmenso del color azul más subido, del color llamado de

Prusia, las riscosas y ceñudas cordilleras y montañas de la Umbría que semejan olas encrespadas; y en el dilatado campo, de contrastes vivísimos, porque las claras moreras y los oscuros olivos, los rubios trigos maduros para la siega y los verdes recien nacidos maizales se juntan á cada paso en esta variada inmensidad, como naves bogando por lo infinito, la blanca rotonda romana de la Porciúncula, templo donde San Francisco de Asis se retiraba á sus meditaciones, y más cerca, á mi derecha, bajo la mano casi, los interminables claustros, las sobrepuestas iglesias, los góticos pórticos, las agujas y ojivas del monasterio, donde yace el sepulcro de ese santo en cuyas aras seis siglos han rezado y cuya personalidad histórica se agranda y se trasforma, como la personalidad de su modelo Jesucristo, en el pensamiento racionalista, en la conciencia progresiva, en el espíritu democrático y liberal de nuestro siglo.

Y aquí, en tal momento, á presencia de este espectáculo, no puedo desechar el recuerdo de Elda, del pueblo donde pasaron mis primeros años. Sus montañas no tienen ciertamente ni esta altura ni este color; sus huertas y sus campos no se dilatan y espacian de esta suerte; mas aquella vegetacion meridional, elevando las palmas sobre los viñedos y los olivares, iguala y áun aventaja

en hermosura á esta rica vegetacion de la Umbría. Y lo que ménos puede compararse ciertamente es lo que más provoca el recuerdo: la rotonda blanca de la Porciúncula con la verde rotonda de nuestra Iglesia, el gótico monasterio franciscano de este dilatado valle con el vulgar monasterio franciscano de nuestro estrecho valle. Pero ¿qué quereis? Para mí en Asis está la poesía de la inteligencia y en Elda la poesía del corazon; la humanidad y la historia surgen aquí á la manera de templo inacabable lleno de un espíritu misterioso, cuya profundidad no puede sondearse; y allí, entre las ramas de débiles arbustos, se esconde todavía el nido formado por blancas lanas enredadas en las zarzas ó por secas yerbecillas, donde se guardan en reducidos límites los recuerdos de hogar y familia que lluvias de lágrimas no han podido anegar completamente ni destruir el tiempo con sus diarias catástrofes.

En mi infancia, cuando nos acercábamos al dos de Agosto, y la siega y hasta la trilla se habian acabado, y comenzaban á pintar las uvas tomando claro color violeta las negras y las blancas trasparencia de ámbar; en aquellas tardes calurosísimas henchidas por el chirrido de las cigarras, en aquellos crepúsculos serenos henchidos por el unísono vibrar del cántico de los grillos, celebrábase una ceremonia religiosa, una

peregrinacion mística, una especie de jubileo que nunca olvidaré. El convento de nuestro valle estaba á la sazon desierto. La revolucion habia expulsado á los frailes. Los fuertes seculares cipreses de su pórtico se perdian y secaban. Las flores de su ántes cultivado jardin se sustituian con legumbres ó heno. Las tablas de sus ventanas, medio caidas, meneábanse tristemente á impulsos del viento. Las piedras de sus paredes y muros, medio sacadas de quicio, amenazaban con una completa ruina. Las campanas habian sido arrancadas á las altas torres, siempre silenciosas; el culto interrumpido en los altares casi desnudos; y las puertas del santuario cerrádose como si fueran las puertas de un sepulcro. Algunas veces, cuando íbamos á coger brevas á una higuera cercana, asomábamos los ojos por várias rendijas y hendiduras hechas en la puerta, y á la escasa luz de solitaria lámpara, conservada por la piedad de oscuro guardian, resto viviente y animado de tanta ruina, pero triste como la cicuta y la ortiga, á la escasa luz de solitaria lámpara, decia, semejante á los ojos de siniestra lechuza en la oscuridad, veiamos algunos reflejos del dorado que se descascarillaba en las columnas, alguna sombra de los abandonados santos parecida á sobrenaturales fantasmas.

Solamente, en el dos de Agosto, las puertas se

abrian, los pavimentos se regaban, componíanse los altares como para una fiesta, las velas brillaban sobre el ara tras las flores; y en la capilla mayor una tosca pero mística escultura en madera que representaba á San Francisco recibiendo de Cristo aparecido en los aires los estigmas de las cinco llagas, juntaba en el templo á los creyentes, despertaba la fe y la esperanza, atraia las oraciones del fondo de las almas á la inmensidad de los cielos como atraen los rayos del sol á las alturas los vapores de las bajas aguas y las bajas tierras. Nosotros, los muchachos de la familia, saliamos acompañados de nuestras madres y de nuestras tias á ganar el jubileo con aquella piedad meridional tan risueña, tan expansiva, tan humana que da al cumplimiento de los deberes religiosos y á las ceremonias del culto católico aspecto de fiesta. Desde el pueblo al convento se dilata extensa campiña, verdadero jardin. Las olivas engordaban ya; las almendras se abrian empapadas en aromática goma; negreaban las uvas; doblábanse los granados al peso de las granadas; sobre las plantas del maíz surgian los amarillentos sedosos espigones y sobre la aterciopelada alfalfa las moradas flores; los campos de anis blanqueaban como si les hubiera caido una nevada; cimbreábanse los cáñamos y los linos; las puertas de las chozas lucian matizados rami-

lletes de don-diegos y áureos girasoles; en los secos pedregosos torrentes vibraban las sonoras cañas y florecian las rosadas adelfas. Nuestros ojos no se entristecian, no se nublaban, hasta que llegábamos delante del cementerio donde descansaba nuestra abuela y una tierna niña de la familia y descubriamos las cabezas y plegábamos las manos y murmurábamos algunas oraciones, por cuya virtud nos parecia, ora que columbrábamos sus almas en el cielo, ora que las sentiamos venir á rozar con sus angélicas alas nuestras sienes y á depositar un mudo beso en nuestras serenas frentes. Luégo seguiamos en la peregrinacion, llegábamos al seráfico monasterio cercano al campo santo y rezábamos con todo recogimiento las oraciones de rúbrica prescritas por los ritos á cuantos anhelan ganar el jubileo de la Porciúncula en el dia de la Vírgen de los Angeles.

Al volver, la noche bajaba sobre el valle, las luciérnagas lucian en el follaje, las primeras estrellas en el cielo; y la campana que suena en las alturas para conjurar las tempestades del aire y contar los muertos de la tierra anunciaba el Ave-María saludando á la Madre del Verbo é infundiendo con sus sagrados acentos religiosas emociones en nuestro pecho. Cuántas veces, al entrar en casa, las manos llenas de flores y de frutos recogidos al paso, los labios perfumados

áun por las plegarias, las rodillas empolvadas en el pavimento del templo, despues de haber oido contar varios pasos de la historia de San Francisco, hubiéramos dado algunos años de esta vida que ya desciende tristemente de su zenit y que entónces nos parecia eterna por visitar Santa María de los Angeles, por ver la casita de las prácticas piadosas, la cuna que recuerda Nazaret, el sepulcro del santo en Asis, lugar bendito y querido, el más sagrado en nuestro culto despues del sepulcro de Cristo. Al cabo de treinta años, nuestro deseo se cumple; el cielo nos concede la satisfaccion de ver estos lugares, pero ¡ay! sin las creencias de otro tiempo en el alma. La vida ha pasado de la infancia á la madurez; las facultades intelectuales han pasado del sentimiento á la razon. Creemos con arraigada creencia que el hombre, este compuesto de alma y cuerpo, no sólo tiene que cumplir fines materiales y fines temporales; no sólo tiene que obedecer leyes mecánicas y dinámicas; sino que debe cumplir tambien fines morales, fines eternos y debe obedecer á leyes cuya existencia implica necesariamente y cuya observancia exige la profesion de estos cuatro principios capitales de toda doctrina religiosa y espiritualista: Dios y su providencia, el alma inmortal y su responsabilidad. Pero no creemos que estas ideas sean como el

patrimonio de una exclusiva asociacion y que para inspirarlas y difundirlas hayan sido indispensables milagros que contradicen las leyes naturales del Universo y las leyes científicas de la historia, ni condensaciones del espíritu divino en una sola persona, la cual constituya castas representativas de Dios y de su revelacion como privilegiados del cielo sobre la faz de la tierra. Creemos, al contrario, que Dios nos ha dado desde el principio de los tiempos, para conocer el bien y el mal, la conciencia; para conocer la verdad y el error, la razon; que así como físicamente llevamos en nosotros átomos de todo el Universo, moralmente llevamos en nosotros los jugos de todas las revelaciones sucesivas y nuestro espíritu es el resultado de las ideas de todos los siglos, con cuyos esfuerzos y con cuyas luces y con cuyos martirios hemos logrado los bienes mayores de nuestra existencia y el inapreciable de la redentora emancipacion. Por consiguiente, toda la parte legendaria, fantástica, mitológica, que siglos de guerra, que razas primitivas, que duras épocas de hierro pedian y necesitaban para cumplir sus primordiales deberes, no lo necesitan nuestros tiempos, conocedores del bien por la pura razon, amándolo por los imperativos mandamientos de la conciencia y no por la fuerza coercitiva de instituciones mil veces transformadas en la his-

toria y hoy caidas en irremediable decadencia.

Y no decimos más. Nuestra filosofía histórica, sin excluir la fe en principios absolutos, nos permite remontarnos á los tiempos pasados, imbuirnos en sus creencias, vivir en ellos como si fueran presentes, juzgarlos con arreglo á su propio ideal y no con arreglo á posteriores sistemas. Nosotros no imitarémos á los furiosos iconoclastas que para traer los tiempos del espiritualismo, demolian las bellas estatuas de los antiguos dioses; y tampoco á los frios clásicos que para rehabilitar la naturaleza nada sentian sino la barbarie de la Edad Media bajo las bóvedas de las Catedrales góticas. En nuestra doctrina filosófica no cabe el engaño de Goethe que en Asis se extasiaba ante un templo pagano de la decadencia y no tenía ni una mirada, ni una palabra, para el monasterio de San Francisco. No caerémos nosotros en el error de proponer como perfectos modelos hoy los pintores de la decadencia cual proponia Chateaubriand á los Carraccios en *El Genio del Cristianismo;* ni aplaudirémos las tentativas de los prerafaelistas por volver á los tiempos en que eran despreciadas y desconocidas las formas. El arte místico, que, sentido con verdadera ingenuidad, profesado con verdadera fe, brotando naturalmente de un alma tan pura como el alma tierna é inocente de Fra Angélico, en tiempos de suyo

místicos, nos parece flor del campo cargada de inmortales esencias; en nuestro tiempo, contrahecho y recalentado por una erudicion reaccionaria, nos parece como los cuadros de Overbek, flor de trapo. Toda edad contiene la edad que la precede y la edad que ha de seguirla. Para la plenitud de nuestra vida hemos necesitado pasar por tiempos contradictorios, cuyas contradicciones sólo llegan á resolverse en las síntesis superiores de la razon universal y en el eterno seno de la humanidad. Con estos dogmas entremos un momento, entremos como peregrinos del arte; entremos como copartícipes de todas las ideas; entremos, elevándonos á su tiempo, en el santuario donde todavía se presta religioso culto á la memoria sagrada de San Francisco de Asis, de uno de los últimos cristianos, todo fe, todo bondad, todo dulzura; elocuentísimo como un tribuno antiguo, exaltado como un profeta hebreo, austero como un cenobita de la Tebaida; paciente en los infiernos del feudalismo; armado de la palabra cuando todo el mundo se armaba de hierro hasta los dientes; apasionadísimo de la naturaleza y de su hermosura en aquella general crueldad y en aquel desvío por los seres inferiores; poeta místico para quien los mundos forman como una escala que sube á los cielos y los rumores de la creacion como un *hosanna* que alaba eterna-

mente á Dios; dotado de intuiciones sobrenaturales y de visiones proféticas por la compasion que sentia hácia los dolores de todos los desgraciados y por el interes que tomaba en la suerte de todas las criaturas; reformador profundísimo que dedujo el sentido democrático encerrado en las páginas del Evangelio y presintió la union de todas las castas en una igualdad natural; modelo de virtudes efusivas y de caridad ardiente; un redentor en el olvido y en el sacrificio de sí mismo, en el amor á los demas, en la aceptacion de todos los dolores y de todas las penas por el bien del hombre y por la gloria del Criador, á lo cual debió que su vida fuera un holocausto como el holocausto de la Cruz, y su muerte una transfiguracion como la Transfiguracion del Tabor.

En torno suyo gravitan mundos y cielos, ciencias y artes, religion y política, todo el Universo moral. Como el sol envia luz y en la luz calor y en el calor electricidad y en la electricidad magnetismo y en todo vida, la idea envía en sus irradiaciones arte, religion, poesía, todo un mundo y todo un cielo. Y como San Francisco es en sí una de las encarnaciones más bellas de la idea, San Francisco moverá con su aliento desde el ala tímida del corazon de los pequeñuelos hasta las potentes alas de la fantasía de los artistas y del pensamiento de los sabios. Los instintos y los

sentimientos, las nociones confusas y las ideas claras, las arpas de la inspiracion y los instrumentos de la ciencia, la naturaleza y el espíritu. todo el sér de una edad lanza vagamente á los espacios de la conciencia ciertas indefinidas y vagas esperanzas, ciertos fantásticos ensueños, el vapor de las ideas que luégo viene á reunirse, á condensarse, personificándose en un solo hombre, poeta, orador, tribuno, filósofo, artista, como en Rafael se personificó la edad del Renacimiento y en Voltaire el siglo décimooctavo.

¡Misterios de la Historia! En la época de San Francisco, en el siglo décimotercio, hay dos hombres que tocan con su razon á los últimos confines de la ciencia; que llevan en su palabra encerrados los más profundos abismos del pensamiento; titanes soportando sobre sus espaldas el peso de la eternidad. Uno de ellos se llama San Buenaventura y el otro se llama Santo Tomás, el Platon y el Aristóteles de la Edad Media. Ambos á dos han penetrado en los más recónditos senos del espíritu humano y han recorrido en vuelo jamas igualado las inaccesibles alturas de lo infinito. Uno y otro han hablado de Dios y de sus atributos; de las leyes de la providencia y de las relaciones entre la criatura y su creador; de la naturaleza del sentimiento y de la naturaleza de la idea; del conocer, del pensar, del raciocinio,

de todo cuanto existe en la realidad y es dado que exista en lo posible, desde el grano de arena al orbe luminoso, desde el orbe al ángel, desde el ángel al Verbo en la doble inmensidad del infinito moral y del infinito material; y sin embargo, ni uno ni otro han logrado fundar elevada estética que sientan así el campesino como el pintor; mover el mundo á la creacion de austera sociedad que lleve en su seno los gérmenes de revolucion universal; suscitar desde confesores, poetas, mártires, arquitectos, pintores y escultores, hasta muchedumbres de ambos sexos dispuestas á vivir combatiendo y á morir sacrificándose por un misterioso ideal: que esa obra milagrosa ha quedado para el pobre, para el ignorante, para el insensato, para el jóven demente á quien apedreaban los chicos de las calles y de quien se reian todas las gentes acomodadas y de seso, para el iluminado San Francisco. ¿Y por qué? Tanto valdria preguntar porque el redentor no es aquel hombre moral que despertaba la conciencia humana con su palabra sencilla y moria envenenado departiendo á los primeros resplandores del alba y á las primeras sombras de la agonía con sus discípulos sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; porque no es el autor inmortal del Banquete y del Fedon, el que ha visto todas las cosas en las ideas y todas las

ideas en el Eterno y ha hablado de lo infinito y de su luz con palabras que extasiarian á los ángeles; y sin embargo es el oscuro judío, el nazareno desconocido en la tierra, que habla al pueblo más despreciado de todos los pueblos en la lengua más ignorada y tiene por principal inspirador el desierto y por apóstoles y por discípulos el primer publicano encontrado en las encrucijadas de los abandonados caminos y el primer pescador que tiende sus redes sobre lagos pestilentes y muertos, profesando una idea evaporada por las cenizas de Palestina, la cual ha de exhalar en aromas de incienso religioso un nuevo espíritu y ha de destruir con sus raíces nada ménos que la antigua Roma. ¡Ah! El mundo se ilumina por la inteligencia pero se sojuzga por la voluntad; lo esclarece la idea y lo conquista el corazon. Hacen mucho los que saben pensar; pero hacen más los que saben morir. La razon es la luz; pero el amor es el fuego en que los mundos se forjan. San Francisco, como Cristo, siente la caridad y el anhelo por el sacrificio. Por eso, recorriendo las páginas de los sabios, aprendeis; y recorriendo la vida de este monje, sentis. Los teólogos podrán moveros á pensar; pero á la accion sólo os moverá esta voluntad impetuosa del milagroso cenobita. Y por el amor alcanzó en tiempos de ódio y guerra la caridad; en tiempos de aristocracias feuda-

les la igualdad; cuando se constituian hasta los sacerdotes en soberanos, porque fuera de la dominacion terrena apénas se alcanzaba ni siquiera la autoridad moral, evangélica democracia inspirada en los más puros sentimientos cristianos, que debia contribuir á demoler las castas, á renovar la sociedad, á traer los gérmenes del espíritu moderno. Y la razon dice al par de la fe: gloria á San Francisco.

II.

Veniamos de Terni. Acabábamos de estar en comunicacion estrecha con la naturaleza; habiamos recorrido plantaciones de moreras, viñedos, olivares, naranjales cubiertos de blanco azahar y filas de granados cubiertos de rojas flores; verdes praderas sobre las cuales discurrian las mariposas y las abejas y los abejorros; trigos rubios cuyas espigas se doblaban al peso de los maduros granos y ondeaban al impulso de las sosegadas auras; montañas con sus cimas ceñidas de oscuras encinas y con sus laderas ornadas de claros castaños; caminos abiertos sobre los abismos y en las duras peñas desde donde se descubrian entre los celajes

las dentadas cordilleras con sus picos nevados; lagos tranquilos, como el lago de Pié de Lugo, que reflejaban todos los matices del cielo y todos los bosques y aldeas de la orilla en el cristal de sus aguas; impetuosísimas cascadas como la cascada del Velino, despeñándose de alturas vertiginosas entre breñas tapizadas de plantas acuáticas para formar trombas y torbellinos de espuma sobre cuyas blancas espirales se tendia el arco íris; maravillas inagótables de la creacion que fortifican y animan; pues en lugar de mover la actividad febril del pensamiento, como las maravillas del arte, la adormecen y la serenan, anegándonos por completo en los torrentes de la vida.

Poco despues de mediodía llegábamos al frente de Asis en hermosa tarde de Junio. No puedo describir mi entusiasmo y mi asombro. Hácia el norte, recostada sobre los peñascos, veíase la ciudad pontificia, sobre la cual se eleva fuerte castillo almenado y á cuyo oriente se extiende el gótico monasterio ostentando arcos tan fuertes y tan numerosos como los arcos de antiguos acueductos. Difícil es describir el efecto maravilloso que desde fuera, desde los alrededores, produce una de estas ciudades italianas ceñidas de verdor, cortadas á trechos por floridos jardines, ricas en monumentos, alzando sobre las hileras de sus tejados ó de sus azoteas los botareles, las agujas,

las torres, las rotondas, las pirámides, los campanarios, todos de piedras brillantísimas y preciosos mármoles, realzados y esmaltados por los reflejos de éste cielo y los resplandores de esta luz sólo comparables al cielo y á la luz de nuestra España. Parecen, más bien que realidad, imaginados cuadros; más bien que habitaciones de estos dias, habitaciones de otras edades estéticas: sus piedras cantan y murmuran con cantares y rumores inefables como un misterioso bosqué; y por lo alto de los frisos y de las almenas y de las largas líneas y de las bordadas cresterías se pasean las sombras de los artistas y de los héroes y se ven subir en luminosos enjambres las ideas de otros siglos. Para sentir emociones como éstas hay que trasladarse á las orillas del Tajo y ver en la vega de Toledo, al pié del puente de Alcántara, las ruinas de la Galiana, los arcos romanos, los acueductos del artificio de Juanelo, el torreon medio derruido y los muros medio destrozados del castillo de San Servando, la cresteria greco-romana del alcázar, la puerta del Sol con sus gruesas torres y sus ajimeces y sus alicatados mudejares; cuadros maravillosos, no tan admirables por su dibujo y por su color como por las ideas que evocan y los recuerdos que guardan, mostrando en breve espacio el sagrado panteon de toda nuestra historia.

A pesar de lo mucho que Asis nos encantára al descubrirlo desde el ferro-carril, no dirigimos allá nuestros pasos; los encaminamos al monasterio de Santa María de los Angeles, erigido en la llanura, en la vega, para abrigar la casa donde San Francisco tuviera sus primeras visiones y fundára su órden. Dos lugares he visto igualmente famosos como cuna de dos órdenes igualmente célebres. El uno es la iglesia de los Angeles en Asis, cuna de los franciscanos; el otro es la iglesia de Montmartre en París, cuna de los jesuitas. Al ver el primero de estos lugares, la inteligencia se abre á la fe y el corazon á la esperanza, sintiendo vivamente la grandeza de aquellos hombres y participando de sus aspiraciones en la medida que puede participar el espíritu moderno; pero, al ver el segundo, se os oprime el pecho y se os nubla la inteligencia, como si cayerais en lo vacío. Y es porque en San Francisco nació una órden, que, si ha sido ya suprimida por nuestro tiempo, realizó verdaderos progresos respecto á los tiempos anteriores y contribuyó á la educacion del género humano, obra de libertad y de paz, miéntras que en Montmartre nació otra órden, que fué como una confabulacion permanente y empedernida contra todas nuestras libertades y contra todos nuestros progresos, obra de reaccion y de muerte. En la vega de Asis veis pasar ideas

que han iluminado la conciencia humana y en las alturas de Montmartre sentis el roce frio en vuestras sienes de las aves nocturnas que habitan las tinieblas. Todos los progresos ¡ah! son igualmente grandes y todas las reacciones igualmente funestas en toda la redondez del planeta y en toda la sucesion de los siglos.

El Monasterio de Santa María de los Angeles tiene armoniosas proporciones. Lo ideó Vignola y lo ideó con arreglo al gusto y al ideal de su tiempo. Los arcos romanos se suceden y sostienen sus sólidas bóvedas; la cruz latina constituye su planta; en el crucero se eleva una rotonda airosa, imitacion más ó ménos lejana de la rotonda de San Pedro; cuadros de la decadencia ornan sus altares; y la luz del dia penetra libremente por sus anchas ventanas y se refleja en sus blanquísimas paredes. El edificio peca de todo cuanto pecan los edificios de esta edad, nuestro Escorial tambien, por sobra de ciencia matemática y falta de inspiracion religiosa. Para mayor desgracia los terremotos frecuentísimos en esta tierra volcánica lo han tristemente lastimado y las recomposiciones sucesivas no han sabido restaurarlo. Pero allí, en medio de la Iglesia, bajo la rotonda, se eleva, conservado por la piedad, el humilde tugurio, más que casa choza de pobre argamasa, de piedras toscas, de estrechas puertas

y ventanas, donde San Francisco meditó, ayunó, rezó, padeció, lloró hasta el extremo de ver al traves de sus lágrimas reproducida la tragedia del Calvario y á Cristo agonizando en lo alto de la Cruz, con sus llagas abiertas, sus ojos extinctos, sus labios cárdenos al dolor y á la agonía. Hoy no tiene el esplendor de otros tiempos. Estos monumentos, miéntras pasan por la fe, brillan y cuando la fe les falta, se oscurecen, como esos meteoros que son estrellas en los aires y toscos pedruscos al tocar el suelo. Pero confieso que me sobrecogí con religioso respeto, que me extasié como si estuviese fuera de mí mismo al tocar aquellas piedras, á traves de cuyo frio sentíase aún el calor del alma que las habia penetrado mil veces de pena con su oracion y sus sollozos. Confieso que me pareció ver una de esas zonas misteriosas que anuncian las trasformaciones del espíritu humano, especie de líneas ecuatoriales en los hemisferios del tiempo, especie de puntos que señalan el crecimiento de nuestro sér como los diversos terrenos señalan el crecimiento de nuestro planeta; grandes condensaciones de ideas abstractas, núcleos de la luz espiritual, fin de unas y principio de otras edades, santos dias del Génesis social á que debemos nuestra difícil existencia y nuestras várias redenciones. No sé porque allí vinieron á mi memoria tantos y tantos

redentores como han contribuido ántes y despues de San Francisco á nuestra emancipacion: el que nos sacó de la servidumbre de Egipto al traves de las aguas del Mar Rojo y el que rompió las últimas cadenas del esclavo á las orillas del Misisipí; el que arrancó su fuego á los cielos para animar el hombre primitivo frio como sus dolmenes de piedra y el que talló las letras de imprenta con cristal y plomo para multiplicar las ideas en la inteligencia como se multiplican los mundos en los cielos; el que murió en ignominioso patíbulo por la igualdad y la fraternidad de todos y el que padeció en los calabozos de la Inquisicion por agrandar el espacio á nuestros ojos; el que bebió la cicuta y en el fondo de su copa dejó la idea de la libertad de nuestra conciencia para darla á beber en comunion santísima á todas las generaciones y el que, extendiendo sus brazos desde débil esquife al mar velado por misterios pavorosos como las grandes tempestades, completó la tierra y ensanchó el alma; coro unido á traves del tiempo y del espacio en una misma obra, cuyo fundamento arranca de las más recónditas profundidades del espíritu humano y cuya cima se pierde en el seno de Dios. Aquella casa que despertará emociones vivísimas en todos cuantos amen las verdaderas grandezas de la historia, ha sido profanada por una obra de partido,

por una obra de reaccionarias escuelas. En la parte que da á la puerta principal se ve una pintura neo-católica de Overbek. Engendróse al mismo tiempo que se engendraba la Santa Alianza una doctrina filosófica, la cual tendia á llevar el arte más allá de Rafael, como tendia á llevar la ciencia más allá de Kant y de Descártes, la historia mas allá de Vico y de Herder, la política más allá de las instituciones modernas, al seno de la Iglesia intolerante y de los castillos feudales. Tal escuela, no contenta con creer que podia restaurarse cuanto habia destruido la mágica lira de Ariosto, la inmortal sátira de Cervántes, la voz tempestuosa de Lutero, la sardónica risa de Voltaire, las llamaradas de elocuencia lanzadas desde lo alto de su tribuna por Mirabeau, creia tambien que estaba en el caso de ir á los siglos medios y resucitar los cuadros de escuelas anteriores al descubrimiento de la perspectiva, á la resurreccion de la naturaleza, al estudio de la forma humana, al despertar de la Grecia y de su inagotable inspiracion, á todas las espléndidas irradiaciones del Renacimiento. Para estos reaccionarios, el bello ideal se encontraba en los tiempos en que no se habian medido las proporciones, ni estudiado la anatomía, ni conocido nuestro cuerpo, entre las figuras escuálidas todavía sobrecogidas por los terrores del infierno y apartadas de todo

contacto con el Universo, hijas del vivo recuerdo de nuestra primera culpa, atormentadas por todos los torcedores del remordimiento. Si tal teoría fuese cierta, si solamente tuviéramos por estéticas las obras inspiradas en una fe vivísima, en una fe apartada de nosotros, en una fe ortodoxa, debiamos menospreciar esas mismas escuelas de Umbría y de Siena por donde ha pasado un soplo anticipadísimo del Renacimiento; esos mismos Cimabue y Giotto que han entrevisto el crepúsculo de los nuevos dias del espíritu; esos mismos Nicolas y Juan de Pisa que han estudiado la caza de Meleagro en los sarcófagos griegos; y debiamos irnos á los maestros mosaistas, á sus figuras colosales y rígidas, á sus ojos muertos, á sus rostros inexpresivos, á sus grupos arreglados litúrgicamente, á su ausencia de toda anatomía en el cuerpo y de toda perspectiva y de todo paisaje en los fondos, privándonos hasta de penetrar en las catacumbas, porque sus cuadros se hallan muy cerca del antiguo paganismo y han tomado la mayor parte de sus símbolos en los bajos relieves, así griegos como romanos, y han reproducido los antiguos sepulcros.

Para contestar á estos reaccionarios sería preciso que se restaurase el poder temporal y se devolviera el dominio absoluto en la conciencia y en la política á los papas; que en cada marca se

descubriese un castillo feudal con sus fosos y sus almenas, sus puentes levadizos abajo y arriba sus horcas ocupadas por cuatro ó cinco villanos ahorcados, gran vista para sus señores y gran festin para los cuervos; que volviésemos á escribir y hablar el latin eclesiástico en vez de estas lenguas modernas cuyas primeras palabras han sido tambien el primer balbuceo de la política laica; que eleváramos para reemplazar nuestras fábricas y nuestras máquinas un cordon de fortalezas y otro cordon de monasterios y sustituyéramos al telégrafo el mensajero y al vapor el rocinante de los nobles ó el rocin de los plebeyos; que la retorta química donde se ha descompuesto el agua y el aire y se han encontrado elementos nuevos necesarios á la vida se sustituyera con la cocina de los alquimistas y el espectro solar y el telescopio herscheliano con los horóscopos y la quiromancia; que pulverizáramos la Vénus de Milo, el Apolo del Belvedere, las Gracias de Siena y pusiéramos en su lugar las esculturas bizantinas de los siglos décimo y undécimo con sus cuerpos groseros como la barbarie y sus labios contraidos por el *Dies iræ* de la desesperacion y de la muerte; que volcáramos de nuevo el infierno con todos sus horrores sobre la tierra desgarrada y devolviéramos su viejo poderío al demonio de la Edad Media; que eleváramos en el trono de

la autoridad un esqueleto inmenso con la guadaña por cetro y en las alturas del infinito el implacable semítico Dios de la cólera y de la venganza. La reaccion artística se ha verificado. Ha tenido su estética y ha tenido sus pintores en Alemania. El fresco de Overbek trazado sobre el exterior de la casita de San Francisco en la Iglesia de la Porciúncula es uno de sus más bellos monumentos y una de las más felices imitaciones de la Edad Media. Yo no puedo ver sin verdadero entusiasmo las obras de los artistas místicos de los siglos católicos, porque tienen las dos condiciones esenciales al arte, la inspiracion espontánea y la naturalidad completa. Pero yo no puedo ver sin repugnancia las figuras modernas que no han nacido de la cándida fe sino del recalentado estudio. La escuela académica, con sus griegos y romanos de convencion, paréceme fria y mentida; pero la escuela prerafaelista, con sus santos de encargo, paréceme reaccionaria y absurda. Los pintores como Giotto, como Fra Angellico, que es la más alta expresion del misticismo artístico, han pensado y han sentido lo que han hecho; y sus ángeles y sus Vírgenes y sus Cristos traen visiblemente en los ojos y en los rostros un divino resplandor de los cielos. Pero estas figuras convencionales de Overbek no tienen ni siquiera un reflejo de sus inmortales modelos.

Aquellos grandes artistas han descuidado los cuerpos como cosa poco apreciable en las edades olvidadas de la naturaleza; pero han reconcentrado la idea purísima y el puro espíritu en los rostros, de una expresion inimitable por el candor y la profundidad del sentimiento, absorto en las divinas contemplaciones y en los arrobados trasportes: Overbek, más sabio, más matemático, dibuja mejor que sus maestros los cuerpos, ciertamente; pero no acierta ni de léjos á pintar como ellos los rostros. Y es porque los pintores místicos sólo han debido convertir los ojos á sí mismos para encender en fe y caridad á sus santos, miéntras los pintores neo-católicos han fingido unas creencias y una inspiracion que realmente ni recogian por sus venas en la naturaleza y en la temperatura de este nuestro siglo, ni llevaban dentro de sí como una idea innata.

Hay tiempos de mucha fe que son poco propicios al arte. Para persuadirse de ello basta contemplar uno de esos Cristos bizantinos que han brotado de la religion más pura, que han sido adorados con el fervor más intenso, que han hecho los milagros más patentes, pero que hieren todo sentimiento estético por su monstruoso dibujo y su deforme rostro. Mas preguntadle á un creyente, y los proclamará obra perfecta de los ángeles del Empíreo. Los que al ver una estatua

griega creian ver al demonio son tan poco artistas como los que al ver un cuadro místico sólo se fijan en las incorrecciones de la forma y no sienten la ingenuidad de la fe. Ciertamente se puede aprender mucha religion en San Justino, San Basilio, San Cirilo y San Clemente, pero no se puede aprender mucha estética, si es verdad, como afirma Toulgoüt en su sábia obra de los *Museos de Roma* y Rio en su *Historia del Arte Cristiano* que sostenian la tésis de la fealdad material de Cristo. Lo que sí puede asegurarse es que la práctica de esa tésis se encuentra en casi todas las obras anteriores al nacimiento de la pintura y de la escultura modernas. La crucifixion, que luégo ha sido la apoteósis más pura del dolor, que ha inspirado á Rafael su camino del Calvario ó Pasmo de Sicilia; á Velazquez y á Murillo sus dos Cristos en la agonía; á Rubens y á Rembrandt sus Descendimientos; á Miguel Angel su Soledad al pié de la Cruz con el divino Hijo muerto en los brazos; esa tragedia, quizá la más reproducida de todos los Evangelios, no fué jamas pintada por los primeros pintores hasta fines del siglo séptimo, en que el Cánon de un Concilio celebrado en seiscientos noventa y dos permitió asunto tan religioso á los buriles y á los pinceles. La maternidad misma de María, fuente inagotable de inspiraciones profundísimas, no aparece en los

primeros tiempos. La Vírgen es una cándida jóven, sencillamente vestida, de pié siempre, la mano sobre el corazon, los ojos en el cielo y sólo más tarde surge contemplando un cielo más bello y más extenso en las tiernas miradas de su divino Hijo.

En el arte precisa buscar, no lo más religioso, sino lo más bello y es lo más bello lo más inspirado y es lo más inspirado lo más natural y espontáneo. El poder creador del genio se parece al poder creador del Cósmos en que muestra la relacion misteriosa del espíritu con la naturaleza y la no ménos misteriosa de la naturaleza y del espíritu con Dios. Sin duda por esta razon las obras espontáneas llevan el sello de la originalidad y de la vida en tanto que las obras imitadas llevan el sello del artificio y de la decadencia. Sumergíos en el océano de la poesía nativa, recoged luégo el espíritu universal de vuestros tiempos, inspiraos en vuestra propia personalidad, y obtendréis la expresion bella de la idea, mereciendo el nombre de artistas. Cada siglo tiene su propia inspiracion. Y en el nuestro, así como ha crecido el Universo, ese teatro de la idea en sus más primitivas manifestaciones; y ha crecido la Historia, ese teatro de la libertad; y ha crecido la sociedad, ese teatro del derecho; debemos esperar que crezca el arte, donde llega por

intuiciones sobrehumanas lo finito á compenetrarse de lo infinito, y el alma del hombre á enrojecerse en la sustancia de Dios. Cuando la antigua mitología llegó al mito de Psichis, de la jóven misteriosa que deseando conocer el Amor, encendiera su lámpara, y solamente lográra verlo perderse entre los astros; en este mito, que desconcertaba la armonía del alma con la naturaleza, diríase perdido para siempre el arte, brotó la idea cristiana y el alma, triste, desolada, llorosa, encontró á Dios. Pues en nuestro tiempo busca tambien la razon algo tan misterioso como el espíritu que, al comenzar nuestra era, se escapára de su seno y se perdiera en el cielo. Fiemos en que encontrará para el arte una zona más espléndida y una esfera más lata, donde se compenetren lo finito con lo infinito, sin necesidad de restaurar ni los ídolos del Paganismo ni los ídolos de la Edad Media.

Así en el monasterio de Santa María de los Angeles, ni las largas líneas de Vignola, ni los aparatosos cuadros de la escuela bolonesa, ni las secas pinturas de Overbek, ya quebrantadas y borrosas como la reaccion de que han sido símbolo, llegan á conmoveros como os conmueve la casita, la Porciúncula, pobre choza de la oracion donde un verdadero penitente ha padecido y ha llorado. Despues de visitarla, despues de recoger

la idea que se escapa de sus piedras, ya podeis dirigiros al monasterio de Asis y penetrar en sus góticas bóvedas y recibir en vuestra alma el presente de grandes y profundas emociones con la evocacion misteriosa de una sincera fe. Y penetrados de estas ideas nos dirigimos al monasterio y al sepulcro de San Francisco.

III.

Allá, en las alturas, sobre dos series de marmóreos arcos sobrepuestos, se alza el monumento, cenobio, palacio, iglesia, castillo, resúmen de la vida en edades verdaderamente religiosas. Entre sus muros y sus ojivas descúbrense, todavía más arriba, la ceñuda fortaleza con sus almenas medio destruidas; á un lado las colinas formando como abreviada cordillera; á otro lado la ciudad con sus edificios agrupados en torno de várias originales iglesias; al pié un torrente, ahora seco, el cual debe arrastrar gruesos cantos rodados y debe venir en la estacion de las lluvias con ruidoso ímpetu. La severidad del paisaje, solemne, sobrio, majestuoso, verdadero cuadro de la escuela de Umbría, os prepara bien á la solemnidad de

las religiosas emociones. Una puerta tosca, una cuesta agria, várias casas suspendidas entre las breñas, algunos olivos retorcidos cual si los azotára siempre el viento y con las raíces fuera de la pedregosa tierra, semejando á uno de esos dibujos con que Doré ha ilustrado la Divina Comedia, son los únicos objetos que veis al llegar á la entrada del monasterio, y en verdad os invitan todos al recogimiento y á la penitencia. Un claustro se abre á vuestra vista, un claustro prolongadísimo, de arcos airosos, de delgadas columnas. Ni un viviente, ni una sombra; algunas golondrinas juguetean por aquellas largas líneas; menuda lluvia primaveral da sedoso lustre á la hiedra pegada por las piedras y airecillo suave agita las largas guirnaldas de zarzas que festonean los muros. El edificio es de un exterior austero, la puerta de un trabajo prolijo, las ventanas de un gusto puramente gótico, todos los objetos que os rodean de un aspecto monástico; y peregrino del arte como sois, vais comprendiendo hasta identificaros casi con ellos por la fuerza del pensamiento á los peregrinos religiosos, venidos de luengas tierras y anhelantes por aplicar los labios á la losa de un sepulcro donde se guardan torrentes de vida para las almas.

Hay tres iglesias sobrepuestas como los términos de una argumentacion escolástica; como las

gradas de una escala mística; como las iniciaciones de las sectas; como los tres mundos, el de las sombras y de la muerte, el de la vida y de la prueba, el de la luz y de la gloria siendo en realidad toda aquella aglomeracion de místicos edificios una teología en piedra. Lo primero que hacemos es descender á la iglesia subterránea, especie de caverna que guarda la tumba del santo. Las sombras se palpan y la escasa luz que os guia sólo sirve para aumentarlas. Creeis descender al centro de la tierra y despediros para siempre del aire y de la luz. Fria humedad os penetra hasta los huesos y el humo de las lámparas y el olor del incienso os dan la idea de que entrais en esferas sobrenaturales como en alas de algun genio, porque todo cuanto os circunda se aleja de la realidad y se acerca á la region de los sueños. Por fin, á la dudosa luz mal reflejada en los mármoles, bajo lujoso templete, tras una verja dorada, el sepulcro de San Francisco. Excesiva devocion lo ha ceñido con adornos modernos y lo ha coronado con lujoso templete ántes propio de jardin que de cenobio. Cuadrábale mucho más la caverna tosca, la soledad mística, la losa desnuda sobre la cual cayeran gotas filtradas por las peñas y lágrimas desprendidas de la fe. Es más poética que esta decoracion de nuestro tiempo la creencia de la Edad Media. Para aque-

llos fieles San Francisco no ha muerto; está de rodillas, en penitencia, en oracion, plegadas las manos, extáticos los ojos, allá en lugares inaccesibles hasta para las águilas, donde sólo pueden llegar las estrellas, interceediendó por nosotros los mortales, desarmando la cólera de Dios; y no subirá al Empíreo y no entrará en la gloria sino despues del Juicio, cuando destruida la tierra, evaporados los mares, en cenizas los astros, en pavesas los soles, consumada la obra providencial, haya podido, ofreciendo el holocausto de sus dolores por nuestras culpas y llamando la inefable misericordia sobre nuestros huesos, rescatar el mayor número de almas para el cielo y gozar así en paz eternamente de su propia bienaventuranza.

De todas suertes, profanado ó no, afeado ó no, es uno de los monumentos más gloriosos que hay en el planeta; es una de las piedras que señalan el camino de las edades históricas; es uno de los núcleos donde se ha condensado la materia cósmica de las ideas y se ha ido formando este cometa de orígen divino y de órbita incalculable que se llama el humano espíritu. Oscuro jóven, de vida ligera, de costumbres sensuales, de oficio vulgar; modesto comisionado de una casa de comercio; sin ninguna instruccion y sin otras aspiraciones que los divertimientos y los goces pro-

pios de su clase y de su edad, siente cierto dia que extraña idea, como una chispa eléctrica, como un efluvio magnético, se derrama por sus fibras, por sus nervios, por sus venas; y agitado, febril, convulso, arroja los arreos de placer, de fiesta, de viaje; se ciñe cuerda de esparto á sus riñones y tosco sayal á sus carnes; abraza la penitencia para sí, la predicacion para los demas; y á sus sollozos, á sus palabras, á sus cánticos, la tierra se conmueve como si la agitáran misteriosas palpitaciones; los pajarillos del cielo suspenden su vuelo y se extasian; los lobos del desierto pierden su crueldad y le lamen los piés; dejan los niños la teta de sus madres para oirle; abandonan los jóvenes el lecho de sus placeres para en las maceraciones imitarlo; cuelgan las doncellas los velos virginales y los largos envidiados cabellos para desposarse con el ideal religioso; los guerreros arrancan las cóleras á sus hígados y los odios á sus corazones; el señor se cree igual con su siervo; los ricos reparten sus tesoros á los pobres; levantan los arquitectos místicas naves que llevan las oraciones de la tierra al cielo; esculpen los escultores santos que nadan entre los resplandecientes íris formados por los brillantes vidrios y las notas lanzadas por el órgano; empapan los pintores sus pinceles en la fe y nos suben al empíreo y bajan hasta el alcance de nues-

tros ojos de carne los ángeles y los serafines que agitan sus áureas alas en la luz inreada; cantan los poetas en lengua no aprendida, como las aves, todas las efusiones del amor encendido en las creadoras divinas llamas; predican los teólogos una ciencia más ámplia y más cercana á los arquetipos de la eterna verdad y de la hermosura eterna; se trasforma y como que se derrite el mundo feudal de tosco hierro donde estaban atadas todas las cadenas; y sobre los dolores humanos se entreve que, así como la Biblia ha sido completada por el Evangelio, el Evangelio se va completando por otra revelacion, por la revelacion del Espíritu Santo, en cuyo seno renace más puro el Universo y se purificarán como en resplandores etéreos nuestras oscuras almas.

¡Oh! La historia entera es una escala de sepulcros. El sepulcro de los Faraones en las pirámides del desierto separa el mundo oriental del mundo occidental; el sepulcro de Alejandro en Egipto separa el viejo mundo griego y asiático del mundo romano naciente; el sepulcro de Cristo en Jerusalen separa la historia antigua de la historia moderna; el sepulcro de Mahoma en la Meca separa la edad pagana en su raza de la edad monoteista; el sepulcro de Carlomagno en Aquisgram separa los tiempos teocráticos en la Edad Media de los tiempos feudales y militares; el se-

pulcro de San Francisco en Asis señala verdaderamente la décadencia del espíritu feudal y los primeros albores del espíritu moderno. Este siglo décimotercio es un siglo de resúmen de toda una civilizacion, como lo fué el siglo primero de nuestra era respecto á la antigüedad. Resume la ciencia católica en Santo Tomás, resume la política católica en San Luis, resume la poesía católica en el Dante, resume el poder católico en Inocencio III, resume la pintura católica en el Giotto, resume la legislacion católica en Álonso X, resume la escultura católica en Nicolas de Pisa, resume la vida católica en San Francisco de Asis. El genio católico ha escrito su testamento y por los bordes del horizonte raya un nuevo genio. El sepulcro que adoramos es como un planeta donde han surgido con la vegetacion frondosa de nuevas ideas los organismos varios de una nueva sociedad. ¡Gloria á San Francisco!

Y subimos á la segunda iglesia. La necesidad de ver la luz y de respirar el aire que sentiamos despues del viaje subterráneo nos movió á salir al atrio y á detenernos un momento al pié de la columnata. Allí contemplamos la vega lejana, las montañas azules, el cielo trasparente, de ese color clarísimo que toma en el Mediodía tras una fuerte lluvia, y nos enteramos de cierto sepulcro esculpido allí, obra de Nino y propiedad de un tirano

de Pisa, demente furioso como todos los déspotas, dado al lujo oriental, que no recibia á nadie si no se le presentaba de rodillas, que jamas aparecia en público sino vestido de lucientes ropajes todos sembrados de pedrería y ceñido de sacros relicarios primorosamente cincelados; y que forzaba á los artistas á regalar con obras maestras y dones cuantiosos á su impúdica esposa y á construir para él sin retribucion alguna tumbas primorosísimas, puestas bajo la proteccion de San Francisco para que le libertára de sus propios remordimientos y le conciliase la divina misericordia. La intercesion del santo le habrá podido valer en el cielo pero no le ha valido en la historia.

Al cabo entramos en la segunda iglesia, cúspide de la iglesia subterránea y base de la iglesia superior, pues no debe olvidarse que los tres monumentos ocupan el mismo espacio sobrepuestos unos en otros. Sus arcos ojivales, que se encorvan para soportar el peso del edificio de arriba; sus ventanas góticas, que ciernen resplandores crepusculares y dudosos; su pavimento, tapizado de lápidas fúnebres, que os hablan mudamente del dogma de la inmortalidad y de la muerte; sus paredes, en las cuales se destacan blanquecinas estatuas entre las negras sombras; sus cuadros, en que brillan profusamente ángeles y santos y vírgenes y már-

tires con sus palmas verdes en las manos y sus aureolas de oro en las sienes; el color azul oscuro de las bóvedas, todas sembradas de estrellas como si vinieran al santuario para beber la luz con que han de iluminar los espacios; las figuras de los frescos, desprendidas casi de lo alto para flotar en la atmósfera de incienso; las columnas, levantándose y abriéndose cual troncos y copas de misteriosos árboles, cual ramas de ideal vegetacion; las cabezas aladas entre los festones de mirto y de acanto; los vidrios de colores, que recogen el esplendor del dia y lo descomponen y lo reverberan en los mármoles, tiñendo desde las losas más profundas hasta las más elevadas aristas con los matices del íris; todas estas formas del arte, todos estos símbolos de la idea, todas estas aspiraciones á lo infinito os dan tal emocion que vuestras rodillas flaquean, vuestros ojos se sumergen involuntariamente en el éxtasis y vuestra alma, desprendida de su cárcel de barro, busca, subiendo por la escala mística de la religion, el orígen misterioso de tantas inspiraciones sublimes, la esencia incomunicable del Eterno.

El monasterio de Asis no es grande sólo bajo el aspecto religioso; es grande tambien bajo el aspecto artístico. En Italia estos maravillosos edificios señalan épocas de trasformaciones del espíritu universal. Las Catacumbas guardan los

comienzos del nuevo genio, la semilla; San Márcos de Venecia los maestros mosaistas venidos del Oriente y depositarios de la tradicion de Bizancio, la raíz; San Francisco, la peregrinacion de los artistas que han roto el yugo bizantino y han fundado el arte moderno desde la segunda mitad del siglo décimotercio hasta la primera mitad del siglo décimocuarto: Pisa, en su cementerio, el crepúsculo vespertino del siglo décimocuarto y el crepúsculo matutino del siglo décimoquinto; Florencia, el siglo décimoquinto en todo su esplendor, el despertar de la naturaleza en toda su veracidad, las estatuas de Donatello, las puertas de Ghiberti, los frescos de Masaccio, la cúpula de Bruneleschi; Siena, Orvieto y Perusa los albores del siglo décimosexto; la primera, sobre las paredes de la Sacristía animadas por el pincel de Pinturrichio; la segunda, sobre la capilla de la Catedral donde ha pintado Signorelli su Ante-Cristo y su último Juicio; la tercera, en la sala del Concilio, donde ha dejado Perugino sus vistosos héroes semejantes á los héroes del poema de Ariosto, con su nacimiento parecido al nacimiento de una nueva edad; y el Vaticano, en la Capilla Sixtina con los Profetas y las Sibilas de Miguel Angel, y en las estancias, con las Musas y los filósofos y los doctores de Rafael, la plenitud del arte que es tambien la plenitud de la vida.

No os cansariais jamas de contemplar las maravillas de Asis en su segunda iglesia. Giunta de Pisa, el último de los maestros bizantinos, ha dejado al entrar en la Sacristía tosco retrato de San Francisco, despedida de un tiempo y de un genio que se alejan. Giotto ha pintado la bóveda del altar mayor quizás despues de un diálogo con Dante: que el altísimo poeta empezó por aspirar á fraile francisco y concluyó por inscribirse en la órden Tercera donde eran tambien admitidos los laicos. Desde el retrato de San Francisco pintado por Giunta á las Virtudes de San Francisco pintadas por Giotto media una de las más señaladas evoluciones del genio, una de las más decisivas fases del espíritu. Giotto, pobre pastor, pasa del aprisco al taller, conducido por Cimabue y la mano cansada del maestro y la mano inexperta del discípulo, al juntarse, juntan dos eslabones de la cadena del tiempo, dos puntos de la misteriosa línea de la idea. Nadie ha sabido pintar la leyenda franciscana como Giotto, porque nadie tenía más títulos para pintarla ni más motivos para comprenderla; el cenobita rompe el cristianismo tradicional y funda un cristianismo más democrático y más humano; el artista rompe el arte bizantino, el arte hirático, y funda un arte más cercano á la naturaleza y más inspirado en la humanidad; son dos térmi-

nos de la misma idea, dos fases de la misma edad, dos matices de la misma alma. Así convertid los ojos á la bóveda del altar mayor, recoged la luz cernida por los vidrios de colores, y ved como evocaciones del Renacimiento, como albores de la nueva idea, como almas que han roto la coyunda teocrática y han venido á otros tiempos, aunque todavía traspasadas por el clavo de la servidumbre, esas tres figuras capitales en los compartimentos, las tres mujeres que representan las tres virtudes primeras de la órden: la Pobreza, con sus harapos al cuerpo, con su soga al cinto, con sus cabellos esparcidos, seguida de una flaca perra que le ladra; la Obediencia, con una mano en los labios y otra en las reglas monásticas, pronta á imponer el yugo á extático monje de hinojos á sus plantas; la Castidad, orando en lo alto de una torre, defendida por dos ángeles y desoyendo las seducciones que le envian en coronas y palmas.

Adonde quiera que volveis los ojos encontrais nuevos motivos de admiracion y de asombro. Los artistas corren á porfía al convento sacro, cual si hubieran adivinado que allí estaban los dos manantiales eternos de toda inspiracion: Dios y libertad. Asis aparecerá siempre como cenáculo de los discípulos del Giotto y como santuario de esta escuela. Tadeo-Gadi, á quien Giotto tuvo en

las fuentes bautismales y á quien debió la órden franciscana una serie de pinturas maestras, ha engrandecido con su pincel suavísimo el crucero. Buffalmacio, sobradamente aficionado al naturalismo y olvidado del ideal, ha esparcido allí tambien reflejos de sus creaciones, como la trágica aparicion de Cristo á la Magdalena. El consumado dibujante, el colorista animadísimo, el precursor de la perspectiva, el maestro de los primeros escorzos, el inmortal Stefano, llena con una gloria maravillosa los espacios del ábside, gloria por desgracia perdida. Cavallini, cargado de años y de laureles, seguido por un culto universal, despues de sus triunfos en Roma y en Florencia, se acerca á este santuario y pinta en el crucero de la izquierda la escena última de la terrible tragedia de Cristo, la última hora del Calvario, el Salvador iluminado por la tempestad en su alta cruz y en su postrimer agonía, con caballeros armados á sus piés que tienen toda la energía del feudalismo y en torno de su cabeza ángeles suaves, arrobados, místicos, que tienen toda la dulzura y todo el idealismo de una plegaria. Capanna va, se encierra allí, se consagra al arte y á la penitencia, muere mártir de su devocion por el santo y de su entusiasmo por el santuario, dejando como un símbolo de su propia desgracia y como una imágen de su sacrificio el sepulcro

de Cristo. Giottino siente tambien el mismo deseo de todos los artistas que aspiraban á dejar una página en el poema de Asis y corre á encerrarse dentro de sus muros sin hallar espacio suficiente á sus creaciones y sin poder teñir con su pincel más que un rincon de la capilla de San Nicolás, yéndose desde allí al convento de Santa Clara la discípula de San Francisco, fundadora de una órden de mujeres que se calcaba sobre la regla de su maestro. Las enfermedades que le sobrecogieron no le dejaron concluir sus trabajos y tan escaso de fortuna como de gloria, entristecido por su propio natural y por la pública ingratitud, siempre solitario, siempre encerrado en sí mismo, de claustro en claustro, pidiendo el trabajo como otros piden el pan, pasó de Asis á Pisa, de un cenobio á un cementerio, para pintar como en holocausto á Dios y obtener para la otra vida, único pensamiento suyo y objeto exclusivo de sus meditaciones, el perdon á sus culpas y el reposo que le habia negado la tierra. Y aquel paso de Giottino desde Asis á Pisa determina otra peregrinacion general de los artistas desde el uno al otro santuario. Mas para que nada falte en la Iglesia baja de San Francisco, tambien se ve una Vírgen de Cimabue, del pintor en quien acaba el arte bizantino y empieza el arte moderno. Y entre tanta maravilla hay unos cuadros de Simone

otros los mortales pecadores y rezar y bendecir y atraerse la pública devocion; los retratos entrar en los altares sin profanacion y sin necesidad de conservar el medio primitivo, pueril, bárbaro, que deseando manifestar la desproporcion entre lo divino y lo humano, ponia junto á un Cristo gigantesco un hombre diminuto; règlas hieráticas muy santas, pero en cuya rigidez se apagaba y moria la espontaneidad del genio. Margheritone de Arezzo es el pintor que más vivamente protesta contra estas innovaciones; el que más se aferra á la tradicion; el que con mayor empeño y porfía pinta segun el modelo de las antiguas liturgias. Revelador instinto le dice que las nuevas figuras humanas son tambien humanas ideas; que por los cuadros de la reciente escuela se desliza una anticipada protesta; que rehacer el tipo del hombre y de la mujer en el arte equivale á rehacer el tipo pagano; que evocar la Naturaleza, esa madre del pecado, vale tanto como evocar el genio de la antigüedad para completar el genio del cristianismo; que tras esta revolucion artística asoma una revolucion científica, una revolucion religiosa, una revolucion política, en las cuales se aneguen las tradiciones y sólo sobrenade la razon. Lo cierto es que llama á la puerta de los conventos; que concita las iras de las órdenes monásticas; que apela al Papa; que recibe de éste órden para

pintar segun la antigua usanza; que consume sus fuerzas provocando una reaccion universal; que maldice de los innovadores y de sus procedimientos y como todos los reaccionarios de la historia muere de dolor al reconocer la impotencia de sus esfuerzos y la fragilidad de su obra.

Dominados por estos pensamientos subimos á la tercer iglesia, á la iglesia superior, que se destaca allá arriba como una aureola. ¡Cuánta luz! Parece amasada en el éter de los espacios celestes. Hasta su pavimento resplandece como si caminarais sobre el disco de un astro. Las columnas se aligeran y se lanzan audaces á lo alto; las ventanas se rasgan y se espacian; los vidrios suben por aquellos claros y por aquellos rosetones para dar á la luz toda suerte de cambiantes; las naves, de hermosa manera pintadas, semejan al cielo lleno de bianaventurados que cantan en coro entre estrellas y flores; la ornamentacion se enriquece en inacabables guirnaldas como si pretendiera encerrar allí la universalidad de las cosas creadas; los frescos tienen tal viveza y tal colorido que deslumbran; los altares brillan maravillosamente cincelados tras verjas doradas de una labor primorosa: el vértigo producido por tanto resplandor en las alturas es tal que os creerias atravesando en sagrado tabernáculo sobre las alas de los serafines el espacio infinito en pos del divino

ideal, eterna aspiracion del alma y eterno arquetipo del universo. Poblad este templo y lo veréis animarse como si todavía estuvieran vivas las ideas que lo levantaron al cielo. Los peregrinos se agolpan á la puerta; los monjes cantan en el coro; los fieles se arrodillan al pié de los altares; los oficiantes, con sus capas de damasco y de brocado, celebran la misa entre murmullos de oraciones que tomariais por el aleteo de las almas; sube el incienso en espirales á las bóvedas y baja la luz de las áureas lámparas y de las místicas ojivas; la melodía del órgano llena de acentos angélicos las naves; la voz de la campana llama desde la torre lo infinito y por los arcos, acabados en un punto, como el pensamiento y la Naturaleza acaban en la unidad de Dios, se elevan las almas, cuál por la escala de Jacob, á perderse, huyendo de los dolores y de los desengaños terrestres, en el seno de la eternidad.

¡Cuán maravillosamente comprendian los hombres de aquella edad el arte religioso! Estos tres templos, elevados en el mismo espacio, puestos el uno sobre el otro, me parecen la imágen de la vida con sus raíces en el sepulcro y con sus cúpulas en el cielo. ¡Cuántos esfuerzos, cuántos trabajos, cuántas oraciones, cuántas lágrimas, para subir desde ese antro húmedo, desde esas tinieblas espesas, desde ese frio mortal de la última

iglesia, encerrada como el feto informe en las entrañas de la tierra, á la iglesia media que se dilata como nuestra vida terrena, que mezcla sombras y luz como nuestras ideas y nuestras pasiones, que quiere alzarse á lo infinito y se encorva y se baja al peso abrumador de sus aspiraciones; hasta que al postre, en el término de esta serie, en el último peldaño de esta escala, en el esfuerzo último de ascension al ideal, se eleva la iglesia superior como la sobrehumana transfiguracion alcanzada por nuestro dolorosísimo sér, el cual, despues de haber pasado por el dolor y por la penitencia, entra allá en el cielo para coronar la pasion de nuestra vida que no debe concluir en eterna muerte, no, que debe concluir y concluirá por divina resurreccion.

Creeriais que va á reproducirse el apólogo aleman inolvidable en aquellas trasformaciones sucesivas del arte. Parece que, nacido en el fondo de las tinieblas y en las cavernas cercanas á la nada, acostumbrado á la soledad y al silencio; sin oir más que el rozar de las aves nocturnas con sus sedosas alas en vuestras sienes ó el ruido de la gota de agua como lágrima eterna en los abismos; sin ver más que la retina del buho y de la lechuza que os miran burlonamente ó el fosfórico resplandor de los huesos descomponiéndose por la humedad en la tierra, viene de pronto un genio

y os dice que si quereis ver algo superior le sigais y os lleva en noche serena de plenilunio á las alturas y os enseña la casta luna en el zenith con su corona de estrellas, saludada por el ladrido del perro y el canto del gallo y la sonata del ruiseñor, obligándoos á creer como hijo de las tinieblas aquel mustio resplandor pleno dia y á quedaros allí contemplando eternamente la plateada faz del astro de las sombras como tomándola por la última expresion de la vida y por el último grado de la luz. Y luégo otro genio os toma de la mano y os muestra el sol del mediodia, esplendente, luminoso, ardentísimo, ante el cual es la luna como el fósforo de la oscura caverna y veis que el sol pinta las flores, anima al coro de las aves, derrama á torrentes la electricidad, enciende la sangre de todos los animales, suspende por cadenas invisibles en torno suyo los planetas y aumenta con su luz y su calor la vida. Y bien hallado en esta tierra hermosísima desde cuyo seno se descubre un sol tan espléndido, anhelariais quedaros en ella, vivir eternamente en su regazo, cuando viene otro genio superior y os lleva en sus alas á contemplar estrellas ante las cuales nuestro sol es como la luna. Y allí quereis quedaros, puesto que, triste helecho de una caverna solitaria, habeis subido hasta ese grado superior de la vida, cuando viene un ángel y os ense-

ña algo mayor y más hermoso; las ideas eternas en cuya comparacion vienen á ser como sombras los soles y el Eterno Dios en cuya presencia es como una mustia luciérnaga todo el Universo. Y de ascension en ascension habeis subido, materia informe, sombra espesa, niebla del vacío, á la luz, á la vida, al amor, á la inspiracion, al arte, á la ciencia, á las cimas últimas del cielo, á las últimas esferas del pensamiento, hasta ver en sobrehumanas intuiciones al Creador y en el Creador la verdad, la bondad y la hermosura perfectas.

Desde la iglesia de Asis nos fuimos á una montaña cercana como si tantas emociones nos hubieran dado el deseo nunca satisfecho de subir y subir más. Cuando la tarde espiraba, las campanas del monasterio tocaron el *Angellus* y llamaron á la oracion. No pude reprimir, al impulso de aquellos sonidos, un vuelco de la sangre que me recordó mi infancia y las mismas horas poéticas y los mismos toques de la solemne campana y el mismo murmullo de mística oracion. Las sombras de los siglos pasados se alzaron de sus panteones y se suspendieron sobre la cima del cenobio para decirme que en aquel campanario de San Francisco se habia saludado por vez primera con lengua de bronce el crepúsculo, cuyo poético *Angellus* habia corrido en alas de las ideas léjos, muy léjos, hasta las islas de los mares índicos, hasta los

desiertos de América, como un zodiaco de misterios inefables que abrazára al planeta. Entónces me pareció oir que al Ave-María de las campanas se mezclaba el Ave-María de las piedras del monasterio y al Ave-María de las piedras del monasterio el Ave-María de todos los seres de la tierra y al Ave-María de todos los seres de la tierra el Ave-María de todos los astros del cielo en universal plegaria. Y vi á los grandes poetas del siglo pasar ante mis ojos; al que cantó la campana desde el momento en que su materia candente hierve en el molde hasta el momento en que su voz solemne llama á los vivos y llora á los muertos; al que desde las torres de Nuestra Señora saludó con su alegre campaneo el dia de la resurreccion del espíritu humano alzado del sepulcro de la Edad Media á la vida del Renacimiento; al que apartó de los labios del alquimista desesperado la copa de veneno cuando los ecos del órgano y el repique de la Pascua le dijeron que no se habia perdido la esperanza; al que, cargado con todas las culpas y todas las dudas de su edad, dolorido con todos los dolores humanos, calumniado como amador de la vida y ansioso por el martirio y por la muerte, desde las altas torres de Venecia agrandadas por el crepúsculo, sintió caer los toques misteriosos del *Angellus* sobre la celeste laguna en que comenzaban á retratarse

las primeras estrellas de la tarde y oró con lágrimas en los ojos y al traves de las lágrimas y de las oraciones vió pasar sobre las nubes del ocaso la Madre del Verbo con su manto celeste, su extática mirada, la luna bajo las plantas, la mística paloma sobre la frente, estrechando á todos los seres contra su seno inmaculado en trasportes de maternal amor.

Quién no verá en el misterio del crepúsculo, en las últimas purpurinas nubes del ocaso y en las primeras rayas plateadas del alba; lo mismo sobre la cuna que sobre la tumba del dia, esa fuente de amor, esa estrella del mar, esa inspiracion del alma á cuya inefable hermosura consagran una letanía sin fin lo mismo las cosas creadas que las ideas increadas, lo mismo los seres materiales en sus límites que las obras artísticas en sus luminosas órbitas, Vírgen y Madre, á cuyos piés baten las blancas alas los ángeles y á cuyas sienes se agrupan las estrellas, eterno ideal que el corazon adivina y que no puede alabar como se merece la tenue palabra forzada á enmudecer ante tanta virtud y tanta belleza en una religiosa inexplicable oracion que sube al cielo como los vapores de la tarde, como el aroma de las flores, como las nubes del incienso, á mezclarse y confundirse en la aspiracion de todo lo creado hácia la increada luz.

IV.

La verdad es que no hay monumento como el de Asis, ni vida como la de San Francisco para estudiar uno de los hechos históricos en que más empeñada, repito, se halla la ciencia moderna; el nacimiento de las leyendas religiosas. Cada una de estas piedras da testimonio vivo de cómo un hombre, sujeto á todas nuestras condiciones, se eleva en poco tiempo á lo sobrenatural, perdiénse en los celajes resplandecientes de la fantasía hasta convertirse su persona histórica en mito, su vida real en soñada leyenda. Extraordinarias facultades morales ó intelectuales, á la verdad, le adornan; exaltada virtud, elocuente palabra, efusivo amor, le llevan á grandes ideas y á grandes hechos: las gentes le siguen, los sectarios le adoran, los discípulos lo magnifican y poco á poco la fantasía inflamada lo trasfigura y el arte, el buril y el pincel acaban la obra iniciada que crece y toma diversas fases en los espejismos siempre movibles de las tradiciones. Despues de algun tiempo puede resultar el pensamiento de Aristóteles, puede resultar la poesía más verdadera que

la historia, ó el pensamiento de Platon, que la belleza del mito sea sólo el resplandor de su verdad intrínseca y el hombre del arte y de la poesía aparezca más real que el hombre de la crítica y de la historia. Pero venid á esta tierra de Asis; registrad estos sitios consagrados por una de las más bellas figuras que guarda en sus anales la humanidad; id á su casa, todavía señalada en las tradiciones, donde encontraréis el recuerdo de los castigos impuestos por su familia á la extraordinaria vocacion del santo; trasladaos á la humilde choza en que ve al Crucificado en sus éxtasis y traza la órden seráfica en sus meditaciones; salid luégo al templo-cenobio y sentiréis como un jóven falto de ciencia y de letras, movido sólo del amor, tras una vida exaltadísima por la intuicion de lo sobrenatural y la práctica de las predicaciones; tras un sacrificio contínuo por el bien de los demas hombres, puede tener en la piedad de los creyentes cuna sobrenatural y sobrenatural sepulcro; herir en la imaginacion de los poetas la tierra estéril y hacerla brotar un raudal de inspiraciones; promover y despertar en la mente plástica de los pintores un ciclo de grandiosos pasajes que animen con místicas reverberaciones y extáticas figuras tabla y lienzo, bóveda y pared, claustros y altar; crecer en la fe de sus sectarios hasta el punto de que combatan y

mueran por su persona ó por su doctrina, exaltando una y otra hasta los límites altísimos de la leyenda y convirtiéndolas en grandioso ideal de las venideras generaciones.

Nada hay más rico que la leyenda religiosa de San Francisco de Asis y nada hay más sencillo que su vida histórica. Cierto comerciante de paños y una buena mujer son sus padres. El comerciante se llama Pedro Bernardone y hace contínuos viajes allende los montes en tierra de Francia. A la vuelta de uno de estos viajes encuéntrase hermoso y esperado hijo allá por los años de 1182. La madre le habia puesto ya el nombre de Juan, pero el padre, en recuerdo y en agradecimiento á la tierra de Francia donde se habia enriquecido, le puso el sobrenombre de Francisco. Su educacion fué algo esmerada si se atiende á la rudeza de aquel tiempo. Aprendió medianamente el frances en las conversaciones con su padre muy dado á este idioma y tomó alguna tintura de latin eclesiástico en el mejor seminario de su pueblo. Su juventud pasó encendida en todas las pasiones y agitada por todos los placeres. Lo elegante de su apostura y lo escogido de sus maneras; la varonil belleza del rostro; la gracia y la fluidez de la diccion; cierta vena poética para escribir versos; cierta dulzura para cantarlos, dábanle renombre de galante y traíanlo siempre en-

tre jácaras, comidas, aventuras, bullicios, serenatas, amores y orgías. Habia en tales fiestas una especie de director á quien llamaban rey dándole baston ó cetro á la mano y ciñéndole á las sienes rica corona de flores. El que tal cargo desempeñaba distribuia los papeles en las farsas públicas; dictaba á cada cual las canciones y señalaba los sitios donde debia entonarlas; componia los coros y los ensayaba; concertaba las parejas en los bailes; presidia las comidas y las cenas. Así es que por las noches, en aquellas gozosas fiestas, al verlo pasar precedido de las músicas, acompañado de los humeantes hachones, dirigiendo numerosísima juventud que al són de los instrumentos entonaba deliciosos coros, llamábanle todos alegría de Asis, flor de sus campos, espejo de sus moradores. Su amor propio era tan grande que recogia aquellas alabanzas y las guardaba en la memoria, para repetirlas á cada instante; su ligereza tan extrema que requeria de amores á todas las jóvenes y no se fijaba en ninguna; sus dispendios tales que temia la familia verle disipar en las larguezas de sus placeres los ahorros de tantos tiempos consagrados á la economía y al trabajo.

La ambicion se juntó á sus demas pasiones para que ninguna de las tormentas humanas dejára de atravesar aquella alma. Los libros de caballería le

trastornaron el seso. En la Edad Media no existia esta inmensa distancia que existe hoy entre la realidad y la imaginacion. Creíase hacedero el realizar con la voluntad lo soñado en la mente. Un caballo y una lanza; un pecho férreo y un brazo atrevido bastaban á dar seguridad de emprender las mayores aventuras en aquella tierra movediza, á cada paso abierta por las hendiduras de los volcanes, deshecha por los sacudimentos de los terremotos, trasformada por las contínuas catástrofes. Un reino desaparecia con la misma facilidad con que se formaba otro. Del Norte venian tribus y del Sur tambien que trastornaban geografía y política. La aparicion de un señor de Alemania en los Alpes ó de una legion de Arabia en Sicilia bastaban á desconcertar todos los pueblos y á traer todas las guerras. Por las alturas constituíase cualquier desalmado en príncipe feudal con sólo tener fuerza á sujetar á los campesinos del llano y á limpiar de competidores el monte. Así es que al ir Gauthier de Brienne en demanda de Sicilia á disputar al grande Federico II, tan aborrecido de los Papas, la posesion del hermoso reino, pensó Francisco de Asis en seguirlo, en pelear á su lado, en ganarse á punta de lanza un castillo ó un reino donde saciar su sed de placeres y ejercitar la febril actividad de sus ambiciones. En sueños, despues de haber corrido muchas tier-

ras, peleado con innumerables gentes, ganádose fama de héroe en repetidos encuentros y ruidosas víctimas; veia surgir de los abismos á los aires riquísimo castillo, medio fortaleza y medio palacio, con salones interminables donde campeaban, pendientes de las paredes, arneses, penachos, cimeras, cascos, lanzas, broqueles, manoplas, escudos todos riquísimos, capaces de deslumbrar los ojos más acostumbrados á la plata, al oro, á la pedrería y preguntando á quién pertenecian tantas maravillas, contestóle misteriosa voz que á él y á cuantos paladines le siguieran. Sus deseos febriles y sus ensueños inquietos llevábanle desde las aspiraciones del amor á las aspiraciones de la ambicion. Su biógrafo Celano le pone en los labios esta palabra que no deja lugar á duda alguna sobre sus deseos de reinar: *Scio me magnum principem futurum.*

Al principiar el siglo décimotercio, las cruzadas retroceden, no porque hayan conquistado el sepulcro de Cristo definitivamente perdido para la cristiandad, á pesar de las victorias del gran Federico II, sino porque han conquistado las populares comunidades, iniciacion de la democracia sembrada para siempre en el suelo de Europa. La voz de los misioneros que siglos ántes produjera un pueblo nómada y armado, el cual desde nuestro continente se trasladaba al Asia y moria

abrasado en el desierto por el fuego de las arenas y el fuego de la fe, esa voz que llevaba disuelto el espíritu católico, se estrellaba en el renacimiento de la libertad y en el creciente desarrollo del trabajo. Pero San Francisco, uno de los fundadores de la democracia religiosa que debia acompañar á la democracia política, fué á las últimas cruzadas, separacion verdadera entre el término de los tiempos feudales y el principio de los tiempos modernos. Con la misma alegría de siempre y con la misma ligereza, como si corriera á una de las procesiones ó á una de las fiestas de su valle, corre á las cercanas costas, se embarca en las pesadas galeras, aborda á las playas de Damietta, entra en el ejército cristiano y no bastando á su exaltado celo y á su febril impaciencia la marcha lenta de aquellos caballos y caballeros abrumados bajo el hierro de sus armaduras pesadísimas, anda á pié por el desierto, penetra en el interior de África, se avista con el jefe de las tribus árabes de Egipto, le predica la fe cristiana, le propone mostrarle entrando en una hoguera y saliendo ileso la verdad del Evangelio y deja allí una órden de penitentes para que rodeen con sus plegarias y con sus martirios de una especie de escudo religioso y de fortaleza moral inexpugnable el Santo Sepulcro que no han podido rescatar ni la autoridad de los reyes ni la fuerza de los ejércitos.

¿Cómo se ha verificado esta trasformacion maravillosa?

A la edad de veinticuatro ó veinticinco años terrible enfermedad le sobrecoge y le lleva á las puertas del sepulcro. Pero sale triunfante de esta prueba, y en la convalecencia extrañas visiones se dibujan confusamente por sus retinas caldeadas de ardentísima calentura é hinchan su corazon de amores hasta entónces desconocidos, como si toda su alma se desprendiese de las terrenales ligaduras y sobrepuesta al cuerpo se recreára en contemplarse á sí misma y en contemplar á través de sus ideas, como á traves de claro vidrio, la imágen de Dios. La fuerza de la costumbre, sin embargo, le llevaba á sus antiguos placeres, cual si en ellos se encerrase toda su vida y lo confundia con sus antiguos amores, cual si no pudiese sin ellos pasar por este mundo. Un dia siente la ciudad estrecha, la tierra árida, sus amistades insípidas, sus amores vanos, la campiña de Asis como un desierto, el cielo como un pálido crepúsculo, sus ambiciones como fantasmas y se propone desasirse del mundo y perderse en ideal superior á la vida. Para llegar desde el torbellino y el huracan de todos los placeres á este rudo ascetismo habia necesitado pasar por muchos y muy crueles tormentos. Lo que más le apenaba en tan suprema crísis era el horror que sentia hácia sí

mismo, el menosprecio de todo su sér, el remordimiento por su pasada vida, sus locos placeres, sus locas ambiciones. Aparecia deforme y monstruoso á la mirada más escudriñadora y más segura, á la mirada de su propia conciencia. Queriendo combatirse á sí mismo, se lanzàba al torrente de sus antiguas alegrías, á ver si en el ruido y en el movimiento ensordecia su interior hasta no oir esas voces de reconvencion y de angustia que le trastornaban. Pero las fiestas públicas aumentaban su tristeza, el canto le sonaba á carcajada histérica, el vino le sabía á vinagre, los manjares á hiel, la hermosura á frio esqueleto, el amor á hastío, la amistad mundana á mentira y sobre los trasportes del placer oia la salmodia de invisible entierro que llevaba á sepultar en lo pasado toda su existencia tal como hasta entónces habia sido. La soledad se convirtió en su única compañera. Allí, apartado del mundo, se veia frente á frente á sí mismo y analizaba sus pasados afectos y argüia contra sus ambiciones como contra sus pecados. Muchas veces los amigos le asaltaban, le sacudian para arrancarlo de aquel sueño, le llevaban á las fiestas; pero él, deseoso de no desmerecer á los ojos mundanos de aquellas gentes y no revelar las interioridades del alma, pretextaba buscar un tesoro, é iba á encerrarse en oscura caverna donde, entre ayunos, ma-

ceraciones y penitencias, se alejaba de toda su vida pasada y prometia y juraba abrazar otra vida contraria. Cuando entraba en la caverna semejaba un hombre de este mundo y cuando salia semejaba un hombre de otro mundo, como si bajase de alguna region sobrenatural, como si trajese en su retina y en su frente resplandores de lejanos cielos, como si se trasparentára su recóndita alma. Habia perdido toda idea del tiempo y del espacio en que estaba y tomado alas sobrenaturales y trasportádose á la tarde suprema del calvario, donde veia las tinieblas en los cielos y los terremotos en la tierra, las piedras rompiéndose de dolor y las estrellas disipándose en cenizas, la ciudad proterva iluminada por el relámpago y el pueblo deicida iluminado por la ira; fuera los esqueletos de su sepulcro y velados los ángeles en las nubes; las santas mujeres confundiendo sus sollozos con los bramidos del huracan y el discípulo amado y la Vírgen Madre al pié de la cruz en cuyos brazos pendia el Hijo del Hombre sacrificado en desagravio al Eterno por rescate de todas nuestras culpas, con la cabeza caida sobre el pecho, las sienes traspasadas por espinas goteando sangre, abierto el costado, desgarradas las manos y desgarrados los piés, próximo á lanzar aquel último suspiro y aquel último gemido que llevó hasta la eternidad el eco de nuestros dolores

y la sombra de nuestras acerbas tristezas en aquella última hora de la consumacion de todas las profecías por el holocausto de la divina víctima y del milagro de nuestra costosa redencion por el dolor y por el martirio. Y cuando habia visto todo esto con los ojos y tocádolo con las manos, sus sienes se taladraban, se abria su costado, llenábase de sangrientas nubes su vista, caíasele sobre el pecho la cabeza, llagábanse sus manos y sus piés, sentia en el alma todas las angustias como en el cuerpo todos los dolores del divino mártir y salia por calles, por encrucijadas, por campos vertiendo lágrimas, pues aunque todos los seres creados llorasen por toda una eternidad la muerte de Cristo, no llegarian al dolor que tan sublime sacrificio debe merecer á la humanidad regenerada. Y la transfiguracion de Francisco es como la transfiguracion de Sócrates, como la transfiguracion de Cristo, como todas las grandes transfiguraciones, en el dolor y en el martirio.

V.

Los padres de Francisco se inquietaban mucho de los trasportes de su hijo, ellos que no se habian inquietado tanto de sus placeres. Pare-

ciales que en tal estado perdia la salud y arriesgaba la vida. Lo que más les apenaba era ver el demacrado rostro, la rugosa piel, los ojos vidriosos, las manos huesosas, la frente surcada, los pómulos caldeados, trémulos todos los músculos, ahuyentado el sueño de sus párpados enrojecidos, ocupada la mente de visiones, fuera de su cauce natural la vida, como si perteneciese á otro mundo. Las tradiciones refieren que un dia se fué á comunicar la vocacion de penitente al padre desconsolado. Temblaba en los labios de Francisco la palabra y crujíanle los huesos en las rodillas. Apénas acertaba á proferir una frase porque preveia cuánta amargura iba á derramar en las paternales entrañas. Su familia habia soñado para aquel hijo querido con una posicion desahogada, con un comercio agrandado, con provechosos viajes allende los montes, con un matrimonio de conveniencia, con un influjo político en aquellas repúblicas donde ya comenzaba á sobreponerse la nobleza del trabajo á la nobleza del combate. Imaginaos cuánta sería su pena al oirle que despreciaba toda aquella fortuna aglomerada con tantos desvelos para él; que la queria repartir entre los pobres; que iba á darse á la soledad y á la contemplacion de las cosas eternas; que tosco sayal bastábale para sus carnes manchadas por el pecado, grosera cuerda para sus maldecidos riñones,

las yerbas del campo para alimento, las cavernas para vivienda y para reparar sus fuerzas, por todo licor el agua que la lluvia deposita en las líneas de las peñas, donde las aves se embriagan y toman fuerzas para perderse en lo infinito y henchirlo de cánticos que son verdaderas alabanzas al Criador.

Los padres no quieren jamas una carrera demasiado vertiginosa para sus hijos, un ministerio que pudiera traerles mucha gloria pero tambien muchos dolores. Sublimemente egoistas, por preservarlos hasta del tormento de las humanas grandezas y del vahido de las inaccesibles alturas, los llaman á la felicidad vulgar que se encierra siempre en las doradas medianías de la vida. El padre de Ovidio no queria que su hijo cantase, como si adivinára que los cantares le habian de arrastrar al destierro y le habian de entristecer toda la existencia; el padre de Petrarca no queria tampoco oir que fuese aquel á quien habia consagrado para sacerdote de la Iglesia amante de las Musas, como si temiera dolores tan agudos en gloria tán grande cual un amor sin esperanza; el padre de Miguel Angel le vedaba el buril, los pinceles y le arrancaba de los talleres adivinando aquel genio aislado en su gloria como el Dios semítico en la eternidad, dolorido por las desproporciones gigantescas entre las ideas y los

medios de expresion, sin precedentes y sin posteridad, sin mujer y sin hijos, sin familia y sin amigos, sólo con el peso de sus pensamientos, grande, muy grande despues de su muerte, pero desdichado, muy desdichado en la vida. El buen comerciante Bernardone queria para su Francisco el hogar y no las cavernas, el amor y no el tormento, la fortuna y no la miseria, la felicidad y no el combate, un lecho mullido en invierno y no la lluvia y el viento, un abrigo contra las tempestades y no el deshecho oleaje de embravecido mar de lágrimas, la felicidad vulgar y no la penitencia, la vida ordinaria y tranquila pero no el dolor y el martirio aunque luégo le valiesen la inmortalidad. Así es que, ciego de cólera, le castigó duramente. Todavía se enseña en Asis el sitio donde le encerró y le ató para que no se escapase á emprender sus vocaciones celestes. Todavía se ve en una Iglesia el fondo de la oscura mazmorra, la efigie del santo en oracion, su cuerpo atado con duras cuerdas, mustia luz iluminándole en aquel tormento aceptado con resignacion como una nueva prueba de su amor á Dios. La madre, la madre, cariñosa, amante, con las entrañas desgarradas, fué á soltar al pobre pajarillo enjaulado, á dejarle todo el aire y todo el cielo por que suspiraba, áun á costa de verlo llevarse en aquel vuelo desde el sacro nido al frio claustro.

su corazon á pedazos. El santo corrió á su arbitrio por montes y por valles, se hincó en las alturas y se encerró en las cavernas; predicó á las aves del cielo y á los hijos del hombre; se armó contra todas las pruebas que pudieran aguardarle de estas dos ideas, de que el dolor debia tomarse como un presente del cielo y la muerte misma tenerse despues de sus horrores y de sus tristezas como una perfecta vision de Dios. Pero su familia no podia creer en esas extraordinarias vocaciones. El refran evangélico de que nadie puede ser profeta en su patria se confirma siempre. La familia, los amigos, ven demasiado cerca las enfermedades del niño, las pasiones del jóven, las faltas del hombre, las miserias de la vida diaria para creer que pueda trasformar una edad, redimir un mundo, torcer la corriente de los tiempos, levantarse á las alturas donde brillan y truenan los héroes y los dioses de la historia. No saben los seres vulgares allá en su órbita estrecha de cuánto poder está dotada una fe profunda y de cuántas maravillas es capaz una virtud incontrastable. En aquellos predestinados á renovar el espíritu, á purificar la tierra, suele poner la previsora Providencia facultades en armonía con sus maravillosos fines, como la naturaleza da órganos en proporcion con sus respectivos destinos en la vida universal á todos los seres orgánicos. Una

vocacion extraordinaria, un trabajo hercúleo, una elocuencia maravillosa, un amor incomprensible al combate y al martirio, una inspiracion febril suelen, desequilibrando las facultades, dar al predestinado, juntamente con inmarcesibles glorias, irremediables desgracias y defectos. Al fin toda verdadera grandeza se resuelve en verdadero martirio y algo hay por necesidad que quitar de todo cuanto favorece á la familia y al hogar en aquellos destinados á servir desde los resplandores de la gloria, esa hoguera voracísima y martirizadora, á toda la humanidad y á toda la tierra.

Imagínese el efecto que produciria entre el vulgo ver convertido en penitente al galan y sus cánticos en sermones y sus cenas en ayunos y sus brocados en sayal y sus amores fáciles en heridas profundas y sus orgías en penitencia y su vida ligera en muerte anticipada por el sacrificio y por el martirio. Unos se reian á hurtadillas pero otros á mandíbulas batientes y en su cara. Los más le tenian por loco. Tirábanle los chiquillos de la calle piedra y barro; azuzaban los perros para que le mordieran; seguíanle en tropel como á un bicho raro, mofándose de él, escarneciéndole, insultándole, entre la pública algazara. Pero contra todas estas amarguras tenía el pobre solitario su incontrastable resignacion. No hay sino leer el capítulo octavo del libro titu-

lado: *Fioretti di San Francesco*, que se encuentra á cada paso por las librerías de Italia. Andaba el santo en compañía de un su hermano en Cristo llamado Leon, desde Peruza á la Vírgen de los Angeles, por mal camino y agrio tiempo. El viento era huracanado y el frio intensísimo. Viendo Francisco tiritar á Leon, propúsole una especie de problema, á saber, que acertára dónde estaba la verdadera alegría. Leon no podia acertar y San Francisco le dijo. Pues no es verdadera alegría volver el oido al sordo, el movimiento al paralítico, la vista al ciego, la vida al muerto; ni saber todas las lenguas, ni profesar todas las ciencias, ni descubrir los misterios de lo pasado y los secretos de lo porvenir, ni conocer las cosas divinas y humanas, ni predicar de tal manera que se convirtiesen por un solo sermon todos los infieles á la fe: encontraríase la verdadera alegría en que, al llegar á nuestro convento, calados por la lluvia, transidos de frio, exhaustos de fuerzas, muertos de hambre y llamar á la portería, el portero nos preguntase quiénes éramos y dándole nuestros nombres, nos desconociese y nos creyera dos malhechores errantes por el mundo en acecho de las ajenas haciendas y saliera y nos agarrára por la cogulla y nos derribára al suelo y arrastrándonos sobre el barro helado, nos diese con nudoso palo tal paliza que nos que-

dáramos ambos por muertos, amoratados de los piés á la cabeza: que entre los dones del Espíritu Santo el mayor es vencerse á sí mismo y soportar todas las injurias y todos los dolores y todas las tribulaciones por la gloria de Cristo. Así, al principio de su conversion, viéndole triste y cabizbajo sus amigos, preguntábanle si se fijaba al cabo en alguna dama y padecia de amor, á lo cual contestaba en el estilo caballeresco propio de los libros más leidos entónces, que el amor le metia en su fragua y lo abrasaba y lo enrojecia como á hierro candente, trastornándole por una dama cuyo recuerdo tenía siempre en la memoria y el nombre en los labios y la divisa en el pecho; la más noble, hermosa y buena que podia soñarse, á saber, la pobreza, hija del cielo y tendida sobre los estercoleros de la tierra, pero con poder bastante á desasirlo de todas las miserias terrestres y elevarlo á la vision de Dios y á la compañía de los ángeles, pues recibió á Cristo en el establo y lo condujo hasta el Calvario y cuando sus discípulos le abandonaban y corrian á ocultarse de las iras de los tiranos y de la furia de los elementos y la Vírgen Madre no podia llegar hasta su divino cuerpo desde el pié de la Cruz, la pobreza, invisible pero presente en lo alto, le abrazaba y le veia más cerca que nunca como la esposa inseparable del Redentor tanto en vida como en muerte.

Llevado de estas inspiraciones, fundó sobre aquel férreo mundo feudal la órden de su nombre que se alzaba en estas tres virtudes capitales: en la castidad más pura, en la pobreza más grande y en la obediencia más ciega, como holocaustos ofrecidos á la pasion y á la memoria de Cristo. Y despues de haber consumido su vida en la caridad; despues de haber organizado su asociacion compuesta de pobres y humildes; despues de haber sido un ideal viviente de penitencia, á los cuarenta y cuatro años, atormentado por todo género de enfermedades, absorto en toda suerte de éxtasis, perteneciendo á este mundo por los últimos eslabones del tiempo y de la vida, y á otro mundo mejor por los llamamientos de su inquieto deseo, San Francisco entró en agonía, y al comprender que no le quedaba en este bajo mundo cosa alguna por intentar y que se iba á otra vida, apretóse sayal y cilicio; amontonó como lecho propio de su cuerpo desgarrado frias cenizas; hincó las rodillas y plegó las manos; puso los ojos en el crucifijo; llamó á los monjes sus compañeros para que en torno suyo entonáran al són del órgano la poesía y los cánticos compuestos en las horas de místico deliquio, los cuales encerraban el *Te Deum* consagrado por todas las cosas creadas desde el sol hasta la luciérnaga á su creador, y recibiendo la muerte en sus párpa-

dos como si recibiera tranquilo sueño, volóse el alma en pos de lo infinito, á la manera de una melodía religiosa, de una nube de incienso, de una amorosa plegaria, de una etérea llama.

La muerte es verdadera trasfiguracion. El sér más vulgar crece y se vuelve un sér sagrado en el sepulcro. Encierran los cadáveres en su ataud sus errores, sus faltas y sus vicios, como si fueran los gusanos de la podredumbre y sólo exhalan los aromas de la virtud, como si la virtud solamente fuera el alma inmortal. No debiamos pintar la muerte como un esqueleto, con los ojos cavernosos, huecos, vacíos, y la guadaña en las huesosas manos despojadas de venas, fibras, nervios y piel; debiamos pintarla como divino ángel, sonriente, gozoso, luminosísimo, que recoge las almas en sus blancas inmaculadas alas y á traves de lo infinito, entre los coros de las estrellas, se las lleva para engarzarlas allá en la inmensidad de los cielos. El sepulcro vacío, oscuro, silencioso, donde todo acaba, es un océano de luz y de vida. El problema de nuestra existencia no está en vivir, sino en morir; no está en pasar por este mundo donde todos combaten, quieran ó no; está en llegar al puerto seguro de la muerte, donde todos descansan. La creencia general no se engaña cuando afirma que nuestra tumba es cuna, nuestro ataud lecho, y el cadáver podrido para

este mundo, un recien nacido para otro mundo mejor. Así, en cuanto el pobre penitente de la Porciúncula se perdió en las tinieblas de la muerte, comenzó á brillar en sus sienes la aureola de la inmortalidad. Todo cuanto habia de vulgar en su vida, de desordenado en sus palabras, de extraño en su proceder, de original y hasta insensato en sus maneras y en sus costumbres, todo se perdió y sólo quedaron los resplandores de su alma en los cielos, las cadencias de sus cánticos en los aires, las huellas de sus virtudes en la tierra, el eco de su predicacion religiosa en los oidos, las llamas de su caridad en los corazones, las historias de su vida y de su muerte trasformadas por la fe en una religiosa leyenda. El calavera de los juegos y de las jácaras, el rey de los festines orgiásticos, el ambicioso de principados y castillos, el pobre loco á quien su padre ataba en una prision, el extravagante insensato á quien los pilluelos tiraban piedras, muerto, enterrado, envuelto en esa tierra del sepulcro donde todas las grandezas acaban, pasó á ser el santo de los santos, el nuevo Cristo con sus manos y sus piés y su costado abiertos por la fe, el intermediario privilegiado entre el cielo y la tierra que debe estar durante toda la historia de rodillas en alturas inaccesibles para interceder con Dios á favor de la Humanidad, el ángel del Apocalípsis, en-

trevisto por San Juan desde su isla de Pátmos, que ha de venir, cuando los soles se apaguen, y se pulvericen los mundos, y se enrollen los cielos como un pergamino abrasado, á recoger las almas justas y guiarlas á las serenas alturas y á la incomunicable presencia del Eterno.

VI.

Conocido el San Francisco de la historia precisa conocer el San Francisco de la leyenda. Por poco que ésta se estudie obsérvase desde luégo un empeño preestablecido de aproximar la vida del santo á la vida de Cristo. La leyenda os dirá que se presentó hermoso ángel á su madre en la preñez para decirle todo el precio de la criatura engendrada en sus entrañas y para mandarle que pariera en pobre establo. El guía que nos acompañaba por el intrincado laberinto de las pendientes calles de Asis, decíanos en la Chiesa Nuova levantada sobre el sitio que ocupaba la casa de San Francisco, enseñándonos una puerta: «Por aquí entró el ángel enviado de Dios y por aquí salió la santa madre á dar á luz su hijo en la cuadra y prepararle por toda cuna un pesebre. Francisco

tiene doce apóstoles y entre estos apóstoles un Júdas que lo vende y se ahorca. De sus discípulos, uno fué arrebatado hasta el tercer cielo como San Pablo; otro tocado en sus labios por carbones encendidos para que cantára eternamente celestes alabanzas como Isaías; éste, trasportado á ver cara á cara á Dios y á departir con él amistosamente como Moises; aquél, suspendido de alas tan potentes como las alas del águila de San Juan Evangelista y el de más allá canonizado por Dios mismo en la gloria ántes de ser canonizado por el Papa en San Pedro. Leed el capítulo primero de las *Fioretti di San Francesco.*

Cierto dia el más noble y el más rico de los caballeros de Asis, viendo la piedad de Francisco y la entereza con que soportaba todas las injurias, llevóselo á su casa para examinar de cerca tanta virtud. Acostáronse ambos amigos en el mismo cuarto y Francisco no se atrevia á rezar, temeroso de que Bernardo arguyera de farisaicas sus devociones. Pero como fingiera éste haberse dormido pronto y roncára con fuerza, el mendigo se hincó de rodillas y estuvo toda la noche invocando á Dios para que socorriera á la desfallecida humanidad. Al dia siguiente Bernardo pidió á Francisco que le admitiera en su compañía y le dejára vivir su misma vida. Convino éste, pero á condicion de ir juntos á misa y de consultar jun-

tos el Evangelio. Tres veces le abrieron y tres veces toparon con las máximas que prescriben dejar todos los bienes de la vida para abrazar la cruz y no llevar al viaje de este mundo ni sandalias, ni zurron, ni báculo y repartirlo todo entre los pobres, sin desvelarse por el vestido ó por el alimento, pudiendo estar seguros los buenos de que les sostendrá quien sostiene á las aves del aire las cuales ni siembran ni cosechan y de que les vestirá quien viste á los lirios del valle los cuales ni hilan ni tejen. Y las mayores riquezas de Asis, que eran las riquezas de Bernardo, pasaron de sus manos á manos de los pobres. Y un avaro llamado Silvestre, como viera repartir tanto dinero á los franciscanos, reclamó el importe de unas piedras entregadas al Santo para erigir piadosa iglesia. Y como si los tesoros de Bernardo no hubieran de agotarse, díjole Francisco al avaro que fuera á sus cajas y tomase cuanto le pidiese el gusto. Sacó el avaro á su arbitrio las monedas que debian satisfacerlo y se encontró ménos satisfecho que nunca. Y vió en sueños á San Francisco y de sus labios saliendo inmensa cruz, cuya cima tocaba al cielo y cuyos brazos á Oriente y á Occidente. Y se convirtió y fué uno de los doce apóstoles, predicando el desprecio de todas las riquezas y el amor á Dios.

Y los ángeles vienen del cielo á conversar con

los frailes humildes y amenazar á los frailes orgullosos, conduciendo á aquéllos á Santiago de Galicia á traves así de las altas montañas como de los profundos rios y entregando á éstos á las reconvenciones del seráfico Padre San Francisco. Y entre los frailes humildes Bernardo fué enviado á Bolonia para que allí fundase un monasterio de la franciscana órden. Y como se presentára en medio de la plaza vestido toscamente, reíanse de él las mujeres, apedreábanle los mozalbetes, tirábanle fuertemente de la capucha los pequeñuelos y le maldecia y le injuriaba todo el mundo. Pero él, sereno, devoraba las injurias y las bendecia en su interior, porque le procuraban el dar una prueba relevante de su paciencia y el medir toda la fuerza de su resignacion. Un durísimo legista que vió tanta virtud preguntóle cómo podia vencerse á sí mismo y Bernardo le entregó las santas ordenanzas de su convento. Sintióse el legista convertido é instaló en su propia casa la religion seráfica. Y en alabanza á Dios fuese San Francisco al borde risueño de uno de los hermosos lagos de Italia. Tenía allí un amigo, llamó á su puerta en la madrugada del Miércoles de Ceniza y le rogó que ántes de rayar el alba le llevase á una isla del lago y le dejase cuarenta días y cuarenta noches para ayunar como Cristo, sin decirle á nadie dónde estaba y sin ir á buscarle

hasta el Juéves Santo. Llevóse dos panes y en cuarenta dias sólo se comió medio. Y áun este medio se lo comió por humildad, por no igualarse con Cristo, el cual en los cuarenta dias con cuarenta noches que estuviera en el desierto, no probó bocado. San Francisco tuvo allí por todo asilo, durante toda la Cuaresma, una zarza y despues, en memoria de su penitencia, se elevó un monasterio y á la sombra del monasterio una ciudad.

Y como cierta tarde bajase Francisco al convento de los Angeles desde la selva donde habia ido á rezar y le siguieran las gentes en tropel para recoger su palabra, preguntóle el hermano Maesso la causa de que sin ser ni hermoso de cuerpo, ni despierto de inteligencia, ni noble de orígen, todos se agolpáran á escucharle, á bendecirle, á obedecerle y el Santo le respondió que lo debia á la divina misericordia, la cual, viéndolo entre los más pecadores y los más viles y más oscuros, le habia escogido para sus obras milagrosas, confundiendo con tan despreciable criatura la nobleza, la fuerza, la ciencia del mundo y demostrando que todo viene de Dios cuando por gracia de Dios puede así trasformarse en ángel de los cielos pobre gusanillo de los campos. Y una vez que iban Francisco y Maesso á Francia, mendigaron en ostentosa ciudad. Y Francisco, redu-

cido ya de estatura, demacrado de rostro á causa de sus maceraciones, apénas recogió ninguna limosna, en tanto que Maesso, en la flor de los años y lleno de gracia, llevó consigo, no ya mendrugos, sino panes. Y los pusieron los dos hermanos sobre una piedra que brillaba á los ojos del Santo como próvida mesa y á los ojos de Maesso aparecia como el extremo de la miseria. Y á fin de apartarlo de estas dudas y sostenerlo en el amor á la pobreza, desanduvo el camino andado, se volvió de la ruta de Francia á la basílica de Roma y allí oró tanto que Pedro y Pablo descendieron del cielo al templo y se presentaron resplandecientes de celeste luz á Francisco para mantener sus fuerzas y alentarlo en la pública profesion de la pobreza. Y no solamente vió á Pedro y Pablo, sino que vió con todos sus hermanos á Jesus mismo, pues un dia que estaba rodeado de los monjes más rudos, los cuales hablaban de Dios en el lenguaje más elocuente, se les apareció el Salvador en la forma de un jóven hermosísimo y todos quedaron como ciegos y cayeron como muertos, de la misma suerte que los apóstoles cuando resplandeció á sus ojos la luz divina del Tabor.

Los prodigios menudeaban en torno del Santo á medida que crecia en virtudes y se ejercitaba en austeras penitencias. En cierta ocasion que le im-

portunaban los frailes para que recibiese á comer á Santa Clara, convidóla á partir el pan sobre la dura tierra y cuando se acababa el banquete, púsose á hablar de Dios con tan vivos trasportes, que encendió en la llama de su palabra bosques, campos, convento, hasta el punto de creerlos todos cuantos pasaban presa de voraz incendio y próximos á reducirse á cenizas; creencia de cuya falsedad se persuadieron observando que aquel fuego milagrosísimo resplandecia y no quemaba, pues era como la espesa llama de un espíritu animado en el divino amor. Otro dia recibió órden de no reducirse á orar, sino de correr á la predicacion y sin curarse de senda ni camino, confiando su palabra á la providencia, como las palmas confian su pólen al viento, encontró á muchedumbre de campesinos y les predicó la virtud y como quisieran seguirlo, mandóles que se quedáran en sus viviendas, pues él tenía mensajeros en todas partes, y dirigiéndose á bandadas de pájaros, las cuales formaban misteriosos círculos sobre su cabeza, los conjuró á sembrar la palabra divina y á este conjuro se dividieron como en legiones, yéndose unas á oriente y otras á occidente, éstas á Septentrion y aquéllas á Mediodía, á repetir en sus divinos gorjeos cuanto habian oido. Otra vez fuese á Rieti y predicó á la puerta de una iglesia en el campo. Acudieron tantas mu-

chedumbres en torno de la iglesia que talaron una viña llena de racimos. El rector de tan sagrado lugar se arrepintió de haber consentido la predicacion, cuando el Santo le dijo: ¿Cuántas cargas de vino cogias de tus cepas todos los años? Doce, le respondió. Pues en nombre de Dios te prometo que este año de los pocos racimos olvidados bajo los sarmientos desnudos, cogerás veinte cargas. Y vino el mes de Octubre y cortó mezquinos racimos que apénas tenian unos cuantos granos y de tan corta vendimia resultaron las veinte cargas. Y no habia ciudad por San Francisco habitada que no tuviera algun testimonio de su poder sobrenatural y de su facultad de obrar milagros. Hallábanse los habitantes de Gubio poseidos del más espantoso terror. Un lobo feroz andaba por los alrededores y arremetia así á los ganados como á las personas encarnizadamente. Nadie osaba venir á la poblacion ni de la poblacion apartarse. San Francisco prometió que él concluiria estrecho pacto entre la ciudad y el lobo, á cuyo fin se encaminó hácia el término más frecuentado por las correrías y más castigado por los dientes de la feroz alimaña. Seguíanle innumerables curiosos, pero en cuanto se acercó el peligro dejáronle solo, abandonado á su ciega confianza. Así que lo atisbó el lobo, dirigióse á él furioso, babeantes las quijadas, encendidos los ojos,

erizada la piel, pero San Francisco le hizo la señal de la cruz é inmediatamente se detuvo como desconcertado y confuso. Entónces el Santo le pronunció elocuente discurso conjurándole á dejar sus crueldades y á vivir en paz con los vecinos de Gubio, para lo cual, en cambio de la deseada sumision, prometióle que satisfarian su hambre y respetarian su vida. El lobo tendió su mano al Santo en señal de asentimiento y le acompañó hasta la ciudad como un perro. Y llegados allá predicó un sermon Francisco diciendo que las gentes tenian mucho miedo á las fauces del lobo y poco á otras fauces más terribles, á las fauces del infierno. Y renovó en la plaza el pacto hecho en los campos con el lobo, el cual, en testimonio de su asentimiento, alzó la pata y la puso entre las manos del Santo. Y desde entónces el lobo vivió en Gubio como un perro hasta su muerte natural y los habitantes le alimentaban y le agasajaban en memoria de San Francisco. Y domesticaba éste las tórtolas de las selvas y vencia los demonios del infierno y sellaba con la nocion de la eterna justicia almas perdidas en las argucias de la mundana jurisprudencia y recogia en las faldas de su sayal, como en amiga madriguera, las liebres perseguidas y curaba y limpiaba los cuerpos podridos de los leprosos y convertia los ladrones y los asesinos á manera de Cristo en lo

alto de la cruz y lograba que la madre de Dios se apareciese á sus hermanos enfermos y yéndose un dia á Babilonia, como cayese prisionero, á punto de morir, dirigióse al Sultan mahometano con tan tiernas palabras y con promesas tales que tocado en su empedernido corazon el infiel le prometió convertirse en cuanto el Santo pasase de este mundo al otro y le enviára por medios sobrenaturales dos franciscanos que vertiesen sobre su frente tenebrosa el agua bendita y regeneradora del bautismo.

Despues de todo esto no puede ya extrañarnos el imperio ejercido por San Francisco sobre las cosas tanto animadas como inanimadas. Metíase en las selvas á predicar á los pájaros y mandaba á su discípulo predilecto el portugues San Antonio de Padua á que predicase á los peces. Su predicacion á los hombres tenía por objeto mejorarlos á fin de hermosear en ellos la imágen de Dios que cada cual lleva dentro de sí mismo y la predicacion á los irracionales tenía por objeto asociarlos á las alabanzas contínuas que entonaba al Criador. Decíales á las aves en sus discursos cosas de una extrema delicadeza, decíales cuanta gratitud debian á Dios que en las pajillas del campo y en las lanas dejadas por los corderos sobre los abrojos les daba materia para sus nidos y del fondo de un humilde huevo las levantaba con el

calor de la vida á los cielos, vistiéndolas de brillante plumaje para que adornasen el espacio, dotándolas de canoras gargantas para que entonasen suaves cánticos, de resistentes alas para que recorriesen lo infinito, de un pecho que podia respirar en las más apartadas alturas y de una vista que podia recoger de hito en hito los solares rayos para que se confundiesen con las estrellas; favores no otorgados á los demas seres y por los cuales se hallaban como obligadas á componer un coro eterno, á producir un *Te Deum* inacabable, á ser en la catedral del universo como los trompetas del órgano maravilloso destinado á acompañar con sus melodías y sus acordes las oraciones de todos los seres cuyos misteriosos rumores llenan la inmensa Naturaleza. Y si veia un corderillo conducido al matadero lo rescataba y le devolvia la vida; una tórtola enjaulada le abria las puertas de su jaula y la tornaba á la libertad; una liebre perseguida la recogia en las faldas de su hábito y le señalaba el camino de la madriguera. Poeta, y poeta entusiasta; abrasado en las llamas del misticismo; conociendo el estrecho parentesco de su cuerpo con el cuerpo de los demas animales, como conocia el estrecho parentesco de su alma con el alma de los ángeles; subíase á las alturas, hincábase en los peñascos, abria en cruz los brazos, y conjuraba á su hermano el sol

y á su hermana la luna; al viento que pasaba sobre su cabeza y al torrente que se despeñaba á sus piés; al gusanillo perdido en los abismos y al astro perdido en el éter; á todas las cosas creadas é increadas, para que entonasen á una con él, mirando al cielo y adivinando á Dios, cánticos de amor. Sí, que el amor le tenía loco, fuera de sí, en una fragua donde se abrasaban todas las fibras de su carne y hervian todas las gotas de su sangre, amor inmenso, amor eterno, de todo su sér, originario de Dios mismo y consagrado á la dolorida humanidad, semejante al que poseyó á Cristo y le obligó á dejar los cielos por la tierra, la compañía de los ángeles por las injurias de los hombres, las cimas del Empíreo por las cimas del Calvario, el trono luminoso del Eterno por la cruz ignominiosa del esclavo. Una noche de estío hallábase en oracion al borde de parlero arroyo en las maravillosas campiñas de Italia. Todo convidaba al éxtasis: la claridad de los horizontes, el resplandor de la luna, el murmullo de los bosques, la plateada cinta de las aguas, el aroma de las flores, las estrellas que resaltaban bajo la blanca gasa tendida por el astro de la noche y las luciolas errantes entre las hojas de los árboles como enjambres de celestes aereolitos. A tanta hermosura le faltaba una voz y pronto canoro ruiseñor escondido en el ramaje comienza á ento-

nar sus serenatas, sus arpegios divinos, sus sartas de notas semejantes á las efusiones de misterioso espíritu encendido en ardentísimo amor. San Francisco creyó que el pájaro alababa á Dios y creyó tambien que no debia dejarlo solo en esta religiosa obra. Así que el ruiseñor suspendia su gorjeo, elevaba el Santo la voz, y entonaba una de sus místicas canciones con todos los primores que le permitia la garganta y todo el estro de su inagotable inspiracion. Excitado el pájaro por la voz humana volvia á cantar con mayor fuerza y con mayor belleza de voz y de escalas. En aquella soledad y en aquella noche, al borde de los arroyos y á la luz de la luna, bajo las ramas de un verde primaveral y sobre la hierba florida, parecian pájaro y Santo dos pastores de las Eglogas de Teócrito y de Virgilio, entonando por las campiñas de Arcadia ó de Parthenope, en poético desafío, sendas canciones de amor. Al fin la voz del ruiseñor venció á la voz del Santo. Con su natural candidez no se sonrojó de confesar éste que en alabar á Dios vencia el ave de los cielos al pobre poeta de la tierra. Mas la música le era indispensable á la expresion de esos sentimientos intensísimos en cuyo calor estalla y se rompe la frágil palabra humana. Cuando llegaba al extremo de la pasion, al extremo del extasis, al extremo de sus religiosas exaltaciones, daba de

mano á la palabra, al discurso, al verso, acogiéndose á los cánticos y á las melodías como formas propias de las inspiraciones más sublimes y, sobre todo, de aquellas que provienen ó de la religion ó del amor. Despues de su conversion cantaba los objetos sacros con el mismo fuego y con el mismo empeño con que en sus mocedades cantára los objetos profanos. Y no solamente cantaba, se complacia en oir cantar á los demas, cosa que por todo extremo le exaltaba, pues le abria el cielo de nuevas místicas visiones. Un dia, al término ya de su carrera, bajo el peso de sus penitencias y de sus maceraciones, deseó recrearse y esparcirse un poco oyendo alguna sonata. Los ángeles del cielo que por mandato de Dios miraban hasta el fondo de aquella alma purísima penetráronse de su deseo y quisieron satisfacerlo. Dejaron, pues, la eterna luz y descendieron á nuestras tinieblas. Era de noche y San Francisco oraba en su celda. De pronto, los venidos al traves de lo infinito desde las cimas etéreas á nuestro oscuro abismo, suspensos de sus alas en torno de la reja, pulsando sus laúdes, aquellos mismos que acompañan los *hosannas* de la gloria y los conciertos de los astros, difundieron unas melodías tan puras en los aires y llegaron hasta el alma extática del Santo con emociones tan profundas que creyóse muerto de místico placer y

trasportado á la eterna vida. No es mucho, por tanto, que á la hora de su muerte, en misteriosa tarde, cuando se habia desvanecido el crepúsculo y acercado la noche, las hijas de la luz, las profetisas del alba, las cantoras de la mañana, las alondras, abandonáran todas en tropel sus nidos de barro y vinieran á bañarse en los resplandores espirituales de aquel tránsito sublime, en tal modo que la bellísima alma del Santo, al tomar su vuelo hácia la eternidad, no dejó ni un momento de oir los cánticos de las sencillas aves que le despedian desde la tierra confundidos con los cánticos de los ángeles y de los serafines que saludaban su triunfal entrada en la gloria.

VII.

¿Cómo ha sido formada la leyenda de San Francisco? El sentido vulgar cree que en cuanto se habla de la leyenda de un santo, de un héroe, de un reformador, se niega implícitamente su histórica existencia. Nada más infundado. Todos los críticos reconocen unánimes cuán fácil es convertir una relacion histórica en una relacion legendaria ó aumentar las proporciones de los hechos

ciertos con los espejismos de la exaltada fantasía. Sobre datos históricos indudables pueden levantarse con suma facilidad leyendas inverosímiles. Que San Francisco vivió en Asis, predicó, evangelizó, fundó su órden, influyó poderosamente en su tiempo y entregó el alma á los cuarenta años en rígida penitencia, cosa es indudable, por todos admitida, de nadie negada. Pero que en torno de esta figura histórica se extiende como una luz fantástica tampoco admite duda alguna. Así que muere, la trasfiguracion del Santo se verifica hasta el punto de que aquellos mismos empeñados en no verle sino á traves de las ligerezas de su juventud y de las exaltaciones de su edad madura, le creen preservado del más irredimible y más fatal de todos nuestros forzosos tributos á la naturaleza, del tributo de la muerte. Los superiores de su órden inflaman de tal modo con el relato de sus milagros la imaginacion popular que en tres años se alza en Asis su inmenso monasterio, como si hubieran descendido á fabricarlo por sobrenatural llamamiento los ángeles del cielo. Y sucede esto, porque en los palacios y en las cabañas, entre ricos y pobres, se conocen los hechos de Francisco piadosamente aumentados por la fe y admitidos por la índole propia de aquellos tiempos. La devocion se extiende en tales términos que cincuenta años despues de su muerte los ar-

tistas corren todos en tropel á revestir de los cuadros nacientes en la fantasía regenerada la tumba de un mendigo. Ya en el mismo siglo décimotercio la epopeya de Francisco de Asis está escrita en hexámetros de latin eclesiástico. Y ántes de que el siglo décimocuarto se desarrolle, la traducen los fieles al habla de los trovadores y la ponen junto á los libros de caballería. Su historia crece en maravillas á medida que á mayor distancia del Santo se relata por fidelísimos devotos. La relacion de Celano, en prosa y en latin, cuatro años despues de la muerte de Francisco, es la más sencilla. La relacion de los tres socios, ó de los tres discípulos, *Vita à tribus sociis*, escrita más tarde para corregir y completar la obra de Celano, admite en mucho mayor grado lo sobrenatural y lo maravilloso. La distancia en el tiempo suele ser al reves de la distancia en el espacio, aumenta los objetos.

Luégo un filósofo escribe la vida de San Francisco de Asis y la escribe para demostrar una tésis fundamental de su filosofía. Este filósofo es San Buenaventura. Su sistema se deriva de Platon y por lo mismo se relaciona más estrechamente con el arte y con la poesía que ningun otro sistema de aquel tiempo. Para conocer los hechos y las ideas, lo existente y lo posible, la naturaleza y el espíritu, la ciencia y el Criador,

no tenemos bastante con las luces naturales y con el puro raciocinio; necesitamos la intuicion sobrenatural, cuya mirada se aguza más que en las argumentaciones dialécticas en la caridad y en el amor. El mundo ideal ó de los arquetipos eternos, el mundo exterior ó de las realidades imperfectas, el mundo de las ideas increadas y el mundo de los seres creados, propio aquél de los ángeles y éste de las bestias, exigen, si no han de estar separados, si han de ser comprendidos el uno por el otro, puesto que al cabo forman los dos volúmenes de un mismo libro, las dos páginas de una misma hoja, sólo que una página mira hácia lo divino, hácia arriba y otra hácia lo material, hácia abajo; exigen estos dos mundos, decia, si han de ser comprendidos, una entidad mediadora, un ente intermedio, con algo de los ángeles y algo de las bestias, el hombre, el cual no conoce las esencias, sino sus manifestaciones externas, no conoce las sustancias, sino los fenómenos y no puede elevarse hasta lo permanente, hasta lo absoluto, hasta lo eterno, hasta las leyes que son obra del Verbo y hasta el Verbo mismo que es esencia de Dios, ni por la percepcion que sólo ve lo externo, ni por el sentimiento que sólo adivina la belleza en las proporciones, ni por el juicio que sólo conoce la relacion de los fenómenos, sino por algo más grande, por un arranque

soberano de la voluntad, por un impulso ciego del sentimiento, por la mística plegaria del creyente, exaltado, trasfigurado, fuera de sí, en arrobamiento, en éxtasis, viendo las ideas y los arquetipos en Dios y los mundos como sombras de esas ideas y de esos arquetipos en los espacios. Y no podia presentarse ideal más perfecto de los trasportes del corazon, de sus arrebatos y deliquios, de los impulsos á lo sobrenatural que este pobre, este mendigo, este cenobita, muerto para sí y sólo viviente para la humanidad; elevado desde las cenizas y el cilicio á la intuicion de Dios; ántes un gusanillo de la tierra y luégo un íris que luce sobre el diluvio de nuestras lágrimas; un Elías atravesando los espacios en el igneo carro de abrasador misticismo; el ángel que San Juan viera en el Apocalípsis, apareciendo por el Oriente y llevando el sello de Dios en las manos; sér de inmensa grandeza, sér casi divino, que ha llegado á esta sublime trasfiguracion por la virtud de religiosa exaltacion y por los milagros de religioso amor.

En la órden de San Francisco se profesaba como una especie de superior adoracion á Dios, la poesía. El santo mismo ha compuesto versos que pasaron de boca en boca sin fijarse, sin escribirse hasta muy tarde. Ozanam confiesa en su bellísimo libro sobre los poetas franciscanos en

el siglo décimotercio que la oda ó himno al sol es citado la vez primera por Bartolomé de Pisa á fines del siglo décimocuarto y que el poema al amor divino sólo aparece en San Bernardino de Sienna, el cual escribe cien años despues de la muerte de San Francisco. El crítico Crescimbeni publicó el himno al sol como muestra de antigua versificacion italiana y otro crítico le reprochó lo mucho añadido y lo mucho quitado so color de correccion, diciendo que por ese método podia convertirse un discurso de Demóstenes en una oda de Anacreonte. Por aquel tiempo Italia celebraba grandiosos espectáculos. Ya eran torneos y justas; ya procesiones en que se veian millares de personas vestidas con túnicas blancas y coronadas con flores várias; ya jubileos donde trescientos mil peregrinos se congregaban en torno de un sepulcro; ya autos sacramentales en los claustros de las Iglesias que representaban misterios de la religion; ya capítulos como el que tuvo la órden tercera de San Francisco, compuesto de cinco mil hermanos congregados en el campo, al aire libre; fiestas muy gustadas del pueblo, que las amenizaba con el esparcimiento propio del carácter italiano, con las populares improvisaciones poéticas. Y aquí, en estas congregaciones, brotaba la poesía popular, la poesía vertida en el habla de los pueblos, cada vez más alejados

del latin eclesiástico. Y la órden franciscana, órden esencialmente democrática, órden de puro carácter evangélico, órden popular, debia para ganarse las muchedumbres hacer dos cosas igualmente gratas al pueblo: trovar, y trovar en la lengua del vulgo. Así poco á poco se iba creando la democracia, se iba desprendiendo el arte y la ciencia del idioma de las aristocracias teocráticas para usar el idioma de todo el mundo. Y era natural, naturalísimo que los franciscanos trovasen la poética vida de su seráfico fundador y que la trovasen para el pueblo. Fray Pacífico, que acompañaba á Francisco, á la manera del evangelista San Juan á Jesucristo, compuso versos místicos en alabanza al inmortal fundador. Y su asunto no podia ser más legendario. Alzó una noche los ojos al cielo y vió la gloria, los santos, los mártires, las vírgenes, los ángeles, los arcángeles, los serafines, los querubines, todas las jerarquías de los seres celestes. Y en aquellos luminosos círculos sin fin, en aquellas espléndidas esferas, por las altas cimas del Empíreo vió un sitio vacante, el sitio de un ángel destronado como Luzbel, y caido desde la eterna luz en las eternas tinieblas. Y aquel sitio angélico estaba reservado en el pensamiento de Dios al bienaventurado padre San Francisco. El pueblo, que toma por realidad la poesía, lo alcanzaba tambien á descubrir

allí y le consagraba su apasionado culto y sus fervientes oraciones.

Así, poco á poco, la leyenda se fué formando y se fué sustituyendo á la historia. Un siglo más maduro que el siglo décimotercio necesitaba reunir las tradiciones franciscanas en su conjunto y darles la apariencia de relatos históricos. El siglo décimocuarto es el siglo en que la prosa italiana se fija definitivamente. Y el siglo décimocuarto es el siglo en que se escribe *I Fioretti di San Francesco* en prosa. No intenteis averiguar el autor de esa leyenda. Las obras que representan el ideal de un siglo tan admirablemente como esa obra mística no tienen autores personales; nacen como las catedrales que se levantan por todo un pueblo entusiasmado, el cual eleva las piedras á los cielos, obedeciendo el llamamiento y la órden de un arquitecto invisible. No las leais tampoco en ninguna traduccion moderna. Nuestras lenguas son demasiado sábias para verter todo el candor de la primitiva fe. La misma traduccion de Ozanam, con ser obra de este literato puramente católico, de ideas ortodoxas, de creencias purísimas, cuya fe no se desmintió un momento, está muy léjos de verter en su correcto académico frances toda la inocencia de ese libro. Para comprenderlo mejor sería necesario admirarlo en el pergamino de los primitivos códices,

donde áun se conservará el calor de la ardiente mano que trazára aquellas páginas y el borron de alguna lágrima ferviente. No pudiendo procurarse esto convendria leer las *Florecillas franciscanas* en esos libros de feria impresos en tosco papel y con primitivas láminas, donde sobre la rudeza de la forma resplandece el alma de un pueblo. Seguramente hay que devorarlo en el italiano de la Edad Media. Su carácter iguala al candor de una pintura de Cimabue, al dibujo de una viñeta de breviario, al eco de una salmodia gregoriana, al *Stabat Mater* en su no aprendida sencillez que llega á lo sublime.

Las leyendas no han quitado su grandeza á ninguno de los seres sobre los cuales han tendido sus redes de oro y perlas. Guillermo Tell vive todavía. Cuando atravesais el lago de los Cuatro Cantones, cuando veis resplandecer en la cima de los Alpes la nieve eterna y en el fondo de los valles el lago celeste, la sombra que corre por todos aquellos encantados espacios es la sombra del gran cazador que dió muerte á un tirano y vida á un pueblo. La historia ha querido, por una de sus extrañas coincidencias, que la personalidad histórica de Zuinglio, el creador de la conciencia religiosa de Suiza, tenga el lugar de su muerte cerca de la capilla de Guillermo Tell, el creador legendario de la conciencia política de Suiza.

Desde lo alto del Righi podeis ver la iglesia de Zuinglio desierta de peregrinos. Y en el lago de los Cuatro Cantones veréis todos los dias barcas que se dirigen á llevar peregrinos al sitio donde la tradicion ha convenido en poner la leyenda del arquero inmortal, fundador de la secular República de Helvecia. Y en aquel espléndido paisaje, los versos de Schiller, las notas de Rossini, las narraciones de la leyenda no hacen más que aumentar la realidad del héroe, tan duradero como la misma naturaleza. Pero la crítica os dirá que una parte considerable de la poblacion suiza proviene de las costas del Báltico, de los pueblos boreales y que en esas costas, entre esos pueblos, se ha encontrado tradicion semejante á la tradicion de Guillermo Tell, el cazador obligado á traspasar con aguda flecha la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo por la alevosía de un tirano, para el cual guarda su víctima la otra flecha.

Nosotros no podemos extrañarnos de nada, porque hay en la historia nacional un personaje parecido, símbolo de la independencia naciente, orígen de la literatura patria, personificacion del genio hispano, nuestro Cid Campeador. La crítica histórica del pasado siglo llegó á negar su existencia. Eruditísimo sabio consagró un libro entero á demostrar que el héroe aparecia en nuestros

anales como una especie de fantástica figura formada por los rayos de la exaltada fantasía popular y semejante á las mentidas islas que la refraccion de la luz dibuja en los purpurinos cielos del Africa. La especie pasó de los libros nacionales á los libros extranjeros y uno de nuestros más grandes oradores tradujo la historia de célebre autor inglés que negaba rotundamente la existencia del Cid. Dábase tal viso de verdad á la ligera crítica que Rodrigo de Vivar se desvanecia como héroe engañoso de falso cronicon. Inútilmente los devotos de las glorias nacionales se hundian en los archivos, registraban los pergaminos y veian el nombre del Cid en los últimos versos latinos que precedieron á los primeros balbuceos de la lengua castellana. Ya lo veis, decian los críticos, héroe de versos, de poemas, de romances, un Amadis de Gaula. No teneis más remedio que renunciar á él como habeis renunciado á Bernardo del Carpio. Los eruditos continuaban su trabajo titánico y descubrian huellas del nombre de Rodrigo en los documentos del siglo undécimo. Y los críticos decian que del nombre no dudaban; pero dudaban de la verdad de los hechos atribuidos á ese nombre. Y el Cid se enlaza á toda nuestra historia: al orígen de las Córtes, por la Jura en Santa Gadea; al engrandecimiento de Castilla, por sus estrechas relaciones

con D. Fernando I; al combate de los nobles con los reyes, por sus altivas relaciones con D. Alfonso VI; á las clases populares, por sus venganzas en los Condes de Carrion y sus protestas contra las innovaciones religiosas; á la toma de Toledo, en cuyos muros se dibuja aún la sombra del héroe; á la conquista de Valencia, que lleva su glorioso nombre; al rescate de todo nuestro suelo, pues en sus correrías por la España árabe quebrantó los brillantísimos reinos nacidos entre las ruinas del Califato de Córdoba; al comienzo de la lengua, porque sus leyendas, sus poemas, los cantares consagrados á sus hazañas son los primeros vagidos del habla nacional; y por último á nuestra literatura entera, donde el Cid anima al Romancero y el Romancero anima al Teatro para producir aquellos milagros de genio cuyo imperio se dilatará todavía más que el imperio inmenso de nuestras conquistas y de nuestros descubrimientos por toda la redondez de la tierra. Inmensa pérdida la de un héroe así en nuestros anales, pérdida irreparable que arrancaba á un tiempo la raíz de nuestra literatura, de nuestra nacionalidad y de nuestra historia. Pero la crítica no tiene entrañas. Y se restauró la erudicion árabe y se comenzó el estudio de la Historia de España en las relaciones de nuestros enemigos y se vió que el Cid existia con sus principales

hazañas y dejaba en el suelo mahometano y en los mahometanos anales un reguero de luto y de terror tan grande como el reguero de luz y de gloria que dejára en nuestros anales y en nuestro patrio suelo. Y la verdad histórica no fué obstáculo para que cada clase creára un Cid á su imágen y semejanza; los nobles el Cid altivo con los reyes y pendenciero en el palacio; los reyes el Cid leal y monárquico que resplandece en las obras de Alonso X; los pueblos el Cid que no transige con el regicidio consumado al pié de Zamora y que castiga á los Condes feudales orgullosos de su prosapia y que amenaza á la Roma pontificia por las maniobras contra la liturgia mozárabe y contra la Iglesia nacional; hasta los monjes, el Cid sentado ante el altar mayor de San Pedro de Cardeña, despues de muerto, y que resucita y saca la espada cuando un judío quiere mesarle las barbas; de suerte que cada clase, cada aspiracion pone sus ideas, sus intereses, sus recuerdos en el grandioso ideal de todo nuestro pueblo y el Cid de la Leyenda resulta tan verdadero y tan vivo como el Cid de la Historia y pasa del cronicon al poema latino, del poema latino á la leyenda de sus mocedades, de la leyenda de sus mocedades al poema de su nombre, del poema de su nombre al romancero, del romancero al teatro, siempre creciendo á

medida que crece y se agranda el genio nacional.

Así no podeis extrañar ya el nacimiento y el desarrollo de las leyendas religiosas, la parte que tiene en ellas el hecho histórico y la parte que tiene la poesía. Evocad las crísis entre mundos que nacen y mundos que espiran; trasladaos á tiempos de paz universal propicia á la actividad del pensamiento despues de universales guerras ó á tiempos de guerras que exigen fuerzas sobrehumanas y son gérmenes de trasformaciones profundas; recorred aquellos desiertos poblados de ideas y poblados de penitentes, aquellas ciudades donde se espera siempre una revelacion que apague la sed del espíritu y un salvador que rompa las cadenas con que estamos atados al límite; evocad todo el prestigio de sitios como las Pirámides, como la Meca, como Jerusalen, como Alejandría, en que se han condensado los misterios y han relampagueado las ideas; ved la aptitud de esas razas orientales educadas en lugares tan brillantes que las arenas resplandecen como si fueran luminosas y los profetas surgen como seres naturales de tan privilegiadas regiones; añadid la índole de esos pueblos para la creencia, la sed del martirio que en ellos se despierta, su vocacion al doble apostolado de la palabra y de la espada; reconoced la tendencia de las ideas científicas á penetrar de un lado en los abismos más insonda-

bles de los principios metafísicos y por otro lado á encarnarse en las verdades más prácticas de la moral; notad luégo como los ideales que ciertas gentes ven por superior inteligencia en sí no pueden verse de todos si no se encarnan en seres aparte de virtudes ó méritos sobresalientes; y explicaréis con sencillez el orígen de tantas y tantas leyendas como consuelan á los pueblos y á los hombres en las tristes asperezas de la realidad, y los congregan en torno de un templo ó de un sepulcro y les dan la idea de lo infinito para expresar lo supremamente bello en el arte y penetrar por su esperanza desde las tristes condiciones de nuestra vida en la inmortalidad.

VIII.

Extraordinarias y maravillosas circunstancias concurrian por rara coincidencia en el sitio, en el tiempo, en la nacion donde brotó la órden franciscana. Escoged el autor que os parezca ménos hiperbólico y más sencillo; el que dé ménos parte en la historia á lo sobrenatural y mayor á los hechos; un positivista, un realista en el sentido artístico de la palabra, un analizador, el

cual, en vez de resucitar esta época la diseque, Maquiavelo por ejemplo y veréis lo crítico del tiempo realzado por la divina mision de San Francisco. El Pontificado se levanta espléndido despues de haber conseguido la inmolacion de la prematura ciencia de Abelardo y de la prematura rebeldía de Arnaldo, reduciendo el Imperio á ser lo que deseaba Gregorio VII enfrente de la Iglesia como la luna enfrente del sol. El Imperio griego, que se ha preservado de los bárbaros y que ha desarrollado la metafísica antigua aplicándola al dogma, acepta la invasion latina como si resucitára la unidad descompuesta por Diocleciano y anegada en diluvios de sangre. Las cruzadas se detienen á pesar del rápido triunfo de Federico de Suabia, sin poder pasar el límite del desierto, cuando en los tiempos anteriores parecian impulsadas por el espíritu de Dios y comienza á ceder el feudalismo á la creciente marea de la democracia que llegará desde el fondo de los municipios á las cúspides de los castillos.

Y luégo, cuando el Santo ha muerto y la leyenda del Santo nace, los tiempos cambian profundamente, como si la segunda mitad del siglo décimotercio fuera contraria á la primera mitad. Apénas ha subido el Pontificado á su zenit con Inocencio III, cuando, muerto éste, declina hácia su ocaso. Los güelfos y los gibelinos combaten

como nunca, exacerbándose en crueldad y encarnizamiento. El gran combatiente Erzelino, hombre feroz é implacable, que representaba con justos títulos en las guerras contínuas y sangrientas á los gibelinos, degüella doce mil ciudadanos de Padua. El Papa Urbano VI llama contra sus enemigos al feroz Cárlos de Anjou, que desembarca en Ostia con gran golpe de gentes llevadas en treinta galeras é inaugura una piratería contínua por las costas del Mediterráneo italiano. La sangre real de Conradino, descendiente de los Emperadores de Alemania é inmolado en afrentoso cadalso por Cárlos de Anjou, salpica la corona del rey de Nápoles y la tiara del Pontífice de Roma, como su guante de desafío lanzado bajo el hacha del verdugo es recogido por la mano de los aragoneses, que llevaron nuevos elementos de dominacion pero tambien de combate á la desgarrada Italia. Los franceses que sostenian á los angevinos son degollados todos á la señal de un astrólogo en Fiorli y al toque de vísperas en Palermo.

El Pontificado recibe por este tiempo cada dia una herida que le produce irremediable decadencia política. El penúltimo papa del siglo décimotercio, Celestino V, revelaria esta decadencia si no la revelasen otros muchos hechos y personajes históricos. Dos años y tres meses yació por

tierra el trono pontificio sin Pontífice que lo ocupase, á causa de las turbulentas rivalidades del Sacro Colegio dividido en tres bandos irreconciliables. Por fin uno de los cardenales propone elegir pobre anacoreta, ajeno á las mundanas ambiciones, desconocido del mundo y menospreciador de sus vanidades, dado desde los más tiernos años al ayuno y á la penitencia en las selvas y en las montañas de la tierra de Apulia, nacido al pié de los castillos feudales en los campos parthenopeos de una sierva familia de jornaleros, educado como los lobeznos y como los aguiluchos en las cavernas; reducido á la soledad desde los primeros años y por lo mismo apto para sobreponerse al torbellino de las humanas pasiones y regir la Iglesia por amor á Cristo que no dejaria de prosperar su sublime pontificado, en cuyos dias habrian de renovarse los tiempos heroicos del cristianismo y reinar las máximas sagradas del Evangelio. A estas consideraciones el Sacro Colegio le elige por voto unánime. Cuando la diputacion de cardenales, atravesando montañas que parecian inaccesibles, selvas que parecian inexplorables, llanuras que parecian desiertas, lo encuentra al borde de los torrentes, en la desnudez más completa, confundido casi con los seres irracionales y materiales, semejante al San Jerónimo que ha consagrado la tradicion religiosa

en los cuadros de los pintores ascéticos, el anacoreta espantado no alcanza á entender de qué le hablan y rehusa el irse con los embajadores, prefiriendo á todas las pompas y á todas las dominaciones del mundo su austera soledad. Dos reyes, uno de Nápoles y otro de Hungría, van á los desfiladeros, donde se mantiene de yerbas y se viste de yedra, como un sacerdote contemplativo de la India, para echarse de rodillas á sus plantas y rogarle que salve á la Iglesia; bañándole los piés con torrentes de lágrimas y perturbándole la cabeza con suspiros y súplicas hasta obligarle á ceder y conducirlo á Aquila en la patriarcal montura en que Cristo llegó triunfante á Jerusalen, llevada por manos reales del ramal y seguida de obispos, arzobispos, caballeros, todos vestidos de púrpura y brocado, como para realzar la humildad del pobre penitente hecho jefe espiritual del catolicismo y representante de Dios sobre la tierra por súbita intervencion de la Providencia. En Agosto de 1294 fué coronado y en Diciembre del mismo año tenía hecha ya pública dejacion de su tiara. No habia remedio: en las ciudades se ahogaba su pecho acostumbrado al aire libre de las selvas; en las intrigas de los palacios se perdia su inteligencia consagrada á la contemplacion pura de la verdad religiosa y al éxtasis más completo: la mesa del festin repug-

naba á quien comia el duro pan de los siervos y bebia en él hueco de las manos el agua pura de los torrentes; la corona de oro y pedrería abrumaba aquella cabeza acostumbrada como los lirios del valle á una corona de rocío; en las alturas del poder sufria vértigos su mirada, propia sólo para contemplar como las águilas frente á frente el sol en las sublimes alturas de las montañas y la presencia de los hombres aterraba al que se creia por sus oraciones y por sus ayunos, sólo con sus pensamientos místicos y sus prácticas piadosas, en presencia siempre de Dios. A mayor abundamiento refieren los historiadores que el ambicioso cardenal Gaetani, aspirando á ser su sucesor, le ponia emboscadas á cada paso, le llenaba de escrúpulos la conciencia, le fingia voces de condenados y trompetas de los ángeles del Apocalipsis en las largas noches de invierno, para reducirlo á deponer su corona y á tornar á su desierto. Y en efecto, abdica la tiara y corre á la Apulia en demanda del anhelado reposo. Pero Gaetani, que alcanza su codiciada sucesion bajo el nombre de Bonifacio VIII, manda emisarios que le liberten de un competidor peligroso. Avisado con tiempo el pobre Celestino V, corre á las playas, toma una barca de pescador y rema para ganar las costas de Dalmacia y perderse en más apartados desiertos. Pero los vientos y las

olas le arrojan á las costas de Italia nuevamente, donde su perseguidor le apresa y le encierra dentro de una torre, tumba anticipada que presencia una agonía de diez meses y recoge el cadáver de aquel penitente exaltado desde las cavernas al trono y caido desde el trono en los calabozos, imágen fiel de las deshechas borrascas de sus rudos tiempos.

La órden de San Francisco debia por su orígen y por su carácter democrático oponerse á estos desórdenes del pontificado y contribuir por tanto á la decadencia de la institucion que podriamos llamar fundamento único de la moral religiosa en la Edad Media. El más ilustre de los franciscanos, despues del fundador, fué Jacopone de Todi. Educado en Bolonia, perito en el derecho, rico y poderoso, casado con idolatrada y hermosísima mujer, nada le faltaba de todo cuanto llama felicidad el mundo. Un dia del siglo décimotercio, á los cuarenta años de la muerte de San Francisco, celebrándose alegres fiestas y espectáculos en Todi, se hunde un tablado y mueren tristemente en la catástofre numerosas personas. Entre los muertos se encuentra la idolatrada esposa de Jacopone, el cual sólo tiene tiempo para recoger entre sus brazos el cuerpo desgarrado y aspirar en los labios el suspiro último de su idolatrada compañera. Desde aquel dia arroja su

toga y toma el sayal; abandona el mundo y abraza la penitencia; cierra los libros de Ciceron y abre los libros de piedad; renuncia á los discursos elocuentes y entona los versos místicos; deja la compañía de los jurisconsultos y sigue la compañía de los franciscanos; huye los aplausos y busca los sarcasmos de las gentes; reparte sus bienes y se resigna á la pobreza; renuncia á las locuras insensatas del mundo y sigue la divina locura de la Cruz. Para conocer hasta donde llega su inspiracion, basta decir que es autor del *Stabat Mater*, esa sublime elegía cuyos acentos no podemos oir el Viérnes Santo entre los altares desnudos, el santuario solitario, el templo oscuro y la Cruz recien descubierta, sin que nuestro corazon se inunde de tristeza y participe de todos los dolores de la Vírgen Madre durante la pasion. Jacopone es contemporáneo de Celestino V. Naturalmente el asceta debia desde el claustro exaltar al asceta que se eleva al trono. A mayor abundamiento, en los cinco meses que duró el reinado de Celestino, el principal empeño de éste debia ser reformar, en sentido cada dia más austero, las órdenes monásticas, y en este empeño debia sostenerle el austerísimo poeta. Luégo Celestino abdica y Bonifacio VIII le sucede. Jacopone debia seguir al penitente en su desgracia y condenar la ambicion coronada con la humilde corona de Cris-

to. Así firma la protesta de aquellos que niegan la validez de la eleccion de Bonifacio. Y á la protesta añade sátiras en las cuales dice que el nuevo Papa vive en los delirios y ambiciones de este mundo como la salamandra en el fuego. Bonifacio VIII no podia sufrir estas injurias y con gran ejército se dirige á Palestina, donde estaban los cardenales protestantes y su exaltado poeta. Largo sitio sufre la ciudad, pero al cabo se entrega y el Papa busca al cantor y lo encierra en húmedo calabozo. Los escritores Wisseman, Döllinger, defienden al Papa y no pueden negar, sin embargo, la autenticidad de todos estos hechos. Jacopone es arrojado entre tinieblas eternas. Enormes cadenas le abruman; el agua podrida de una letrina apaga su sed y contra tantos dolores sólo encuentra alivio en su desprecio de las dichas del mundo y en su exaltacion por el dolor. Estando en la cárcel se convocó el gran jubileo de 1300 que vino á torturar su alma áun más que su cuerpo, pues oia al traves de las paredes de su cárcel los cánticos sagrados y el paso de los peregrinos encaminándose á Roma, sin poder participar de sus místicas alegrías. En vano demandaba misericordia al representante de un Dios todo misericordioso. Una vez que Bonifacio pasaba por la calle de su calabozo, segun cuentan autores de todo crédito, se asomó á los barrotes de su

reja y le dijo: ¿Cuándo saldrás, Jacopone? Cuando tú entres, Bonifacio, le respondió el franciscano. Y en efecto, á los pocos dias, los Colonnas se dirigen á Agnani y entran en el palacio del Papa. Éste, no teniendo ninguna defensa material, se fia por completo á su autoridad religiosa, se ciñe sus vestiduras sacerdotales, se cubre con su áurea tiara, empuña su báculo y se sienta en el trono, sobre cuya cima agita las blancas alas el Espíritu-Santo. Los invasores entran, lo desacatan, lo abofetean y lo arrojan en una prision. Por fin, los habitantes de la ciudad le libertan y se va á Roma. Pero sale de manos de los Colonnas para caer en manos de los Orsinos. Y allí muere á los treinta y siete dias de haber recibido el bofeton que sella la decadencia del Pontificado y muere en un acceso de febril locura engendrada por el sentimiento de sus humillaciones, por haber querido ser un Papa más grande, más fuerte y más imperioso de lo que consentia el espíritu de su tiempo. Jacopone, libertado de su prision por el sucesor de Bonifacio VIII, tiene hoy un nombre glorioso entre los poetas y un nombre bienaventurado entre los santos. Su espíritu democrático contribuyó, como todo el espíritu de su órden al quebrantamiento y á la decadencia de la autoridad teocrática en la Edad Media.

Lo cierto es que la órden de San Francisco, á

sabiendas ó no, contribuye á descomponer los dos elementos capitales de aquellos tiempos; el feudalismo y la teocracia. No medimos al pronto la trascendencia de una idea porque no conocemos toda su naturaleza y una idea contiene siempre otra larga serie de ideas. Tal afirmacion, que parece puramente artística, puramente filosófica, resulta luégo una afirmacion política y social. Por ejemplo, el romanticismo literario era una revolucion, tanto en España como en Francia, porque se levantaba contra las reglas de una poética tradicional y cortesana. Tened por cierto que los franciscanos ignoraban el destino social de su aparicion necesaria en el mundo; pero lo cumplian ignorándolo. Por eso el alma de la nueva sociedad, que estalla en el siglo décimosexto, contará siempre entre sus Bautistas al Padre Seráfico y entre los precedentes de su aparicion á la seráfica órden, puesto que representa un término dialéctico en el desarrollo de su idea progresiva y un necesario predecesor en la genealogía larguísima de sus progenitores.

El cristianismo se habia convertido en una doctrina de autoridad indispensablemente para cumplir estos dos ministerios capitales en la transicion dolorosa del antiguo mundo al mundo moderno; para sustituir con algun principio de unidad moral la soberanía política perdida por Roma

y para educar y domar con una verdadera disciplina religiosa la inteligencia inculta y la voluntad indómita de los bárbaros. Esta doctrina, que desde el siglo primero al siglo cuarto fuera una doctrina del pueblo, desde el siglo cuarto al siglo décimotercio se convierte en una doctrina del imperio. Por tal razon, á no dudarlo, cuantos tratan de fundar la autoridad, ó sobre las ruinas de la antigua Roma ó sobre la cerviz de las nuevas tribus en la larga descomposicion de las sociedades paganas y en la no ménos larga recomposicion de las sociedades modernas, se acogen al catolicismo. Constantino lo saca de las sombras de las catatumbas al aire de la libertad; Teodosio lo declara religion oficial violentando la conciencia pagana del senado romano; Carlo-Magno funda sobre sus dogmas un pacto político, y cree que sería imposible sujetar la barbarie de su tiempo sin pedirle inspiracion y fuerza, para lo cual se arroja á los piés del Pontífice y besa, de rodillas sobre el suelo durísimo, cada una de las gradas que se extienden al pié del templo vaticano. Los Papas mismos contribuyen á este fin, porque desde Gregorio Magno á Gregorio VII y desde Gregorio VII á Inocencio III no hacen más que fulminar sus rayos contra todas las rebeldías del individualismo religioso ó político y rehacer por medio de su autoridad dogmática

la autoridad social en sus tempestuosos tiempos.

El primero en reanudar la tradicion puramente evangélica es San Francisco de Asis. Diríase al verlo que ha salido de las catacumbas, que ha orado en sus tinieblas eternas, que ha visto flamear como una amenaza sobre su cabeza los cetros y las espadas de los poderosos y arder á sus piés como un infierno las hogueras de los mártires. Para sus penitencias busca, como los primitivos apóstoles, el desierto; para sus cánticos y oraciones, el acompañamiento de las aves del cielo y el incienso de las flores del campo; para el apostolado de su doctrina, el pobre y el mendigo, porque su objeto es llorar con los que llòran, padecer con los que padecen, morir por los desvalidos y por los opresos. El espíritu democrático del Evangelio renace en él con toda su pristina pureza. Y se oye en coro sublime, sobre un mundo de autoridad, de fuerza, de guerra, donde la espada es el primer derecho y la victoria es la primer razon, sonar el eterno tema de la oracion en la montaña: bienaventurados los humildes, los débiles, los pobres, los desgraciados, los ignorantes, los atribulados, porque de ellos será el reino de los cielos. Y San Francisco resucitaba la verdadera doctrina cristiana, puesto que toda la enseñanza evangélica es una enseñanza democrática. La han preparado los profetas, y los profetas no son más

que los tribunos religiosos consagrados á combatir la idolatría de los reyes. Jamas ha dicho Milton contra Cárlos I, ni Mirabeau contra Luis XVI, ni Tácito contra Tiberio lo que ha dicho Samuel contra Saul en sus esfuerzos para impedir la trasformacion monárquica de Judá. El Bautista vive preparando las vías del Salvador y muere al capricho de una córte, al antojo de una cortesana, al mandato de un poderoso de la tierra, enemigo natural de las revelaciones del cielo. El dia que la Vírgen siente palpitar el divino Hijo en sus entrañas se exalta de alegría, y alaba á Dios en términos que parecen arrancados á una arenga tribunicia: *potentes deposuit de sede et exaltavit humiles; exurientes implevit bonis, et divites missit inanes.* El pueblo de Cristo es un pueblo de esclavos; su familia, una familia destronada; su padre, un carpintero; su cuna, un establo; sus primeros devotos, los pastores; sus primeros enemigos, los escribas y los fariseos que componian la aristocracia de Jerusalen; sus primeros apóstoles, los pobres pescadores; su primer perseguidor un Herodes; su mayor enemigo, un Caifás; su juez, un Pilátos; su templo, el desierto lleno de ideas y no la sinagoga teocrática llena de tinieblas; sus bienaventuranzas la promesa de consuelo á los afligidos y de libertad á los opresos; su doctrina religiosa venida de un solo Dios y consagrada á

todos los hombres, doctrina de igualdad; su vida, un combate con la supersticion y el privilegio; su muerte, un divino holocausto por la salud de todos los desheredados, y una eterna acusacion á la soberbia de todos los tiranos.

Esa tendencia democrática de la doctrina cristiana resucitaba el Santo en una sociedad tan fundada en la guerra y en la fuerza de la autoridad como la misma sociedad romana. A la cabeza del mundo habia un papa con tres coronas y con extenso patrimonio temporal, donacion de Pipino, agrandada por la piadosa condesa Matilde y que era el signo de la autoridad moral del pontificado. A la cabeza de Europa habia un emperador cuyo poder estaba siempre en litigio y cuyo litigio era una guerra perpétua. La soberanía estaba en la propiedad y la propiedad se extendia, á pesar de tres siglos de cristianismo, sobre las personas. Los valerosos, que habian sometido una compañía á sus mandatos y luchado con ella contra otros enemigos en armas, tomaban sus conquistas por una propiedad y sobre la propiedad constituian todas las jurisdicciones, desde la jurisdiccion del rey hasta la jurisdiccion del juez y desde la jurisdiccion del juez hasta la jurisdiccion del verdugo. Los reyes no eran más que los jefes, los primeros, los más fuertes de aquella sociedad de conquistadores y terratenientes, siem-

pre armados para defender su propiedad ó conquistar la propiedad ajena. Los obispos, los abades, los monjes eran señores feudales y ejercian todas las jurisdicciones anexas al privilegio señorial. Las ciudades mismas donde comenzaba á brotar la raíz de la democracia se constituian como una personalidad jurídica con ejercicio de derechos señoriales y luchaban rudamente con las otras ciudades en aquella guerra universal por la propiedad. Y en mundo constituido de tal suerte, la voz de un religioso se levanta por los campos, por las calles, por las encrucijadas, predicando que está la perfeccion cristiana en la humildad, en la pobreza, en la miseria; entre los siervos, entre los desheredados, entre los mendigos. Naturalmente, las castas se rompian, la igualdad avanzaba, los maldecidos por los malos usos, los esclavizados por las bárbaras leyes, entraban en el claustro y se colocaban á la cabeza de todas las clases ungidos por la religion y de esta suerte se fundaba con las mismas órdenes monásticas más desavenidas del mundo, más ajenas á la vida real, más consagradas á sus ayunos y á sus oraciones, por vías misteriosas y providenciales, una sólida, una profunda, una invariable democracia que debia fundar una nueva sociedad.

Así es que la órden franciscana engendra inmediatamente una secta, la cual rompe toda la

doctrina ortodoxa y despierta la tendencia vivísima á creer en segura renovacion dogmática despues de la renovacion moral para el establecimiento de progresiva iglesia donde sean perpétuas las relaciones del cielo con la conciencia del hombre. Evangelio eterno se llama el sistema teológico erigido en creencia complementaria del cristianismo por estos hermanos de San Francisco. Dos revelaciones religiosas han esclarecido el alma humana. Primero, en el comienzo de las edades, cuando la tierra todavía está cercana á su creacion, aparece en los desiertos, y ante la tienda de los patriarcas, en la zarza del Horeb y en las tempestades del Sinaí, aquella revelacion que los franciscanos llaman del Padre, por ser de Dios puro, de la primer persona de la Trinidad, revelacion apropiada á un pueblo primitivo que se ha educado en la servidumbre de Egipto al pié de las Pirámides; que se ha redimido por una peregrinacion nómada desde el África al Asia hasta llegar á su tierra de Palestina; que ha necesitado, junto á los preceptos morales, preceptos higiénicos y políticos para iniciar la lenta y trabajosa educacion de humanidad en el crecimiento de su vida sobre la tierra y de su conciencia en lo infinito. Pero á la revelacion del Padre sucede la revelacion del Hijo. Aquélla se verifica en el comienzo de los tiempos y ésta en su madurez;

aquélla cuando las sociedades civiles nacen bajo la tienda de los patriarcas y ésta cuando las sociedades civiles se completan y robustecen por las instituciones del derecho romano; aquélla en el relampagueo de las cumbres del Sinaí y ésta, en la sublime desnudez del Calvario; aquélla por la tonante voz de un Dios airado y ésta por la humilde sangre de un mártir sin mancha, siendo la primera la revelacion del Sér, y la segunda la revelacion del amor; la primera, la revelacion de Jehová y la segunda, la revelacion del Verbo; la primera, la revelacion del Padre y la segunda, la revelacion del Hijo; necesarias ambas para el desarrollo de nuestro espíritu en la tierra y para su comunicacion estrecha con el cielo. Y así como la sociedad patriarcal se iluminó en la revelacion del Padre ó del Sér y la sociedad romana con la revelacion del Hijo ó del Amor, nuestra sociedad se iluminará con la revelacion del Espíritu ó de la Ciencia. Y de esta suerte, la órden franciscana rompe por la apoteósis del mendigo la sociedad feudal y por la esperanza en el advenimiento del Espíritu Santo para revelar una verdad más clara en una conciencia más humana la autoridad teocrática.

Despues de esto, ya podeis explicaros los dos siglos que han de suceder al siglo de San Francisco: el poder de los gremios; la extension de

los municipios; las libertades tempestuosas; las asambleas populares; los síndicos elevándose á la altura de los reyes; los nobles perdiendo su imperio sobre los siervos; las artes emancipándose de la tutela litúrgica y yendo á renovar el calor de su sangre en la savia de los campos; el cisma en vigor; la Iglesia en crísis; la conciencia en rebeldía; los concilios llenos de aspiraciones democráticas; las lenguas vulgares elevadas á expensas de la ciencia; el escolasticismo hundido; la razon preparada para entrar triunfante en la filosofía y la conciencia pidiendo la sustitucion de todos los sacerdocios quebrantados y el derecho á interpretar la naturaleza y el espíritu con su libre exámen que forjará otra nueva Europa.

Uno de los misterios mayores que hay en la vida es el enlace de las causas con los efectos. ¿A qué cometa habrá pertenecido la materia de que estamos formados? ¡Cuántas revoluciones habrán sido necesarias, cuántas catástrofes, qué de terremotos, qué de levantamientos del suelo y de erupciones del fuego central para producir la arcilla del frágil vaso de vidrio donde apagamos nuestra sed! ¿De qué sustancia se habrá alimentado ó en qué bosque ó selva habrá crecido, cuántas flores habrá llevado, cuántos nidos, cuántos frutos el árbol señalado ya por el destino para ser mi mortaja? ¿Adónde habrá ido á parar

la primera lágrima evaporada de mi mejilla ó irá á parar el último suspiro de mi pecho en esa fragua contínua de la vida que se llama atmósfera? Pues más difícil todavía es saber cómo penetra la idea en la palabra y la palabra en la conciencia para pasar luégo de los individuos á las colectividades y producir nuevos organismos sociales en estas cristalizaciones incesantes de las ideas que forman como las bases de la sociedad, la cual parece tan sólida á primera vista y está sujeta á una renovacion permanente. En el convento de San Francisco de Asis, á la luz cernida por los rosetones ojivales, al cántico exhalado de los coros semi-bizantinos, al rumor que producen los rezos de los creyentes bajo las bóvedas sembradas de estrellas y los pasos de los peregrinos sobre las losas del pavimento de mármol; entre aquellos ángeles y aquellos santos que se destacan de los muros como ideas vivientes; entre aquellas estatuas tendidas sobre los sarcófagos que os hablan de la eternidad con sus labios de piedra; creeis estar delante de una de esas rocas donde acaban los terrenos primitivos y empiezan los terrenos secundarios ó terciarios del planeta, como que estais en presencia del monumento sublime donde se trasformó la Edad Media y empezó el espíritu moderno por virtud de la palabra de un penitente, que con su amor impulsó á

la tierra en su carrera por el espacio, y acercó á nuestras manos los apartados cielos donde se trasfigura la conciencia. Así ha podido el sentido comun llamar al pobre penitente de Asis el Cristo de la Edad Media.

SORRENTO Y EL TASSO.

I.

Compadezco á todo aquel que no haya ido jamas, en tibia mañana de Mayo, desde Castellamare hasta Sorrento, entre aquellos bosques de limoneros y de granados, todos floridos, resaltando por los sombríos olivares; bajo la grata sombra de las montañas erizadas de riscos, por cuyas grietas tienden su lujuriosa vegetacion las selvas de hayas, castaños y encinas; sobre el tortuoso camino abierto en la roca viva que enlaza las poblaciones medio ocultas en el follaje; al borde del mar, cuya celeste superficie siembran de estrellas fugaces y contínuas los rayos del sol deslumbrador; la isla de Capri enfrente, cortada como gracioso templo de lapis-lázuli que se alzára sobre las aguas; á la espalda el Vesubio con su penacho de humo destacándose en el cielo y su cintura de jardines y su crestería de lavas bri-

llantísimas, y sus alfombras de ciudades multicolores; todo envuelto en la luz meridional y perfumado por el embriagador azahar, formando un conjunto de bellezas naturales que nos abruman con su magnificencia, ántes al contrario, os convidan á tomar parte en su regocijo y á unir vuestra idea á sus creaciones como una nota más de la universal armonía.

¡Cuán hermosa es Sorrento! Parece caerse al mar desde la altísima roca donde se ha agarrado como una ciudad náufraga. En la falda de pendiente montaña está como suspensa, y desde sus balcones á la playa todavía media pavoroso abismo. Diríase alzada por sus fundadores, como un mirador para contemplar el Vesubio, que semeja á espejismo de la imaginacion en la bahía de Parthenope que á su vez semeja á encantado lago. Desde el jardin de la Sirena, cuyos intensos aromas casi trastornan el sentido, veiamos abajo, en la breve ensenada, sobre la estrecha faja de menuda arena, los peces plateados saltando entre las oscuras mallas del copo y las barcas recogiendo sus velas latinas y atracando á fuerza de brazos entre grupos pintorescos de activos marineros. Como la hermosura está en la variedad de los contrastes, he aquí la region más hermosa del mundo: agrias montañas y tranquilos verjeles; cúspides de nieve en las lejanas cordilleras de los

Abruzos y cúspides de fuego en los próximos conos del Vesubio; las guirnaldas de parras arriba y abajo las guirnaldas de algas; el campesino aquí recogiendo en cestos de mimbre los limones y el pescador allá recogiendo en cenachos de esparto los pescados; la oscura encina en el monte y la blanca vela en el mar; las rosas y los jazmines y las violetas en las florestas y las conchas y los caracolillos en los arenales; las ruinas desoladas y desiertas entre los jaramagos, frias como huesos de esqueletos, y las fuerzas de la naturaleza creando y produciendo contínuamente en la gigantesca fragua de volcanes y solfataras; la alegría de la vida que brota en las serenatas, en las canciones, en los coros al airè libre, en el regocijo de estos pueblos donde ha nacido la música moderna, y èl horror de la destruccion y de la muerte en las erupciones que subvierten toda la comarca, que destruyen y levantan montañas, que abren sepulcros donde caben ciudades enteras; la esperanza de lo porvenir y el recuerdo de lo pasado; la caverna silenciosa y la onda sonora; los matices más bellos de la luz y los juegos más caprichosos de las sombras; los términos más opuestos de la historia y los contrastes más bruscos de la vida.

¡Y decir que un poeta como Tasso no ha cantado ni este pueblo donde viniera al mundo, ni

el palacio construido sobre la roca que da al mar donde encontráran sus miserias alivio y consuelo en el cariño de piadosa hermana, en el calor de tranquilo hogar, en el comercio con la sana y robusta naturaleza! Algunas palabras acerca de la amenidad del campo y de la salud de sus moradores; hé ahí todo. Los poetas del Renacimiento italiano se parecen á Miguel Angel, tan menospreciador de cuanto no fuera el hombre y la mujer, que en el *Juicio Final* desaparece nuestra tierra, como si el desenlace de la tragedia humana se representase en los espacios desiertos. ¡Cuán preferible es el bellísimo paisaje viviente de esta bahía incomparable al contrahecho paisaje de los falsos bosques de Armida! Entre todos los poetas meridionales de aquellos tiempos, para mí, los dos que mejor cantaron la naturaleza fueron Camoens y Garcilaso. Nunca he podido asomarme al Tajo, ya entre los verjeles de Aranjuez, ya entre las ruinas de Toledo, sin murmurar las Eglogas; ni al Mondego sin ver las ninfas que todavía lloran, bajo los pinos y los sauces y los cedros, en el lugar llamado de las lágrimas, la muerte de doña Ines de Castro, aquella hermosa dama que reinó despues de muerta. Nuestro inmortal cantor peninsular, el Homero de la Iliada del trabajo y de la Odisea de las navegaciones gigantescas y de los descubrimientos maravillo-

sos, inspirado por la luz de África y por la vida de Oriente, hubiera descrito de singular manera esta Sorrento, muy parecida á la isla de Vénus, pintada en su noveno canto de *Las Luisiadas*, muy parecida, iba diciendo, á la espaciosa bahía donde las ondas mueren sobre blanca arena sembrada de pintadas conchas y caprichosos caracoles; á las tres colinas de líneas graciosas y de aspecto imponente que ostentan sus prados llenos de flores, por los cuales corren cristalinos arroyos y sonantes cascadas, despeñándose desde las agrias rocas en deliciosos valles; al lago sereno en que se miran los perfumados bosques; á los árboles cargados de flores y de frutos, desde el laurel de Dafne hasta el gracioso limonero, mezcla del oro y la esmeralda, desde el granado que envidiáran los rubíes hasta los perales picados por los pájaros, y los olmos de Alcídes, y los laureles de Apolo, y los mirtos de Vénus, y los pinos de Cibéles, mudos testigos de la inconstancia de Atys, y los sombríos cipreses que elevan al cielo sus fúnebres pirámides entre las cerezas, cuyo color compite con el coral, y las brillantes moreras; todo realzado por esta luz que os tendria eternamente suspensos y extáticos, cual una sonrisa de correspondido amor.

Sorrento ha elevado una estatua de blanco mármol al Tasso. Nunca me cansaré de admirar el

respeto que Italia guarda á la memoria de sus más ilustres hijos; nunca, de ofrecerlo como ejemplo vivo á nuestra ingrata España. Puede decirse, sin exageracion, que en Italia caminais entre dos coros de estatuas. Si entrais por Génova, lo primero que herirá vuestra atencion es la efigie del descubridor de América. ¿Dónde tiene entre nosotros, españoles, otra igual? En ninguna parte. Ni á la puerta del monasterio de la Rábida, que le vió pedir limosna humildemente; ni á la puerta del refectorio de Salamanca, que vió á su razon triunfar de todas las argucias teológicas; ni en la vega de Granada, donde se avistó con sus protectores; ni en el puerto de Palos, testigo de su salida; ni en el puerto de Barcelona, testigo de su vuelta; ni en las calles de Valladolid, testigos de su muerte.

No es maravilla, en verdad, que genio tan ilustre tenga monumento tan excelso. Los hay por todas las regiones de Italia. En Turin lo tienen, desde los primeros hombres de Estado, como Azeglio y Cavour, hasta los organizadores del ejército y los ministros de Agricultura y Comercio que han servido modestamente á su patria. En Milan se eleva el gran fundador de la unidad italiana, y ese coloso del Renacimiento, ese Leonardo de Vinci, á quien rodean sus primeros discípulos. Los templos y los palacios de Venecia pueden lla-

marse necrópolis de los héroes y de los artistas. Por todas las encrucijadas de Mántua se os aparece la imágen de Virgilio. A los dos lados de la galería de los Oficios en Florencia, sobre el fondo de oscuro granito, se destaca el blanco mármol de las estatuas, y estas estatuas representan los hijos preclaros de Toscana, feraz en brillantísimos genios. Las cimas del Pincio, despues de la libertad de Roma, han sido decoradas por series de bustos donde se enlazan todas las estrellas del cielo espiritual de Italia. Arnaldo de Brescia y Giordano de Bruno reciben justo desagravio en el mismo suelo donde ardieron sus cuerpos y se calcinaron sus huesos. Pergoleso, moribundo, se ve por los pórticos del teatro de Salerno; Virgilio en su templo de gloria y Vico en su meditacion de historiador brillan allí donde vienen á morir las ondas del Tirreno, á las plantas del Vesubio, entre los mirtos y los laureles de la inmortalidad.

¿Y nosotros? En Madrid tres hombres se han salvado del ingrato olvido: Cervántes, que se eleva á las puertas de las Córtes; Murillo, que se eleva á las puertas del Museo; Mendizábal, que se eleva en la plaza del Progreso. Daoiz y Velarde están como olvidados en uno de los barrios extremos y en medio de polvorosa carretera. ¿Y Lope de Vega, y Calderon de la Barca, y Diego Velaz-

quez? Málaga tiene un tosco monumento que recuerda el sacrificio de Torrijos y Granada otro tosco monumento que recuerda el funestísimo dia en que subió Mariana de Pineda al cadalso. Fray Luis de Leon brilla en la ciudad donde cantó con sin igual dulzura y padeció con sin igual resignacion. Pero confesad que es demasiada soledad enmedio de aquella escuela de Salamanca en que se verificó la mayor parte del Renacimiento español como en Florencia la mayor parte del Renacimiento italiano. En Toledo veíase la derruida casa de Padilla sembrada de sal por el aleve absolutismo. Conmovia profundamente el ánimo y despertaba el pensamiento aquel solar calcinado por las llamas, no tan desoladoras como el alma de los déspotas. Sobre mutilada columna se elevaba inscripcion vengativa. Un Ayuntamiento de estos últimos años ha nivelado el suelo y lo ha limpiado, convirtiendo aquel sitio de espectros sublimes y de recuerdos grandiosos en una plazuela con raquíticas acacias, donde se reunen las niñeras y juegan los muchachos. Yo me explico esta manía nuestra de no alzar estatuas por la barbarie del régimen que durante tres siglos pesára sobre nuestra encorvada cerviz. Si entre nuestros grandes genios habia alguno perteneciente á nobles familias, podia tener un sepulcro fastuoso y una estatua yacente en cualquier capilla ó en cualquier panteon

de nuestras iglesias. Pero en las calles, en las plazas, en las encrucijadas, donde pudieran recordar que habia algo y álguien digno de veneracion, ademas de nuestros reyes y de nuestros santos, ¡oh! eso no, que hubiera enseñado mucho al pueblo. Veinte estatuas, si las hay, en toda España, consagradas á nuestros hombres ilustres, no corresponden al sinnúmero de genios que hemos tenido en nuestros gloriosísimos anales. Se me olvidaba; allá, en una de las calles de Valladolid veíase pobre efigie en capilla oscurísima, no me acuerdo por qué calle. Extrañóme sobremanera que tal recuerdo proviniese de nuestros antiguos tiempos en que dejábamos morir á Camoens y á Cervántes en la miseria y desconociamos que el Gran Capitan nos trajo á Italia y Hernan Cortés Méjico. Una estatuilla, y de mujer, ¡caso raro! Pregunté qué representaba, y me contaron cosa que no me atrevo á creer completamente, por no haberla yo mismo en mis estudios confirmado. Contáronme que representaba una mujer denunciadora al Santo Oficio, de su propio esposo como fiel en lo interior de su conciencia y de su casa á la religion protestante. El infeliz fué quemado en uno de los autos de fe más célebres que presenció aquella ciudad, y el Gobierno ó el vulgo, ó ambos á la vez, consagraron un recuerdo de agradecimiento indeleble en calle con-

currida á una infamia tan grande..... ¿Será posible que no seamos más cuidadosos de nuestras glorias? ¿Será posible que no elevemos todavía monumentos á nuestros héroes, á nuestros navegantes, á los sabios de todos tiempos que han ilustrado nuestro nombre, á los artistas, á los poetas, á los oradores á quienes debemos la gran resonancia de nuestra lengua por todos los ámbitos de la tierra? Si los reyes absolutos han sido ingratos, que no lo sean los pueblos emancipados. Y donde quiera haya brillado un genio, que exista una señal de agradecimiento y una sombra de recuerdo. La corona de sus genios rodea con el etéreo limbo de la inmortalidad las sienes de los pueblos. Solamente la pobre Ofelia, loca, puede pisotear su corona, esmaltada de rocío, en la hora del suicidio.

II.

Tasso no consagró á Sorrento los versos á que tenía derecho su hermosura, y Sorrento ha consagrado á Tasso la estatua á que tenía derecho su gloria. *La Jerusalen Libertada* es uno de los monumentos más grandiosos de la lengua italiana. Y en Italia frecuentemente os encontrais con per-

sonas que guardan religioso culto á un poeta y que le dedican toda su existencia. Prosa, verso, biografías, comentarios, cátedras, paréceles poco para su genio favorito. Y cuando no escriben oficialmente, hablan á todo el mundo del único asunto de su vida. Con uno de estos monomaniacos topé yo en mi último viaje á Sorrento, con uno á quien le habia dado la manía por el Tasso. No me dejaba ni á sol ni sombra, porque yo suelo tener una virtud rarísima, la virtud de escuchar. Contábame minuciosidades innumerables recogidas en libros y manuscritos indecibles sobre la vida de su héroe. Cierto frances, que viajaba por entónces y que tenía la nostalgia del café de Madrid y del boulevard de Montmartre, se indignaba contra aquel delirio por un poeta en cuya lectura sólo habia experimentado el dulce efecto de dulcísimo sueño. Aquí de nuestro loco; larga, larguísima disertacion acerca del Taso y los franceses. Veintiseis años tenía cuando salió de Italia para Francia en la espléndida comitiva del cardenal Luis de Este, hijo de Hércules, Duque de Ferrara, exclamaba el infatigable comentador. La altísima intercesion de dos princesas fué necesaria para que el Cardenal admitiera en su servicio á quien él debia haber servido de rodillas como á un Dios de la poesía. El príncipe de la Iglesia, que iba á fomentar en la córte de Cárlos IX la fe

católica contra la propaganda protestante, llevaba ochocientos criados, y entre ellos al poeta, á quien dió un cubierto en su mesa. Reclamó el Tasso algo más, y su protector convirtió la racion en soldada; pero estimándola á tan bajo precio, que apénas tenía el infeliz escritor con que satisfacer su hambre. Los cardenales de aquel tiempo eran más parecidos á príncipes de Asia que á discípulos de Cristo. El de Este, bastante avaro para regalar solo con las migajas de su mesa al genio, cuyos versos debian regalar á la régia familia de Ferrara con el maná de la inmortalidad, donaba al criminal Cárlos IX, segun Muratori nos refiere, cuarenta caballos, todos con arneses riquísimos, sillas y mantas recamadas de pedrería, conducidos por cuarenta palafreneros cubiertos de seda y oro á la oriental usanza. Y estoy cierto de que el último parásito privaria en la córte de Ferrara más que el primer poeta de su tiempo. Entónces las cortesanas tenian sepulcros magníficos en las grandes iglesias, con epitafios compuestos por los primeros latinistas de la córte pontificia, como el elegantísimo consagrado á Imperia, mujer de tantas riquezas, todas alcanzadas por su hermosura, que cierto embajador admitido en su casa no supo donde escupir, temeroso de manchar algun objeto de precio, y escupió en la cara de uno de los criados. Y miéntras tanto, el

gran poeta se moria de hambre. Su pobreza era tal, que empeñó, para acompañar á su protector, en veinticinco libras várias cubiertas de cama, cortinas y tapices, restos del ajuar legado por su padre.

En su viaje á Francia le parecieron uniformes las campiñas de Normandía; incómodas las viviendas, todas de madera; grandes las iglesias; admirables los vidrios de colores; inconstante el clima, que pasaba en solo un dia de Ábril á Enero; indóciles é inquietas las gentes; adorable la reina Catalina de Médicis; gran poeta el rey Cárlos IX; extrañas aquella Margarita de Navarra y aquella princesa de Nevers, que llevaban en sus carrozas las cabezas de sus amantes tronchadas por la cuchilla del verdugo; bellas de color y finas de facciones las francesas; bajos de estatura los franceses; raquíticos los nobles y de escasas pantorrillas, aunque muy guerreros; plebeyas las letras y las ciencias, segun las castas que sabian cultivarlas; soberbios los caballos y frecuentes los torneos; incomparables los vinos, muy buenos para las sanas digestiones; flojos los parisienses y alejadísimos de la austeridad impuesta por Licurgo á Esparta. Pero tuvo que alejarse bien pronto de Francia, porque cayó de la gracia del cardenal de Este; y cayó de la gracia del cardenal de Este porque el príncipe de la poesía era mucho más

católico que el príncipe de la Iglesia. Así es que, apenado por el espectáculo de las discordias religiosas, políticas, civiles de Francia, pintó en una de sus sonoras octavas la nacion vestida de negro, como escuálida viuda; todas sus regiones ultrajadas; todas sus razas doloridas; vacante la corona; dispersas y dispendiadas las fortunas; opreso y enfermo el reino; y en la estirpe régia herido el mejor vástago y su tronco desgajado por el rayo, *e fulminato il tronco*. Y en Francia se daba entónces á mediano poeta, por humilde soneto, riquísima abadía que rentaba diez mil escudos; y el mayor poeta de Italia, para salir de Francia, tenía que pedir prestados tres escudos, uno á cierta dama de su particular amistad y dos á un cofrade fiel y admirador ardentísimo.

Despues de tan erudita é incoherente disertacion del comentador de Tasso, oida hasta el fin último, con paciencia de mi parte, y con impaciencia de parte del frances, quisimos ambos oyentes dirigir algunas observaciones al eterno orador. Yo no pude, pues el frances, más pronto y más resuelto, me ganó por la mano y dijo que el Tasso era incapaz de comprender toda la grandeza de Francia y de apreciar toda su hermosura cuando así maldecia de los franceses; y que no le extrañaba su fin desastrosísimo y su enfermedad cerebral, pues debió estar loco toda su vida, cuan-

do en el tiempo de la matanza de San Bartolomé le parecian poco católicos un rey supersticioso como Cárlos IX, una euménide inquisitorial como Catalina de Médicis, un prelado romano como Luis de Este, y un Papa infalible como Gregorio XIII. «Perdon, señor, repusó el italiano con su natural finura, unida á incontestable tenacidad, perdon; pero no hay sino leer á Ranke para convencerse de que Gregorio XIII no era un Papa tan severo y tan creyente como usted cree.» «No sé lo que sería, ni me importa, replicó el frances; pero lo tengo por más competente en materias dogmáticas que á vuestro poeta. Y en confianza, y pidiéndole su vénia, voy á decirle algo desagradable. La locura contagia, y si no toma usted precauciones, puede contraer la enfermedad de su ídolo. Al fin volvióse loco él por una princesa hermosa y viva; pero tendria poca gracia volverse loco por un poeta fanático y muerto.» Nunca hubiera tocado nuestro interlocutor el tema de la demencia del Tasso. Allí ardió Troya; allí se abrieron de par en par las compuertas de la erudicion del comentador, que llevaba en dos dias hablados más de dos volúmenes en fólio acerca del poeta.

«¡Locura! ¡Locura! Hablemos de esto, dijo, hablemos, no á la ligera como del viaje á Francia; hablemos largamente. Vuelto el Tasso de su

excursion allende los montes, fué llamado á Ferrara por el espléndido Alfonso II, que le señaló alojamiento de príncipe en su palacio, cátedra de astronomía en su Universidad, y renta de ciento diez francos cincuenta y seis céntimos al mes en su presupuesto, cantidad bien superior á los miserables veintiun francos mensuales recibidos por el Ariosto en otro tiempo, y celebrados en el cántico décimocuarto de su *Orlando*. A todos estos cargos reunió el de historiógrafo y secretario del príncipe, mediando entre ambos tal amistad y confianza, que Tasso le dirigia memoriales en verso para pedirle, por ejemplo, una bota de vino del Pausílipo y en verso le contestaba el magnífico protector al acceder á su demanda, decretar el memorial y regalársela. Siete años duró esta amistad entrañable, siete años de no interrumpida concordia, hasta el dia funesto en que hirió á todos la fatal noticia de la extraña reclusion de tan ilustre como desgraciado genio.

Supongo que habréis ido á Ferrara y que habréis estado á punto de llorar en la estrecha cárcel atribuida por todos á la crueldad de Alfonso II y á la pasion de Torcuato Tasso. Pues acerca de aquel extraño lugar andan divulgadas las mismas exageraciones que acerca de los plomos de Venecia. Entónces pude yo coger la palabra y decir, poco más ó ménos, lo siguiente: «Es ver-

dad, un dia el poeta de la duda y de la desesperacion, el genio que dejára su sede en la Cámara de los lores de Inglaterra por la sombra de los pinos de Italia y por los escollos de las costas del Adriático, lord Byron, bello y pervertido como Satanas, en las exaltaciones diabólicas de su inspiracion y en los espasmos febriles de su delirio, llegó á Ferrara, visitó el calabozo henchido por las lágrimas y por los suspiros del poeta mártir, y se estuvo allí encerrado durante dos horas en contínua agitacion, dando paseos desmesuradísimos por aquella jaula, rompiéndose casi la frente en sus paredes, como para absorber todas las tristezas allí amontonadas, y considerar el sol de la prision que palidece al traves de las rejas espesas, el reflejo de la retina ardiente que se clava en la bóveda negra, la huella del cuerpo tendido en la fria losa, el sitio donde apercibian una comida semejante á la podre del sepulcro, las sombras en que los cánticos al amor y las elegías á la amistad se mezclaban á los latigazos de los loqueros crueles y á los horribles gemidos y á las histéricas carcajadas de los locos vecinos; todos los dolores de un cuerpo destrozado por el tormento y todas las penas de un alma herida por la ingratitud y por la injusticia.»

«La visita al oscuro calabozo, añadió el italiano, inspiró á Byron una lamentacion que por

cierto no se parece en nada á las lamentaciones de Jeremías, hueca de tono, exagerada de frase, declamatoria de estilo, vacía de ideas, indigna de las otras obras maestras con que ha honrado su nombre de poeta y ha enriquecido la literatura de nuestro tiempo. Pero lord Byron materialmente perdió su trabajo y su poesía. La madriguera estrecha y oscura, llamada prision del Tasso, no encerró jamas al gran poeta, ó lo encerró por tan breves dias, que en verdad no valia la pena de tantas exageraciones. Fué privado de libertad, si se quiere preso, en el mismo edificio donde señalan los guías su prision, allí, en el hospital de Santa Ana, en el manicomio, pero no en el mismo cuarto donde le hubiera faltado luz y espacio para escribir, como escribió por aquellos dias cánticos enteros de su poema y diálogos magistrales de su filosofía. El Tasso se vió privado de la amistad de su príncipe, y recluido en lo que hoy suele llamarse á la francesa una casa de salud, y á consecuencia de esto sus lamentos, que, como todos los lamentos del genio, han penetrado en el corazon de la posteridad y lo han herido de mortal dolor. Para explicaros esta desgracia comenzad por una cosa, porque Tasso padecia ya de esa demencia ingénita á todo exceso de facultades extraordinarias, al exceso de sentimiento y al exceso de imaginacion, á las exaltaciones del carác-

ter y de la idea. Esta exaltacion se agravaba con aprensiones tales que creia al mundo entero conjurado contra su honor, contra su nombre, contra su vida. La tenacidad de esta aprension llegó á intensísima monomanía. El cardenal de Albano le llamaba en sus amistosas cartas gravemente enfermo, y le pedia con verdaderas instancias que para libertarse de aprensiones y sospechas se dejára purgar por sus médicos, aconsejar por sus amigos y dirigir por sus patronos. Pero Tasso tenía tal horror á la córte que cuando escribia á las gentes de su mayor confianza les rogaba no empleáran de ninguna manera en él artificios maléficos, ó lo que es igual, artificios cortesanos. Así consistió la causa primera de su desgracia en el desasosiego con que soportaba su estancia entre los Estes y en el deseo que tenía de partirse á otras ciudades y trabar amistades con otros príncipes. Como hubo papa de aquellos tiempos dispuesto á declarar guerra á vecina república por retener excelso pintor, hubo príncipe capaz de atormentar al sumo poeta por haber querido marcharse á la córte de otro príncipe.

A pesar de todo esto, el Tasso tuvo durante su prision habitaciones cómodas; tiempo de vagar sobrado; visitas de príncipes reinantes, como el Duque de Mántua; veraneos en la quinta de la bellísima princesa Marfisa de Este y disertacio-

nes sobre la naturaleza del amor; regalos de libros como las maravillosas obras de Aldo el jóven que son todavía monumentos de la imprenta; lecturas profundas, como la *Suma Teológica* de Santo Tomás y las *Historias políticas* del cardenal Bembo; consultas que podrian satisfacer su amor propio, como la de Francisco Terzi, grabador celebérrimo, que iba á pedirle consejo sobre ilustraciones y estampas; oro enviado en escudos sonantes y contantes por el Duque de Guastala; ofrendas en los versos del poeta bolones Julio Segui; satisfacciones en las magníficas estampas trazadas para su poema por Bernardo del Castello; afectos, como la amistad del Padre Angel Grillo, sapientísimo benedictino, el cual se encerraba en la estancia del poeta á departir sobre arte y religion, prefiriendo aquel encierro á todas las libertades y aquel dolor á todos los placeres; y excursiones de carnaval en los bailes indescriptibles de Ferrara, imitacion de los tiempos clásicos, donde, vestido de tisú y acompañado de otros gentiles hombres, danzaba, y bromeaba, y bebia hasta caer rendido de gozo y de fatiga.

Mas era tan pueril que se atraia la cólera de los carceleros con sus caprichos; tan raro que se daba por demente con gusto, diciendo que de igual enfermedad padecieron el griego Solon y el romano Bruto; tan cambiante de humor que

mostraba en pocos momentos excesos de placer y de pena, como de garrulería y de silencio; tan indócil, que no tomaba ninguna medicina desagradable al paladar y olfato; tan cuidadoso de su persona, que disponia para vestir en la reclusion los mejores terciopelos de Génova, y los gorros de dormir más historiados y ricos; tan goloso, que importunaba á sus amigos en demanda de libras de fino azúcar para las ensaladas; tan confiado, que le robaban y despojaban de todo sus domésticos y compinches; tan pedigüeño, que reclamaba de sus visitantes hasta las medias de seda que llevaban puestas; tan desgraciado, que los médicos no le cuidaban, porque jamas les pagaba las consultas, y lo recibian los tristes hospitales con frecuencia, porque en mil ocasiones no contaba con otra vivienda ni otro abrigo; tan desconocedor de sus aptitudes y facultades, que los escasos recursos recibidos de providenciales herencias los evaporaba en pleitos dañosos á su salud y á su hacienda, á su gloria y á su nombre; tan tímido, que la menor crítica le descorazonaba, precipitándole desde las cimas de un orgullo sin medida, en el abismo de una desesperacion sin límites; desgraciado por todo, especialmente desgraciado por su propio carácter y por la guerra á muerte que se hacía á sí mismo en contínuos tormentos.

«Sacamos, dijo el frances, en limpio dos cosas: primera, que no hubo tal demencia en Tasso; y segunda, que se debió su prision, dulce ciertamente, no á desgracias de amor, á desgracias de córte.» «Hará unos veinticinco ó treinta años, añadió nuestro italiano, tratóse largamente de las causas de esa prision y de esa locura. Un profesor pisano sostuvo que habia sido encarcelado el Tasso por su pasion á la princesa Leonor, hermana de Alfonso II, y un historiador florentino sostuvo que por haber intentado pasar del servicio de la casa de los Estes al servicio de la casa de los Médicis. Considerable apuesta se propuso entre los dos contendientes, sometida primero al Instituto de Francia y despues á las Academias de Italia, que nunca dictaron la sentencia ni resolvieron el asunto. Y salió un señor con manuscritos de Montpeller, y otro con manuscritos de Roma, y otro con manuscritos de Ferrara, sosteniendo cada cual su version, y alguno la singularísima de que Tasso tuvo amores con las tres hermanas del duque Alfonso de Ferrara y hasta con su mujer doña Bárbara. Lo cierto es que encarándose el poeta con el Duque le dice en magníficos versos: «Puedes arrancarme, poderoso señor, la vida, que tal es de los monarcas el derecho; pero á causa de haber escrito del amor, al cual nos invitan el cielo y la naturaleza, arran-

carme esta razon mia, centella de la divina bondad, no puedes, porque sería el crímen de los crímenes. Te pedí perdon y lo negaste. ¡Ah! Me arrepiento de haberme arrepentido.» Confesad que el príncipe pecó de sufrido, dada la naturaleza de aquellos rudos tiempos, pues uno de sus parientes, un cardenal, en la misma Ferrara, arrancó los ojos á hermoso mancebo de sangre real, porque su hondo y deslumbrador mirar habia fijado una vez la atencion de bella dama. Aparte de todo esto, confesad conmigo que ningun poeta italiano puede compararse con el Tasso en la hermosura de la forma, en la riqueza y armonía de la lengua, en la dulzura de los versos, en la correccion del estilo, en el encanto de la rima, en la viveza de los sentimientos, en la severa majestad del conjunto de sus obras, en la sobria sencillez, verdadera señal de la mezcla feliz del gusto con el genio.»

«Confesaré cuanto querais, dije yo al entusiasta defensor del Tasso; pero le creo poeta de decadencia, á pesar de pertenecer por su estilo á los tiempos de la más clásica y más consumada perfeccion literaria. Poeta que no presiente en su corazon y no adivina en su inteligencia y no se anticipa á su tiempo, carece para mí de la facultad esencialísima al genio, carece del dón de profecía. Cuando os abismais en los profundos senos

de la epopeya católica; cuando recorreis la sátira maravillosa que ha enterrado la caballería feudal; cuando asistís á la *Vida es Sueño* de nuestro genio dramático y al *Hipócrita* del genio cómico frances, lo que más hiere vuestro ánimo y lo trasporta, aparte del sentimiento y del arte, está en las mágicas y sobrenaturales intuiciones de lo porvenir. Pero un poeta cortesano que pasa su vida mendigando, de puerta en puerta, el favor de los príncipes y cardenales; más papista que el férreo Papa Pío V; más monárquico que el siniestro monarca Cárlos IX; exaltado hasta aplaudir las persecuciones y las guerras religiosas; impasible ante la carnicería de la trágica noche de San Bartolomé; un poeta así no siembra ninguna de esas ideas, ni despierta ninguno de esos afectos que vienen á ser como los hilos misteriosos con los cuales se teje la urdimbre de la vida y se prepara á la iniciacion del progreso el espíritu de las generaciones por venir. El Dante hiere en lo vivo, profundiza en el abismo, sorprende el secreto de aquellas sus edades, eleva la conciencia en el altar de lo eterno, como una hostia consagrada; tiene con los dolores profundos y las adivinaciones sobrenaturales toda la colosal grandeza de los profetas hebraicos, de Isaías y Jeremías, los cuales, valiéndose de los símbolos y de la lengua de lo pasado, fulguran el alma y el pensamiento de

generaciones todavía perdidas en la nada, pero evocadas ya de las sombras, y prontas á entrar en la existencia, merced á este soplo creador que ha pasado por el abismo de los tiempos como un llamamiento de la eternidad. El Ariosto mismo, lleno de gracia y de vida, ébrio de pensamientos, exaltado de pasiones; con aquella risa que roba á la alegría clásica, con aquella vena de invencion que agota las fuerzas creadoras del genio, con aquella selva de ideas que produce en el suelo manchado de torvo feudalismo; burlándose de las instituciones más fuertes y de las leyes más admitidas; abriendo el cielo encantado de su mágica invectiva al delirio de los sentidos despiertos tras tantos siglos de sueños místicos, personifica, medio pagano y medio cristiano, en aquellas orgías de su inspiracion y en aquella pascua de universal regocijo, toda la grandeza del Renacimiento.

Al reves, el Tasso canta un hecho, la toma de Jerusalen, que conmovió á Europa en el siglo undécimo y en el siglo duodécimo pero completamente ajeno á su tiempo, y mucho más á los tiempos posteriores. Guárdeme Dios de ignorar ó desconocer toda la belleza contenida en el gran movimiento religioso que levanta nuestras razas occidentales, aisladas por el feudalismo, y las junta y las arroja sobre el Oriente. Al convertir há-

cia las cruzadas los ojos, veis entre arreboles de poesía los pobres ermitaños que con severo sermon en los labios y el tosco crucifijo en las manos suscitan la guerra santa y divierten el ánimo de las luchas feudales para llevarlo á otras empresas más altas; las públicas invocaciones á Dios que suben á los siervos desde el terruño y bajan á los señores desde el castillo; las hileras de mondados huesos que se extienden de Europa al Asia, fecundando el suelo y la conciencia; la antigua Constantinopla, aparecida enmedio de nosotros con sus resplandores y sus recuerdos; el Egipto y sus misterios, resucitados á la voz y al rumor de aquellas legiones sin número, movidas por una idea y realizando la contraria, movidas por la idea teocrática y abriendo su iniciacion á la democracia; las deliciosas orillas del Oriente y del Cidno sembradas de penitentes, á un tiempo en oracion y en armas; los jardines de Dafne impregnados de paganismo y cantados por los poetas de la naturaleza junto á las abrasadas arenas del desierto, reveladoras de la unidad divina á los sacerdotes del espíritu; las flotas de Venecia, y de Pisa, y de Génova trayendo sus vientres henchidos por los productos del comercio, y sus velas hinchadas por la brisa de la libertad; Antioquía con sus altos muros y sus quinientas torres; Damasco embriagada con los aromas de sus

floridos bosques; los cedros del Líbano bendecidos por el profeta que sirvieron á Tiro para sus naves, á Salomon para su templo, á Alejandro para el lecho donde debia juntar los dioses de Grecia con las ideas de Oriente; la Palestina, la tierra de los patriarcas, con más ánsia buscada por los nuevos cruzados que por los antiguos israelitas, y libertando, como á los unos del cautiverio de los Faraones egipcios, á los otros del cautiverio de los caballeros feudales; el torrente Cedron, donde corrieron las lágrimas de David y el monte Olivete, donde manaron los sudores de Cristo; y el Calvario, donde se consumó el sacrificio de la Redencion; y el sepulcro, donde estuvo entre los átomos de la tierra el que ahora está entre los ángeles del cielo; la toma de Jerusalen, cuyas mezquitas se empaparon tanto en sangre que llegaba hasta la cincha de nuestros caballos; las elegías de los árabes, á quienes sólo quedaba, si vivos, el lomo de sus camellos para huir, y si muertos, el estómago de los buitres para enterrarse; la figura mística de Godofredo de Bouillon, el rey-vírgen que no puede ceñirse una corona de oro allí donde Cristo llevára una corona de espinas; la figura poética de Tancredo, en el cual se personifica el genio de la caballería; las órdenes militares, con sus cruces rojas sobre sus túnicas blancas, y las órdenes monásticas que re-

sucitan por un momento la antigua fecundidad moral de la Tierra Santa : grandiosa epopeya donde verdaderamente el espíritu moderno sufre una de sus más bellas metamórfosis y la humanidad una de sus más admirables trasfiguraciones.

Pero el Tasso canta este hecho con el espíritu de la Edad Media. Compañero de los cruzados, su poesía hubiera sido maravillosa entre los espejismos del desierto y los dolores de la guerra. Despues de tres ó cuatro siglos que las cruzadas se han interrumpido, y San Luis ha muerto, y Cárlos de Anjou ha despojado, á guisa de pirata, los últimos cristianos dispersos, y la órden de los Templarios se ha disuelto por las maquinaciones de los reyes, y la rápida victoria de Federico II se ha malogrado por la invasion de los tártaros, y las huestes de Juan de Brienne han retrocedido á las inundaciones del Nilo, y los que iban resueltos á reconquistar Jerusalen se han contentado sólo con establecer un imperio latino en Constantinopla, y los mismos pueblos cristianos han reclamado que los libertáran de los cruzados por temor á las depredaciones, y Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon sólo han sabido luchar entre sí, más que luchar con sus comunes enemigos, y Federico Barbaroja ha muerto en las fatales aguas del Cidno, y Conrado III ha vuelto casi solo, y Luis VII casi deshonrado de la segun-

da cruzada; y Saladino, despues de derrotar á los francos en Tiberiades, ha reconquistado á Jerusalen y destruido la obra de Godofredo, entregando la ciudad á los árabes; francamente, despues de todo esto, la epopeya del Tasso es una pura epopeya erudita, académica, arqueológica, cual esos poemas latinos consagrados en los albores del Renacimiento por Petrarca á Escipion y al África.

El Tasso pertenece á un período de reaccion religiosa y política; al período en que los Papas restauran, merced á la energía de Pio V, su poder quebrantado, miéntras Felipe II extiende su sombra letal en Francia por medio de los Valois sometidos á su yugo y en Alemania por medio de los Austrias desgajados de su familia, exacerbándose la Inquisicion en todas partes y viéndose persecuciones y matanzas como la inolvidable de aquella noche triste en que una poblacion entera fué cazada por las calles de París, cual alimañas feroces por montes y por selvas, al toque de la campana, cuyos religiosos acentos debieran recordar la caridad y la mansedumbre de Cristo á los crueles cristianos. Ya la libertad ha muerto en las ciudades italianas; los titanes se han tristemente encerrado en su sepulcro; el arte ha caido en la exageracion y en la extravagancia; los jesuitas han levantado sus abigarradísimos tem-

plos faltos de toda inspiracion religiosa. Las escuelas decadentes de Nápoles y de Bolonia han reemplazado á las bellísimas escuelas de Roma, de Venecia, de Umbría, de Florencia; la escultura ha trocado en monstruos las piedras ántes cinceladas por Sansovino y Buonarroti; las asambleas de los pueblos se han sustituido con las artificiosas córtes de los príncipes; y en aquella universal degeneracion, la obra del Tasso no podia ser más que una obra de reaccion y por consiguiente de decadencia y de muerte. La misma aparatosa decoracion de una arquitectura teatral y la misma falsedad de un cincel exagerado y la misma hipérbole de una pintura convencional y la misma naturaleza contrahecha en los jardines de los príncipes y la misma falsa mitología de la última época de Julio Romano y la misma falsa religion de los Carrachios y los adornos riquísimos de las mundanas iglesias de los jesuitas que nada dicen ni al corazon ni á la conciencia y el decaimiento universal de Italia esclava, todo eso encuentro en la epopeya del Tasso, unido á un esplendor de forma, á una armonía de versos, á una belleza de lenguaje que no bastan á ocultar todo el artificio de su fondo y toda la pobreza de su idea.

Mirad lo que verdaderamente ennoblece al Tasso; lo que sobre todo le eleva es aquello mismo destruido por vuestra erudicion, la cual será,

si quereis, grande, pero tambien inoportuna; lo que le eleva y le ennoblece es su desgracia, su inmensa desgracia, ó mejor dicho, su vida, su tormentosa vida. No apagueis esa aureola al soplo frio de la crítica. Ya ha pasado al mundo como la personificacion más augusta en la historia de las tristezas y de los dolores del ingenio y del amor. Yo le quiero tal como le presenta la tradicion poética en sus ensueños de gloria y lo detesto en vuestras disecciones de embalsamador. Dejadme creer que ha sido como nosotros lo ideamos y no como vosotros le habeis puesto. Byron expresó admirablemente, en esa misma elegía tachada de ampulosa, el dolor de Tasso, cuando puso en sus labios estas palabras: «Me han condenado porque tú eres bella y yo no soy ciego.» Admiro al autor de *La Jerusalen Libertada* en el calvario que ha levantado la tradicion, y véole allí en la verdadera gloria que le ha ceñido de inmortal diadema las sienes. Paréceme descubrir en los jardines de Ferrara, entre los bustos de los poetas, á la sombra de los árboles, bajo coronas de laurel y en altares de mirto, los versos pareados que tallaba en los troncos, celebrando misterios de la poesía y del amor. Paréceme que veo las jóvenes princesas, vestidas de pastoras como en las églogas y en los idilios, tejer guirnaldas con flores todavía humedecidas del rocío para coronar la frente de

los genios inmortales, y departir en diálogos platónicos, dignos de Hipatia, sobre si el amor de los poetas abraza todas las cosas creadas é increadas en su ideal, ó se fija sobre un solo sér, porque esa religion no puede admitir más que un solo Dios. Oigo á unas decir que Tasso recibe en su seno los efluvios del amor universal y canta á la lejana estrella, enardecido por una pasion imposible; y decir á otras que el ruiseñor tiene su nido en la tierra y ama algun ser más hermoso, y más animado, y más semejante á él, y más cerca de su corazon y de sus labios que la lejana estrella de la noche. Nos acostumbramos á fingir los poetas, serenos como sus estátuas, envueltos en sus túnicas blancas como las nubes, ceñidos del laurel de la inmortalidad, ocultos en bosques de mirtos al borde de la Castalia fuente, acompañados por los Elíseos campos de coros que entonan odas sin fin de admiracion y de culto á su estro y á su gloria. Pero el genio es una hoguera, el amor en él, un tormento; las nobles aspiraciones, una pasion sin esperanza; las obras en que encarna su sér, un parto homicida; y la corona que ciñe á sus sienes algo abrasador y letal como los rayos de un sol demasiado vivo que, encendiendo la sangre en el cerebro, al cabo produce la muerte. El genio ve su idea en lo infinito, y sus medios de expresion en lo finito. Ve una luz ideal,

divina, inefable, y tiene que encerrarla en el tosco barro de la forma. Esta desproporcion entre lo que piensa y lo que expresa, le causa tormentos indecibles. Y si concluido su trabajo lo contempla, al verlo cuán léjos está del ideal, se vuelve airado contra sí mismo, contra sus obras, contra los pedazos de su corazon y de sus entrañas, contra los hijos del alma, siempre en el potro de indecibles tormentos, abrumado por la inmensa pesadumbre de su triste superioridad, y enardecido por la llama invisible y ardiente de su genio. Creedlo, su corona de gloria es una corona de espinas, el licor de la inmortalidad un brevaje de hiel y vinagre, la luz que sobre los demas proyecta una llama, en la cual se abrasa tristemente sin consumirse jamas. Tal es el genio, tal sus dolores y sus tormentos. Y por eso Tasso, que los personifica en tal alto grado, es mayor á causa de su vida tormentosa que á causa de su correcta obra.

Su apoteósis está en su desgracia. La naturaleza ha dado al Tasso todos sus dones; le ha puesto inspiracion inagotable en la mente, lira inmarcesible en las manos, corazon pronto al amor en el pecho, corona de genio en las sienes, vista para alcanzar las ideales formas sobre las formas reales de los seres en los ojos, palabra tan armoniosa como un cántico en los labios, fuerza bas-

tante á contener con la idealidad eterna la realidad pasajera, con las cosas los arquetipos, con la luz del pensamiento la llama de las pasiones; y luégo, cuando ha venido con esos dones de otro mundo superior á este bajo mundo, se ha estrellado contra todos los límites de la universal contingencia, se ha herido en todas las espinas de nuestras selvas de abrojos, se ha asfixiado en esta atmósfera cargada con las cenizas de la muerte; y el recuerdo de su patria ideal y el resplandor de sus lejanos cielos sólo han servido para aumentar las tristezas de su destierro. Así ha nacido poeta y grande poeta en una edad en que se han agotado, sobre el suelo de su Italia esterilizada por los tiranos, todas las fuentes de poesía. Sobre los tiempos que cantaba habian pasado cuatro siglos; y el Sepulcro, cuyo rescate celebrára, estaba en manos de los infieles, guardado por los perros de Mahoma. La libertad sufria eclipse no ménos triste y no ménos largo que el arte y la conciencia. Como todos los sacerdotes del pensamiento, habia nacido para las libres asambleas de los pueblos, y su negra estrella le lanzó en las esclavas córtes de los príncipes. Así no hay sitio por donde haya pasado el mártir que no esté oscurecido por uno de sus dolores y regado por una de sus lágrimas. En las sombrías paredes del Louvre, á las orillas del Sena, se ve su

sombra triste como las nieblas del rio, comparando el resplandor que da en el mundo la corona de poeta, tejida por la mano de los ángeles, y la corona de monarca, forjada por la mano de los hombres. En los jardines de Ferrara, á la sombra de aquellos bosques, se ven sus ojos que buscan los ojos de una princesa, apartada de su corazon por los abismos insalvables de las supersticiones seculares y de sus artificiosas jerarquías tan opuestos á las jerarquías naturales en el universo. Los edificios de la risueña córte de los Estes se hallan oscurecidos por aquellos tormentos del genio que rayaron en locura y por aquellos recelos del tirano que rayaron en crueldad. Aquí en Sorrento respira todo alegría; la vegetacion que enriquece este suelo bienhadado; la luz que brilla en esos horizontes diáfanos; el labriego y el marinero que fecundizan las tierras y las aguas; los pueblos que conservan el antiguo genio de Grecia; todo, ménos la tristísima sombra del Tasso, que se pasea por estas orillas y que evoca el momento de su vuelta, solitario y receloso como un bandido, á presentarse con la pobre túnica de tosco pastor á las puertas del hogar. En Roma, en el monasterio de San Onofrio, sitio de su muerte, el recuerdo de la agonía del poeta cuadra á todos los fúnebres objetos que os circundan. Cuántas veces allí, á la sombra de un cipres fúnebre, recostado

sobre los restos de una columna rota, junto al cenobio triste como oscuro panteon, al eco de la campana perdido en los solitarios claustros y del rezo murmurado por los penitentes monjes, últimos huéspedes de aquellos lugares desiertos, he contemplado la lejana Vía Apia con sus hileras de sepulcros amontonados como las generaciones en el juicio final; las colosales ruinas por cuyas grietas vagan, como fuegos fatuos, las ideas muertas; los templos solitarios, sin culto y sin ceremonias, habitados por los cuervos en vez de ser habitados por los dioses; los campos de batalla henchidos todavía de sangre, engendrando con sus letales vapores eternos remordimientos en la conciencia humana; las lagunas pontinas, semejantes á inmensos depósitos de lágrimas, despidiendo en nubes de extraña forma y sombríos matices el hálito de la muerte; los ángeles exterminadores levantándose de tantos seculares despojos para vagar por esta necrópolis del mundo, por esta catacumba de todas las creencias, por este sombrío Josafat de la historia. Entónces toda la vida del poeta subia tristemente á mi memoria. Veíale tierno, y desposeido á los primeros años de su madre; libre, y obligado al oficio de cortesano; inspiradísimo, y buscando la fuente de sus inspiraciones allá en las cenizas de los recuerdos; filósofo, y caido en el infierno de la intolerancia

religiosa; católico, y en pos de figuras ménos que paganas, figuras mágicas, surgidas al conjuro de los sortilegios de Oriente; poeta, y en vez de adelantarse á lo porvenir, descaminándose y perdiéndose en lo pasado; brillante de genio, y eclipsado entre los ornamentos de un palacio; henchido de amor, y sin saber ni él mismo, ni la posteridad siquiera, á qué mujer amaba; destinado á embellecer tanto la lengua como la literatura patria, y oscurecido por todas las sombras, y ahogado en todas las penas, y puesto en el potro de todos los tormentos; nacido para dominar, y dominado; para lucir, y perseguido; para consolar, y desgraciado; para encantar, y siempre entre angustias; adorando, como Reinaldo, la magia de una hechicera que toma mil formas y que le trastorna el seso, imágen de un deseo jamas realizado; hiriendo de su propia mano la poesía que le consolaba, como Tancredo á Clorinda; próximo á recoger en la cima del Capitolio, al ocaso de su vida, la corona de mirtos y laureles con que soñára á todas horas, é interrumpiéndole en aquel momento, al instante de su triunfo, la muerte, para que ni siquiera en el sepulcro tuviera reposo alguno su eterna inquietud, ni alivio y consuelo sus dolores.

El genio es mortal para aquel que lleva su voraz llama en la frente. Un grande artista, un

grande poeta, un grande filósofo dobla en los demas los goces de la vida, y en sí mismo solamente dobla de la vida las penas. Los que están alrededor del genio se alumbran con su luz y se animan con su calor; pero él se consume, y se disipa, y se desvanece. Esa luz ó esa lumbre del hogar, ¡cuán grata es para los que en torno de su llama se juntan; pero cuán devoradora para la pobre mecha ó para la pobre tea que lo produce! La corona que tiene sobre las sienes el verdor del laurel, tiene sobre las almas el reflejo del martirio. Acontecimiento lejano, dolor extraño, astro apartadísimo, aereolito errante, chispa eléctrica perdida, vapor disipado en los aires, lágrimas evaporadas de las mejillas, ideas muertas, ensueños febriles, todo aquello que en el vulgo de los mortales no ejerce ningun género de influjo, apena al sér extraordinario en cuya alma individual penetra con el espíritu de la humanidad el espíritu de la naturaleza. Un sér que padece por todos los seres no puede eximirse del dolor que le trae la propia grandeza. El amor será en él como una pasion que nunca se satisface, la verdadera pasion de lo infinito. Ya adore á la Beatriz ideal que ha pasado como una primavera por la tierra y se ha ido entre los astros del firmamento; ya á la hermosa Laura, asentada en otro hogar, esposa de otro hombre, madre de hijos que no son hi-

jos del poeta; ó ya á la mágica Armida, engañosa como la serpiente, este amor tendrá en parte la levadura de tosca realidad, pero en su parte mayor la esencia de lo ideal. Y este ideal como un fuego sutil abrasará su sangre y calcinará sus huesos, y devorará su existencia, no habiendo para ellos ni más consuelo, ni más remedio, ni más narcótico que el veneno de la muerte. Imaginaos á Tasso que ha soñado toda su vida un triunfo semejante al triunfo de Petrarca, con una palma y un laurel en la cima del Capitolio, eterno templo de la gloria. En el penoso trabajo de la creacion contínua le ha sostenido esa esperanza. En las tristes amarguras de la realidad le ha consolado ese espejismo. Y llega la hora, y se acerca el momento. Y en su fiebre ve el triunfo. La colina sagrada del Capitolio está pronta; el palacio de los senadores, engalanado como para una fiesta de la antigua historia; las escalinatas que conducen á la cima, henchidas de pajes y de alabarderos, en cuyas armas y en cuyas preseas se refleja el sol de la Ciudad Eterna; el pueblo romano, en las calles que avecinan, anhelante por aclamar y aplaudir; procesion de jóvenes vestidos de escarlata le precede; él Senado le acompaña, el Papa le aguarda en su trono, las músicas entonan himnos, y el laurel va á tocar á sus sienes, y cuando ve, y toca, y palpa todo esto con ver-

dadera ánsia, muere, y sólo recibe el frio contacto de la guadaña y el triste asilo de una oscura tumba fria y desolada, cuyo único ornamento está por muchos siglos en las dos sencillas palabras de su nombre. ¿No os parece una imágen de la humanidad, y de sus dolores sin tregua, y de sus esperanzas sin realizacion, y de sus aspiraciones sin término, y de su eterno prolongado martirio? La grandeza del Tasso está toda entera, más que en la hermosura de sus poemas, en la inmortalidad de sus dolores. Aquel laurel, que no puede ceñir á sus sienes, ha brotado de su tumba, y crece hasta llenar la eternidad, regado por las lágrimas de cien generaciones. Su miseria es su gloria, y sus tormentos su triunfo, y sus dolores su Tabor. La humanidad preferirá siempre á todas las glorias la gloria del martirio.

LOS GUELFOS Y LOS GIBELINOS DE ROMA.

La nacionalidad italiana hasta ahora ha cambiado la superficie, pero no ha cambiado el fondo de la Ciudad Eterna. La idea que en Roma domina es la sublime idea de la muerte, y su necesario complemento, la idea de la eternidad. En vano las instituciones modernas brotan sobre las moles de los tiempos antiguos; como los festones de hiedra sobre las ruinas sólo sirven para acrecentar la solemnidad y la tristeza. ¡Ah! Lo presente nada vale aquí donde las generaciones comparan á cada instante y á cada paso la propia fugaz brevedad con los momentos eternos. Los celajes de lo porvenir se cierran á la vista. La idea de lo porvenir habita esas regiones de América, del Nuevo Mundo, sin historia, y con la naturaleza vírgen, exuberante, furiosa, espaciándose en selvas inexploradas, en floras gigantescas, en legiones de animales innumerables, como un verdadero incendio de vida, como el comienzo ígneo de un nuevo planeta recientemente desprendido del

sol. Pero entre tantos sepulcros, sobre estos montones de huesos, en los océanos de cenizas que á la Ciudad Eterna rodean, ni cabe la esperanza ni el presentimiento de lo porvenir, tan ligados como á la juventud de nuestra vida individual, á la juventud del Universo. Despues de abrazar de una sola ojeada innumerables centurias esculpidas sobre columnas que el tiempo separa con siglos y el espacio reune en el mismo sitio; despues de ver que ciertas inspiraciones y ciertas grandezas no se han repetido, os atrae bien poco lo porvenir terrenal, sujeto á las mismas luchas y á las mismas derrotas que lo pasado; y os sobrecoge el deseo impaciente de penetrar en otros horizontes nunca vistos, en otras esferas nunca alcanzadas, en otros cielos superiores á nuestros cielos, en las sombras infinitas de la eternidad. Luégo la naturaleza se ha complacido en formar aquí una necrópolis en rivalidad con la historia. El árbol por excelencia de Roma es el cipres; las plantas por excelencia de toda ruina, la ortiga y la cicuta. Los rios, de suyo alegres, tienen aquí la tristeza de los rios del infierno pintados en los frescos de la Edad Media. Las lagunas pontinas exhalan miasmas de corrupcion y siembran la campiña de muertos, y dan á los campesinos, en todas partes más robustos que los ciudadanos, la verdosa amarillez de los cadáveres. Esta amena-

za de la fiebre, presente siempre á los ojos, sonando como el llamamiento del sepulcro en los oidos, esparcida hasta en el aire que os anima y os refrigera, enseña cómo sobre Roma solamente han quedado la sombra de los gladiadores pidiendo venganza; los manes de los mártires de tantas causas ó vencidas ó vencedoras; los ángeles del juicio y del exterminio ideados por los antiguos Apocalípsis; las tristezas sublimes de todas las ciudades nuestras.

Hercúleo esfuerzo os cuesta descender desde estas alturas de la eternidad al oleaje tumultuoso de la vida presente. Pero descendeis por fuerza. Y en la hora que corre, en esta hora crítica de su vida, Roma ofrece contrastes bruscos por una conjuracion de coincidencias tal vez singulares en su historia. No es ya el sepulcro de un Papa en el mausóleo de un tribuno; la efigie de San Pablo sobre la columna de Trajano; el obelisco de Cleopatra bajo la cruz del Nazareno; los altares del Dios-espíritu en los jardines del emperador bestia; los filósofos de Aténas discutiendo sobre el sér y no sér en la vida al frente de los teólogos de la Iglesia disputando sobre la presencia de Cristo en el Sacramento; un cenobio de franciscanos en vez del templo de Júpiter Capitolino; y al pié de las moles del Circo Máximo, en que piafaban los caballos de las carreras ó rugian los

tigres de los juegos la catacumba de los primeros cristianos, todavía perfumada con el incienso de los místicos cantares. Hay otros contrastes más extraños, como la camisa roja del garibaldino junto á la estameña burda del ermitaño; la arenga tribunicia del filósofo que truena desde Monte-Cítorio contra los Papas y sus poderes, tanto espirituales como temporales, y la oracion fervorosísima del obispo que desde su púlpito anatematiza las invasiones italianas, y sus legisladores, y sus soldados, y sus reyes; el periódico callejero escrito con la tinta de Marat resonando al par de las plegarias leidas sobre los piadosos breviarios; el peregrino católico que corre á visitar al Papa-rey en su aurea prision vaticana y el viajero demócrata que corre á visitar al general de la libertad en su retiro agrícola á lo Coriolano; el inmenso establecimiento de misioneros que propaga los dogmas de la fe y el inmenso establecimiento de escolares que propaga los dogmas de la razon; un jesuita escribiendo libros cosmológicos en que solamente por coincidencia se habla de Dios y un germano enseñando á la ciudad aborrecida por Arminio, y anatematizada por Lutero su gloriosa historia y los sepulcros de sus pontífices; los fuegos fátuos desprendidos de los mondados huesos compitiendo en brillo y en calor con la intensísima luz de este nuevo dia del

humano espíritu y la vida antigua tan llena é intensa como la vida moderna; contrastes que acaso no volverán á ver los nacidos, ni volverán á repetirse en la historia, porque la incompatibilidad de ciertos elementos lleva en sí una lucha terrible, y esta lucha terrible ha de resolverse tarde ó temprano en completa y exclusiva victoria de uno de los contrarios.

Hablaba ayer con cierto americano, amigo mio, de estos contrastes de Roma, y le decia que en poco más de dos horas acababa de verlos bien extraños entre la basílica de San Pablo y las catacumbas de San Calixto, testimonio aquélla de la fe de nuestro siglo, y testimonios éstas de la fe de los primeros siglos del Cristianismo. La basílica, devorada hasta los cimientos á principios de la corriente centuria por grande incendio, ha sido construida de nuevo en estos nuestros tiempos. Los Papas han querido decir con ella que si no pueden elevar monumentos tan bellos y tan grandes como San Pedro, pueden elevarlos tan ricos y ostentosos sin temor á una nueva reforma. España, que no tiene hoy ni las escuelas, ni las academias, ni las casas de caridad necesarias á su instruccion y á su beneficiencia, mandó ayer, por espacio de muchos años, 25.000 duros mensuales para la edificacion de este templo. En la basílica el lujo y en las catacumbas la pobreza: allí el pa-

vimento de mármoles brillantes como espejos venecianos y aquí el pavimento de cascajo humedecido como por gotas de lágrimas y gotas de sangre; allí pilares de granito oriental, que no pueden abrazar dos hombres; urnas de verde malaquita, semejantes á titánicas esmeraldas, regalos del czar de todas las Rusias; columnas de alabastro que valen como si fueran de oro y pedrería, regalos del rey de Egipto; y aquí, en el terreno volcánico, léjos de la luz, fuera casi del aire, hileras de sepulcros escondidos á la persecucion y á la saña de los Emperadores del mundo: en la basílica, entre áureos circulares marcos, los retratos de todos los Papas, trazados por la paciencia de innumerables artífices en costosos mosaicos, los cuadros de Julio Romano trasladados á vistosas piedras, las estatuas de Pedro y Pablo esculpidas en mármoles de Carrara, los doce apóstoles y los más célebres santos resaltando en vidrios de colores, las aras de jaspes y ágathas sostenidas por bronces dorados á fuego que deslumbran; y en las catacumbas, sobre los cenotafios de tosca puzolana, al escaso resplandor de las antorchas, en ladrillo ó piedra, trazados por el pincel de los creyentes, una paloma que viene con su ramo de olivo, un pez junto á la cruz griega, una orante con sus manos y sus ojos hácia el cielo, símbolos de tristeza, de desesperacion, de pe-

nitencia; y sin embargo, en la riquísima basílica, á pesar del esplendor de las artes y de las maravillas del lujo, hay algo frio que nada dice al sentimiento ni á la inteligencia, como un rico mausoleo que aguardára á un potentado egoista, el cual quisiera rodearse de obras dictadas por el afan de lucro, y no por la espontánea inspiracion, miéntras que en la oscura catacumba, toda henchida de espiritualismo, las manos se juntan involuntariamente para mezclar una oracion á tantas oraciones, las ródillas flaquean y se doblan como al latigazo de ese rayo invisible llamado lo sublime, y Dios aparece en zarza más ardiente que la zarza del Sinaí, en la llama inextinguible del dolor y del sacrificio.

«¿Y son esos los contrastes que veis en la Ciudad Eterna? me dijo el americano. Pues yo ayer los he visto mayores, y sobre todo, más recientes. A las once de la mañana me dirigí á San Pedro. Por el camino tropecé con varios jóvenes demócratas precedidos de una música que tocaba la *Marsellesa.* Al volver una esquina di de manos á boca con piadoso entierro. Varios penitentes, vestidos de túnicas blancas rematadas por capuchones celestes y cubiertos de antifaces, como los enmascarados de Lucrecia Borgia, llevaban á enterrar sobre andas doradas el cadáver de oscuro sacerdote encerrado en tosca mortaja de pino. De-

lante iba una procesion de frailes con hábitos blancos, azules, negros, pardos, como si estuviéramos en los tiempos más florecientes del Pontificado. Al acercarme á la columnata de Bernino, pasaban corriendo los cazadores que entraron por las brechas practicadas en la Puerta Pía; y al terminarse la columnata departian los que le resistieron, los suizos pontificios, vestidos con los trajes rojos, amarillos y negros, cuyo modelo trazó Rafael de Urbino. Subí las escaleras del Vaticano, y se mezclaban los acentos de la música italiana en mis oidos con austero Miserere que entonaban varios peregrinos alemanes en armonioso coro. Entré y me eché de rodillas en un magnífico salon cubierto de rica tapicería, á recibir con varios paisanos mios la bendicion papal. Vi al Papa vestido de blanco, los cardenales vestidos de rojo, los guardias nobles con su traje de terciopelo grana algunos, y sus trajes de terciopelo negro los más, el alabardero de centinela, y los domésticos y familiares con sus ropillas multicolores de ricos brocados, y de mangas perdidas, como si áun subsistiera la Roma pontificia. Apénas habiamos dejado el Vaticano y entrado en el Corso, cuando nuestro carruaje se cruzó con el modesto y sencillo carruaje del rey de Italia, en cuyo atezado rostro creimos descubrir las señales de floreciente robustez y de verdadera alegría,

sólo comparables, dadas las diferencias de temperamento y de edad, á la robustez y alegría de Pío IX. Mis amigos no se contentaron ciertamente con esta visita; quisieron ver tambien á Garibaldi. Devoramos el largo espacio que le separa de Roma, y nos dirigimos por la Puerta Pía, hácia la quinta donde, refugiado contra la curiosidad de tantas gentes, no pudo burlar nuestra curiosidad. Sus cabellos rubios, del color de los rayos del sol, que rodeaban su cabeza de una aureola mística, tiran ya á blancos, pero conservan su lustre sedoso. Las barbas blanquean tambien como el cabello. Los piés, taladrados por la gota, apénas pueden sostenerlo. Sus manos se han retorcido y afeado al dolor en tales términos, que difícilmente cogieron la pluma para trazar una firma al pié de varios retratos por nuestro entusiasmo apercibidos para recoger autógrafo tan célebre. Mas el rostro conserva todo su heróico candor, los labios toda su sonrisa de benevolencia, los ojos azules toda su mística expresion, la tez toda su sonrosada blancura, y la fisonomía toda su honradísima ingenuidad y toda su sublime sencillez. Nos habló en corriente español, y nos preguntó por el estado general de las instituciones liberales y democráticas en América, dándonos consejos tan elevados como prudentes. Nosotros le preguntamos por sus proyectos, y nos dijo que

las cosas de palacio van despacio, recordando con oportunidad el antiguo refran español y refiriéndose con gracia á la lentitud del Gobierno. Pero habló de sus trabajos hidráulicos cual pudiera hablar de sus campañas políticas. Roma no podrá ser capital de Italia miéntras tenga la muerte disuelta en sus aires. Catorce acueductos conducian las más ricas aguas de todas las cercanías en la antigüedad á la gran capital henchida por dos millones de habitantes. Estos catorce acueductos, hundidos en su mayor parte, que eran catorce radios de vida y de salud, lo son hoy de corrupcion y de muerte. Desviar el curso del Tíber, excavar los alrededores de Roma, destruir los focos de la fiebre, rehacer el agro latino, desecar las lagunas pontinas, construir un puerto muy seguro y muy cercano, son obras á las cuales quiere unir el gran general popular los últimos dias de su gloriosa existencia. Inútil deciros cómo le oiriamos los que aprendimos á bendecirle en América, y le admirábamos en el sitio de Roma y en la retirada á Venecia, y le vimos reaparecer por las orillas de los lagos en la guerra de la Independencia, y le deseábamos la victoria cuando se dirigia á las Dos Sicilias, y le idolatrábamos lo mismo en sus desgracias de Mentana que en los sublimes sacrificios por la integridad y la independencia de su patria. Pero todo nuestro entu-

siasmo no impidió que desde la quinta de Garibaldi nos dirigiéramos al colegio de la propaganda religiosa, y habláramos con monseñor Franchi de las misiones, y desde el colegio de la propaganda á la Cámara de Diputados, y oyéramos á Ferrari departir en los pasillos de la necesidad que tiene Italia de avivar su unidad con las antiguas instituciones populares, y ser en nuestro tiempo, lo mismo que en los tiempos medios, el genio de la democracia. Y cuando vino la noche asistimos á una tertulia donde departian los blancos y los negros en grande concordia, y donde una dama romana parecia resumir nuestro dia y representar el estado de Italia, ostentando en su pecho un alfiler que tenía esculpida la efigie de Pío IX, y en las mangas sendos botones, el uno con la efigie de Víctor Manuel y el otro con la efigie de Garibaldi. Dicen, añadió el americano, como resúmen y aplicacion moral de todo su discurso, que los italianos son escépticos. Pues yo prefiero este humano escepticismo, tan propio para las ciencias y para las artes, al dogmatismo recibido de nuestros padres los españoles, y que nos ha dado sesenta años de guerras sangrientas para fundar instituciones tolerantes y tolerables que con otro carácter y otras ideas nos hubieran costado medio lustro ó un lustro de dolores.

Las contradicciones de Roma ¿no son acaso

las contradicciones de nuestra vida? Y las contradicciones de nuestra vida, ¿no han de acompañarnos hasta la eternidad, como nos acompaña la sombra, como nos acompaña la muerte? Apénas hemos resuelto un problema cuando surgen de sus entrañas mil problemas diversos. Apénas hemos planteado una idea cuando con ella planteamos tambien su contraria. Así como no podemos elevarnos á ciertas alturas de la atmósfera sin exponernos á encontrar la muerte, no podemos cambiar los fundamentos de nuestra naturaleza física ó moral sin exponernos á caer en el error y en el absurdo. Lo que ha dado en llamarse el escepticismo italiano acaso es un conocimiento de la realidad y de la historia superior al nuestro. No podemos evitar que el planeta ruede entre dos polos, que la vida se extienda entre la cuna y el sepulcro, que alternen las lágrimas en nuestros ojos con las sonrisas en nuestros labios, que unos asciendan á las cimas luminosas de la gloria y otros caigan en las sombras espesas del olvido; que el trabajo sea un combate y el ocio un enervante; que corra un rio de dolores á nuestras plantas y circunde una aureola de esperanzas nuestras sienes; que los seres se persigan unos á otros en los círculos de este infierno sin fondo y se busquen y se atraigan convirtiendo por el amor sus dolores en cielos infinitos; que desde las pla-

yas de esta realidad siempre árida entreveamos un ideal siempre luminoso; que seamos animales y plantas con las necesidades más groseras y ángeles y genios con las aspiraciones más sublimes; una contradiccion más en este planeta de las grandes contradicciones. Pero evidentemente ciertos principios, ciertos elementos, ciertas instituciones mueren, aunque la contradiccion y el combate continuen. Se lucha siempre, es verdad; pero se lucha entre los vivos, si quereis, sobre los sepulcros de los muertos. En el siglo décimotercio existen unos problemas políticos, y otros distintos en el siglo décimooctavo. En nuestra edad, á nuestros ojos, pasa lo mismo. Los términos de los problemas cambian cada quince años. Lucharán otros principios; pero aquel que atribuia al sacerdocio un poder político ademas de su poder moral, no reaparecerá en el mundo. El poder espiritual de los Papas subsiste y subsistirá miéntras haya millones de católicos en el mundo; pero el poder temporal ha desaparecido por completo en el oleaje de las contradicciones de Roma.

El problema que embarga principalmente en Roma es el problema religioso hoy, como en los tiempos de mayor fe, el primero entre los humanos problemas. Yo he procurado en mis relaciones de viaje siempre decir más bien el pensamiento de los demas que mis propios pensamientos so-

bre los asuntos interiores de los pueblos por mí visitados. Los varios libros que he escrito me han procurado varios amigos, hasta entre aquellos que no participan de mis opiniones políticas. Y no os maravillará saber que he podido tratar, desde amigos y devotos principalísimos del Papa, hasta amigos y devotos principalísimos del Rey; desde senadores y diputados de la extrema derecha, hasta senadores y diputados de la extrema izquierda. Todo el mundo en viaje os pregunta por la situacion política de vuestra patria; y con sólo visitar dos ó tres iglesias de la Ciudad Eterna os convenceis fácilmente de la inmensa popularidad que tiene, por ejemplo, Don Cárlos entre los sacristanes del Tíber. Yo, en cambio, pregunto á todo el mundo por su política interior en justa reciprocidad, y sin herir jamas las convicciones ajenas. Así, en calidad de narrador, proponiéndome no añadir cosa alguna de mi propia cosecha, voy á referiros lo que me han dicho un personaje católico y un hombre de estado liberal sobre el problema de los problemas, sobre las relaciones entre el Pontificado é Italia.

Almorzaba hace pocos dias en casa de un príncipe, poeta, artista, diplomático, amigo de todas las dinastías destronadas, enemigo de todas las innovaciones italianas, devotísimo al Papa y á la Iglesia. Descendimos al jardin á tomar el café, y

nos encontramos en el asunto de los asuntos por un camino bien llano, departiendo sobre la tésis aquí frecuente de si Roma ha perdido ó ganado bajo el aspecto artístico despues de la revolucion. Todo convidaba á discutirlo, todo: las hayas que nos daban sombra, y que habian visto pasar bajo su ramaje papas y familias de papas, reyes y familias de reyes; el Tíber que corria á nuestras plantas, y que nos mandaba una frescura seductora, pero asesina; los grandes palacios que se dibujaban á nuestro frente con su aspecto de fortalezas, sus arcos romanos, sus columnas griegas, su magnitud asiática, su aire feudal, y sus preseas del Renacimiento; las obras artísticas que nos rodeaban, y de las cuales se desprendian, como la esencia de las flores, esas inspiraciones verdaderamente bellas, que no sólo encantan la fantasía, sino tambien sobreponen la razon á la voluntad, las ideas á la pasion, la conciencia al instinto, y fortalecen y aceran el ánimo, y lo persuaden á ejercer plenamente la libertad, y por la libertad lo llevan al cumplimiento del bien.

En Roma se acostumbra á tratar de las cosas eclesiásticas con una franqueza de lenguaje apénas comprensible en nuestra España. Entre el católico español y el católico italiano média la misma distancia que entre la luminosa alegría pagana de una de estas basílicas y la severa austeridad

gótica de una de nuestras catedrales. En la historia del Cristianismo han ejercido soberano influjo las grandes ciudades antiguas, Jerusalen, Aténas, Alejandría, Bizancio, Roma. Y puede decirse que la última en ejercerlo fué esta Ciudad Eterna, que debia presidirlo y personificarlo. Y cuando Roma se bautiza, impulsada por el español Teodorico, ha cumplido el cristianismo sus cielos dogmáticos, ha redactado desde el concilio de Jerusalen hasta el concilio de Nicea todas sus creencias, y toma principalmente un aspecto político y canónico, de autoridad, de dominacion, de ley; el aspecto mismo de la Ciudad Eterna en su antigua historia. Así es que los romanos miran siempre la cuestion religiosa en sus relaciones con la propia grandeza política.

«Os admiran y ós maravillan estas obras de arte, me decia mi interlocutor. Pues pronto las veréis desaparecer bajo la segur de la igualdad democrática, é ir de Roma á quebrarse entre los hielos de Rusia, ó ennegrecerse entre las tinieblas de Inglaterra. Esa galería Doria, donde habeis visto á Juana de Nápoles retratada con griega finura por el pincel de Vinci; donde habeis visto á Lucrecia Borgia con sus ojos valencianos tan negros como su basquiña de terciopelo, surgiendo de la paleta del Verones como para ir á una fiesta veneciana; donde habeis visto el primero qui-

zá de todos los retratos de vuestro inmortal Velazquez; ese museo del palacio Borghesse, que guarda desde obras maestras de los primeros pintores de Sienna y Florencia hasta obras maestras de Rafael y de Corregio; todas esas grandezas se vinculan hoy en mayorazgos, que ántes de treinta años habrán desaparecido por vuestras leyes liberales de las desvinculaciones. Nuestros hijos no podrán tener amortizados quinientos ó seiscientos millones de reales en obras de arte como los tienen sus padres. Vendrá la division de bienes entre ellos; con la division la necesidad de vender: no comprarán, ni los italianos y los españoles que son pobres, ni los franceses, que, ricos como nacion, como individuos no pasan de gozar medianas fortunas; comprarán los príncipes rusos ó los lores ingleses; y los dioses del arte irán prisioneros á las regiones del frio y de las nieblas, como ya han ido á San Petersburgo cuadros maestros de Venecia, y á Lóndres los frisos del Partenon.

»Roma, añadia, para continuar siendo Roma, debiera permanecer como una ciudad aparte, como el templo de vuestro dios, á lo ménos como el archivo donde se guardan los títulos de la nobleza de vuestra estirpe, de la gente latina. Los demócratas habeis sacrificado el genio católico, el genio humano de Roma al genio nacional, parti-

cular de Italia; y buscando la república de Aténas entre nuestras ruinas de mármol, os habeis encontrado con la monarquía de Filipo. ¡Ah! Por eso yo me opuse constantemente á la destruccion del poder temporal de los Papas, y aconsejé que se blandieran todos los rayos y se asestáran sobre la frente de los invasores todos los anatemas. Si el dia que los italianos, valiéndose de las desgracias del imperio frances, abrian la brecha en la Puerta Pía, el Papa sube á la basílica de San Pedro, y con todas las formalidades propias de los ritos, escomulga nominatim á Víctor Manuel y á su ejército, excomulgando con ellos á cuantos sacerdotes les dijeran misa, ó los confesasen, ó les administráran los sacramentos, ó les abrieran las puertas de los templos, tenedlo por seguro, si entran en Roma, si la adquieren por el ímpetu de la revolucion democrática, no la conservan. La mujer italiana es supersticiosa, y al ver que á la patria de esta tierra debia sacrificar la patria del cielo; al ver sus hijos sin bautismo á la hora del nacimiento; sus padres sin confesion á la hora de la muerte; cerrado el templo á sus oraciones y abierto el infierno á sus piés, comienza por una reaccion doméstica la guerra á Italia, y concluye por una reaccion nacional animada del espíritu religioso. ¿Qué quereis? El cardenal Antonelli es un hombre finísimo, de aguda inteli-

gencia, de vastos conocimientos diplomáticos; pero de una irresolucion y de una incertidumbre sin ejemplo. No podeis imaginaros lo que ha costado cosa tan natural y sencilla como elevar el mártir arzobispo de Posen, perseguido de muerte por Prusia, á la dignidad de cardenal. Anunciaba todo género de calamidades á la Iglesia, y no ha sobrevenido ninguna, á consecuencia de este acto de justicia. Pues en el momento de la invasion logró pintar con tan vivos colores la desgracia del mundo católico y las desdichas de la Sede Apostólica si las excomuniones se lanzaban abiertamente y en todo su furor, que retrajo al Papa de la necesaria energía, y dejó en el aire la máxima siempre sostenida de la necesidad esencialísima de los poderes temporales y políticos á la autoridad religiosa y moral de los pontífices. Ya se ve, el cardenal Antonelli es rico hasta poderse llamar un potentado; la gota le tiene afligidísimo y no quiere moverse del Vaticano. Todos sus gustos se reducen á coleccionar mármoles y piedras preciosas. Tiene la joyería quizá más extraña y más rica de Europa. No hay monarca ni potentado que no le haya remitido algun regalo. Y en esto esparce el ánimo y distrae los ocios que le consienten sus trabajos diplomáticos, dejando rodar el mundo á su antojo, sin oponerle, como debiera, una decidida resistencia, cuan-

do choca tan abiertamente como ahora con los altares de la Iglesia católica y con el genio de la antigua Roma.»

No hé menester decir que yo escuchaba con atencion hasta las inflexiones de la voz del Príncipe, sin participar de ninguna de sus creencias, sin asentir á ninguna de sus ideas. Pero viendo mi religiosidad en escucharle, se exaltaba hasta el entusiasmo, y decia: «¡Y cuán merecedor era Pío IX de otra suerte! No conozco ni ha conocido la historia un Papa más íntegro en materia de intereses. Pobre era su familia y pobre continúa. Este larguísimo pontificado no le reportará ni siquiera un miserable ahorro. El dia en que el Papa muera, le enterrará la piedad de los fieles, como la piedad de los fieles hoy le mantiene y alimenta. Vosotros, los liberales, exagerados en vuestros juicios, todos contrarios á los Papas, sabeis cuál ha sido la llaga del Pontificado, sabeis que ha sido el nepotismo. Las familias más poderosas y más ricas deben su poder, su nombre, su riqueza, su influencia, á contar en sus anales un papa. Mirad esos palacios del Renacimiento esparcidos en Roma, y que exceden á los palacios de los reyes en el resto de Europa; recorred esas villas en que la naturaleza compite con el arte, último refugio de los antiguos dioses, olimpos verdaderos de la escultura; todo pertenece á familias pontificias.

Ese palacio Corsini, donde habeis visto cuadros de los principales maestros, y admirado la Vírgen de Murillo y su resplandeciente color sevillano que vence al color mismo de la escuela veneciana, lo fundó un Riario, sobrino de Sixto IV, y lo agrandó aquel cuyo nombre lleva, sobrino de Clemente XII. La villa de Albani, que despues de vender parte de sus esculturas al Louvre y otra parte á Munich, formando como la base de dos museos, todavía guarda las primeras estatuas del mundo, como la bellísima canefora griega, en cuya presencia os olvidais de todo lo que no sea su extática contemplacion, se erigió por familia que contára un papa Clemente en sus anales. Las ciencias y las riquezas de los Pignatellis ha llegado desde nuestras tierras de Nápoles hasta vuestras tierras de Aragon, y si no se han debido, se han aumentado al poder y al nombre de Inocencio XII. Clemente IX es el jefe de esos Rospigliosis, á cuyos jardines acudís para ver la Aurora del Guido Reni, pintada en los techos de sus casinos, donde parece haberse condensado un pliegue de la rosada túnica del alba, y en ese pliegue danzar las ninfas vestidas de gayas gasas, y rodar el carro del sol, presidido por la jóven y divina Íris, que invocára tantas veces en sus poemas Homero. Los Altieris han fabricado el colosal palacio de la plaza de Gesu, parecido á una

ciudad, á la vivienda de un pueblo más que á la vivienda de una familia, y los Altieris han tenido un Clemente X á su cabeza. Cuando recorreis la villa Pamphili, cuando bajais á sus verdes valles, cuando subís á sus colinas cubiertas de flores y coronadas por pinos de Italia, cuando dejais errar la mirada por los jardines interminables y por los lagos azules, comprendeis que los paisajes de Claudio Lorena se han animado en Roma á los conjuros del arte, movido por poderoso motor de oro, y acaso no recordais cómo tan puros goces son debidos á la munificencia de un sobrino de Inocente X. El palacio Barberini truena allá en las alturas, en las sagradas colinas, como un nuevo Quirinal, como un nuevo palacio Vaticano, construido con piedras arrancadas al Coliseo y edificado por los parientes de Urbano VIII. Esa galería, alzada en los jardines de Salustio, donde brilla la colosal cabeza de Juno y donde quedan grupos encantadores de Menelao, es obra de la fortuna de los Ludovisis, y la fortuna de los Ludovisis obra de su pariente Gregorio XV. La villa de Borghesse realmente es el único paseo del pueblo romano; su galería de esculturas podria honrar una capital; de su galería de pinturas no hablemos; y todas esas fabulosas riquezas comenzaron bajo la proteccion de un papa Borghesse, de Pablo V. Y ya sabeis cómo Ju-

lio II protegió á los Róveres, y Leon X á los Médicis, y Alejandro VI á los Borgias, y Martin V á los Colonnas, y Pablo III á los Farnesios. Principados, dinastías, grandezas de todas clases que han llegado hasta nuestro tiempo, que han conmovido á Europa hasta nuestros dias, débense á esa debilidad de los Papas por sus respectivas familias. Pío IX ha vivido para los fieles y para la Iglesia. Jamas pasó por las manos de un Papa tanto oro. El dia en que perdió sus rentas temporales, los productos de su monarquía, pagó con religiosidad á todos los empleados destituidos, satisfizo las obligaciones corrientes, mantuvo un ejército de 15.000 hombres, y pudo entregar al Tesoro pontificio 400 millones de reales, y negarse con toda entereza á percibir la suma votada para mantener su decoro y su autoridad espiritual por los parlamentos italianos. Cuanto ha recibido de manos de los fieles otro tanto ha pasado á manos de la Iglesia.

»Pero no hay que dudarlo, su extrema movilidad de artista nos ha traido grandes males, se los ha traido á nuestra Roma. Durante su juventud le poseia la idea utópica de un pontificado democrático. El libro de Gioberti sobre el primado de Italia por virtud de la Iglesia, corria por todas partes y acaloraba muchas imaginaciones exaltadas. Aliar la democracia con el cristianismo;

rejuvenecer la conciencia religiosa con la idea liberal; concluir la obra del Evangelio, deduciendo sus últimas consecuencias políticas y sociales; llamar desde la antigua ciudad de los tribunos y desde el sacro altar de los mártires los pueblos oprimidos al goce de los derechos políticos; reconstituir por el progreso la tutela pontificia ejercida en otros siglos por la autoridad; aliarse con los débiles y anatematizar á los fuertes como Cristo en la montaña; todo este conjunto de propósitos era un ideal que trastornaba la mente del prelado Mastai y absorbia sus sentidos en la hora misma en que imprevista eleccion colocó sobre sus caldeadas sienes la tiara con las tres coronas reales y le entregó el dominio mayor que un mortal puede ejercer, el dominio sobre la humana conciencia.

»Los liberales de toda Europa, en cuanto advirtieron sus inclinaciones, le rodearon completamente en espesa nube de incienso. El flaco de Su Santidad es el amor al aplauso. Por aquella pendiente se hubiera deslizado hasta el fondo de insondable abismo sobre la muelle almohada de la popularidad si no viene la demanda de la guerra contra el Austria á demostrar palpablemente á su honradez la incompatibilidad entre sus ideas de patriota liberal y sus deberes de Pontífice Máximo. Entónces volvióse de cara á la reaccion, y

los reaccionarios del mundo le rodearon de las mismas alabanzas y del mismo incienso que los patriotas italianos. Y en esta nube envuelto extremó la reaccion religiosa sin extremar la reaccion política. Y el mismo que no quiso excomulgar nominatim á Víctor Manuel, corrió los riesgos de un concilio ecuménico para declararse á sí, en persona, infalible. Y esta declaracion extraña coincidió casi con las victorias de Prusia. Y Prusia, que hubiera opuesto su veto á la entrada en Roma, como solemnemente prometieran Emperador y canciller al arzobispo de Posen, su amigo entónces, dejaron que el atentado se consumára en ódio á las últimas decisiones eclesiásticas. Y cuando solamente le quedaba al Papa el rayo de la excomunion para defenderse, acaso para salvarse, no lo ha esgrimido. Al contrario, todo el mundo sabe que está en los mejores términos con Víctor Manuel, y que expoliador y expoliado se escriben frecuentemente. Víctor Manuel insinúa que el poder real, como á una gran parte de sus antecesores, le abruma, y que preferiria á las alturas del trono las cimas de las montañas, siendo en él más poderosa y vivaz la naturaleza de cazador que la naturaleza de monarca, y la vocacion de campesino que la vocacion de político. Pero dice francamente que su hijo Humberto, nacido y criado en tiempo de revoluciones, con ideas

muy avanzadas, con profundas creencias de libre pensador, enemigo irreconciliable del Pontificado, sería gravísimo peligro para la Iglesia; y le ofrece hasta como un homenaje al Vaticano su presencia en el Quirinal. Y de esta suerte todo se conjura para demostrar la inutilidad completa de los poderes temporales y políticos á la autoridad religiosa de los papas, en contra de lo que dijéramos siempre, y á mano armada sostuviera Roma. Y ese Papa, hoy prisionero, que no puede salir de su Vaticano, cuando la Iglesia universal le pertenece, hubiera vencido á sus enemigos con solo excomulgarlos, con solo blandir los rayos de que todos se rien y á que todos temen. El arma no está hoy tan embotada como vosotros imaginais, y sus efectos en Italia hubieran sido terribles, y para el Papa incalculables sus ventajas.»

Yo, con el respeto debido siempre á la sinceridad de las creencias honradas, opuse alguna observacion á mi interlocutor. El efecto de las excomuniones, en estos tiempos de crítica religiosa é histórica, debe calcularse por el que produjeron allá en los tiempos de exaltacion y de fe. Otros Papas hubo más perseguidos, á la verdad, que Pío IX, y más armados de esos rayos, cuya virtud no depende tanto del arbitrio de quien los lanza como de la fe de quien los recibe. No podeis negarme que média una gran distancia moral, mayor que

la distancia temporal, entre aquellos siglos en que los reyes de Inglaterra venian bajo la égida de Gregorio Magno á visitar la tumba del apóstol en Roma, con las manos llenas de ofrendas, como los reyes magos á la cuna del Salvador en Belen y estos tiempos en que Inglaterra pertenece casi por completo á la herejía. Entónces recibian sobre las gradas de la basílica los reyes cristianos sus albos trajes de catecúmenos como la mayor de las recompensas y colgaban las largas cabelleras rubias y las pesadas coronas de oro en esas paredes donde hoy sólo se ven los sepulcros de los últimos Estuardos errantes, destronados, perseguidos por su devocion á la Iglesia. En el siglo undécimo puede el Papa conseguir que todo un Emperador de Alemania, excomulgado, le pida de rodillas perdon como un esclavo á su señor. Pero en el siglo décimotercio no puede conseguir otro papa que Aragon ceda en la guerra de Sicilia, á pesar de las excomuniones; y se da el caso de que los santos de los altares hacen milagros á favor de los excomulgados. ¿Qué quereis? Yo creo que el Papa ha hecho perfectamente en no darse á las aventuras de una resistencia extrema y al aparato de una excomunion mayor. Quizá no contára con el clero italiano, parapetado tras la idea de que el asunto era un puro asunto político. En Italia el clero es eminentemente so-

cial, y por lo mismo absorbe por todos sus poros el espíritu de esta sociedad. A quien se le dijera que Nápoles ha renunciado casi desde 1860 á su procesion del Córpus no lo creeria. Ignoro si cayó la fiesta del Córpus en tiempo del canton allá por nuestra bella Valencia; pues el canton hubiera celebrado las procesiones, fiesta indispensable á los valencianos. He oido á gente del pueblo quejarse en Roma de que el Papa haya suspendido las ceremonias en San Pedro, pero no por carecer de esta expansion religiosa y de ese alimento espiritual, sino por carecer de las materiales ventajas que reportaba á su salario la presencia de tantos extranjeros como acudian al cebo de los espectáculos. Es frecuente ver aquí, en capillas donde está expuesto el Santísimo, á curas que enseñan en voz alta y con ademanes de irreverente olvido, cualquier obra de arte á sus amigos. Eso sería imposible en España.

Nuestras gentes no me creerian si les anunciase que el custodio cercano á las cien lámparas encendidas en torno del sepulcro de San Pedro, lleva hoy mismo, bajo las bóvedas de la primera entre todas las iglesias del mundo, la gorra puesta. En el alma de vuestro clero hay, lo mismo que en el alma de vuestra nacion, un fondo de escepticismo. La idea pagana se ha conservado siempre, y ese grano de la sal del naturalismo antiguo

os preserva de los excesos y violencias á que todavía se entrega por la causa religiosa una parte de nuestro clero y otra parte de nuestro pueblo allá en las montañas del Norte. Italia no ha sido, ni en los tiempos de fanatismo, una nacion fanática. En España, el fanatismo está de tal suerte arraigado, que cambia de creencias sin cambiar de naturaleza. Es el defecto de raza tan enérgica, tan tenaz, tan valerosa como la nuestra, que todavía conserva con su exceso de vigor físico, su exceso de vigor moral. Vosotros los italianos conoceis mejor que nosotros la realidad, la vida, y os amoldais á sus exigencias. Aun me dura el estupor grandísimo que me causó el saber, hace dias, la existencia real y efectiva de curas elegidos por el pueblo en várias ciudades y regiones italianas, curas que se creen ya tan curas como si los hubiera elegido su prelado. La excomunion mayor les alcanza desde los piés hasta la cabeza, y sin embargo, administran los sacramentos como si estuvieran libres de toda irregularidad. Id con esas á las gentes de nuestra nacion y de nuestra raza. Hablábame una señora ecuatoriana ayer mismo de su patria y mentaba al arzobispo de Quito. Decíame que era liberal, muy liberal, y que habia venido al Concilio con la idea principalmente de recabar la supresion de los conventos. Y como yo le preguntase con quién habia vo-

tado en el asunto de los asuntos, me respondió, extrañando mucho mi conducta, que con los partidarios de la infalibilidad. En Italia el clero es ménos inflexible y no sigue al Papa. El Rey se queda con la excomunion y con los sacramentos. Ya hubieran hallado los curas italianos alguna puerta falsa por donde meterlo en la Iglesia.

Y en esta creencia me fortaleció uno de los primeros estadistas italianos, cuya conversacion tambien quiero contaros.

«Nosotros, me dijo, nada adivinamos ni queremos adivinar respecto á la eleccion del nuevo Papa. Dicen unos que será elegido el cardenal de Sienna: dicen otros que será elegido el cardenal de Nápoles: nadie puede averiguar quién será el elegido. Nos apartamos de todo intento de influjo, porque las cosas imposibles no se deben jamas intentar; y nos reducimos á mostrar prácticamente que el Cónclave tendrá entre nosotros una libertad y una autoridad imposibles fuera de Roma. Yo me rio de cuantos proponen sistemas varios en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Poned el padre Pasaglia en el Vaticano y procederia como procede Pío IX; poned á vuestro amigo Ferrari en el poder y procederá como procede el Gobierno. Nuestra nacion ni puede, ni quiere, ni debe renunciar á la presencia del Papa en su privilegiado suelo. Esta presencia constituye una ca-

pitalidad religiosa á la que no hay medio de sustraerse en el estado de la civilizacion universal. Y cuando Italia entró en posesion de Roma, ó tenía que despedir ó tenía que conservar al Pontífice. Despedirlo equivalia á demostrar nosotros mismos la tésis de nuestros enemigos, la incompatibilidad del Pontificado é Italia. Conservarlo equivalia á destruir la tésis de la necesidad del poder temporal, en el ejercicio de la magistratura religiosa. Conservando al Papa no hay más remedio que darle una completa libertad. Ningun Gobierno, ni el Gobierno demagógico, se atreveria á llevar una Encíclica al jurado, ni un papa á la cárcel. Hay cosas que se dicen muy fácilmente en los discursos, y que muy difícilmente se hacen desde el Gobierno. El Papa ataca una cosa, ya fuera de debate en Italia, ataca nuestra independencia y ataca nuestra nacionalidad, como si atacára al sol, al cielo, á los astros, á cuanto está léjos del dominio de su voluntad y del alcance de sus manos.

»Miéntras tanto, con esos ataques pertinaces, con la absoluta libertad de palabra, con la franca recepcion de los peregrinos enviados por todas las reacciones conjuradas contra Italia, se ve, se toca, se palpa la absoluta libertad religiosa y moral de los pontífices. Y resulta que desde el dia de la pérdida de su poder político, léjos de dis-

minuir, crece su autoridad espiritual. Esta conducta de Italia es amargamente criticada por las dos negaciones entre que rueda siempre toda afirmacion. Los unos quisieran que la política de este pueblo emancipado consistiese en esclavizarse de nuevo reedificando el poder más contrario á su emancipacion, el poder temporal. Los otros quisieran que creáramos un Estado omnipotente contra la Iglesia, y la deshiciéramos bajo las ruedas de ese Estado. El Parlamento italiano, cohibido por fuerzas mayores, no seguirá ni una ni otra política. No se echará á los piés del Pontífice, porque eso equivaldria al suicidio; no oprimirá al Pontífice, porque eso equivaldria á la demencia. Ni irémos á Canosa con cilicio y sayal, como los emperadores penitentes de la Edad Media; ni entrarémos á saco en la jurisdiccion religiosa, como los reyes filósofos del pasado siglo. La sumision al Pontífice riñe con el espíritu de esta edad, pero tambien riñe la tiranía sobre el Pontífice. No puede ejercer hoy sobre la Iglesia Víctor Manuel de Saboya la jurisdiccion que ejercia ayer Cárlos III de Borbon. Y miéntras tanto, el poder de los Papas va perdiendo carácter político y tomando carácter espiritual; el Pontificado va dejando de ser una institucion puramente italiana, para pasar á ser una institucion verdaderamente católica.

»El partido ultramontano de todo el mundo, que no comprende esto, se aferra á su política intransigente, y se empeña en una reaccion por la cual podemos llegar el dia ménos pensado á la guerra europea. Y en su intransigencia le sorprenderá el suceso de los sucesos, la muerte de Pío IX, que, gracias á Dios, goza hoy de salud excelente. Y la muerte de Pío IX tendrá inmensa trascendencia. Por esa monotonía y uniformidad de la historia, que mirada desde ciertas alturas parece una colmena donde se reproducen á la contínua los mismos trabajos y se obtienen los mismos productos, el problema está planteado poco más ó ménos como en la Edad Media: los gibelinos de Italia, los enemigos del poder temporal, se apoyan resueltamente en Alemania; y los güelfos de Italia, los amigos del poder temporal, resueltamente se apoyan en Francia. El asunto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado va siendo todo el asunto europeo. Desde vuestra desastrosa guerra civil presente, hasta la futura guerra internacional, todo se enlaza con ese problema. Si en el dia de las grandes catástrofes los güelfos predominan ¡ah! no sé qué podrá suceder á nuestras libertades y á nuestra nacionalidad; pero si predominan, como hoy, los gibelinos, por no haber querido la libertad, se encontrará la Iglesia con el predominio y quizá con la tiranía del Estado.»

Hasta aquí mis dos interlocutores. Yo, en mi calidad de historiador, ni quito ni pongo una palabra. Sólo se me ocurre decir que el estado de los ánimos y el progreso de las ideas anuncian que las soluciones definitivas de estos problemas serán soluciones favorables á la libertad.

UN DISCURSO.

DISCURSO pronunciado por D. Emilio Castelar el dia 12 de Mayo, en el banquete dado en su obsequio por diputados, escritores y estadistas liberales en el círculo progresista de Roma.

Señores: Permitidme que, profundamente conmovido, principie volviéndome como en espíritu hácia Occidente, y evocando la sombra, la imágen de mi patria. Santa madre de mi espíritu, hogar sagrado de mi corazon, templo de mi conciencia, el afecto inmenso que por ella siento crece con sus desgracias y toma en el extranjero la solemnidad y la grandeza de un culto. Vuestros elocuentísimos loores, vuestras ardientes invocaciones á la noble España han penetrado hasta el corazon de este su hijo y lo han llenado de inextinguible agradecimiento. Si en el calor de las improvisaciones, si en la amistad fervorosa hácia mí, alguna palabra sobre desvío, ú olvido, ó ingratitud se ha deslizado, sólo me toca protestar contra esa palabra tan amistosamente como ha

sido amistosa la insinuacion; pero tan enérgicamente como cumple á mi deber y á mi conciencia. España nada me debe á mí; yo todo cuanto soy se lo debo á ella, y la siento latir en mi corazon, y arder y brillar en mi mente, penetradas de su jugo mis venas, de su calor toda mi vida. Sobre los errores de los partidos y de los gobiernos, se levanta España inmaculada, como la humanidad sobre los errores de los individuos. España podrá proceder como quiera con sus hijos, pero sus hijos no dejarán jamas ni por un momento de adorarla como la personificacion de todo cuanto han amado sobre la faz de la tierra.

Y ahora, ¿qué responder á tantas muestras de entusiasmo? Sentir grandes afectos, fácil cosa es en esta ocasion gratísima con sólo dejar abierto el corazon á la electricidad de vuestros sentimientos; pero decirlos en toda su verdad, difícil, muy difícil, porque así como á cada paso encontramos asuntos propios de la esfera de un arte, y á la esfera de otro arte imposibles, por los medios varios de la expresion artística, así ante el espectáculo de esta reunion brillantísima, ante este enjambre de ideas que se eleva á lo infinito, entre los acentos de vuestras espléndidas oraciones ¡ah! no le queda recurso alguno á mi palabra, y pareceria lo más natural dejar la gratitud vagando á su arbitrio en la interna inmensidad de

nuestro sér, mayor si cabe que la externa inmensidad del espacio, y ántes que verterla en formas indignas de su grandeza, aumentarla con el misterio y la solemnidad de un religioso silencio.

Mas siendo deber de cortesía, de afecto recíproco, de agradecimiento hablar en la ocasion ménos favorable, cuando la voz se anuda en la garganta, considerad cuanto por mí pasará al verme, oscurísimo resto de un reciente naufragio, enmedio de vosotros, ayer esclavos y hoy libres, ayer víctimas de los tiranos y hoy representantes del pueblo, ayer en la soledad del destierro y hoy en el regazo de la patria, legisladores de esta Italia, que parecia descoyuntada para siempre en el potro de sus tormentos de quince siglos; que parecia enterrada para siempre, como los huesos de sus primeros padres los romanos, bajo la pesadumbre abrumadora de sus recuerdos y de sus ruinas; y que ha resucitado en transfiguracion superior á las sublimes transfiguraciones trazadas por sus pintores, enseñando una enseñanza consoladora, como ántes puede perderse en este nuestro planeta el calor central que el calor de la libertad, y ántes extinguirse en lo infinito la luz de los astros que en los corazones de los desdichados y de los oprimidos la esperanza en una saludable y definitiva redencion. (*Ruidosos aplausos.*)

Yo he visto á Roma en el cilicio y en la penitencia, con el Miserere en los labios y los restos de un gran sudario sobre su cuerpo; yo la he visto fuera del espíritu moderno, como un mentís al progreso, como una excepcion al derecho; de rodillas en las aras consagradas á su sombría teocracia y circuida, como Niobe, de sus hijos muertos para la vida más necesaria y más alta, para la vida del pensamiento; buscando sobre sus cordilleras de ruinas y bajo su corona de cipreses las antiguas instituciones que fueran su grandeza, convertidas en sueños, en fantasmas, y doliéndose de no encontrarlas con lamentos dignos de los versículos de Job y de los trenos de Jeremías; sin que bastáran á contrastar su dolor ni el inmenso poder moral de sus pontífices ni la inmarcesible gloria de sus divinos artistas, desolada Jerusalen de imperecederos recuerdos, pero tambien de imperecederas tristezas; y ahora por las cenizas del Foro se despiertan los ecos del antiguo Senado; en la tribuna de los Rostros resuenan los acentos de la antigua elocuencia; del Aventino y del Monte-Sacro descienden las sombras de los tribunos á bendeciros por haberles dado el consuelo de vuestra emancipacion; entre los fragmentos de sus sepulcros destrozados como restos de otro planeta, se levantan los manes de Camilo, de Regulo, de Cincinato, de Escevola, al

sentir que por la cima del Capitolio, cima tambien de la tierra, cerebro de la gente latina, brillan y arden como dos faros, cuyos rayos penetran hasta en la soledad de lo pasado y hasta en la region de la muerte, la dulce alma de esta moderna Italia, tan fecunda en divinas inspiraciones unidas con el genio austerísimo de la romana libertad. (*Estrepitosos y repetidos y prolongados aplausos.*)

El gran poeta de vuestras desgracias no podria decir hoy como en su tiempo:

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne, e i simulacri, e l'erme
Torri degli avi nostri,
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
Y nostri padri antichi.

Y no podria con razon añadir pintando la ilustre nacionalidad acongojada:

Siede in terra negletta e sconsolatta,
Nascondendo la facia
Tra le guinocchia, e piange.
Piangi, che ben hai donde, Italia mia,
Le genti á vincer nata
E nello fausta sorte, e nella ria.

El sublime cantor de la Edad Media, el titánico genio de la desesperacion, no podria exclamar:

¡Oh serva Italia! di dolore ostello,
Nave senza nachiero in gran tempesta;
Non donna dei provincie;ma bordello.

Sobre los muros, sobre los arcos, sobre las columnas; en las piedras de vuestros monumentos, en las obras inmortales de vuestros artistas se ve brillar como en contínua fulguracion que Italia es una, que Italia es independiente, que Italia es libre; y vosotros, que como italianos recogeis los frutos de estos grandes progresos; y yo, que como parte de la humanidad y como hijo de la raza latina, participo de sus ventajas, debemos beber en comun por la unidad, por la libertad, por la independencia de Italia (*Aplausos*), por todos aquellos que han contribuido á fundarlas entre los escollos de la diplomacia europea y los azares de la guerra; por todos aquellos que la salvan, la defienden y la consolidan, pues la existencia de esta nacion libre en el mundo moderno es garantía al progreso universal, y áncora segurísima á los derechos de unos, á las esperanzas de otros, á la autonomía, á la dignidad, á la grandeza de todos. (*Prolongados aplausos.*)

Señores, vosotros habeis hablado mucho de mí, consagrándome alabanzas, dignas de vuestra magnanimidad, en desproporcion completa con mis méritos (*Voces: No, no*); permitidme que yo recuerde un hecho, no más que un hecho sencillo de mi vida. Crecí y me eduqué en tiempos de desesperacion respecto á vuestra patria. Para todos pasaba como axioma indiscutible que Italia

estaba muerta y no resucitaria jamas. Nuestros padres, que tornaban del destierro para encontrarse con la guerra civil, vieron, trataron allá en la Gran Bretaña el sublime poeta de los sepulcros, hijo natural de Grecia, hijo adoptivo de Italia, que llevaba sobre su frente espaciosa los resplandores del genio de las dos naciones, y sobre su henchido corazon el luto de las desgracias y de las tristezas italianas y helénicas, luto más negro y más profundo en las tinieblas, donde le faltaba á un tiempo el acento de las músicas lenguas meridionales en los oidos y en los ojos el resplandor de nuestra luz y de nuestro cielo: en tal guisa, aterido por la duda y por el frio, aquel gran genio, creyendo eterna la noche y eterna la soledad de entónces; habia dicho, y ellos lo habian difundido, que estaba él condenado á morir en la proscripcion é Italia condenada á desaparecer en la servidumbre, rotas las cuerdas de su corazon como las cuerdas de su lira, semejante á sus antiguas sacerdotisas cuando bajaron del ara y se desciñeron la corona de verbena, al conjuro de los penitentes que salian de los desiertos del Asia y al golpe de las tribus que bajaban de las selvas del Norte, en la última apocalíptica hora del antiguo mundo. (*Bien*, *bien.*)

Y yo, á pesar de haber oido esto constantemente, pensé y creí siempre que Italia resucita-

ria. En el jurado de Madrid, ante un pueblo inmenso, el año 1855, en el ardor de la primera juventud, yo dije que veriamos la unidad y la libertad y la independencia de Italia. Todavía guardo en mi poder una felicitacion que entónces me dirigieron, y que anda impresa, muchos patriotas italianos, entre los cuales se encuentran nombres tan ilustres como los nombres de Garibaldi, Manin, Mancini, Mamiani, Tomaseo y otros varios. Pero entónces, si habia muchos que participáran de mis ideas, habia pocos, muy pocos que participáran de mis esperanzas. Hasta los más liberales me tenian por visionario y declaraban que mis anuncios, nacidos más en la fantasía que en el conocimiento de las cosas, no se cumplirian. Valor se necesitaba para esa afirmacion, señores, en aquellos momentos. El mundo estaba lleno de desterrados italianos; el esfuerzo de 1848 habia recrudecido los dolores y enconado las llagas; el Piamonte, aplastado entre el Imperio de los Bonapartes y el Imperio de los Hapsburgos, no podia apénas respirar ni sostener sus nacientes instituciones; cebábase el despotismo en las dos Sicilias, donde veiamos arriba todas las demencias y abajo todas las desgracias de nuestro tiempo de Fernando VII; las bayonetas imperiales mantenian la donacion de Pipino y cerraban todo paso al esfuerzo y al trabajo; príncipes absolutos

en Toscana; príncipes más absolutos en Parma; príncipes absolutísimos en Módena, sargentos todos asalariados del Austria; las plazas del Cuadrilátero, como otros tantos clavos, sosteniendo el cuerpo de vuestra nacion martirizada en su cruentísima cruz; Milan, caìda exánime en el dolor y en la desesperacion; Venecia, flotando como un gran cadáver en sus lagunas que parecian lagunas de lágrimas; por los horizontes de Europa ni un solo vislumbre de esperanza, dispersas las democracias alemanas y errantes sus ilustres apóstoles, volcada al golpe de Estado la gloriosa tribuna francesa; desvanecidas las ideas que brotáran de la Asamblea de Francfort y soterrada Hungría, como si hubiéramos vuelto á los tiempos de la Santa Alianza, á la exaltacion de todos los tiranos y á la esclavitud eterna de todos los pueblos, no quedando á los grandes patriotas más recurso, despues de tantas catástrofes, que el recurso de Bruto y de Caton, la desesperacion y el suicidio. (*Frenéticos aplausos.*)

Y sin embargo, mi fe tenía un fundamento racional; mi fe tenía el fundamento de las ideas progresivas, de las ideas de libertad y de patria. Penetrando como penetraban ya en el espíritu de los pueblos, debian necesariamente conducirlos desde la concepcion de lo ideal á su inmediato cumplimiento. Una idea, por etérea, por impal-

pable que parezca, transforma la impura realidad, modifica y renueva las sociedades humanas. Como las ciencias experimentales van cada dia demostrando más la unidad de las diversas fuerzas cosmogónicas, las ciencias de indagacion van á su vez demostrando que arte, religion, Estado, filosofía son como cristalizaciones várias de una misma idea. (*Bien, bien.*) Y esta idea de la libertad, y de la igualdad en la libertad que debia crear la democracia, de la cual se derivaba esta otra idea de la union, de la identificacion de aquellos que tienen orígenes comunes y comunes destinos históricos en una misma nacionalidad, debian penetrar en el seno de Italia y redimirla y salvarla. Os habiais formado una concepcion superior de vuestro derecho, y merced á las intuiciones rápidas de nuestra inteligente raza, habiais podido llevar esta concepcion á las últimas clases sociales, al seno de los pueblos, y de aquí la unidad italiana. Para fundarla más sólidamente la unisteis al pensamiento moderno, á la libertad; porque no puede prevalecer todo aquello que contra la libertad se dirija. Italia estaba dibujada y delineada en el espíritu ántes de brotar en el espacio. Italia era ya vista, descubierta en el éxtasis de sus hijos ántes de que brotára en las instituciones, como esas místicas figuras que el beato Angélico adoraba en espíritu ántes de animarlas

en el aureo fondo de sus cuadros. Así esta idea universal suscitó la inspiracion de vuestros artistas, el heroismo de vuestros soldados, la fe de vuestros mártires, y el genio de vuestros hombres de Estado. Y supisteis sumar á los ímpetus del sentimiento los cálculos de las probabilidades políticas; y al culto por lo ideal y por los principios abstractos el conocimiento práctico de las realidades de la historia. Supisteis, cuando fué necesario, evocar vuestros muertos ilustres, reunir vuestros jóvenes ejércitos, y marchar en alas del entusiasmo desde una inmerecida servidumbre á vuestra redencion en la libertad. Y despues de 1848, despues de aquél gran desastre, no perdisteis la esperanza como Caton despues de Farsalia y como Bruto despues de Filipos, perseverasteis, combatisteis, y desde San Martino hasta Marsala y desde Marsala hasta Gaeta una serie de victorias ilustres fundaron la libertad y la independencia de Italia, que completasteis luégo con la unidad, recabando en una mezcla rara de valor y de prudencia vuestra mágica Venecia y vuestra sublime Roma. El sueño de quince siglos se ha realizado. Lo que no pudieron los antiguos Césares ni los reyes ostrogodos y lombardos; lo que no alcanzaron ni Federico de Suabia ni sus ilustres descencientes en el combate á muerte con los güelfos y los angevinos; lo que no vieron ni

Dante ni Petrarca, á pesar de invocar á los Emperadores de Alemania, para que convirtieran la espada del Sacro Imperio en el eje de Italia; lo que no alcanzó Julio II con sus cañones, ni Leon X con sus artes; lo que no realizó Savonarola dándose á Dios, ni Maquiavelo dándose al diablo; la Italia una, la Italia libre, la Italia independiente, lo habeis conseguido vosotros, que sin duda sois la generacion más favorecida, por haber reunido á los esfuerzos de las generaciones anteriores y á sus martirios la idea vital por excelencia, la idea por excelencia poderosa, la idea de libertad. (*Grandes aplausos.*)

Pero no basta con haberla conseguido, es necesario á toda costa conservarla. Una larga experiencia enseña cuánto más fácil es la fundacion que la consolidacion de las libertades públicas. Para lo primero acaso basta con una virtud muy grande, pero muy extendida y rudimentaria, con el valor; para lo segundo se necesitan la sabiduría y la prudencia. Todo se puede dejar en parte á los azares de lo imprevisto, todo, ménos la suerte de las naciones. Las aventuras en los pueblos concluyen casi siempre, como las aventuras de la obra inmortal de nuestro Cervántes, por grandes catástrofes. Sólo se debe extirpar aquello que no se puede reformar. Y ántes de pedir á las leyes una reforma es necesario formularla con

claridad, difundirla con perseverancia, propagarla en los comicios, conseguir que desde los comicios suba como una savia misteriosa á los parlamentos y de los parlamentos á los gobiernos. Si un principio, por progresivo que parezca, puede comprometer todo lo que habeis alcanzado, no lo propongais ni lo implanteis; contentaos con prepararlo para lo porvenir. Vosotros, que sois naturalezas sintéticas, no caigais en el error de los errores: mirar sólo á la libertad y prescindir de la autoridad; mirar sólo al progreso y prescindir de la estabilidad; mirar sólo al derecho del individuo y prescindir de la fuerza social; mirar sólo á lo porvenir cuando todo movimiento encierra en trinidad misteriosa lo pasado, lo porvenir y lo presente. El ideal debe formularse, sostenerse, difundirse todos los dias con sin igual constancia, porque es la promesa de las renovaciones necesarias en las sociedades humanas; mas para plantearlo no olvideis nunca, no, que toda idea encierra una serie lógica de ideas y que toda obra grande crece con la misma lentitud con que crecen los seres muy duraderos en la naturaleza. Los partidos radicales, los partidos avanzados de toda Europa deben unir al valor la mesura, al sentido científico el sentido histórico, á la noble impaciencia por el progreso aquel tacto político, aquella medida de la realidad, aquel conocimien-

to de pueblos, sin los cuales sembrais el bien y recogeis el mal. No os satisfagais con haber fundado Italia, conservadla. Y no se diga jamas que por corregir un defecto de vuestra estatua, por quitarle una imperfeccion, quizá necesaria, la habeis destrozado en mil pedazos. (*Grandes aplausos.*) Brindemos, pues, no sólo al empuje y á la iniciativa de los que fundaron Italia, sino tambien á la prudencia y al tacto de los que saben conservarla y sostenerla con maravillosa unidad de propósitos.

No me cansaré jamas de tratar este punto, porque creo que el mayor mal de las democracias modernas es la impaciencia, y el escollo único está en la demagogia. Los períodos revolucionarios, los períodos de violencia se van cerrando en toda Europa. Los pueblos que caen por su desgracia en reacciones absurdas, los pueblos que ven reaparecer por conjuraciones de cuartel épocas aborrecidas de tiranía, los pueblos que pierden su prensa y su tribuna, los pueblos lanzados del derecho á los piés de la teocracia, esos pueblos que conservadores insensatos empujan hácia el abismo, no tienen otro remedio sino apelar á la revolucion, obra siempre de los opresores y no de los oprimidos, los cuales tienden incontrastablemente, como todos los seres, á respirar su aire, á ver su luz, á ver y respirar la libertad.

Pero los pueblos que tienen las condiciones necesarias de la vida moderna, aquellos que poseen el sistema constitucional en toda su latitud, que gozan de prensa y de tribuna libres y que pueden reformarlo todo por la iniciativa del Parlamento y por el voto de los comicios, esos pueblos, cuando apelan á la revolucion, me parecen á la verdad tan insensatos como los conservadores reaccionarios, y forjan su propia opresion y mueren dementes en la infamia del suicidio. No olvideis, no, que solamente los déspotas, creidos de que su voluntad y su pensamiento representan toda la nacion, pueden intentar cuanto quieran sin contar con nadie; nosotros los demócratas, para gobernar las sociedades humanas y reformarlas, necesitamos de todos, de la mayoría cuando ménos, y no podemos ganarlos á todos sino por la persuasion y por la propaganda.

Conozco que insisto mucho; pero permitídmelo en puro interes de la libertad y de la democracia, causa que con desinteres completo he servido toda mi vida. Los excesos nos han perdido siempre. Entre aquel estallido de pasiones que acompañó á la primera revolucion francesa, no se pudo fundar una república duradera; entre el estallido de utopias que acompañó á la revolucion de 1848, perdióse tambien la república. Hoy, que parecia la obra más difícil, la reaccion más fuerte,

nuestro ideal extinto en las ruinas humeantes de la guerra civil y de la guerra extranjera, la república se ha salvado, la república se ha establecido en Francia, gracias á la prudencia de los republicanos, que han alcanzado la más difícil, pero la más gloriosa de todas las victorias, la que ha consistido en vencerse á sí mismos, sometiendo á la realidad un ideal que se extinguiera si intentáran realizarlo en una sola hora ó en un solo dia. Para confirmar esta verdad encontraréis cumplidísimo ejemplo en el pueblo quizá más fuerte, más valeroso y más desgraciado de Europa, en el pueblo español. Este gran pueblo habia conseguido los tres mayores bienes á que pueden aspirar los pueblos modernos; habia conseguido la libertad, la democracia y la república. Su conciencia y su pensamiento, su prensa y su tribuna eran completamente libres; la tolerancia religiosa habia sustituido á la intolerancia más arraigada y más antigua; sus Universidades tenian todos los derechos de las primeras Universidades del mundo; administraba allí justicia el jurado y elegia la autoridad en todos sus grados el sufragio universal: bienes inapreciables que llegaron á encarnarse en su forma propia, en su organismo natural, en la república; pero el empeño de exagerar todas las ideas, de extremar todas las conquistas, de pedir á combinaciones utópicas y no ensayadas de un

republicanismo indefinido, todos estos gravísimos errores nos perdieron y nos llevaron á una descomposicion que ha sido al par causa de nuestra ruina y de la ruina de aquellas venerandas instituciones, á las cuales habiamos unido con el trabajo de toda nuestra vida la honra de nuestro nombre y la suerte de nuestra patria, ejemplo tristísimo que invocaré siempre para inculcar en las democracias europeas las dos virtudes que deben ir unidas á su valor y á su tenacidad, la moderacion y la prudencia. (*Aplausos, asentimiento.*)

Pero dicho esto, hecha esta confesion dolorosísima, réstame otra cosa que decir, otra enseñanza que sacar de los acontecimientos de España. Se habla mucho de la solidaridad que existe entre los elementos liberales, entre los partidos democráticos, entre los gobiernos afines de Europa. Se habla mucho de lo que ha dado en llamarse el cosmopolitismo revolucionario. Yo puedo decir, yo puedo declarar que no he hallado esa unidad de miras y esa solidaridad de intereses en el liberalismo europeo, sobre todo en el liberalismo oficial que pretende servir la moderna civilizacion. Para nadie era un misterio que, proclamada la república en España, su caida traia consigo necesariamente una reaccion inmediata, una reaccion hácia la teocracia más ó ménos hipócrita. Un reconocimiento de los Gabinetes europeos, un re-

conocimiento oficial de aquella forma de gobierno, emanada, no de revoluciones populares, no de pronunciamientos pretorianescos, sino de la voluntad libérrima de una Asamblea soberana, producto del sufragio universal, hubiera podido salvarnos, hubiera podido traernos en el interior autoridad y fuerza moral para vencer los mayores obstáculos, y conservar un pueblo nobilísimo á la civilizacion y á la libertad europea. Ningun Gobierno, ninguno en aquella crísis nos tendió la mano. Tuvimos ofertas de algunos de esos hombres extraordinarios que han consagrado su vida á la libertad, como Garibaldi; no tuvimos más. En Francia habia una república, y esta república no reconoció á su infeliz hermana. En Inglaterra habia un Gobierno radical, un Gobierno que tenía interes en salvar la libertad religiosa y la libertad mercantil allende el Pirineo; este Gobierno tampoco quiso reconocernos. Ni siquiera allá en la pensadora Alemania, que tanto y tanto lucha con la teocracia universal, se comprendió que tras la ruina de la república se encontraba la exaltacion de los elementos clericales. Y allí tenian el deber de adivinar que las reacciones son contagiosas, y que los contagios atacan quizá á los más sanos y á los más fuertes. Nosotros nos vimos abandonados de todos hasta en los momentos en que luchábamos con la demagogia, y res-

tablecimos la autoridad y el órden bajo la bandera de la república, es verdad, pero de la república moderada y prudente. En cambio los enemigos de todo progreso, los mantenedores del absolutismo, los que pelean por el trono y por el altar, han tenido el auxilio de todos los interesados en restaurar la antigua trama sobre el suelo volcanizado de Europa. El partido legitimista frances se ha arruinado por socorrerlos; y los católicos ingleses han mandado constantemente naves cargadas de armas á nuestras costas cantábricas; y un solo comité ha dicho al disolverse en Viena que le habia remitido tres millones de francos al Pretendiente; y donde quiera que alienta una esperanza ó interes absolutista, allí ha brotado un recurso, un auxilio para nuestros enemigos, de suerte que España padece, sus hijos mueren, sus hogares arden, sus caminos se cierran bajo un diluvio de sangre, no sólo por las pasiones y los errores nacionales, sino tambien porque el absolutismo universal ha concentrado sobre nosotros todas sus fuerzas á fin de restaurar con una victoria en aquel suelo sus viejos ídolos sobre los altares de toda Europa. Nosotros somos ante todo las víctimas sacrificadas por la implacable reaccion universal.

Puesto que es antigua y arraigadísima costumbre el dirigir votos en estos momentos solemnes,

elevémoslos por la union de los dos pueblos, por la union del pueblo de Italia y del pueblo de España. Olvidemos que unas veces vosotros habeis sido los conquistadores y nosotros los conquistados; que unas veces nosotros hemos sido los conquitadores y vosotros los conquistados, para acordarnos tan sólo de que siempre hemos sido hermanos por la identidad de nuestros orígenes, hermanos por la analogía de nuestras lenguas, hermanos por la comunidad de nuestras creencias, hermanos por la semejanza de nuestras regiones meridionales, hermanos por nuestras artes, por nuestras ciencias y por nuestra historia. No se puede saber qué sería del mundo, qué de la civilizacion, si los pueblos mediterráneos se suprimieran: aquella Andalucía, que enmedio de la barbarie feudal enseñó á Europa las matemáticas, y con ella la astronomía de los cielos, las ciencias filosóficas y con ellas la astronomía del pensamiento; aquella Provenza, que con sus córtes de amor y con sus torneos poéticos fundó la literatura moderna, y fué lazo de union estrecha entre todos nosotros; aquella Grecia, que ha esculpido la forma humana con el buril de sus artistas, y le ha puesto en la frente el resplandor de lo divino con las ideas de sus filósofos; y esta Italia, que ha sido la Grecia de estos tiempos, nuestra Academia y nuestro templo, la musa de la moderna

historia. (*Aplausos.*) Registrad vuestros anales, registradlos, y veréis cuántas glorias, cuántas grandezas tenemos, que son y serán perpétuamente comunes entre vosotros y nosotros. Las escuelas de Córdoba y de Sevilla han contribuido al Renacimiento hasta en Italia, y han llevado la filosofía de Aristóteles hasta el seno de Sicilia. Las naves de vuestras repúblicas, las naves de Pisa, las naves de Génova han redimido y han emancipado ciudades tan españolas como Almería y como Mallorca. Los almogávares catalanes, invocados por los grandes patriotas sicilianos, vencieron las ambiciones de la teocracia, y alzaron el guantelete de Conradino en Mesina, en Nicotena, en Catania, mezclándose en los anales de vuestra libertad y en los tercetos del Dante sus nombres con los nombres de los fundadores de vuestra libertad. La gloria de Colon es una gloria de España y de Italia; el nombre de Andrea Doria es un nombre de Italia y de España; las proezas del gran general Colonna son proezas de Italia y de España; las victorias de Filiberto de Saboya son victorias de España y de Italia; los versos de Garcilaso pertenecen tanto á vosotros como á nosotros; los pinceles del Españoleto ilustran la antigua Campania y la moderna Valencia; en la epopeya de Lepanto, en la ocasion más grande de la historia moderna, cuando detuvimos

el fatalismo oriental y evitamos que todo el Mediterráneo fuera como el Bósforo, un lago turco, las naves de Barcelona se consagraban, confundidas con las naves de Génova y de Venecia, á la obra eternamente gloriosa de salvar para siempre del mayor de sus riesgos á la civilizacion y la libertad en toda Europa. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*) Hasta recuerdos comunes tenemos en la historia de nuestras libertades. Cuando toda España ardia en la guerra sublime de su independencia, en la guerra de 1808, reunidos sus legisladores sobre el escollo de Cádiz, bajo las bombas del conquistador y bajo el azote de la peste, trazaron el código democrático de 1812, que consagraba las grandes libertades modernas, y que ungia la frente de los pueblos con el sufragio universal. Pues ese código invocó el Piamonte, invocaron las Dos Sicilias en 1821 al levantarse para pedir el régimen constitucional y las modernas instituciones democráticas. El recuerdo de ese código era una religion, lo mismo entre vosotros que entre nosotros, la religion de la libertad. El nombre de Riego es tan popular en Italia como el nombre de Garibaldi, el gran Garibaldi, es popular en España.

Todavía se conservaba esa religion en nuestros tiempos; todavía Palermo sublevado significaba á sus enemigos y á sus tiranos que no cesaria en

su lucha como no le concediesen el código de sus libertades, el resúmen de sus derechos, el objeto de su culto, la constitucion española de 1812. Por consecuencia, señores, si tantos son nuestros recuerdos, tantas nuestras glorias, si vuestros opresores han sido nuestros opresores, y vuestros enemigos nuestros enemigos, brindemos todos por la union de la España liberal y de la Italia liberal en la obra civilizadora y humanitaria del progreso y de la democracia.

Yo he oido decir aquí á grandes pensadores y políticos que no creen, que no pueden creer en la raza latina. Yo, por lo contrario, creo en la existencia de esta raza, y creo que las razas, como las nacionalidades, responden á la ley de variedad y de unidad que impera así en las sociedades humanas como en el universo. Pero ni deseo el panlatinismo como los escritores de otra raza desean el dominio universal, ni predico esta idea de raza por oposicion ó por ódio á raza ninguna de la tierra, y ménos de nuestra tierra europea. Creo que así como la familia completa al individuo, y la nacionalidad completa la familia, la raza completa las nacionalidades, y la idea de humanidad completa y contiene todos estos elementos de vida. Las razas diversas son necesarias, son indispensables, y sirven á la naturaleza como los planetas y los soles al cósmos; como las fuer-

zas contrarias á la mecánica y al equilibrio universal; como el oxígeno, el ázoe y el carbono al aire; como el oxígeno y el hidrógeno al agua, elementos que á primera vista parecen opuestos, y que en realidad componen las armonías de la vida y el conjunto de la naturaleza. Descended á vuestra conciencia, tocad vuestro corazon, examinaos en la ciencia y en la historia, y veréis como, siendo vuestro espíritu una evolucion de la vida superior á la naturaleza, y siendo arte, Estado, nacionalidad, encarnaciones várias de vuestro espíritu, en todo cuanto os rodea á vosotros y nos rodea á nosotros hay un elemento esencial, un elemento latino que ha formado desde nuestras artes, expresion del sentimiento, hasta nuestras lenguas, expresion de las ideas, y que si este elemento latino en otros tiempos de fatalidad nos ha unido por los impulsos de la fuerza en el seno de mutuas conquistas, hoy, en estos tiempos de razon, debe unirnos á todos los latinos, pero especialmente á los españoles y á los italianos, en el seno de la libertad y la democracia. He dicho. (*Ruidosos y repetidos y prolongados aplausos. Los asistentes saludan calurosamente al orador y le felicitan con entusiasmo.*)

LA ISLA DE CAPRI.

Dos veces he visitado á Capri en mi vida: una vez por la primavera de 1868, y otra vez por el estío de 1875. Durante este larguísimo intervalo cogí en más de una ocasion la pluma para bosquejar mis emociones, mis recuerdos, mis ideas, y la solté desesperando de igualar jamas al maravilloso cuadro original donde se mezcla tanta gracia con tanta grandeza. En deliciosa mañana bajaba desde la fonda llamada Sirena en Sorrento á las playas, por una de esas galerías abiertas en la roca viva, merced al trabajo de los romanos; y contemplando las atrevidas bóvedas, las ciclopeas paredes, los tortuosos recodos, las ámplias escaleras y las subterráneas vías, exclamaba á cada paso, que no me extrañaban ya las empresas mitológicas de Hércules ni la apertura del gaditano Estrecho, ni las columnas puestas por límites al mundo, pues un pueblo relativamente moderno daba el aspecto de montañas á sus monumentos y abria á su arbitrio los senos

de la tierra como si guardára en su hogar el fuego primitivo ó tuviera en sus manos la fuerza creadora, algo semejante al genio mismo de la Naturaleza.

Despues de haber recorrido aquellas cavernas, aunque circula libremente el aire en sus espacios y no falta en verdad la luz, respirais mejor bajo el claro cielo y á orillas del mar. Los marineros nos aguardaban solícitos en una barca, y nos recibian con esos gratos saludos propios de esta clase eminentemente expansiva y social, sobre todo, en nuestras regiones meridionales. Miéntras unos apercibian los remos y otros aparejaban las velas, y éstos recogian lonas y redes, y aquéllos desamarraban los cables, dos entonaban á porfía la *Mandolinata*, esa suavísima cancion parthenopea que reproduce todo el gozo y toda la inquietud de estos griegos tendidos sobre sus lechos de rosas á las faldas de ese Vesubio, en cuya cima resuella eternamente la muerte. Conforme ibamos costeando la ensenada sorrentina y recorriendo casi hasta el cabo Minerva, último extremo de la bahía de Nápoles, destacábase en el mar la isla de Capri comparada por Juan Pablo Richter á una esfinge, y por Gregorovius á un antiguo sarcófago. En efecto, el declive de su longitud desde Occidente á Oriente; la altísima eminencia del Solaro y sus aristas semejantes á

graciosas estrías arquitectónicas; el córte de sus caprichosas playas; los esponjosos y oscuros escollos cincelados por las blancas férvidas espumas; las escarpadas dunas en cuyas cimas se abrazan las vides con los olivos y en cuyos piés se abren temerosas cavernas; el prodigioso esmalte dado á todos los objetos por el reflejo de la luz en las aguas; la trasparente superficie del mar y la clara bóveda del cielo, entre cuyos resplandores parece flotar la isla aérea y eteriforme, como un templo de cristal azul engarzado sobre una estrella de oro; todas estas bellezas indecibles os trasportan á las regiones de la poesía y de la mágia, en cuanto abrazais con la vista y con el pensamiento uno de los clásicos paisajes gratos á los antiguos poetas y á los antiguos dioses, pero sobre todo, el paisaje de Capri.

No olvidaré jamas este dia. Serena la mañana, espléndido el horizonte, dormido el mar, fresco y cariñoso el aire; las ciudades del golfo dibujándose inciertamente en el éter como nereidas fabulosas, y Sorrento perdiéndose á nuestra espalda en la meseta de sus abruptas rocas, ceñidas de azahar, miéntras surgia cada vez más encantadora á nuestros ojos, Capri, con sus montañas ceñudas y sus alegres verjeles, con sus rosáceas dunas y sus negras cavernas, con sus blancos pueblos, ora agrupados al borde de las playas, ora

suspensos en la falda de las montañas y sus ruinas bruñidas por el sol y dispersas en las inaccesibles alturas; con las cúpulas de sus iglesias y los techos de sus cabañas; con sus labradores cavando en los huertos plantados sobre los abismos, y sus marineros recogiendo el copo lleno de peces en la ensenada; con sus escollos que parecen vomitados por erupciones volcánicas, y sus blancas casas, sobre cuyos pintorescos terrados se tienden fresquísimas guirnaldas; con aquella doble vida del campo y del mar en que se mezclan las algas con las flores, las emanaciones salinas con los aromas silvestres, la nota dulcísima de la alondra con el grito agudo de la gaviota, á manera que en la poesía de Homero, de Teocrito y de Virgilio.

A las diez del dia nos acercábamos ya al término de nuestro viaje, y la isla parecia desierta. ¡Grata y serena soledad! Proyectábase sobre el mar la luz con esplendor indecible. Las aguas miraban al cielo como unos ojos enamorados miran á otros ojos en cuya retina encuentran el amor correspondido. Por toda la inmensa extension caia á plomo el sol, ya cercano á su zenith. Pero en el sitio donde estaba nuestra barca, al Norte de la isla, se extendia la sombra espesa de los altos montes. Así el Mediterráneo lucia con azul tan claro que tiraba al ópalo y nuestra zona

se teñia de azul tan oscuro que tiraba á violeta. Ningun pincel, ni siquiera el pincel de Pablo Verones, mojado en los matices de las lagunas venecianas, podria trasladar al lienzo aquella fiesta de colores; aquel cielo de un esplendor incomparable, aquellos léjos de rosados tintes donde nadaban los blancos pueblos, aquellos puntos de luz producidos por los rayos solares al quebrarse en la rizada superficie de las aguas, aquel violáceo tono del Vesubio brillando en sus cimas y en sus faldas como si estuviera cuajado de oscura y deslumbradora pedrería, aquella nube de humo despedida por el cráter y disipada en los aires como una gasa; aquella zona de azul oscuro en que nosotros estábamos, juego mágico de las sombras inexplicable por la humana palabra y en cuya contemplacion nos abismábamos como si fuese el comienzo de un mundo ideal guardado por un genio desconocido en el fondo de los mares.

Es verdad. Los pueblos que atraviesan el desierto bajo un cielo de bronce, sobre una tierra abrasada; en la uniformidad de los infinitos inmóviles oceanos de arenas, deben afirmar y confirmar la idea de la unidad de su Dios creador; pero aquí, en el seno de esta contínua primavera que junta las flores con los frutos; en los reflejos de estos horizontes, cuya rica variedad es incom-

parable; en la orgía de estos colores que descomponen todos los matices de la luz; entre estas movibles olas, entre los juegos y arabescos de las sombras; entre las estelas del agua y los espejismos del aire; en las refracciones de los rayos solares y en la reverberacion de los nocturnos astros; en las guirnaldas de espumas, en la palpitacion contínua de ese movible seno, á cada instante aparecen las sirenas y nereidas del antiguo mar, cuna eterna de la religion pagana, sirenas y nereidas dibujando su cuerpo de alabastro en las espumas, sus negras cabelleras en las algas, sus palpitaciones amorosas en la rizada superficie, y sus huellas en los surcos de luz sobre la celeste inmensidad, donde brotan con los múltiples vapores múltiples ideas, y con las múltiples ideas innumerables dioses.

Acercámonos á tierra sin cansarnos de contemplar el conjunto de colores, el azul clarísimo de las aguas apartadas, el azul oscuro de las aguas cercanas, el tono violeta de las montañas y de las dunas, las tintas de primaveral vegetacion, rica en toda suerte de flores. Varios chiquillos nadaban como tritones y nos pedian que les echáramos cuartos al agua, por cuya consecucion luchaban allá en el fondo como los peces por su alimento. Como nuestra embarcacion seguia á la gruta Azul, tuvimos que trasbordarnos. Innume-

rables barcas nos circuian, y en ellas jóvenes marinos ofreciéndonos sus servicios y saludándonos con la palabra: ¡Felicidad! Una de estas barcas iba dirigida por hermosísima capriota de ojos negros y cabellos rubios como la Salomé del Ticiano, y que, desnudos los brazos y desnudos los piés, mal envuelta en traje de vistosa indiana, y bien peinada, con las trenzas recogidas sobre la nuca y traspasadas por una aguja de plata, remaba, empleando el mismo empuje y la misma celeridad de consumado marinero, sin que tanto esfuerzo le quitára aliento para entonar la cancion entónces al uso, *La Bella sorrentina.* Preferimos, como era natural en nuestra galantería española, esta barca tan hermosamente tripulada, y encaminámonos al muelle, de cuyas toscas piedras nos separaban algunas brazadas de mar y algunos movimientos de remo. Pero la llegada fué horrible: los mendigos nos asaltaban; los muchachos nos recogian nuestro equipaje, disputándoselo como si les perteneciera á ellos en vez de pertenecer á nosotros; las muchachas nos arrojaban á las manos pedazos de coral, conchas pintadas, piedrecillas de las ruinas, pidiéndonos en cambio dinero; los mozos de los diversos albergues se disputaban nuestras personas, como los pilluelos de la playa nuestras maletas; este marinero nos presentaba sus robustos brazos para subir la em-

pinada cuesta, aquel gañan su bíblico asno ó su jaco matalon; y todos nos cortaban el paso con vocerío infernal, como si se hubieran propuesto compensarnos con el disgusto producido por horribles gestos, agudos gritos y groseros asaltos, del encanto experimentado al abordar á la encantadora isla. Por fin pudimos desasirnos de todos ellos y trepar alegremente por los agrios senderos, entre áloes y nopales del Oriente, admirando aquellas casas parecidas á los aljibes árabes y que nos recordaban nuestras casas de Elche, con sus escaleras de madera en lo exterior, sombreadas de parras para subir al terrado cubierto de macetas, en las cuales florecen olorosos geranios.

Capri orna la parte oriental de la incomparable bahía parthenopea, y se avecina al cabo de Minerva. Su largo es de tres millas, su ancho de una y media, su circuito de nueve. Las montañas tienen tan abruptos y tan agrios costados que diríanse cortadas á pico, y dos mezquinas calas abrigan á las barcas de los contrarios vientos, pues casi todas sus rocas salen del mar á guisa de lisas paredes, y la privan por tanto de hospitalarias costas. La tierra vegetal se conserva con dificultad y á duras penas se acrecienta. Arrástranla al mar las lluvias; espárcenla por el aire los huracanes. Al fecundo elemento, donde las raíces se agarran y la vida vegetal brota y se nutre,

suceden peñas desnudas, frias, estériles como duros metales. Así los campos griegos, cantados por los antiguos poetas á causa de su amenidad y de su hermosura, han sido arrastrados al mar y se han trocado en áridos desiertos. Conmueven profundamente los cuidados que toman estos buenos isleños por preservar su tierra vegetal de todo cuanto pudiera perderla ó disiparla; los muros que levantan, los setos que fabrican, las yerbas que siembran, las excavaciones que ahondan, el arte y el culto con que guardan esos átomos donde el jugo de la savia se encierra. Veríaislos agitarse y conmoverse como si les arrancáran una parte de su sér, cuando las ráfagas vienen á estrellarse en su peñon y á elevar en los giros de sus torbellinos espesas nubes de polvo. Así, jamas siembran el escaso trigo producido por sus campos arrojándolo sobre el surco, sino abriendo para cada grano un agujerito que luégo tapan á fin de defenderlo contra el viento.

El clima es dulcísimo, tibio el invierno, fresco el verano. Fuera de la parte que mira á Nápoles, y donde está la llamada Marina, abierta y expuesta al Norte, el resto de las regiones habitables de la isla recibe seguro abrigo de las altas montañas. Por aquel territorio montuoso y pedregosísimo; ¡cuántos valles alegres y de indecible deleite! En cualquier arruga del terreno, ó

declive dulce, ó umbría plácida; en el recodo de los cabos, en las ligeras planicies de las estrías, en las rotondas de las cimas, en la espina dorsal de los montes, la vegetacion brota váriamente á guisa de canastillos de frutos y de flores que se hubieran dado allí al olvido. Las naranjas y los limones brillan y huelen á porfía entre las brillantísimas verdes hojas. El oscuro olivo se entrelaza con las claras vides. Las frondosas moreras producen frutillas de un sabor agridulce incomparable, y hojas para alimentar en alguna cantidad los gusanos de seda. Entre moreras y naranjos, alzándose airosas sobre los cactus de los áloes y los nopales, vense las higueras, cuyos higos compiten ciertamente con los higos de Esmirna. El vino es de corta cantidad, pero de larga reputacion. En Nápoles suelen falsificarlo, pues la isleta no da tanto como pide el gusto, ni siquiera como consumen sus sobrios moradores. La próvida atencion y cuidado de amigos que, á Dios gracias, tenemos en todas partes, nos procuraron gustar, así el tinto como el blanco, y los encontramos deliciosísimos. ¡Dios mio! ¡Cuán próvida es la agricultura en las regiones meridionales, y cuán vária! Yo no quisiera ser labrador, por ejemplo, en la bien cultivada Normandía, donde sólo se cogen las cosechas de heno y de trigo, y sólo se tienen algunas escasas frutas y

muchos y buenos ganados. Desde el punto y hora en que concluís la siega ya nada teneis que hacer. Para el pastoreo basta con los frescos prados y con tres ó cuatro pastores. En el Mediodía no sucede así; para cada mes hay su trabajo y su cosecha. Ya se abre el surco y se siembra el trigo; ya se poda y se cava la viña. En el hogar, bajo la grande chimenea, las ramas inútiles de los olivos, los haces de sarmientos, los rebujos de la aceituna, brillan y chisporrotean durante las largas veladas del invierno. Apénas llega Febrero cuando os da la Providencia el cardo y otras hortalizas. En Marzo florece el almendro, y Abril colora las rojas cerezas que semejan flores. ¡Cuántas frutas de Mayo, azucaradas y sabrosísimas! El azahar os embriaga. Los albaricoques, las perillas, las primeras brevas os alimentan. Ya viene el trabajo de cuidar los gusanos de seda y el placer de verlos hilar sus plateadas hebras. Ya se abre la gomosa almendra y se desprende sobre el campo. La siega es temprana y da vagar bastante para las otras ocupaciones campestres. Apénas se acaba la siega cuando empieza la recoleccion de los otros frutos. Aquí se cosecha la almendra, allá la nuez y la avellana, más allá la sandía y el melon, de las viñas se ven bajar á las playas mujeres en coro que llevan sobre la cabeza los cestos circulares cargados de

uvas para la pasa. Junto á los racimos de ámbar, sobre largos cañizos, los verdinegros higos, todos endulzados á los rayos del sol. Ya comienza la vendimia y se oye por todas partes el cántico de los que pisan en el lagar y se perciben los vapores del mosto. Ya viene el maíz, cuyas largas mazorcas se amontonan junto al trigo en los altos graneros. Ya se prensa el aceite que sazona la comida y alimenta la lámpara. Esta tierra no se cansa jamas de producir. Estos habitantes viven á la contínua en faenas del campo. Su atmósfera tibia y su campiña fecunda les ofrecen delicias indecibles en ejercicios moralizadores y sanos. ¡Campos queridos de la luz, en vuestro seno, y sólo en vuestro seno, se celebran verdaderamente las nupcias del espíritu con la Naturaleza!

En la isla de Capri, meridional por excelencia, os dan los pájaros un concierto y os perfuman las flores. ¡Cómo deleita oir, al rumor de las ondas estrellándose en las cavernas, y pareciendo con su tono unísono á solemne acompañamiento de una orquesta invisible, el arrullo de la tórtola y de la paloma, el gorjeo de los jilgueros, el agudo cántico del mirlo, la oda de la alondra al sol en las alturas, y la endecha amorosa del ruiseñor en la enramada! ¡Cómo os animan y os alientan las picantísimas emanaciones marinas confundidas con el aroma del lentisco que huele á selva;

del tomillo, que calma los nervios y endulza los aires; de la salvia, que despide como inefable incienso; del mirto, cuyas esencias os dispiertan ideas poéticas, viendo al mismo tiempo los pinos salir casi de las aguas con sus copas vibrantes, la zarza-rosa entrelazarse con el áloe, el almendro y el limonero resaltar entre los olivos y las hayas y las encinas en armoniosos y suavísimos contrastes! Una dama inglesa que con nosotros venía y que llevaba en una mano su cartera de dibujo, y en otra mano su álbum de botánica, nos iba enseñando las flores más preciadas y diciéndoles el nombre más científico: el thymo, de suave olor; la passerina hirsuta, que busca la aridez y el calor; la scilla marítima, que se mece dulcemente en las moles ruinosas; la cineraria, con sus florecillas de oro; la orquea piramidal, y otras muchas de tejidos tan multiformes y tan numerosos como no puede idearlos jamas el pensamiento.

Las montañas de toda la isla divídense en dos principales cuerpos, llamado el uno de Capri y el otro de Ana-Capri. El primer cuerpo puede subdividirse á su vez en cuatro alturas principalísimas, si várias por sus formas, iguales por su grandeza. La más elevada es aquella que más se acerca al cabo de Minerva, hácia el Oriente, mirando á Sorrento y á Salerno, donde hoy se saluda y se invoca á Santa María del Socorro, como en otro

tiempo se saludó y se invocó á Jove, cuyo templo aparece todavía por doquier en pasmosos restos y majestuosas ruinas. La segunda altura es la de San Miguel, cónica cual todos los volcanes, ceñida por las piedras de antigua via romana, y coronada por los pintorescos fragmentos de un palacio de Augusto. La tercera altura tiene en su cima un castillo, en su medio la villa de Capri, á su pié la cala de la marina, por sus costados dos vallecillos de incomparable deleite y alegría. El cuarto collado es aquel que se alza abruptamente del mar y que domina dos risueños valles, cubierto hácia su pié de viñas y olivos, cuyas ramas festonan los restos de Tragares; desolado y estéril en su cima; rico en su falda de esas yerbas llamadas entre nosotros hinojo y marino y ruda silvestre, que dan ardentísimo y embriagador perfume. Un poco más léjos del pié de esta montaña, denominada Tuoro-Grande, surgen del mar tres inmensos escollos aislados, de un color tan vivo, de una forma tan pintoresca, de una ornamentacion tan rica por la multitud de dibujos formados en sus caprichosas piedras, que parecen un templo acuático misteriosamente cuajado de extraños jeroglíficos. Las gaviotas y las águilas se posan por sus alturas; las plantas marinas se mecen por sus grietas; las olas se entrechocan por sus bases; y vistas á una larga dis-

tancia, desde el golfo de Salerno ó el cabo de Minerva, esmaltados por un horizonte puro, ceñidos de vapores ligeros en la purpurina atmósfera del mediodía ó en la rosada atmósfera de la tarde, cuando aquellos cielos despliegan como un íris de matices deslumbradores, las tomariais por unas diosas marinas elevándose desde sus grutas de cristal á las cimas del Olimpo. Y todas estas bellezas, todos estos graciosos rompimientos de los montes, todas estas aberturas entre las cuales juegan las olas con los aires, y se descubren los cielos, encuentran su rudo contraste en la calcárea y árida montaña de Ana-Capri, la más alta y la más estéril, cuya cresta toma el nombre de Monte Solaro, cúspide verdadera de la isla.

Por débil que mi paleta sea, por tosco que sea mi pincel, por pálido y desmayado el color, ya os podeis imaginar á Capri, altísimo escollo en medio del Tirreno, con sus montañas calcáreas y sus valles fresquísimos; con sus conos y pirámides en el cielo, y sus grutas y cavernas en las aguas; con sus matices violeta y sus matices azules de una dulzura incomparable; con sus palomas y sus gaviotas, que vuelan juntas en los aires, y el rosal y el hinojo marino, que crecen juntos en las piedras; con los templos de sus dioses caidos y los palacios de sus césares muertos; con los jardines en gradería tapizados de flores y po-

blados de pájaros, y las graciosas calas en anfiteatro, pobladas de barcas y tapizadas de redes; con las iglesias de Cristo y de María junto á las aras de Mitra y de Júpiter; bajo guirnaldas de pinos y sobre tapices de espuma; entre la bahía de Parthenope y la bahía de Salerno; el Vesubio encendido y el golfo sereno á su frente, y el mar infinito á su espalda; rodeada de cabos y promontorios de un dibujo clásico; soportando ruinas de una sublimidad religiosa; en aquel eden, cuyos claros horizontes y cuyos cerúleos abismos no tienen, por la magia de la luz, por la armonía de los contornos, por la belleza de los contrastes, rival ninguno en el mundo.

Caprea llamaron á la isla griegos y romanos. Segun unos, la etimología del nombre es latina y proviene de las muchas cabras errantes por sus escollos; y segun otros fenicia, é indica la existencia en su seno de dos ciudades. Pero el carácter predominante de Capri es el carácter griego. No se creeria que nacion tan escasa de gente como Grecia dejára generaciones tan numerosas y huellas tan profundas en las costas mediterráneas. Cuando en uno de mis viajes abordé á Ibiza quedéme maravillado al ver sus mujeres con trajes llenos de reminiscencias dorias. Parecíanse á esas estatuas medio egipcias y medio helénicas que tan claramente señalan la fase de transicion des-

de Oriente á Occidente en el desarrollo de la cultura. Lo mismo sucede por otras regiones. Sagunto se entregó á las llamas en holocausto á los patrios lares y en ódio al enemigo cartagines. Ardieron sus casas y sus muros; suicidáronse en heroico sacrificio sus habitantes; no quedaron por aquellos espacios ni ruinas; y cuando se va entre sus naranjales y sus olivares cortados por alguna palma, á la orilla de su mar celeste, ó se trepa por su cercana colina para ver los restos del despedazado anfiteatro, á cada paso aparece el reflejo de Grecia, no borrado ni por la dominacion romana ni por la dominacion agarena. En las costas de Cataluña, al Levante, sin necesidad de ser grande observador, nota el viajero la diferencia entre los catalanes originarios de las altas montañas, todos celtas ó celtiberos, y los catalanes originarios de las rientes playas, casi todos griegos. Lo mismo sucede en Capri. La hermosa Grecia brilla sobre sus piedras como los dioses sobre las aras. Esta bahía, llamada por ellos el Cráter, porque tiene realmente el córte de la boca de inmenso volcan, era idónea para herir su genio artístico y para obligarlos á larga residencia. Ochocientos años ántes de Cristo ya dominaban por estas playas. Las Dos Sicilias componian aquella magna Grecia, en la cual brilló con tanto lustre una parte de la vida griega: los viajes marítimos canta-

dos por Homero despues de cantar la troyana guerra; los gigantes, cantados por Hesiodo, que en el Etna pugnaron audaces con los dioses; el idilio inmortal de Polifemo y Galatea; la escuela filosófica, que tan poderosamente influyera en los progresos de la cultura helénica; la aromosa poesía de Teócrito. Hoy mismo las palabras usadas en Capri tienen muchas raíces griegas; el tocado de sus hermosas hijas, bajo el cual brillan profundos ojos velados por larguísimas pestañas, tiene el córte griego; y en los robustos isleños, marinos y montañeses á un mismo tiempo, se descubren aquellos atletas célebres en los juegos de Grecia. A donde quiera que vuelvo los ojos se me aparece la imágen querida de la bellísima nacion. Toco el golfo de Posidonia, habito la bahía de Parthenope, descubro al Oriente la isla de Circe, y al Occidente la gruta de Cúmas; en mis paseos voy hasta Anacrapi, cuya posicion se designa todavía por una partícula griega; entre los vapores lejanos, dorados por el éter, resalta Poesthum con sus templos dorios consagrados á Neptuno; y en cada movimiento de las olas se ve tambien moverse, y en cada soplo de las brisas se oye suspirar la sirena que llenára de escollos y de encantos con su magia todos los mares de Grecia.

Esa ciudad de Nápoles, que está enfrente, se ha llamado siempre Sirena. Esta misma Capri es

una sirena que seduce con su gracia y con sus cánticos. Sirenas se llaman las islas esparcidas por estos mares desde el cabo Minerva hasta la ensenada de Amalfi. ¡ Y quién pudiera dudarlo mirando este cielo resplandeciente, este mar de un azul indescriptible realzado por la áurea luz, estas cordilleras en las cuales se mezcla el fuego con la nieve, estas montañas entre doradas y purpúreas, estos jardines que bajan en graderías desde las sierras á las playas, todos estos encantos capaces de esparcir y comunicar universal alegría. Cuando se ven esas islas, ora desde el camino de Salerno, ora desde el cabo de Minerva, surgir en formas tan graciosas sobre la superficie del agua tan celeste, no podeis dudar de que atrajeran y encantáran con el eco de sus olas repetido por las sonoras cavernas á los navegantes, adormeciéndolos y como petrificándolos con las seducciones y con los hechizos de estos voluptuosos parajes.

Así todo evoca en la isla, todo cuanto veis, la remota antigüedad griega. El aire que respirais es aquel céfiro blando con que Minerva henchia las velas enviadas en busca del errante Ulíses. Las piedras que tocais son restos de las aras por donde corria la sangre de los toros negros en holocausto al númen del blanco Neptuno. Por estas riberas se tendió mil veces la hospitalaria piel sobre la cual asentaban los griegos á sus huéspe-

des despues de la comida para mostrarles los horizontes y los mares. Islas así serian las islas descritas en la Odisea homérica. Me parece que veo á Nestor coronando con hojas de oro recien forjadas la frente de la crasa ternerilla y ofreciéndola en sacrificio á los dioses despues de haberla empolvado con la harina sagrada. Un escollo así deberia ser aquella Ortygia donde la Aurora lloró con lágrimas de luz á su amante Orion, muerto á los invisibles dardos de Diana. Entre estas aguas sacaria la blonda cabeza Leucothea, ofreciendo al inmortal náufrago homérico el puerto de sus brazos. Estas columnas rotas evocan el recuerdo del palacio de Alcinoo, desde cuyos pórticos se veian las flotas griegas, y entre cuyas columnas resonaba el rumor del pueblo en asamblea mezclado con el rumor de la ola en movimiento, y el cántico de Demodoco celebrando la guerra de Troya mezclado con el cántico de la brisa trayendo el aliento de las nereidas. Ahí está, ahí, á mi frente, la isla de la hechicera Circe, tan hermosa de rostro como de voz, hija de los amores del Sol con oceánica ninfa. En el fondo de deleitoso valle se alzaba su palacio, fabricado todo él de piedras preciosas, y guardado por lobos y leones, mansos como perros cuando no los azuzaba la maga. De sus ventanas salia aquella voz sin ejemplo, la cual derramaba por

las venas con sus cantares un calor sin igual. Allí entraron los compañeros de Ulíses, torpes é indiscretos, y fueron trasformados en cerdos, miéntras el astuto hijo de Ithaca, provisto de la planta dada por Mercurio, cuyas raíces eran negras como el carbon, y cuyas flores albas como la nieve, convirtió á la reina hechicera en su concubina y su esclava. Por aquí se oia la endecha seductora de las sirenas. Su voz hacía resplandecer los cielos, serenarse los mares, henchirse de voluptuosos aromas los aires, resonar con música incomunicable los escollos y las riberas. Los navegantes se dejaban arrastrar por tanta calma, por tanto deleite, por los acordes que salian de las ondas, por los coros que acompañaban estos acordes, por los ojos seductores que brillaban como estelas, por el blanco voluptuoso cuerpo que se dibujaba en el cristal de las aguas, y desaparecian para siempre en el fondo, sin que jamas devolvieran las sirenas su presa. Así Ulíses tapó con cera los oidos de sus tripulantes, y se hizo atar él mismo con fuertes cuerdas á la altísima entena para conjurar la seduccion de las seductoras voces. Pero más léjos, y en este mismo mar, se alzaban frente á frente los dos montes llamados Scila y Caríbdis. Las olas de Anfitrite se estrellan á sus piés con horribles mugidos, y las aves del cielo, las mismas palomas que llevan la ambrosía á Jú-

piter, no se arriesgan jamas á pasar sobre sus cimas. Los dioses las llaman en su lenguaje incomunicable á los hombres, las rocas errantes. Si algun navío se acerca se rompe en mil pedazos; y tablas y tripulacion desaparecen súbitamente entre las ondas henchidas de huracanes y las tempestades henchidas de rayos. Solamente los Argonautas pasaron por allí directamente amparados del poder de Júpiter. Scila es tan alto que ninguna humana vista ha alcanzado su cresta cubierta de negras nubes y ninguna flecha de arquero ha llegado hasta la gruta que mira hácia el Erebo; y Caríbdis alimenta una higuera selvática, bajo cuyas hojas se guarece el genio de aquel paraje, que se sorbe las olas y las naves. Estos escollos, estas cimas, estos abismos, estos cabos y estos promontorios se hallan ilustrados por el inmortal poema de la navegacion, la Odisea, que sucedió á la Iliada, al inmortal poema de la guerra.

Cuando contemplo las formas arquitectónicas de Capri, realzadas con los toques maravillosos de alma luz, fínjome aquel archipiélago griego, compuesto por legiones de islas, antiguas cunas de diosas y poetas, extendidas entre dos continentes como para servir de templo á las nupcias del genio de Europa con la tierra de Asia, y adivino las nieves perpétuas de Thesalia, los valles floridos de Lidia, las montañas abrasadas por

tempestades eternas, las colinas sonrientes de amor y de gracia, descubriendo todos aquellos parajes henchidos con la imágen de Homero. Y oigo el susurro del arroyo, en cuyos bordes naciera, á la sombra de copudo plátano, entre las endechas de un coro de ruiseñores y los himnos de una procesion griega, sobre el sitio mismo en que espirára Orfeo; y miro con los ojos del alma al viejo divino, pobre como la poesía, ciego como el amor, desconocido de su patria como el genio, alargando la trémula mano á recoger una limosna en pago del cántico bellísimo dotado de la inmortalidad; y me apeno al recuerdo de aquel pueblo cimeo que negó sus hogares á quien debia darle gloria; y renuevo las peregrinaciones de region en region, de gente en gente, de isla en isla, por donde deja una huella de luz en el suelo, una armonía inextinguible en los aires, una idea religiosa en las conciencias, una sonora cuerda de artística inspiracion en los corazones; y le sigo con el pensamiento, como con el recuerdo, por Phocea, Cliso, Samol, escuchando repetir al niño que va á la escuela, y á la jóven que vuelve de la fuente, sus magistrales hexámetros; y me lo figuro circuido de sus hijas, en el ocaso de la vida, próximo á concluir sus últimos cánticos, y obligando á cuantos tienen ojos y ven á que le digan cómo resplandece al sol poniente en la cima del

Olimpo; cómo se dibujan los cabos de la Jonia; cómo se doran las múltiples islas del archipiélago; cómo extienden sus alas sedosas las palomas y sus velas de lino las naves; cómo se hermosea todo, porque él ya oye como todo canta; y asisto á su muerte en las sonoras playas pobladas por su genio de dioses, á su transfiguracion en la mente de Grecia, á su apoteósis en la religion de la Humanidad.

Y la brisa que sopla en mis oidos, y la ola que muere á mis piés, y la gaviota que vuela sobre mi cabeza, y el mar que me rodea por todas partes, recuérdanme cómo Homero, despues de haber escrito en la Iliada el poema de la guerra, escribió en la Odisea el poema de la navegacion. Todas esas imágenes preciosas, la enamorada Calipso, la hechicera Circe, la seductora Sirena, la modesta Nansicaa, la próvida Leucothea, son personificaciones de los escollos, de las sirtes, de las colinas, de las alternativas de alegría y angustia en la vida marítima, de los trabajos y de los placeres indecibles en las navegaciones larguísimas. Homero, despues de haber cantado los orígenes de su patria en la guerra, quiso tambien cantar los progresos de su patria en el trabajo, y sobre todo, en la navegacion, que debia darle tan preciosas colonias y extender por el mar Mediterráneo reflejos y reverberaciones de Grecia. La bue-

na Penelope, rodeada de seductores y constante á su marido, retrata la mujer del marino que yo he visto tantas veces en nuestras costas valencianas, fidelísima á la memoria del ausente, encerrada en el hogar como en una tumba, ajena á todas las alegrías y á todas las fiestas; casi siempre de rodillas ante la Vírgen, estrella de los mares, pidiéndole su amparo; con el pensamiento puesto en el abismo insondable y la esperanza en el Dios misericordioso; los labios llenos de promesas y las promesas de ex-votos; casada, y en las tristezas, y en los duelos, y en la soledad de las viudas. Así como Homero, el poeta del Oriente europeo, escribe la epopeya de la navegacion mediterránea, Camoens, el poeta del Occidente europeo, escribe la epopeya de la navegacion oceánica. Todas las expediciones anteriores á la navegacion cantadas por nuestro poeta peninsular ó son navegaciones guerreras como las normandas, ó son navegaciones semi-mitológicas como las de Marco Polo. El marino veneciano me parece, respecto á Vasco de Gama, como Jason y los Argonautas respecto á Ulíses y sus compañeros de empresas. En el poema de Camoens han crecido la tierra y el hombre, sin que haya menguado la poesía y el arte. El mar es mayor que en los poemas homéricos; pero tambien es mayor la fuerza que lo sujeta. El poeta será inmortal como Ho-

mero, porque representará tanto el espíritu de su pueblo como el genio de su siglo, y como Homero desgraciado, porque no se puede llevar una corona tan gloriosa sin que toda ella esté ceñida de penetrantes y agudísimas espinas. Todos los redentores sudan sangre. La Odisea y las Luisiadas aguardan el tercer poema que ha de completar ciclo tan maravilloso; el poema que cante la penetracion de nuestra mirada y de nuestro telescopio en los abismos infinitos del cielo, como la penetracion de nuestras sondas en los abismos infinitos del Océano; el vapor de las nubes, vago como las nieblas, ligero como el rocío, indeciso como los ensueños, recogiéndose en las grandes máquinas y superando las corrientes como las mareas, y las olas como los vientos; Hércules que ha ido á la tierra de las Pirámides, y con la fuerza del genio y del trabajo ha roto los istmos y ha confundido los mares; el Prometeo que ha lanzado entre el nuevo y el viejo continente, entre Europa y América, el misterioso lazo de alambre por el cual corre el rayo de los dioses, ya en manos de los hombres, llevando de uno á otro mundo la palabra con la rapidez del pensamiento; todo este esplendentísimo semillero de nuevas tierras y nuevos cielos en arte y en poesía.

Íbamos en mañana deleitosa de Junio, por mar dormido como sereno lago, á la sombra de las

grandes dunas, desde la marina de Capri á la gruta azul, celeste laguillo de una claridad y de una trasparencia indecibles, formado por las aguas del mar dentro de una cueva calcárea, accesible sólo en barca y por una estrechísima abertura. La memoria de semejante maravilla se habia perdido para siempre. La tradicion contaba que griegos y romanos conocieron una gruta, donde cabian muchas personas, formada toda por inmenso trozo de nácar, y en cuyo seno se refugiáran, estando allí como dormidas y en sopor, las ninfas y nereidas, despues que las ahuyentó el hisopo cristiano con sus gotas de agua bendita al exorcizar los mares. Todo un prelado, escribiendo á otro prelado, aseguraba haber sido ésta la caverna donde el infeliz pescador Glauco se asiló despues de su trasformacion en pez, y donde conmovió á los dioses en tal alto grado con sus lloros y con sus súplicas y sus elegías, que les obligó á volverle súbitamente la forma humana, dejando por esta transfiguracion en el cristal de esas aguas sus azuladas escamas. Algunos suponen que un historiador de principios del siglo décimoséptimo trae indicios de la isla. Goethe hubiera deseado verla, porque el gran pagano, el sacerdote último de la antigüedad clásica, adoraba todo cuanto podia recordarle el paganismo. Novalis imagina cierto arte místico y naturalista á un tiempo, el cual se ins-

pirabà en una canora sirena, cuya habitacion era esta gruta de cristal, donde se encerraba como la abeja en el cáliz de la flor. Un jóven que la escuchára repetia sus cánticos impregnados de idealista pantheismo al par que de sensuales placeres. Y cuantos poetas oian aquel eco amortiguado deseaban escuchar la cancion poética en su orígen, beber en la fuente de esa poesía, é iban por la noche desolados en pos de la gruta, que despedia misteriosos sonidos sin revelarse nunca á los anhelantes ojos de tantos privilegiados mortales. Todos sabian que era una flor azul misteriosa; pero ninguno acertaba á encontrarla. Y anegábanse y morian, como nos anegamos y nos morimos en la vida, viendo la perfeccion, la ventura, la idealidad en los léjos del horizonte y sin poder jamas abrazarlas, anegábanse oyendo el cántico que salia del seno de la roca y sin alcanzar á ver la hermosísima ninfa.

Las historias y tradiciones locales eran todavía más terribles. Contaban que la caverna se henchia de espíritus malignos, que en el seno de sus aguas nadaban monstruos marinos, que almas en pena se disolvian por el fósforo de sus estelas, que fantasmas diabólicos erraban sobre sus bóvedas, que horribles brujas tenian allí sus sábados en contubernio con los demonios, que cuantos mortales entraban perdian la vida, chupada por los vesti-

glos y perdian el alma lanzada á los infiernos. Los sacerdotes disuadian á las gentes de pasar por aquel lugar maldecido de Dios y tan terrible como los antiguos escollos de Scila y de Caríbdis. Se necesitaba entónces mucho valor y poca aprension para hacer lo que hicieron sus cuatro descubridores, para acercarse á la embocadura de aquel extraño averno. Y un posadero con un marino de Capri, y un pintor con un poeta de Alemania se arriesgaron á la empresa y dieron prontamente con la magia. El pintor entró á nado. Cuando estuvo dentro, cuando se posesionó de aquel mundo sobrenatural, no sabía qué decir de alegría y de admiracion. Parecíale haber descubierto otra nueva tierra, y en esta tierra nuevo mar, de un color y de un reflejo indecibles. Salia para cerciorarse de que todo el Mediterráneo de fuera no cambiaba de color y volvia á entrar dando gritos de asombro. Aún se conserva en cierto albergue de Capri la relacion primera de este feliz hallazgo. Escrita por el poeta Kopisch, á ruegos del pintor Fries y del posadero Pagano y del marino Angelo, todos descubridores, encarece las supersticiones que cerraban el ingreso, la audacia necesaria para desafiarlas, la condicion precisa de un mar sereno, la posibilidad probable de una entrada en barquilla, el peligro que se corre de no poder salir á la menor

alteracion de las ondas, lo estrecho de la entrada, lo encantador del sitio, el inverosímil juego de la luz, el matiz cerúleo de la superficie, el fosfórico resplandor de los líquidos abismos, el reflejo sobre las paredes y las techumbres, el tibio dia de aquella mansion de hadas donde diríase que están forjando por mandato de los dioses antiguos, para oponerlo al mundo moderno, una tierra pagana y tiñendo para deslumbrar nuestros ojos cristianos unos cielos olímpicos.

En esto nos acercábamos á más andar á la caverna. Las sombras de la duna caian espesamente sobre nosotros y prestaban al mar un azul profundo que tiraba á violeta. Hácia el costado donde se abria la gruta, en la peña, el sol daba de lleno. Desde léjos nos parecia imposible poder penetrar en aquel sitio. Y verdaderamente, sólo una barca estrechísima, en cuyo seno teniais que tenderos y acurrucaros, pasaba como un pez entre los bordes angostos de la roca. Pero en cuanto ya habiais pasado, ¡qué singular maravilla! Bogais sobre un lago de turquesas líquidas; abrís en la superficie un surco de ópalo; veis en él hondo abismo una claridad semejante á la claridad de la luna llena; respirais un aire fresco cargado de emanaciones marinas; descubrís paredes y bóvedas blancas como el alabastro y azuladas por reflejos celestes como los cambiantes producidos por

las diamantinas estrías; notais que todos los objetos fuera del agua están negros como el azabache pulido, y todos los cuerpos dentro del agua argentados como las matutinas estrellas; vuestra propia barca y vosotros mismos como formados de espesas sombras, y los marinerillos que se arrojan al agua y que os siguen de cerca, como si tuvieran los cuerpos enteros de cristal de roca, miéntras las cabezas se ennegrecen y se asemejan á cabezas de oscuro bronce antiguo; y os creeis en realidad trasladados desde esta tierra nuestra á las grutas, donde las ondinas y las nereidas y las sirenas pintan las conchas, componen las fosfóricas estelas, guardan las perlas, amasan el nácar, engarzan los corales y producen todas las maravillas del mar.

Naturalmente, para ver el fenómeno se necesita que el dia esté límpido, el agua serena, el sol ántes del meridiano, pues la clara luz, recogida á la puerta por las aguas, penetra con una dulzura celeste en esta mansion de encantos indecibles. Mas el silencio que allí reina; el alejamiento del mundo; la nitidez de las aguas; el hechizo de la luz; las gotas destiladas por los remos que brillan; la superficie tersa como un metal precioso en extraña infusion; los abismos trasparentes cual un cielo clarísimo; la reverberacion azul en las bóvedas blancas; el color oscuro de las barcas

mezclado con el color alabastrino de los nadadores; las centellas y las estelas parecidas al chispear de los astros; las perlas y los diamantes líquidos que cada movimiento derrama sobre las ligeras ondulaciones; aquel dia tibio como un crepúsculo jamas visto; aquella noche que se condensa y se espesa por várias aberturas; aquella magia alejada completamente de la realidad; cuanto os rodea presta al sitio el aspecto de una especie de planeta que se está formando y surgiendo como isla de nácar iluminada en otras esferas desemejantes de las nuestras por mágico sol, cuyos rayos tibios y dulces como los rayos de la luna tuvieran sobre éstos un más celeste y más hermoso resplandor.

Al salir, mi mente inquieta se trasportaba á bien lejanos tiempos. Será este el sitio donde se mojó el Amor cantado en su oda tercera por Anacreonte. El rapaz quizo ver si la humedad habia aflojado su arco, y probó, y pudo cerciorarse, hiriendo al mismo huésped que lo albergára, cuán léjos despedia la aguda flecha, y cuán certero daba el mortal golpe. Lo cierto es que en el rumor de la salada onda, en el choque de los ligeros remos con las aguas, en el aleteo de las frescas brisas, en el arrullo de la paloma mezclado con la vibracion de las henchidas lonas, en el chirrido de la cigarra acompañado del grito de la gaviota,

en todo cuanto se oia, resonaba, como si hasta los escollos y los promontorios fuesen misteriosas arpas, el cántico inmortal de la antigua Grecia. Podia repetirse aquí el coro consagrado á Edipo, ciego en los valles de Colonna. Esta es la más deliciosa region del mundo; los ruiseñores invisibles cantan en coro desde árboles cuyos frutos nada tienen que temer ni del sol ni del frio; los dioses de la naturaleza pasan por sus campiñas cargados unas veces de espigas y otras de racimos, y pasan por sus ondas, siempre cargadas de perlas, seguidos los unos de ninfas, cuyas frentes coronan la verbena y la hiedra, los otros de nereidas, cuyas frentes coronan las algas y los corales; el rocío hace florecer los narcisos de pintadas guirnaldas y el azafran de áureas y purpurísimas hebras; el laurel crece junto al olivo y los hombres aprenden lo mismo el arte de fecundar la tierra que el arte de someter los mares. Eurípides puede repetir aquí el canto de sus cíclopes; Teócrito sus idilios impregnados de rosada miel. La muchacha que pasa descalza por los altos riscos seguida de su cabra, y lanzándonos con gracioso ademan algunas palabras de griega melodía, es acaso la amorosa Amarílis que se inclinaba á la entrada de las cavernas para oir el cántico de los pastores, y que huia diligente á su amor y á sus caricias. El pescador de la playa es el

mismo pescador antiguo; en su cabaña de juncos y hojas secas; sobre su lecho de algas; rodeado de espuertas, y filetes, y cebos varios, y anzuelos; con una barca llena de redes á su frente y un monton de maromas y corchos á su espalda; el traje azul como la ola amorosa, y el gorro colorado como el sol poniente; sin llave que le guarde ni perro que le defienda; soñando hasta en las breves noches del estío con su copo cargado de lucientes peces. Y cuando habiamos apartado los ojos de la playa y los habiamos puesto en los umbrosos valles, y veiamos á los muchachuelos trepar por los árboles, ó gatear por los riscos en busca de un nido, involuntariamente nos acordábamos de aquel pajarero cantado por Bion y Mosco, el cual untó de liga las ramas de los árboles para cazar el amor, y un anciano le dijo: «Chiquillo, no aceches á tal edad ese bicho, que cuando seas mayor verás cómo viene por sí mismo á posarse largo tiempo sobre tu atormentado corazon.» Y tanta poesía sólo tiene una sombra, sólo tiene una mancha; la sombra del despotismo, la mancha del recuerdo de Tiberio. ¡Bendita libertad! ¡Maldito cesarismo!

SAN MÁRCOS DE VENECIA.

No conozco en el mundo salones comparables á la plaza y á la placeta de San Márcos. Cuando os colocais al pié de la torre que sirve como de campanario á la Basílica, y que de la Basílica se encuentra aislada á guisa de monolito asiático, el marmóreo blanco palacio de Sansovino se ostenta á la derecha con sus bajos relieves y sus estatuas del Renacimiento; la casa de las Procuratías á la izquierda, con sus arcos y sus bóvedas que exhalan de todos sus contornos ideas de la Edad Media; el Alcázar ducal á vuestro frente levantado sobre una crestería gótica, tan ligera como las diademas que coronan nuestras catedrales; junto al gótico alcázar el oriental templo; y entre las dos inmensas columnas graníticas rematadas por el leon de San Márcos y por la efigie de San Jorge, el Gran Canal se dilata como un brazo de mar azul, á cuyo término opuesto brilla, irguiéndose en admirable isla, una maravillosa iglesia de Paladio, toda blanca y rosa, toda

recortada con una gracia inimitable, y concluida por torres y estatuas, cuyas puras líneas resaltan en el éter de los cielos y se dibujan claramente en el cristal de las aguas.

Bajo aquellos horizontes purísimos, al borde de aquellos mares celestes, entre tantas maravillas artísticas, sobre el pavimento de mármol, á la sombra del agudo campanario, apoyada la frente en la tribuna cincelada como una joya griega, ante los edificios de más colores y de más armonías y de más contrastes que hay en Europa, dejais correr el tiempo y vagar el pensamiento sin poder desasiros de un éxtasis contínuo. Los mercaderes de frutas confitadas gritan; los barítonos y tenores y músicos ambulantes alzan sus voces y suenan sus instrumentos varios; las palomas que anidan por todos aquellos relieves descienden á comer en las mesas de los cafés ó en vuestras propias manos los granos de trigo y las migajas de bizcocho y de pan que les apercibe la benevolencia del público. La paloma aparece á los piés de esta ciudad de nácar, nacida entre las ondas, como á los piés de la diosa mitológica del amor, entre las ondas tambien nacida, cual su compañera y su símbolo. De apartados siglos proviene este amor que el veneciano tiene al más inocente de los animales, al que comparte con el cordero y la tórtola y la golondrina toda nuestra

ternura, bien escasa en verdad para los seres inferiores perseguidos siempre por nuestra devastadora hambre y nuestro asolador egoismo en las competencias y en los combates de la vida. Cierto dia, Venecia, la protectora unas veces, la enemiga otras del Oriente, sitiaba esa isla de Creta, que para la Geología une submarinamente Grecia con Egipto, y para la Historia une en el tiempo las ideas orientales con las ideas occidentales; isla cuya posesion ha costado y ha de costar todavía mucha sangre, cuando los cautivos mandaron desde sus oscuras mazmorras á los campamentos venecianos esos mensajeros alados que dijeron el sitio por donde encontrarian los sitiadores más fácil brecha, y de consiguiente más segura victoria. Desde entónces la gran ciudad no ha olvidado á los pobres animalillos, y los anida en sus más bellos edificios, y los regala con sus caricias, y los alimenta de su público tesoro. Son de ver, cuando bajan de aquellos nidos de jaspe, de mármol, de mosaico, cuál si en tantos colores hubieran matizado, sus alas de tornasolados cambiantes, corriendo á vuestra mano sin ninguna inquietud y arrullando vuestro oido con su unísono cántico; los ojos serenos, las plumas erizadas, movidas las alas, en demanda del grano de trigo que la ciudad guarda para estos extraños hospicianos, acogidos por su caridad y conserva-

dos en su pública beneficencia. Entre cresterías, botareles, pirámides, frisos, volutas, ojivas, arcos, todos inertes, esos alados seres juguetean como la imágen del movimiento y de la vida, mezclando la sombra de sus alas oscuras en los cielos con las sombras de las claras velas y de los gallardetes y banderolas que ondean sobre las naves del mar. Yo confieso que desde el sitio de París se ha acrecentado mi antiguo cariño por esos inocentes animales. En aquella catástrofe sin igual, cuando rigoroso sitio habia aislado un millon de seres humanos del resto de la humanidad; bajo los horrores del bombardeo; entre las calamidades llovidas por el ódio universal y por la guerra; sobre los montones de cadáveres en cuyas cimas aleteaban los cuervos dándose á sus siniestros festines y á sus más siniestros graznidos de hartazgo; entre tantas sombras de muerte, entre tantas ruinas humeantes, entre tantas cóleras y venganzas, atravesaba el único sér que se movia á compasion y que amaba con ternura, la pobre paloma, hija del aire y de la luz, viajera incansable, verdadera hermana de la caridad en la naturaleza, sencilla portadora de noticias, de esperanzas, de avisos, que unian á los mártires con el resto de su raza y les daban nuevas, más ó ménos tristes, pero nuevas al cabo, necesarias para el alma, de los contínuos naufragios de la patria.

La primera vez que fuimos á Venecia llevábamos la idea de visitar ántes el palacio ducal que la basílica católica. Pero las inocentes avecillas nos distrajeron tanto de este propósito, que nos llevaron al atrio, y desde el atrio era imposible resistir á la tentacion del ingreso. ¡Qué maravilloso monumento! No se parece en nada á ningun otro de la tierra: es original como esta ciudad, es autóctono como esta civilizacion; no entra en las clasificaciones del arte, como la historia veneciana no participa de las fases generales de la historia europea. Aquí no hay teocracia, aquí no hay feudalismo, aquí no hay monarquías con el encargo de fundar y unificar la patria; esto es un buque anclado entre las lagunas y el Adriático, lleno de banderolas, gallardetes, preseas, cintas y flores, donde unos marinos riquísimos, si quereis unos piratas sin rival, se dan á todas las exaltaciones de su mente, y despues de haber viajado ó combatido, tras una borrasca ó un encuentro, tras una guerra ó una tormenta, acarician con voluptuosidad el placer de vivir que se dilata en el choque de las copas y de los labios, en el sonido de los acordes y de los besos, en los goces del arte y del amor, entre aquellas mujeres bajo cuyas cabelleras rubias, dignas de las eslavas, centellean los ojos negros de las griegas, y bajo cuya piel de jazmin y rosa, digna de las fla-

mencas, circula sangre de fuego y laten corazones africanos. Este edificio no es un edificio oriental, aunque por muchos aspectos lo parezca. Este edificio no es un edificio bizantino. Si lo creeriais al ver sus cúpulas, no lo creeriais al ver su disposicion interior. Este edificio no es un edificio romano; le falta la forma de aquellas audiencias convertidas por los primeros cristianos en templos. Este edificio no es un edificio gótico. La ojiva no aparece por ninguna parte, y los arcos triangulares no dan al interior el misterio y el recogimiento propios de nuestras catedrales de la Edad Media. Este edificio no es un edificio del Renacimiento, pues carece de aquella serenidad de líneas, y de aquella grandeza de conjunto, y de aquella armonía de proporciones que resplandecerán siempre en la iglesia de San Pedro y en el Escorial de nuestra España. Es un edificio original, extraño, en una palabra, veneciano. Las columnas, traidas de regiones diversas, se aglomeran y se sobreponen de tal suerte que os creeriais en nuestra mezquita de Córboba; si no por los alicatados y las estalactitas, por los espejismos que brillan en las paredes os imaginariais en nuestra Alhambra de Granada; las tintas policromas extienden por doquier sus matices, á la manera que en los templos egipcios; sobre los arcos piafan los caballos cincelados en Grecia, como

sobre los antiguos arcos romanos; entre los frisos se agarran las hojas rizadas del cardo y del acanto, cual en los adornos de Búrgos ó Leon; los santos rezan y leen sobre las repisas góticas y bajo los doseletes cincelados, repitiendo en parte las fachadas de Reims, de Estrasburgo y de Colonia; los animales fantásticos abren sus fauces y baten sus alas por igual manera que en las grecas del plateresco toledano y en los repujados de los joyeros florentinos; y á todas estas maravillas tan várias y tan diversas se une el cristal, la plata, el oro, los reflejos metálicos, los toques luminosos, los arreboles indecibles de los mosaicos, propios de esta privilegiada region, de los esplendidos mosaicos de Venecia.

Este extraño exterior es un poema por sí solo, un poema originalísimo y único en el mundo. Cinco arcos, en los cuales se abren cinco puertas, dan paso al interior. Por la parte exterior de estos semicírculos se extienden grecas de gran riqueza escultural, y por la parte interna mosaicos de deslumbrador aspecto. A cada uno de los puntos donde los arcos comienzan lucen airosos doseles góticos ocupados por estatuas de pesadez bizantina. Entre las figuras casi vivientes, segun lo animadas por la luz y el color que de los cuadros se destacan, resaltan bajos relieves antiguos asociando las imágenes de Hércules y de Céres á

la apoteósis del Cristianismo. Otros arcos de forma extraña, tirando al gótico, se sobreponen á los arcos de entrada, todos pintados de azul, en cuyos reflejos nadan estrellas de oro y concluidos por originales ornamentos como extraños animales y erguidas estatuas. La cuadriga que Neron erigió en su propio loor, compuesta de aquellos caballos destinados á inmortalizar los que arrastraron su carroza por los juegos olímpicos y le dieron coronas superiores á su diadema de César, guardan la entrada del templo. Y en el cielo azul, extrañamente adornadas, remedando las rotondas bizantinas y hasta los cimborrios moscovitas, dibújanse aquellas cúpulas algo monstruosas é hinchadas que parecen elevarse por las costas del Adriático á la manera que una anticipada vision fantástica del genio extraño de Asia. No es posible decir el efecto pintoresco que producen todos aquellos dispares objetos; los santos bizantinos y los caballos helénicos; los ángeles que abren sus alas en el éter y los dioses que reposan en la armonía de sus líneas y la majestad de sus relieves; el pálido color de las cúpulas, semejantes á lunas cenicientas, y los resplandores mágicos de los mosaicos multicolores; las toscas figuras de pórfido traidas de Bizancio é incrustadas en uno de los extremos, y las airosas figuras de mármol cinceladas por el Renacimien-

to y lanzándose á lo infinito por otros extremos; el arco romano junto el doselete gótico; la pirámide egipcia confundida con la cinceladura plateresca; las volutas jonias y las hojas corintias mezcladas con los adornos moscovitas; toda aquella confusion que severo análisis apénas puede comprender, distinguir, separar, y que, sin embargo, se pierde en una síntesis de maravillosas é indescriptibles armonías.

Los maestros y los historiadores de la Arquitectura os previenen de consuno contra la admiracion que pudiera causaros el monumento. «Mirad, os dicen unos, las reglas de proporcion destruidas, las leyes de la simetría olvidadas, la misma estática caida en bárbaro menosprecio, columnas gruesas sobrepuestas á frágiles columnas, frisos empotrados en la pared y chapiteles desceñidos de su fusta, como si en vez de una iglesia expresiva del pensamiento religioso, fuera este edificio una galería fantástica de objetos abandonados sin plan prévio y sin fin alguno.» «Mirad, os dicen otros, San Márcos no admite clasificacion, no tiene sistema. Colocarla entre los edificios bizantinos equivale á desconocer los caractéres capitales distintivos de los diversos géneros de arquitectura. El rito latino y sus exigencias se compadecian mal con las exigencias del rito griego. Como era opuesta la liturgia era tambien opues-

ta la arquitectura. Si las columnas de San Márcos se interrumpen por moles cuadradas de ladrillo, no significa esta interrupcion la necesidad de parajes sagrados que al culto se consagren, sino la necesidad de fuertes apoyos que mantengan la inmensa pesadumbre de las cúpulas. Si éstas tienen carácter bizantino y remedan la antigua iglesia matriz de Constantinopla, hay que notar cómo su cubierta externa excede á su interna composicion, á su íntima estructura. Puede, á la verdad, esta construccion compararse á la peluca que oculta una cabeza, al cabello postizo que aumenta el grandor ó la abundancia de un peinado. Semejante arquitectura se llama bizantina sin que provenga de Bizancio, como otra arquitectura posterior se llama gótica sin que provenga de los godos. Así como la ojiva es oriental y no gótica, San Márcos es románico y no bizantino. La misma cúpula, si en lo externo se parece á Santa Sofía de Constantinopla, en lo interno se parece á las cúpulas romanas copiadas por Gala Placidia en Rávena, como un lejano reflejo del Panteon nunca perdido en la admiracion de los italianos hasta el dia creador en que Miguel Angel lo coge en las potentes alas de su genio y lo eleva á las inaccesibles alturas para coronar y rematar la Basílica de San Pedro.» Así es que, al cabo de algunas reflexiones, querrán moveros por este

minucioso análisis de los defectos, por estas sorpresas de los contrastes, no á un movimiento de admiracion, sino á un movimiento de burla y hasta á un estallido de risa.

Yo seré profano á las artes, pero no me canso de admirar esta iglesia. Su riqueza excesiva nada tiene que ver con la excesiva hinchazon de las decadencias. Circula por todos sus poros esa savia que dan á los monumentos las ideas vivas y las inspiraciones encendidas en la verdadera luz del espíritu. Lo dispar de los objetos allí amontonados no daña á la unidad del todo, que se alza sobre tantas contradicciones. Tiene algo del poema de la Edad Media; el exceso es natural como los excesos de la juventud, no afectado y contrahecho como los excesos de la vejez y de la decadencia. Si prescindís de ciertos contrastes demasiado bruscos, de cierto claro-oscuro demasiado fuerte, de cierta extravagancia demasiado singular, os acaricia la fantasía todo su conjunto, como os acaricia la vista aquella serie de colores armonizados en matices de una dulzura indecible. No se ve aquí el desprecio á toda ley de gradacion con que el semita coloca arbitrariamente las fustas traidas de diversos parajes en aquella selva de columnas llamada la Catedral de Córdoba. Están las proporciones más medidas, las simetrías más guardadas, la gradacion más conocida; como

que jamas abandona al carácter y al genio italiano la clave de su grandeza, la dulcísima armonía. Y luégo diréis cuanto querais de esa arquitectura; pero es el fondo más bello que puede imaginarse y más apropiado á la sociedad veneciana. Este es el teatro verdadero de Venecia y de sus gentes. Cuando sus mosaicos brillan á los ardientes rayos del sol; cuando sus columnas de pórfido y de jaspe mezclan los tonos dulces al metal entre verdoso y aureo de los caballos; cuando los cristales reverberan la luz, y los santos toman á una en los cambiantes y arreboles de los celajes deslumbradores aureolas; en esta orgía de colores, las figuras que os han dejado el Ticiano y el Verones y el Tintoreto; los personajes de aquellas épocas, vivos todavía en los cuadros y en los mosaicos, aparecen con toda verdad, realmente, como de relieve; el dux vestido de tisú, con su manto de púrpura y armiño á la espalda y el gorro frigio en la cabeza; los senadores con sus túnicas negras y rojas formando mágicos contrastes; las damas henchidas de placer, escotadas para mostrar sus turgentes senos y espaldas, con los cabellos sembrados de chispas de brillantes y los ojos encendidos de chispas de amor, arrastrando aquellos trajes de brocados varios que crujen rozagantes sobre el suelo de mármol; los caballeros con sus ropillas de terciopelo y de damasco,

sus collares de oro, su plumaje de varios matices cayendo desde las gorras donde están prendidos con broches de pedrería sobre los hombros adornados con lujosas bandas; los ancianos envueltos en aquellas largas túnicas que les dan el aspecto de sacerdotes orientales; los alabarderos con sus uniformes abigarrados; los pajes con sus dalmáticas dignas del Asia; los esclavos y los bufones llevando en las manos los papagayos de la India y á los piés los monos del Africa; los coros de cantores y las compañías de músicos uniformados fantásticamente y á capricho como las comparsas de un carnaval perpétuo; los gondoleros de pié, con su remo en la mano, ostentando trajes de rayas diversas semejantes á los matices del íris y resaltando sobre el negro betun de las góndolas; las muchedumbres de marineros con sus nervudas formas y sus pintorescas camisas y pantalones celestes; la multitud de gentes, todas ricas, todas alegres, todas satisfechas, como si en vez de ser aquello una sociedad fuese un contínuo teatro. Miradlos, son los mismos que huyeron á las irrupciones bárbaras y que guardaron pura su noble sangre latina; los mismos que, apartándose de las maceraciones y penitencias, se entregaron á la febril actividad de la navegacion y del trabajo; los mismos que supieron fundar una república rica y feliz en medio de una sociedad fér-

rea y feudal; los adivinadores del Asia cuatro ó cinco siglos ántes que sus rivales los portugueses; los protectores del Imperio bizantino, cuando ya se cuarteaba sobre sus cimientos, suspendido á maravilla de la autoridad y de la gloria venecianas; los que llevaron en su cortejo como un coro de dioses las islas del Archipiélago Helénico; los que esclarecieron con la luz del Oriente la noche de la Edad Media; los que salvaron de su total ruina la inspiracion y la forma de la clásica antigüedad; los iniciadores del Renacimiento; los compañeros de los grandes artistas; los héroes de los mares; los soldados de Creta y de Lepanto.

Con sólo entrar en el peristilo ó atrio del templo descubrís el espíritu emprendedor y hazañoso de los venecianos. A los pocos pasos de allí, la piedra célebre traida de Grecia, obra del siglo sexto, sobre la cual se proclamaban las leyes de la República; en las paredes los mosaicos debidos á los maestros mosaistas de Constantinopla ó á los maestros mosaistas de Rávena, todos llevados allí con grandes dispendios por el próvido Senado; en el circo central de entrada, los chapiteles de columnas que recuerdan el templo de Salomon; en el arco derecho á las puertas de bronce incrustadas en plata que en otro tiempo sirvieron á Santa Sofía de Constantinopla; por todas partes

fragmentos de escultura ó arquitectura arrancados á Grecia, á Siria, al Egipto, es decir, los despojos de largas correrías, los trofeos de épicas batallas, los testimonios de aquella dominacion sobre el Mediterráneo, que dió á la diosa Venecia en el concepto de sus hijos, el anillo con que se desposó y el tridente con que dominó á los mares.

Entrad, entrad en ese templo y difícilmente encontraréis otro alguno que exprese mejor el pensamiento religioso. No es en verdad su aspecto el aspecto sombrío y sublime de nuestras cátedrales góticas henchidas por un catolicismo batallador é intolerante que se complace en las sombras y en el misterio. Aunque el fondo de todo el dogma es idéntico, la expresion es diversa. En estas islas, entre estas lagunas, á la luz reverberada en las aguas, al aire cariñoso que baja de los Alpes, no cabe la ceñuda intolerancia de nuestro dogma ni la sublime aspereza de nuestro culto. Venecia ha oido la sirena que el agua bendita no ha logrado expulsar todavía de las ondas adriáticas; ha visto Aténas, donde el cristianismo se ha coronado con las aureolas de las ideas platónicas; ha saludado en Constantinopla y Alejandría las ciudades que dieron á la nueva fe la antigua idea del Verbo; se ha hundido en el Oriente y allí ha tomado esa luz deslumbradora que

tanto se asemeja á la luz despedida por las místicas efusiones y por los religiosos arrobamientos del alma. Y cuando veis este templo todo de oro, esta luz resplandeciente y mística al mismo tiempo, estos sacerdotes con sus casullas recargadas de adorno á guisa de obispos armenios, estos patriarcas que llevan el nombre y tienen el aire de las grandes dignidades orientales, creeis hallaros en otra zona del Cristianismo, cerca de la cuna del sol y de la cuna tambien de todo ideal religioso. Nosotros confinamos con el desierto monoteista, con las tribus semíticas, con la tierra de la teología intolerante, con el Africa estéril que sólo ha dado aquellos profetas en armas, descendidos á renovar con la predicacion y la cimitarra un dogma de gran profundidad, pero de variedad escasa, miéntras que Venecia confina con el territorio griego, con el coro de las islas helénicas, con el mar cuyas fosforescencias llevan como disueltas innumerables y diversas estelas de purísimas ideas. Su apóstol no debiera ser San Márcos, su apóstol debiera ser San Juan, cuyo Evangelio, el más combatido por la crítica moderna, el más puesto en duda por la sabiduría de los comentadores germánicos, tambien es el más oriental, el más alejandrino, aquel en que se siente el aire de la Academia mezclado con el perfume de acre gnoticismo, y que ha hecho de la re-

ligion cristiana una sintésis platónica, y que ha convertido á Cristo en el Verbo creador y mantenedor del Universo; Evangelio helénico y oriental, digno de ser comentado por Plotino y leido por Hipatia á aquellos sectarios deseosos de armonizar su nueva fe de cristianos con el antiguo espíritu de Grecia y con la inagotable inspiracion teológica del religioso Oriente.

Lo cierto es que el color, el matiz, la difusion y la variedad de la vida resaltan por todas partes en el interior de este templo magnífico. El pavimento, que tiene cierto lustre y cierta humedad, como la cubierta de un buque, se halla compuesto de piedras duras matizadas por colores diversos y reflejos dulcísimos; el suelo se ha rebajado en unos puntos y ha crecido y levantádose en otros como si lo combatiera y lo trasformára la tormenta, obligándole á tomar la ondulacion de las encrespadas olas; el arco triunfal de la entrada, arco enteramente romano, despide de sus largas líneas, como otras tantas visiones proféticas, las fantásticas figuras del Apocalípsis; á la derecha enorme pila de pórfido se eleva sobre perfecto altar pagano de la antigua Grecia; á la izquierda riquísimo retablo, cuyos mármoles tan varios y tan brillantes semejan á combinaciones y guirnaldas de pedrería; sobre este altar un paraíso de Tintoreto, cubriendo altísima pared,

deslumbrador por sus colores, y en el cual creeriais ver todos los venecianos elevados á las cimas de la bienaventuranza; en el crucero el coro, al cual abre paso una portada de jaspe sanguíneo compuesta de ocho columnas, sobre cuyos arquitraves se elevan catorce estatuas del más puro Renacimiento; en el altar mayor la pala de oro, preciosa, inmensa joya de Constantinopla, toda cuajada de diamantes, toda cubierta de riquísimos esmaltes y preservada por una tabla que han pintado artistas venecianos educados en el Oriente europeo; detras del altar mayor las columnas salomónicas de alabastro atribuidas por la tradicion al templo de Jerusalen, y trasparentes como si fueran de cristal de roca iluminado por el rayo plateado de la luna llena; al lado derecho del altar la puerta plateresca esculpida y cincelada por Sansovino, con una perfeccion digna de Cellini, y á la izquierda la puerta árabe conduciendo al tesoro y que diriais arrancada á Damasco ó á Granada; por todas partes, frisando con el pavimento y subiendo hasta el punto céntrico de las cinco cúpulas, como un inmenso tapizado de tisú de oro, los mosaicos de áureos cristales, allí colocados desde los primitivos á los últimos tiempos de la Basílica, maravillosa serie de la historia del arte, donde han puesto sus manos, así los primeros pintores cuyas espantadas figuras parecen oir el lla-

mamiento del Juicio Final, como los últimos que presentan la vida veneciana en una contínua orgía, siendo de reflejos tan varios y de colores tan vivos que los creeriais un éter no soñado, la luz desprendida de uno de esos soles en cuya comparacion el nuestro es una pavesa, donde veis nadar, agitando liras, ramos, palmas, los santos, los ángeles, los querubines, los mártires, las vírgenes, todos vestidos de colores indecibles, todos vivificados por ideas religiosas, todos exhalando un *Te Deum* inefable, cuyos ecos llegan hasta nuestros oidos de carne, pero cuyas magistrales cadencias se pierden, como las plegarias de los fieles, como las espirales del incienso, como las melodías del órgano, como el aleteo de las almas, en el espacio de los cielos y en el seno del Eterno.

Yo no conozco en el mundo cosa alguna comparable á esta basílica de cristal esmaltada por tan maravillosa manera. Cuando las sombras se espesan en el pavimento y la luz se rompe en las altas bóvedas por los rayos últimos de sol que atraviesan las ventanas de las rotondas, creeis ver desde un planeta oscuro el cielo resplandeciente de ideas increadas y poblado de ángeles que llevan sobre sus alas de rosa vírgenes y santas purísimas coronadas por místicas aureolas apénas perceptibles á la vista y semejantes al resplandor en

que se abrasa un alma enamorada de lo divino y de lo eterno. ¡Qué multitud de figuras! Las hay de diversas épocas y de diferentes y áun contrarios autores. Unas son litúrgicas hasta la rigidez, y otras mundanas hasta el sensualismo; unas representan los tiempos místicos y otras los tiempos paganos; han nacido éstas cuando el hombre, apartado de la naturaleza, no se atrevia á mirar su propio cuerpo, obra maestra del pecado, y han nacido aquéllas cuando todos los velos han caido, cuando toda la antigua inocencia se ha disipado, cuando el pincel y el buril han hecho con sus castas desnudeces volver rehabilitada, como si áun estuviera en el Paraíso, la Eva corruptora de nuestra sangre: esta efigie, que sobre la gran puerta se descubre en actitud de penitencia y con expresion de dolor, proviene del siglo undécimo, que todavía no ha olvidado los terrores del año mil y que todavía no ha sacudido la sombra de la primera culpa, miéntras que la otra, no distante, iluminada por la misma luz, contenida en el mismo espacio, quizá ha sido dibujada por Ticiano, el artista de los sentidos y de la forma, el rehabilitador de la carne, el hijo predilecto de la naturaleza, el mago de los colores; y sin embargo, puestas todas en este templo, desde las que lloran hasta las que rien, desde las que rezan hasta las que cantan, desde las que sienten el desfa-

llecimiento en su materia casi disipada hasta las que sienten la borrachera de exuberante vida, desde las tristemente ascéticas hasta las groseramente voluptuosas, como han oido tantas oraciones y han respirado tanto incienso, parecen por igual envueltas en el idealismo religioso, como si las unas estuvieran ya en el cielo de los éxtasis y las otras se levantáran desde la vida del sentido á la vida del alma. La variedad de tonos y reflejos da á esta basílica un aspecto fantástico. Sobre el luminoso cristal, sobre el fondo de oro puro, los colores y sus matices resaltan fuertemente y avivan las líneas del monumento, que parece amasado en la materia incandescente de los soles, así como los contornos de las figuras que perecen desprendidas de su centro y próximas á volar por los espacios. Más que objetos reales semejan estos cuadros mágicos espejismos tendidos en las paredes por una imaginacion oriental; más que reverberaciones y matices de la luz natural parecen las perlas y las esmeraldas de esas túnicas, los rayos de esas aureolas y las plumas de esas alas reflejos de un sol increado, como la idea que vaga en la mente del Eterno y que es el ideal y el arquetipo de todo el Universo. En esas gradaciones del oro, que tiene desde toques cobrizos hasta toques etéreos, veis mezclarse la púrpura al ópalo, el esmeralda al rosa, la chispa diaman-

tina semejante á una lluvia de luceros con el matiz violeta semejante á una nube diáfana, como en esas puestas del sol inenarrables que esmaltan el ocaso de nuestros cielos meridionales, ó como en esos bosques de la India, á las orillas del plateado Gánges, en que las fosforescencias del suelo y los relámpagos del aire, los insectos luminosos levantados de la lujuriosa vegetacion, y las estrellas y los aerolitos del cielo componen como una súbita fantástica florescencia de mundos animados por el fuego de indecible amor.

Yo, al contemplar todas estas figuras, no pude ménos de preguntarme á mí mismo y preguntarles á ellas si eran seres fantásticos, hijos de calenturientas imaginaciones, reflejos de deseos nunca satisfechos, sombras de la mente acalorada, ó símbolos ó imágenes de ideas vivas que tendrán realidad en este ó en otro mundo mejor. Yo no puedo creer, no creeré nunca que la humanidad, eminentemente religiosa, haya orado al vacío, pedido consuelos á la nada, alargado sus brazos en este diluvio de lágrimas que inunda los planetas al abismo sin fondo de un no sér absoluto. Y no creo, no puedo creer que los conceptos metafísicos sean ménos en el Universo que los fuegos fatuos de un cementerio ó los vapores indecisos de un lago. Yo no creo, yo no puedo creer que lo infinito, lo eterno, lo perfecto, lo absolu-

to, lo ideal, sean como juegos de la fantasía, como entelechias sin posibilidad alguna, como aromas exhalados de nuestra mente para perderse y disiparse en las nieblas eternas de una eterna muerte. Los filósofos que han evocado la luz del pensamiento divino allá donde rayó la luz del sol en su oriente; los sacerdotes que han concebido en el templo inmenso del desierto la idea viva de la unidad de Dios; los reveladores que á la sombra del Hibla y del Himeto, á las orillas del Pireo, bajo los plátanos de la Academia, entre los bajos relieves de Aténas han escrito los divinos diálogos sobre el ideal; las tiernas mujeres que, desnudo el seno y flotante el cabello, perfumadas con los aromas de la Siria y ceñidas con las flores de Délfos y de Colonna, han recorrido las riberas del mar de la Grecia, clamando por la muerte de Adónis y pidiendo su resurreccion; los discípulos que han llorado al pié de una cruz erigida en la cumbre del Calvario; los mártires que han muerto en las arenas del circo; los grandes pensadores que han empapado en el éter divino la conciencia; todos han sido soñadores, sicofantas, magos, hechiceros, capaces de dar los efluvios de sus nervios descompuestos, los caprichos de sus inteligencias ébrias, los sentimientos de sus corazones desgarrados por el dolor, las nubes levantadas de sus tristezas y de sus nostalgias,

como el supremo bien y la verdad suprema. Esos templos que se levantan por los bosques y por los desiertos, á las orillas de lós mares, en los altos promontorios, como faros del espíritu, donde quiera que el hombre ha sentido la hermosura de la naturaleza, no serian otra cosa más que huesos mondados, hogares extintos, ruinas eternas, montones de piedra cubiertos de hiedra, donde pueden sólo habitar los lagartos y donde jamas hubo el fuego de una idea. Este Universo nuestro, ¿no será más que materia y fuerza? Este Dios nuestro, ¿no será más que un inmenso abismo, vacío y oscuro como la nada? Este pensamiento nuestro, ¿no será más que la estela producida por el choque de una sensacion y en otro choque disipada? El ideal, ¿es el sueño de los sueños, el delirio de los delirios, el ataque nervioso de un iluminado ó de un loco?

No puedo creerlo, no lo creo. El hombre no es naturalmente ni judío, ni católico, ni pagano, ni musulman; pero es naturalmente religioso. A la idea de lo infinito, que acaricia su mente, corresponde la realidad de lo infinito en el Universo. El arte no es mentira, la inspiracion no es mentira, el amor no es mentira, pues lo absoluto no puede ser mentira tampoco. Aquí está la realidad de lo infinito. La Arquitectura es como el espacio, como el planeta, como el mundo externo án-

tes de ser habitado por el espíritu, el continente de las inspiraciones. Este mundo necesita habitantes, y surge como una vegetacion ideal la gamma misteriosa de colores que forma la aurora de las ideas. Pero no basta, y surgen, como los organismos en el planeta, las estatuas maravillosas sobre sus pedestales, los ángeles y los santos y las vírgenes en sus áureos mosaicos. Y no basta, porque el espíritu aspira á más, y entónces el órgano llena de melodías celestes todo este Universo. Y no basta, y viene la idea pura, la poesía, el alma de las almas, á completar las inspiraciones del arte y á unir lo finito con lo infinito. El error de los errores consiste en que cada secta, cada religion, cada filosofía, cada sistema se cree todo el ideal. No, el ideal completo está en la mente de toda la humanidad y se realizará en el seno de Dios.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo	v
Los Grisones	1
Monte-Carlo	17
La bella Florencia	41
Mántua y Virgilio	59
San Francisco y su convento en Asis	101
Sorrento y el Tasso	227
Los Güelfos y los Gibelinos de Roma	269
Un Discurso	305
La isla de Capri	331
San Márcos de Venecia	367

FIN DEL ÍNDICE.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.
SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas, no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino tambien cuantos monumentos artísticos y notables existen en España.

Cada número consta de 16 páginas gran fólio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, grátis para los señores suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas; y la edicion, tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MADRID.		PROVINCIAS Y PORTUGAL.		EXTRANJERO.	
Un año. . . .	Pesetas.	35	Pesetas.	40	Francos.	50
Seis meses. .	»	18	»	21	»	26
Tres meses. .	»	10	»	11	»	»

AÑO XXXV.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á luz los dias 6, 14, 22 y 30 de cada mes, y cada año forma un hermoso volúmen de unas 1.200 columnas gran fólio, de escogida lectura, conteniendo sobre 2.500 grabados intercalados de las más recientes modas y toda clase de labores propias de señoras; 48 figurines grabados en acero é iluminados con colores finos: — dibujos de tapicería; — 24 grandes patrones tamaño natural, con más de 1.000 modelos de trajes, corazas, túnicas, delantales, abrigos y demas confecciones. Estos patrones alternarán con las grandes hojas de dibujos para bordados, que tanta aceptacion han tenido en años anteriores, y una coleccion de selectas piezas de música moderna para *canto y piano* y *piano solo*, originales de los maestros compositores más notables de España y del extranjero; 50 ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caballo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM**, digno de ocupar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es selecta é instructiva, y su contenido excede en el año de 60 tomos en 8.°

PRECIOS DE SUSCRICION.

1.ª EDICION DE LUJO.

En Madrid: un año, 37,50 pesetas; seis meses, 19,00 pesetas; tres meses, 10,00 pesetas; un mes, 3,50. — En Provincias y Portugal, un año, 40,00 pesetas; seis meses, 21,00 pesetas; tres meses, 11,00 pesetas; un mes, 4,00.

Se hacen tres ediciones más, cuyos precios varian desde 30 pesetas al año á 1,50 al mes.

Se envian números de muestra grátis á quien lo solicite.

Siendo este periódico perteneciente á la misma Empresa que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA, concede una rebaja de 25 por 100 en el precio de la MODA á los que siendo suscritores á la referida ILUSTRACION, se abonen para su familia á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

OBRAS PUBLICADAS POR LA EMPRESA

DE

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

Y DE

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

ALBUM POÉTICO ESPAÑOL, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas; un tomo, 4.° mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

VARIAS OBRAS INÉDITAS DE CERVANTES, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO, por don José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

COSAS DEL DIA, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

ESCENAS FANTÁSTICAS, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

MARI-SANTA, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

PEPITA JIMENEZ, Y CUENTOS Y ROMANCES, por D. Juan Valera; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

AMORES Y AMORÍOS (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués (2.ª edicion); un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

EL MATRIMONIO. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico señor D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; edicion reformada; dos tomos, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

CUARENTA SIGLOS, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA, por D. Emilio Castelar; 3.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 6 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA, por D. Emilio Castelar; segunda parte; un tomo, 8.° mayor francés, 4 pesetas.

LA CUESTION DE ORIENTE, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.° mayor francés, 4 pesetas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION. Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por don Joaquin Maldonado Macanaz; un tomo en 4.°, 6 pesetas.

OBRAS EN PRENSA.

GUÍA DE MADRID, por el Excmo. Sr. don Angel Fernandez de los Rios; ilustrada con más de 150 vistas y adicionada con diez planos en negro y tres cromo-litografiados.

HISTORIA DE DOS ALMAS, novela de costumbres, por D. Antonio de Trueba.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS, novela de costumbres.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION para 1877, escrito por distinguidos literatos y poetas, é ilustrado con grabados y láminas al cromo.

Se hallan de venta en las principales librerías y en la Administracion de

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID.

PORTER
BARCELONA